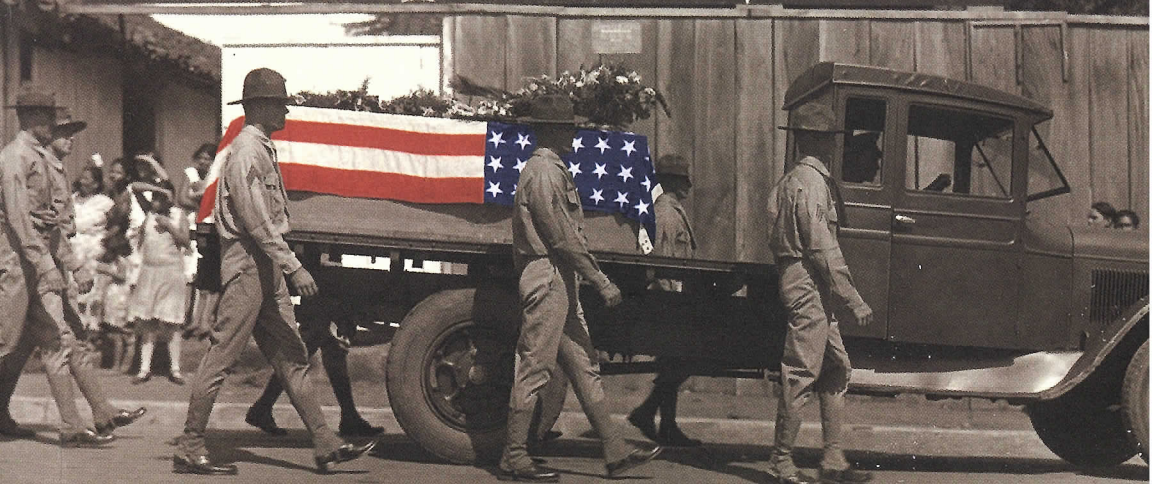


Michel Gobat

DRYCO
IRRADIADO
LA LECHE IDEAL PARA LA ALIMENTACIÓN DE LOS NIÑOS
EVITA EL RAQUITISMO
Es el más nutritivo que el Asado de Higado de Bocalón

PARA TODO CATARRO
SIMPLEMENTE PRÓTESE
VICKS
VAPORUB
LO MEJOR PARA LOS CATARROS DE LOS NIÑOS.

TALCO BORATADO
MENNEN
PARA DESPUÉS DEL BAÑO
IDEAL PARA LOS NIÑOS
REFRESCA, SANA, DESINFECTA.



ENFRENTANDO EL SUEÑO AMERICANO

Nicaragua bajo el dominio imperial
de Estados Unidos



Michel Gobat, de nacionalidad suiza, es profesor en el Departamento de Historia de la Universidad de Iowa (EE.UU.). Recibió su licenciatura en historia de la Universidad de Zurich (Suiza) e hizo su doctorado en la Universidad de Chicago (EE.UU.).

Trabaja en historia moderna de América Latina y las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. Sus principales áreas de interés son el impacto de las intervenciones norteamericanas en Centroamérica y el Caribe, el americanismo y antiamericanismo, así como las relaciones transatlánticas y los procesos revolucionarios en América Latina, temas sobre los cuales ha hecho varias publicaciones.

Enfrentando el Sueño Americano

Nicaragua bajo el dominio imperial
de Estados Unidos

Michel Gobat

Traducido por Frances Kinloch Tijerino



CH-24-13
54/11/13
24/11/13
24/11/13
24/11/13

320.972.85

G574

Gobat, Michel. Enfrentando el sueño americano: Nicaragua bajo el dominio imperial de Estados Unidos; traducido por Frances Kinloch Tijerino.
-- Managua : IHNCA-UCA, 2010. 548 p. : fotos b y n., mapas.

ISBN: 978-99924-986-3-7

1. HISTORIA POLÍTICA 2. NICARAGUA – HISTORIA
3. ESTADOS UNIDOS - INTERVENCIÓN EXTRANJERA –
NICARAGUA 4. ELITES POLÍTICAS

I. Título

“Enfrentando el Sueño Americano:
Nicaragua abajo el dominio imperial de Estados Unidos”

Edición original en inglés: “Confronting the American Dream: Nicaragua under U.S. Imperial Rule”.Duke University Press,

Derechos de autor de la edición en español cedidos al Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica de la Universidad Centroamericana, IHNCA-UCA.

Edición 2010 por el Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica de la Universidad Centroamericana IHNCA-UCA

© Michel Gobat

© Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica
Universidad Centroamericana, IHNCA-UCA

Traducción y cuidado de edición: Frances Kinloch

Diseño y diagramación: Eduardo Herrera

Foto portada: Archivo Histórico IHNCA-UCA

Producción: Jan Kees de Rooy

Impresión: Printex S.A.

A mi madre, Irmgard, y en memoria de mi padre, Luc.

Índice

Agradecimientos	1
Introducción	7
Parte I. Destinos Manifiestos, 1849–1910	37
Capítulo 1. Americanización por las armas: <i>Nicaragua bajo el Dominio de Walker</i>	39
Capítulo 2. Americanización desde Adentro: <i>Forjando una Nacionalidad Cosmopolita</i>	77
Parte II. Restauración, 1910–1912	131
Capítulo 3. Desafiando Exclusiones Imperiales: <i>Nicaragua bajo el Pacto Dawson</i>	133
Capítulo 4. La Revolución Burguesa Frustrada: <i>Intervención Militar Norteamericana en la Guerra Civil de 1912</i>	177
Parte III. Diplomacia del Dólar, 1912–1927	219
Capítulo 5. Nacionalismo Económico: <i>Resistiendo al Régimen “Feudal” de Wall Street</i>	221
Capítulo 6. Hacendados Nerviosos, Campesinos Tenaces: <i>El Impacto Socioeconómico de la Diplomacia del Dólar</i>	266
Capítulo 7. Antiamericanismo Cultural: <i>La Cruzada de los Caballeros Católicos contra Misioneros Norteamericanos, la “Mujer Moderna” y el “Espíritu Burgués”</i>	310



Parte IV. Revolución, 1927–1933	357
Capítulo 8. Militarización vía Democratización:	
<i>La Embestida de EE.UU. contra el Caudillismo</i>	
<i>y el Surgimiento del Corporativismo Autoritario</i>	359
Capítulo 9. Nacionalismo Revolucionario:	
<i>Élite Conservadora, Sandino, y la Lucha por</i>	
<i>una Nicaragua Desamericanizada</i>	407
Epílogo. Legados Imperiales: Dictadura y Revolución	467
Bibliografía escogida	495

Agradecimientos

Me place sobremanaera reconocer las numerosas deudas que he contraído en el proceso de elaboración de este libro. En primer lugar, deseo expresar mi profunda gratitud al Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica por publicar este libro. Desde que inicié mi investigación en Nicaragua en 1991, he admirado la imprescindible labor desarrollada por el IHNCA para preservar la documentación histórica y divulgar estudios académicos sobre este país. Me siento honrado que este libro forme parte de su rico catálogo de publicaciones, y muy agradecido por el constante interés de su directora, Margarita Vannini, en mi trabajo. Asimismo, quiero manifestar mi honda gratitud a Frances Kinloch Tijerino por su excelente traducción e incansable esfuerzo cuidando de la publicación de este libro.

Deseo manifestar la especial gratitud que siento hacia John Coatsworth y Friedrich Katz, mis profesores en la Universidad de Chicago. Estoy sumamente agradecido por la orientación, el apoyo y el aliento que me han brindado en cada paso de esta jornada; sus propios trabajos también me han servido como una gran fuente de inspiración. Asimismo, aprecio profundamente el apoyo intelectual y moral de Jeffrey Gould, Leora Auslander, y Hans Werner Tobler, quienes me guiaron en mi primer incursión dentro de la historia de Nicaragua. En ese país, me encuentro hondamente endeudado con el personal de numerosos archivos y bibliotecas por su

incondicional generosidad y flexibilidad, sin lo cual no me habría sido posible concluir esta investigación. En especial, deseo expresar mi gratitud a Alfredo González Vílchez, Ana Rosa Morales, y sus colegas en el Archivo Nacional de Nicaragua; Eleazar Morales Marengo y Juana Blanco Mendoza del Archivo de la Municipalidad y de la Prefectura de Granada; Margarita Vannini y el personal del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica; Reyna Clark y funcionarios del Registro Público de la Propiedad de Granada; y el personal de la Hemeroteca Nacional de Nicaragua, en particular a Edmundo Navarro y Cristina Ortega. Todos me permitieron un acceso especialmente amplio a sus fondos y me dieron útiles consejos; asimismo, fueron sumamente hospitalarios y me ofrecieron mucho apoyo en mi proyecto. Además, estoy profundamente endeudado con Silvio Urbina Ruiz y Leopoldo Guevara de la Alcaldía de Granada por permitirme tener acceso irrestricto a los documentos históricos de la municipalidad, y respaldar mi trabajo en un momento clave de la investigación. Deseo también expresar mi gratitud hacia Eva Tatiana Torres del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica por proporcionarme fotografías para este libro.

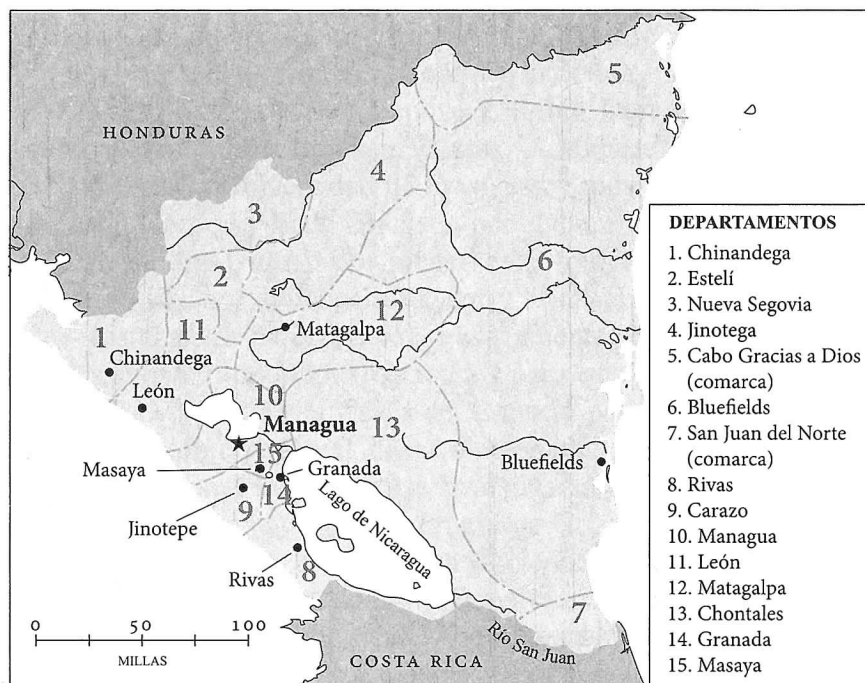
Estoy sumamente agradecido por el apoyo y asesoramiento que recibí de parte de muchos académicos nicaragüenses. En particular, deseo expresar mi gratitud hacia los siguientes investigadores del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica en Managua, por compartir conmigo sus conocimientos y por su camaradería intelectual: Margarita Vannini, Frances Kinloch Tijerino, Álvaro Argüello Hurtado y Miguel Ángel Herrera Cuarezma. Me encuentro especialmente agradecido por la amistad y hospitalidad de Miguel Ángel, y por el constante apoyo y generosidad de Frances y Margarita. Asimismo, deseo expresar mi gratitud hacia Germán Romero Vargas, Jorge Eduardo Arellano, Michelle Dospital, Xiomara Avendaño Rojas, Mercedes Mauleón Isla, Günther Schmigalle, Nelly Miranda, Roberto Cajina, Oscar René Vargas, Amaru Barahona, y Rafael Casanova Fuertes.

Al mismo tiempo, agradezco a numerosas personas que me recibieron en Granada con los brazos abiertos. No encuentro palabras para expresar mi gratitud hacia Dieter Stadler, director del centro cultural Fundación Casa de los Tres Mundos, y su esposa, Lydia Quezada, quienes gentilmente me brindaron hospitalidad, apoyo moral y amistad. Dieter no sólo nos permitió a Laura y a mí convertir la Casa en nuestro hogar, sino también siempre ha estado presente cada vez que he necesitado su apoyo. Mi reconocimiento especial es extensivo al personal de la Casa de los Tres Mundos, así como a Ángel Márquez Leypon, Álvaro Rivas, Fernando López, Mariano Marín, Ana Rosa Morales, Paúl Morales, Bernardo Marengo, y a Justin Wolfe por hacer de la vida en Granada una experiencia tan maravillosa. Además, estoy muy agradecido por las conversaciones que sostuve con Adela María Pérez Estrada viuda de Marín, Graciela Bendaña viuda de Dreyfus, Lola Coronel Urtecho viuda de Chamorro, Jaime Barberena Meza, Francisco Barberena Bendaña, Jimmy Avilés Avilés, Raúl Xavier García, Leopoldo Guevara, Gonzalo Meneses Ocón (q.e.p.d.), Luis Mora Castillo y María Ernestina Chamorro Favilli. Asimismo, estoy profundamente endeudado con Héctor Mena Guerrero y José Joaquín Quadra Cardenal, por el tiempo que generosamente me brindaron y lo mucho que me enseñaron sobre la historia de su ciudad. Debo también un reconocimiento especial a Henry Díaz, Julio Díaz y Verónica Castillo por su destacada labor como asistentes de investigación. Expreso mi más profundo reconocimiento a Luciano Cuadra Vega (q.e.p.d.) y su esposa, Ana Gómez Alfaro, cuya amistad y recuerdos hicieron de mi estadía en Granada algo muy especial.

En los Estados Unidos, muchos colegas y amigos me han brindado una retroalimentación sumamente útil, por la cual estoy hondamente agradecido. Estaré por siempre agradecido hacia Laura Gotkowitz, cuyas observaciones críticas, provocadoras interrogantes e ilimitado apoyo han sido indispensables para el desarrollo de este proyecto. Asimismo, mi trabajo se enriqueció mucho gracias a las extensas observaciones

ofrecidas por Matilde Zimmerman y la segunda lectora anónima de la editorial de la Universidad de Duke. Me encuentro especialmente endeudado con Aldo Lauria-Santiago y Richard Warren por su minuciosa y crítica lectura de varios capítulos, y con Laurie Milner por su asesoramiento editorial. Deseo también expresar mi gratitud, por sus valiosos comentarios y críticas, a Barry Carr, Charles A. Hale, Barbara Weinstein, Nils Jacobsen, José Antonio Cheibub, Michael Schroeder, Jorge Domínguez, Lowell Gudmundson, José Antonio Fernández, Víctor Hugo Acuña, Arturo Taracena Arriola, Iván Molina Jiménez, Völker Wunderlich, Julie Charlip, Charles Walker, Aviva Chomsky, Robin Derby, Jeremy Adelman, Jim Gibling, Stephen Vlastos, T. M. Scruggs y Justin Wolfe. En la Universidad de Iowa, estoy muy agradecido con Colin Gordon y Todd Erickson por elaborar los mapas y con Linda Edge-Dunlap por preparar las fotografías. Aprecio mucho la labor de Angela Keysor y Michael Hohenbrink como asistentes de investigación. Las siguientes instituciones generosamente proporcionaron fondos para este proyecto: la Fundación MacArthur (a través del Consejo para la Paz y la Cooperación Internacional de la Universidad de Chicago), el Fondo Nacional Suizo para la Investigación Científica, la fundación Sawyer (a través del Programa Gremio de la Universidad de Harvard), la Fundación Nacional para las Humanidades, y la Universidad de Iowa (Departamento de Historia, Oficina del Preboste, Oficina del Vice Presidente de Investigaciones, Programas Internacionales, y el Colegio de Artes Liberales y Ciencias).

Finalmente, deseo agradecer a mi madre, Irmgard Gobat, por todo su apoyo y estímulo, y expresar mi más profunda y eterna gratitud a Laura, mi compañera de toda la vida, por sostenerme con su entusiasmo y amor.



Mapa 1. Mapa político de Nicaragua (década de 1920)

Introducción

La intervención de los Estados Unidos ha marcado a pocas naciones del mundo de manera tan profunda como a Nicaragua. La intromisión más reciente fue la guerra no declarada de la administración Reagan contra la Revolución Sandinista entre 1979 y 1990. No obstante, el empeño norteamericano por dominar al país más extenso de América Central tiene una historia mucho más antigua, pues durante largo tiempo EE.UU. creyó que sus aspiraciones globales dependían del control sobre la ruta transistmica nicaragüense. Desde 1788, Thomas Jefferson anunció el interés de su país en aprovechar el Río San Juan y el Lago de Nicaragua para construir un canal que uniera los océanos Atlántico y Pacífico.¹ Sin embargo, EE.UU. no intentó llevar a cabo dicho proyecto sino hasta el siglo diecinueve. Aparte de inspeccionar la ruta, las expediciones norteamericanas lograron poco; empero, los nicaragüenses les brindaron gran apoyo, porque veían el canal como su puerta de entrada al mundo “civilizado”. En junio de 1902, Nicaragua se estremeció cuando, en forma imprevista, EE.UU. decidió construir el canal interoceánico en Panamá. Esa súbita decisión no aplacó el deseo norteamericano por dominar Nicaragua. Por el contrario, la intervención de los Estados Unidos en los asuntos internos de este país aumentó, pues buscaba evitar que otras potencias extranjeras construyeran un segundo canal que competiría con el de Panamá. Su empeño desembocó en la ocupación militar de Nicaragua

desde 1912 a 1933. Al final, el proyecto canalero trajo a los nicaragüenses la injerencia norteamericana, en vez de la opulencia esperada. Pocas personas previeron este trágico desenlace con tanta lucidez como un periodista nicaragüense que, en 1845, advirtió a sus compatriotas: “La ruta fluvial a través del istmo de Nicaragua es la manzana en nuestro Edén. Será nuestra maldición”.²

Este libro analiza la historia de la intervención de los Estados Unidos en Nicaragua, desde el apogeo de la ideología norteamericana del Destino Manifiesto a mediados del siglo diecinueve hasta la ocupación militar de 1912–1933. Abarca las dos fases principales del expansionismo de EE.UU. en América Latina, y examina los esfuerzos de diversos actores norteamericanos por reorganizar Nicaragua a imagen y semejanza de su país, y conforme a sus propios intereses. Sin embargo, ante todo explora cómo los nicaragüenses vivieron y confrontaron la intervención de los Estados Unidos. Una y otra vez, EE.UU. ha impuesto no sólo su poderío sino también sus instituciones y valores – el “Sueño Americano” – sobre otras naciones.³ En la mayoría de los casos, dichas implantaciones han provocado el estallido de encarnizadas resistencias nacionalistas alrededor del mundo. En Nicaragua, la intervención de EE.UU. engendró la rebelión de Sandino de 1927–33, quizá la más célebre de las insurgencias antiamericanas en América Latina.

A la vez que analiza cómo los nicaragüenses resistieron con vigor las exigencias de EE.UU., este libro también procura descubrir las consecuencias más profundas y ambivalentes de tal intervención. Sobre todo, centra la atención en dos aparentes paradojas que, hasta ahora, habían escapado a la atención de los investigadores: Primero, ¿por qué tantos nicaragüenses adoptaron formas políticas, económicas y culturales norteamericanas para defender su propia nacionalidad en contra de las imposiciones de los Estados Unidos? Segundo, ¿por qué la ocupación militar de 1912–33 empujó al sector de la élite nicaragüense más acaudalado y americanizado a repudiar el ideario norteamericano de la modernidad que

admiraban desde antaño, dejando de ser paladines del dominio imperial de EE.UU. para situarse en la trinchera de sus máximos oponentes? Ambas interrogantes nos obligan a enfrentar el desafío de reinterpretar no sólo el rol de la intervención de EE.UU. en la historia de Nicaragua, sino también la naturaleza y los límites del imperialismo norteamericano en términos más amplios.

Nicaragua y el expansionismo norteamericano

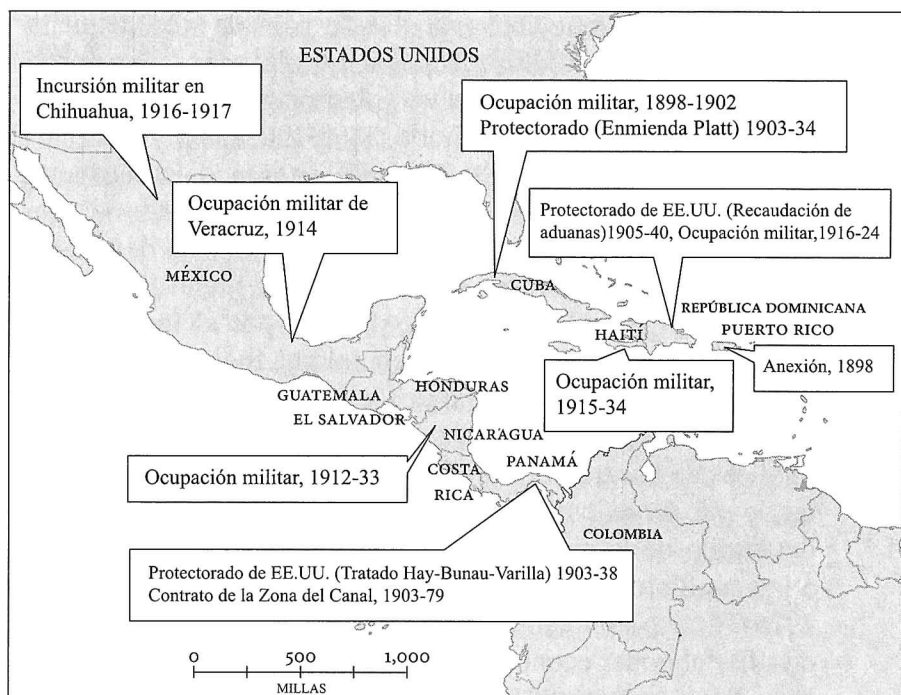
La historia de la intervención de los Estados Unidos en Nicaragua arranca en 1849, cuando la fiebre del oro californiano convirtió el istmo centroamericano en una de las principales rutas de tránsito de los buscadores de fortuna en camino hacia el oeste, así como en un blanco clave para los expansionistas norteamericanos. Hoy día, la expansión territorial de EE.UU., desarrollada bajo la bandera del Destino Manifiesto, es asociada principal si no exclusivamente con la conquista del “Oeste Americano”. Sin embargo, la época del Destino Manifiesto no concluyó con la anexión de California, sellada a raíz de la guerra de EE.UU. contra México entre 1846 y 1848. De hecho, esa victoria aceleró el ímpetu expansionista de los norteamericanos. Algunos pretendían extender la influencia de su país aún más hacia el oeste, como lo evidencian la “apertura” de Japón llevada a cabo por el Comodoro Matthew Perry en 1853. Pero muchos otros fijaron sus ojos en el sur, percibiendo a América Latina como la nueva “frontera”. Conocidos bajo el nombre de filibusteros, invadieron las naciones latinoamericanas sin el respaldo oficial del gobierno de los Estados Unidos. Millares de norteamericanos participaron en tales expediciones militares privadas. Aunque algunas incursiones filibusteras llegaron hasta el Ecuador, casi todas ocurrieron dentro de los confines de la Cuenca del Caribe. La única de éstas en lograr un control duradero sobre un territorio latinoamericano fue la que gobernó Nicaragua entre 1855 y 1857.

William Walker, el apóstol del Destino Manifiesto más famoso de la época, encabezó a los filibusteros que invadieron Nicaragua. Después de probar suerte en los campos auríferos de California, Walker se propuso conquistar este país y en 1855 logró apoderarse de su territorio. Su proyecto consistía en “americanizar” Nicaragua mediante el reemplazo de la población nativa por colonos de EE.UU., y la implantación de sus instituciones como la esclavitud. Walker gozó de gran popularidad en los Estados Unidos: casi diez mil hombres y mujeres lo siguieron, constituyendo éste uno de los mayores éxodos de población norteamericana hacia América Latina registrados en la historia. Durante dos largos años, Walker y sus tropas libraron una brutal guerra en contra de tropas nicaragüenses y centroamericanas, con el objetivo de crear un “imperio americano” en la región. Aunque se consideraban una raza superior, los expansionistas norteamericanos sufrieron una rotunda derrota y fueron expulsados de Nicaragua en 1857.

La guerra civil de 1861-1865 frenó el impulso expansionista de los Estados Unidos hacia América Latina y los territorios al otro lado del Océano Pacífico. Sin embargo, hacia fines del siglo diecinueve esta potencia reanudó la política de extender su dominio sobre países extranjeros de importancia estratégica. Al igual que en la década de 1850, el blanco de esta segunda fase del expansionismo norteamericano fue la Cuenca del Caribe. Con excepción de Puerto Rico, EE.UU. no colonizó formalmente a las naciones de esta región. En cambio, las transformó en protectorados, permitiéndoles conservar una independencia nominal, mientras ejercía un amplio control sobre sus asuntos internos y externos. La nueva oleada expansionista de los Estados Unidos se tradujo en más de cuarenta expediciones bélicas en la Cuenca del Caribe, entre la década de 1890 e inicios de la de 1930.⁴ Algunas fueron breves, pero otras desembocaron en extensas intervenciones militares (véase mapa 2).

La ocupación de Nicaragua desde 1912 a 1933 fue la más dilatada,⁵ y constituyó el esfuerzo más vigoroso del gobierno

norteamericano por convertir a este país en un “pequeño Estados Unidos”.⁶ Cabe reconocer que la ocupación nunca desembocó en la creación de un gobierno militar norteamericano, tal como ocurrió en Cuba (1898-1902), República Dominicana (1916-24), y Haití (1915-34). Tampoco desencadenó una afluencia masiva de capital desde ese país. Sin embargo, la intervención de EE.UU. provocó una profunda desestabilización en Nicaragua. Su consecuencia más relevante fue la prolongada guerra de guerrillas librada por el movimiento campesino de Augusto Sandino contra una fuerza militar conjunta norteamericana-nicaragüense. Además, la intervención permitió a los Estados Unidos tomar el control de las finanzas públicas de Nicaragua bajo la égida de la Diplomacia del Dólar, lo que produjo diversos trastornos. No sólo obstaculizó el desarrollo de la economía agroexportadora nicaragüense, y atizó conflictos políticos que culminaron en la guerra civil de 1926-27, sino también incitó a los productores campesinos a desafiar el poder económico de los grandes terratenientes. El orden imperante también se vio subvertido por la espectacular propagación de actividades misioneras desarrolladas por protestantes norteamericanos durante la ocupación. Procurando “elevar” a las clases desposeídas, los misioneros promovieron de manera beligerante la americanización de Nicaragua, lo que socavó la autoridad de la Iglesia Católica y de sus aliados dentro de la élite. Finalmente, la intervención conllevó una aciaga campaña de democratización conducida por el ejército de los Estados Unidos entre 1927 y 1932. Si bien es cierto que dicho proyecto dio como resultado el desarrollo de algunas de las elecciones más transparentes en la historia de Nicaragua, también permitió que la Guardia Nacional - el ejército local establecido por EE.UU. - se convirtiera en la fuerza política más poderosa dentro del estratégico mundo rural. Las consecuencias de la ocupación norteamericana fueron tan profundas que contribuyeron a engendrar la dictadura más prolongada de América Central - la dinastía somocista del período 1936-1979 - así como la única revolución social exitosa del istmo, la Revolución Sandinista de 1979.



Mapa 2. Principales intervenciones de los Estados Unidos en la Cuenca del Caribe, entre 1898 y la década de 1930.

Americanización y Antiamericanismo

Por lo general, tanto los historiadores como los observadores contemporáneos han enfocado la prolongada colisión de Nicaragua con la intervención norteamericana en términos dicotómicos: mientras unos aseguran que los nicaragüenses aceptaron las imposiciones de EE.UU., otros sostienen que las rechazaron con valentía.⁷ Hacia la década de 1850, muchos centroamericanos veían con preocupación cómo los nicaragüenses parecían echarse en brazos de los expansionistas del norte. Después, a inicios del siglo veinte, la oligarquía conservadora de Granada - el sector más acaudalado y americanizado de la élite nicaragüense - se vinculó tan estrechamente con

la ocupación de EE.UU. que algunos de sus miembros pasaron a ser identificados como los “vendepatrias” más despreciables de Centroamérica. Sin embargo, entre todos los nicaragüenses tildados de agentes del imperialismo norteamericano, los más repudiados son los dictadores de la familia Somoza, cuyo poder descansó en la Guardia Nacional, el ejército latinoamericano mejor entrenado por los Estados Unidos.

Por otra parte, la lista de héroes nicaragüenses que enfrentaron la intervención norteamericana es igualmente extensa, e incluye al presidente José Santos Zelaya (1893–1909), uno de los primeros gobernantes nacionalistas derrocados por los Estados Unidos; el general Benjamín Zeledón, quien cayó combatiendo a los invasores de EE.UU. en 1912; y, por supuesto, Augusto Sandino, y los sandinistas más recientes cuya revolución desafió al poderío norteamericano, conquistando un entusiasta apoyo mundial. Dichos relatos maniqueístas de acomodamiento y resistencia han sido utilizados como armas políticas poderosas, tanto por nicaragüenses como por extranjeros. Al mismo tiempo, han servido para ocultar las ambigüedades que rodean el encuentro de los nicaragüenses con el “coloso del norte”.

Este libro procura esclarecer las consecuencias más profundas y ambivalentes de la intervención de los Estados Unidos: por un lado, analiza cómo la élite nicaragüense adoptó algunas costumbres norteamericanas; por otro, examina su antiamericanismo. Las élites son el centro de atención de esta obra porque el dominio imperial de EE.UU. incidió considerablemente en el poder y la identidad de este sector de la sociedad nicaragüense. Su reacción ante la influencia de los Estados Unidos también presenta un carácter sumamente ambiguo. Asimismo, al estudiar el proceso de formación de la élite, obtenemos una mejor perspectiva para analizar por qué el dominio imperial norteamericano contribuyó a debilitar la hegemonía de los terratenientes sobre el campesinado y a “democratizar” la sociedad rural en Nicaragua, un fenómeno que no se presentó en los demás países intervenidos de la Cuenca del Caribe. Como veremos, esta peculiar consecuencia

del dominio imperial norteamericano no fue intencional, sino más bien resultado de que los sectores menos pudientes lograran sortear las imposiciones políticas y económicas de EE.UU. con mayor efectividad que las élites. Precisamente, uno de los objetivos clave de este libro es mostrar el surgimiento de distintas - y a veces contradictorias - posiciones a favor y en contra de los Estados Unidos, a partir de la diversidad de las experiencias vividas por los nicaragüenses bajo la ocupación norteamericana.

Después de abordar la primera intervención de EE.UU. en Nicaragua, provocada por la fiebre del oro en California, el libro describe con minuciosidad cómo la hecatombe causada por la invasión de Walker en 1855-57 paradójicamente reforzó la obsesión de la élite nicaragüense con el ideario norteamericano de la modernidad. Aunque percibían a EE.UU. como una seria amenaza a la soberanía de su país, al mismo tiempo admiraban su proceso de construcción nacional como el más exitoso modelo a emular. Por tanto, después del episodio de Walker, las élites nicaragüenses llegaron a la conclusión de que, para protegerse del expansionismo de EE.UU. debían adoptar, en vez de rechazar, el ideario liberal del progreso encarnado en lo que llegaría a conocerse como el sueño americano. Sin embargo, su “americanización” – es decir, su apropiación de las costumbres e instituciones norteamericanas – no fue un simple proceso de imitación. En general, este sector social percibía a los Estados Unidos como un paradigma de progreso económico y vigor nacional, más que un modelo de libertad política. Como resultado, su interés primordial era adoptar las formas políticas, económicas y culturales que juzgaban propicias al desarrollo capitalista y a la construcción del estado. Al mismo tiempo, las élites también creían que EE.UU. podría ayudar a Nicaragua a realizar su propio destino manifiesto, construyendo el canal interoceánico que habría de transformarla en la más próspera de las naciones del istmo. La americanización no fue una mera imposición de EE.UU., ni tampoco un obstáculo insuperable para la independencia de Nicaragua. Por el contrario, constituía la piedra angular de una nacionalidad sumamente cosmopolita.

La principal interrogante que intentamos responder en esta obra tiene relación con uno de los efectos aún más paradójicos de la intervención de EE.UU. en Nicaragua: ¿por qué la ocupación militar del período 1912-33 llevó al sector más americanizado de la élite – la oligarquía conservadora de Granada – a construir una imagen de sí misma y de la nación con rasgos antiamericanos? El origen de este viraje en contra de EE.UU. es complejo, pero en buena medida respondió al empeño de los banqueros, marinos y misioneros norteamericanos por difundir su propia versión del sueño americano en Nicaragua. En particular, el surgimiento del antiamericanismo entre los conservadores fue una reacción al auge del protestantismo en la década de 1920, así como a la aparición de la “mujer moderna” y otros “vicios” de la modernidad procedentes de los Estados Unidos. Además, este giro se explica por la forma inesperada en que el poder de los grandes terratenientes fue erosionado por el empeño de EE.UU. en modernizar las prácticas económicas y políticas de la élite. El viraje antiamericano de la rancia oligarquía conservadora es clave para comprender uno de los principales enigmas del dominio imperial en Nicaragua: la razón por la cual algunos miembros de ese sector social –identificados con las costumbres e intereses de EE.UU. desde antaño – llegaron a apoyar la lucha encabezada por el principal líder revolucionario de Centroamérica, el general Augusto Sandino. No sólo coincidían con el guerrillero en su rechazo a la ocupación, sino también compartían su deseo de “expulsar del espíritu popular la modalidad yanqui contagiosa”, según expresó uno de estos oligarcas.⁸ Al final, los conservadores no llegaron a forjar una alianza política duradera con Sandino, ante todo porque el carácter reaccionario y elitista de su posición antiamericana chocaba con la visión utópica del guerrillero de una “nueva Nicaragua” - no sólo libre de la influencia de EE.UU. sino también de las desigualdades de clase.

Al explorar las contradictorias reacciones de los nicaragüenses ante el dominio imperial de EE.UU., este libro se sustenta en nuevas corrientes en los estudios sobre la

americanización alrededor del mundo. En el pasado, los investigadores tendían a interpretar la exportación del “modo de vida americano” ya como un mecanismo positivo de modernización o como un vil instrumento de opresión de los Estados Unidos.⁹ En contraste, estudios recientes han destacado los significados políticos ambiguos de la americanización. En primer lugar, subrayan que incluso en EE.UU. el “modo de vida americano” tiene diferentes significados. Pero sobre todo, sostienen que la americanización en países extranjeros es resultado de un complejo proceso de adaptación y negociación, pues dichas sociedades no asimilan las costumbres de EE.UU. en forma pasiva, sino que las modifican y, cuando pueden, sólo toman prestadas las que satisfacen mejor sus necesidades.¹⁰ Por ese motivo, también argumentan que la americanización no es un proceso homogéneo, pues presenta numerosas variaciones a lo largo del tiempo y el espacio. Finalmente, los estudios recientes muestran que la apropiación de instituciones, prácticas y valores de los Estados Unidos, por parte de naciones extranjeras, no significa una amenaza intrínseca para éstas. Por el contrario, a veces dicha asimilación puede fortalecer las identidades nacionales, e incluso algunos pueblos sometidos logran convertir las maneras norteamericanas en armas poderosas para enfrentar el dominio imperial.¹¹

Si bien este libro se enmarca dentro de las nuevas corrientes historiográficas sobre la americanización, a la vez se diferencia de muchas obras recientes acerca de este tema en tres aspectos clave. En primer lugar, muestra que los nicaragüenses empeñados en emular a los Estados Unidos no se limitaron meramente a adaptar los patrones norteamericanos de consumo y diversión – la típica definición contemporánea de la americanización. Lo fundamental para ellos era apropiarse de las instituciones y prácticas liberales que, a su juicio, habían permitido a EE.UU. convertirse en un país tan próspero y moderno.¹² En segundo lugar, esta investigación enfatiza que las variadas respuestas de los nicaragüenses a la americanización no reflejan únicamente una asimilación selectiva. Ante todo, fueron resultado de su sometimiento a

diversas formas de intervención norteamericana (militar, económica, política y cultural), así como de los efectos desiguales de dicha injerencia en distintos grupos sociales.

La tercer diferencia, y quizá la más importante, es que este libro centra menos atención en la americanización por sí misma que en su tensa relación con el antiamericanismo. De acuerdo a muchos estudiosos, dicha posición no refleja más que un rechazo a la política exterior de EE.UU. y su “modo de vida”.¹³ Sin embargo, tal como recalca el caso de Nicaragua, el antiamericanismo no siempre está dirigido en contra de los Estados Unidos. A veces, también puede expresarse en un repudio hacia compatriotas que han adoptado costumbres norteamericanas. Con frecuencia, los antiamericanistas han arremetido contra el tenaz poder de seducción del “modo de vida americano”. Por ejemplo, el periodista español Belausteguigoitia, quien entrevistó a Sandino y escribió un libro sobre el guerrillero, afirmó: “un imperialismo no nace sin base moral de apoyo en el mismo pueblo en el cual tiene sus tentáculos”.¹⁴ Ya en el año 1900, el intelectual uruguayo José Enrique Rodó había lanzado su famosa advertencia de que la “manía por el norte” entre los latinoamericanos estaba permitiendo a EE.UU. “deslatinizar” el continente, y rehacerlo a su propia semejanza “sin la extorsión de la conquista”.¹⁵ Siete décadas más tarde, dos partidarios del régimen socialista de Chile sostuvieron, en su aclamado libro titulado *Para leer al Pato Donald*, que la principal amenaza a la nacionalidad latinoamericana no era el “modo de vida del norteamericano” sino “el american *dream of life*” [el sueño americano de la vida], el modo en que EE.UU. se sueña a sí mismo, se redime, el modo en que la metrópoli nos exige que nos representemos nuestra propia realidad, para su propia salvación”.¹⁶

Sin embargo, no todos los nicaragüenses que buscaban emular a los Estados Unidos eran “cómplices” del imperialismo norteamericano. En realidad, algunos de los nacionalistas más aclamados de Nicaragua adoptaron de manera consciente algunas formas políticas, económicas y culturales de EE.UU. para defender la independencia de su país frente el expansionismo

de esa potencia. Por ejemplo, en 1910 el destacado ideólogo liberal Salvador Mendieta exhortó públicamente a sus compatriotas a resistir el creciente dominio imperial de EE.UU. asumiendo con mayor empeño el “modo de ser angloamericano”.¹⁷ A juicio de los nacionalistas nicaragüenses como Mendieta, tomar a EE.UU. como modelo no reflejaba, en absoluto, el deseo a verse devorados por el “coloso del norte”. Su visión ambivalente de EE.UU., como ejemplo y amenaza a la vez, era apenas original, pues muchos movimientos nacionalistas en toda América Latina se han apropiado de ideologías norteamericanas para desafiar el dominio de dicha potencia sobre sus países.¹⁸

Empero, la tensión entre americanización y antiamericanismo era ante todo un resultado de las relaciones contradictorias de los propios nicaragüenses con la intervención de EE.UU. y sus efectos. Dicha incoherencia es especialmente notoria en las estrategias incompatibles que siguió la élite nicaragüense durante la década de 1920, para tratar de contrarrestar el impacto negativo de la diplomacia del dólar en su patrimonio económico. A fin de sobrellevar sus angustias económicas, muchos nicaragüenses de clase alta adoptaron un antiamericanismo económico. No obstante, al mismo tiempo, también reforzaron su identificación con los ideales de modernidad de los Estados Unidos. En contraste, otros miembros de la oligarquía más antigua y americanizada del país respondieron creando una nueva expresión de antiamericanismo cultural; paradójicamente, dirigieron sus críticas contra sus propias esposas e hijas que se aferraron a las costumbres de la “mujer moderna” americanizada – una imagen asociada por muchos nicaragüenses con la diplomacia del dólar. Por tanto, la coexistencia de la americanización y el antiamericanismo en Nicaragua durante la ocupación de EE.UU. no reflejaba tan sólo la supuesta relación latinoamericana de “amor-odio” con el “coloso del norte”.¹⁹ En realidad, con frecuencia tenía menos relación con las ambivalentes opiniones de los nicaragüenses respecto a EE.UU., que con los efectos internos de la americanización y el discordante proceder de éstos al enfrentar las realidades del dominio imperial norteamericano.

El imperialismo y sus contradicciones

Muchos estudiosos de la política exterior norteamericana descartan el concepto de imperialismo como herramienta útil para explicar la historia de la intervención de los Estados Unidos en América Latina.²⁰ Desde su perspectiva, el imperialismo de EE.UU. fue un fenómeno efímero de la década de 1890 y, por tanto, una aberración en la historia de su país.²¹ En contraste, los historiadores latinoamericanos tienen pocos reparos en aplicar dicho término al describir las relaciones del continente con esa potencia. En el caso de Nicaragua, tengo dos razones principales para justificar el uso del concepto de imperialismo.²² En primer lugar, deseo destacar que las distintas formas de intervención de EE.UU. en Nicaragua se hallaban esencialmente relacionadas entre sí. Este libro no sólo muestra la intrínseca relación entre las invasiones norteamericanas a Nicaragua de mediados del siglo diecinueve e inicios del siglo veinte, sino también destaca la articulación entre las distintas formas de intromisión vividas por los nicaragüenses en este período. En segundo lugar, deseo enfatizar que el injerencismo de EE.UU. en Nicaragua se desarrolló en el marco geográfico e histórico más amplio de sus esfuerzos por forjar un imperio informal en la Cuenca del Caribe. Dicho énfasis contrasta con la posición de muchos académicos norteamericanos que niegan las aspiraciones imperialistas de su país, interpretando las intervenciones de EE.UU. como episodios geográfica e históricamente aislados.²³ Como veremos, la intromisión de EE.UU. no fue accidental, ni contraria al carácter norteamericano.

Sin embargo, también es importante poner en relieve las tensiones internas del proyecto imperial. Una de sus grandes contradicciones radicaba en su capacidad de socavar y, a la vez, fortalecer la nacionalidad de los nicaragüenses mediante su americanización. Dicha tensión refleja de manera crucial una paradoja más amplia en el núcleo del nacionalismo norteamericano: siendo una ideología mesiánica, justifica la expansión de la influencia de EE.UU. en términos menos

nacionalistas que universales y utópicos.²⁴ Desde la época del Destino Manifiesto (décadas de 1830 a 1850), EE.UU. ha sido capaz de imponer sus costumbres en otras naciones, particularmente en América Latina. Tal como la historia ha mostrado una y otra vez, tales imposiciones conllevan consecuencias trágicas, precisamente porque los “exportadores del sueño americano” creen que no puede existir una “oposición verdaderamente ilustrada contra la eventual aceptación de las costumbres americanas”, tal como observa la historiadora Emily Rosenberg.²⁵ Sin embargo, no podemos desestimar el extraordinario encanto del “sueño americano” más allá de las fronteras de EE.UU., sobre todo de sus promesas de libertad, abundancia material y ascenso social. En efecto, el impulso utópico de este sueño contribuye a explicar por qué destacados nacionalistas nicaragüenses genuinamente podían invocar los principios clave del ideario nacionalista norteamericano al resistir las exigencias de los Estados Unidos.

Al mismo tiempo, las diferencias entre los “exportadores del sueño americano” incidieron en los multifacéticos encuentros de Nicaragua con el imperialismo de los Estados Unidos. Desde la fiebre del oro de 1849 hasta el retiro de las tropas de ocupación en 1933, los nicaragüenses debieron lidiar con una gran variedad de agentes del expansionismo de EE.UU., incluyendo diplomáticos, *marines*, misioneros y banqueros. Jóvenes o viejos, hombres o mujeres, todos compartían una sólida fe en la americanización como un medio para profundizar la influencia de EE.UU. y “elevar el espíritu” del pueblo nicaragüense. Sin embargo, también tenían objetivos, preocupaciones y visiones incompatibles entre sí. Por ejemplo, los primeros expansionistas norteamericanos – empresarios de la Ruta del Tránsito como Cornelius Vanderbilt y filibusteros como William Walker – deseaban americanizar Nicaragua bajo la bandera del Destino Manifiesto. No obstante, mientras Vanderbilt procuró inculcar en los nicaragüenses los valores económicos de EE.UU., Walker desató una “guerra racial” para colonizar Nicaragua con inmigrantes norteamericanos. Por desdicha, los miembros de la élite local que

contrataron los servicios de Walker se equivocaron al pensar que éste iba en pos del mismo tipo de proyecto americanizador de Vanderbilt. Este fatal error les costaría muy caro, pero contribuye a explicar por qué cortejaron al filibustero en primer lugar.

La situación se tornó aún más compleja debido a que EE.UU. impuso múltiples e inconsistentes formas de injerencia en Nicaragua. Por ejemplo, entre 1910 y 1933, sus habitantes sufrieron la siguiente sucesión de intervenciones: un cambio de régimen orquestado por EE.UU. que frenó la incipiente apertura democrática del país; una invasión seguida de una ocupación militar; la usurpación del control de las finanzas públicas de Nicaragua por los agentes de la Diplomacia del Dólar; la expansión de la labor de misioneros protestantes norteamericanos; la penetración de las industrias culturales de EE.UU., en especial de Hollywood; una segunda invasión de envergadura; una campaña del ejército de EE.UU. para promover la democracia; y una guerra de seis años contra la guerrilla sandinista. Por tanto, no es extraño que distintos sectores del pueblo nicaragüense reaccionaran de maneras tan diferentes ante dichas intromisiones. Sin embargo, incluso una forma de intervención con visos de coherencia podía provocar reacciones contradictorias entre el mismo grupo de nicaragüenses. Tomemos de nuevo el caso del sector más acaudalado de la élite local – la oligarquía conservadora de Granada – y su actitud ante la Diplomacia del Dólar. Por una parte, brindó un fuerte apoyo a las controversiales disposiciones políticas y económicas de los agentes de esta política de EE.UU.; por otro, libró una lucha tenaz, aunque mucho menos conocida, en contra de su empeño por americanizar la cultura nicaragüense.

En suma, este libro compara las relaciones contradictorias de los nicaragüenses con distintos tipos de injerencismo norteamericano que, con frecuencia, se estudian en forma aislada. El enfoque adoptado en esta investigación no sólo posibilita un análisis más dinámico, sino también salva la brecha entre “cultura” y “política económica” que afecta gran parte

de las obras académicas sobre el imperialismo de los Estados Unidos y Europa. Tradicionalmente, en este campo han predominado estudios enfocados en las dimensiones estructurales del dominio imperial: instituciones estatales, sistemas económicos y relaciones de clase, en particular. Aproximadamente desde la última década, el centro de atención de los investigadores ha girado desde el ámbito material hacia el cultural.²⁶ Como resultado, hoy contamos con una perspectiva mejor matizada sobre los múltiples actores, jerarquías y procesos que inciden en el encuentro con el imperio. No obstante, estos avances analíticos también han acarreado costos, pues el viraje cultural en este campo ha relegado el estudio de las estructuras políticas y económicas del imperialismo a un sitio marginal. Por supuesto, es indispensable enfocar la atención tanto en la “cultura” como en la “política económica” para estudiar la compleja naturaleza del dominio imperial. Sin embargo, tal como insisten varios académicos, la solución no consiste simplemente en incorporar ambos aspectos dentro de un sólo marco analítico, sino también es preciso explorar sus interconexiones.²⁷ Unicamente si tomamos en cuenta las dimensiones culturales de las prácticas económicas, y la materialidad de las prácticas culturales, podremos comprender a cabalidad dos enigmáticos resultados de la intervención imperial de EE.UU. en Nicaragua. En primer lugar, por qué el espíritu empresarial de los buscadores de oro norteamericanos motivó a los nicaragüenses a recibir a Walker y sus filibusteros con los brazos abiertos; en segundo lugar, por qué la Diplomacia del Dólar empujó al sector más americanizado de su élite a emprender una cruzada en contra de la penetración de las costumbres de los Estados Unidos.

La Perspectiva Local

A fin de examinar de manera más eficaz el multifacético encuentro de los nicaragüenses con la intervención de EE.UU., esta investigación conjuga un análisis de la americanización

en el ámbito nacional con un enfoque regional centrado en la ciudad y el departamento de Granada. Fijo la atención en Granada porque su oligarquía (dominada por conservadores) dejó de ser la principal promotora de la vía norteamericana hacia la modernidad para convertirse en su mayor antagonista. Por tanto, Granada ofrece una ventana privilegiada para explorar la relación paradójica y voluble de los nicaragüenses con la americanización y el antiamericanismo. Este enfoque regional también es importante dado que los oligarcas granadinos constituían la clase social de hacendados y comerciantes más poderosa de Nicaragua; en consecuencia, su encuentro con la intervención norteamericana afectó profundamente al resto de la nación.

Originalmente, el vigor de la elite granadina emanaba de su control sobre la provincia o “prefectura” más rica y poblada del país. Durante gran parte del siglo diecinueve, la prefectura de Granada abarcaba Managua, Carazo, Masaya, Granada y Chontales, que después adquirieron el rango administrativo de departamentos (ver mapa 1). Aunque los oligarcas granadinos ya habían establecido grandes haciendas ganaderas en los llanos y serranías de Chontales en la época de la Colonia, no fue sino hasta fines del siglo diecinueve que desarrollaron lucrativas plantaciones de café en las tierras altas meridionales de Managua y Carazo, así como en el extinto volcán Mombacho de Granada. Hacia inicios del siglo veinte el sistema de prefecturas fue abolido, y el territorio de Granada se redujo drásticamente a su actual extensión. Mientras tanto la riqueza de los oligarcas granadinos había pasado a depender cada vez más de sus inversiones en otras zonas del país. Además de abrir grandes almacenes en otras ciudades importantes, establecieron plantaciones de caña de azúcar en las llanuras noroccidentales de Chinandega, de banano en las tierras bajas tropicales de la Costa Atlántica, y de café en las montañas septentrionales de Matagalpa. Los oligarcas granadinos también ejercían considerable influencia política. No sólo dirigían el Partido Conservador que, junto al Liberal, predominó sobre la vida política nicaragüense hasta el triunfo

de la Revolución Sandinista en 1979, sino además gobernaron el país durante buena parte del período entre la expulsión de los filibusteros en 1857 y el fin de la ocupación norteamericana en 1933.

La posibilidad de Granada de convertirse en un bastión del poder de la élite y del proceso de americanización está muy relacionada con su ubicación geográfica. En 1524, esta ciudad fue fundada por los conquistadores españoles en la costa noroeste del Lago de Nicaragua, que desagua en el Mar Caribe por vía del Río San Juan. Gracias a esta ruta fluvial, Granada llegó a figurar entre los principales puertos del comercio entre América Central y el Atlántico Norte, y se convirtió en lugar de residencia de algunos de los comerciantes y hacendados más prósperos del istmo. Los estrechos lazos de Granada con la economía mundial contribuyeron a transformarla en una ciudad excepcionalmente cosmopolita. La afluencia de numerosos mercaderes europeos y norteamericanos expuso a la población urbana a las costumbres y estilos de vida propias de los países del Atlántico Norte. Al mismo tiempo, el comercio internacional estimuló a muchos miembros de la élite granadina a viajar al extranjero. Por tanto, aunque en el siglo diecinueve Granada emergió como la sede del Partido Conservador de Nicaragua, los oligarcas de la ciudad comunmente eran percibidos como personas especialmente receptivas a las corrientes foráneas.

Esta apertura contrastaba con la marcada renuencia de la oligarquía granadina a admitir afuereños dentro de su rango social. Aunque unos cuantos extranjeros acaudalados y nuevos ricos locales fueron aceptados, desde mediados del siglo diecinueve la mayoría de sus integrantes provenía de las mismas familias: los Argüello, Chamorro, Cuadra, Lacayo, Pasos, Urtecho, Vega, Vivas y Zavala, en particular. Por tanto, no es casual que desde tiempos antiguos los nicaragüenses percibieran a este grupo social como una "aristocracia". Los oligarcas granadinos tendían a contraer matrimonio sólo con personas de su propio círculo, y a residir en el mismo vecindario situado en el centro de la ciudad o en la Calle Atravesada,

su principal vía comercial. La actitud excluyente de la oligarquía granadina era especialmente notoria en la conformación de su club social, una institución que jugaba un papel crucial para definir la identidad de la élite y determinar quiénes podían pertenecer a esta cúpula privilegiada. Entre 1871, fecha de fundación del club, y la década de 1930, más de tres cuartas partes de sus miembros eran vástagos de familias “aristocráticas”. Tal como se desprende de la lista de sus integrantes, durante el período de la ocupación norteamericana alrededor de doscientos hombres formaban parte de la oligarquía granadina – es decir, menos del tres por ciento del total de la población masculina de la ciudad (en 1920 habían 22,000 habitantes en la municipalidad, 34,000 en el departamento, y 640,000 en toda la nación).²⁸ La actitud discriminatoria de la americanizada oligarquía granadina generó mucha controversia, al punto de que se convirtió en un blanco predilecto de las campañas nacionalistas emprendidas por los nicaragüenses excluidos del club.

Por otra parte, el departamento de Granada también ofrece una ventana idónea para analizar cómo, de manera involuntaria, el dominio imperial norteamericano llegó a “democratizar” la sociedad rural, pues la concentración de la tierra era más marcada en este bastión oligárquico que en cualquier otra zona de Nicaragua. Gracias a la fertilidad de su suelo y abundancia de agua, las llanuras de Granada albergaban latifundios que databan del período colonial español, dedicados a la ganadería y al cultivo de caña de azúcar, cacao y añil, en particular. La propiedad agraria se concentró aún más durante el auge agroexportador de fines del siglo diecinueve, pues los terratenientes se apropiaron de extensas áreas antes controladas por pequeños y medianos finqueros, así como por comunidades indígenas y campesinas. Aunque la mayoría de los campesinos no perdieron el acceso a la tierra como resultado del *boom*, la hegemonía de los terratenientes sobre la sociedad rural granadina llegó a ser la más sólida del país. Durante la ocupación norteamericana de 1912-33, el proceso de expansión del poder de la élite sufrió una brusca interrupción,

pues mientras numerosos hacendados granadinos cayeron en la bancarrota, muchos campesinos empezaron a gozar de una renovada prosperidad. Tal como muestra el caso de Granada, el desigual impacto de la ocupación de EE.UU. sobre los productores rurales de Nicaragua fue impremeditado, y obedeció sobre todo a la mayor habilidad de los pequeños y medianos agricultores para sortear los efectos negativos de la Diplomacia del Dólar.

Finalmente, enfocar la atención en Granada permite aclarar la naturaleza de las divisiones internas de la élite que trágicamente facilitaron el dominio imperial norteamericano. Basados por lo general en un limitado *corpus* documental, muchos estudios dan por supuesto que tales fisuras respondían a pugnas entre una burguesía cafetalera liberal centrada en León, y una oligarquía ganadera conservadora con sede en Granada. En realidad, los oligarcas conservadores no sólo mantenían inversiones económicas muy diversificadas, sino también habían encabezado el desarrollo de la economía cafetalera del país. Más aún, no todos los oligarcas conservadores eran de Granada; muchos vivían en León u otros centros urbanos. A la vez, la oligarquía granadina incluía a numerosos liberales dueños de grandes haciendas ganaderas que carecían de plantaciones de café. Los conflictos entre los granadinos acaudalados demuestran que las disputas entre la élite obedecían más a diferencias culturales e ideológicas que a rivalidades regionales, lealtades partidarias, o intereses económicos antagónicos. Las pugnas en torno a los criterios para definir la membresía e identidad de la élite eran especialmente volátiles. Dichos conflictos eran atizados por las presiones que la élite recibía desde abajo, sobre todo de parte de campesinos y artesanos urbanos. Igual importancia reviste el hecho de que estas divisiones internas reflejaban visiones incompatibles, forjadas por los nicaragüenses en respuesta a su experiencia colectiva bajo el régimen imperial norteamericano.

Por tanto, parto de la hipótesis de que es posible lograr una mejor comprensión sobre el impacto del imperialismo en las naciones subyugadas analizando fuentes locales, que

ponen en relieve las experiencias y perspectivas de la gente sometida bajo un régimen de esa naturaleza. Si bien este argumento pudiera parecer muy obvio, muchos estudios sobre la ocupación de países latinoamericanos por parte de EE.UU. continúan dependiendo, en forma desmesurada, de documentos generados por norteamericanos, y en consecuencia privilegian su punto de vista.²⁹ Con frecuencia este desequilibrio obedece a que el investigador tiene un interés especial en estudiar la experiencia norteamericana o las estrategias del dominio imperial. Sin embargo, también es resultado de las dificultades para ubicar documentos producidos por los habitantes de los países sometidos bajo un régimen de esa naturaleza. Por ejemplo, mucha documentación histórica se ha perdido en Nicaragua debido a guerras y desastres naturales, como los terremotos de 1931 y 1972. Más aún, cuando finalizó la ocupación de EE.UU. en este país en 1933, los norteamericanos se llevaron numerosos documentos, incluyendo la correspondencia entre Sandino y sus partidarios que cayó en sus manos. En consecuencia, durante mucho tiempo, los investigadores nacionales y extranjeros han dado por supuesto que todo estudio sobre los conflictos generados por la intervención de EE.UU. en Nicaragua debía basarse principalmente en fuentes históricas norteamericanas. En efecto, este libro ciertamente ha aprovechado los amplios fondos de los Archivos Nacionales de EE.UU., así como de otros depósitos documentales en este país.

Una vez concluida la guerra en 1990, ha sido posible constatar que – contrario a la presunción general – gran cantidad de fuentes históricas han sobrevivido los estragos del pasado en los archivos nicaragüenses. Estos documentos, tan poco conocidos, han sido de incalculable valor para el desarrollo de esta investigación. Entre éstos cabe destacar la correspondencia oficial y privada del Presidente Adolfo Díaz (1911-16 y 1926-28) conservada en el Archivo Nacional de Nicaragua y en el Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica; periódicos locales y nacionales ubicados en la Hemeroteca Nacional; así como millares de títulos agrarios y

actas de transacciones hipotecarias guardadas en el Registro de la Propiedad de Granada. Quizá el hallazgo más trascendental consista en más de mil seiscientos *legajos* (expedientes documentales) que conforman el núcleo del archivo municipal de Granada. Por mucho tiempo, estas preciosas fuentes históricas permanecieron deteriorándose en un rincón olvidado del ayuntamiento de esa ciudad, estrujados en sacos polvorientos similares a los empleados localmente para almacenar granos básicos. Por fin, en 1993 los documentos fueron “liberados” y ubicados en el recién creado archivo municipal. Este fondo histórico abarca el período entre 1856 (año en que las tropas de Walker incendiaron Granada) hasta el triunfo revolucionario del año 1979, y es particularmente valioso para estudiar las últimas décadas del siglo diecinueve. Además, se caracteriza por su gran diversidad, pues contiene una amplia gama de documentos: casos judiciales, peticiones, registros electorales, fiscales y demográficos, correspondencia política, informes escolares y cartas privadas.³⁰ Gracias a estas fuentes, ahora accesibles en Nicaragua, nos encontramos en mejor posición para demostrar a lo largo de este libro cómo la interacción - contradictoria y multifacética - de los nicaragüenses ante distintas formas de injerencia norteamericana incidieron en los paradójicos resultados del dominio imperial de los Estados Unidos.

Organización

Este libro se halla organizado en cuatro partes y explica, en primer lugar, cómo el proyecto de construir un canal interoceánico por Nicaragua entrelazó en forma trágica el sentido de destino manifiesto de este país centroamericano con el de los Estados Unidos. El primer capítulo explora por qué el interés de EE.UU. en una ruta transistmica representó una grave amenaza para la soberanía nicaragüense desde el inicio. La narrativa parte del año 1849, cuando los viajeros contagiados por la fiebre del oro californiano empezaron a

cruzar Nicaragua, introduciendo el ideario norteamericano de la modernidad. El centro de atención es el "Presidente" William Walker (1855-57) y los miles de soldados-colonizadores procedentes de EE.UU. que asolaron Nicaragua en su empeño por americanizarla. El capítulo segundo analiza cómo los nicaragüenses se recuperaron de la hecatombe provocada por Walker, uniéndose en torno a una visión nacional cosmopolita. En este proceso, las élites retomaron el ideario de progreso de los Estados Unidos, y vieron con buenos ojos sus iniciativas para construir el canal, bajo condición de que se respetase la soberanía nicaragüense.

En la segunda parte exploro los efectos de la intervención de EE.UU. durante el período 1910-12, que culminó en una fallida restauración oligárquica ajena al ideario liberal. El capítulo tercero examina cómo el gobierno de EE.UU. ayudó a los oligarcas conservadores, no sólo a derrocar a la dictadura liberal de José Santos Zelaya (1893-1909), sino también a restaurar un orden político y social jerárquico semejante al de la época anterior a la Revolución Liberal de 1893. El cuarto capítulo centra la atención en la violencia antioligárquica y en el antiamericanismo provocados por la intervención militar de EE.UU. en la guerra civil nicaragüense de 1912.

La tercera parte examina las reacciones de los nicaragüenses ante la Diplomacia del Dólar, que constituyó el marco de la ocupación norteamericana desde 1912 hasta la guerra civil de 1926-27. El capítulo quinto muestra cómo muchos nicaragüenses, sobre todo partidarios de la oposición liberal, adoptaron una nueva forma de nacionalismo económico dirigida contra la Diplomacia del Dólar. Como resultado, la mayoría de los nacionalistas más prominentes de Nicaragua reforzaron su identificación con el ideario norteamericano de la modernidad. El capítulo sexto analiza el impacto socioeconómico de la Diplomacia del Dólar. En particular explica cómo, de manera imprevista, las políticas fiscales y financieras restrictivas de la Diplomacia del Dólar beneficiaron más a los pequeños productores campesinos que a los hacendados, contribuyendo así a "democratizar" el sistema de tenencia de la

tierra. El séptimo capítulo analiza cómo el impacto “democratizante” de la Diplomacia del Dólar llevó al sector de la élite más vinculado con el dominio imperial de los Estados Unidos – la oligarquía conservadora gobernante – a forjar una nueva identidad opuesta al ideario norteamericano de la modernidad. En síntesis, la Parte III explica por qué los enemigos más acérrimos de la Diplomacia del Dólar se aferraron al “sueño americano” con gran fervor, mientras el sector social más criticado de Centroamérica por su actitud proamericana dio la espalda al ímpetu modernizante de ese ideario.

La cuarta parte analiza cómo la militarización del régimen imperial norteamericano durante el período posterior a 1927 provocó un cambio drástico en la política nicaragüense. El capítulo octavo examina el empeño del gobierno de EE.UU. en utilizar el ejército a fin de imponer su modelo ideal de democracia en Nicaragua. Esta campaña de democratización no sólo permitió que la Guardia Nacional, creada por los Estados Unidos, se convirtiera en una importante fuerza política, sino también empujó a los oligarcas conservadores a radicalizar su perspectiva antiamericana y adoptar ideales fascistoides. El capítulo noveno explora las actitudes ambivalentes de los nicaragüenses con respecto a la rebelión encabezada por Sandino entre 1927 y 1933. Sobre todo, examina cómo algunos conservadores profascistas intentaron, en vano, forjar una alianza con Sandino. Dicha iniciativa no fue una mera expresión de oportunismo, pues los oligarcas conservadores simpatizaban con el nacionalismo revolucionario de Sandino en algunos aspectos clave. Por tanto, en la Parte IV se muestra cómo el giro militarista del régimen imperial norteamericano en 1927 motivó a una parte de la élite más americanizada de Nicaragua a rechazar de manera definitiva los valores liberales encarnados en el “sueño americano”. El estudio concluye con un epílogo en el que se reconsideran dos legados clave del dominio imperial de EE.UU. en Nicaragua: el surgimiento de la dictadura de los Somoza (1936-79), y el apoyo de un sector de la élite a la Revolución Sandinista (1979-90).

Esta obra procura contribuir a una mejor comprensión de los efectos de la intervención de los Estados Unidos en Nicaragua, y en América Latina en términos más amplios. El análisis sobre la forma en que los productores campesinos lograron sortear los desafíos de la Diplomacia del Dólar con mayor eficacia que los hacendados muestra la posibilidad de que el dominio imperial norteamericano pueda, aunque de manera impremeditada, democratizar y no sólo polarizar las relaciones de clase en el mundo rural. Además, explica cómo la expansión de la labor de misioneros protestantes y la influencia de las industrias culturales de EE.UU. pueden erosionar drásticamente la autoridad de la élite. Asimismo, aclara cómo el empeño de EE.UU. por imponer su modelo ideal de democracia es capaz de favorecer el surgimiento de un gobierno autoritario. Finalmente, el libro cuestiona los presupuestos convencionales respecto a la base social del nacionalismo revolucionario, al evidenciar que la lucha antiimperialista de Sandino recibió mayor apoyo de parte de la oligarquía conservadora agroexportadora que de su antítesis, la “burguesía nacional”, tal como se define a este sector en América Latina. Dado que por mucho tiempo esta fracción de la oligarquía nicaragüense había defendido con entusiasmo la vía norteamericana a la modernidad, su caso revela cómo los efectos “democratizantes” del dominio imperial norteamericano - en gran medida involuntarios - pueden intensificar el repudio al “modo de vida americano”.

Notas

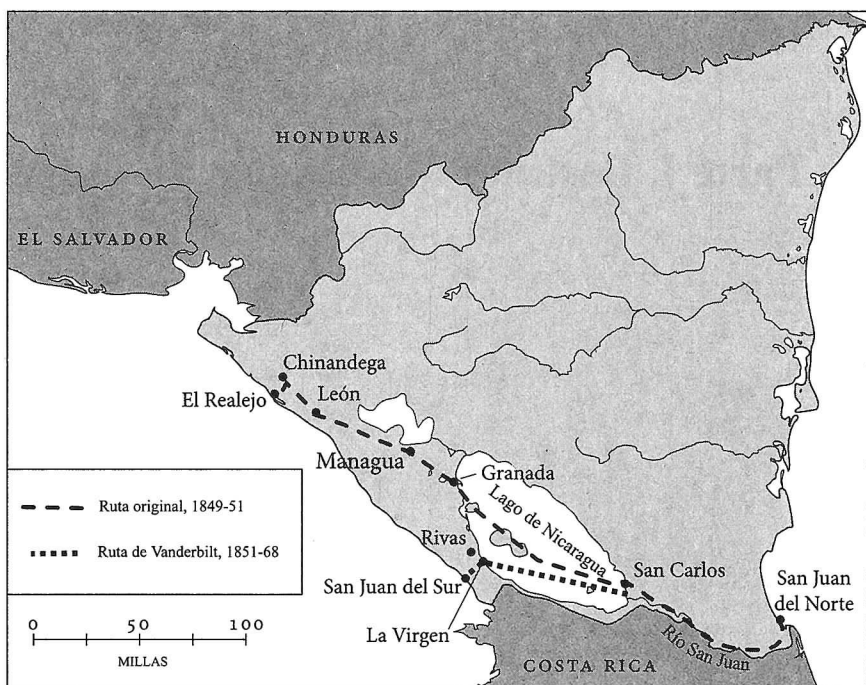
- ¹ Mack, *Land Divided*, 101.
- ² Citado en Burns, *Patriarch and Folk*, 162.
- ³ Para una perspectiva más amplia sobre este tema, véase Rosenberg, *Spreading the American Dream*.
- ⁴ Senado de los Estados Unidos, “Instances of Use of United States Armed Forces Abroad”.
- ⁵ Si bien el ejército de EE.UU. controló la Zona del Canal de Panamá durante casi todo el siglo veinte, sólo ocupó el resto del territorio de este país entre 1903–14 y 1918–20.
- ⁶ Denny, *Dollars for Bullets*, 384.
- ⁷ Véase, en especial, Wheelock, *Imperialismo y dictadura*, un estudio pionero escrito en 1975 por un guerrillero que luego llegó a ser Ministro de Reforma Agraria durante la Revolución Sandinista. Otros estudios influyentes incluyen Bermann, *Under the Big Stick*; Burns, *Patriarch and Folk*; Macaulay, *Sandino Affair*; Millett, *Guardians of the Dynasty*; Quijano, *Nicaragua*; Selser, *Sandino*; y Vargas, *Intervención norteamericana*.
- ⁸ Manolo Cuadra en Calatayud Bernabeu, *Manolo Cuadra*, 19.

- 9 Este párrafo se basa en gran medida en Fehrenbach y Poiger, "Introduction".
- 10 Ver ejemplos recientes de esta corriente en las obras de historiadores latinoamericanistas como: Louis Pérez, *On Becoming Cuban*; Joseph, LeGrand, y Salvatore, *Close Encounters of Empire*; y Moreno, *Yankee Don't Go Home*. Para estudios de casos fuera de América Latina, véase Wagnleitner, *Coca-Colonization*; Kuisel, *Seducing the French*; Nolan, *Visions of Modernity*; y Fehrenbach y Poiger, *Transactions, Transgressions, Transformations*.
- 11 Louis Pérez, en su libro *On Becoming Cuban*, analiza cómo los cubanos nacionalistas se apropiaron de modos norteamericanos en su lucha contra el gobierno colonial español. Asimismo, véase Hale, *Resistance and Contradiction*, sobre las formas en que los Miskitu de la costa caribeña de Nicaragua utilizaron su "afinidad con las instituciones y prácticas políticas Anglo-Americanas" para oponerse a los esfuerzos hispanizantes del estado nicaragüense.
- 12 Sobre el uso de este término en el contexto latinoamericano, véase Roseberry, "Americanization in the Americas"; y Cabán, *Constructing a Colonial People*. Para los casos de Europa y Japón, véase por ejemplo, Zeitlin y Herrigel, *Americanization and Its Limits*.
- 13 Sobre ejemplos recientes que definen el antiamericanismo como el rechazo a la influencia de los Estados Unidos, véase McPherson, *Yankee No!*; Hertsgaard, *Eagle's Shadow*; y la mayoría de los ensayos contenidos en Ross y Ross, *Anti-Americanism* (las excepciones clave incluyen los artículos de Ana María Dopico y Mary Nolan, pues ambas destacan el complejo vínculo entre anti-americanismo y americanización). Sobre la perspectiva de algunos estudiosos de que el antiamericanismo representa un ataque a la modernidad en términos más generales, véase Hollander, *Understanding Anti-Americanism*.

- 14 Belausteguigoitia, *Con Sandino en Nicaragua*, 216.
- 15 Rodó, *Ariel*, 35.
- 16 Dorfman y Mattelart, *How to Read Donald Duck*, 95.
- 17 Mendieta, *Enfermedad de Centro-América*, 2:358.
- 18 Sobre cómo una variedad de movimientos nacionalistas se apropiaron de los ideales de prosperidad material, movilidad social, y democracia política de EE.UU. para desafiar el dominio de las corporaciones norteamericanas durante la Gran Depresión, véase O'Brien, *Revolutionary Mission*.
- 19 Véase, por ejemplo, Rangel, *Latin Americans*.
- 20 Joseph, "Close Encounters", 5-6.
- 21 Véase Ninkovich, "United States and Imperialism", para un panorama general sobre la bibliografía que parte de dicha perspectiva.
- 22 En este aspecto retomo a Michael Doyle, quien define el imperialismo como "el proceso o política de establecer o conservar un imperio", entendiendo el término *imperio* como "una relación formal o informal en la cual un estado controla la soberanía política efectiva de otra sociedad política". Doyle, *Empires*, 45.
- 23 Sobre una crítica a tales perspectivas, véase Louis Pérez, "1898 and Beyond".
- 24 Véase, por ejemplo, Stephanson, *Manifest Destiny*.
- 25 Rosenberg, *Spreading the American Dream*, 234.

- 26 Patrick Wolfe, en "Imperialism and History", ofrece una panorama general sobre la producción historiográfica dentro de esta corriente.
- 27 Por ejemplo, véase Coronil; así como Štoler y Cooper, "Between Metropole and Colony".
- 28 Club de Granada, *Memoria anual de la junta directiva del Club de Granada*, 1917, 1934, en el Archivo Héctor Mena Guerrero (Granada); Oficina Central del Censo, *Censo general de 1920*, Managua: Tipografía Nacional, 1920.
- 29 Un listado de los trabajos más importantes se encuentra en Ninkovich, "United States and Imperialism", 86–87. Algunas excepciones recientes incluyen a Louis Pérez, *On Becoming Cuban*; y Findlay, *Imposing Decency*. Para información adicional sobre la historiografía sobre el tema de la intervención de EE.UU. en América Latina, véase Louis Pérez, "Intervention, Hegemony, and Dependency"; y Joseph, "Close Encounters".
- 30 Véase el *Catálogo del Archivo Histórico de la Prefectura y Municipalidad de Granada*, Managua: Fundación Casa de los Tres Mundos, 2000.

Parte I. Destinos Manifestos, 1849-1910



Mapa 3. Ruta del Tránsito, 1849-68.

Capítulo 1

Americanización por las Armas *Nicaragua bajo el Dominio de Walker*

El 16 de junio de 1855, William Walker y su banda de cincuenta y siete mercenarios norteamericanos arribaron al puerto del Realejo, situado en la costa del Pacífico de Nicaragua, donde los dirigentes del Partido Liberal del país les brindaron una cálida bienvenida. Algunos meses atrás, esta organización política había enviado emisarios a San Francisco, California, para contratar los servicios del filibustero. Los liberales esperaban que, a cambio de tierras y dinero, este reconocido soldado de fortuna les ayudara a derrocar al gobierno conservador, con sede en Granada. Desde el Realejo, los delegados liberales acompañaron a Walker y sus hombres hasta Chinandega (véase mapa 3). A lo largo de los veinticinco kilómetros de camino, los campesinos salían de sus chozas de paja a saludar a los aventureros norteamericanos; en Chinandega, los aldeanos los recibieron con un jubiloso repique de campanas. A continuación, Walker fue conducido por sus anfitriones a la vecina ciudad de León, que en ese entonces era el mayor centro urbano del país y el bastión del Partido Liberal. Francisco Castellón, líder de dicho partido, lo recibió cordialmente y le otorgó amplios poderes para luchar contra los conservadores en nombre de la “libertad” y el “progreso”.¹

La calurosa acogida brindada a Walker por la población local ofrece un marcado contraste con la forma en la cual las siguientes generaciones de nicaragüenses habrían de recordar este breve pero aciago período, cuando su país fue sometido

bajo el yugo de los filibusteros. Según las narrativas posteriores, Walker y sus hombres no fueron sino brutales invasores empeñados en esclavizar a sus antepasados y destruir su cultura. En verdad, Walker y sus hombres desataron una violencia sin precedentes en Nicaragua, al tratar de crear un nuevo imperio norteamericano esclavista. Sin embargo, estos expansionistas no eran invasores: habían sido invitados por prominentes ciudadanos nicaragüenses – no sólo con fines militares sino también para ayudarles a “civilizar” a su país.² Las élites liberales, en particular, guardaban la esperanza de que los hombres de Walker se asentarían en Nicaragua en colonias agrícolas, y contribuirían a replicar la vía norteamericana hacia la modernidad política y económica. Y, contrario a lo que sostienen algunos académicos, la banda de Walker no sólo recibió apoyo de unos cuantos patriarcas liberales descarriados.³ Los norteamericanos también fueron acogidos como “libertadores” por gente de los sectores desposeídos. Muchos continuaron respaldando a Walker aún después de que se convirtiera en el hombre fuerte del país, y su causa atrajera a Nicaragua a unos diez mil colonizadores norteamericanos más, tanto hombres como mujeres. De hecho, las masas nicaragüenses tendieron a guardar distancia de la hoy mítica “Guerra Nacional” que culminó en la expulsión de Walker y sus seguidores en mayo de 1857.

En la actualidad, la cálida acogida que los nicaragüenses brindaron a Walker en 1855 resulta desconcertante, pues ya conocemos los estragos que provocó en el país. Pero quizá el mayor enigma radica en la razón por la cual el expansionismo de EE.UU., impulsado bajo la bandera del Destino Manifiesto, no empujó a la élite nicaragüense a sumarse a otros centroamericanos en su repudio a los colonizadores militares norteamericanos como Walker. Los habitantes del istmo habían llegado a temer el expansionismo de EE.UU., sobre todo después de que esta potencia conquistara la mitad septentrional de México en la guerra de 1846-48. Sin embargo, la ocupación norteamericana de dicho territorio apenas perturbó a la élite nicaragüense, lo que motivó a un

diplomático contemporáneo de origen español a preguntarse la razón por la cual Nicaragua no lograba prever qué “al lanzarse en los brazos de los ciudadanos americanos ... llegará el día en que será estrangulada por esos mismos brazos que tan espontáneamente se abren para recibirla”.⁴ Tal como veremos, la pista para resolver este misterio no radica tan sólo en la manera trágica en que el propio sentido de destino manifiesto de los nicaragüenses – el canal interoceánico – se entrelazó con el expansionismo norteamericano. Otra razón es que los nicaragüenses esperaban encontrar en los colonizadores traídos por Walker los mismos valores empresariales mostrados por los miles de aventureros que habían cruzado el istmo en ruta hacia California desde los comienzos de la fiebre del oro en 1848.

Para desdicha de los nicaragüenses, los colonizadores militares de Walker traían un proyecto de americanización muy diferente al de los buscadores de oro que atravesaban su país. Con el negocio del tránsito, los nicaragüenses adoptaron con entusiasmo una amplia gama de nuevos productos, prácticas culturales e ideales sobre el progreso tecnológico y el espíritu empresarial de los Estados Unidos. En cambio, en los seguidores de Walker descubrieron una corriente muy excluyente y belicosa de la ideología norteamericana del Destino Manifiesto, que sostenía la imposibilidad de americanizar a los latinoamericanos mediante el impulso “civilizador” de la cultura y el comercio de EE.UU.; por el contrario, debían ser sometidos mediante la violencia, cuando no exterminados físicamente. De ahí el célebre argumento postulado por Walker en su libro *La Guerra en Nicaragua*: “La historia del mundo no ofrece el hecho utópico de una raza inferior cediendo mansa i tranquilamente a la influencia preponderante de un pueblo superior. Doquiera que se encuentren frente a frente la barbarie i la civilización ... el resultado debe ser la guerra”.⁵ No obstante, en un inicio muchos nicaragüenses creían en esa “visión utópica”, tal como refleja el entusiasta recibimiento ofrecido a la banda de Walker. Dicha fe sería brutalmente traicionada por Walker y sus hombres.

El Primer Encuentro

Desde el comienzo de la expansión de los Estados Unidos hacia el oeste, en las primeras décadas del siglo diecinueve, tanto el gobierno como algunos ciudadanos norteamericanos se empeñaron en aprovechar la idónea geografía de Nicaragua para establecer una ruta interoceánica.⁶ Sin embargo, no fue sino hasta el inicio de la “fiebre del oro” de California de los años 1848-49 que empresarios norteamericanos abrieron una vía transistmica a través de este país. Antes de la construcción del ferrocarril transcontinental de EE.UU., concluida en 1869, las rutas por Nicaragua y Panamá (inaugurada en 1848) constituían las vías más rápidas y seguras entre ambas costas de los Estados Unidos. La considerable importancia de dichas vías se refleja en el hecho de que fueron objeto de las mayores inversiones realizadas por ciudadanos norteamericanos en países extranjeros durante el período previo a la guerra civil de ese país de 1861-65.⁷

El transporte de pasajeros a través de Nicaragua, manejado por norteamericanos, seguía un trayecto que los habitantes locales utilizaban desde antes de la conquista española de 1523. Su terminal en el Atlántico era el plácido puerto de San Juan del Norte, donde arribaban los barcos de vapor con centenares de aventureros en busca de oro, procedentes de Nueva York y Nueva Orleans. Allí, los emigrantes se trasladaban a bongos de menor calado para remontar los 196 kilómetros del curso del río San Juan, atravesando una densa selva hasta llegar al lago de Nicaragua. Después de navegar por este lago infestado de tiburones hasta Granada, los viajeros debían recorrer otros 216 kilómetros a través de las zonas más pobladas del país, antes de abordar los vapores hacia San Francisco en el antiguo puerto del Realejo, situado en la costa del Pacífico. Este periplo de 604 kilómetros tomaba alrededor de veinte días. En 1851, su duración se redujo drásticamente cuando el magnate naviero norteamericano Cornelius Vanderbilt inauguró una ruta de tránsito mucho más corta, que sólo exigía recorrer un trecho de 19 kilómetros entre el puerto lacustre

de La Virgen y el puerto de San Juan del Sur en la costa del Pacífico. La Compañía Accesorio del Tránsito de Vanderbilt también introdujo mejoras tecnológicas clave, tal como la sustitución de los bongos nicaragüenses por vapores norteamericanos, y la macadamización de caminos de tierra para evitar que siguieran convirtiéndose en zanjas lodosas cuando llovía. Dichas innovaciones permitieron a los aventureros sedientos de oro cruzar el istmo en dos días, y acortar su travesía entre Nueva York y San Francisco a tan sólo unos veintidos días. La ruta del tránsito por Nicaragua cobró tanta popularidad que, hasta su interrupción debido a la guerra en 1856, fue recorrida por unos dos mil viajeros al mes – un flujo inmenso para este país de aproximadamente 250,000 habitantes.⁸

Para bien o para mal, el negocio del transporte de pasajeros representó la primera intervención significativa de EE.UU. en Nicaragua. Políticamente, los agentes norteamericanos de la Compañía Accesorio del Tránsito se granjearon la antipatía de las élites nativas al inmiscuirse en los asuntos internos de su país. Incluso, instigaron la primera acción militar de envergadura de EE.UU. en Nicaragua – el bombardeo de San Juan del Norte en 1854 – perpetrado para resolver un conflicto entre los marineros locales y las autoridades. Además, la compañía se negó a pagar al gobierno nicaragüense el 10 por ciento de las ganancias anuales que le correspondía según el contrato original. Finalmente, sus agentes contrariaron a las élites nativas al ayudar a las comunidades rurales a defender su autonomía frente a la intromisión del gobierno central.⁹ En particular, obstaculizaban los esfuerzos de las autoridades estatales dirigidos a obligar a los campesinos a prestar servicio militar; a cambio, la compañía obtuvo acceso privilegiado a la mano de obra que tanto necesitaba. Mientras las élites despotricaban contra el arrogante menosprecio que los agentes de la compañía les mostraban, los nicaragüenses más pobres que vivían a lo largo de la ruta del tránsito frecuentemente agradecían su intervención.¹⁰

El impacto económico del tránsito presentaba contradicciones aún mayores. A muchos nicaragüenses les preocupaba

el significativo aumento del control norteamericano sobre su economía. Los ciudadanos de EE.UU. no sólo eran los dueños de los principales medios de transporte, y monopolizaban la venta de la leña utilizada para alimentar las calderas de los vapores, sino también operaban muchos de los hoteles y tabernas que atendían a los aventureros extranjeros.¹¹ El negocio del tránsito funcionaba casi como un enclave, y los empresarios de EE.UU. desplazaron varios negocios locales, especialmente a los lancheros que desde mucho tiempo atrás acarreaban gran parte de las mercaderías del circuito comercial transístmico del país. No obstante, el traslado de emigrantes también trajo cierta prosperidad a Nicaragua. Los empresarios norteamericanos ofrecían empleos más estables y mejores salarios a los trabajadores locales. Más aún, la modernización del sistema de transporte impulsada por Vanderbilt produjo, tal como destacó un observador local, “una favorable revolución” en el sector comercial del país.¹² Este impacto se hizo sentir con mayor intensidad en la economía rural. Además de fomentar la exportación de maíz nicaragüense a California, la nueva empresa de traslado de emigrantes benefició a muchos campesinos y pequeños comerciantes que vendían alimentos y licor a los miles de buscadores de oro que pasaban por su país.¹³

El flujo masivo de viajeros también produjo la primera intervención cultural de EE.UU. en Nicaragua. Los pasajeros – llamados *californios* en la jerga popular – constituían un grupo heterogéneo, e introdujeron una amplia gama de patrones de consumo y entretenimiento, incluyendo estilos particulares de vestir y nuevas formas de bailar.¹⁴ Algunos nicaragüenses sentían fascinación por el espíritu empresarial de los buscadores de oro y operadores norteamericanos de la Compañía del Tránsito. Las élites nativas, en particular, destacaban favorablemente el “espíritu de progreso” de los extranjeros, contrastándolo con la actitud poco emprendedora que, según ellos, habían heredado sus compatriotas de los colonizadores españoles.¹⁵ Sin duda, los nicaragüenses que vivían en las cercanías de la ruta del tránsito eran más

proclives a adoptar las costumbres de los viajeros, un proceso que las élites nativas con frecuencia asociaban con la noción de “volverse más civilizados”. Tal como observó el prefecto de Granada en 1850, el “buen gusto de [los granadinos], su cultura y civilización cada día va en aumento, a merced de ... la concurrencia extranjera”.¹⁶ Sin embargo, los nicaragüenses que quizá experimentaron mayores cambios en su estilo de vida fueron los centenares de trabajadores contratados por la compañía del tránsito para desempeñar diversas tareas, puesto que debían adaptarse a un régimen laboral de tipo norteamericano.¹⁷

Por tanto, Nicaragua experimentó notables transformaciones a raíz de su encuentro con la compañía del tránsito y los *californios*, no sólo desde el punto de vista cultural sino también en otros aspectos. Sin embargo, dichos cambios paledecen en comparación a los estragos causados por William Walker y su banda de expansionistas procedentes de EE.UU., quienes impulsaron “la grandiosa idea de la americanización de toda la región centroamericana”, según palabras de un ciudadano de ese país residente en Granada.¹⁸

Recibiendo a Walker con los brazos abiertos

Cuando los hombres de Walker arribaron a Nicaragua, el país ya se encontraba en guerra. Al igual que en otras regiones de América Latina, a raíz de la independencia en 1821 Nicaragua entró en un largo período de disturbios, provocados por grupos rivales que luchaban por forjar una nueva comunidad política sobre las ruinas del estado colonial español.¹⁹ Ciertamente este conflicto tenía una dimensión ideológica, pues en esencia enfrentó a las élites conservadoras, deseosas de mantener el orden colonial, y las élites liberales, que favorecían un nuevo orden basado en principios tales como el libre comercio, la secularización de la sociedad, formas más democráticas de gobierno, y la privatización de las tierras pertenecientes a entidades corporativas (especialmente

la Iglesia Católica y las comunidades indígenas).²⁰ Pero, al igual que en la mayoría de los países centroamericanos, los liberales y conservadores nicaragüenses combatían “más por poder que por principios”.²¹ Y, en Nicaragua, la lucha por el control del estado nacional fue especialmente prolongada, debido a la presencia de dos élites regionales igualmente poderosas: una atrincherada en el bastión liberal de León; la otra, en el baluarte conservador de Granada. Mientras que en otros países de América Latina la ciudad principal ya había logrado imponerse sobre las provincias hacia mediados del siglo diecinueve, en Nicaragua las élites de León y Granada – ambas integradas por grandes comerciantes y dueños de haciendas de ganado, añil y cacao – seguían enfrascadas en una encarnizada disputa por el poder.

La situación se complicó aún más pues los conflictos entre las élites atizaron el surgimiento de movimientos campesinos que representaron un grave desafío al orden social imperante. La envergadura de dichos levantamientos se manifestó especialmente en el contexto de las revueltas rurales que estremecieron a Nicaragua a fines de la década de 1840.²² La causa de las sublevaciones obedeció, ante todo, a la ira popular desatada por los esfuerzos del incipiente estado por extender su control sobre las clases populares, a través del cobro de nuevos impuestos, la regulación del comercio de bienes de consumo general, el incremento de la demanda de mano de obra, y el intento de poner freno a la autonomía política de las comunidades rurales. Las revueltas populares, cuyo principal escenario fue la región del Pacífico, empujó a las belicosas élites de Nicaragua a unir fuerzas por primera vez. Gracias a esta alianza sin precedentes, lograron aplastar la sublevación, que a su juicio constituía un movimiento “comunista”.²³ Sin embargo, poco después las élites reanudaron la guerra y siguieron aniquilándose mutuamente.

En este contexto de violencia, los dirigentes del Partido Liberal contrataron a Walker y sus hombres con el objetivo de que les ayudaran a derrocar a los gobernantes conservadores. Conocían poco sobre este personaje, pero habían escuchado

que era un político liberal dispuesto a encabezar soldados aventureros norteamericanos para luchar en contra de regímenes conservadores en América Latina. Esta imagen positiva de Walker - quien era un abogado y periodista de treinta y un años de edad, nacido en Tennessee - tenía su origen en la favorable publicidad que recibió después de capitanear una expedición militar en Baja California y Sonora, entre noviembre de 1853 y mayo de 1854. Pese al fracaso de dicha campaña, los liberales nicaragüenses lo admiraban por su capacidad para combatir al gobierno conservador de México.²⁴

Además, los liberales contrataron los servicios de Walker influenciados por las buenas relaciones que anteriormente habían sostenido con mercenarios norteamericanos.²⁵ Desde el fin de la guerra de los Estados Unidos contra México en 1848, Nicaragua y los demás países de la Cuenca del Caribe experimentaron un mayor número de incursiones militares norteamericanas. Los individuos que participaban en dichas aventuras bélicas privadas llegaron a ser conocidos como filibusteros, una palabra derivada del término francés empleado para designar a los piratas que habían saqueado las colonias españolas en la Cuenca del Caribe (*flibustiers*). Al igual que Walker, algunos filibusteros fueron invitados por élites nativas enfrascadas en guerras civiles. Otros eran invasores descarados. Ni unos ni otros gozaban de la venia explícita del gobierno norteamericano.²⁶

Los filibusteros eran agentes del Destino Manifiesto de EE.UU., y se veían a sí mismos como “la vanguardia de la civilización americana”, según palabras del propio Walker.²⁷ No obstante, sus objetivos personales podían ser muy diversos.²⁸ En el caso de los hombres de Walker, algunos eran veteranos del ejército norteamericano, desempleados después de la guerra contra México y, por tanto, atraídos por la perspectiva de ganar un buen salario. Otros eran forajidos que veían en los campos auríferos de Nicaragua no sólo un buen refugio sino también un nuevo “El Dorado”. Muchos más eran agricultores motivados por la promesa de recibir abundantes tierras. La meta primordial de unos cuantos era evangelizar a los nativos

“abandonados de la mano de Dios” (i.e., Católicos). Un buen número de hombres se unió a las filas de Walker por razones esencialmente políticas. Por ejemplo, muchos sureños fueron a Nicaragua a defender la institución de la esclavitud en los Estados Unidos.²⁹ Otros se identificaban como políticos liberales, soldados de la causa internacional contra las fuerzas de la “reacción”. En particular, éste era el caso de los soldados franceses y alemanes que se sumaron a las tropas de Walker; muchos habían emigrado a EE.UU. sin un centavo en la bolsa después de participar en las fallidas revoluciones europeas de 1848.³⁰ Diversos motivos empujaron a miles de hombres jóvenes procedentes de todas partes de EE.UU. a alistarse en el ejército filibustero de Walker. A pesar de la heterogeneidad del grupo, al parecer la mayoría apoyaba la meta central del líder: “americanizar” a Nicaragua mediante el establecimiento de colonos norteamericanos y de las instituciones propias de esa potencia.

En parte, esta meta era compartida por los liberales nicaragüenses que contrataron a la banda filibustera de Walker, ofreciendo a cada mercenario una hacienda de 250 acres cuando finalizara la campaña militar. Su oferta no era simplemente un ardid para sortear las leyes de EE.UU. que prohibían la salida de expediciones militares privadas de sus puertos, pero no restringían el embarque de colonizadores rumbo a América Latina.³¹ Por el contrario, la oferta representaba un genuino esfuerzo por crear una colonia de agricultores norteamericanos en las vastas extensiones baldías del territorio nicaragüense.³² Por tanto, reflejaba el proyecto en curso de las élites nativas de replicar el desarrollo político y económico de EE.UU. promoviendo una masiva inmigración de colonizadores norteamericanos al país. Tanto liberales como conservadores otorgaban gran importancia a esta cuestión; en consecuencia, en los contratos suscritos por sus gobiernos con la compañía del tránsito de Vanderbilt le impusieron el compromiso de establecer colonias agrícolas norteamericanas a lo largo de la ruta interoceánica.³³

La fascinación de los nicaragüenses por la vía norteamericana hacia la modernidad los motivó a ofrecer una entusiasta bienvenida a Ephraim George Squier, representante diplomático de EE.UU. que visitó el istmo en 1849–50 con el fin de asegurar el proyecto canalero para su país. Dondequiera llegaba Squier, las élites locales de todas las banderas políticas lo recibían con los brazos abiertos, reiterándole su percepción de los Estados Unidos como el “modelo más perfecto” para su nación.³⁴ Según Squier, le preguntaban una y otra vez sobre las formas de promover la inmigración norteamericana. Incluso el obispo del país compartía dicha visión y, de acuerdo a Squier, le confió que todos los nicaragüenses deseaban “una infusión de gente como la de su país para hacer de esta tierra un Edén de belleza, y el jardín del mundo.”³⁵ Por supuesto, es necesario ser cauteloso ante la versión de Squier sobre las opiniones de los nicaragüenses. En particular, el diplomático subestimó el grado de preocupación de algunos prominentes conservadores con respecto a la potencial amenaza que EE.UU. representaba para la soberanía de la nación. No obstante, a la luz de las crónicas de esa época, Squier estaba en lo cierto cuando insistía que gran cantidad de nicaragüenses de clase alta respaldaban con entusiasmo la inmigración de colonizadores norteamericanos a su país.³⁶ Dicho apoyo es sorprendente, en particular porque refleja un marcado contraste con los sentimientos antiamericanos que surgieron entre otras élites del istmo cuando EE.UU. inició su expansión hacia el sur en la década de 1840.³⁷ Pocos miembros de la élite nicaragüense compartían el criterio expresado por el presidente de Honduras a raíz de la invasión de EE.UU. a México: “podemos afirmar que la causa de México es nuestra, y por tanto verla con indiferencia sería un crimen merecedor de oprobio y condena”.³⁸

Entonces, ¿por qué la clase alta nicaragüense descolló por su aparente “indiferencia” ante el expansionismo de los Estados Unidos? Sin duda, sus miembros guardaban la esperanza de que un acercamiento con EE.UU. impediría a Costa Rica y Gran Bretaña – entonces la potencia hegemónica

en la Cuenca del Caribe – arrebatárles la ruta canalera.³⁹ Desde mucho tiempo atrás, la élite nicaragüense pensaba que el canal convertiría a su país en “el emporio ... del mundo entero”, según expresó el principal líder conservador de la época.⁴⁰ Sin embargo, ese sueño tan sublime se volvería cada vez más difícil de alcanzar a medida que, después de la década de 1830, la expansión del comercio mundial agudizaba la rivalidad internacional por controlar la ruta canalera de este país. Francia se sumó a Gran Bretaña y a EE.UU. en la competencia por dominar la vía nicaragüense. En consecuencia, los esfuerzos de la élite nicaragüense por atraer inmigrantes norteamericanos reflejaba su convicción de que éstos no sólo restaurarían el orden político y fortalecerían la capacidad de la nación de defender su soberanía, sino también que su presencia incrementaría significativamente la voluntad del gobierno de EE.UU. de salvaguardar la puerta de Nicaragua al mundo “civilizado”.⁴¹ Por otra parte, la élite nicaragüense también valoraba la inmigración norteamericana debido a su encuentro con los pasajeros de la ruta del tránsito, pues sentían una inmensa admiración por su espíritu empresarial. En efecto, su mayor deseo era conseguir que norteamericanos portadores de progreso se establecieran en su país, y ayudaran a “civilizar” a su nación, considerada por muchos como la más “anárquica” de América Central.

La postura proamericana de muchos miembros de la élite nicaragüense se entibió a raíz del auge de la ruta del tránsito y de la partida de Squier del istmo.⁴² La mayoría repudiaba la forma en que la compañía del tránsito de Vanderbilt intervenía en los asuntos locales. Además, se desilusionaron debido a la falta de beligerancia del gobierno de EE.UU. por frenar el empeño de Gran Bretaña y Costa Rica en apoderarse de la potencial ruta canalera. Asimismo, algunos nicaragüenses resentían la falta de respeto que los viajeros norteamericanos mostraban hacia sus costumbres y autoridades locales. Quizá el mayor escándalo provocado por estos *yanquis* haya sido la revuelta ocurrida en Granada el 21 de julio de 1852, cuando un viajero fue encarcelado por reñir con otro aventurero de los Estados Unidos.⁴³

Sin embargo, pocos miembros de la élite nicaragüense llegaron a desechar los ideales norteamericanos de progreso encarnados en los viajeros. Aún durante los momentos álgidos de su conflicto con la compañía del tránsito de Vanderbilt, continuaron procurando atraer colonos de los Estados Unidos. Tal actitud se evidenció en 1851, cuando los líderes liberales desafiaron al gobierno de EE.UU. y contrataron filibusteros norteamericanos. En una contrarréplica dirigida al Encargado de Negocios de EE.UU. en el país, afirmaron que estos aventureros extranjeros llegarían a “establecer libertad y orden” y ayudar a los nicaragüenses a “desarrollar sus recursos mediante la industria”.⁴⁴ Pese a su rivalidad con los liberales, los conservadores compartían su idealización de los Estados Unidos como modelo de “progreso”. Cuando llegaron al poder en 1853, incluso intentaron convertir a Nicaragua en un protectorado de EE.UU., proclamando que “harían todas las concesiones [a EE.UU.] necesarias y conducentes a este propósito”.⁴⁵ A juicio del Encargado de Negocios de EE.UU., sus peticiones no hacían sino reforzar el temor de otros gobiernos centroamericanos de que “Nicaragua ya ... había pasado a manos de los americanos”.⁴⁶ En vista de dichos antecedentes, no es de extrañar que tantos miembros de la élite nicaragüense percibieran a Walker y sus filibusteros como los “civilizadores” de su país.⁴⁷ Muy tarde ya comprenderían cuán distinto era el tipo de “americanización” que ellos anhelaban y el que perseguían los filibusteros.

El ascenso de Walker al poder

La rápida victoria de las tropas de Walker – la Falange Americana – sobre el ejército conservador reforzó la admiración de la élite nicaragüense hacia los filibusteros. Inicialmente, Walker había decepcionado a los dirigentes liberales cuando arribó en junio de 1855 con sólo cincuenta y siete filibusteros, en vez de los trescientos solicitados en el contrato. Asimismo, Walker provocó cierto malestar cuando se negó

a marchar de inmediato sobre Granada, sede del gobierno conservador. En cambio, Walker quería comenzar la campaña tomando control de la vía terrestre del tránsito entre San Juan del Sur y La Virgen, pues ello le permitiría abastecer sus fuerzas con reclutas y provisiones procedentes de los Estados Unidos.⁴⁸ No fue sino hasta inicios de septiembre cuando por fin logró apoderarse de ese trecho de la ruta de tránsito, y entonces se concentró en derrotar al ejército conservador.

Walker decidió no arriesgarse a enfrentar al enemigo en una batalla de envergadura, sino que fraguó un asalto sorpresivo al bastión conservador de Granada. Quizá este plan sea su acción militar más audaz. Después de adueñarse de uno de los vapores de la compañía del tránsito anclado en La Virgen, navegó hacia Granada. Así las tropas de Walker, integradas por un centenar de filibusteros y unos trescientos voluntarios nativos, lograron eludir a las fuerzas conservadoras acampadas en Rivas, que les superaban en número. El 13 de octubre de 1855, Walker se apoderó de la capital conservadora sin necesidad de entrar en combate (véase mapa 3). En Granada, los filibusteros ejecutaron a su prisionero de mayor renombre, el Ministro del Exterior Mateo Mayorga, quien paradójicamente había sido uno de los defensores más elocuentes de la idea de fomentar la inmigración norteamericana. A continuación, Walker amenazó con ejecutar a muchos otros prisioneros si las demás fuerzas conservadoras no se rendían de inmediato. Angustiados por la vida de sus familiares, sus generales accedieron sin demora. Como resultado, en menos de cinco meses Walker logró tomar el control militar en Nicaragua. Seguidamente, se propuso consolidar su poder político a fin de hacer realidad su meta primordial: la creación de un "imperio americano" en el istmo.

Para sorpresa de Walker, prominentes conservadores granadinos y caudillos populares de gran arrastre le pidieron asumir la presidencia del país.⁴⁹ Sin embargo, Walker primero optó por mandar a través de un gobernante títere. Presionó a las belicosas élites liberales y conservadoras a formar un gobierno bipartidista encabezado por un anciano líder conservador,

el leonés Patricio Rivas, en calidad de presidente provisional. Empero, Walker permaneció como la autoridad real detrás de la administración de Rivas. A fin de controlar a los nicaragüenses que integraban el gabinete, obligó a cada ministro a tomar un filibustero norteamericano como segundo al mando. Más aún, Walker concentró el mando militar en su ejército filibustero, desbandando todas las fuerzas nativas excepto aquellas que se habían alistado voluntariamente a pelear bajo su jefatura.

Durante el proceso de consolidación de su poder, Walker recibió significativo apoyo de parte de dos empresarios norteamericanos —Cornelius Garrison y Charles Morgan— quienes poco tiempo atrás le habían arrebatado a Cornelius Vanderbilt la dirección de la Compañía Accesorio del Tránsito. A cambio de su lealtad, Walker obtuvo el dinero y las armas que tanto urgía, así como transporte gratuito para unos diez mil hombres y mujeres que salieron en tropel hacia Nicaragua cuando las noticias sobre las hazañas del filibustero se difundieron en EE.UU., animados por la idea de establecerse como colonos en este país.⁵⁰ Gracias a la compañía del tránsito, la banda de filibusteros de Walker se nutrió hasta transformarse en un ejército de unos dos mil soldados, y posiblemente llegó a ser la fuerza armada mejor equipada jamás vista en América Central.

Empero, en última instancia la fortuna de Walker dependería de su popularidad entre la población local. En efecto, Walker sólo pudo consolidar su autoridad política con tanta facilidad porque contaba con el apoyo de sectores de la élite en todo el país. Sin embargo, dicho respaldo no era absoluto; muchos dirigentes conservadores huyeron hacia el interior del país, donde emprendieron una guerra de guerrillas contra los filibusteros. Aún así, numerosos conservadores y liberales de clase alta veían con agrado el ascenso de Walker al poder, y frenaban los esfuerzos locales por expulsar a los filibusteros, tal como sus más acérrimos detractores se vieron obligados a reconocer.⁵¹ Un sermón pronunciado por Agustín Vijil, a raíz de la toma de Granada por los filibusteros, ilustra con toda

claridad los argumentos esgrimidos por sectores de la élite para justificar su apoyo a Walker.⁵² Vijil era un influyente sacerdote católico nacido en Granada en 1801, y uno de los primeros caficultores del país. A pesar de ser un ardiente liberal, gozaba de sólido respeto entre los poderosos oligarcas conservadores de la ciudad, gracias a sus dotes intelectuales y su visión cosmopolita. Su sermón cobró gran relevancia simbólica, pues lo pronunció en la iglesia más exclusiva de Granada, La Merced, en presencia de Walker y sus oficiales. Por consiguiente, muestra el éxito de los filibusteros en obtener el respaldo de algunos de los personajes más poderosos del país.

El sermón de Vijil pone en relieve la forma en que Walker se benefició de la admiración de la élite nicaragüense hacia los viajeros de EE.UU. y los empresarios de la ruta del tránsito. Al justificar su actitud de recibir con los brazos abiertos a los filibusteros, Vijil destacó tres argumentos generalmente esgrimidos por los adalides del proyecto de fomentar la inmigración norteamericana. En primer lugar, sostuvo que Walker sería capaz de poner fin a la turbulencia política y social que desgarraba el país desde la época de la independencia, pues procedía de un país “civilizado”. En segundo lugar, aseguró que los colonizadores-militares que lo acompañaban estimularían el desarrollo económico del pueblo, inculcándole el espíritu empresarial supuestamente propio de los americanos. En tercer lugar, Vijil enfatizó que Walker les ayudaría a construir el canal interoceánico, y al fin Nicaragua entraría a formar parte del “mundo civilizado”. El predominio de esta convicción en el primer encuentro del país con el Destino Manifiesto de EE.UU. explica, en gran medida, por qué tantos miembros de la élite nativa secundaron a Vijil cuando éste elogió a Walker como el “ángel tutelar” que “civilizaría” a Nicaragua.

Sin embargo, a fin de realizar su proyecto de transformar a Nicaragua de acuerdo a su propia visión, Walker también necesitaba ganarse el crucial respaldo de otros sectores sociales. Por un lado, su proyecto imperial incluía un aspecto

que mantenía en sigilo: una revolución contra la élite nativa. Por otro lado, los movimientos populares habían alcanzado una fuerza considerable en este país tan atribulado por conflictos políticos y sociales. Durante cierto tiempo Walker gozó de gran apoyo popular, al menos hasta inicios de 1856, cuando su principal enemigo dentro de Nicaragua se vio obligado a admitir que “la opinión pública todavía está a favor de Walker”.⁵³ Dicho respaldo se expresaba en canciones populares en las que se ensalzaba al filibustero. Por ejemplo, cuando éste viajó desde Granada a León en junio de 1856, los músicos locales lo recibieron entonando las siguientes coplas:

Mil himnos alegres
Patriotas cantad
Al restaurador
De la libertad.

El mundo respetuoso
Acatará asombrado
Al hijo denodado
Del grande Washington.

Y Nicaragua libre
Dirá en constante grito,
¡Viva Walker invicto!
¡Viva el Libertador!⁵⁴

Sin duda, Walker obtuvo considerable apoyo de parte del pueblo leonés, liberal en su mayoría, por el sólo hecho de haber conquistado a su perenne azote: el bastión conservador de Granada. Empero, la victoria de Walker también fue celebrada por sectores populares que vivían en regiones bastante alejadas de la órbita de León.

Representantes de comunidades rurales se acercaban a Walker con la esperanza de que el filibustero anulara las iniciativas de previos gobiernos dirigidas a extender el poder del estado central a sus expensas. Tal como se observó en los

levantamientos de la década de 1840, dichas comunidades resentían, ante todo, el empeño de las autoridades estatales por socavar el control comunal sobre la mano de obra y la venta de productos lucrativos como el tabaco y el aguardiente (un licor destilado de la caña de azúcar). Por tanto, se mostraron agradecidos cuando Walker decretó la abolición del servicio militar obligatorio. Esta medida no sólo los salvaba del reclutamiento forzoso, sino también fortalecía la autonomía de las comunidades indígenas, sobre todo en lo referente al control sobre la mano de obra.

La aparente anuencia de Walker a tomar en cuenta las demandas populares también le permitió ganarse la confianza de los intermediarios del poder en el mundo rural. Líderes de comunidades indígenas viajaban desde todas partes en busca de su apoyo para defender su autonomía política, económica y cultural. Tal fue el caso de la comunidad indígena de Masatepe, que entonces producía grandes cantidades de tabaco y aguardiente. Al solicitar el respaldo del filibustero, los dirigentes comunales intentaban recuperar una cuota de su poder económico usurpada por “el Tirano”, término empleado para referirse al estado central que invadía sus espacios. Asimismo, creían que Walker y sus filibusteros serían más receptivos a sus demandas que las autoridades mestizas, pues éstas sólo mostraban “desprecio” por su “casta”.⁵⁵ Por tanto, Walker logró obtener el respaldo de las autoridades indígenas, aprovechando sus tensas relaciones con el estado central y los pueblos mestizos vecinos.

Los párrocos locales formaban otro conjunto de autoridades que, para disgusto de la oposición nacionalista, contribuyeron a apuntalar el dominio de los filibusteros sobre la población nativa. Sin duda, un buen número de los curas simpatizantes de Walker eran liberales que habían sufrido persecución política durante el previo régimen conservador.⁵⁶ Pero seguramente muchos otros respaldaban a Walker porque compartían el entusiasmo de Vijil en torno al proyecto de fomentar la inmigración de colonos norteamericanos. Gracias a estos sacerdotes, Walker contrarrestó con éxito los esfuerzos

de sus enemigos por aprovechar el recelo contra el protestantismo como arma para movilizar al pueblo contra su régimen. De hecho, las relaciones de Walker con los curas nativos eran tan estrechas que provocaron su ruptura con algunos filibusteros anticlericales.⁵⁷

Sin embargo, los principales aliados nativos de Walker resultaron ser los líderes de los movimientos populares que, desde años atrás, luchaban contra las élites locales y la expansión del estado central. Entre los caudillos populares originarios de la región del Pacífico figuran el leonés Mariano Méndez, el rivense Máximo Espinoza, el masayés Francisco Bravo, y el granadino Ubaldo Herrera.⁵⁸ El caudillo de mayor arrastre era José María Valle, originario de León y conocido como El Chelón, uno de los líderes de las sublevaciones populares que estremecieron a Nicaragua a fines de la década de 1840.

Aunque había perdido una pierna en las guerras anteriores, Valle fue uno de los primeros nicaragüenses en alistarse en las filas de Walker, y contribuyó a su ascenso al poder. Su apoyo fue tan valioso para el proyecto filibustero que hasta el público norteamericano celebró sus hazañas, tal como muestra la exitosa obra de teatro titulada *Nicaragua, o las Victorias del General Walker*, puesta en escena en Broadway en 1856.⁵⁹ Pese a su sesgo racista, ésta sugiere acertadamente que el respaldo de Valle fue de importancia crucial para el triunfo de Walker en algunas de sus principales batallas. No obstante, la obra omite que este caudillo local también jugó un papel clave para asegurar los éxitos políticos de Walker. Cuando el jefe filibustero designó a Valle como gobernador de las Segovias – un vasto y escarpado departamento fronterizo con Honduras, refugio de numerosos miembros de la élite contrarios a Walker – sin duda esta selección no fue fruto del azar. Walker esperaba que su principal aliado nativo le ayudara a controlar esa región ganadera y minera, donde las comunidades campesinas e indígenas gozaban de mucha fuerza. Durante un tiempo Valle logró satisfacer con creces las expectativas de Walker.

No sabemos si Valle dejó documentos escritos explicando la razón por la cual apoyó a Walker, excepto por una declaración de que ambos luchaban por la misma causa “sacrosanta”, esto es, por una “verdadera democracia”.⁶⁰ Empero, se conoce que Valle también fue un entusiasta promotor del proyecto canalero. Por ejemplo, en un discurso dirigido a sus tropas, proclamó que la construcción del canal convertiría a Nicaragua en un “emporio de grandeza”.⁶¹ Sin duda, Valle pensaba que Walker contribuiría a la realización de este proyecto. Además, quizá coincidía con otros caudillos populares en su idealización de EE.UU. como modelo político y económico.⁶²

Los motivos que llevaron a Valle a respaldar a Walker se asemejan a los enunciados por Vijil y otros miembros de la élite nicaragüense. No obstante, mientras estos últimos se hallaban convencidos de que Walker defendería el orden social vigente, sin duda Valle esperaba todo lo contrario. ¿Cómo podría ser de otro modo? Ya había librado una dilatada lucha en contra de los sectores poderosos de Nicaragua y es probable que, cuando se convirtió en el aliado nativo más allegado a Walker, ya conocía el secreto deseo del filibustero: destruir a la élite nativa.

Walker y su “revolución desde arriba”

Walker se abstuvo de emprender su asalto contra las élites nativas hasta después de usurpar la presidencia en julio de 1856. El jefe filibustero visualizaba su proyecto de reorganizar Nicaragua como una verdadera revolución. En efecto, advertía una diferencia clave entre los norteamericanos y los latinoamericanos: estos últimos eran “menos aptos para los verdaderos trabajos de una revolución que los robustos hijos del Norte”.⁶³ No obstante, por más que Walker se identificara como un revolucionario, la élite nicaragüense llegó a percibirlo como todo lo contrario.

A su juicio, la prueba más evidente de la tendencia reaccionaria de Walker era su posición a favor de la esclavitud.

A Walker se debe que Nicaragua sufriera la ignominia de convertirse en la única nación hispanoamericana donde se restableció oficialmente la esclavitud de los africanos después de haber sido abolida.⁶⁴ De acuerdo a Walker, esa institución colonial resolvería la perenne escasez de mano de obra y, por tanto, fomentaría el desarrollo capitalista en Nicaragua. Asimismo, consideraba que la esclavitud ayudaría a “separar las razas y a destruir las razas mixtas que son la causa del desorden que ha prevalecido en el país desde la Independencia”.⁶⁵ Walker justificó su empeño en exterminar a la mayoritaria “raza mixta” de Nicaragua con argumentos profundamente arraigados en el Destino Manifiesto, una ideología entonces asociada por la mayoría de los norteamericanos con el progreso, y no con un retorno al pasado.⁶⁶ Empero, la posición de Walker sobre la cuestión racial reforzó su imagen reaccionaria en este país, pues evocaba los antiguos alegatos de los colonizadores españoles para justificar su sistema de castas.

La visión ideal de Walker sobre el estado nacional también despertaba reacciones contradictorias. Walker aspiraba a gobernar como el supremo patriarca de un estado militarizado y aristocrático, independiente de los Estados Unidos, tan pronto como la fuerza de su ejército filibustero se lo permitiera.⁶⁷ A cambio de lealtad, sus partidarios norteamericanos habrían de regir como hacendados paternalistas sobre siervos indígenas y esclavos africanos importados. De acuerdo a Walker, la conformación de semejante aristocracia militar significaría una obra progresista. Sin embargo, a juicio de muchos nicaragüenses acaudalados su proyecto era un reflejo del estado nacional patriarcal que las élites conservadoras procuraban forjar bajo la égida de las familias hacendadas de estirpe colonial.⁶⁸ Obviamente existía una diferencia clave: en la Nicaragua americanizada de Walker no había sitio para las élites nativas. Walker nunca hizo realidad su visión de un estado ideal. Fracasó incluso en su empeño por implementar su más infame decreto, dirigido a restablecer un régimen esclavista. Empero, esto no fue obstáculo para que los filibusteros desataran una cruenta embestida contra la élite nicaragüense.

Una y otra vez, Walker justificó su lucha contra la élite como un paso necesario para la “regeneración” de Nicaragua. Dentro de los Estados Unidos, el concepto de “regeneración” constituía un poderoso mito de la frontera, que incidió en la expansión de esta potencia desde sus comienzos. Tal como sostiene el historiador Richard Slotkin, este mito representaba la redención del “espíritu americano” como un estadio que se alcanzaría mediante guerras de exterminio racial.⁶⁹ Siguiendo esta lógica, tanto Walker como numerosos de sus seguidores pensaban que dicha regeneración exigía usar la violencia para sustituir a los *mongrels*, o “perros mestizos” de Nicaragua, por americanos anglosajones. Sin embargo, a juicio de algunos filibusteros, este concepto implicaba, más bien, el deber de los americanos de elevar el espíritu de los nativos.⁷⁰ La gente y no la tierra debía ser objeto de regeneración.⁷¹ Propugnaban la puesta en práctica de los principios liberales y progresistas en boga en los Estados Unidos durante esa época. En efecto, Walker impulsó su revolución en el contexto de un movimiento reformista muy amplio e intenso que cautivaba a muchos de sus compatriotas. Algunos seguidores de Walker compartían el ferviente deseo de un cambio sociopolítico radical, en particular los partidarios del movimiento “Joven América” y los veteranos de las revoluciones europeas de 1848. No obstante, incluso los filibusteros que abogaban por elevar el espíritu de los nicaragüenses compartían el criterio de Walker de que la población local era víctima del prolongado desgobierno de una “aristocracia envilecida”.⁷² Por tanto, al margen de sus diferentes formas de entender su misión regeneradora, todos los seguidores de Walker respaldaban el proyecto de desatar una lucha revolucionaria contra la élite nicaragüense.

Los filibusteros lanzaron su revolución desde dos frentes. Por un lado, arremetieron contra la base política del dominio de la élite, buscando monopolizar las riendas del gobierno. Paradójicamente, su esfuerzo conllevó la democratización del sistema electoral de Nicaragua. Hasta entonces los colegios electorales controlados por la élite escogían al presidente del país, a los diputados de la cámara del congreso y

a los senadores. En cambio, Walker dispuso que los comicios se llevaran a cabo mediante el voto popular directo. Además, eliminó los requisitos de propiedad e ingresos que antes excluían a la gran mayoría de los nicaragüenses de los procesos electorales. Según el periódico bilingüe de los filibusteros titulado *El Nicaragüense*, Walker amplió el derecho al voto a “todo residente masculino de dieciocho años, si no hay causa criminal en su contra, ni ha sido acusado de ser un hombre disoluto y vicioso”.⁷³

Obviamente, el nuevo sistema electoral de Walker tenía muchos defectos, como se reflejó en el masivo fraude que le permitió apoderarse de la presidencia en julio de 1856. No obstante, representaba un desafío revolucionario al viejo orden político. Ante todo, la elección de Walker significó que, por primera vez desde la independencia, las élites nativas dejaran de representar al estado nacional. Dicha elección también sentó un precedente de importancia, pues constituyó el primer caso en que se estableció el principio del voto popular directo en América Central.⁷⁴ De esta manera, se arrebató el control de las elecciones nacionales al colegio electoral de la élite, trasladándolo a las autoridades comunales. En consecuencia, las reformas electorales de Walker proporcionaron a los sectores populares nuevos mecanismos institucionales para socavar el poder de los sectores privilegiados. Además, permitieron a las comunidades rurales consolidar su autonomía política, y empoderaron a los caudillos populares para decidir el curso de las políticas nacionales. Quizá el temor a semejante desplazamiento de poder, y no tan sólo la usurpación de la presidencia por parte de Walker, explique por qué sus simpatizantes de clase alta se mostraran tan preocupados ante su insistencia en sostener elecciones directas.⁷⁵

El asalto de los filibusteros al poder económico de la élite nativa fue aún más dramático. Walker tenía plena conciencia de que en Nicaragua el poder se sustentaba, en gran medida, en la posesión de haciendas. En consecuencia, creía que la estrategia más efectiva para destruir a la élite nativa era confiscando sus propiedades rurales. Tan pronto como usurpó la

presidencia en julio de 1856, Walker emprendió una campaña de expropiación en contra de los grandes terratenientes que se le oponían. Su objetivo principal era redistribuir las haciendas confiscadas a sus filibusteros y a los miles de colonizadores que arribaban en tropel a Nicaragua desde los Estados Unidos. Asimismo, pensaba vender una parte de esas tierras a prominentes inversionistas norteamericanos para recaudar los fondos que necesitaba con urgencia. A juicio de Walker, esta campaña confiscatoria constituía el principal medio para crear su “imperio americano”.⁷⁶

Pronto la campaña mostró su efectividad, gracias a los caudillos populares nicaragüenses que dirigieron buena parte del proceso de confiscación.⁷⁷ Al cabo de dos meses, el régimen de Walker había expropiado más de cien haciendas pertenecientes a unas ochenta familias de la élite.⁷⁸ La mayoría de éstas eran plantaciones de cacao ubicadas en la región meridional de Granada y Rivas, y grandes haciendas ganaderas situadas en las extensas llanuras y serranías de Chontales. Esto no era casual, pues dichas propiedades figuraban entre las más valiosas de Nicaragua, y la mayoría pertenecía a los principales enemigos de Walker, los oligarcas conservadores de Granada. No obstante, los miembros de la clase privilegiada que admiraban a Walker también llegaron a recelar de la campaña de confiscación.⁷⁹ Durante algún tiempo habían respaldado la distribución de tierras a los filibusteros, percibiéndola como una manera de “civilizar” el país. Empero, suponían que los norteamericanos iban a colonizar las vastas áreas de tierras estatales baldías. Nunca imaginaron que, en cambio, los filibusteros pretendían apropiarse de sus haciendas para destruir su poder.

Cuando los oligarcas simpatizantes de Walker se percataron del empuje revolucionario de su proyecto de americanización, la mayoría cerró filas al lado de sus antiguos rivales para expulsar a los filibusteros. Esta unión fue sellada mediante el pacto libero-conservador del 12 de septiembre de 1856. El depuesto presidente Rivas y sus allegados justificaron su cambio de posición como una respuesta necesaria ante

el imprevisto empeño de los filibusteros por destruir el orden vigente. No sólo repudiaron la usurpación de la presidencia por parte de Walker, sino también denunciaron sus reformas electorales y campaña confiscatoria. Además, argumentaron que Walker pretendía “destruir” la religión del país.⁸⁰ Ciertamente, en los Estados Unidos Walker era aclamado por todas partes como un héroe protestante, que libraba una batalla justa contra el catolicismo.⁸¹ Sin embargo, en Nicaragua él procuraba cultivar buenas relaciones con el clero católico, por todos los medios a su alcance. Por tanto, las denuncias sobre el empeño de los filibusteros en destruir a la iglesia católica parecen infundadas. Pero, tal como reconoció el propio Walker, ésta era una táctica astuta de la élite nicaragüense para excitar la vigorosa energía del catolicismo popular, y dirigirlo para movilizar a las masas en contra de los filibusteros, protestantes en su mayoría.⁸²

La reacción de las élites nicaragüenses de cerrar filas contra Walker fue muy similar a su respuesta ante la crisis revolucionaria que estremeció el país a fines de la década de 1840. Sin embargo, hay dos diferencias clave. En primer lugar, Walker y su “revolución desde arriba” representaba para la clase alta una amenaza de mucho mayor envergadura que las recientes rebeliones populares. Aunque la magnitud del desafío no hizo más fácil la negociación del pacto de 1856, en el largo plazo garantizó la solidez de la cohesión de este sector social. En segundo lugar, los filibusteros significaban un peligro tan avasallador para la autoridad de la élite que éstos buscaron forjar una alianza militar con otros gobernantes centroamericanos. Dicha convergencia constituyó un paso excepcional en esta región, donde las pugnas entre las clases gobernantes habían desembocado en la ruptura de la Federación de América Central que apenas duró de 1824 a 1839. En el contexto de la turbulenta década de 1840, las élites nicaragüenses impulsaron cuatro iniciativas distintas para restablecer algún tipo de unidad regional.⁸³ Sin embargo, sus esfuerzos fructificaron tan sólo después de que Walker y su ejército de filibusteros irrumpieran en el escenario.

La Guerra “Nacional”

Al igual que sus homólogos nicaragüenses, las élites centroamericanas veían con temor el proyecto de Walker de impulsar cambios radicales en las estructuras políticas y sociales de la región. En consecuencia, el presidente de Costa Rica, Juan Mora, declaró que el principal objetivo de la campaña para expulsar a Walker era extinguir “ese espíritu revolucionario que ha sido el mayor de nuestros enemigos.”⁸⁴ Empero, al igual que sus aliados nicaragüenses y otros líderes centroamericanos, Mora enfatizó en sus proclamas públicas la “impiedad” de los filibusteros y su empeño en esclavizar a la población nativa, seguramente pensando que el uso de estos argumentos sería más eficaz para excitar el apoyo popular.⁸⁵

Los gobiernos centroamericanos iniciaron la llamada Guerra Nacional en contra del régimen filibustero a raíz del “triunfo” de Walker en las elecciones presidenciales de junio de 1856.⁸⁶ Si bien el ejército de Costa Rica ya había entrado en combate con los filibusteros en abril de ese año, las demás naciones del istmo se sumaron a la lucha cuando Walker usurpó la presidencia. A mediados de julio, unos mil soldados guatemaltecos, salvadoreños y hondureños invadieron el noroeste de Nicaragua y pronto desalojaron a los filibusteros de los alrededores de León. Esta ofensiva redujo de manera significativa el espacio geográfico dominado por Walker, y animó a sus enemigos nicaragüenses a intensificar sus ataques guerrilleros en los departamentos de Matagalpa y Chontales, situados en el norte y centro del país. Después de una serie de fracasos, a inicios de octubre las Fuerzas Aliadas – integradas ya por unos mil ochocientos hombres – lograron apoderarse de dos ciudades importantes, Managua y Masaya. Alrededor del mismo tiempo, el ejército de Costa Rica inició su avance desde el sur. Incapaz de retomar el control sobre Masaya, Walker trasladó su tropa integrada por unos mil quinientos filibusteros desde Granada a Rivas, para asegurar la defensa de la ruta del tránsito. Pese a la

importancia política de esta ciudad, Walker no podía correr el riesgo de perder su vital conexión con EE.UU. de donde recibía reclutas y provisiones.

Walker abandonó Granada después de ordenar a sus hombres que la redujeran a cenizas. Enfurecido por la deserción de sus antiguos aliados de clase alta, pensó que su peor castigo sería destruir el principal símbolo del poder de la élite.⁸⁷ El incendio de Granada, una de las ciudades más antiguas del continente, se prolongó durante unos diez días. Excitados por el licor, los filibusteros avanzaron prendiendo fuego a una casa tras otra, en una orgía de violaciones y saqueo, desde los barrios periféricos al centro de Granada.⁸⁸ Cuando las fuerzas aliadas por fin entraron en la humeante ciudad, poco encontraron aparte de un rótulo, colocado por los filibusteros antes de partir, con la siguiente leyenda: "Aquí fue Granada".

Walker sufrió un duro golpe cuando perdió Granada, pero conservó la confianza en la capacidad de su ejército para derrotar a las Fuerzas Aliadas. Su optimismo emanaba sobre todo de su fe en la esencial superioridad de la raza anglosajona con respecto a los centroamericanos. No obstante, también obedecía al desánimo de sus enemigos. Por una parte, los Aliados habían sufrido un mayor número de bajas, víctimas del fuego filibustero y de una epidemia de cólera; por otra parte, sus jefes se enfrascaron en agrias disputas sobre estrategia militar, atizadas por pugnas políticas y ansias de prestigio personal. Más importante aún, Walker percibía la aparente impotencia de los aliados para movilizar a las masas nicaragüenses en torno a su causa. Hasta el final, Walker aseguraba que "el pueblo se adhería a los Americanos, mientras que los *calzados*, los que usan zapatos, se pasaban a los enemigos".⁸⁹ En efecto, los filibusteros seguían contando con el respaldo del "Chelón" Valle y otros influyentes caudillos. Posteriormente, Walker reconoció que dichos líderes populares "ayudaron a evitar que el pueblo ... escuchara las prédicas de los Aliados y se uniera a su cruzada contra los 'filibusteros'".⁹⁰

Sin embargo, Walker fue perdiendo apoyo popular en el transcurso de la Guerra Nacional. De acuerdo a los relatos de los filibusteros, las masas nicaragüenses no se molestaron cuando Walker usurpó la presidencia, ni les inquietaba su fe protestante o su posición a favor de la esclavitud – aspectos que las élites centroamericanas destacaban en sus proclamas para excitar el respaldo del pueblo.⁹¹ Según dichas narrativas, lo que perturbaba a los nicaragüenses era la descomunal violencia, y la epidemia de cólera traída por las tropas extranjeras enfrascadas en la Guerra Nacional. Además, hay evidencias de que muchos pobladores urbanos reaccionaron con temor ante los decretos contra la vagancia y las normativas sobre contratos de mano de obra dictados por Walker en septiembre de 1856, con el objetivo de facilitar la movilización forzosa de los nicaragüenses desposeídos a trabajar en las plantaciones confiscadas. Por su lado, la población rural rechazaba a los filibusteros pues, cuando recrudeció la guerra, éstos empezaron a saquear sus fincas en busca de alimentos y ganado.⁹²

Empero, este malestar no indujo a los nicaragüenses a unirse en masa a las fuerzas Aliadas. Ciertamente los indígenas de las comunidades de Matagalpa y Ometepe (una isla del Lago de Nicaragua) jugaron un papel clave en la guerra de guerrillas dirigida por sectores de la élite contrarios a Walker.⁹³ No obstante, los nicaragüenses tan sólo representaban una octava parte de las fuerzas Aliadas, pese a que su país era el único escenario de la Guerra Nacional. Mientras el 3.5 por ciento de la población de Costa Rica (una asombrosa porción) se alistó en el ejército antifilibustero, alrededor del 0.5 por ciento de los habitantes de Nicaragua se sumó a esta lucha que, años más tarde, todos celebrarían como el acontecimiento fundacional de su nación.⁹⁴ Al margen de sus motivos, la indiferencia de los nicaragüenses ante la guerra no afectaba a Walker, pues su ejército filibustero no necesitaba reclutar combatientes nativos.

Sin embargo, los días de Walker estaban contados. Paradójicamente, el golpe mortal fue asestado por EE.UU.,

en la persona de Cornelius Vanderbilt. El magnate naviero intervino en la Guerra Nacional para vengarse de sus compatriotas, los empresarios Charles Morgan y Cornelius Garrison que eran los socios económicos más valiosos de Walker. Ambos habían provocado la ira del “Comodoro” cuando en 1853 le arrebataron su lucrativa Compañía Accesorio del Tránsito. Una vez que Walker empezó a defender los intereses de Morgan y Garrison, se convirtió en enemigo del segundo hombre más rico de los Estados Unidos.⁹⁵ Al inicio Vanderbilt se limitó a exhortar al gobierno de EE.UU. que impidiera a Morgan y Garrison seguir enviando reclutas y armas a Walker. Sus esperanzas no eran vanas, pues al comienzo de su administración el presidente de EE.UU. Franklin Pierce se opuso a la expedición filibustera de Walker. Sin embargo, con el tiempo cedió a la presión de la opinión pública, y permitía el traslado de aventureros norteamericanos hacia Nicaragua en los vapores operados por Morgan y Garrison. Como resultado, Vanderbilt tomó el asunto en sus propias manos y suministró dinero y armas a los Aliados. Luego, en enero de 1857 ordenó a sus agentes ayudar a las tropas de Costa Rica a capturar las estratégicas fortalezas situadas en el curso del río San Juan, y apoderarse de todos los vapores de la Compañía del Tránsito. Gracias a Vanderbilt, los Aliados tomaron control de esta crucial ruta desde la costa del Atlántico hasta el Lago de Nicaragua. En los primeros días de abril, también lograron ocupar el trecho occidental, despojando a Walker de su última línea de abastecimiento y vía de escape.

La pérdida de la ruta del tránsito selló la suerte de los filibusteros, para entonces acorralados en Rivas. Las famélicas tropas de Walker pronto se redujeron debido a las deserciones y el cólera, obligándolo a capitular el primero de mayo de 1857. Ante la consternación de las tropas nicaragüenses, los jefes de las fuerzas Aliadas dejaron que Walker y sus hombres escaparan ilesos en un buque de guerra de los Estados Unidos. De esta manera concluyó el primer dramático encuentro de Nicaragua con el imperialismo norteamericano.

Conclusión

Walker fue recibido en los Estados Unidos como un héroe popular. Su obsesión por Nicaragua, con su potencial para convertirse en el centro del comercio mundial, no menguó. Organizó tres nuevas expediciones filibusteras para restablecer su régimen. La última tuvo lugar en 1860, cuando Walker intentó invadir Nicaragua por la costa de Honduras. Fue capturado por un buque de la marina británica y entregado a autoridades de ese país, que lo fusilaron sin demora. Para entonces, la estrella de Walker en EE.UU. se había opacado; la sobrevivencia de la nación era un afán mucho más apremiante que su expansión. La Guerra Civil de los Estados Unidos entre 1861 y 1865 puso fin al filibusterismo, para sosiego de América Latina.

Aunque el régimen de Walker duró tan sólo dos años, el ímpetu feroz del filibusterismo norteamericano quedó grabado en la conciencia de los nicaragüenses hasta el día de hoy. Este fenómeno no es casual, pues Walker y sus hombres dejaron una secuela de saqueo, destrucción y muerte. La amarga memoria de su invasión fue renovada por subsecuentes intervenciones de los Estados Unidos. Sin embargo, los nicaragüenses reprimirían un aspecto clave de su aciago encuentro con el Destino Manifiesto: han olvidado que, en un inicio, sus antepasados recibieron a los filibusteros con los brazos abiertos, debido a su obsesión por los ideales y costumbres norteamericanos, introducidos por los aventureros que pasaron por su territorio en busca de oro. Quizá como resultado de la descomunal traición de Walker, la élite nicaragüense enterró el recuerdo de su propia complicidad en el ascenso de los filibusteros al poder. De hecho, el fiasco de su relación con Walker no hizo más que reforzar su aspiración a replicar la vía norteamericana a la modernidad, como un medio para fortalecer su propia nacionalidad e instituciones.

Notas

- ¹ Este párrafo está basado en Walker, *War in Nicaragua*; Doubleday, *Reminiscences*; Bolaños Geyer, *William Walker*; y Jerónimo Pérez, *Obras históricas*, 226.
- ² Jerónimo Pérez, *Obras históricas*, 226.
- ³ Por ejemplo, Burns, *Patriarch and Folk*, 197–218.
- ⁴ Manning, *Diplomatic Correspondence*, 4:409.
- ⁵ Walker, *War in Nicaragua*, 430.
- ⁶ Para mayor información sobre el prolongado interés de los Estados Unidos en el proyecto del canal por Nicaragua, véase Mack, *Land Divided*.
- ⁷ Wilkins, *Emergence of Multinational Enterprise*, 28.
- ⁸ Folkman, *Nicaragua Route*, 163.
- ⁹ Herrera, *Bongos*, 44–70.
- ¹⁰ Conclusión basada en Herrera, *Bongos*.
- ¹¹ Burns, *Patriarch and Folk*, 184.



- 12 Ortega Arancibia, *Cuarenta años*, 116.
- 13 Herrera, *Bongos*, 77–108.
- 14 Gámez, “Granada que yo conocí”.
- 15 Kinloch Tijerino, *Nicaragua*, 201–20.
- 16 “Noticias sobre la jeografía y estadística del Departamento Oriental,” *El Nicaragüense*, diciembre 15, 1855.
- 17 Herrera, *Bongos*, 175–207.
- 18 Biblioteca del Estado de Texas, *Papers of Lamar*, 4:1, 83.
- 19 Para mayor información sobre estas sublevaciones, véase Burns, *Patriarch and Folk*.
- 20 Una síntesis de la discusión sobre el liberalismo de mediados del siglo XIX en América Central se encuentra en Mahoney, *Legacies of Liberalism*, 31–35.
- 21 Burns, *Patriarch and Folk*, 23. Véase Gudmundson y Lindo-Fuentes, *Central America*, 93–120, para mayor información sobre cómo se libró esta guerra en otras regiones de América Central.
- 22 Kinloch Tijerino, *Nicaragua*, 101–41; Burns, *Patriarch and Folk*, 145–59; Casanova Fuertes, “Hacia una nueva valoración”.
- 23 Burns, *Patriarch and Folk*, 151.
- 24 Para mayor información sobre la expedición de Walker en México, véase Brown, *Agents of Manifest Destiny*, 194–218.
- 25 Véase, por ejemplo, Heine, *Wanderbilder*, 146; y Kinloch Tijerino, *Nicaragua*, 220.

- 26 Sobre el filibusterismo en general, véase May, *Manifest Destiny's Underworld*.
- 27 “Discurso del Gen. Walker”, *El Nicaragüense*, junio 7, 1856.
- 28 Véase, por ejemplo, las siguientes narrativas personales: Doubleday, *Reminiscences*; “Experience of Samuel Absalom”; Jamison, *With Walker*; y Wells, *Walker's Expedition*.
- 29 May, *Southern Dream*, 77–135.
- 30 Sobre los alemanes que se unieron a Walker, véase Houwald, *Alemanes en Nicaragua*, 141–47.
- 31 Una perspectiva distinta se encuentra en Brown, *Agents of Manifest Destiny*, 267.
- 32 Jerónimo Pérez, *Obras históricas*, 226, 235.
- 33 Kinloch Tijerino, *Nicaragua*, 207.
- 34 *Boletín Oficial*, julio 5, 1849.
- 35 Squier, *Nicaragua*, 1:247.
- 36 Por ejemplo, Stout, *Nicaragua*, 145; Heine, *Wanderbilder*, 52; y Marr, *Reise nach Central Amerika*, 45.
- 37 Manning, *Diplomatic Correspondence*, 3:248–49, 262–64, 270–72, 409; 4:196–97, 278, 299, 339–40, 369, 379.
- 38 Citado en Dunkerley, *Americana*, 560.
- 39 Kinloch Tijerino, *Nicaragua*, 201–79.
- 40 Fruto Chamorro, tal como es citado en Burns, *Patriarch and Folk*, 12.

- ⁴¹ Manning, *Diplomatic Correspondence*, 3:266, 324–26; 4:369–70.
- ⁴² Ibid., 4:349–56.
- ⁴³ Gámez, *Historia moderna*, 672.
- ⁴⁴ Manning, *Diplomatic Correspondence*, 4:243.
- ⁴⁵ Ibid., 4:369–70.
- ⁴⁶ Ibid., 4:297.
- ⁴⁷ Jerónimo Pérez, *Obras históricas*, 226.
- ⁴⁸ Walker, *War in Nicaragua*, 73–75.
- ⁴⁹ Peticiones reproducidas en Vijil, *Padre Vijil*, 159–62.
- ⁵⁰ De acuerdo a la Compañía del Tránsito, enviaron doce mil soldados-colonizadores a Nicaragua. Véase Bolaños Geyer, *Testimonio de Joseph N. Scott*, 141–42.
- ⁵¹ Manning, *Diplomatic Correspondence*, 4:518–21.
- ⁵² El sermón se halla reproducido en Vijil, *Padre Vijil*, 151–55.
- ⁵³ Manning, *Diplomatic Correspondence*, 4:521.
- ⁵⁴ Bolaños Geyer, *William Walker*, 4:16–17.
- ⁵⁵ Petición remitida por Terencio Mercado, Anastacio Hernández, Matilde Mercado, y María Calderón a William Walker el 24 de diciembre de 1855, Callander Fayssoux Collection of William Walker Papers, catálogo no. 118, rollo de microfilm 3.

- 56 *Boletín de Noticias*, no. 3 (abril 22, 1855). Sobre cómo el principal enemigo de Walker en Nicaragua admitió “que algunos ministros religiosos predicaban a favor de los filibusteros”, véase Manning, *Diplomatic Correspondence*, 4:519.
- 57 Doubleday, *Reminiscences*, 165–67.
- 58 Jéronimo Pérez, *Obras históricas*, 67, 273–74; Jamison, *With Walker*, 37–38, 42.
- 59 Véase el cartel reproducido en Rosengarten, *William Walker*, 201.
- 60 “El Coronel Valle de la fuersa expedicionariá del Medio Día a los pueblos del Estado,” *El Nicaragüense*, octubre 27, 1855. Sobre cómo una explicación similar fue proporcionada por otro caudillos populares, véase “El Coronel Méndez a sus amigos los Leoneses,” *El Nicaragüense*, marzo 8, 1856.
- 61 Ortega Arancibia, *Cuarenta años*, 75.
- 62 Sobre cómo Bernabé Somoza, otrora camarada de lucha de Valle, (capturado y ejecutado en 1849) al parecer admiraba a los Estados Unidos, véase Stout, *Nicaragua*, 153.
- 63 Walker, *War in Nicaragua*, 250.
- 64 Burns, *Patriarch and Folk*, 209.
- 65 Walker, *War in Nicaragua*, 262–63.
- 66 Horsman, *Race and Manifest Destiny*, 208–97.
- 67 Slotkin, *Fatal Environment*, 256–57.
- 68 Burns, *Patriarch and Folk*, 66–109.

- ⁶⁹ Slotkin, *Regeneration through Violence*.
- ⁷⁰ Doubleday, *Reminiscences*, iii; “General Frederick Henningsen”, 172.
- ⁷¹ Sobre cómo las distintas interpretaciones sobre la “misión regeneradora” de EE.UU. marcaron su expansión en México, véase Weinberg, *Manifest Destiny*, 160–89.
- ⁷² “General Frederick Henningsen”, 171–73; Bolaños Geyer, *William Walker*, 5:381.
- ⁷³ “Election in Nicaragua”, *El Nicaragüense*, mayo 3, 1856, citado en Bolaños Geyer, *William Walker*, 4:40–41.
- ⁷⁴ Jerónimo Pérez, *Obras históricas*, 223. Costa Rica - ampliamente percibida como la nación centroamericana de mayor tradición democrática - no estableció elecciones directas sino hasta 1913. Véase Lehoucq y Molina, *Stuffing the Ballot Box*, 2.
- ⁷⁵ Véase “Efemérides”, *Boletín Oficial*, agosto 8, 1856, reproducido en Jerónimo Pérez, *Obras históricas*, 405.
- ⁷⁶ Walker, *War in Nicaragua*, 252–54; *El Nicaragüense*, junio 28, 1856.
- ⁷⁷ Por ejemplo, Jamison, *With Walker*, 42; y Archivo de la Municipalidad y de la Prefectura de Granada (en adelante AMPG), 1869, legajo (en adelante leg.) 229, caja 66, “Solicitud de reclamo al Supremo Gobierno por pérdidas sufridas por Francisco Cornelio Argüello en 1856”, Granada, noviembre de 1869.
- ⁷⁸ Bolaños Geyer, *William Walker*, 4:65–69.
- ⁷⁹ Sobre cómo algunos filibusteros norteamericanos percibieron este temor, véase “Experience of Samuel Absalom”, 664.

- 80 Manning, *Diplomatic Correspondence*, 4:560.
- 81 Por ejemplo, Carroll, *Star of the West*, 345–91.
- 82 Walker a Heiss, junio 29, 1856, en “Walker-Heiss Papers”, *Tennessee Historical Magazine* 1 (1915): 335. Sobre cómo los oficiales de Walker destacaban el vigor del catolicismo popular, véase Whelpley, “Ranger’s Life in Nicaragua”, 39–40; y Jamison, *With Walker*, 68–69.
- 83 Burns, *Patriarch and Folk*, 164.
- 84 Coto, *Documentos históricos*, 65.
- 85 Véase la sección “Proclamas y mensajes” en Coto, *Documentos históricos*.
- 86 Para mayor información sobre el desarrollo de la guerra, véase Brown, *Agents of Manifest Destiny*, 359–409; y Bolaños Geyer, *William Walker*, vol. 4.
- 87 Walker, *War in Nicaragua*, 340.
- 88 Un relato de un testigo ocular de los hechos se encuentra en “Incendio y saqueo de Granada”, *Boletín Oficial*, abril 15 y 22, 1857, en *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua* 44 (1978–79): 221–25, 235–39.
- 89 Walker, *War in Nicaragua*, 195.
- 90 *Ibid.*, 288.
- 91 Por ejemplo, Ratterman, “With Walker in Nicaragua”; y Whepley, “Ranger’s Life”.
- 92 Whepley, “Ranger’s Life”, 41. Véase también la carta escrita por José Miguel Cárdenas el 24 de mayo de 1857, en Arellano, *Historia básica*, 114.

- ⁹³ Jéronimo Pérez, *Obras históricas*, 215–16; Jamison, *With Walker*, 67.
- ⁹⁴ El ejército Aliado consistía de unos 3,500 soldados de Costa Rica, 1,500 guatemaltecos, 1,700 salvadoreños, 600 hondureños, y 1,100 nicaragüenses. Cifras tomadas de Bolaños Geyer, *William Walker*, 4:159, 228, 247; y Palma Martínez, *Guerra Nacional*, 416.
- ⁹⁵ Lane, *Commodore Vanderbilt*, 108–38.

Capítulo 2

Americanización desde Adentro *Forjando una Nacionalidad* *Cosmopolita*

Nicaragua sufrió grandes estragos bajo el régimen de Walker; no obstante, su derrota abrió paso a un largo período de estabilidad política. Los cimientos de este nuevo orden se asentaron en la última fase de la Guerra Nacional. Conmocionados por la dramática “revolución desde arriba” del filibustero, las fracciones de la élite nicaragüense empeñaron todos sus esfuerzos en zanjar su antigua pugna por el control del estado nacional. En 1858, liberales y conservadores unieron voluntades y ratificaron una nueva Constitución Política, acordando compartir el poder en términos generales. Gracias a esta convergencia, seis representantes del Partido Conservador se sucedieron en la presidencia de manera ordenada – un hecho inédito en Nicaragua. Este largo período de paz llegó a su fin en 1893, cuando disidentes conservadores ayudaron al liberal José Santos Zelaya a establecer un régimen autocrático, que se prolongó hasta 1909. Pese al estilo particular de su administración, la dictadura liberal de Zelaya presentó mayores continuidades que rupturas con respecto a los gobiernos conservadores previos. Ambos regímenes gozaron de amplio apoyo bipartidista y, además, perseguían el mismo proyecto cosmopolita de estado-nación, vinculando el interés y la identidad nacional con la potencia que mostraba el mayor potencial para emprender la construcción del canal: los Estados Unidos.

Pudiera parecer paradójico que las élites adoptaran un proyecto cosmopolita de estado-nación en el período posterior a la Guerra Nacional, pues con frecuencia el cosmopolitismo es considerado la antítesis del nacionalismo.¹ No obstante, durante mucho tiempo esta ideología operó en América Latina como un instrumento clave para fortalecer el estado-nación.² Rubén Darío (1867–1916), el poeta cosmopolita más célebre de Nicaragua, articuló este conjunto de ideas proclamando que el latinoamericano sólo podría forjar “un alma nacional” siendo “nacionalista para adentro; y cosmopolita para afuera”.³ Darío no fue el primero en abogar por una nacionalidad cosmopolita. Este tipo de proyecto de estado-nación se presentó en el continente desde la época de la independencia, en la década de 1820. Sin embargo, no empezó a ser implementado hasta después de la consolidación del estado-nación liberal, en la segunda mitad del siglo diecinueve. Ante todo el cosmopolitismo latinoamericano propugnaba una mayor inserción en la economía mundial, en especial por la vía de la exportación de productos agrícolas y mineros. Asimismo, conllevaba abrir la nación a inmigrantes extranjeros, sobre todo europeos y norteamericanos. En consecuencia, solía implicar el deseo de “blanquear” la población nacional. Finalmente, el cosmopolitismo convocaba a la ciudadanía a adoptar las ideas y costumbres propias de los países del Atlántico Norte, que constituían sus modelos de “progreso”. La mayoría de las élites gobernantes de América Latina no se limitaban a imitar dichos arquetipos, sino más bien los adaptaban a las particularidades de sus respectivas sociedades.⁴

La clave de la singularidad del cosmopolitismo nicaragüense era precisamente lo que la convertía en objeto de atracción internacional: el canal. Y, dado que el proyecto canalero se entrelazaba con los intereses de los Estados Unidos, en Nicaragua esta corriente ideológica se desvió de la tendencia general latinoamericana en un aspecto crucial: en vez de promover la europeización de las costumbres cotidianas, como ocurrió en la mayor parte de América Latina, reforzó la apropiación del “estilo de vida norteamericano” por parte de los nicaragüenses.

Abrazando una vez más la Americanización

En un inicio, la decepción de los nicaragüenses con Walker atizó sentimientos de rencor hacia los Estados Unidos. Esta actitud se manifestó en la proliferación de cuentos y canciones condenando la invasión filibustera, algunos de los cuales se conservaron hasta bien entrado el siglo veinte. El corrido de la “Mama Ramona”, que alude a la administradora de una posada en Masaya, es uno de los más perdurables. Inspirado en la antigua metáfora de la mujer traicionera, denuncia la inmoralidad de los filibusteros mientras elogia la lucha nacionalista nicaragüense. El trauma emocional causado por Walker también se refleja en la aparición de nuevos refranes populares que evocan su vileza. Cuando hablan de una desgracia, los nicaragüenses todavía dicen: “Nada eso es, para lo que pasó en Granada”, refiriéndose a la bárbara orden de Walker de reducir la ciudad a cenizas.

Sin embargo, existe amplia evidencia de que el antiamericanismo engendrado por el episodio de Walker era más débil de lo que generalmente suponen los académicos.⁵ De hecho, a raíz de su expulsión, algunos funcionarios gubernamentales expresaban en privado sus dudas con respecto a la voluntad popular de resistir futuras invasiones filibusteras.⁶ Asimismo, un diplomático de EE.UU. observó en 1858 que “entre la población subordinada, que realiza todo el trabajo y soporta por entero las cargas del Estado, existe una fuerte corriente soterrada a favor de ‘Walker’, término en el que encarnan la idea de la dominación americana”. No obstante, también agregó que los pobres “aceptarían con agrado cualquier cambio que los libere de sus actuales amos, y del abominable sistema de reclutamiento militar y contribuciones forzosas a las que se hallan sometidos”.⁷ Al igual que durante la Guerra Nacional, muchos pobres del mundo rural parecían más inclinados a defender la autonomía comunal que preocupados por decidir si debían adoptar o rechazar la “dominación americana”.

En contraste, las principales víctimas de Walker – las élites nativas – abandonaron con firmeza su previo entusiasmo

en torno al proyecto de establecer colonias de inmigrantes norteamericanos en Nicaragua. Varios líderes políticos procuraron impedir la llegada de ciudadanos de EE.UU. a su país; algunos incluso intentaron expulsar a los que ya residían allí. El surgimiento de una actitud antinorteamericana entre los círculos privilegiados también se manifestó en la negativa del gobierno a permitir la reapertura de la ruta del tránsito a través del istmo. Tal como expresó un prominente oligarca conservador, las élites gobernantes temían que “inevitablemente resultaría en la devastación del país por hordas de filibusteros”.⁸ Dicho recelo también motivó al gobierno nicaragüense a solicitar el apoyo de Francia y Gran Bretaña para enfrentar futuras invasiones desde los Estados Unidos. Si bien este clamor no fue escuchado, los funcionarios norteamericanos captaron con precisión que el embrollo de Walker había despertado un fuerte “odio hacia nuestra raza” entre los nicaragüenses de clase alta que, hasta entonces, habían sido los más entusiastas admiradores de EE.UU. en Centroamérica”.⁹

Algunos miembros de la élite nicaragüense incluso desarrollaron una nueva identidad nacional antinorteamericana basada en el amorfo concepto de “raza latina”. En 1858 un delegado del gobierno de los Estados Unidos sostuvo que dicha actitud obedecía a su deseo de preservar “el dominio y supremacía de lo que se complacen en llamar “raza latina”.¹⁰ En el proceso de construcción de esta “raza latina”, en oposición a los “rapaces, sempiternos codiciosos, bárbaros impíos del Norte”, los nicaragüenses adoptaron el emergente discurso francés sobre la latinidad.¹¹ Este discurso, empleado por los franceses para extender su influencia en el continente, ensalzaba una comunidad cultural supuestamente compartida por los hablantes de lenguas derivadas del latín, como el español, portugués y francés.¹² En toda América Latina, las élites recelosas del expansionismo de EE.UU. valoraban la latinidad, considerando que el ejemplo de Francia ponía en tela de juicio la creencia norteamericana sobre el inherente atraso de las naciones católicas en comparación a las protestantes.¹³

Sin embargo, al final esta identidad nacional construida contra EE.UU. no maduró en Nicaragua durante el período posterior a Walker, pues muchos miembros de la élite abrazaron de nuevo el ideario norteamericano del progreso.¹⁴ Dicha reconciliación reflejaba la persistente fe de los sectores gobernantes en el espíritu empresarial de los norteamericanos. Pero ante todo era resultado de su convicción de que la principal vía para defender la nacionalidad nicaragüense implicaba emular el modelo norteamericano de construcción del estado. Al emprender la reorganización de Nicaragua después de la ocupación filibustera, las élites se empeñaron con ahínco en crear un estado nacional fuerte, capaz de repeler invasiones similares en el futuro. Y, para ellos, los Estados Unidos seguían siendo su mejor y único modelo. Por tanto, quienes redactaron la Constitución de 1858 se guiaron por el ejemplo de la constitución de EE.UU., en particular en lo referente al fortalecimiento del Poder Ejecutivo.¹⁵ Además de adoptar selectivamente algunas estructuras políticas norteamericanas, las élites nicaragüenses deseaban que las masas asimilaran lo que el dirigente liberal Gregorio Juárez denominó “espíritu nacional” de los Estados Unidos. Para Juárez, dicho espíritu consistía principalmente en “la liberalidad con que [EE.UU.] brinda la ciudadanía a todos los habitantes del globo”.¹⁶ En una línea similar, los conservadores encargados de editar el periódico oficial en 1858 sostenían que, a fin de sobrevivir, los nicaragüenses necesitaban adoptar el estilo de vida norteamericano: “Nicaragua necesita ... que sus hijos cambien de carácter, de costumbres, de vida: que sufra, en una palabra, una completa metamorfosis”.¹⁷

Pudiera parecer extraño que las élites gobernantes de Nicaragua exhortaran a la ciudadanía a adoptar las instituciones y costumbres de la nación que representaba la mayor amenaza a su independencia. Asimismo, llama la atención que esta posición era ampliamente compartida por los sectores acaudalados, al margen de su afiliación política. Considérese, por ejemplo, el caso de México, el país latinoamericano más afectado por el expansionismo de los Estados Unidos en la época del Destino Manifiesto. La devastadora derrota de

México en la guerra de 1846-48 polarizó las actitudes de la élite con respecto a EE.UU. y agudizó sus divisiones ideológicas.¹⁸ Por el contrario, en Nicaragua dicho expansionismo empujó a las élites nativas a resolver sus antiguos conflictos, mientras convergían en torno a un proyecto nacionalista cosmopolita basado en la experiencia norteamericana. Sin duda, esta diferencia refleja el hecho de que las divisiones internas de la élite desempeñaron un papel más importante como facilitadoras de la intervención de los Estados Unidos en Nicaragua. Pero quizás hay otro factor aún más importante: a diferencia de sus homólogos mexicanos, las élites nicaragüenses creían que el destino manifiesto de su país – el canal – se hallaba atado al de los Estados Unidos.

Por tanto, la desastrosa experiencia con Walker llevó a los nicaragüenses a identificar “antifilibusterismo” y “antiamericanismo” tan sólo durante un breve período. Esta asociación no llegó a causar mayor preocupación entre los dirigentes nicaragüenses que guardaban una fuerte confianza en el modelo de desarrollo de los Estados Unidos. Por ejemplo Gregorio Juárez, quien se desempeñó como ministro del exterior durante la primera administración presidencial después de la expulsión de Walker, admitió en 1858 que “el pueblo de Nicaragua confundió la cualidad de norteamericano con la de filibustero, i llevó su celo por la independencia hasta desconfiar del Gobierno de aquella nación”. Sin embargo, agregó que “esta deplorable situación aunque parezca alarmante, carece de importancia, si se le considera a la luz de la filosofía y de la política de ambos países”.¹⁹ Quedó demostrado que Juárez estaba en lo cierto; el antiamericanismo no floreció en Nicaragua durante la época posterior a Walker.

Forjando un Estado-Nación Cosmopolita

Después de un breve período de introspección, durante el resto del siglo diecinueve las élites gobernantes se ocuparon de forjar un estado-nación cosmopolita. Una y otra vez,

proclamaban que el futuro del país dependía de la ejecución del proyecto canalero.²⁰ Tales declaraciones evocaban las ideas de algunos gobernantes del período anterior a Walker como José Laureano Pineda (1851–53), quien aseguró que el canal transformaría a Nicaragua en una “nación cosmopolita”, al convertirla en el mayor emporio del mundo y en centro de la inmigración extranjera.²¹ Sin embargo, luego del episodio de Walker, los gobernantes dirigieron esfuerzos mucho más vigorosos que los de sus predecesores para difundir su imaginario nacional inspirado en el canal, con miras a obtener el apoyo local y extranjero que necesitaban para hacerlo realidad.

A lo interno del país, las élites gobernantes propagaron su proyecto cosmopolita sobre todo a través del emergente sistema educativo y la prensa. Algunos periódicos, como el *Canal de Nicaragua*, fueron fundados para promover la construcción de esta obra y atraer la inmigración extranjera. Además, se convocaban reuniones similares a cabildos abiertos en las cuales los ciudadanos locales participaban en discusiones sobre estos temas, y se organizaban celebraciones públicas con motivo de resoluciones o tratados relacionados con el canal, o el arribo de expediciones de exploración de la ruta transístmica.²² La cuestión de la receptividad popular al proyecto nacionalista-canalero de las élites es una interrogante aún abierta a la investigación. Sin duda, muchos nicaragüenses pensaban que el canal nunca se construiría. Otros temían que serviría sólo para atraer a otro Walker a su país. Sin embargo, las narrativas locales sugieren que el proyecto canalero entusiasmaba a amplios sectores de la población urbana.²³

Los gobernantes de Nicaragua también procuraron difundir su proyecto cosmopolita en el extranjero. En este proceso, aprovecharon muy bien la expansión de las ferias mundiales a fines del siglo diecinueve. Organizadas en las metrópolis del Atlántico Norte, estos eventos encarnaban el nacionalismo cosmopolita, puesto que celebraban la misión civilizadora del libre comercio así como las aspiraciones nacionalistas.²⁴ Las ferias mundiales constituían un foro ideal para que el estado nicaragüense pudiera publicitar su imagen

de una nación cosmopolita, construida en torno al canal. No fue casual que el elemento dominante del pabellón de Nicaragua en la feria más importante de la época – la Exposición Universal de París de 1889 – haya sido una enorme maqueta en relieve del proyecto canalero.²⁵ Éste fue el único stand de un país latinoamericano que no presentó un imaginario nacional basado en sus productos de exportación o en su pasado cultural. Por ejemplo, el pabellón de Bolivia consistió en un túnel de plata, diseñado para resaltar su principal producto de exportación y base económica de la élite gobernante radicada en Sucre. Argentina, cuya economía se sustentaba en su pujante exportación de carne, se representó como un país ganadero. México expuso un palacio azteca, y el Ecuador un templo inca dedicado al sol.²⁶ Pocas imágenes nacionales guardaban semejanza con las realidades que pretendían representar; sin embargo, ninguna se hallaba inspirada en una visión tan esperanzadora como la de Nicaragua.

Ante los ojos de las élites gobernantes de Nicaragua, su proyecto nacionalista era más que una esperanza, pues creían firmemente que los Estados Unidos pronto construirían el canal. La confianza depositada en dicho país no carecía de fundamento. Ciertamente, la conclusión del ferrocarril transcontinental de EE.UU. en 1869 había eliminado la necesidad de una vía para el transporte de pasajeros a través de América Central. No obstante, el proyecto canalero aún apasionaba a influyentes inversionistas norteamericanos, y la mayoría de ellos prefería la ruta nicaragüense a la de Panamá. Al inicio, éstos se limitaban a destacar los beneficios económicos que el canal ofrecería a los Estados Unidos.²⁷ Muchos sostenían que permitiría transportar carga entre las costas este y oeste de EE.UU. a un costo bastante menor que por el ferrocarril transcontinental. Otros iban más lejos, argumentando que el canal por Nicaragua permitiría a los industriales de la costa atlántica de EE.UU. arrebatarse a sus rivales europeos el control sobre el floreciente comercio asiático, que habían logrado gracias a la apertura del Canal de Suez en 1869. A partir de fines de la década de 1880, los promotores de este proyecto

insistían cada vez más en su importancia militar, afirmando que era indispensable para transformar a los Estados Unidos en una potencia mundial. Entre los principales voceros de esta posición figuraba Alfred Thayer Mahan, uno de los estrategas y publicistas navales más prominentes de la época.²⁸

En consecuencia, una conjugación de intereses económicos y estratégicos alimentaba el interés de EE.UU. en la construcción de un canal por Nicaragua. Mientras el Congreso norteamericano creaba comisiones para asegurar el apoyo político y financiero requerido para el proyecto, la Casa Blanca periódicamente enviaba expediciones de reconocimiento a este país centroamericano (Véase imagen 1). A su vez, dichos esfuerzos estimulaban la fundación de consorcios privados para construir el canal. Al final todas esas empresas fracasaron y muchas cayeron en la bancarrota. Éste fue el caso de la Maritime Canal Company, la única corporación que realmente llevó a cabo obras canaleras en Nicaragua. Al igual que la mayoría de los proyectos de la época, la vía fluvial trazada por esta compañía siguió la ruta del tránsito de Vanderbilt. Cuando en 1889 se inició la construcción de infraestructura en la terminal atlántica del canal, los costos aumentaron rápidamente. Además de contratar con buenos salarios a dos mil trabajadores, la compañía necesitaba importar alimentos y equipos costosos como dragas. Incapaz de atraer más capital, se vio obligada a discontinuar las obras a raíz de una crisis financiera que estremeció a los Estados Unidos en 1893; poco después fue declarada en quiebra.²⁹ Paradójicamente, el colapso de estos consorcios reforzó el sueño canalero y empujó al gobierno de EE.UU. a poner mayor empeño en la realización de esta obra.

Las vicisitudes del proyecto canalero obligaron a los gobernantes nicaragüenses a caminar sobre una cuerda floja diplomática. Mientras procuraban mantener vivo el entusiasmo de EE.UU., al mismo tiempo intentaban frenar el empeño de su gobierno por obtener derechos exclusivos de posesión sobre la zona canalera. Y hasta 1901 tuvieron bastante éxito,

pues varias veces EE.UU. se vio obligado a firmar tratados que garantizaban la integridad territorial de Nicaragua.³⁰ Obviamente el país centroamericano se benefició del surgimiento de una posición de rechazo al expansionismo en el seno del Congreso norteamericano a raíz de la Guerra Civil, pues incidió en la política de EE.UU. con respecto al proyecto canalero durante los últimos años del siglo diecinueve.³¹ Los funcionarios nicaragüenses también explotaron la rivalidad entre los Estados Unidos y Europa en torno al canal para arrancar importantes concesiones a la potencia del norte.³² Pero su habilidad para enfrentar las presiones norteamericanas dependía, sobre todo, de la solidez del estado construido por los nicaragüenses sobre las ruinas del fallido imperio de Walker.

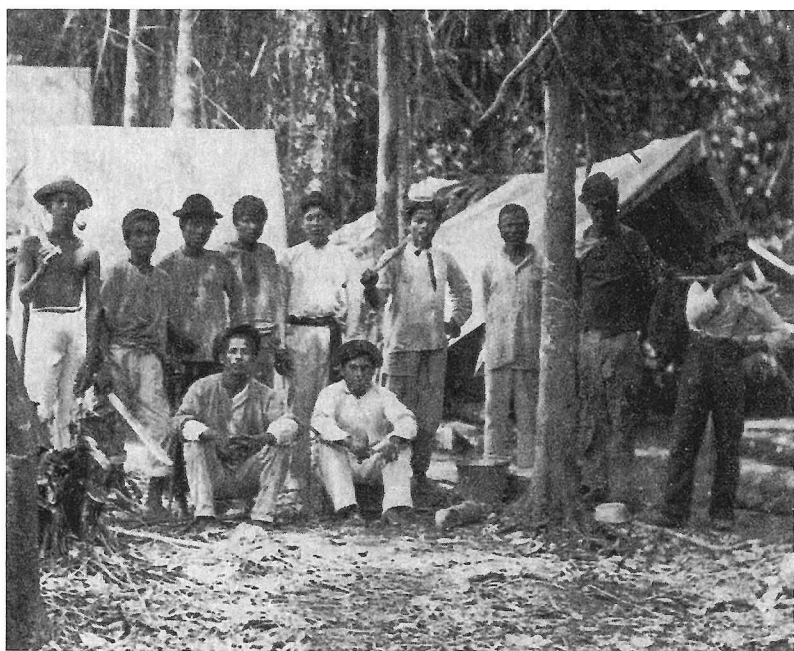


Imagen 1. Trabajadores nicaragüenses en una expedición de reconocimiento de la ruta canalera en 1884.

Cortesía de Archivos Nacionales de los Estados Unidos.

Erradicar la “anarquía” siempre había figurado como un aspecto clave del proyecto cosmopolita de las élites. A raíz de la invasión filibustera, se convirtió en el factor *sine qua non* para asegurar su supervivencia. La búsqueda de la unidad pasó a ser una obsesión, pues las élites estaban convencidas de que sus conflictos internos habían facilitado el ascenso de Walker al poder.³³ Como primer paso, los dirigentes conservadores y liberales acordaron formar un gobierno bipartidista integrado por representantes de las élites regionales de León y Granada, las más importantes del país. Los liberales cedieron la presidencia a los conservadores, conscientes del estigma que cargaban por haber invitado a Walker a Nicaragua. En compensación, los presidentes conservadores acostumbraban nombrar a miembros del Partido Liberal en puestos ministeriales clave. Además, si bien la mayoría de los presidentes provenía de la región de Granada-Rivas, bastión del Partido Conservador, los líderes del Congreso usualmente eran originarios del baluarte liberal de León. Finalmente, se permitió a los liberales ejercer considerable influencia en las políticas municipales, aún en regiones como Granada donde predominaba el conservatismo. La decisión de trasladar la capital a Managua también demuestra el deseo de las élites de constituir una clase gobernante más unida después de la experiencia de Walker. Situada a una distancia intermedia entre León y Granada, esta ciudad era uno de los primeros centros de producción cafetalera. La decisión de elevar el estatus de Managua representaba más que un mero acuerdo regional. Encarnaba el nuevo estado-nación cosmopolita que las élites gobernantes del país intentaban forjar.

Aún cuando el episodio de Walker restó legitimidad al Partido Liberal, la construcción del estado en la época posterior a la Guerra Nacional se guió por los principios de su ideología.³⁴ Políticamente, los gobernantes de Nicaragua forjaron una infraestructura administrativa que apuntaló la autonomía y autoridad del estado central. Crearon notables instituciones estatales: escuelas públicas, registros de la propiedad, un ejército nacional y milicias locales, tribunales, fuerzas policiales

y prisiones en áreas urbanas y rurales, oficinas financieras y administrativas regionales, una entidad encargada de llevar estadísticas de censos demográficos y agrarios, y un ministerio de fomento. En el ámbito económico, los funcionarios gubernamentales impulsaron políticas liberales para estimular la agroexportación. Procuraron eliminar los constreñimientos de los mercados de tierra y capital, y destinaron fondos públicos para mejorar los sistemas de comunicación y transporte del país.³⁵

Finalmente, las élites del período posterior a Walker dirigieron grandes esfuerzos para imponer una cultura de modernidad entre la población local. Su meta era doble: forjar un sólido “espíritu nacional” y convertir a los nicaragüenses desposeídos en ciudadanos más cosmopolitas y productivos. Con este fin, promovieron la secularización a través de las escuelas públicas, leyes liberales, rituales cívicos, y regulación estatal de normas sociales.³⁶ Imitando a los Estados Unidos, también fomentaron el surgimiento de una prensa independiente y la creación de asociaciones cívicas, tales como sociedades científicas y literarias, clubes sociales y organizaciones agrícolas.³⁷ Sin embargo, en la práctica, dichas instituciones marginaban a los sectores excluidos de los círculos privilegiados. Además, las élites gobernantes procuraban inculcar, sobre todo a través de las escuelas públicas, “los hábitos ... que hacen al hombre civilizado socialmente recomendable”, tal como expresó el Ministro de Educación en 1883.³⁸

Por tanto, lejos de frenar el surgimiento de un estado liberal y cosmopolita, el episodio de Walker aceleró este proceso.³⁹ Ciertamente, la aciaga alianza de los liberales con los filibusteros benefició a los conservadores en términos políticos. No obstante, el liberalismo – entendido como la valoración del libre comercio, inmigración, secularización, privatización de la tierra y anticorporativismo – se convirtió en la ideología dominante de la élite durante el período posterior a la Guerra Nacional. Y serían los conservadores asentados en Granada los principales encargados de implementar

las reformas liberales que impulsaron el desarrollo de una dinámica economía exportadora, un aparato estatal centralizado, y una sociedad más secular.⁴⁰ Los conservadores abrazaron la bandera liberal del “progreso” con tanta convicción que, en son de broma, un prominente ideólogo del Partido Liberal los tildó de ser “más rojos” que el propio Karl Marx.⁴¹ Incluso Pedro Joaquín Chamorro Alfaro, el gran patriarca conservador, adoptó el liberalismo. De hecho, durante su presidencia (1875–79) se llevaron a cabo las reformas liberales y mejoras en infraestructura más amplias que haya impulsado el estado en las décadas posteriores a la invasión filibustera. Ferviente nacionalista e implacable enemigo de Walker desde el primer momento, Chamorro coincidía con la mayoría de sus pares en percibir a los Estados Unidos – la principal nación liberal del mundo – como su modelo de república.⁴² Podría pensarse que este juicio de valor no fuese más que un mero gesto de imitación cultural. Sin embargo, en opinión de Chamorro, la necesidad de emular a EE.UU. representaba una lección clave del traumático encuentro de su país con Walker. Tal como ilustra ese caso, los oligarcas conservadores que lideraron a los nicaragüenses en la lucha contra los filibusteros llegaron a convencerse de que la única forma de proteger a su país de futuros expansionistas similares era replicar la vía norteamericana hacia la modernidad.

En vista de la convergencia de la élite durante el período posterior a Walker, es posible argumentar que Nicaragua llegó a ser el país más estable de América Central. Desde la derrota de los filibusteros hasta el año 1900, Nicaragua experimentó menos traspasos violentos del poder ejecutivo (uno) y un mayor número de transiciones presidenciales pacíficas mediante elecciones (seis). No obstante, las reformas impulsadas por las élites nicaragüenses para forjar un estado-nación cosmopolita también provocaron la sublevación más importante del istmo en 1881. Al mismo tiempo, esta rebelión refleja el grado de apropiación de la ideología cosmopolita en Nicaragua.

Desafiando al Estado-Nación Cosmopolita

La sublevación que estremeció Nicaragua en 1881 consistió de dos movimientos separados: la rebelión rural de varios millares de indígenas de Matagalpa, y asonadas que convulsionaron los centros urbanos del país. Mientras los insurgentes matagalpinos eran sobre todo hombres indígenas, los protagonistas de los disturbios urbanos conformaban un grupo heterogéneo que incluía indígenas y ladinos, ricos y pobres, hombres y mujeres. Si bien no figuran como los primeros alzamientos violentos del período posterior a la invasión filibustera, ciertamente fueron los más extensos y recios. Estos motines reflejaban la oposición popular - no tanto al crecimiento de la agricultura comercial, como se argumenta con frecuencia - sino más bien a la expansión del estado y su orientación cosmopolita.⁴³

La masiva insurrección de Matagalpa estalló en reacción al empeño del gobierno en obligar a los indígenas locales a trabajar en la construcción de caminos y en el tendido del telégrafo, de manera gratuita o por un escaso salario; sin embargo, agravios más profundos atizaban la ira de los rebeldes.⁴⁴ Al igual que los pobladores rurales del resto de Nicaragua, los indígenas de Matagalpa recelaban de los esfuerzos de las autoridades estatales por socavar la autonomía económica y política de su comunidad. En consecuencia, al estruendo de la consigna “Muera la Goberna”, más de un millar de indígenas se sublevaron el 30 de marzo de 1881. Además, los insurgentes luchaban contra el empeño de la élite por construir un estado-nación cosmopolita, y en defensa de “la Nación Indígena”, como expresaban sus líderes.⁴⁵ Al margen de la posible ambigüedad de este nacionalismo indígena, sin duda representó un desafío al imaginario nacional cosmopolita de la élite que los excluía por completo. Al combatir en nombre de la “nación indígena”, los insurgentes buscaban invertir el orden racial que sustentaba el proyecto nacionalista de las élites cosmopolitas, para quienes el ser indio era sinónimo de “barbarie” y “atraso”. Empero, el nacionalismo indígena no

constituía la principal amenaza para dicho proyecto, pues un creciente número de nicaragüenses había llegado a compartir la visión de las élites de una nación sin indios.⁴⁶

El mayor desafío provenía del ímpetu religioso de la rebelión de los indígenas de Matagalpa. Según declaraciones de algunos prisioneros, los insurgentes lanzaron su segundo ataque, en agosto de 1881, en nombre del catolicismo.⁴⁷ En particular, protestaban por la expulsión de los Jesuitas, a quienes el gobierno acusaba (injustamente) de instigar el primer levantamiento ocurrido en marzo. Sin embargo, el hecho de que los rebeldes defendieran la religión no puede interpretarse como mera expresión de lealtad hacia sus aliados Jesuitas. En términos más generales, era una manifestación de resistencia ante los esfuerzos de las élites cosmopolitas por secularizar las escuelas, fiestas y otros aspectos de la sociedad y cultura locales. Sobre todo, los indígenas de Matagalpa luchaban por conservar el control sobre las instituciones y prácticas religiosas que regulaban las relaciones económicas y políticas dentro de su comunidad. Por tanto, no es casual que lanzaran su primer ataque del año 1881 durante la Semana Santa.⁴⁸

La preocupación en torno a la identidad católica de la nación también empujó a muchos nicaragüenses no indígenas a participar en las protestas que convulsionaron los centros urbanos del país a mediados de 1881.⁴⁹ A diferencia de la rebelión de Matagalpa, estos tumultos no fueron protagonizados sólo por los sectores desposeídos, sino también por disidentes de clase alta, los llamados iglesieros. Integrado sobre todo por acaudalados comerciantes y terratenientes conservadores, el grupo de los iglesieros fue la punta de lanza de las asonadas de 1881 que paralizaron León, la ciudad más importante del país. Su principal objetivo era el cierre del Instituto de Occidente, un centro de educación primaria y secundaria financiado por el estado, que había sido establecido en marzo de 1881 por las familias más ricas de la ciudad. Desde el inicio, los iglesieros libraron una estridente campaña en contra de los profesores europeos del colegio, acusándolos de francmasones empeñados en destruir la identidad católica nicaragüense.

Cuando la expulsión de los Jesuitas desató una masiva sublevación en mayo, los iglesieros de León procuraron movilizar la fuerza del catolicismo popular en su cruzada contra el Instituto. Al igual que los insurgentes de Matagalpa, los rebeldes urbanos lanzaron su arremetida al grito de consignas anticosmopolitas, tal como “¡Mueran los masones!” y “¡Viva la Religión!”. Pese al beligerante apoyo popular, los iglesieros fueron derrotados por las tropas del gobierno; los rebeldes de Matagalpa corrieron la misma suerte.

La participación de los iglesieros en las revueltas urbanas de 1881 refleja que no todos los sectores de la élite respaldaban la orientación cosmopolita del proyecto de construcción del estado-nación.⁵⁰ Inicialmente los iglesieros rechazaron los esfuerzos oficiales por establecer principios jurídicos cosmopolitas clave, tal como la libertad de culto.⁵¹ Durante el período posterior a Walker, los gobiernos impulsaron estas reformas legislativas para facilitar la asimilación de inmigrantes extranjeros. Contribuir a “hacer del inmigrante un ciudadano” —argumentaban— tan sólo fortalecería la nacionalidad nicaragüense. En contraste, los iglesieros denunciaban dichas leyes como una amenaza a la identidad del país, sosteniendo que debilitarían al catolicismo, corazón espiritual del pueblo, y convertirían a los nicaragüenses en “cosmopolitas sociales”, vacíos de todo sentido nacional.⁵² Desde esta posición, los iglesieros criticaban a las élites gobernantes por lo que, a su juicio, representaba una insensata y peligrosa “imitación” de corrientes extranjeras.⁵³

A pesar de su larga tradición pacifista, la cruzada anticosmopolita de los iglesieros tomó un giro violento cuando la lucha en torno a la identidad nacional se orientó hacia el ámbito de la educación. Al margen de su posición a favor de una Nicaragua cosmopolita o católica, las élites coincidían en que las escuelas representaban el principal medio para imponer un proyecto nacional en la sociedad. A partir de la expansión de la educación pública a finales de la década de 1870, los sectores cosmopolitas y anticosmopolitas de las élites se enfrascaron en una enconada pugna por el control sobre las

escuelas. El establecimiento de centros educativos estatales exacerbó estas tensiones, pues rivalizaban con los centros religiosos fundados por los Jesuitas y otros misioneros católicos que habían llegado en la década de 1870. Desde una perspectiva más amplia, el conflicto en torno a la educación sugiere que el proyecto cosmopolita del estado nicaragüense colisionó con una Iglesia Católica fortalecida, y con la religiosidad popular que alimentaba el surgimiento de organizaciones católicas laicas, tales como el Apostolado de la Oración y las Hijas de María.⁵⁴ Este choque entre el cosmopolitismo y la revitalización del catolicismo ocurrió en diferentes niveles, e incluso se expresó en disputas entre organizaciones femeninas religiosas y laicas por el control de instituciones de bienestar social.⁵⁵ No obstante, su manifestación más profunda fueron los levantamientos de 1881.

Estas rebeliones reflejaban el antagonismo entre distintos proyectos nacionalistas, más que el choque entre bandos a favor o en contra de la modernización. Aunque muchos líderes de ambos bandos presentaban su conflicto como una lucha entre el empuje de la modernidad y la persistencia de la tradición, los iglesieros coincidían con las élites cosmopolitas en varios aspectos.⁵⁶ Por ejemplo, los iglesieros empleaban con beligerancia medios modernos para librar su cruzada antic cosmopolita, sobre todo la prensa; además, sostenían valores demócratas, liberales y republicanos que en esa época constituían los distintivos de la modernidad.⁵⁷ De igual manera, los insurgentes populares de 1881 no rechazaban la modernidad en una forma tajante. A juicio de las élites gobernantes, que consideraban el telégrafo como un “triunfo de la civilización”, la evidencia más clara de la tendencia antimoderna de los rebeldes era el hecho de que los indios de Matagalpa destruían los postes del tendido de la línea.⁵⁸ En realidad, esta acción de los insurgentes no obedecía al temor por lo novedoso, sino al deseo de defender su autonomía comunal ante la expansión del poder estatal. Más aún, al parecer muchos indígenas nicaragüenses aceptaban las nociones predominantes en torno a la modernidad, como las ideas liberales respecto a

la propiedad y los derechos políticos.⁵⁹ Por tanto, al combatir por una Nicaragua católica y moderna a la vez, los insurgentes de 1881 expresaban su rechazo a la creencia compartida por la élite gobernante de que “no hay ni puede haber matrimonio posible entre el Señor Progreso Moderno y la señora Religión Romana”.⁶⁰

No obstante, la pronta derrota de los rebeldes de 1881 también muestra el grado de consolidación que había alcanzado el proyecto de estado-nación cosmopolita desde el fiasco de Walker. Anteriormente, las élites que lo promovían jamás habían tenido a su disposición un aparato estatal tan vigoroso. Más importante aún, su unidad en torno a la idea de difundir el espíritu cosmopolita en Nicaragua era más fuerte que nunca. Los iglesieros constituían el único grupo privilegiado que se oponía abiertamente a dicho proyecto. Sin embargo, esta facción minoritaria del Partido Conservador nunca logró arrebatar el control del estado a los conservadores liberales y sus aliados en el Partido Liberal. Hacia 1881, la firme adhesión de las élites gobernantes a la ideología del cosmopolitismo se refleja en el hecho de que el texto más difundido en las escuelas públicas de Nicaragua era el *Libro de lectura* del estadista argentino Domingo Sarmiento, considerado el promotor más destacado de la idea nacional cosmopolita en América Latina.⁶¹

El proyecto de estado-nación de las élites cosmopolitas al parecer también gozó de mayor respaldo popular de lo que usualmente se supone. Si bien las crónicas de la época insisten en que la mayoría del pueblo nicaragüense repudió la expulsión de los Jesuitas y, en términos más amplios, la secularización de la esfera pública, algunos estudios recientes muestran que los pobladores urbanos y rurales habían llegado a aceptar la legitimidad de la autoridad del estado liberal.⁶² El respaldo a las ideas liberales clave del proyecto cosmopolita se extendió entre el pueblo, a medida que un creciente número de campesinos empezó a sacar beneficios de la expansión agroexportadora posterior a la década de 1870.

El Boom Agroexportador

Desde mucho tiempo atrás, las élites gobernantes de Nicaragua pensaban que el comercio con las naciones del Atlántico Norte era esencial para su proyecto de construir una Nicaragua más cosmopolita. Sin embargo, no pudieron aprovechar el auge en la demanda de productos agrícolas como el café en el mundo industrializado hasta consolidar el estado, durante el período posterior a Walker. Siguiendo el ejemplo de muchos países latinoamericanos, el estado nicaragüense ofreció generosos subsidios a los agroexportadores, modernizó los sistemas de transporte y comunicaciones, y promulgó reformas liberales de envergadura, creando así un entorno institucional más favorable para el sector productivo orientado al comercio exterior. Aprovechando las facilidades proporcionadas por un estado más complaciente, mayor acceso al capital extranjero y nuevas oportunidades de mercado, tanto los grandes terratenientes nicaragüenses como muchos pequeños agricultores desarrollaron una economía agroexportadora que llegó a ocupar el segundo lugar en Centroamérica en términos de crecimiento acelerado.⁶³ Y, tal como veremos en la próxima sección, las ganancias generadas por el boom exportador del período posterior a la década de 1870 permitieron a la élite nicaragüense incrementar su consumo de productos de los Estados Unidos, e intensificar la adopción de sus actividades de entretenimiento.

La economía agroexportadora de Nicaragua descollaba no sólo por su dinamismo sino también por la diversidad de su base. Al igual que en la mayoría de los países del istmo, las exportaciones de café constituían el motor del auge económico. En las décadas de 1870 y 1880, gran parte de las nuevas plantaciones del grano se establecieron en las tierras altas del suroeste, situadas entre Managua, Carazo y Granada.⁶⁴ Durante la década siguiente, la caficultura también se expandió a la región central norte de Matagalpa. Hacia 1900, Nicaragua contaba con dos zonas cafetaleras importantes que generaban alrededor de la mitad de los ingresos por

exportaciones del país. Sin embargo, persistió el predominio de otros cultivos comerciales en el mundo rural. Algunos eran nuevos productos de exportación como el banano, cultivado en la Costa Atlántica. No obstante, muchos otros productos como el azúcar, cacao, maíz y ganado, tenían un origen más antiguo y estaban orientados primordialmente al mercado centroamericano. Por tanto, la llamada revolución del café en Nicaragua no sólo fue impulsada por este grano, sino por una amplia gama de cultivos comerciales.

El crecimiento de la agricultura comercial también permitió remozar las ciudades de manera espectacular. Esta transformación fue especialmente notoria en Granada, donde residían los productores agroexportadores más acaudalados. Durante muchos años, la ciudad no había logrado recuperarse de la devastación sufrida durante la Guerra Nacional. Con frecuencia, viajeros extranjeros comentaban con pesar que muy pocas iglesias, viviendas y edificios oficiales habían resurgido de las cenizas. En 1866, un visitante británico anotó: “Dentro de la propia ciudad no queda nada por describir; no es más que un montón de ruinas ... Granada es un sueño de desolación – una pesadilla – un indescriptible horror”.⁶⁵ Los ingresos procedentes del boom exportador, que arrancó después de la década de 1870, permitieron a los granadinos dar un primer impulso a la reconstrucción de Granada, respetando su antiguo trazado. Sin embargo, los más ricos también le imprimieron un aspecto moderno, levantando viviendas de dos plantas, iglesias y edificios públicos, según los estilos neoclásicos y eclécticos entonces en boga entre las élites cosmópolitas de América Latina (véase imagen 2).⁶⁶ Además, funcionarios municipales y miembros de la élite local importaron equipos de EE.UU., con el propósito de establecer uno de los sistemas más modernos de Centroamérica para el suministro de luz eléctrica, agua potable, comunicaciones y tranvías. Finalmente, construyeron un nuevo mercado bajo techo, amplios almacenes comerciales, un teatro y parque central, convirtiendo el centro de la ciudad no sólo en un espacio público sino también en un sitio de consumo y

entretenimiento. Hacia la década de 1890, Granada había recobrado su dinamismo anterior y, a juicio de muchos nicaragüenses, se transformó en un eje de la modernidad.



Imagen 2. Residencia de un miembro de la élite en Granada.

Cortesía de los Archivos Nacionales de los Estados Unidos.

El boom agroexportador no benefició a toda la población, pero tampoco desembocó en un proceso absoluto de pauperización y proletarización de las masas rurales, tal como se argumenta con frecuencia.⁶⁷ Más bien, generó una mayor estratificación social entre el campesinado. Los vínculos de parentesco y clientelismo jugaron un papel clave en la modificación de las condiciones de vida de los campesinos. Ante todo, la expansión de la agricultura comercial aceleró la desintegración de las propiedades comunales; como resultado, muchos campesinos perdieron su tradicional acceso a la tierra. Mientras una parte de los desposeídos emigró a las ciudades, engrosando las crecientes filas de los pobladores urbanos pobres, la mayoría sobrevivió trabajando bajo condiciones

muy duras en plantaciones de agroexportación, y muchos de éstos, sobre todo mujeres y niños, pasaron a ser peones por deudas.⁶⁸ No obstante, un número asombrosamente significativo de campesinos aprovechó el auge exportador, la disponibilidad de capital, y la privatización de las tierras comunales para ampliar sus propiedades o adquirir otras, incluyendo fincas de café.⁶⁹ En buena medida, dicha expansión se llevó a cabo a expensas de sus pares campesinos.

Sin duda, las diferencias individuales en cuanto al desarrollo de un espíritu empresarial incidieron en el desigual impacto del boom en la población rural de Nicaragua. No obstante, los campesinos que gozaban de un acceso privilegiado a los recursos del estado se hallaban en mejor posición para aprovechar el boom. Los vínculos con concejales municipales en el área rural ofrecían una ventaja especial, pues con frecuencia éstos pertenecían a poderosas redes clientelistas, construidas sobre la base de clanes familiares.⁷⁰ Estas autoridades no sólo controlaban la venta y el alquiler de tierras comunales, sino también regulaban el acceso al agua y a derechos de pase entre las propiedades del campo. Más aún, designaban a los jueces locales y autoridades policiales, figuras clave en las disputas por recursos materiales. No por casualidad, los concejales municipales y sus argollas en el mundo rural obtuvieron mayores beneficios del auge de la agricultura comercial durante el período posterior a la década de 1870.

La conflictiva emergencia de este próspero estrato campesino no se circunscribió a la frontera agrícola. También se presentó en regiones como Granada, donde la concentración de la tierra y la hegemonía de los hacendados eran muy marcadas. De hecho, aún después del momento álgido de expansión del latifundio a inicios del siglo veinte, todavía era posible encontrar pequeñas y medianas fincas en el mundo rural de Granada cuyos dueños no pertenecían a la élite.⁷¹ No obstante, las propiedades comunales ya habían desaparecido. Veamos, por ejemplo, los drásticos cambios en la tenencia de la tierra que afectaron a la población rural de Diriomo, una antigua aldea indígena de unos cuatro mil habitantes situada

al pie del volcán Mombacho, en el departamento de Granada. Antes del boom agroexportador, la mayor parte de las tierras de Diriomo se hallaban bajo el régimen de propiedad comunal, dedicadas al cultivo de granos básicos. A la vuelta del siglo, ya las tierras comunales habían sido privatizadas.⁷² Peor aún, el pueblo perdió casi todo supreciado territorio en el Mombacho. Las tierras pasaron a manos de hacendados y comerciantes de los centros urbanos de Granada y Nandaime, que desarrollaron grandes plantaciones de café en las fértiles laderas del volcán; no por casualidad, la mayoría de trabajadores que cosechaban el grano procedían de Diriomo.⁷³ No obstante, en 1900 muy pocos (menos del 5%) de los dirio-
meños carecían de tierra. Por el contrario, la mayoría de los pobladores (casi el 80%) poseían pequeñas parcelas con una extensión de entre cinco a quince manzanas (siete a veinte y cinco acres), mientras que una minoría significativa (aproximadamente el 20%) estaba constituida por medianos propietarios, y algunos de ellos incluso eran dueños de fincas de café en el Mombacho.⁷⁴

Asimismo, el crecimiento de la agricultura de exportación del período posterior a la década de 1870 tuvo un impacto desigual entre las élites nicaragüenses. Muchos hacendados sucumbieron bajo las presiones económicas generadas por el boom, perdiendo gran parte de sus tierras. Tal como sucedió en el sector campesino, los terratenientes que aprovecharon mejor el auge exportador gozaban de un acceso privilegiado al poder político. El vínculo entre poder político y éxito económico fue especialmente notorio durante la rebatiña de la década de 1880 por conseguir lucrativas propiedades para la caficultura en el volcán Mombacho. Al comienzo los principales perdedores fueron los campesinos de Diriomo y del pueblo vecino de Diriá, pero una vez que los ricos ciudadanos de Granada y Nandaime se apoderaron de las tierras, que los aldeanos empezaban a reclamar a título individual, estallaron enconados conflictos entre las élites locales.⁷⁵ Los vencedores en esta batalla por adueñarse de las tierras en el Mombacho - que pasó a ser conocido como “el monte burgués” -

fueron aquellos oligarcas conservadores de Granada que gozaban de estrechos lazos con fuertes prestamistas, cuyas carteras de inversiones eran muy diversificadas. Sin embargo, quizá el factor más significativo para explicar su éxito era que pertenecían a las redes clientelistas más poderosas de la región, encabezadas por familias como los Chamorro, Cuadra y Lacayo.

Por tanto, contrario a la opinión común, el boom agro-exportador no engendró una nueva burguesía cafetalera liberal basada en Managua y León, que desplazó a la oligarquía conservadora tradicional de hacendados ganaderos granadinos. En realidad, impulsó el surgimiento de una élite agro-exportadora conformada tanto por liberales como conservadores de todas las principales regiones de la nación. Más aún, los conservadores de Granada – supuestamente retrógrados – diversificaban sus inversiones, y fueron los pioneros en el despeque de los dinámicos sectores productivos del café, azúcar y bananos en Nicaragua. El espíritu empresarial de los oligarcas conservadores granadinos se volvió aún más notorio cuando en 1890 fundaron el ingenio azucarero San Antonio en el departamento de Chinandega, al noroeste de Nicaragua, que durante mucho tiempo fue la empresa agroindustrial de mayor importancia y avance tecnológico en Centroamérica (Véase imagen 3). Gracias a su influencia política - factor clave para el éxito económico - los oligarcas tradicionales que dominaban el ámbito político en el mundo rural – también encabezaron las filas de la élite agroexportadora. Ciertamente, algunos inmigrantes extranjeros establecieron grandes plantaciones de café, sobre todo en zonas de frontera agrícola como Matagalpa. Sin embargo, en las regiones más mercantilizadas del país, la oligarquía siguió predominando desde sus bastiones. No obstante, los académicos aciertan al afirmar que el boom agroexportador generó una nueva burguesía; pero su novedad obedecía más a su adopción del “espíritu burgués” inspirado en el modelo de EE.UU. que a sus orígenes sociales.

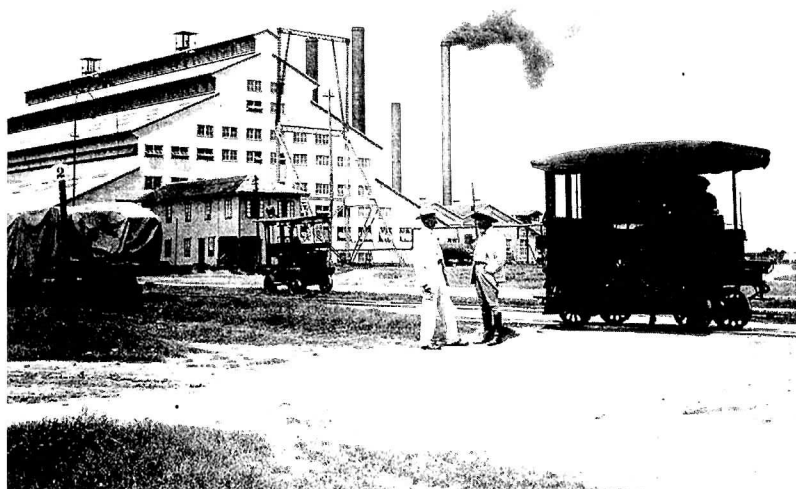


Imagen 3. Ingenio San Antonio, situado en el departamento de Chinandega, 1910.

Cortesía del Instituto de Historia de Nicaragua y de Centroamérica.

El Surgimiento de un “Espíritu Burgués”

Al igual que en toda América Latina, la enorme riqueza generada por el boom agroexportador permitió a la élite nicaragüense costear nuevas formas de recreación y consumo, generalmente asociadas con los hábitos y gustos de la burguesía.⁷⁶ Los ingresos derivados de sus exportaciones también proporcionaron a los sectores privilegiados una gama más amplia de oportunidades educativas y profesionales que les inculcaron novedosos ideales y aspiraciones. Al mismo tiempo, la expansión de la prensa escrita durante el período de auge de las exportaciones facilitó la difusión de nuevos estilos de vida. El impacto modernizante en los sistemas de transporte y comunicaciones también contribuyó a romper las barreras que habían impedido a las élites desarrollar patrones de

interacción social fuera de la región. De igual importancia, los avances en el transporte marítimo incrementaron el acceso de los nicaragüenses a las culturas de las naciones del Atlántico Norte. De diversas maneras, el boom exportador empujó a las élites a desligarse de las tradiciones provincianas de la familia patriarcal y, en cambio, adoptar una nueva identidad cosmopolita que llegó a conocerse como el “espíritu burgués”.⁷⁷



Imagen 4. Profesoras norteamericanas del Colegio de Señoritas de Granada, 1884.

Cortesía de los Archivos Nacionales de los Estados Unidos.

Tal como destacan las narrativas de la época, en Nicaragua el “espíritu burgués” se expresaba en la celebración de valores masculinos y femeninos “modernos” procedentes de los Estados Unidos y Europa, introducidos al país sobre todo por profesores extranjeros que arribaron en la década de 1880.⁷⁸ Por ejemplo, los nicaragüenses con frecuencia asociaban las nociones burguesas de masculinidad con los ideales y prácticas de la masonería, difundidos por europeos que impartían clases en los colegios para varones más exclusivos

del país, incluyendo el Instituto de Occidente de León.⁷⁹ En cuanto a la feminidad, el espíritu burgués era asociado estrechamente con el ideario de la domesticidad, transmitido por profesoras norteamericanas en el Colegio de Señoritas de Granada, principal centro educativo de internado para jóvenes de clase alta (ver imágenes 4 y 5). Con mucha razón, un prominente cronista aseguraba que la nueva “burguesía” se diferenciaba de la vieja “oligarquía”, no tanto por cuestiones de origen social, sino por las “modernas” ideologías adquiridas en colegios regentados por extranjeros.⁸⁰



Imagen 5. Estudiantes del Colegio de Señoritas, 1884.
Cortesía de los Archivos Nacionales de los Estados Unidos.

Sin embargo, en último término, el espíritu burgués en Nicaragua se hallaba articulado a dos ideales más antiguos que las élites valoraban desde mucho tiempo atrás, pero no lograron realizar a plenitud sino hasta después del despegue del auge agroexportador. En primer lugar, el espíritu burgués

celebraba el carácter empresarial. Y, si hemos de confiar en la opinión del boletín oficial del gobierno nicaragüense, esta virtud varonil aún era inalcanzable en 1881, fecha en que este medio deploró “la falta de iniciativa y de espíritu de empresa de nuestros capitalistas”.⁸¹ Sin embargo, tales lamentos pronto se transformaron en alabanzas, cuando las élites contribuyeron a desarrollar una de las economías agroexportadoras más dinámicas de la región. La nueva autoestima de las élites se validó especialmente por las numerosas medallas que los cafetaleros nicaragüenses empezaron a recibir en el extranjero, a partir de la Exposición Universal de París de 1889. Puesto que la mayoría de los premios eran otorgados a los oligarcas conservadores de Granada – arquitectos del boom exportador de Nicaragua – éstos se convirtieron en los más destacados representantes nativos del carácter emprendedor, y del espíritu burgués en términos más amplios.⁸² Tal como expresó un prominente intelectual de esa época, “la llamada oligarquía granadina no es, en puridad, otra cosa que una burguesía”.⁸³

El segundo ideal burgués, que las élites acariciaron durante largo tiempo y lograron alcanzar a raíz del boom exportador, consistía en el consumo de bienes importados. Desde antaño, los nicaragüenses estimaban los productos extranjeros como signos de modernidad. Empero, sólo el súbito incremento de sus ingresos por exportaciones les permitió adquirir artículos suntuarios como trajes de moda de Francia, sombreros de Inglaterra, sillas mecedoras de Austria, artículos de tocador de Alemania, aceite de oliva de Italia, y harina de los Estados Unidos para hornear pan blanco.⁸⁴ La adopción de patrones internacionales de consumo se notaba sobre todo en las bodas de los círculos privilegiados, pues según la tradición éstas constituían el principal ritual familiar y, por tanto, un espacio en el cual las élites construían su autoimagen. De acuerdo a un contemporáneo, en ocasión de los matrimonios entre miembros de la élite de Granada a inicios del siglo veinte, “todo el ajuar de la novia, alhajas, loza de porcelana, cristalería y cubiertos de plata ... era procedente de París”.⁸⁵ El consumo de productos europeos y norteamericanos

era una característica de la identidad burguesa, no sólo en las bodas sino también en otros escenarios. Sin embargo, este hecho no implicaba que los nicaragüenses de clase alta anhelaran ser ciudadanos de esos países extranjeros. Por el contrario, los acaudalados consumían bienes importados con avidez para afirmar una nacionalidad nicaragüense cosmopolita (ver imagen 6).⁸⁶

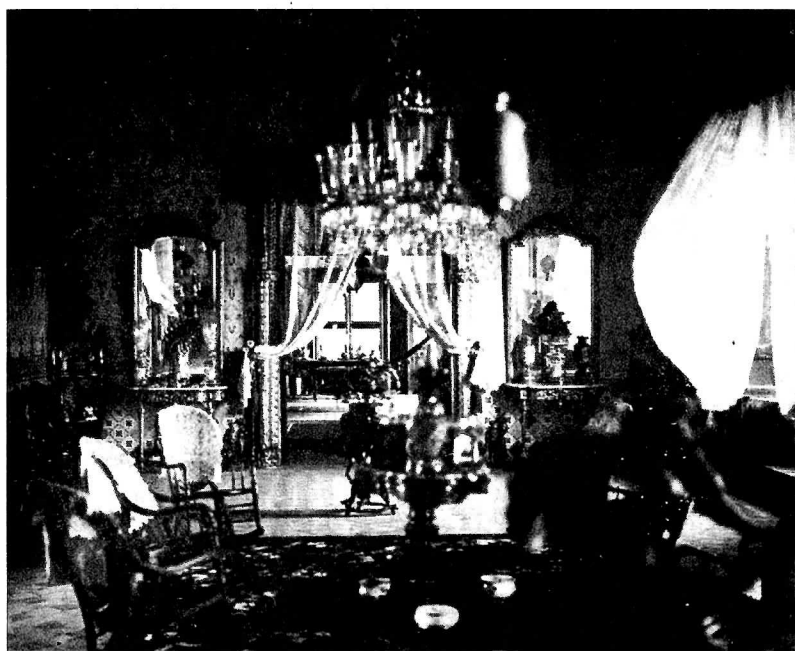


Imagen 6. Interior de una residencia de la élite de Granada, 1884.
Cortesía de los Archivos Nacionales de los Estados Unidos.

A los ojos de la población local, el espíritu burgués quizá se evidenciaba con mayor nitidez en las formas más comerciales de disfrutar el tiempo libre, adoptadas por las élites bajo la influencia de costumbres foráneas. Gracias al boom en los ingresos por exportaciones, se observó en los centros urbanos de Nicaragua una rápida expansión de nuevos espacios públicos de recreación, tales como teatros, clubes sociales,

estadios deportivos, restaurantes y salones para jugar billar.⁸⁷ Sus principales clientes eran los ricos, pero también los menos acaudalados participaban de estos nuevos hábitos de entretenimiento. Por ejemplo, en 1896 un viajero de EE.UU. notó la heterogeneidad social del público que asistía al teatro de Granada, aunque también destacó su segregación espacial: “las damas de cabello oscuro y ojos chispeantes [sentadas] en numerosos palcos, los caballeros de aspecto importante en las sillas de la orquesta, y los indios hacinados atrás”.⁸⁸ Tal como resalta esta crónica, el teatro y otras formas similares de recreación públicas – aunque separaban a los asistentes – ofrecían un nuevo espacio para la socialización entre personas de distintas clases, debido a su proximidad física. Además, disminuían la centralidad de las tradicionales reuniones familiares en la vida social de la élite. Como resultado, de manera creciente las instituciones públicas reemplazaban a las domésticas en cuanto a su papel en la definición de la membresía e identidad de la élite – un cambio clave en la formación de la clase burguesa, a juicio de los académicos.⁸⁹

Pocas instituciones fueron tan relevantes en la definición del significado del espíritu burgués nicaragüense que los clubes sociales para varones creados durante el boom exportador. El primero fue fundado en 1871 por miembros de la élite granadina, inspirado en instituciones similares que descubrieron durante sus viajes por los Estados Unidos y Europa.⁹⁰ Desde Granada, los clubes sociales se extendieron a todos los demás centros urbanos de importancia en la región occidental de Nicaragua. La mayoría de los clubes desarrollaron vínculos estrechos, lo que permitió la difusión de las ideas y prácticas burguesas en el ámbito nacional. Los clubes enfatizaban su carácter burgués asumiendo un carácter más parecido al de una institución pública que a la tradicional tertulia familiar que pretendían reemplazar. Por ejemplo, los miembros de un club no se reunían en una residencia particular sino en su propia sede que, por lo general, se ubicaba en el centro de la ciudad y consistía de un ostentoso edificio de dos plantas con lujoso decorado interior. Además, sus rituales, ceremonias,

actividades deportivas y eventos culturales permitían a los miembros forjar una identidad burguesa común, basada en nociones modernas de masculinidad. Los clubes tenían estatutos formales, lo que les otorgaba mayor seriedad de cara al público. De acuerdo a sus normativas de admisión, los lazos familiares y el origen social no garantizaban el derecho a pertenecer a un club, pues igual peso tenían el éxito económico y la influencia política.

En consecuencia, los clubes sociales eran considerados más inclusivos que las tertulias familiares, tal como ilustra una crónica contemporánea en la que se contrasta el “salón aristocrático” con el “club popular de la burguesía”.⁹¹ Obviamente, los clubes eran todo menos “populares”. Excluían a las mujeres y acarreaban elevadas cuotas de membresía, por lo que se erigieron en bastiones de hombres de cuna privilegiada. Por ejemplo, cuarenta años después de la fundación del club de Granada, sólo el 20 por ciento de sus miembros eran nuevos ricos; el resto descendía de antiguas familias de la élite.⁹² Si bien la noción de apertura era más imaginaria que real, constituía un mito esencial dentro de la imagen de la burguesía que las élites pretendían asumir.

En el proceso de construcción de dicha imagen, las élites se beneficiaron de sus crecientes posibilidades de viajar al exterior. Ciertamente, con la expansión de las inversiones extranjeras y el comercio exterior llegaron inmigrantes de EE.UU. y Europa con nuevas costumbres y productos que llegaron a formar parte del estilo de vida burgués de los nicaragüenses. Sin embargo, los principales agentes de cambio cultural eran los nativos que salían fuera del país, en especial a los Estados Unidos. Aunque al inicio viajaban al norte sobre todo por placer o negocios, con el tiempo más y más jóvenes lo hacían para estudiar allá. El cosquilleo por viajar afectaba a hombres y mujeres; por lo general los varones iban en busca de educación universitaria, mientras las señoritas tendían a cursar la secundaria en colegios privados. No es de extrañar que estos jóvenes estudiantes, muy influenciables, se convirtieran en entusiastas portadores de nuevas ideas y prácticas

procedentes de las naciones del Atlántico Norte. Puesto que la mayoría asistía a centros educativos en Washington, D.C., Filadelfia y Nueva York, en una época en que el sistema escolar de EE.UU. procuraba con ahínco asimilar a la creciente población inmigrante, a su regreso impulsaron una mayor difusión de la cultura norteamericana que la europea en la Nicaragua de inicios del siglo veinte.⁹³

El mejor ejemplo del impacto americanizante de los jóvenes educados en EE.UU. fue su éxito en convertir un deporte de ese país – el béisbol – en el pasatiempo nacional de Nicaragua. El béisbol se jugó por primera vez en Bluefields, en la Costa Atlántica de Nicaragua en 1888, por iniciativa de un comerciante norteamericano-alemán que lo introdujo junto con el críquet.⁹⁴ Sin embargo, debido a los escasos vínculos entre ambas costas del país, el béisbol no llegó a la región del Pacífico sino hasta 1891, cuando fue introducido por jóvenes de la élite que regresaban de estudiar en los Estados Unidos.⁹⁵ Gracias a su entusiasmo, el béisbol pronto se convirtió en el principal deporte de los varones de clase alta. En la década de 1900, las élites educadas en EE.UU. popularizaron este deporte entre los artesanos urbanos y, más tarde, entre la población rural. Es posible afirmar que en la década de 1920 el béisbol había desplazado a las peleas de gallos como pasatiempo nacional. El apogeo del béisbol era impredecible, pues competía en popularidad con otros deportes europeos de equipos, tales como el críquet, el rugby, y sobre todo el fútbol, que con el tiempo se convertiría en el deporte nacional de los demás países centroamericanos. La ocupación norteamericana del período 1912-33 contribuyó a la nacionalización del béisbol, pues ofrecía a los nicaragüenses un medio clave para reivindicar sus sentimientos patrióticos. Empero, este deporte ya había captado la atención de la población urbana nicaragüense mucho antes de la llegada de las tropas norteamericanas. Hacia inicios de la década de 1910, Granada podía jactarse de contar con diez equipos de béisbol, pero sólo tenía un club de fútbol.

El auge del béisbol es un ejemplo del papel crucial que desempeñaron las costumbres norteamericanas dentro de los esfuerzos de la élite por apropiarse aún más del espíritu cosmopolita y difundirlo en su país. Los nicaragüenses que estudiaban en EE.UU. pudieron haber adoptado otros deportes como el fútbol americano, que gozaba de mayor popularidad entre los universitarios norteamericanos en esa época. Sus motivos para preferir el béisbol se desconocen; quizá lo encontraron menos difícil de aprender o más divertido. Sin embargo, también es posible que adoptaran el béisbol precisamente porque era el pasatiempo nacional de EE.UU. y, por tanto, la forma de entretenimiento más apropiada como paradigma de progreso.⁹⁶ Tal como se refleja en artículos periodísticos y debates en el Congreso, las élites estaban convencidas de que podían emplear el pasatiempo nacional de EE.UU. para impulsar sus esfuerzos por forjar una Nicaragua cosmopolita.⁹⁷ En particular, sostenían que el béisbol promovía nociones modernas y “civilizadas” de masculinidad, poniendo en tela de juicio otros valores masculinos arcaicos y “bárbaros”, simbolizados en las peleas de gallos. A su juicio, este deporte de equipo norteamericano inculcaba virtudes burguesas, tales como el autocontrol, vigor físico, competencia ordenada, ética de trabajo y cooperación; en contraste, las sangrientas peleas de gallos perpetuaban atributos de violencia, corrupción, irracionalidad y desorden social, propios de una masculinidad “atrasada” con raíces en el colonialismo español. En la práctica, tales distinciones no eran muy claras, sobre todo porque los partidos de béisbol desataban tumultos en los que corría sangre, ya no de gallos sino humana. No obstante, dicha violencia no menoscabó la asociación - fomentada por la élite - del béisbol con una conducta caballerosa.

Las élites se empeñaron tanto en promover una imagen virtuosa del béisbol justamente porque veían en este deporte un vehículo para construir la nacionalidad cosmopolita.⁹⁸ El hecho de que los atractivos uniformes de muchos equipos eran engalanados con nombres de lugares extranjeros,

como Japón, Boer, Yorktown, Alemania, Chile, Nueva York y Búfalo, es revelador. Obviamente, el béisbol no generó automáticamente un sentido moderno de nacionalidad. En efecto, con frecuencia intensificó las lealtades tradicionales, al extremo que si el equipo local era derrotado, sus fanáticos solían atacar a los victoriosos foráneos. No obstante, el empeño por forjar una nacionalidad cosmopolita – y afianzar el control social – motivó a las élites a transmitir su pasión por este juego norteamericano al resto de la sociedad.⁹⁹

El proceso interno de americanización de Nicaragua cobró vigor a medida que los crecientes ingresos por exportaciones permitieron a las familias de la élite enviar a sus hijos, uno tras otro, a colegios en los Estados Unidos. Los Urtecho de Granada son un ejemplo típico de este fenómeno. El primero en viajar a EE.UU., en 1871, fue Juan Ignacio Urtecho Cabistán, quien a los veinte y un años de edad ingresó al Jefferson Medical College de Filadelfia. Al igual que muchos granadinos educados en este país, Urtecho adoptó con entusiasmo las costumbres locales durante su estadía de tres años en Filadelfia. A su regreso en 1873, compartió su admiración por el “estilo de vida americano” con su numerosa familia y compañeros granadinos. Tal como recuerda su nieto José Coronel Urtecho, Juan Ignacio veía a “los Estados Unidos como un mundo moral y material muy superior a todo lo pasado, el ápice del progreso ... en el que el hombre, advertido y auxiliado por la ciencia, no volvería a cometer los tremendos errores que cometió en Europa”.¹⁰⁰ Gracias a su próspera plantación de café, Juan Ignacio Urtecho pudo enviar a cuatro de sus cinco hijas (no tuvo hijos varones) y a dos sobrinos a estudiar en los Estados Unidos. Con el tiempo, regresaron a Granada y compartieron sus experiencias con los que permanecieron en casa. Un sobrino que estudió ingeniería en la Universidad de Pensilvania escribió artículos periodísticos elogiando el estilo de vida norteamericano.¹⁰¹ Afianzando los vínculos familiares con dichas costumbres, tres de las hijas de Urtecho casaron con nicaragüenses educados en los Estados Unidos. Además,

otros parientes cercanos, entre ellos tres hermanos de apellido Arellano, aficionados al béisbol, estudiaron en ese país. Cuando surgió la nueva generación alrededor del año 1900, la mayoría de los miembros de la familia Urtecho dominaban el idioma inglés.¹⁰²

Ciertamente, las élites de toda Nicaragua adoptaron prácticas culturales de EE.UU., pero la de Granada – hogar de la clase alta más acaudalada – era quizá la más americanizada. Tal como recalcó José Coronel Urtecho, a inicios del siglo veinte casi todos sus compañeros granadinos estaban “vinculados de un modo u otro con los Estados Unidos”.¹⁰³ Los viajeros extranjeros también observaron que numerosos miembros de la élite granadina dominaban muy bien el inglés. Uno de ellos incluso afirmó que dicho idioma era “casi tan común en una fiesta elegante de Granada como en Washington”.¹⁰⁴ Los granadinos también cultivaban otros patrones norteamericanos de consumo y ocio. Así, Adolfo Benard Viñas, el “Rey del Azúcar” educado en EE.UU. y jugador de béisbol, pudo jactarse que su ciudad era mucho más “americanizada” que León, su principal rival.¹⁰⁵ Probablemente era cierto, pero las élites leonesas también habían adoptado costumbres norteamericanas. Por ejemplo, en 1908 Rubén Darío, el más célebre vástago de León, observó con gran asombro que, desde su última visita quince años atrás, la élite local había llegado a adquirir con sumo entusiasmo “maneras y aires extranjeros”. A su juicio, el mejor ejemplo de este cambio era la presencia de señoritas educadas en los Estados Unidos que hacían gala de sus “ademanos norteamericanizados” por las calles de León.¹⁰⁶

Darío tenía motivos para asombrarse ante este cambio cultural entre la élite. La americanización de las familias acaudaladas chocaba con la tendencia europeizante que mostraban las clases altas en muchos países de América Latina a fines del siglo diecinueve. En efecto, numerosos miembros de la élite nicaragüense coincidían con sus homólogos latinoamericanos en considerar que los gustos del consumidor

europeo eran superiores al del norteamericano.¹⁰⁷ Además gozaban de mayor contacto local con europeos, pues la colonia de inmigrantes del viejo continente era al menos cuatro veces superior en número que la norteamericana. Finalmente, los exportadores nicaragüenses estaban más orientados hacia los mercados de Europa que de EE.UU., lo que a juicio de algunos académicos debió haber garantizado el predominio de la cultura europea en la visión del mundo de las élites nativas.¹⁰⁸

No obstante, las élites nicaragüenses llegaron a identificarse más con la cultura americana que con la europea por tres razones clave. En primer lugar, puesto que los jóvenes nicaragüenses mostraban una mayor tendencia a educarse en EE.UU. en vez de Europa, las costumbres norteamericanas y, en particular, sus actividades recreativas, tuvieron mayor impacto en el estilo de vida de la clase alta. En segundo lugar, la fascinación de las élites por todo lo norteamericano aumentó cuando los productos de EE.UU. pasaron a ocupar el primer puesto en las importaciones nicaragüenses, a partir de fines de la década de 1890. El tercer factor, y quizá el de mayor peso, era precisamente el mismo que llevó a sus antepasados a seguir la vía norteamericana hacia la modernidad desde un inicio: al margen de su preferencia por los gustos europeos, Juan Ignacio Urtecho y sus pares continuaban idealizando a EE.UU. como su principal modelo político y económico. En consecuencia, las élites conservaron la fe en las prácticas y valores norteamericanos como los principales medios para forjar una nacionalidad cosmopolita.

Obviamente, la confianza de las élites en el modelo norteamericano también estaba articulada con la creencia generalizada de que EE.UU. construiría el canal a través de su país. Sin embargo, justo cuando esa potencia se hallaba a punto de hacer realidad el destino manifiesto de Nicaragua, súbitamente optó por la ruta canalera de Panamá. El coloso del norte no sólo destruyó los sueños de prosperidad de los nicaragüenses; peor aún, puso en peligro el proyecto nacional cosmopolita de las élites.

Sueños Destrozados

La suerte del canal nicaragüense quedó sellada en junio de 1902, cuando el congreso de los Estados Unidos votó a favor de la ruta panameña. Esta decisión constituyó un asombroso revés, pues durante largo tiempo EE.UU. había mostrado preferencia por Nicaragua. Todavía a fines de febrero de ese año, el influyente almirante norteamericano Alfred Thayer Mahan había declarado: “respecto al canal, yo siempre he sido un partidario de Nicaragua ... Éste ha sido el proyecto americano desde el inicio”.¹⁰⁹ La opinión pública de EE.UU. estaba a favor del canal por Nicaragua, al extremo que para muchos ciudadanos representaba “el destino manifiesto económico de su país”, tal como expresó un analista norteamericano en 1896.¹¹⁰ Dicho respaldo cobró fuerza a raíz de la conquista de los territorios en el Pacífico y el Caribe en la guerra de EE.UU. contra España de 1898. Reflejando el sentir popular, la prensa norteamericana de inicios del siglo veinte tendía a publicar reportajes mucho más favorables a la ruta canalera nicaragüense que a la panameña.¹¹¹ Asimismo, en varias ocasiones el congreso había aprobado la opción por Nicaragua; la votación más reciente tuvo lugar en enero de 1902, cuando 308 congresistas se pronunciaron a favor de dicha ruta y sólo 2 en contra. Incluso, cuando Teddy Roosevelt entró a la Casa Blanca en septiembre de 1901, estaba convencido de que el canal se construiría en Nicaragua.¹¹² Sin embargo, poco después Roosevelt y los congresistas se decidieron por Panamá. Cualquier esperanza que pudieran guardar los nicaragüenses en cuanto a la posibilidad de un cambio de opinión del gobierno de EE.UU. desapareció cuando arrancaron las obras canaleras en el istmo panameño en 1904.

Si Nicaragua había sido identificada como “la ruta norteamericana” durante tanto tiempo, ¿por qué al final EE.UU. abandonó esta opción? Según los estudiosos de la historia de Nicaragua, esta pasmosa decisión obedeció a que EE.UU. se exasperó ante el obstinado empeño del presidente José Santos Zelaya (1893-1909) en defender la soberanía nicaragüense

sobre el canal.¹¹³ Ciertamente, a finales de su larga administración, Zelaya llegó a ser el principal antagonista de EE.UU. en América Latina. Sin embargo, su ímpetu nacionalista no siempre estuvo dirigido contra el coloso del norte. De hecho, Zelaya (1853-1916) descendía de una familia acaudalada que inicialmente apoyó el régimen de William Walker.¹¹⁴ Y es posible afirmar que Zelaya fue el presidente más pronorteamericano en la historia de Nicaragua hasta que EE.UU. optó por la ruta canalera de Panamá.

Aunque educado en Francia, Zelaya compartía la opinión predominante entre la élite nicaragüense de que EE.UU. representaba un modelo de desarrollo económico y político. No es casual que Zelaya promulgara el proyecto reformista más importante de su régimen – la Constitución Liberal de 1893 – el día de la independencia de los Estados Unidos.¹¹⁵ Asimismo, se aseguró que los periódicos oficiales publicaran artículos elogiando a esa nación como el ideal de la modernidad.¹¹⁶ Sin embargo, la principal evidencia de la posición pronorteamericana de Zelaya es el inédito esfuerzo de su régimen por lograr que EE.UU. construyera el canal por Nicaragua. Este empeño llevó a Zelaya a suscribir, en mayo de 1902, un tratado propuesto por el gobierno norteamericano, en el que se reservaba no sólo la propiedad del canal nicaragüense a perpetuidad, sino también la exclusiva autoridad policial dentro una zona de seis millas de ancho a lo largo de la ruta canalera, así como el derecho a emplazar tropas en la misma.¹¹⁷ Ningún presidente anterior había abdicado la soberanía nicaragüense sobre el canal hasta ese extremo. Por tanto, no es casual que, hasta 1902, Zelaya tan sólo recibiera elogios de parte de los Estados Unidos.¹¹⁸

Dos hechos cruciales dentro de EE.UU. incidieron en su opción de manera más decisiva que la supuesta intransigencia de Zelaya. El primero fue el beligerante esfuerzo del llamado “lobby panameño”, dirigido a revertir la opinión del congreso norteamericano que, hasta entonces, había sostenido un firme respaldo a la ruta por Nicaragua.¹¹⁹ La táctica más notable de este grupo de presión consistió en distribuir una estampilla

postal nicaragüense recién impresa, mostrando al volcán Momotombo en plena erupción, a todos los senadores de EE.UU. tres días antes de la votación sobre el tema, programada para junio de 1902. Su objetivo era explotar el temor difundido en EE.UU. por el estallido de un volcán en la isla caribeña de Martinica, que había causado la muerte de treinta mil personas el 14 de mayo de ese mismo año. Los miembros del lobby esperaban que la estampilla provocara suficiente aprensión respecto a la inestabilidad sísmica de Nicaragua como para inclinar el voto a favor de su rival, pues Panamá carecía de volcanes. El segundo factor que incidió en la decisión del congreso fue la divulgación de nuevas investigaciones científicas que contradecían la creencia tradicional predominante sobre la superioridad de la ruta nicaragüense desde una perspectiva tecnológica.¹²⁰ De acuerdo a los estudios más recientes, la construcción del canal por Panamá resultaría más barata, pues su territorio gozaba de muchas ventajas: mejores puertos naturales, angosto paso terrestre, topografía más llana, menores requerimientos de esclusas y curvaturas; además contaba con un ferrocarril ya terminado y trabajos de excavación parciales.

La decisión de EE.UU. a favor de Panamá desconsoló a la élite nicaragüense, pues su proyecto cosmopolita dependía, en gran medida, de la construcción del canal. Y, al perder este factor de convergencia, los conflictos entre la élite se tornaron más volátiles. Al igual que en otros países latinoamericanos, las fisuras internas de los sectores gobernantes y las tensiones sociales se habían agudizado, debido al acelerado crecimiento acompañado de crisis cíclicas en la economía agroexportadora. Por otra parte, a medida que se agravaba la corrupción y el autoritarismo del régimen de Zelaya, crecía el descontento entre la clase alta. Sin embargo, hasta 1902 todavía resultaba fácil resolver los conflictos mediante la negociación, sobre todo porque la élite tenía conciencia de que un motivo clave por el cual EE.UU. prefería a Nicaragua era su mayor estabilidad política en comparación a Panamá.¹²¹ Cuando EE.UU. destrozó sus sueños canaleros, el malestar aumentó y la élite abandonó su compostura. Pronto se sumó a las luchas políticas

de otros sectores sociales desafectos al régimen de Zelaya, integrados sobre todo por artesanos urbanos y campesinos. Además, los nicaragüenses acaudalados se volvieron más susceptibles a las tensiones provocadas por la injerencia de grupos empresariales y gobiernos extranjeros. Sin embargo, el gobierno de EE.UU. fue el que jugó el rol principal en la desestabilización del país, pues pasó a incitar activamente a las fracciones disidentes de la élite y a los estados vecinos a derrocar a Zelaya.¹²²

Los motivos que llevaron a EE.UU. a dar la espalda a Zelaya tenían escasa relación con su alegado antiamericanismo. Por el contrario, aunque Zelaya estaba ardidado por la decisión de Washington a favor de la ruta panameña, seguía confiando en la emulación de la vía norteamericana como un medio clave para fortalecer la nacionalidad nicaragüense. Su gobierno no sólo continuó financiando los estudios de jóvenes de la élite nicaragüense en EE.UU., sino además abrió las puertas de la densamente poblada región occidental del país a los misioneros protestantes, quienes figuraban entre los más fervientes exportadores de la cultura norteamericana.¹²³ Asimismo, Zelaya promovió activamente la difusión de las prácticas económicas de EE.UU. en Nicaragua, cediendo a empresarios de ese país el control exclusivo de algunos sectores clave de la economía local, como la extracción de recursos forestales y mineros, los servicios de comunicaciones y electricidad, y el comercio del banano. De hecho, la caída de Zelaya en 1909 fue precipitada, en gran medida, por la indignación de la población local ante las concesiones especiales otorgadas por su administración a grandes compañías norteamericanas, reconocidas por sus prácticas explotadoras.¹²⁴

Las relaciones entre los gobiernos de los Estados Unidos y Nicaragua se agriaron después de 1902 precisamente porque los sueños canaleros de ambos países empezaron a colisionar. Zelaya desafió a la potencia del norte invitando a las principales naciones rivales de EE.UU. a construir un canal por Nicaragua que competiría con el de Panamá. Luego de cortejar en vano a Gran Bretaña y Francia, Zelaya se dirigió a

Alemania y Japón; ambas naciones expresaron un fuerte interés en sus planes canaleros.¹²⁵ Además, el empeño de Zelaya en impulsar la economía nicaragüense negociando préstamos por sumas considerables en Europa chocaba con el Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe de 1904, que proclamaba el predominio financiero de EE.UU. en la Cuenca del Caribe. Finalmente, la campaña diplomática y militar de Zelaya dirigida a unificar Centroamérica bajo su liderazgo enfrentó directamente las ambiciones hegemónicas de los Estados Unidos. Desde estos tres ámbitos, Zelaya constituía una amenaza para los intereses estratégicos y económicos de Washington. Además, sus políticas nacionalistas representaban un reto sin precedentes al proyecto que – a juicio del gobierno de EE.UU. – constituía su destino manifiesto: la transformación del Caribe en un “lago norteamericano”. Por estas razones los Estados Unidos dieron la espalda a su antiguo y confiable aliado.

Las iniciativas de EE.UU. para derrocar a Zelaya culminaron en la revolución de 1909, instigada por el general Juan José Estrada, gobernador de la Costa Atlántica designado por el Partido Liberal. En un inicio, el levantamiento de Estrada tan sólo significó una leve amenaza para el régimen de Zelaya. Sin embargo, justo cuando el ejército nacional se hallaba en posición de aplastar a las fuerzas de Estrada, sus tropas fusilaron a dos ciudadanos norteamericanos, apresados mientras combatían al lado de los rebeldes. Esta ejecución ofreció al gobierno de EE.UU. el pretexto que esperaba para hacer público su respaldo a la revuelta contra Zelaya. El primero de diciembre de 1909, el Secretario de Estado Philander Knox dirigió una carta a la embajada de Nicaragua en Washington, notificando la ruptura de las relaciones diplomáticas entre ambos países.

Conocida como la Nota Knox, esta carta fue objeto de amplia difusión por medio de la prensa norteamericana y nicaragüense. En ésta, se denunciaba al régimen de Zelaya como una “mancha en la historia de Nicaragua” y llamaba a su derrocamiento.¹²⁶ Posiblemente la belicosa carta de Knox sea la más hostil que EE.UU. haya dirigido a un país latinoamericano.¹²⁷ Un periódico de EE.UU. opinó que parecía “la

proclama de un sheriff del oeste contra algún forajido”.¹²⁸ Esta comparación era apropiada, pues Knox se basó en la declaración del Corolario Roosevelt de 1904 que sostenía el deber de Estados Unidos de intervenir como un “policía internacional” en naciones latinoamericanas supuestamente atribuladas por las “crónicas fechorías” de sus gobernantes.

Con el propósito de dar mayor peso a sus belicosas palabras, Knox despachó una fuerza naval compuesta de mil infantes de la marina a aguas nicaragüenses. El día siguiente Zelaya tomó la única decisión que, a su juicio, podría detener la inminente invasión norteamericana: partió al exilio después de entregar la presidencia a José Madriz, un inveterado crítico de su régimen. Puesto que Madriz gozaba de enorme apoyo entre los nicaragüenses, el movimiento revolucionario pronto se desintegró. Sin embargo, cuando las tropas gubernamentales sitiaron a las escasas fuerzas que seguían alzadas en el puerto atlántico de Bluefields, buques de guerra de EE.UU. súbitamente intervinieron para protegerlas. Poco después el gobierno de Madriz colapsó, y los nicaragüenses fueron sometidos al dominio imperial de los Estados Unidos por primera vez desde el episodio de Walker en la década de 1850.

Conclusión

La intervención norteamericana de 1910 sentó un precedente como el primero de muchos cambios de gobiernos orquestados por EE.UU. en América Latina durante el siglo veinte. Si esta potencia no hubiese actuado contra de Madriz, probablemente Nicaragua hubiera recuperado, en gran medida, la estabilidad política que gozaba desde la derrota de Walker. Incluso los más acérrimos opositores a la dictadura de Zelaya admitían que el efímero gobierno de Madriz contaba con el apoyo de toda la sociedad nicaragüense.¹²⁹ Sin embargo, a juicio de los políticos norteamericanos, Madriz y todos los demás dirigentes liberales eran “zelayistas” peligrosos, empeñados en socavar la hegemonía de EE.UU. en toda la región.

De cara a la comunidad internacional, el gobierno norteamericano justificaba su intervención como un paso necesario para restaurar el “orden” en el estratégico territorio nicaragüense. No obstante, tal como expresó acertadamente un diplomático alemán, los propios Estados Unidos “abrieron las puertas al desorden” en Nicaragua, el país que durante largo tiempo había descollado como el más estable de Centroamérica.¹³⁰

La intervención norteamericana de 1910 paralizó el proyecto nacional cosmopolita que las élites nicaragüenses habían procurado forjar con tanto ahínco desde su funesto encuentro con Walker. Sus esfuerzos por construir una nación sólida y cosmopolita, emulando las instituciones y costumbres de los países del Atlántico Norte, no eran inusuales en la América Latina de fines del siglo diecinueve. En 1907, un diplomático alemán informó desde México: “Aunque parezca paradójico, los cosmopolitas [la élite *científica* que gobernaba México] ... precisamente ven en la dependencia económica la garantía de la independencia política, pues suponen que los grandes grupos de interés europeos que tienen inversiones aquí constituyen un contrapeso a los apetitos anexionistas norteamericanos, y allanarán el camino para la plena internacionalización y neutralidad de México”.¹³¹ Al igual que los Científicos, durante el período posterior a Walker las élites nicaragüenses adoptaron el cosmopolitismo para proteger la soberanía de su país frente al expansionismo de los Estados Unidos. Empero, a diferencia de sus homólogos en México y gran parte de América Latina, la clase alta de Nicaragua pensaba que el principal medio para forjar una nacionalidad cosmopolita no era la europeización de su país, sino su americanización. El presidente Zelaya fue una de las mejores encarnaciones de esta fe en el impulso nacionalista de la apropiación del modo de vida norteamericano en Nicaragua. Los Estados Unidos sometieron la confianza de las élites en la americanización a una dura prueba, primero al optar por la ruta canalera panameña, y después cuando recurrieron a la diplomacia de las cañoneras para convertir a Nicaragua en un protectorado norteamericano.

Notas

- ¹ Una crítica reciente a la percepción común de que cosmopolitismo y nacionalismo son incompatibles se encuentra en Heater, *World Citizenship*.
- ² Salomon, "Cosmopolitanism and Internationalism". Véase Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*, un reciente estudio de caso que explora cómo, en la Argentina de fines del siglo diecinueve, el cosmopolitismo competía con otras visiones de la nacionalidad más esencialistas y exclusivistas.
- ³ Barcia, *Escritos dispersos de Rubén Darío*, 1:125.
- ⁴ Charles A. Hale, "Political and Social Ideas", 225–26.
- ⁵ Por ejemplo, Burns, *Patriarch and Folk*, 213–18.
- ⁶ AMPG, 1856–57, leg. 139, Ministro de Gobernación a Prefecto del Departamento Oriental, septiembre 13, 1857.
- ⁷ Manning, *Diplomatic Correspondence*, 4:650.
- ⁸ Ibid., 820.
- ⁹ Ibid., 685.

- 10 Ibid., 649.
- 11 Cole a Lamar, León, mayo 8, 1858, en Texas State Library, *Papers of Lamar*, 4.2:140.
- 12 Phelan, “Pan-Latinism”; y Ibold, “Erfindung Lateinamerikas”, 287.
- 13 Sobre este fenómeno en México, véase Charles A. Hale, *Mexican Liberalism*, 203–6.
- 14 Esta conclusión se basa, en gran medida, en Kinloch Tijerino, *Nicaragua*, 299–310.
- 15 Por ejemplo, “Nacionalidad”, *El Nacional*, julio 31, 1858, en Texas State Library, *Papers of Lamar*, 6:382–84.
- 16 Kinloch Tijerino, *Nicaragua*, 308.
- 17 Ibid., 304.
- 18 Charles A. Hale, *Mexican Liberalism*, 208–14.
- 19 Kinloch Tijerino, *Nicaragua*, 308.
- 20 Ver el estudio pionero de Kinloch Tijerino, “Canal interoceánico”.
- 21 Kinloch Tijerino, “Canal interoceánico”, 43.
- 22 Ver las *actas municipales* en Pedro Ramírez, *Canal interoceánico*.
- 23 Para el caso de Granada, ver Guzmán, “Diario íntimo”, especialmente las páginas 52–96.
- 24 Tenorio-Trillo, *Mexico at the World's Fairs*, 8.

- ²⁵ *Exposition de 1889: Guide bleu du "Figaro" et du "Petit Journal"*, París, 1889, 209.
- ²⁶ Tenorio, *Mexico at the World's Fairs*, 19, 64–80, 97.
- ²⁷ Pletcher, *Diplomacy of Trade and Investment*, 114–47, 280–98.
- ²⁸ Mahan, *Interest of America in Sea Power*.
- ²⁹ Pletcher, *Diplomacy of Trade and Investment*, 283.
- ³⁰ Bermann, *Under the Big Stick*, 109–16.
- ³¹ Joseph Smith, *Illusions of Conflict*, 35–38, 81–116.
- ³² Crowell, "United States and Central American Canal".
- ³³ Una perspicaz narrativa contemporánea se encuentra en Ortega Arancibia, *Cuarenta años*. Ver también Cruz, *Nicaragua's Conservative Republic*.
- ³⁴ La discusión de este tema se basa, en gran medida, en Justin Wolfe, "Rising from the Ashes".
- ³⁵ Ver también Charlip, *Cultivating Coffee*.
- ³⁶ Madrigal Mendieta, *Evolución de las ideas*; Arellano, *Historia básica*, 148–59; Fumero Vargas, "De la iniciativa individual"; Whisnant, *Rascally Signs in Sacred Places*, 58–89.
- ³⁷ Sobre cómo las élites valoraban el "espíritu de asociación" supuestamente propio de la sociedad civil norteamericana, ver *La Tertulia*, noviembre 15, 1875.
- ³⁸ AMPG, 1883, leg. 508, Rodríguez a Inspector de Instrucción primaria de Granada, mayo 9, 1883.

- 39 Una perspectiva distinta se encuentra en Mahoney, *Legacies of Liberalism*; ver, en especial, las páginas 99–104 .
- 40 Sobre las formas en que las élites conservadoras del resto de Centroamérica también adoptaron principios liberales clave, ver Gudmundson and Lindo-Fuentes, *Central America*.
- 41 Guzmán, *Huellas de su pensamiento*, 10. Guzmán escribió esta chanza en 1876, mucho antes de abandonar sus perspectivas radicales.
- 42 Citado en Buitrago Matus, *León*, 196–97.
- 43 Sobre el argumento de que la expansión de la agroexportación, especialmente la cafetalera, desencadenó los levantamientos de Matagalpa en 1881, ver por ejemplo, Wheelock, *Raíces indígenas*.
- 44 Gould, *To Die in This Way*, 26–38; Téllez, *¡Muera la goberna!*, 293–305.
- 45 Gould, *To Die in This Way*, 35–37.
- 46 Justin Wolfe, “Rising from the Ashes”, capítulo 5.
- 47 Gould, *To Die in This Way*, 33.
- 48 Crispolti, *Mensaje de 24 de enero*, 68.
- 49 Mi propio análisis sobre estas revueltas urbanas se basa sobre todo en documentos encontrados en Crispolti, *Mensaje de 24 de enero*; Buitrago Matus, *León*, 149–208; y AMPG, 1881, leg. 447.
- 50 Sobre el caso de Granada, ver AMPG, 1881, leg. 457, folios 55–59.

- 51 “Nicaragua i la inmigración,” *La Gaceta de Nicaragua*, agosto 31, 1867, 276.
- 52 “El Legislador de Nicaragua,” *La Juventud*, julio 1, 1868.
- 53 Por ejemplo, “El espíritu de imitación en el redactor de *La Gaceta*”, *La Tertulia*, julio 15, 1876, 122.
- 54 Zúñiga, *Historia eclesiástica*, 357–444. Mi análisis de este conflicto acusa una fuerte influencia de Ivereigh, *Politics of Religion*.
- 55 Ver, por ejemplo, el conflicto entre las Hijas de María y la secular Sociedad de Socorro, tal como fue descrito en la *La Tertulia*, diciembre 28, 1878, y enero 4, 1879.
- 56 Una interpretación distinta, que enfatiza la tendencia anti-moderna de las fuerzas proclericales de Nicaragua, se encuentra en Pérez-Baltodano, *Entre el Estado*.
- 57 Por ejemplo, el manifiesto de los *iglesieros* de León, en Buitrago Matus, *León*, 321–23.
- 58 Presidente Chamorro, citado en Buitrago Matus, *León*, 227; “El telégrafo”, *La Tertulia*, junio 15, 1876.
- 59 Justin Wolfe, “Rising from the Ashes”, 250–51.
- 60 Guzmán, *Huellas de su pensamiento*, 159.
- 61 AMPG, 1881, leg. 453, Ministro de Educación a Sr. Inspector de Instrucción primaria del Departamento de Granada, abril 19, 1881.
- 62 Ver, respectivamente, AMPG, 1881, leg. 457, fols. 55–59, y Justin Wolfe, “Rising from the Ashes”, 164.
- 63 Bulmer-Thomas, *Economic History*, 65.

- 64 Ver Charlip, *Cultivating Coffee*, para mayor información sobre el surgimiento de la producción cafetalera en Nicaragua.
- 65 Boyle, *Ride across a Continent*, 99.
- 66 Reyes, *Granada*, 78–86.
- 67 Ver, en especial, Wheelock, *Imperialismo y dictadura*.
- 68 Gould, “Café, trabajo y comunidad indígena”. Sobre cómo los valores patriarcales de la élite y el campesinado contribuyen a explicar por qué tantos peones por deudas eran mujeres y niños, ver Dore, “Patriarchy from Above, Below”.
- 69 Por ejemplo, Dore, “Land Privatization”; y Charlip, *Cultivating Coffee*.
- 70 Dore, “Land Privatization”. Una denuncia contemporánea sobre cómo las políticas clientelistas permitieron a los conservadores “anti-empresariales” lucrarse del auge cafetalero en el período posterior a la década de 1870, ver Mendoza, *Historia de Diriamba*.
- 71 Este análisis se basa en los censos agrícolas levantados en 1893, 1894, 1903, and 1907, y conservados en AMPG, libros 169, 172, 186, y 189. Ver también Justin Wolfe, “Rising from the Ashes”, 113–65.
- 72 Mayor información sobre la privatización de las tierras comunales de Diriomo se encuentra en Dore, “Land Privatization”.
- 73 Por ejemplo, ver la lista de cortadores de café para la cosecha de 1904, en AMPG, caja 299, leg. s/n, Documentos varios, 1904.
- 74 Las cifras fueron calculadas con base en la tabla 1 en Dore, “Debt Peonage in Granada”, 529.

- 75 Sobre el establecimiento de cierto número de pequeñas fincas de café en el Mombacho por parte de diriomeños, ver el censo cafetalero de Diriomo del 5 de noviembre de 1882, en AMPG, 1882, caja 182, leg. 490 bis. Una muestra de los conflictos entre la élite por cuestiones de tierras, véase AMPG, 1889, caja 241, leg. Denuncias de tierras; y 1889, caja 245, leg. Denuncias de tierras baldías.
- 76 Sobre América Latina, ver Bauer, *Goods, Power, History*, 129–64.
- 77 José Coronel Urtecho, “Contra el espíritu burgués”, *El Diario Nicaragüense*, marzo 22, 1931. Sobre los ideales patriarcales de las élites, ver Burns, *Patriarch and Folk*, 66–109.
- 78 Ver, en particular, Bolaños, *Obras*, 149–431, en las que se describe minuciosamente la evolución de la cultura de la élite en Granada a fines del siglo diecinueve.
- 79 Ver Guzmán, “Diario íntimo” (escritos correspondientes a los años 1882–83).
- 80 Ortega Arancibia, *Cuarenta años*, 297.
- 81 Citado en Buitrago Matus, *León*, 244.
- 82 En 1889 aproximadamente la mitad de los ochenta y cuatro cafetaleros nicaragüenses que obtuvieron premios procedían de Granada. Ver Ministère du Commerce, de l’Industrie et des Colonies, *Exposition Universelle de 1889 à Paris: Liste des récompenses*, Paris, 1889, 567–79.
- 83 Mendieta, *Enfermedad de Centro-América*, 1:144.
- 84 Ver AMPG, 1882, caja 182, leg. 490 bis, sobre la gama de productos que la élite de Granada importaba en 1882 por medio de la Nicaraguan Mail Steam Navigation Co.

- 85 Bolaños, *Obras*, 294.
- 86 Sobre la nacionalidad cosmopolita y el consumo de productos importados, ver Orlove y Bauer, “Giving Importance to Imports”; y Hoganson, “Cosmopolitan Domesticity”. Una perspectiva opuesta se encuentra en Needell, *Tropical Belle Epoque*.
- 87 Sobre la proliferación de sitios de entretenimiento en Granada, ver Bolaños, *Obras*, 293–350.
- 88 Sheldon, *Notes on the Nicaraguan Canal*, 191.
- 89 Por ejemplo, Gunn, *Public Culture of the Victorian Middle Class*, 24–30.
- 90 *Memoria anual de la junta directiva del Club de Granada aprobada en junta general el 24 de diciembre de 1934*, 17, en Archivo Héctor Mena Guerrero (Granada).
- 91 Ortega Arancibia, *Cuarenta años*, 358.
- 92 Ver Gobat, “Against the Bourgeois Spirit”, 74–75.
- 93 Este análisis se basa en la *Memoria presentada a la Asamblea Nacional Legislativa en su VIII periodo constitucional por el Señor Dr. don Fernando Sánchez, Ministro de Instrucción Pública*, Managua: Tipografía Nacional, 1901; *Memoria de la Secretaría de Instrucción Pública Presentada a la Asamblea Nacional por el Sr. Ministro José D. Gámez, 1906–1907*, Managua: Tipografía Nacional, 1907; y Toledo de Aguerri, *Enciclopedia nicaragüense*. Sobre cómo las escuelas norteamericanas americanizaban a los inmigrantes latinoamericanos, ver Louis Pérez, *On Becoming Cuban*, 34.
- 94 Arellano, *Historia básica*, 156.

- 95 Stump, "Primer club de base-ball".
- 96 Sobre la transformación del béisbol en el pasatiempo norteamericano, ver Goldstein, *Playing for Keeps*.
- 97 *El Periódico*, marzo 18, 1912; "Los gallos en el Congreso", *La Noticia*, enero 10, 1918; y las ediciones correspondientes a febrero y marzo de 1918 de *La Gaceta* sobre los debates en el Congreso que condujeron a la prohibición de las peleas de gallos.
- 98 Sobre usos semejantes del béisbol en Cuba, ver Louis Pérez, "Between Baseball and Bullfighting".
- 99 Sobre el béisbol y el control social, ver Joseph, "Forging a Regional Pastime".
- 100 Coronel Urtecho, "Americanismo", 26-27.
- 101 Arellano, *Doctor David Arellano*, 51-52.
- 102 Coronel Urtecho, "Americanismo", 30-31.
- 103 *Ibid.*, 27.
- 104 Wallace Thompson, *Rainbow Countries*, 46.
- 105 Ruhl, *Central Americans*, 118.
- 106 Darío, *Viaje a Nicaragua*, 210-11.
- 107 Bolaños, *Obras*, 293-94. Sobre la tendencia europeizante en América Latina, ver Bauer, *Goods, Power, History*, 150-64.
- 108 Por ejemplo, Williams, *States and Social Evolution*, 194.
- 109 Seager y Maguire, *Letters and Papers of Mahan*, 9.

- 110 Keaseby, *Nicaragua Canal*, 1.
- 111 Ver los recortes de periódicos norteamericanos en “Nicaraguan Canal, Scrapbooks, 1898–1900”, caja 100, W. R. Grace y Co. Papers, Butler Library, Columbia University.
- 112 McCullough, *Path between the Seas*, 259.
- 113 Por ejemplo, Dozier, *Nicaragua’s Mosquito Shore*, 181; y Kinloch Tijerino, “Formación del Estado Nacional”.
- 114 Jéronimo Pérez, *Obras históricas*, 187–88.
- 115 Pérez-Baltodano, *Entre el Estado*, 326.
- 116 Por ejemplo, “El ciudadano de los Los Estados Unidos”, *Diario de Nicaragua*, 19–21 de febrero de 1895.
- 117 El texto del tratado se encuentra en la Biblioteca del Congreso, Congressional Research Service, *Background Documents Relating to the Panama Canal*, Washington, DC: Government Printing Office, 1977, 169–75.
- 118 Schoonover, *United States in Central America*, 136.
- 119 Por ejemplo, Healy, *Drive to Hegemony*, 82–83; y LaFeber, *Panama Canal*, 15–18.
- 120 McCullough, *Path between the Seas*, 325; Collin, *Roosevelt’s Caribbean*, 177–79.
- 121 McCullough, *Path between the Seas*, 262.
- 122 Schoonover, *United States in Central America*, 142–45.
- 123 Ministerio de Instrucción Pública, *Memoria de la Secretaría de Instrucción Pública, 1906–1907*. Managua: Tipografía Nacional, 1907.

- ¹²⁴ Sobre el caso más infame relacionado con una subsidiaria de la United Fruit Company, ver O'Brien, *Revolutionary Mission*, 62–65.
- ¹²⁵ Gámez, “Canal anglo-japonés”; Schoonover, *Germany in Central America*, 118–33.
- ¹²⁶ La nota se halla reproducida en el Departamento de Estado de los Estados Unidos, *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1909*, Washington, DC: Government Printing Office, 1914, 455–57.
- ¹²⁷ Schoultz, *Beneath the United States*, 210.
- ¹²⁸ “Taking the ‘Big Stick’ to Zelaya”, *Literary Digest*, diciembre 11, 1909, 1047.
- ¹²⁹ Cuadra Pasos, *Obras I*, 277–78; Chamorro, “Autobiografía”, 43; Alvarez Lejarza, *Impresiones y recuerdos*, 245.
- ¹³⁰ Schoonover, *United States in Central America*, 147.
- ¹³¹ Citado en Katz, *Secret War in Mexico*, 23.

Parte II. Restauración, 1910–1912

Capítulo 3

Desafiando Exclusiones Imperiales *Nicaragua bajo el Pacto Dawson*

El triunfo de los rebeldes apoyados por los Estados Unidos, en agosto de 1910, sumió a Nicaragua en un estado de confusión. Mientras las cañoneras norteamericanas acechaban en la Costa Atlántica, los nicaragüenses se preguntaban con ansiedad cómo el “coloso del norte” afectaría su futuro inmediato. Muchos temían que EE.UU. destruiría la nacionalidad nicaragüense, convirtiendo a su país en una colonia norteamericana. En cambio, otros creían que la fortalecería, difundiendo ideales de “progreso” y “libertad”.¹ Al final, la potencia interventora no sometió a Nicaragua bajo su dominio colonial, ni tampoco le transmitió su modelo liberal de desarrollo. Más bien, redujo a Nicaragua a un estatus de protectorado mediante una intervención política ajena al liberalismo – el llamado Pacto Dawson.

Dicho pacto fue fraguado en octubre de 1910 entre el enviado especial de los Estados Unidos, Thomas Dawson, y los líderes del nuevo régimen auspiciado por esta potencia: el presidente liberal Juan José Estrada, el vicepresidente conservador Adolfo Díaz, y los generales conservadores Luis Mena y Emiliano Chamorro.² Al igual que muchos funcionarios norteamericanos de esa época, Dawson creía que los nicaragüenses carecían de la responsabilidad financiera y madurez política requeridas para dirigir un gobierno estable, y leal a los Estados Unidos. Por tanto, su pacto exigía que la administración de las finanzas estatales de Nicaragua pasara bajo el

control de funcionarios de EE.UU. - un plan inspirado en el modelo del protectorado financiero impuesto por Dawson en República Dominicana en 1904. Pero antes de que esta potencia pudiera hacer efectivo dicho proyecto, se vio obligada a lanzar una invasión militar de envergadura contra este país centroamericano.

En cambio, la segunda meta del Pacto Dawson - la creación de un orden político excluyente al servicio de los intereses estratégicos de EE.UU. - incidió más en la implantación del dominio imperial norteamericano en Nicaragua. En primer lugar, el pacto concentró el poder en manos de los cuatro signatarios nicaragüenses y sus patrocinadores norteamericanos. Y, puesto que Dawson consideraba imposible celebrar elecciones en ese momento, porque representarían “una amenaza a la paz”, ordenó suspenderlas por un período de dos años como mínimo.³ Al mismo tiempo, el acuerdo permitió a los oligarcas conservadores emprender la “restauración” de un orden jerárquico inspirado en el *ancien régime* de 1857 a 1893, bajo el cual habían gobernado Nicaragua anteriormente.⁴ En realidad, la restauración de 1910 guardaba poca semejanza con su supuesto antecedente. Durante las cinco décadas posteriores a la invasión de Walker, las élites construyeron un orden político diseñado para frenar el expansionismo norteamericano, no para promoverlo. Además, éste se caracterizaba por su espíritu incluyente y, en contraste, la restauración fraguada por EE.UU. fomentaba políticas excluyentes de manera explícita.

El empuje regresivo del dominio imperial norteamericano conmocionó a los nicaragüenses que, desde mucho tiempo atrás, asociaban a EE.UU. con su discurso de progreso y libertad. Por otra parte, el carácter de la intervención de EE.UU. en Nicaragua también presentaba un contraste con el ímpetu reformista que acompañaba a la mayoría de las ocupaciones militares de esa potencia en esta época. Por lo general, después de 1898 las intervenciones de EE.UU. en el Caribe y en las Filipinas conllevaban el propósito de elevar las condiciones de vida de la población local, modernizando su sistema

económico y político de acuerdo a los principios liberales. En ocasiones, también buscaban inculcar el concepto norteamericano de la democracia. Al final, dichas intervenciones rara vez generaban mayor “progreso” o “libertad”;⁵ pero en Nicaragua los Estados Unidos ni siquiera intentaron implementar su proyecto “desarrollista liberal”.⁶ Este hecho reflejaba el escaso interés de EE.UU. en la economía nicaragüense, y además obedecía al reciente deterioro del respaldo de la opinión pública norteamericana a las costosas intervenciones de su gobierno en países extranjeros. Como resultado, Washington intentó controlar Nicaragua por la vía más barata posible, imponiendo un orden excluyente.⁷

Aunque su propósito era generar estabilidad, la intervención norteamericana más bien polarizó la sociedad nicaragüense hasta provocar su desgarramiento. En particular, EE.UU. subestimó seriamente la capacidad de resistencia del pueblo a las imposiciones imperiales y oligárquicas. Al igual que otros funcionarios norteamericanos, Dawson interpretaba los conflictos políticos de Nicaragua como disputas entre caudillos, al parecer omnipotentes. Sin embargo, la cultura política del país era mucho más compleja, pues la autoridad de este tipo de líderes descansaba en una intrincada red de lealtades personales en el seno de la élite, así como en enrevesadas alianzas con comunidades rurales y organizaciones urbanas de artesanos. Además, los nicaragüenses acaban de salir de una larga y corrupta dictadura. Cuando Dawson llegó a Nicaragua, encontró a sus pobladores en un estado de agitación sin precedentes, enfrascados en el debate político y la movilización social. Ignorando dicha complejidad, los funcionarios norteamericanos se encontraban mal preparados cuando, entre las fisuras internas de la oligarquía conservadora gobernante, emergió una miríada de grupos – incluyendo mujeres, artesanos urbanos y comunidades indígenas – reclamando más derechos políticos y sociales. Tres tensiones centrales dividían a los dirigentes del Partido Conservador: el debate sobre la “cuestión religiosa”, la controversia por el tratado de préstamos entre EE.UU. y Nicaragua, y el enfrentamiento en torno al estatus de la élite, desatado a raíz de la reapertura de

los clubes sociales donde predominaban los conservadores. El cuestionamiento popular al orden político excluyente, encarnado en el Pacto Dawson, exacerbó todos esos conflictos. En este contexto volátil, una hambruna causada por la falta de lluvias a mediados de 1912 empujó al país al borde de una revolución social – el escenario más temido por el gobierno norteamericano.

El Debate Religioso Élites Divididas, Mujeres Indomables y Artesanos Rebeldes

Desde el inicio, los esfuerzos de los Estados Unidos por imponer un orden excluyente se vieron socavados por los debates ideológicos en el seno de la sociedad civil nicaragüense. Después de diecisiete años de dictadura, pocos estaban dispuestos a guardar silencio. A través de periódicos y volantes o en marchas callejeras, hombres y mujeres de todas las clases sociales participaban en la lucha por reorganizar el estado y la sociedad. Aunque estas protestas populares contrariaban a los gobernantes conservadores, eran incapaces de frenar lo que interpretaban como actos de “exagerada libertad”.⁸

Inicialmente, el debate que provocó las mayores divisiones en la emergente sociedad civil nicaragüense giró en torno a la “cuestión religiosa”. La polémica se desató en enero de 1911, cuando una Asamblea Constituyente pretendió reformar la Constitución de 1905. La discordia estalló luego que los diputados conservadores, encabezados por el general Emiliano Chamorro (1871-1966), introdujeran una moción para proclamar el catolicismo como religión oficial. Su iniciativa fue rechazada por los llamados Conservadores Progresistas, liderados por el principal rival de Chamorro, el general Luis Mena (1865-1928).⁹ Puesto que los partidarios de Chamorro dominaban en la Asamblea, el artículo religioso fue incorporado en la nueva constitución en abril de 1911. Sin embargo, los sectores proclericales no pudieron saborear su victoria durante

mucho tiempo. En diciembre de 1911, una nueva Asamblea controlada por seguidores de Mena anuló dicho artículo.

Las pugnas por el poder entre los signatarios del Pacto Dawson atizaron el debate sobre la cuestión religiosa. Sin embargo, esta controversia era también reflejo del grado de división ideológica que surgió entre los gobernantes conservadores con respecto a ciertos temas clave, en especial, la compatibilidad entre los principios católicos y los liberales. El cisma expresaba, en última instancia, dos visiones antagónicas a lo interno del Partido Conservador sobre la manera de “reorganizar” el estado y la sociedad después de la caída de Zelaya – tal como enfatizó el boletín oficial de la Asamblea Nacional.¹⁰ La intensidad del debate resulta algo sorprendente, pues gran parte de la élite conservadora se inclinaba por una nacionalidad liberal y cosmopolita, más que por una católica. No obstante, durante los últimos años de la dictadura de Zelaya, surgió una ideología antiliberal y proclerical que, poco a poco, socavó la cohesión de la élite nicaragüense. Por tanto, aunque muchos conservadores mantuvieron una perspectiva muy liberal, otros adoptaron una “tendencia reaccionaria que ... nunca ha tenido el conservatismo”, según expresó un intelectual del partido contrario.¹¹ Esta “tendencia reaccionaria” representaba una nueva corriente antiliberal, que empezó a penetrar en América Latina con gran ímpetu a fines del siglo diecinueve.¹² En particular, acusaba una fuerte influencia del pensamiento social católico expresado en la encíclica papal *Rerum novarum* del año 1891, que denunciaba los excesos del capitalismo liberal y propugnaba una reforma social.

Tal como se refleja en los discursos pronunciados en la Asamblea, a los conservadores proclericales les preocupaba la forma en que el liberalismo erosionaba el tejido social católico de Nicaragua.¹³ En su opinión, las políticas liberales de Zelaya habían abierto las puertas del país a misioneros protestantes extranjeros. Pero su mayor desazón obedecía al predominio de sentimientos anticlericales entre los jóvenes de clase alta. A juicio de un prominente conservador, la “teoría liberal” dominaba la mente de los “jóvenes conservadores” al

extremo que juzgaban “como signo de inteligencia, las ideas liberales, y de retraso el pensamiento católico”.¹⁴ Con el objeto de frenar esta tendencia anticatólica, los líderes proclericales pretendían despojar a los sectores seculares del control sobre la educación del país, y pasarlo a manos del clero católico.

Sin embargo, algunos diputados del Partido Conservador rechazaban la idea de que el liberalismo promoviera la decadencia de la fe católica; por tanto se oponían a la moción de elevarla al rango de religión oficial del país. En discurso tras discurso pronunciado en la Asamblea, insistían que el catolicismo se mostraba vigoroso, pero sólo podría sostener su desarrollo si la Iglesia continuaba separada del estado.¹⁵ Sin duda, al igual que sus adversarios proclericales, muchos Conservadores Progresistas pensaban que Nicaragua había sufrido un deterioro moral durante el anterior régimen liberal. Sin embargo, en su opinión dicho problema no era resultado de la difusión de las ideas liberales, sino de la corrupción de la administración zelayista. Sosteniendo en alto su fe en una nacionalidad cosmopolita, los Progresistas criticaban severamente a las fuerzas proclericales, acusándolas de pretender desmantelar la educación secular y, en términos más amplios, de obstaculizar la modernización económica y política del país.

El debate religioso se exacerbó debido a las presiones que las facciones contendientes en la Asamblea recibían de sus respectivas bases sociales - una situación típica durante este período. Tal como admitió un dirigente conservador, sus esfuerzos por mitigar el conflicto habían fracasado porque fuerzas ajenas al parlamento empujaron a los diputados proclericales a adoptar una posición más intransigente.¹⁶ Algunas mujeres de prominentes familias pertenecían a las filas de los fanáticos proclericales más vehementes. No sólo sometían innumerables peticiones demandando la ratificación del artículo religioso, sino también llevaron su causa hasta las calles de la capital, a la cabeza de manifestaciones populares.¹⁷ Y, por vez primera, las mujeres participaron en un debate en el Congreso. Desde las galerías de este foro exclusivamente masculino, abucheaban a los diputados que se pronunciaban en contra de la propuesta de reforma constitucional. Perdiendo la calma,

algunos diputados anticlericales intentaron echar a las mujeres de la cámara por la fuerza.¹⁸

Si bien las mujeres no dejaron documentos escritos explicando los motivos de su cruzada a favor de una nacionalidad católica, algunos periodistas comentaron ampliamente sus actividades proclericales. Al margen de su posición personal respecto a dicho artículo, todos expresaron la simplista opinión de que las mujeres eran esencialmente más religiosas que los hombres. Por tanto, no contemplaban la posibilidad de que su beligerante postura proclerical pudiera tener una lógica política dirigida a realzar el papel de las mujeres. En efecto, la moción de reforma constitucional sobre la cuestión religiosa apuntaba a fortalecer instituciones, tales como las escuelas católicas y asociaciones de caridad, que tradicionalmente ofrecían a las mujeres acaudaladas una herramienta eficaz para enfrentar su exclusión de la esfera pública, dominada por los hombres.¹⁹ Además, el estatus público de las mujeres de clase alta había cobrado relevancia durante la dictadura de Zelaya, pues muchas participaban en acciones de resistencia al régimen, en especial las esposas de exiliados. La influencia política conquistada por las mujeres de la élite cayó en peligro de desaparecer, cuando sus cónyuges regresaron al país después del cambio de régimen orquestado por los Estados Unidos. Tal como reconoció un prominente diputado conservador, su facción en el congreso pretendía expulsar a las mujeres de la "sociedad política" y relegarlas "al sagrado templo del hogar".²⁰ Esta amenaza era consistente con las políticas excluyentes propias del Pacto Dawson. Por tanto, al presionar por la aprobación del artículo religioso propuesto, las mujeres también luchaban contra el peligro de verse excluidas de la esfera pública.

Mientras las mujeres de la élite conformaban las fuerzas de choque del bando proclerical, sus contrapartes en el movimiento por la secularización de la sociedad eran los artesanos urbanos. La oposición de este sector al artículo religioso propuesto era, en gran medida, de carácter ideológica, pues los artesanos valoraban la educación laica como un elemento fundamental para la construcción de la

ciudadanía.²¹ La participación de los artesanos en el debate sobre la cuestión religiosa era impulsada por intereses políticos, en mayor grado que en el caso de las mujeres proclericales. Éstos temían que los conservadores proclericales se cubrieran con el manto de la religión para frenar el poder de sus organizaciones laborales. Históricamente los artesanos eran un factor de peso en las elecciones municipales, pero su influencia política cobró mayor fuerza hacia fines del régimen de Zelaya, pues encabezaron la oposición a la dictadura en los centros urbanos.²² Además, empezaban a establecer sus propias organizaciones voluntarias, tales como los Clubes Sociales de Artesanos. Anteriormente, los miembros de este grupo laboral acostumbraban reunirse en sitios donde se mezclaban personas de todos los estratos sociales, tales como cantinas, salones de billar y galleras. Sin embargo, en la década de 1900 crearon organizaciones que constituían un espacio público reservado específicamente para artesanos varones. Además de responder a objetivos políticos, este nuevo tipo de asociaciones laborales obedecía a un propósito cultural más amplio: unir al heterogéneo sector artesanal alrededor de una identidad colectiva más compartida.²³

A raíz de la intervención norteamericana de 1910, las nacientes organizaciones de artesanos súbitamente enfrentaron una competencia más intensa, debido a la fundación de asociaciones urbanas auspiciadas por órdenes católicas y por conservadores proclericales que buscaban ensanchar su base popular. En Granada, por ejemplo, surgieron nuevos grupos conservadores/católicos como el Club Conservador de Artesanos, la Sociedad para los Intereses Católicos, y la Casa de Obreros. Con frecuencia, miembros de la élite conservadora y sacerdotes presidían los actos de inauguración de estas organizaciones y, a veces, hasta las dirigían. A medida que aumentaba este tipo de competencia, crecía el temor de los artesanos al empeño de los conservadores proclericales por restringir su recién conquistada autonomía política y cultural.²⁴ Debido en gran parte a esta inquietud, los artesanos liberales de Managua encabezados por el presidente Estrada – de oficio carpintero – intentaron expulsar a los conservadores del gobierno, poco

después de que la Asamblea Constituyente ratificara el artículo religioso el 4 de abril de 1911.²⁵ El conato de golpe de estado acabó en un rotundo fracaso. Los diplomáticos norteamericanos no sólo obligaron a Estrada a partir al exilio, sino también aseguraron el ascenso de Adolfo Díaz (1877-1964) a la presidencia. De esta manera, los conservadores tomaron pleno control del gobierno.

Pese a su fracaso, el intento de golpe de estado perpetrado por Estrada sugiere que los funcionarios norteamericanos subestimaban la fuerza de otros sectores sociales ajenos a la élite. En particular, les faltó la perspicacia necesaria para comprender que, detrás de la fallida rebelión, habían muchos artesanos recelosos del empeño de los oligarcas conservadores por socavar su emergente influencia política. Como resultado de este malestar, en 1911 los artesanos estuvieron a punto de provocar una costosa invasión armada a Nicaragua, que el gobierno de EE.UU. ansiaba evitar. Sin embargo, esto no le fue posible por mucho tiempo. En julio de 1912 estalló una guerra civil, y el ejército de EE.UU. intervino en defensa del asediado gobierno de Díaz. Las causas del conflicto bélico radicaban, en gran medida, en el dramático resultado de otra trascendental controversia generada por el Pacto Dawson: la campaña nacionalista en contra del acuerdo de préstamos entre EE.UU. y Nicaragua suscrito en junio de 1911, que exigía pasar el control de las finanzas públicas nicaragüenses a manos norteamericanas.

Reinventando la Nación:

La Campaña contra el Tratado de Préstamos entre EE.UU. y Nicaragua

Al igual que la disputa en torno al artículo religioso, la campaña en contra del tratado de préstamos reveló la enconada oposición de la sociedad civil a la restauración de la oligarquía, promovida por los Estados Unidos. No obstante, existía una diferencia clave entre ambas tensiones. Mientras el debate religioso giraba alrededor de una polémica sobre

formas de organización social, la controversia provocada por el préstamo sacó a luz una pugna entre distintos proyectos de estado-nación. En particular, los que repudiaban el tratado cuestionaban la visión nacional cosmopolita predominante dentro de la élite; en cambio, abogaban por un proyecto más inclusivo y enfocado hacia la sociedad nicaragüense, que ensalzaba a los diversos grupos étnicos “no-blancos” del país. Inicialmente, los artesanos liberales encabezaron la campaña nacionalista, organizando fogosas manifestaciones callejeras. Empero, con el tiempo ésta pasó bajo la dirección del sector de la élite conservadora liderada por el general Mena. Gracias a dicha campaña, Mena se convirtió en un poderoso ícono del nacionalismo antinorteamericano.

Aunque muchos nicaragüenses se oponían a que EE.UU. tomara el control del sistema financiero de su país, los funcionarios norteamericanos seguían confiados en que el crucial tratado de préstamos no estaba condenado al fracaso. Su certidumbre se sustentaba en dos presupuestos importantes. En primer lugar, creían que en Nicaragua el poder descansaba en manos de los signatarios del Pacto Dawson. Por tanto, aunque gran parte de la sociedad civil rechazaba el tratado de préstamos, los diplomáticos de EE.UU. pensaban que podían ignorar las protestas de la oposición mientras contaran con el respaldo de los signatarios del pacto. En segundo lugar, suponían que éstos apoyaban el controversial tratado de préstamos con firmeza, por la sencilla razón de que los conservadores eran “totalmente proamericanos”, según expresó Dawson.

Las conjeturas sobre la unívoca posición “proamericana” de los conservadores cobraron mayor fuerza cuando la Asamblea Constituyente ratificó el tratado Knox-Castrillo, el 6 de junio de 1911. Con base en el Pacto Dawson, dicho tratado estipulaba que Nicaragua recibiría un préstamo de quince millones de dólares de parte de banqueros norteamericanos, con el objetivo de colocar sus finanzas “sobre una base sólida y estable”.²⁶ Como garantía de dicho préstamo, Nicaragua debía ceder a funcionarios de EE.UU. el control sobre la recaudación de aduanas – la fuente de ingresos más

lucrativa del estado – así como del Banco Nacional de Nicaragua. Cuando el Senado de los Estados Unidos rechazó el tratado Knox-Castrillo, el poder ejecutivo logró que dos bancos de Wall Street, Brown Brothers y J. & W. Seligman, otorgaran a Nicaragua un crédito a corto plazo por un millón y medio de dólares, a cambio de las mismas garantías estipuladas en dicho acuerdo diplomático. Y, en vista que tal suma era insuficiente, en marzo de 1912 estos bancos dieron al gobierno nicaragüense un segundo préstamo por la suma de US\$725,000. A cambio recibieron el 51 por ciento de las acciones del Ferrocarril Nacional, institución a la que también pertenecían los vapores y la infraestructura portuaria del país.²⁷ Para asombro de los diplomáticos y banqueros norteamericanos, la Asamblea Constituyente de Nicaragua se negó a ratificar la segunda convención de préstamos, cuando ésta fue sometida a votación el 14 de marzo de 1912. Aunque la Asamblea revirtió su decisión cinco días después, su rechazo inicial reveló la creciente oposición a los esfuerzos de EE.UU. por imponer un protectorado financiero en Nicaragua, incluso dentro del sector gobernante del Partido Conservador.

El surgimiento de este tipo de posturas nacionalistas opacó la visita que el Secretario de Estado de EE.UU. Philander Knox realizó a Nicaragua, los días 5 y 6 de marzo de 1912. Los diplomáticos norteamericanos no mostraron sorpresa ante las violentas manifestaciones dirigidas por artesanos liberales en protesta por la llegada de Knox.²⁸ Sin embargo, se desconcertaron cuando el presidente de la Asamblea – el conservador Ignacio Suárez, educado en EE.UU. – recibió al Secretario de Estado con un discurso oficial de bienvenida, en el que intercaló duras críticas contra la intervención norteamericana. En el momento culminante de su alocución, Suárez expresó: “No podrá negarse ... que vuestra visita ... ha producido temores y desconfianzas en espíritus asustadizos que redunde en peligro de nuestras autonomías”.²⁹ Al igual que la mayoría de los diputados conservadores, Suárez respaldó el tratado Knox-Castrillo. Sin embargo, a inicios de 1912 ya se había convertido en un abierto opositor al proyecto

norteamericano en Nicaragua. La evolución de Suárez no era nada inusual, pues reflejaba la propagación de un creciente recelo hacia EE.UU. entre los gobernantes conservadores.



General Luis Mena, 1911.

Cortesía del Instituto de Historia de Nicaragua y de Centroamérica.

¿Cómo explicar el viraje de estos prominentes conservadores, que de fieles admiradores de EE.UU. pasaron a convertirse en críticos de la intervención norteamericana? A juicio de la mayoría de los funcionarios norteamericanos, dicho giro no era más que una trama maquiavélica para promover las aspiraciones presidenciales del general Luis Mena (ver imagen 7). Todavía en septiembre de 1911, el encargado de negocios de EE.UU. consideraba al ministro de guerra Mena como “el amigo y partidario más incondicional de todo el programa americano”.³⁰ Sin embargo, la relación entre los funcionarios norteamericanos y el general conservador se agrió cuando, en octubre de 1911, la Asamblea Constitucional designó a Mena sucesor a la presidencia del país para el período a iniciarse en 1913. Dicha elección indignó a los funcionarios norteamericanos, pues fue tomada sin la previa aprobación de Washington.³¹ Sin duda, los diplomáticos norteamericanos tenían razón al insistir que Mena manipulaba la oposición popular al tratado de préstamos para impulsar sus ambiciones políticas personales. No obstante, jamás consideraron seriamente la posibilidad de que el rechazo al tratado, por parte de Mena y sus seguidores dentro del Partido Conservador, también pudiera obedecer a motivos patrióticos.

En efecto, desde hacía mucho tiempo Mena, al igual que otros conservadores “proamericanos”, criticaban en privado la entrega de la autonomía financiera de Nicaragua. Incluso David Arellano (1872–1928), ampliamente conocido como el “primer yanquista” de Nicaragua, había asumido esta posición. Arellano era un prominente abogado, comerciante, prestamista y ganadero de Granada, que había vivido ocho años en EE.UU., y estudiado en el Fordham College de Nueva York. A su regreso, Arellano cobró fama como entusiasta promotor de deportes norteamericanos, especialmente el béisbol. Al igual que su tío Juan Ignacio Urtecho (el médico educado en EE.UU., mencionado en el segundo capítulo), Arellano sostenía la firme convicción de que los nicaragüenses debían adoptar las instituciones y prácticas políticas y económicas que habían convertido a los Estados Unidos en “la nación más

poderosa de la tierra”.³² No obstante, Arellano compartía el recelo nacionalista de Mena con respecto al empeño norteamericano por reducir a Nicaragua a un estatus de protectorado financiero. Los esfuerzos de Arellano por americanizar a Nicaragua no le impedían defender su nacionalidad, tal como se refleja en una carta confidencial escrita después de la firma del Pacto Dawson. Arellano empezó reconociendo: “nadie es más ardiente partidario de la influencia americana en Nicaragua que yo”.³³ Empero, después insistió que no debía sufrir un “menoscabo innecesario la dignidad nacional”. Al referirse de manera explícita al proyecto del tratado de préstamos, Arellano expresó: “a nadie se le ocultará que sin tener el control de la hacienda pública, todo mando es irrisorio en América”, y concluyó: “Sería mejor entregar las armas que las aduanas y el manejo de las rentas nacionales”. Dado que en un inicio los conservadores sólo expresaban sus opiniones nacionalistas en privado, los funcionarios norteamericanos no se percataron de su rechazo a la intervención de los Estados Unidos.

Sin embargo, a medida que EE.UU. endureció su oposición a las ambiciones presidenciales del general Mena, sus simpatizantes dentro del Partido Conservador se sintieron con mayor derecho a criticar el “programa americano” en público. Sus denuncias acentuaron las credenciales nacionalistas de Mena. Éste ganó aún más popularidad gracias a una noticia publicada en el diario conservador *El Periódico*, en la cual se aseguraba que “el General” estaba dispuesto a arriesgarse a una confrontación militar con los Estados Unidos con tal de defender la soberanía nicaragüense. Según el periodista, Mena había insistido en que, a diferencia de Zelaya, él no se dejaría intimidar si el gobierno de EE.UU. le enviaba un mensaje similar a la Nota Knox. Y, además, había declarado: “[si] los Yankees quieren intervenir, será por la fuerza, desembarcando tropas y agarrándose con nosotros”.³⁴ En realidad Mena no había pronunciado estas palabras belicosas, sino uno de sus aliados políticos cercanos, el oligarca conservador granadino Manuel Zavala Chamorro. Sin embargo, muchos nicaragüenses creyeron que eran del propio general – una presunción que se filtró hasta los periódicos costarricenses.³⁵

Mientras aún estaba en vías de convertirse en un héroe nacionalista, Mena jamás expresó en público su repudio a la intervención norteamericana de manera explícita. La llamada prensa nacionalista lo presionó en incontables entrevistas para que se pronunciara contra los Estados Unidos. Sin embargo, el ministro de guerra nunca les concedió ese favor. Por ejemplo, cuando un periodista del órgano liberal *Diario Moderno* le pidió su opinión sobre el Pacto Dawson, Mena sonrió y dijo: “¿Los pactos? Pues ahí están. Muy poco salgo a la calle, y por tal motivo no sé qué opina la gente de ellos”. Aunque el entrevistado alegara desconocer el tema, el periódico aseguró: “Mena no cree en los pactos Dawson”.³⁶ La costumbre de atribuir al general declaraciones críticas hacia EE.UU. no era inusual. Constituía una astuta táctica de la prensa nacionalista a fin de erigir la figura de Mena como líder de la oposición antinorteamericana.

Gracias a su política de guardar silencio, Mena lograba mantener relaciones tanto con el gobierno de EE.UU. como con las fuerzas nacionalistas opuestas a la intervención. Además, le permitió conquistar el apoyo de muchos artesanos conservadores, que mostraban una actitud contradictoria respecto a la injerencia norteamericana. Por un lado, éstos coincidían con sus homólogos liberales en rechazar al gobierno patrocinado por EE.UU., debido a su excesiva apertura comercial con esa potencia.³⁷ En particular, advertían que la industria artesanal nicaragüense estaba en peligro de desaparecer como resultado de las importaciones de artículos fabricados en EE.UU., tales como zapatos. Por otro lado, también coincidían en respaldar el tratado de préstamos, sobre todo porque contemplaba una reforma monetaria.

Paradójicamente, los artesanos conservadores defendían el tratado empleando el mismo tipo de argumentos en defensa de los trabajadores, esgrimidos por los funcionarios norteamericanos que abogaban por la aprobación del proyecto de reforma monetaria.³⁸ En una carta abierta a la Asamblea Constituyente, este grupo de artesanos sostuvo que dicha reforma

pondría fin a la explotación de la “clase trabajadora”, por parte de la “minoría rica, privilegiada” integrada por exportadores de café, mineros y grandes comerciantes.³⁹ A su juicio, el sistema monetario imperante permitía a la “minoría rica” obtener ganancias desmesuradas vendiendo sus productos en monedas extranjeras estables, como el dólar (oro) norteamericano, pero pagaban salarios con billetes nicaragüenses respaldados con plata, que se devaluaba aceleradamente. En efecto, entre 1900 y 1912 el valor del peso nicaragüense se depreció de cuarenta y ocho a seis centavos de dólar de EE.UU., sobre todo porque el gobierno imprimía demasiado papel moneda.⁴⁰ A juicio de los artesanos conservadores, la adopción de una nueva moneda - el córdoba oro - resolvería esta injusticia y aumentaría el poder adquisitivo de la clase trabajadora nicaragüense.

Sea por coincidencia o azar, el discurso de los artesanos sobre la lucha de clases evocaba el discurso anticapitalista de los conservadores proclericales que, en su mayoría, apoyaban el tratado de préstamos. Por consiguiente, la prensa liberal solía acusar a los artesanos conservadores de ser lacayos de la élite *vendepatria* gobernante. No obstante, las organizaciones de artesanos conservadores tenían autonomía, y acababan de probar su capacidad para movilizar a las masas urbanas y dirigir intensas huelgas laborales.⁴¹ Consciente de ello, y deseoso de consolidar su base política, Mena se abstuvo de contrariarlos y mantuvo en sigilo su rechazo al proyecto de tratado de préstamos.

Si bien el hermetismo de Mena era una táctica política personal bastante eficaz, también permitió a la prensa nacionalista convertir su figura en un símbolo para proclamar el concepto de una nacionalidad anticosmopolita y racialmente heterogénea. Al margen de su afiliación ideológica (liberal o conservadora) estos periódicos destacaban las diferencias culturales entre Mena y sus rivales en la dirigencia del Partido Conservador.⁴² Además, procuraban presentar a este general conservador de cuarenta y siete años como un “hijo del pueblo”, que encarnaba a la Nicaragua de los “inditos, zambos,

mulatos, o mestizos”.⁴³ Así contrastaban la imagen que forjaban de Mena con la de sus contrincantes, a quienes representaban como aristócratas apátridas educados en EE.UU., “españoles” (blancos), notorios por sus hábitos “cosmopolitas” y su “manía de americanizarnos”. Al confrontarlos, la prensa nacionalista solía destacar el vínculo entre Mena y Nandaime, remarcando la distinción tradicional entre la identidad mulata y mestiza de la aldea provinciana natal del ministro de guerra, con la “identidad española” de la élite granadina. De hecho, el apellido Mena era común entre los nandaimeños que descendían de esclavos negros traídos de Jamaica.⁴⁴

Asimismo, los periódicos nacionalistas hacían énfasis en la posición de clase del general. Aunque provenía de un origen “humilde” – argumentaban – Mena había logrado ascender en la escala social gracias a su arduo y honesto trabajo como pionero en el cultivo de bananos en las selvas de la región del Atlántico. En contraste, describían a sus rivales conservadores como parásitos haraganes, bebedores de champaña, enriquecidos mediante el saqueo del tesoro nacional. En esta misma línea, destacaban la destreza militar de este general de figura imponente, demostrada en la conquista de la Reserva de la Mosquitia en 1894 (un protectorado británico en la Costa Atlántica) y en la guerra civil de 1909-10, mientras calificaban de cobardes y afeminados a los miembros de la élite conservadora que defendían el tratado de préstamos con bancos norteamericanos. En un tono semejante, Rubén Darío, implacable opositor al Pacto Dawson, trazó una imagen ideal de Mena describiéndolo como un “rústico y tremendo general ... hombre de machete y popular boga”.⁴⁵

Mientras promovían la figura pública de Mena, los periódicos nacionalistas ocultaban por conveniencia que el general presentaba muchos de los rasgos negativos atribuidos a sus rivales entre la élite conservadora. Jamás mencionaron que Mena acumuló gran parte de su fortuna entre 1910 y 1912, cuando gozaba de acceso privilegiado a los fondos estatales desde su alto cargo de Ministro de Guerra.⁴⁶ Más aún,

pocos nicaragüenses sabían que este supuesto paladín del nacionalismo económico era dueño de acciones de La Luz y Los Ángeles Mining Company, controlada por norteamericanos.⁴⁷ Esta empresa minera se había convertido en blanco favorito de las críticas del movimiento nacionalista, debido a su estrecha asociación con dos de los principales representantes de la intervención norteamericana: el secretario de estado Knox, antiguo abogado de sus accionistas mayoritarios (la familia Fletcher de Pittsburgh), y el presidente Adolfo Díaz, quien trabajó como contador de la misma durante mucho tiempo.

Además, la prensa nacionalista ocultaba que los lazos de Mena con la élite “aristócrata” de Granada eran bastante cercanos. Su padre era dueño de una mediana hacienda ganadera y había ocupado el cargo de alcalde de Nandaime. El general había desarrollado una prolongada relación con los Chamorro desde la década de 1880, cuando este prominente clan de la élite le ayudó a establecer una plantación bananera en la Costa Atlántica. Después, Mena entró por la vía del matrimonio a la familia Montiel que figuraba entre las más antiguas de la élite granadina, pues descendía de uno de los gobernadores de Costa Rica del período colonial. Sin embargo, a pesar de sus vínculos familiares, económicos y políticos con los “aristócratas” granadinos, muchos de éstos lo seguían viendo como un paria. En su correspondencia privada, algunos oligarcas como los Chamorro tildaban a Mena de “negro” o “indio semisalvaje”, indigno de pertenecer a su círculo “civilizado”.⁴⁸

Puesto que Mena no gozaba de plena aceptación dentro de la oligarquía granadina, el movimiento en contra de la intervención de EE.UU. pudo inscribir un proyecto nacional alterno en la figura del general. Ante todo, Mena pasó a encarnar una Nicaragua que celebraba la cultura popular y la diversidad de los grupos étnicos no-españoles del país. Este proyecto nacional era mucho más incluyente que la propuesta de una Nicaragua cosmopolita propugnada por la élite dominante. En cierta medida, esta nueva visión coincidía con otro

discurso emergente en el país que ensalzaba al mestizo, producto de la mezcla racial, como encarnación de la nacionalidad nicaragüense.⁴⁹ Sin embargo, al menos tres diferencias clave separaban el proyecto “menista” y el de la “Nicaragua mestiza”. Por un lado, mientras el primero celebraba explícitamente la diversidad étnica de Nicaragua, el segundo promovía el mestizaje en aras de alcanzar una homogeneidad cultural. Por otro lado, el discurso del mestizaje se construyó, en gran medida, en oposición a la identidad indígena, mientras que el “menista” lo hizo en contra del “cosmopolitismo” y la “blancura” de las élites más acaudaladas del país. Finalmente, el discurso nacional “menista” tenía un ímpetu antinorteamericano mucho más acentuado que el del mestizaje – al menos hasta que surgió una variante más revolucionaria de este último durante la rebelión de Sandino de 1927-33. (Véase el capítulo 9).

Al proclamar su visión alterna de la identidad nacional, los simpatizantes de Mena estaban jugando con fuego. En particular, llevaron a los nicaragüenses a creer que el movimiento nacionalista encabezado por el general resistiría con las armas una invasión de los Estados Unidos. Por tanto, su beligerante discurso caldeó la sigilosa contienda entre Mena y los funcionarios norteamericanos. Además, su empeño en remarcar las diferencias sociales y culturales de su héroe con respecto a sus enemigos “vendepatria” conllevó un peligro semejante, pues contribuyó a abonar el terreno para el estallido de una campaña de terror contra la élite durante la guerra civil de 1912 (véase el capítulo 4). Empero, el factor que imprimió al discurso “menista” un carácter más explosivo fue su articulación con el conflicto desatado a inicios de 1912 con la reapertura de los clubes sociales – la institución más relevante para definir el estatus de la élite. El enfrentamiento giró en torno a distintas definiciones de la identidad de este sector social privilegiado, y de manera imprevista radicalizó la resistencia civil contra la restauración oligárquica promovida por los Estados Unidos.

“Aristócratas” versus “Burgueses”: El Conflicto sobre el Estatus de Élite

La reapertura de los clubes sociales de la élite se produjo en un contexto político hostil. Sin embargo, el marco social era quizá aún más explosivo, pues la intervención norteamericana de 1910 tuvo lugar en un momento de crecientes tensiones generadas por el boom de la economía agroexportadora. Además de modificar las relaciones entre las clases, el auge fomentó su estratificación interna, lo que dificultó la reproducción de las identidades sociales existentes. El cierre de los clubes sociales a finales de la dictadura de Zelaya, ocultó durante unos años la profundidad de las fisuras en la identidad colectiva de la élite. Pero apenas reabrieron estos centros a inicios de 1912, las controversias emergieron con mayor pujanza, atizando aún más el ya caldeado ambiente. Aunque esta pugna no llamó la atención de los funcionarios norteamericanos en Nicaragua, contribuyó a preparar el escalofriante escenario de “anarquía” que, unos meses más tarde, provocaría otra invasión de los Estados Unidos.

Al inicio, las élites confiaban en que la reinauguración de sus amados clubes ayudaría a soldar las fracturas internas de su clase social. Incluso el polémico diario nacionalista de Granada, *El Periódico*, expresó sus deseos de que su reapertura promoviera la “conciliación”.⁵⁰ Dichas esperanzas no eran infundadas, pues en el pasado los clubes sociales habían contribuido a unir a las élites. No sólo ofrecían un espacio neutral donde sus miembros podían socializar sin verse obligados a zanjar sus diferencias políticas e ideológicas, sino también facilitaron el proceso de formación de una identidad colectiva “burguesa”. Para disgusto de las élites, la reapertura de los clubes tuvo el efecto contrario, pues pronto se convirtieron en arenas de conflicto.

Esta controversia se manifestó con especial intensidad en Granada, principal bastión de los gobernantes conservadores, y reflejó las hondas divisiones que aquejaban a este sector de la élite. Al igual que sus homólogos en todo el país,

los miembros de la clase alta granadina deseaban que su club una vez más representara el paradigma de la “cultura”.⁵¹ Sin embargo, poco después de su reapertura en marzo de 1912, estalló una enconada disputa cuando cuatro prominentes conservadores pertenecientes a antiguas familias de la élite – Joaquín Gómez Rouhaud, Gustavo A. Argüello, Salvador Jiménez y Manuel Zavala Chamorro – no fueron electos miembros de la junta directiva del club, supuestamente por simpatizar con el general Mena.⁵² Conflictos similares agitaron la reinauguración de otros clubes en el resto de Nicaragua.

La tormenta cobró furor cuando los clubes cerraron sus puertas a individuos tildados de advenedizos, lo que desató un candente debate en torno a los criterios a seguir para otorgar derechos de membresía. Tal como se refleja en cartas y artículos publicados en los periódicos locales, los socios de los clubes se enfrascaron en una amarga disputa sobre el peso de diversos factores – riqueza, profesión, lazos familiares, raza y origen social – que debían considerarse a la hora de admitir nuevos miembros. La irritabilidad que excitaban estas pugnas en torno a la identidad de la élite fue especialmente notoria en un caso que provocó un gran embrollo en abril de 1912, cuando el Club de Granada rechazó la solicitud de ingreso de José de la Rosa Sandino, un conservador de Nandaime simpatizante de Mena. (A pesar de su apellido, éste no era pariente del futuro líder guerrillero Augusto Sandino). En opinión de sus allegados, esa decisión demostraba que, debido a sus prejuicios sociales y raciales, la “aristocracia” granadina se negaba a aceptar como pares a individuos que recién habían logrado hacer sus fortunas.

Sandino había ascendido en la escala social por una vía muy parecida a la de su mentor político Luis Mena.⁵³ Nacido en 1875, Sandino creció en el ambiente de los medianos ganaderos de Nandaime. Durante su juventud, trabajó como capataz en las extensas haciendas ganaderas de prominentes oligarcas granadinos. Gracias al apoyo de uno de éstos (Ernesto Selva), Sandino hizo fortuna en el sector agroexportador, aunque a diferencia de Mena invirtió en café y no en bananos. Empero, a

semejanza de su mentor, Sandino acumuló bastante riqueza y prestigio social, lo que le permitió emparentarse por la vía del matrimonio con otra de las familias más antiguas de la élite granadina, los Argüello. Aprovechando las ventajas del matrimonio y las conexiones de su esposa, Sandino diversificó sus intereses económicos. Hacia 1912, consolidó su posición como un importante empresario, tanto en la ciudad de Granada como en el distrito cafetalero de Carazo. Además, sobresalía entre los principales hacendados ganaderos en su región natal de Nandaime, el logro que quizá le proporcionara mayor satisfacción. Después de afianzar su situación económica, Sandino empezó a extender su influencia política. Al igual que muchos otros conservadores, se benefició del cambio de régimen auspiciado por EE.UU., ocupando los cargos de alcalde de Granada y luego de jefe político (gobernador) de todo este departamento. Sandino alcanzó la cima de su poder cuando fue nombrado ministro de finanzas de Nicaragua en junio de 1911.

Procurando legitimar su estatus de miembro de la élite por el que había trabajado arduamente, en abril de 1912 Sandino solicitó su admisión al Club de Granada. Los socios denegaron la petición del advenedizo con tanta virulencia que éste decidió retirar su aplicación antes de que fuese sometida a votación. Sin duda, la actitud de muchos de los socios obedecía a su deseo de agraviar al general Mena, mentor de Sandino. Sin embargo, la airada reacción de la élite granadina ante la solicitud de Sandino sugiere que su exclusión no respondía tan sólo a diferencias políticas. De lo contrario, ¿por qué el club recién había aceptado a otros conservadores que públicamente manifestaban sus simpatías por Mena? Según el *Diario Moderno*, principal periódico liberal de Managua, el desaire a Sandino reflejaba la política de discriminación social y racial del club hacia los nuevos ricos: “No le perdonan que hayan sacado del ministerio [de finanzas] a Manuel Lacayo, de quien fue ... Sandino, mandador de las haciendas de Chontales, y le echan en cara su humilde cuna y su ciudad natal, Nandaime. No le conceden que sea blanco, nada de eso, porque sólo le llaman el negro Nandaime, el advenedizo, etc.”.⁵⁴

El *Diario Moderno* explicó el rechazo de Sandino por parte del Club de Granada como resultado de tres formas de exclusión diferentes, aunque relacionadas entre sí. En primer lugar, el calificativo de *negro* remarcaba que, a los ojos de la élite granadina, Sandino continuaba siendo “otro” en términos raciales. En segundo lugar, su identidad racial era reforzada por su vínculo con Nandaime. Tal como se refleja en la frase de una canción popular, “A mi me dicen negro porque de Nandaime soy”, los granadinos tendían a diferenciarse de los nandaimeños llamándolos “negros” – un legado de la época colonial, cuando los latifundistas granadinos enviaban esclavos africanos a trabajar en sus haciendas en esa región.⁵⁵ En tercer lugar, gran parte de la polémica en torno a la exclusión de Sandino del Club de Granada giró alrededor del origen “honorable” o “ilícito” de la fortuna de este “advenedizo”. Sus simpatizantes sostenían que su enriquecimiento era resultado de su espíritu empresarial. En contraste, sus detractores en Granada lo percibían como un paria moral que había saqueado el tesoro nacional. Algunos incluso se atrevieron a pintar letreros en las paredes de la ciudad acusando a Sandino de “ladrón” y “lépero”.⁵⁶

La exclusión de advenedizos como Sandino de los clubes sociales de la élite generó un debate en los periódicos locales que pronto trascendió el ámbito personal, dando la impresión de tratarse de una pugna entre una “burguesía” modernizante y una “aristocracia” imbuida de actitudes coloniales. Un actor clave en esta polémica fue *El Periódico* de Granada, un diario conservador “menista” que defendía la causa “burguesa”. Aunque sus editores pertenecían a la élite tradicional de la ciudad, apoyaban la admisión de nuevos ricos como Sandino al club social. Con este fin, elogiaban el carácter empresarial de los hombres que ascendían en la escala social gracias a sus propios esfuerzos. *El Periódico* solía destacar el contraste entre las ideas incluyentes de esta naciente “burguesía”, y las “excluyentes” prácticas sociopolíticas de la “aristocracia” de estirpe colonial, argumentando que el poder de este último sector social se basaba en el origen social y racial, en vez del mérito individual.

Remarcando la diferencia entre ambas perspectivas, *El Periódico* publicaba testimonios de miembros de la élite que se habían distanciado de sus orígenes “aristocráticos” para adoptar una identidad “burguesa”. Por ejemplo, un artículo titulado “Cháchara burguesa” elogiaba a un vástago de la “nobleza de abolengo” de Granada que abandonó los valores culturales de tipo feudal de su clase, y asumió una ética de trabajo burguesa, adquirida durante una estadía en Inglaterra.⁵⁷ En una tónica semejante, un “aristócrata” renegado, miembro de la fracción “menista” del Partido Conservador, describió su repudio a las prácticas culturales “exclusivistas” que impedían a las personas en vías de ascenso social llegar a ser aceptadas por los “nobles”. Esta actitud exclusivista se reflejaba en una sucinta frase que el autor atribuyó a uno de sus tíos: “Un brahmán siempre es un noble ... como un plebeyo, no puede dejar de ser un paria”. Además, en su testimonio relató que los “nobles” lo trataban con desdén, así como a otros “sans-culottes” que compartían sus ideas, criticándolos por renunciar a su origen “aristócrata” y adoptar la “vulgaridad” de la cultura popular. El objetivo principal de dicho escrito era situar las prácticas culturales antagónicas de la élite en un contexto político más amplio. No por casualidad concluyó confiando que su tío le había espetado: “A raíz del triunfo de la Revolución [de 1910] yo tomé el camino de la honradez, Ud. el opuesto, detrás de ese demagogo que llaman Luis Mena. Ud. tiene a mucho honor haber degenerado: le felicito pero no se olvide de que la Historia está llena de restauraciones”.⁵⁸

Al igual que *El Periódico*, otros diarios nacionalistas cuestionaban la restauración oligárquica auspiciada por los Estados Unidos, atizando el rencor de las demás clases sociales contra la élite conservadora.⁵⁹ Insistían en interpretar las fisuras políticas internas del sector gobernante empleando un discurso de clase: así, representaban a los “menistas” como una burguesía de mentalidad incluyente, y a sus rivales conservadores como una “aristocracia de sangre”, empeñada en preservar su poder y estatus con base en principios de exclusión social inspirados en el concepto de castas.

Sin embargo, en la práctica la élite “burguesa” elogiada por la prensa nacionalista no era tan incluyente como decía ser. Al igual que los “aristócratas” tan vilipendiados, sus miembros también procuraban impedir la entrada de individuos de distinto origen social a su club. La actitud excluyente de este sector salió a luz en otro incidente que conmocionó a dicha asociación en abril de 1912: el rechazo a la solicitud de admisión presentada por el joven artesano Santiago Aráuz. Sin duda Aráuz no era un artesano cualquiera: joyero y dueño de su propio taller, figuraba entre los pocos maestros artesanos granadinos con suficientes recursos para anunciar su empresa en los periódicos de Managua. Al igual que otros artesanos pudientes de su ciudad, Aráuz también poseía algunas propiedades rurales. Sin embargo, su mayor capital no era económico sino social: estaba comprometido con la hija de Alberto Chamorro, prominente cafetalero perteneciente a uno de los clanes más poderosos del país.⁶⁰ Pese al respaldo de los Chamorro y otras familias “aristócratas” - como los Cuadra, Pasos y Lacayo - la aplicación de Aráuz fue denegada por la mayoría de los socios del Club de Granada.

Los “aristócratas” pronto aprovecharon el desaire sufrido por Aráuz para acusar a los nuevos ricos “burgueses” de practicar el “exclusivismo” social. Por ejemplo, el principal periódico de la “aristocracia de sangre” granadina, *El Diario Nicaragüense*, sostuvo que los socios “burgueses” del club habían rechazado a Aráuz por su condición de artesano y su modesta fortuna.⁶¹ De acuerdo a los editores del periódico, el dinero no debería ser el principal criterio para decidir quién podía ingresar al club. Los factores más importantes eran “la cabal honradez, las buenas maneras, y las correctas costumbres” - cualidades morales que Aráuz poseía en abundancia. Varios “aristócratas” remitieron cartas a *El Diario Nicaragüense* reiterando dichos argumentos. Aducían que el rechazo a la solicitud de Aráuz sólo podía explicarse en términos de clase: él era un sencillo “artesano”, un “humilde hijo del pueblo”, que carecía de suficiente capital para satisfacer a los miembros advenedizos del club social de Granada. A su

juicio, el incidente de Aráuz destacaba, en términos más generales, cómo la nueva élite de ricachos se diferenciaba de la élite tradicional, definiendo el estatus social según criterios “monetarios” en vez de “morales”.⁶²

Invirtiendo la lógica de la prensa nacionalista “menista”, el autor de una de estas cartas incluso acusó a los nuevos ricos de constituir, ellos mismos, una “nobleza”, y exclamó: “¡Pero qué nobleza, Dios Santo! Es una nobleza de mulatos, mestizos y cuarterones”. Además, sostuvo que, a diferencia de la “aristocracia de sangre”, esta nueva “nobleza” racialmente impura no era “ilustre” ni “generosa”; tampoco era “una clase social distinta de la de los simples ciudadanos”. Por el contrario, sus pretensiones de “nobleza” se basaban únicamente en “su majestad el dinero”.⁶³ En general, según los “aristócratas”, esta nueva “nobleza” había surgido de los negocios “corruptos” que supuestamente florecieron durante la dictadura de Zelaya. En un tono más moderado, el prominente político conservador Carlos Cuadra Pasos añadió que el régimen de Zelaya había provocado el desplazamiento de un “patriciado criollo de raíces coloniales” por una “burguesía de nuevos ricos”.⁶⁴

Pero, en realidad, ¿cuántos “nuevos ricos” habían ingresado a los clubes sociales de la élite? La controversia en torno a los criterios de admisión parece sugerir que, en el club social de Granada, los vástagos de la antigua “aristocracia de sangre” eran igualados en número por los miembros de la “nobleza de mulatos, mestizos y cuarterones”. Sin embargo, la cantidad de “aristócratas” era muy superior a la de los advenedizos, y esta disparidad revela que la oligarquía tradicional seguía predominando entre la élite agroexportadora de Nicaragua. Por ejemplo, en Granada, casi tres cuartas partes de los sesenta y ocho hombres que reinauguraron el club en marzo de 1912 provenían de familias que ya gozaban del estatus de élite en 1890; es decir, antes de que el boom agroexportador empezara a engendrar nuevos ricos como José de la Rosa Sandino.⁶⁵ En contraste, sólo una quinta parte de los miembros del club calzaban dentro del perfil de un advenedizo;

de éstos, un poco más de la mitad eran extranjeros, mientras que los socios de origen rural y los maestros artesanos eran muy escasos. Por tanto, la negativa del club a admitir a Sandino y Aráuz no constituía la excepción sino la regla, pues el primero tipificaba al advenedizo de origen rural o provincial, y el segundo al maestro artesano. De haber prevalecido la unidad entre las élites tradicionales, les habría resultado más fácil definir las políticas de admisión al club. Sin embargo, luego de décadas de extraordinaria cohesión, aparecieron hondas fisuras en este sector social.

No es casual que estas divisiones culturales giraran en torno a los esfuerzos de algunos individuos en vías de ascenso social por ingresar a los clubes – una institución clave para definir el estatus de la élite. Tal como argumenta el sociólogo Pierre Bourdieu, “la identidad social yace en la diferencia, y la diferencia se plantea frente a lo más próximo, a lo que representa una mayor amenaza”.⁶⁶ Numerosos miembros de la élite conservadora granadina sentían que los “advenedizos” como Sandino se les habían acercado demasiado y, por tanto, representaban una amenaza significativa. Estas personas que ascendían por la escala social no sólo tenían vínculos políticos y económicos con miembros de la “aristocracia” conservadora de Granada; en ocasiones también habían entrado en sus familias por la vía del matrimonio. En reacción a esta proximidad social, los “aristócratas” conservadores de Granada solían reafirmar su diferencia, con respecto a los advenedizos dentro de su mismo partido, recurriendo a marcadores culturales como la raza y el origen familiar, absteniéndose de utilizar criterios más cuestionables de tipo político o socioeconómico. Por tanto, no es de extrañar que la controversia alrededor de las normas de admisión a los clubes sociales recién reinaugurados provocara un debate tan enconado.

Dicha polémica era atizada sobre todo por dos periódicos editados por “menistas”, que empleaban el discurso de la lucha de clases para atacar a la “aristocracia de sangre”. En este proceso, confrontaron a un creciente número de prominentes nacionalistas conservadores partidarios de Mena,

y los empujaron a pasarse al bando contrario. Como era de esperarse, muchas de las personas que desertaron de las filas “menistas” pertenecían a familias “aristócratas”. Entre los “renegados” figuró David Arellano, el “primer yanquista” de Nicaragua que había rechazado con beligerancia el proyecto norteamericano de controlar las finanzas de Nicaragua. Otro desertor fue Fernando Guzmán Bermúdez, nieto del expresidente Fernando Guzmán Solórzano (1867-1871), quien hasta entonces había sido un importante aliado del general Mena desde su cargo de jefe político de Granada. Al igual que muchos otros, Guzmán manifestó que ya no podía tolerar más la campaña de “odio” desatada por los nacionalistas “menistas” en contra de “familias honorables”, como los Chamorro y Cuadra.⁶⁷ Aunque dicha campaña alarmaba a los “aristócratas” conservadores como Guzmán, sin duda no alcanzaron a prever que también preparaba las condiciones para el estallido de la descomunal ola de violencia que la “nobleza de mulatos, mestizos y cuarterones” desataría en contra de la “aristocracia de sangre”, en el contexto de la guerra civil de julio de 1912.

Al Borde de la Revolución: Hambre y Violencia Social

A inicios de julio, la crisis política en Nicaragua era tan profunda que observadores de todo el espectro ideológico temían que el país se hallaba al borde de una revolución social. Su alarma obedecía a la guerra verbal, cada vez más enardecida, entre las facciones de la élite conservadora. El ambiente revolucionario se caldeó aún más como resultado de la creciente ira popular ante la escasez de alimentos que afectó a todo el país en la primavera de 1912. A partir de finales de marzo, la gente pobre en las ciudades y campos empezó a pasar hambre. Y, puesto que la brutal alza en los precios de los comestibles afectaba menos a los ricos, aumentó el rencor contra la élite, desatando la violencia social en toda la región occidental de Nicaragua. Empero, ante todo la insuficiencia

de comida radicalizó la oposición popular a la intervención de EE.UU., pues muchos nicaragüenses atribuían sus penurias al gobierno de Díaz y a sus defensores norteamericanos.

El origen de la crisis fue una sequía que se prolongó desde marzo a julio de 1912, causando una considerable mengua en la producción de granos básicos. A medida que se agravó la escasez de comida, muchas familias de las áreas rurales del centro y norte de Nicaragua buscaron refugio en ciudades como Managua, León y Granada, agudizando su ya precaria situación. Las condiciones empeoraron cuando, al finalizar la cosecha cafetalera, miles de jornaleros estacionales desempleados emigraron a los centros urbanos en busca de alimentos.⁶⁸ El acelerado aumento en la demanda produjo tal incremento en el precio de los granos básicos que pronto sólo los más ricos podían comprarlos. Las autoridades municipales intentaron importar maíz y trigo a fin de paliar la creciente escasez.⁶⁹ Sin embargo, la sequía había afectado casi toda Centroamérica, por lo que los granos debían traerse de mercados distantes como California. Muchos diputados propusieron emitir una ley que autorizara al gobierno de Díaz negociar un empréstito interno para financiar esta imprevista importación de alimentos. Empero, los funcionarios estatales obstaculizaron esa iniciativa bajo el argumento de que no sólo violaba la ley aduanera vigente, sino además fomentaría la especulación.⁷⁰ El oficial de EE.UU. encargado de controlar los impuestos aduaneros de Nicaragua también se opuso, aduciendo que aumentaría la deuda pública de la nación.⁷¹

La posición gubernamental que parecía fatalista, sumada a la intransigencia del recolector de aduanas norteamericano, galvanizó el rencor contra la élite y EE.UU. en toda Nicaragua. De acuerdo a un líder conservador de Matagalpa, numerosos desposeídos en su departamento achacaban sus penurias a que “los conservadores vendieron el país y que a los gringos no les importa que se muera de hambre el pueblo nicaragüense”.⁷² La incapacidad del gobierno para mitigar la creciente escasez de alimentos fue aprovechada por la prensa opositora, que presentó la crisis en términos de lucha de

clases, contrastando la imagen de una élite gobernante insensible y decadente con la de un “proletariado” famélico.⁷³ Al principio, el gobierno se limitó a deplorar la imprudencia de sus rivales, que manipulaban la grave carencia de comida por intereses políticos. Sin embargo, pronto el pueblo se lanzó a las calles en enardecidas protestas, y a inicios de julio de 1912 el gobierno cedió ante su intensa presión, permitiendo a las autoridades municipales importar granos básicos.

No obstante, en vez de resolver la crisis, la importación de granos agravó el descontento popular contra el régimen auspiciado por los Estados Unidos. Al inicio, el arribo de los embarques de alimentos despertó gran júbilo. Por ejemplo, en Managua una enorme multitud acompañada de una banda musical, saludó la llegada del primer tren cargado de quince mil sacos de maíz y mil sacos de frijoles. Sin embargo, pronto la euforia popular se transformó en ira, pues el precio de los granos importados pasó a ser objeto de especulación.⁷⁴ Los principales responsables de este problema eran los comerciantes extranjeros que exportaban café; pues gracias a sus conexiones internacionales fueron los primeros en traer granos básicos al país. En su desesperación, las autoridades municipales empezaron a comprar los granos a precios sobrevalorados, para después distribuirlos al pueblo a través de una red de comerciantes locales.

Y no todos los funcionarios municipales resistieron la tentación de explotar el hambre popular. En Granada, por ejemplo, el alcalde Leopoldo Lacayo y otros jóvenes “aristócratas” fueron acusados de obtener ganancias por más de diez mil dólares de EE.UU. vendiendo el maíz a un precio que superaba en un 33 por ciento la suma establecida por las autoridades en Managua.⁷⁵ Dicha especulación enfureció a las organizaciones populares que, hasta entonces, habían sido aliadas de Lacayo y sus compinches. Cediendo a las presiones del Club Conservador de Artesanos de Granada, el general Emiliano Chamorro, mentor político de Lacayo, obligó al ayuntamiento a reducir el precio del maíz.⁷⁶ El infortunio del pueblo también

se agravó debido a la interferencia de rivalidades regionales en la distribución de los granos importados, pues las autoridades municipales competían entre sí por obtener los escasos alimentos. La ineficiencia en el reparto de los granos, sumada a casos de especulación descarada, socavaban los esfuerzos de las autoridades locales y nacionales por aplacar las tensiones sociales provocadas por la falta de comida.

Los periódicos oficialistas intentaban convencer a su hostil público que la creciente hambruna no era resultado de la indiferencia estatal respecto a las desdichas de la “clase menesterosa” nicaragüense. En cambio, procuraban explicar la crisis como una situación de profundas raíces estructurales. En general, argumentaban que la floreciente economía agroexportadora consumía capital, fuerza de trabajo y tierras, anteriormente destinados a la producción de granos básicos.⁷⁷ *El Diario Nicaragüense* sostuvo que la causa específica de la escasez de alimentos de 1912 era la prolongada dictadura de Zelaya, pues desde entonces “por llenar nuestras arcas con los productos del café, de la caña de azúcar y de las lecherías, hemos descuidado el cultivo de cereales que forman la base de nuestra alimentación”.⁷⁸ De acuerdo al artículo, los principales culpables eran los pequeños propietarios, pues habían abandonado la producción de granos para sembrar cultivos comerciales más lucrativos. Estas críticas eran inoportunas, dada la urgente necesidad del gobierno de ganar apoyo popular; no obstante, reflejaban acertadamente el papel clave que los pequeños productores habían jugado en el desarrollo del boom agroexportador desde 1880.

Aunque la atención pública se centró en la hambruna, la sequía de 1912 también agudizó la presión sobre las escasas fuentes de agua, exacerbando las tensiones sociales en el mundo rural. En las zonas de reciente expansión de las haciendas, la sequía obligó a los campesinos a recurrir a la violencia para reclamar acceso a tierras con mejor irrigación. Éste fue el caso de la población indígena de Masaya, que se empeñó en recuperar más de quince mil manzanas de tierra

fértil en las llanuras de Tisma.⁷⁹ Esas tierras colindaban con los lagos de Nicaragua y Managua, además del río Tipitapa, por lo que tenían agua en abundancia y eran especialmente apropiadas para el cultivo de granos. La comunidad indígena de Masaya había perdido su acceso a estas tierras a fines del siglo diecinueve, pues el boom agroexportador motivó a las élites de la ciudad de Granada a establecer grandes haciendas ganaderas en Tisma. La situación empeoró cuando los barones de la ganadería no sólo cercaron sus propiedades con alambre de púas, sino además perforaron nuevos pozos que drenaron vastas zonas hasta entonces bien irrigadas.⁸⁰ A raíz del cambio de régimen de 1910, la comunidad indígena de Masaya procuró recuperar sus tierras apelando a las nuevas autoridades conservadoras, pero sus gestiones fracasaron. Después, en el momento álgido de la sequía de 1912, más de cien indígenas de Masaya tomaron las armas y recurrieron a la violencia para ocupar sus antiguas tierras en Tisma, escogiendo las haciendas de los grandes ganaderos granadinos pertenecientes al Partido Liberal.⁸¹

Cabe la posibilidad de que la comunidad indígena de Masaya haya sido movilizada por algunos barones de la ganadería para invadir las propiedades de otros terratenientes con quienes tenían disputas por linderos.⁸² Pero la fecha del asalto sugiere que este giro violento en el conflicto agrario en Tisma también fue motivado porque los indígenas necesitaban tierras mejor irrigadas en ese momento de crisis. En efecto, acciones similares de violencia ocurrieron en otras partes del área rural de Granada, donde la sequía de 1912 agravó los conflictos en torno al acceso al agua.⁸³ Con frecuencia, los campesinos que protagonizaban dichos enfrentamientos consideraban que los ríos, lagos y lagunas eran recursos naturales de beneficio público; por consiguiente, cuestionaban el derecho de los terratenientes a cercarlos.

Finalmente, el incremento en la violencia rural provocado por la sequía parecía empujar a más y más campesinos a hurtar alimentos y ganado de las haciendas vecinas. De acuerdo

a algunos informes, los campesinos de las ricas regiones ganaderas de Boaco y Chontales salían por la noche en pequeñas bandas a robar “animales, maíz, quesos y otros artículos de menor cuantía”.⁸⁴ Dichos incidentes ocurrían incluso en áreas donde el control de la élite sobre la población rural era excepcionalmente fuerte, tal como en El Sitio, un distrito de Granada donde la poderosa familia Chamorro poseía grandes haciendas. Aunque los habitantes de El Sitio figuraban entre la clientela política más dependiente de los Chamorro, también se vieron afectados por la incapacidad de sus patrones para resolver la creciente escasez de alimentos.⁸⁵

El repentino auge de violencia en el campo reflejaba una acelerada erosión del control de la élite sobre la población rural. Aunque los periódicos publicados en los centros urbanos apenas mencionaban este fenómeno, es evidente que alarmaba a los intermediarios políticos rurales, tal como Bartolomé Martínez en Matagalpa, principal aliado del general Emiliano Chamorro en la región septentrional del país durante esa época. Desde abril de 1912, este importante cafetalero y futuro presidente (1923-24) advirtió a Chamorro que “las masas exaltadas por el hambre se pueden lanzar a los mayores despropósitos”. Cuando la crisis se agudizó en el transcurso del mes siguiente, los temores de Martínez cobraron fuerza. A fines de mayo ya estaba convencido de que la espiral ascendente de conflictos entre los barones del café y los campesinos o indígenas de Matagalpa, por el acceso a los recursos naturales, amenazaba con transformar la animosidad contra la élite en una sublevación violenta.⁸⁶

La percepción general de que la autoridad de la élite iba en declive también se extendió en los centros urbanos.⁸⁷ Este fenómeno fue muy notorio cuando la hambrienta plebe salió a las calles a protestar contra la ineficiencia de las autoridades locales para resolver la escasez de alimentos. Además, proliferaron disputas por el alquiler de viviendas, pues los pobladores urbanos – inquilinos en su gran mayoría – encaraban cada vez más dificultades para pagar la renta, sin duda porque

el alza desmesurada en el costo de los alimentos absorbía una creciente porción de los ingresos familiares.⁸⁸ La animosidad contra la élite también fue atizada por la incapacidad de las compañías aguadoras, pertenecientes a miembros de la clase privilegiada, de dar respuesta a la escasez de agua. Este problema, a su vez, paralizó la construcción y otras actividades artesanales, contribuyendo a aumentar el desempleo urbano. La crisis se agudizaba día a día, afectando no sólo a la plebe sino también a la clase alta. La tasa de crímenes urbanos se elevó notablemente, y las élites locales, sobre todo las mujeres acaudaladas, sentían cada vez más temor por su seguridad. Esta situación fue abordada en la edición del 31 de mayo del *Diario de Nicaragua*, publicado en Managua: “Se ha comenzado, pues, a esbozar el bandolerismo por el hambre y las víctimas son mujeres”. Puesto que los pobres apenas podían comprar los encarecidos alimentos, este periódico liberal auguró: “el infeliz pueblo ... acudirá como lo está haciendo ya, a disputar con el puñal, con la fuerza, con lo que esté a su alcance, el pedazo de pan necesario para calmar los gritos de su estómago vacío”.

A medida que proliferaba la violencia social, los periódicos reiteraban con mayor frecuencia su temor de que el país se deslizaba hacia un abismo de sangre. Bajo el título de “Al borde de la anarquía”, el *Diario de Nicaragua* advirtió a sus lectores el 28 de junio de 1912 que Nicaragua experimentaba una “descomposición social”. El 12 de julio, el *Diario Moderno* - principal periódico liberal de Managua - fue aún más lejos y declaró que el país se hallaba al borde de una “revolución social”. Insistió en que ésta era la peor de todas las revoluciones, pues representaba “la guerra a muerte del desvalido, del humilde, de los que han hambre y sed ... contra el rico, contra el soberbio, contra el poderoso ... cuyas cabezas desaparecen ante la pica de los desamparados que no perdonan entonces a ningún ‘señor’ ”. No había transcurrido un mes cuando se comprobó el carácter profético de esas palabras, especialmente en Granada, el bastión de la élite.

Conclusión

La candente situación revolucionaria en la Nicaragua de inicios del siglo veinte no era, *per se*, algo inusual. Después de varias décadas de profundos cambios económicos y de gobiernos oligárquicos, las tensiones sociales y políticas habían alcanzado un punto crítico en toda América Latina. Muchos gobiernos intentaron aplacar la creciente crisis negociando las diversas demandas de los grupos excluidos, sobre todo con las clases medias. Quienes se negaban a acomodar el sistema político enfrentaban el riesgo de rebeliones violentas, como fue el caso de la dictadura de Porfirio Díaz en México (1876-1911). Bajo la administración del presidente Madriz, el sucesor de Zelaya, por primera vez Nicaragua tomó una vía democratizadora. Sin embargo, esta apertura política fue truncada por la intervención de los Estados Unidos en 1910. El gobierno que se creía el paladín de la democracia liberal en el mundo impuso en Nicaragua un orden político antiliberal y excluyente. Obviamente las revoluciones no son inevitables. Empero, si la injerencia norteamericana alguna vez ha provocado una revolución inevitable - tal como sugiere el historiador Walter LaFeber - éste podría ser el caso de la invasión que culminó en el Pacto Dawson de 1910.⁸⁹

La cultura política polarizada que emergió bajo la sombra del Pacto Dawson cumplía seis condiciones que suelen considerarse necesarias para el estallido de una insurrección revolucionaria.⁹⁰ En primer lugar, este acuerdo impuesto por EE.UU. profundizó las fisuras internas de la élite gobernante, al extremo de disponer a sus miembros a enfrentarse con las armas. A su vez, esta división mermó la capacidad de la nueva administración para dirigir el país. Además, contribuyó a politizar a otros sectores sociales, que incrementaron su lucha por mayores derechos políticos y mejor acceso a recursos económicos, como tierra cultivable. Más aún, la proscripción de los liberales ordenada por EE.UU., y la suspensión de elecciones populares, convenció a muchos nicaragüenses que el régimen auspiciado por dicha potencia carecía de legitimidad.

Además, el Pacto Dawson abrió al general Mena la oportunidad de proyectarse como un héroe nacionalista, ofreciendo a los nicaragüenses una clara alternativa popular frente al gobierno impuesto por los Estados Unidos. Finalmente, la incapacidad de los funcionarios de EE.UU. y del gobierno local para frenar la expansión de la hambruna y la violencia social desembocó en un deterioro de las condiciones socioeconómicas del país que afectó a una amplia gama de estratos sociales, inclinando a muchos nicaragüenses a desear un cambio revolucionario.

Por tanto, los analistas locales tenían buenos motivos para sospechar que la creciente crisis política engendrada por el Pacto Dawson se había agravado al extremo de transformarse en una inminente revolución social, una “guerra a muerte” contra los “señores”. En vista de las advertencias de la prensa, es probable que la élite gobernante no se sorprendiera cuando se convirtió en el blanco de una feroz embestida, en el contexto de la guerra civil que estalló a fines de julio de 1912. Empero, sin duda jamás imaginó que los principales instigadores de este cruento ataque saldrían de sus propias filas.

Notas

- ¹ Véase, por ejemplo, Moncada, *Influence of the United States*.
- ² El texto del Pacto Dawson se encuentra en los Archivos Nacionales de los Estados Unidos, (en adelante USNA), Record Group (en adelante RG) 59, 817.00/14691/2.
- ³ USNA, RG 59, 817.00/1445, Dawson al Secretario de Estado, octubre 28, 1910.
- ⁴ Cuadra Pasos, *Obras 1*, 601.
- ⁵ Véase Ninkovich, *United States and Imperialism*, para un panorama general.
- ⁶ He tomado este término de Rosenberg, *Spreading the American Dream*.
- ⁷ Schoultz, *Beneath the United States*, 192.
- ⁸ Álvarez Lejarza, *Impresiones y recuerdos*, 400–401.
- ⁹ Una lista de diputados pro y anticlericales se encuentra en el *Boletín de la Asamblea*, febrero 18, 1911.
- ¹⁰ *Ibid.*, marzo 18, 1911, 1.

- 11 Mendieta, *Enfermedad de Centro-América*, 2:359.
- 12 Lynch, "Catholic Church," 358–68.
- 13 Una transcripción de estos debates se halla en Diego Manuel Chamorro, *Discursos*, 9–17.
- 14 Cuadra Pasos, *Obras 1*, 572.
- 15 Diego Manuel Chamorro, *Discursos*, 9–17.
- 16 Cuadra Pasos, *Obras 1*, 364–65.
- 17 *Boletín de la Asamblea*, febrero 10 y 18, 1911.
- 18 *Ibid.*, febrero 25, 1911.
- 19 Véase un caso ilustrativo en Arellano, *Laica apostólica*.
- 20 *Boletín de la Asamblea*, enero 31, 1911.
- 21 Sobre la ideología de los artesanos durante la época de Zelaya, véase Rice, "Nicaragua and the U.S.," 112–15, 340–51.
- 22 Teplitz, "Political and Economic Foundations", 276–94.
- 23 Véase, por ejemplo, el primer artículo de los "Estatutos de la Sociedad de Obreros y Socorros Mutuos de Granada," *Gaceta Oficial*, febrero 12, 1911.
- 24 *El Centinela*, noviembre 11 y 19, 1910; *Diario de Nicaragua*, septiembre 19, 1910.
- 25 Una narrativa de un testigo ocular se encuentra en Huezó, "Caída de un presidente".

- 26 Para el texto del tratado véase: Departamento de Estado de los Estados Unidos, *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1912*, Washington, DC: Government Printing Office, 1919, 1074–76.
- 27 Véase Hill, *Fiscal Intervention*, para mayor información sobre estas convenciones.
- 28 William B. Hale, “With the Knox Mission”, 186.
- 29 *El Periódico*, marzo 8, 1912.
- 30 USNA, RG 59, 817.00/1698, Gunther a Secretario de Estado, septiembre 29, 1911.
- 31 USNA, RG 59, 817.00/1774, Division of Latin American Affairs, Memorandum, marzo 13, 1912.
- 32 Arellano, *Doctor David Arellano*, 69.
- 33 Ibid., 50.
- 34 *El Periódico*, mayo 8, 1912.
- 35 Por ejemplo, *La Información*, septiembre 26, 1912.
- 36 Esta entrevista también fue publicada en *El Diario Nicaragüense*, abril 10, 1912.
- 37 *Diario de Nicaragua*, enero 22, 1912.
- 38 Véase Rosenberg, *Financial Missionaries*, 14, para los argumentos norteamericanos.
- 39 *El Diario Nicaragüense*, febrero 27, 1912.
- 40 Young, *Central American Currency*, 119–46.

- ⁴¹ Véase, por ejemplo, *El Diario Nicaragüense*, agosto 18 y diciembre 2, 1911; y *Diario de Nicaragua*, enero 23 y febrero 13, 1912.
- ⁴² El siguiente análisis se basa en gran medida en artículos publicados entre enero y julio de 1912 en el diario conservador “menista” *El Periódico*, y el periódico liberal de Managua *Diario Moderno*.
- ⁴³ *El Periódico*, marzo 15, 1912. “Inditos” significa literalmente indios pequeños, y el término “zambo” era empleado para referirse a personas que descendían de la mezcla de negros e indios.
- ⁴⁴ Pasos Arana, “Granada y sus arroyos”. *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, 6:1 (1944), 118.
- ⁴⁵ Barcia, *Escritos dispersos de Rubén Darío*, 2:263.
- ⁴⁶ De acuerdo a un informe escrito por el ministro de los Estados Unidos en Nicaragua en enero de 1912, Mena había recibido al menos ochenta mil dólares norteamericanos del tesoro nacional. Poco después, Mena compró cinco mil manzanas en la importante región ganadera de Malacatoya; siendo ésta la mayor adquisición de tierras hecha por Mena en su región natal de Granada. Véase: Congreso de los Estados Unidos, Senado, *Hearing before the Committee on Foreign Relations United States Senate, Sixty-Third Congress, Second Session on Convention between the United States and Nicaragua*, Washington, DC: Government Printing Office, 1913, 121; y Registro Público de la Propiedad de Granada (en adelante RPPG), *Libro de propiedades*, vol. 23, fol. 245.
- ⁴⁷ Archivo del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (en adelante AIHNCA), Fondo Díaz, 1904–1912, 107 hojas, Correspondencia de y para José Aramburu, La Luz and Los Angeles Mining Co, Prinzapolka desde EE.UU. y Nicaragua, febrero 17, 1896.

- 48 Reinaldo Chamorro a Emiliano Chamorro y Adolfo Díaz, en Correspondencia privada escrita y recibida por el General Emiliano Chamorro E. en los años 1904–1929 (en adelante CPEC), febrero 14, 1912; AIHNCA, Fondo Díaz, folder: 3191, febrero 1, 1912.
- 49 Mi interpretación del mestizaje nicaragüense está basado sobre todo en Gould, *To Die in This Way*.
- 50 *El Periódico*, marzo 21, 1912.
- 51 *El Diario Nicaragüense*, abril 2, 1912.
- 52 *El Periódico*, abril 16, 1912.
- 53 Las fuentes en que se basa este párrafo se hallan en Gobat, “Against the Bourgeois Spirit”, 61–63.
- 54 *Diario Moderno*, abril 28, 1912.
- 55 La canción “El Nandaime” fue muy conocida a inicios del siglo veinte pero después se ha ido borrando de la memoria popular. Agradezco a la señora Leypon de Talavera y a Ángel Márquez Leypon por informarme sobre la misma.
- 56 *Diario Moderno*, abril 28, 1912.
- 57 *El Periódico*, junio 28, 1912.
- 58 *Ibid.*, abril 16, 1912.
- 59 Los periódicos referidos incluían el *Diario de Nicaragua*, *El 8 de Mayo*, y *Diario Moderno*.
- 60 Información sobre la asistencia de los Cuadra, Pasos, y otras familias “aristócratas” a la boda Aráuz-Chamorro se encuentra en *El Diario Nicaragüense*, julio 23, 1912.

- ⁶¹ *El Diario Nicaragüense*, abril 16–18, 1912.
- ⁶² Ibid., abril 17, 1912.
- ⁶³ Ibid., abril 16, 1912.
- ⁶⁴ Cuadra Pasos, *Obras 1*, 573.
- ⁶⁵ Una lista de los miembros del club se halla en: Club de Granada, *Memoria anual de la junta directiva del Club de Granada, 1917*, Granada, Nicaragua, n.p., n.d.; y Club de Granada, *Memoria anual de la junta directiva del Club de Granada, 1934*. Sobre el criterio que utilicé para definir la pertenencia a la élite, véase Gobat, “Against the Bourgeois Spirit”, 74–75.
- ⁶⁶ Bourdieu, *Distinction*, 479.
- ⁶⁷ *El Diario Nicaragüense*, junio 26, 1912.
- ⁶⁸ *Diario Moderno*, mayo 22 y 24, 1912.
- ⁶⁹ Sobre el caso de Granada, ver los numerosos documentos guardados en AMPG, 1912, leg. Notas y Telegramas, 189 fols., s.n.
- ⁷⁰ *El Diario Nicaragüense*, marzo 29, 1912.
- ⁷¹ *Diario Moderno*, mayo 22, 1912.
- ⁷² CPEC, Bartolomé Martínez a Emiliano Chamorro, abril 11, 1912.
- ⁷³ Por ejemplo, *Diario Moderno*, junio 12, 1912.
- ⁷⁴ Ibid., julio 11, 1912.

- 75 Ibid., julio 17, 1912.
- 76 AMPG, 1912, leg. Notas y Telegrama, 189 fols., Emiliano Chamorro a Alcalde de Granada, julio 20, 1912.
- 77 Sobre las diversas formas en que la expansión de las plantaciones de azúcar y las haciendas ganaderas mermó la producción de granos, véase Gould, *To Lead as Equals*, 26; y Edelman, *Logic of the Latifundio*, 53 y 62.
- 78 *El Diario Nicaragüense*, julio 25, 1912.
- 79 Estos argumentos se basan, en gran medida, en: RPPG, Protocolo notarial del Dr. Ignacio Moreira, 1914, no. 68, fols. 93–96, “La Junta Directiva de la Comunidad de Indígenas de Masaya dan un terreno al Dr. José León Sandino en pago de sus honorarios”, julio 15, 1914; y “La comunidad de indígenas y sus derechos en los terrenos ejidales”, *El 11 de Octubre*, enero 27, 1911.
- 80 Cuadra Pasos, *Obras I*, 487–88.
- 81 *El Diario Nicaragüense*, marzo 15, 1912.
- 82 Por ejemplo, los indígenas de Masaya atacaron una hacienda ganadera perteneciente al político liberal Félix Romero, quien entonces estaba enfrascado en una agria disputa por linderos con dos barones de la ganadería de Granada, el conservador Felipe María Arellano y el liberal Coronado Urbina. Véase *Gaceta Oficial*, junio 28, 1912, 1129–30; y *El Periódico*, febrero 3, 1912.
- 83 AMPG, 1912, leg. Notas y varias, 170 fols., Jefe Político de Granada a Alcalde de Granada, junio 11, 1912.
- 84 *Diario Moderno*, abril 21, 1912.

- ⁸⁵ AMPG, 1912, leg. Notas y Telegramas, 189 fols., Agente de Policía Gustavo Rocha A. a Alcalde de Granada, julio 24, 1912; *El Periódico*, junio 7, 1912.
- ⁸⁶ CPEC, Bartolomé Martínez a Emiliano Chamorro, abril 11 y mayo 23, 1912.
- ⁸⁷ Este párrafo está basado en gran medida en las ediciones de abril a julio de 1912 de *El Diario Nicaragüense*, *El Periódico*, *Diario de Nicaragua*, y *Diario Moderno*.
- ⁸⁸ Sobre Granada, véase AMPG, 1912, archivos sobre Demandas civiles.
- ⁸⁹ LaFeber, *Inevitable Revolutions*.
- ⁹⁰ Katz, *Life and Times of Pancho Villa*, 54–56; Crahan y Smith, “State of Revolution”.

Capítulo 4

La Revolución Burguesa Frustrada *Intervención Militar Norteamericana en la Guerra Civil de 1912*

La breve pero cruenta guerra civil de 1912 marcó un profundo cambio en el curso de la historia de Nicaragua, en especial porque desencadenó la primera invasión de envergadura de los Estados Unidos en este país, desde el fiasco de Walker de mediados de la década de 1850. La invasión de 1912 ocurrió cuando los rebeldes antinorteamericanos estaban a punto de alcanzar la victoria, y abrió las puertas a la ocupación de Nicaragua por poco más de veinte años – la más prolongada en América Latina. A juicio de muchos líderes nacionalistas nicaragüenses de épocas más recientes, dicha intervención ha sido uno de los acontecimientos más trágicos en la historia de su país. Al igual que Tomás Borge, el poderoso ministro del interior de la Revolución Sandinista (1979-90), deploran que la invasión de 1912 haya frustrado “una revolución democrático burguesa, que nunca más volvió a levantar la frente”.¹ En efecto, los dirigentes de la rebelión de 1912 no sólo presentaban su causa como una “revolución” impulsada por la “burguesía” modernizante en contra de la “aristocracia” retrógrada, sino también como una lucha por un orden más democrático y una mayor autonomía nacional.

Pero en realidad, ¿qué representaba esta “revolución burguesa”? Hoy día muchos nicaragüenses asocian la guerra de 1912 sólo con la célebre resistencia final contra los invasores norteamericanos, encabezada por el general Benjamín Zeledón. La mayoría de los combatientes revolucionarios de extracción popular compartían la posición nacionalista de Zeledón, y estaban dispuestos a luchar hasta la muerte. Pero, en el caso de la dirigencia del movimiento revolucionario, el martirio de Zeledón fue una excepción, pues todos los demás líderes optaron por rendirse, en vez de defender la soberanía de Nicaragua. No obstante, cumplieron su promesa de combatir la restauración conservadora de 1910, auspiciada por los Estados Unidos. En nombre de la libertad y la igualdad, los revolucionarios desataron una violenta persecución en contra de las élites progubernamentales. De acuerdo a muchos contemporáneos, la principal característica de la “revolución” de 1912 fue dicha violencia, y no la lucha contra el dominio imperial norteamericano.

No por mera casualidad, el enañamiento contra la élite se observó sobre todo en Granada, bastión de las fuerzas insurgentes y de la oligarquía conservadora gobernante. Durante dos meses, los rebeldes torturaron y sometieron a humillaciones públicas a hombres y mujeres de prominentes familias granadinas. Lo más sorprendente es que los principales responsables de esta arremetida eran nuevos ricos “burgueses” seguidores de Mena y, al igual que sus víctimas, pertenecían al Partido Conservador. De acuerdo a las declaraciones posteriores de los agredidos, la violencia de 1912 fue de una naturaleza “salvaje” y, por tanto, irracional. Aunque este juicio no debe descartarse por completo, es obvio que el movimiento insurgente también constituyó un asalto revolucionario al orden social jerárquico. Los líderes rebeldes aprovecharon la animadversión generalizada contra los “aristócratas”, que gobernaban con el apoyo de EE.UU., para incitar a “los de abajo [a que] se lancen sobre los de arriba”, según un testigo de esa época.² Pero cuando dichos líderes perdieron control sobre la ira popular, decidieron que su única opción era echarse en brazos de los invasores norteamericanos, en busca de su

protección. De acuerdo a un “aristócrata” partidario de Díaz, cuando “el espectro de la anarquía comenzó a alzar su pavoroso rostro ... los mismos jefes que se habían levantado en armas contra el legítimo gobierno, espantados ante sus propias palabras, buscaron la protección de los *marines* americanos, y les entregaron el control de sus [bastiones]”.³ Dicha “entrega”, así como la violencia que la provocó, quizá sean los más patéticos legados de la frustrada “revolución burguesa” de Nicaragua.

Por la Libertad, la Igualdad y la Autonomía: Revolucionarios Nacionalistas al Ataque

La guerra civil estalló el 29 de julio de 1912, cuando el general Luis Mena se rebeló contra el gobierno conservador de Adolfo Díaz. El levantamiento ocurrió unas horas después de que Mena fuera obligado a renunciar a su cargo de ministro de guerra, aparentemente debido a su intención de derrocar a Díaz.⁴ Gracias a la mediación de George Weitzel, ministro representante del gobierno de los Estados Unidos en Nicaragua, Mena se salvó de la cárcel después de prometer que no atacaría al régimen de Díaz. Sin embargo, Mena no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente. Al caer la noche, el depuesto ministro de guerra, acompañado de unos seiscientos leales soldados, se fugó hacia Masaya, un bastión liberal situado a unos treinta kilómetros al sur de Managua. Al mismo tiempo, fuerzas conservadoras lideradas por un hijo del general, tomaron control de Granada.

Una vez en Masaya, Luis Mena forjó una sólida alianza militar y política integrada por conservadores y liberales. Además, remitió cartas a varios dirigentes liberales, destacando el carácter nacionalista y bipartidista de su causa.⁵ La convocatoria de Mena tuvo un éxito rotundo, pues pronto reclutó a más de tres mil hombres para conformar el llamado Ejército Aliado. Según la mayoría de los relatos, la base social de estas fuerzas estaba conformada por artesanos, pequeños propietarios agrícolas y estudiantes.⁶ A fin de consolidar el

carácter bipartidista de su movimiento, Mena compartió el mando con el general liberal Benjamín Zeledón. Además ordenó a sus tropas portar como insignia una cinta roja y otra verde, los colores tradicionales de los partidos liberal y conservador.⁷ En cuanto al número de soldados, las fuerzas rebeldes estaban a la par del ejército estatal, concentrado en Managua. Sin embargo, en términos de capacidad de fuego, los insurgentes tenían una clara ventaja, pues con anterioridad Mena había trasladado gran parte del arsenal del ejército oficial a la fortaleza de Granada, ahora comandada por su hijo. Por otro lado, la coyuntura política favorecía a Mena. Prominentes conservadores y liberales acudieron desde todos los rincones del país a sumarse a su movimiento. En Masaya, Mena constituyó una nueva Asamblea Nacional integrada por la mayoría de los diputados del congreso establecido antes de la guerra, un hecho que a juicio de los rebeldes otorgaba considerable legitimidad a su causa.⁸

De inmediato, la asamblea revolucionaria en Masaya arremetió contra el centro del proyecto imperial de los Estados Unidos. En primer lugar destituyó a Adolfo Díaz, el mandatario leal a EE.UU., y nombró en su lugar a Marcos Mairena, un conservador "menista" que antes ocupaba el cargo de segundo suplente del presidente.⁹ A continuación, este órgano legislativo impulsó un proceso democratizador, convocando a elecciones abiertas a la participación de todos los liberales.¹⁰ Finalmente, la asamblea dirigió sus esfuerzos a recuperar la soberanía de Nicaragua, decretando la nacionalización del ferrocarril y los vapores del país, que el depuesto gobierno había traspasado a manos de banqueros norteamericanos mediante la segunda convención de préstamos de junio de 1912. El decreto no era mera retórica, pues los rebeldes ya se habían apoderado de seis de las once locomotoras de la compañía, así como de dos barcos de vapor. El ferrocarril era de gran importancia militar para facilitar el movimiento de tropas y armas, mientras que los vapores permitían a los rebeldes controlar las estratégicas vías acuáticas del país. Además, estos modernos medios de transporte constituían símbolos clave de la soberanía nacional. La recuperación del dominio de

Nicaragua sobre el ferrocarril, en particular, era una promesa reiterada con frecuencia en los discursos de los líderes revolucionarios, en el marco de sus esfuerzos por conquistar el apoyo de sus conciudadanos para su causa.¹¹

La lucha contra la restauración oligárquica de 1910 fue otro elemento de igual o aún mayor peso para unir a los insurgentes, que provenían de diversos sectores sociales. Desde el inicio, los líderes rebeldes procuraron aprovechar los resentimientos de clase hacia los "aristócratas" gobernantes para impulsar su proyecto nacionalista. Por ejemplo, en su primer comunicado culparon a los "banqueros de Wall Street" y al "puñado de oligarcas nicaragüenses" de provocar "la miseria de las clases medias y bajas".¹² Además, incorporaron a su retórica nacionalista un discurso liberal en torno a los derechos ciudadanos. Por ejemplo, el general Zeledón arengó a sus tropas evocando la demanda popular por un orden más democrático: "Ciudadanos, recobraremos nuestros derechos: La igualdad ante la ley será como el Sol alumbrando a todos ... a los ricos y a los pobres. (...) Sin libertad no hay vida; sin igualdad no hay luz; sin autonomía nacional impera el caos. No más intervención en nuestros asuntos internos. (...) Queremos que haya verdadero bienestar para todos los humildes ... para los anónimos a quienes la oligarquía llama despectivamente 'carne de cañón' ".¹³

Este discurso fue muy eficaz para conquistar el apoyo popular, por lo que muchos observadores extranjeros se convencieron que los rebeldes pronto derrotarían al gobierno pronorteamericano de Díaz.¹⁴ En efecto, en el transcurso de la semana posterior a la fuga de Mena hacia Masaya, el Ejército Aliado pronto tomó el control de la región suroeste de Nicaragua. Además, se apoderó de la estratégica línea férrea desde el puerto de Corinto en el Pacífico hasta Granada, y afianzó su dominio sobre las vías acuáticas más importantes del país.

Apremiado por el ministro norteamericano en Nicaragua, el presidente Díaz solicitó oficialmente la intervención del ejército de EE.UU. el 3 de agosto.¹⁵ El día siguiente, una modesta fuerza integrada por cien soldados norteamericanos

desembarcó en Corinto y se trasladó a Managua. Las discordias entre las autoridades militares y civiles en Washington postergarían la aprobación de una invasión militar de envergadura hasta fines de agosto.

Mientras tanto, los insurgentes desestimaron las advertencias norteamericanas y continuaron su avance. El 11 de agosto recibieron la ansiada orden de atacar la capital. Durante los cuatro días siguientes los revolucionarios asediaron Managua con intensos bombardeos y cargas de infantería. En el curso de la batalla perecieron más de un millar de nicaragüenses; las calles y campos aledaños quedaron cubiertos de cadáveres.¹⁶ Contrario a sus expectativas, las fuerzas revolucionarias no lograron apoderarse de la capital; pero este revés no frenó su avance. Marcharon hacia el noroeste y tomaron León, después de una insurrección revolucionaria que culminó en la masacre de más de quinientos soldados del gobierno. (Véase imagen 8) A continuación, los rebeldes ocuparon Chinandega e incursionaron en varias zonas del departamento de las Segovias, en el centro y norte del país.¹⁷ Hacia fines de agosto, habían tomado control de gran parte del territorio nicaragüense, y sólo Corinto y Managua permanecían bajo el dominio del gobierno de Díaz.

La Violencia Revolucionaria como “Guerra Social”

Una vez afianzado el control sobre sus respectivos territorios, los dirigentes locales del movimiento revolucionario impusieron un “régimen de terror” – tal como lo calificaron muchos contemporáneos. Los actos de violencia revolucionaria más brutales ocurrieron durante la primera fase de la guerra, cuando los insurgentes se lanzaron contra las élites partidarias del gobierno y saquearon sus propiedades. La espiral de violencia cobró fuerza a raíz del desembarco de las tropas invasoras de EE.UU., a inicios de septiembre. En esta segunda embestida, los ciudadanos extranjeros, en especial

los norteamericanos, también se convirtieron en blanco de la saña de los rebeldes. El último arrebato de furia se produjo hacia finales de la guerra, cuando los combatientes populares descargaron la frustración provocada por la pacífica capitulación de sus dirigentes ante el ejército de los Estados Unidos. El terror de 1912, calificado por sus principales víctimas como una “guerra social o comunista”, fue el máximo estallido de violencia contra la élite desde la revolución de Walker de 1856.¹⁸



Imagen 8. Revolucionarios antinorteamericanos marchando en León, en 1912.

Cortesía del Instituto de Historia de Nicaragua y de Centroamérica.

La “guerra social” se desató con mayor furor en Granada, pues esta ciudad no sólo era el bastión de la oligarquía conservadora gobernante, sino también el lugar de residencia de los líderes revolucionarios más influyentes. Las crónicas de esa época tienden a achacar los actos de violencia a personas de fuera: “peones”, “Indios” o liberales leoneses.¹⁹ La realidad es otra: sus principales protagonistas eran conservadores granadinos.²⁰

A los ojos de observadores extranjeros, los oligarcas conservadores “renegados” representaban el rostro público del movimiento revolucionario en Granada. Con escasas excepciones, descendían de antiguas familias de la élite y eran miembros de la facción “menista-progresista” del Partido Conservador, que se había opuesto a la promulgación del artículo religioso, así como al tratado de préstamos entre EE.UU. y Nicaragua.²¹ Muchos habían ocupado altos cargos políticos, y gozaban de considerable estatus social. Todos pertenecían al exclusivo club social de Granada. En general, los oligarcas insurgentes se identificaban con la “nueva” burguesía, supuestamente contraria a la rancia “aristocracia de sangre”. Pero, tal como hemos observado, dicho contraste era poco diáfano. Además, un buen número de los oligarcas revolucionarios guardaban lazos cercanos con sus contrincantes “aristócratas”, ya por la vía del parentesco, la pertenencia al club social de Granada, o simplemente como vecinos.²² Sin embargo, la división política e ideológica entre la élite conservadora granadina ya era tan profunda que una minoría considerable de este sector social acató el llamado a emprender una revolución antioligárquica.

Pese al notable estatus social de los oligarcas “renegados”, los principales dirigentes del movimiento revolucionario en Granada eran conservadores en vías de ascenso social, y no vástagos de antiguas familias de la élite.²³ Uno de estos líderes era José de la Rosa Sandino, cuya reciente exclusión del club social de Granada había causado tanto revuelo. En gran medida, la influencia de estos nuevos ricos dentro del movimiento revolucionario de Granada obedecía a su pleno

control sobre las tropas rebeldes locales. De hecho, ningún oligarca “renegado” figuraba entre la dirigencia militar del movimiento revolucionario. En contraste, muchos oligarcas granadinos, partidarios del gobierno de Díaz, integraban la jefatura del ejército oficial asediado en Managua. Los líderes castrenses más destacados de los insurgentes granadinos – el general Luis Mena y Alberto Osorno – encarnan dos tipos de nuevos ricos que dirigieron la revolución en esa ciudad. Mena era el típico ejemplo del advenedizo revolucionario, surgido del sector social de medianos ganaderos del área rural de Granada; por su parte, a los treinta y cinco años de edad, Osorno había acumulado cierta riqueza como comerciante ciudadano, y adquirido algunas propiedades agrícolas.

Al margen de su origen urbano o rural, los nuevos ricos revolucionarios de Granada aprovecharon con astucia las redes clientelistas locales para reclutar a más de quinientos combatientes rebeldes.²⁴ Sin duda, sus esfuerzos se beneficiaron de la creciente animosidad contra el gobierno de Díaz y los Estados Unidos. Asimismo, la autoridad material y simbólica que estos líderes revolucionarios ejercían sobre la población rural favoreció sus propósitos. Muchos de estos nuevos ricos solían alquilar tierras baldías a campesinos locales a cambio de su mano de obra y, además, les prestaban modestas sumas de dinero. Por otra parte, procuraban controlar importantes centros de poder, tales como los gobiernos municipales y los clubes políticos locales.²⁵ Estos líderes también gozaban de considerable prestigio en sus comunidades rurales, reflejado en su destacada posición en las directivas de cofradías locales (hermandades laicas con fines religiosos, organizadas para venerar a un determinado santo). Por ejemplo, Nazario Chavarría - un oficial de alto rango de las fuerzas revolucionarias granadinas, quien a sus cuarenta y dos años de edad poseía una extensa hacienda ganadera en Malacatoya - presidía la cofradía regional de Nuestra Señora de los Desamparados.²⁶ En su calidad de mayordomo de dicha hermandad, Chavarría patrocinaba las fiestas religiosas de Malacatoya celebradas cada año los días 26 y 27 de abril, un evento que sin duda realzaba su autoridad entre la población local.

En cambio, los dirigentes revolucionarios urbanos aprovechaban sus estrechos vínculos con los artesanos que gozaban de influencia política. En particular, éste era el caso de dos de los principales protagonistas de la violencia revolucionaria en Granada. El primero, Alberto Osorno, era presidente de la Sociedad de Obreros y Socorros Mutuos, la organización mutualista más fuerte de la ciudad. El segundo, Valeriano Torres, un comerciante liberal de cuarenta y ocho años de edad, encabezó el grupo paramilitar "Cuadro Rojo" integrado sobre todo por artesanos, que operó durante la guerra de 1912.

En ocasiones, los nuevos ricos revolucionarios de Granada obtenían considerables recursos políticos y económicos a través de sus relaciones de parentesco con las antiguas familias de la élite. Los medianos ganaderos de Nandaime - que tradicionalmente eran figuras clave dentro de las principales redes clientelistas granadinas - tenían mayores probabilidades de forjar este tipo de vínculos que las personas originarias de Malacatoya o de la propia Granada. No obstante, tal como demuestran los casos de Luis Mena y José de la Rosa Sandino, los lazos familiares no garantizaban a los advenedizos que los "aristócratas" de Granada los aceptaran como sus pares. Por el contrario, con frecuencia seguían percibiéndolos como "otros", en términos raciales. La exclusión social basada en criterios raciales se notaba, sobre todo, en la renuencia de los miembros del club social de Granada a admitir a los advenedizos. Así, mientras todos los oligarcas revolucionarios pertenecían a dicho club, sólo uno de los nuevos ricos de su bando político había logrado ingresar a ese exclusivo centro social - Hildebrando Rocha, un destacado hacendado ganadero de treinta y ocho años de edad.

Los representantes de este orden jerárquico y racista se convirtieron en el blanco de la "guerra social" instigada por los nuevos ricos revolucionarios de Granada.²⁷ No contentos con saquear las tiendas y haciendas de sus contrincantes, los insurgentes encarcelaron y torturaron a muchos oligarcas conservadores partidarios de Díaz, en la céntrica iglesia de San Francisco que convirtieron en bastión militar. Los testimonios

de los prisioneros conforman la mayor parte de las fuentes históricas sobre la práctica de torturas, por lo que deben analizarse con cautela.²⁸ Sin embargo, incluso algunos de los más acérrimos defensores del movimiento revolucionario admitieron que los rebeldes granadinos cometieron este tipo de agresiones. Por ejemplo, cuando la guerra llegó a su fin el periódico costarricense *La Información* – hasta entonces favorable a Mena – informó que los rebeldes granadinos tan ensalzados habían torturado a sus oponentes con un “un salvajismo digno de la edad media”.²⁹

En la mayoría de los casos, este “salvajismo” consistía en encarcelar a las víctimas bajo condiciones pavorosas. Los revolucionarios ataban a los prisioneros, tanto a hombres como mujeres, los encerraban juntos en una celda oscura e inmundada, y los obligaban a dormir en el suelo cubierto de estiércol de caballos. Muchos enfermaron de gravedad, pues sus captores los privaban de agua y comida durante días. A veces los revolucionarios forzaban a sus prisioneros políticos más prominentes a meter la cabeza en retretes asquerosos, y los mantenían en esa posición durante cinco minutos antes de ofrecerles comida. Probablemente el sufrimiento de las mujeres haya sido peor, pues de acuerdo a diversos informes, muchas fueron violadas. Aunque no existe evidencia de ejecuciones o muerte de prisioneros a causa de las torturas, sin duda éstas figuran entre las más crueles sufridas por miembros de la élite regional más acaudalada de Nicaragua.

Diversas formas de humillación pública se cuentan entre las experiencias más traumáticas sufridas por las víctimas de la violencia revolucionaria en Granada. En efecto, de acuerdo a un testimonio, el principal propósito de la “guerra social” en esta ciudad era destrozar el honor de los oligarcas prisioneros.³⁰ Esta opinión fue reiterada por muchas de las víctimas, que en declaraciones posteriores aseguraron haber sido objeto de constantes agravios por parte de los revolucionarios populares.³¹ Con frecuencia, éstos provocaban gran escándalo montando a sus víctimas a caballo de cara a la grupa, y haciéndolos desfilar por las calles de Granada en esa posición

antes de encerrarlos en la cárcel.³² El peor acto de humillación pública perpetrado por los revolucionarios consistía en despojar de sus ropas a sus “aristocráticos” prisioneros, y obligarlos a caminar desnudos por la ciudad. El rico terrateniente Martín Benard Vivas fue una de las víctimas de este trato humillante. A sus cuarenta y dos años de edad, Benard era un político conservador muy influyente, y copropietario del principal ingenio azucarero del país (el Ingenio San Antonio), así como uno de los promotores de la reapertura del club social de Granada que su padre había contribuido a fundar en 1871. Al igual que muchos otros miembros de la “aristocracia de sangre” granadina, Benard fue arrestado por los revolucionarios de 1912 y llevado a una estación policial cercana. Allí, de acuerdo al testimonio que después ofreció su amigo Salvador Chamorro, los revolucionarios “lo desbistieron, lo ultrajaron de modo horrible [y] lo amenazaron con fusilarlo”.³³ Luego de atarle una venda sobre los ojos, forzaron a Benard a caminar desnudo hasta la iglesia de San Francisco, ocupada como prisión por los rebeldes.

El humillante desfile de Benard refuerza la idea de que los revolucionarios de 1912 montaron algunos de sus actos de violencia como espectáculos públicos. De esta manera, ponían en escena el resquebrajamiento de la autoridad de la élite más prominente del país. Tal como argumenta la historiadora Dorinda Outram, con frecuencia el cuerpo físico ha sido empleado “como una imagen del orden del estado y la sociedad: el porte, rasgos y dignidad corporal ... de gobernantes y grandes personalidades ha sido, tradicionalmente, el medio ... a través del cual se ejerce el poder y se impone la autoridad”.³⁴ Siendo el cuerpo un recurso político tan significativo, sin duda la gente que presenciaba los espectáculos de violencia en Granada los entendía como un asalto al orden social jerárquico, encarnado en sus principales víctimas.

El abuso físico perpetrado por los revolucionarios en contra de las mujeres de la élite fue otra expresión de la naturaleza política del “régimen de terror”. Los insurgentes no sólo maltrataron a prominentes prisioneras, sino también acosaron

a las mujeres de la élite en sus propios hogares, y en el colegio de pensionado para señoritas más exclusivo del país.³⁵ Buscando huir de sus perseguidores, muchas esposas e hijas de los “aristócratas” locales intentaron esconderse. Algunas arriesgaron su vida arrastrándose sobre tejados resbalosos. Unas cuantas encontraron refugio en sus casas de campo, sólo para ser agredidas de nuevo por bandas revolucionarias que merodeaban en los alrededores de la ciudad. De acuerdo a posteriores declaraciones de mujeres de la élite, su máximo temor era perder el honor en manos de los “perversos” revolucionarios.³⁶ Puesto que la autoridad de los varones de la élite dependía de su capacidad de proteger el honor de sus mujeres, la naturaleza sexualizada de la violencia en Granada formaba parte integral de la “guerra social” librada por los rebeldes en contra de la “aristocracia de sangre”.³⁷

La violencia revolucionaria en Granada recrudeció a inicios de septiembre, cuando desembarcaron las fuerzas invasoras norteamericanas. En particular, la invasión desencadenó un mayor número de ataques contra un nuevo blanco: los comerciantes extranjeros. A diferencia de la embestida contra los “aristócratas” granadinos, los principales implicados en las agresiones dirigidas a sembrar el terror entre los comerciantes extranjeros no eran los nuevos ricos, sino los artesanos urbanos más pobres.³⁸ Al inicio, los revolucionarios populares se limitaron a saquear las propiedades de los comerciantes norteamericanos, y a lanzarles insultos tales como “chanchos yanquis”. Pero muy pronto también empezaron a desvalijar tiendas pertenecientes a comerciantes europeos. Los rebeldes incluso destruyeron las residencias de algunos extranjeros en Granada, pese a que éstos habían desplegado las banderas de sus países natales con la esperanza de asegurar su inmunidad. Por ejemplo, el comerciante italiano Antonio Cassinelli declaró que, el once de septiembre, miembros de un pelotón de insurgentes irrumpieron en su hogar, y “procedieron violentamente cometiendo toda clase de abusos”. No sólo lo golpearon, sino también estuvieron a punto de asesinar a su esposa. Cassinelli denunció este “acto de barbarie” ante la

dirigencia revolucionaria de Granada, pero dos días después varios soldados a caballo regresaron a la medianoche, arrancaron la bandera italiana y descargaron sus fusiles contra su vivienda.³⁹

Los agresiones de los rebeldes a los comerciantes extranjeros eran reflejo de la ira popular contra este grupo social, pues se les acusaba de acaparar y sobrevalorar productos alimenticios. La indignación se extendió en vísperas del estallido de la guerra civil de 1912, cuando gran parte de la población del país sufría por la escasez de comida. La hambruna se agudizó en el transcurso del conflicto bélico, pues los insurgentes granadinos saquearon tiendas y puestos en el mercado para almacenar provisiones. La carne también escaseó, ya que los revolucionarios se apropiaron de una gran cantidad de reses de las haciendas cercanas. Además, los agricultores ya no se atrevían a llevar sus productos al mercado de la ciudad, porque las bandas rebeldes que merodeaban en las áreas rurales solían asaltarlos con mucha frecuencia. La aguda falta de alimentos atizó la furia popular en contra de los mercaderes extranjeros, sobre todo aquellos que, según palabras de un comerciante británico, “no perdían la oportunidad de suplir comida a la gente hambrienta, pero sólo a cambio de dinero”.⁴⁰

Las agresiones a comerciantes extranjeros también sugieren que la violencia empezaba a escaparse de las manos de los dirigentes que pertenecían a la élite revolucionaria granadina. El testimonio del prominente “aristócrata” Salvador Chamorro (padre del general Emiliano Chamorro) destaca ese giro en la coyuntura, asegurando que hacia fines de la guerra los artesanos locales habían tomado el control del “régimen de terror” en Granada.⁴¹ Chamorro identificó a cuatro artesanos como los principales líderes de estos ataques: los carpinteros José María Pérez y Manuel Balmaceda, así como los barberos Francisco Marengo y Francisco Obando, quien también era el presidente del club de baile El Edén, integrado sobre todo por miembros de este sector social. Sin duda, los artesanos revolucionarios llevaron a cabo muchas acciones violentas en contra de la voluntad de los dirigentes del

Ejército Aliado. En vista de sus estrechas relaciones con los mercaderes europeos, tanto los oligarcas como los nuevos ricos que conformaban la dirigencia revolucionaria de Granada, sin duda habrían desaprobado las agresiones contra los extranjeros, perpetradas por sus partidarios artesanos. Asimismo, es difícil creer que éstos consintieran el saqueo de las tiendas, haciendas y hogares de otros oligarcas que simpatizaban con su movimiento.⁴² Por ejemplo, el 23 de septiembre estalló un tumulto, tristemente célebre, cuando bandas lideradas por artesanos sembraron el terror en el principal vecindario de la élite citadina.⁴³ La progresiva impotencia de los dirigentes revolucionarios de Granada para proteger a sus propios amigos explica, en buena medida, por qué entregaron la ciudad a los invasores norteamericanos sin presentar batalla.

El 24 de septiembre, cuando las tropas norteamericanas entraron a Granada por primera vez, su comandante el mayor Smedley Butler observó que el rencor entre los “menistas” y sus contrincantes era “tan enconado que resultaba casi incomprendible para una persona civilizada”. Dada la magnitud del “régimen de terror”, Butler expresó: “con certeza vendrán represalias de una naturaleza probablemente bárbara”.⁴⁴ Aunque la violencia revolucionaria obviamente también afectó a los sectores populares de Granada, los hombres y mujeres de la rancia oligarquía citadina tenían motivos de mucho mayor peso para estar enfurecidos.

¿Cómo explicar esta traumática agresión sufrida por el sector más poderoso de la élite nicaragüense? Sin duda, uno de los objetivos de los dirigentes revolucionarios era extorsionar a las familias más ricas del país. Repetidas veces justificaron el uso de la violencia como un medio necesario para recuperar los bienes del estado que el gobierno de Díaz había repartido entre sus allegados, a modo de indemnización por la supuesta pérdida de sus fortunas bajo la dictadura de Zelaya. Cuando la noticia sobre los cuantiosos pagos (uno de los cuales ascendía a trescientos mil dólares de EE.UU.) se filtró a la prensa a inicios de 1912, el público nicaragüense reaccionó indignado. Aprovechando el descontento general, los

dirigentes revolucionarios prometieron recuperar las sumas que habían sido entregadas “ilegalmente”. Al parecer, dicha promesa contribuyó de manera significativa para movilizar al pueblo a favor de la causa revolucionaria.⁴⁵

Sin embargo, la violencia de 1912 también tuvo objetivos políticos más amplios. En efecto, con frecuencia se ejerce la violencia política de una manera acorde a la historia particular de cada sociedad.⁴⁶ Puesto que en las décadas recientes Granada había sufrido profundos cambios estructurales debido al boom agroexportador, ¿sería mera coincidencia que las torturas practicadas en 1912 – azotes, cepo y encierro bajo condiciones degradantes – evocaran las formas de castigar a los peones en muchas haciendas de la región?⁴⁷ Además, ¿por qué los insurgentes obligaban a algunos de sus prisioneros – quizá vástagos de familias de la élite – a realizar “trabajos forzosos” como si fueran peones de hacienda? Las agresiones a la élite granadina podrían interpretarse como un intento de los combatientes populares revolucionarios de invertir la “cultura de violencia” predominante en las áreas rurales de Granada.⁴⁸

Al margen del carácter de sus raíces estructurales, la violencia desatada contra la élite en 1912 también estaba condicionada por procesos políticos recientes. En primer lugar, representaba una lucha revolucionaria de las élites de nuevo cuño en contra de la restauración oligárquica de 1910, fraguada por los Estados Unidos. El empeño en restablecer el antiguo régimen provocó una guerra verbal entre las facciones de la élite local, que marcó el estilo del ejercicio de la violencia en 1912. En menor grado, ésta también obedeció a la lucha de otros sectores sociales contra las consecuencias de la restauración de la oligarquía conservadora al poder en 1910. Por ejemplo, el acoso a las mujeres de la élite perpetrado por artesanos revolucionarios podría interpretarse en el contexto de la enardecida pugna en torno al artículo religioso que enfrentó a ambos grupos en 1911. Tal como observamos en el capítulo tercero, muchos artesanos temían que las fuerzas proclericales – apoyadas con beligerancia por las mujeres de

la élite – se valieran de este controversial artículo para restringir la influencia política que recién habían conquistado. Finalmente, la violencia de 1912 reflejó la intensidad del sentimiento nacionalista entre los combatientes populares de las filas revolucionarias granadinas. El desembarco del ejército invasor norteamericano, a inicios de septiembre, exacerbó el fervor patriótico. Sin embargo, tal como argumentaré en la próxima sección, la invasión por sí misma no atizó la violencia revolucionaria. Los revolucionarios del pueblo arreciaron su régimen de terror tan sólo después de que sus dirigentes faltaran a su promesa de combatir a los invasores “Yanques”.

Entre la Negociación y la Resistencia: El Encuentro con los Invasores Norteamericanos

Al inicio, para alivio de los revolucionarios, el ejército norteamericano se abstuvo de intervenir en la guerra civil de 1912, debido a disputas entre altas autoridades en Washington. Los funcionarios del Departamento de Estado asumieron de inmediato una posición más agresiva que sus colegas del ejército. En parte, temían que los revolucionarios estuvieran recibiendo apoyo de Alemania, la potencia que a su juicio representaba la mayor amenaza a la hegemonía de EE.UU. en el Caribe.⁴⁹ Sin embargo, su principal motivo de desvelo era la posibilidad de que el triunfo del movimiento revolucionario nicaragüense alentara a otras naciones caribeñas a luchar contra el empeño de EE.UU. en convertir este espacio en un “lago americano”.⁵⁰ En contraste, en opinión de los oficiales del Departamento de Guerra, la revolución nicaragüense no representaba una amenaza a la seguridad de los Estados Unidos tan importante como para ameritar una intervención armada de mayor envergadura. Desde su perspectiva, el Departamento de Estado insistía en invadir Nicaragua tan sólo para proteger los intereses económicos de empresarios norteamericanos en ese país.⁵¹ Dicha opinión era compartida por muchos oficiales norteamericanos, quienes expresaban profunda

indignación porque sus “elevados códigos de honor [estaban] siendo prostituidos con fines comerciales” - tal como observó un historiador.⁵²

Pese a la considerable oposición de los oficiales del ejército de EE.UU., el presidente Howard Taft eventualmente autorizó una invasión a gran escala en Nicaragua. Entre el 28 de agosto y el 4 de septiembre, dos mil trescientos marinos desembarcaron en Corinto, bajo el mando del almirante William Southerland. Éste era el mayor destacamento militar que a la fecha había puesto pie en América Central. Los invasores proclamaron que sus objetivos consistían en: “observar estricta neutralidad entre el gobierno y las fuerzas revolucionarias, impedir combates en las cercanías del ferrocarril, [e] impedir el bombardeo a pueblos no fortificados, así como cualquier otra acción contraria a la manera civilizada de hacer la guerra”.⁵³ En realidad, el ejército invasor era todo menos un actor neutral, pues su meta primordial era aplastar la revolución contra la restauración oligárquica fraguada por los Estados Unidos.

Cuando los planes de la invasión norteamericana se concretaron, los líderes revolucionarios de Nicaragua enfrentaron un dilema: ¿debían arriesgarse a combatir al ejército de la nación que aún idealizaban como modelo político y económico? Su primera prueba de fuego tuvo lugar el 25 de agosto, cuando la dirigencia revolucionaria del norte, concentrada en León, resolvió ocupar Corinto, pues suponían que este puerto serviría de base para el lanzamiento de la invasión.⁵⁴ Los rebeldes pudieron haber arrebatado el control del puerto a los veinte marinos norteamericanos acampados allí sin problema alguno. No obstante, optaron por respetar la demanda de EE.UU. de que ningún soldado nicaragüense, de cualquier bando político, entrara a Corinto. Esta decisión fue un presagio de la política conciliatoria que la mayoría de los líderes revolucionarios adoptaría de cara a los invasores norteamericanos. Pero, aunque la invasión motivó a estos dirigentes a moderar su retórica contra EE.UU., provocó una reacción contraria entre muchos de sus partidarios de origen popular.

Desde el comienzo, la dirigencia revolucionaria desplegó grandes esfuerzos por aplacar la animosidad contra EE.UU. que ellos mismos habían atizado previamente. Sus problemas empezaron el 21 de agosto, fecha en que el presidente Taft ordenó lanzar la invasión, y una multitud enardecida emboscó a cincuenta marinos en León. Estos soldados norteamericanos habían sido apostados en Managua desde el estallido de la guerra civil, bajo las órdenes del comandante Warren Terhune. Cuando se emitió la orden de invadir el país, partieron en el ferrocarril hacia Corinto, con el fin de asegurar el control de este puerto para el desembarco de las fuerzas interventoras. En vista de que sus tropas necesitaban pasar por León, Terhune solicitó un salvoconducto a los líderes revolucionarios locales, quienes accedieron con prontitud. Sin embargo, apenas entraron a la ciudad, fueron atacados por centenares de revolucionarios, incluyendo mujeres armadas de machetes.⁵⁵ Los combatientes populares arrancaron la bandera de los Estados Unidos que adornaba la locomotora, un ícono de la nacionalidad nicaragüense. En privado, los líderes revolucionarios advirtieron a Terhune que, si decidía continuar rumbo a Corinto, serían incapaces de “controlar a las turbas e impedir que atacaran” a sus hombres.⁵⁶ Escuchando sus advertencias, la atemorizada tropa de Terhune decidió abandonar el tren en León, y bajo una lluvia torrencial emprendió una marcha de ochenta y nueve kilómetros de regreso a Managua.

En público, los líderes revolucionarios de León asumieron con gusto el mérito por la humillante retirada de Terhune. Entrevistados por periodistas extranjeros, aseguraron: “[nunca] permitiremos que tropas americanas viajen por el ferrocarril y menos con banderas de aquella nación en las locomotoras y carros nacionales”.⁵⁷ En realidad, los líderes leoneses habían estado anuentes a que Terhune y sus hombres continuaran hacia Corinto en el tren, enarbolando la bandera de los Estados Unidos. Más bien fueron los combatientes populares revolucionarios quienes amedrentaron a la tropa norteamericana, obligándolos a mostrarse sumisos. Aún antes del

desembarco de la masiva fuerza invasora de EE.UU., la posición conciliadora adoptada por muchos dirigentes revolucionarios empezaba a chocar con la actitud más beligerante del pueblo.

El arribo de las tropas invasoras profundizó las divisiones entre los líderes insurgentes del norte y sus combatientes populares. La tensión aumentó cuando los soldados de EE.UU. intentaron pasar de nuevo por el bastión revolucionario de León. Esta vez le correspondió al almirante Southerland solicitar un salvoconducto para sus tropas, pero además exigió a los revolucionarios que le entregaran el control de la vía férrea entre Corinto, León y Managua. Esa demanda representaba una grave amenaza militar y política para los insurgentes. Por una parte, necesitaban las locomotoras y vagones para transportar armas y tropas. Pero, ante todo, la toma del ferrocarril simbolizaba el esfuerzo de los rebeldes por recuperar la nacionalidad nicaragüense de manos de los banqueros norteamericanos tan vilipendiados. Por tanto, no es de extrañar que los líderes revolucionarios del norte inicialmente rechazaran las demandas de Southerland. Le hicieron saber que, si bien ellos todavía respetaban a los Estados Unidos como su modelo de nación ("escuela práctica"), nunca los aceptarían como colonizadores.⁵⁸ Sin embargo, el día siguiente la dirigencia revolucionaria del norte accedió súbitamente a todas las demandas de Southerland. Quizá la razón de este abrupto cambio haya sido que los líderes se convencieron de la futilidad de resistir con las armas a esta fuerza invasora, la más poderosa jamás vista en Nicaragua, tal como opinó uno de los participantes.⁵⁹

Empero, la repentina sumisión de la dirigencia ante las demandas de Southerland también obedecía al temor que les infundía la creciente radicalización de las fuerzas populares. No por casualidad, el cambio de actitud de los líderes se produjo a raíz de un ataque perpetrado por combatientes populares al tren en el que viajaban miembros de una misión de paz centroamericana.⁶⁰ Puesto que los líderes revolucionarios y los miembros de la misión compartían una posición política

muy semejante, el objetivo del asalto era advertirles que no debían negociar con los invasores norteamericanos, sino enfrentarlos en el campo de batalla.⁶¹ Alarmados por la erosión de su autoridad, los dirigentes revolucionarios de León se inclinaron ante las demandas de Southerland, momentos después de la agresión contra la misión de paz.

Al parecer, los líderes revolucionarios inicialmente obtuvieron beneficios de su posición conciliadora, pues la política de “estricta neutralidad” de Southerland les permitió afianzar su poder. El Departamento de Estado reaccionó con indignación, pues exigía aplastar de inmediato esta rebelión que, poco antes, había calificado de “la más injustificable en los anales de América Central”.⁶² Para su consternación, Southerland entabló negociaciones con los líderes revolucionarios del norte, muchos de los cuales estaban dispuestos a entregar sus armas, a cambio de que se les tomara en cuenta en el futuro gobierno.⁶³ Además, el almirante desairó al ministro norteamericano Weitzel, negándose a capturar a los líderes revolucionarios de la región meridional, Luis Mena y Benjamín Zeledón. Asimismo, prohibió a las fuerzas del gobierno de Díaz hacer uso del ferrocarril, contrariando aún más a los diplomáticos norteamericanos.

La política de “estricta neutralidad” de Southerland exasperó al presidente Díaz, al extremo que el 23 de septiembre amenazó con dimitir. En una carta dirigida al funcionario de un banco norteamericano, Díaz deploraba que la fuerza invasora norteamericana había “contribuido mucho a prestar asistencia a la causa de los rebeldes y en nada a ayudar [a su] Gobierno”.⁶⁴ La protesta de Díaz no era infundada ya que, aún después del desembarco de las tropas de Southerland, los revolucionarios lograron extender su control en el norte de Nicaragua y, al mismo tiempo, mantener sus posiciones en el sur.⁶⁵

Sin embargo, tan sólo un día después de que Díaz amenazara renunciar, el general Luis Mena, máximo jefe del Ejército Aliado, de repente se rindió ante los 350 *marines* comandados por el mayor Butler. Esas tropas norteamericanas habían salido de Managua el 15 de septiembre, con el objetivo de tomar el

control de la línea férrea entre Managua y Granada. Aunque al momento de su rendición Mena guardaba cama afectado de reumatismo, todavía era reconocido como el jefe del poderoso ejército revolucionario. Sólo en Granada, tenía al menos quinientos soldados bien apertrechados y motivados bajo sus órdenes. Además, tres días después de que las tropas de Butler se apostaran en las afueras de Granada, unos quinientos revolucionarios leoneses se unieron a las fuerzas de Mena. Los refuerzos pasaron cerca de las tropas de Butler, al alcance de sus balas, y entraron a la ciudad con gran fanfarria gritando “¡Muerte a los americanos!”⁶⁶ Tal como después reconocería Mena, la mayoría de las fuerzas revolucionarias en Granada “querían seguir peleando, aunque también tuvieran que enfren-
tar a los marinos”.⁶⁷ Pero el general mostró menos entusiasmo; el 24 de septiembre aceptó las exigencias de Butler y capituló sin condiciones. Dos días más tarde, Mena fue conducido a bordo de un barco norteamericano con rumbo a Panamá, después de prometer que no regresaría jamás a Nicaragua.⁶⁸

La inesperada rendición de Mena se produjo a raíz de un brusco cambio de actitud de Southerland con respecto a la dirigencia revolucionaria del sur. Al comienzo, el almirante deseaba que la fuerza de Butler se limitara a tomar el control de la línea férrea entre Managua, Masaya y Granada. Pero cuando ya se encontraba en Granada, Butler recibió la orden de obtener la capitulación de Mena. A juicio de varios historiadores norteamericanos, Southerland endureció su posición hacia Mena debido a que el Departamento de Estado finalmente logró imponer su inflexible demanda de aplastar la revolución.⁶⁹ En realidad, este giro fue decisión del propio almirante, en reacción a la imprevista resistencia que enfrentó de parte de los revolucionarios “menistas” en Masaya.

El origen de la crisis tuvo lugar el 17 de septiembre, cuando un grupo de rebeldes colocó obstáculos en la vía férrea para impedir el ingreso de las fuerzas de Butler a Masaya. Los revolucionarios se negaron a entablar negociaciones, y las tropas norteamericanas no pudieron avanzar hacia Granada. Southerland se trasladó a Masaya dispuesto a romper

el impasse, creyendo que su presencia contribuiría a resolver el problema con prontitud. Ya había tenido éxito lidiando con una situación similar en León. Sin embargo, para su consternación, la dirigencia revolucionaria de Masaya encabezada por Federico Lacayo, representante de Mena, se negó a obedecerle. A juicio de los testigos locales, la intransigencia de Lacayo no era de extrañar, pues este oligarca conservador era reconocido por su tenaz oposición a las aspiraciones imperiales norteamericanas.⁷⁰ De acuerdo a un observador de EE.UU., Southerland interpretó la actitud de Lacayo como una “afrenta a los Estados Unidos”, y luego habló con desprecio sobre Mena y su subalterno, calificándolos de “piratas terrestres”. Viendo que Lacayo no estaba dispuesto a ceder ni un ápice, el almirante regresó a Managua, después de advertir a los insurgentes que Butler “pasaría aunque se viera obligado a emplear la fuerza armada”.⁷¹ (Véase imagen 9) Al cabo de dos días, los revolucionarios aparentemente cedieron, y autorizaron el avance del tren con las tropas de Butler hacia Granada. Sin embargo, justo cuando pasaban por la estación de Masaya, un grupo de rebeldes les disparó, hiriendo a cuatro soldados norteamericanos. Cuando recibió el informe del ataque, Southerland enfureció, abandonó su posición “neutral”, e inmediatamente ordenó a Butler derrotar a Mena. El almirante jamás esperó que el general revolucionario capitulara sin presentar batalla.

Mena estaba afectado por el reumatismo y seguro de que perdería la vida si no claudicaba. Creía haber quedado sólo con sus tropas en Granada para enfrentar a los invasores, pues su principal aliado, el general Zeledón, había permitido el avance de las tropas de Butler por Masaya.⁷² En realidad, la intención de Zeledón era entrapar a los soldados norteamericanos, y coordinar las fuerzas revolucionarias en Masaya y Granada para lanzar un ataque conjunto. Sin embargo, Mena nunca se enteró del plan secreto de Zeledón, pues el mensaje que éste le envió fue interceptado por partidarios del gobierno de Díaz.⁷³ Además, es probable que Mena desconociera cuántos soldados tenía Butler bajo su mando. Debido a la enfermedad

del general, los líderes civiles del movimiento revolucionario en Granada conducían las negociaciones con los invasores norteamericanos acampados a orillas de la ciudad. Preocupado por la desventaja numérica de sus tropas, Butler urdió intrincados planes para convencer a los negociadores civiles granadinos que contaba con miles de soldados.⁷⁴ Careciendo de una ruta de escape viable, Mena estaba consciente de que, si no capitulaba, debía arriesgarse a entrar en combate con las tropas de Butler. Tan sólo podemos especular cuánto pesó el cálculo desmesurado sobre el número de soldados norteamericanos en la rendición de Mena.

Al mismo tiempo, la decisión de Mena de entregar las armas a Butler obedecía a la reciente radicalización de la violencia contra la élite, perpetrada por los combatientes populares de Granada. Tal como hemos visto, la dirigencia revolucionaria de la ciudad empezó a perder autoridad a inicios de septiembre, cuando desembarcaron las tropas norteamericanas. En particular, las bandas lideradas por artesanos desafiaban a sus dirigentes, llevando a cabo acciones para aterrorizar a los comerciantes extranjeros. Posteriormente, ante el avance de las tropas de Butler, empezaron a agredir a los oligarcas revolucionarios y a sus familias. Por tanto, no es de extrañar que la radicalización de la violencia causara gran preocupación entre los dirigentes granadinos, sobre todo a los vástagos de la élite conservadora. Aunque éstos ejercían poca influencia sobre las tropas rebeldes de la ciudad, tenían mucho peso en la delegación civil que se reunió con Butler. Considerando su apremiante deseo de poner fin al creciente “régimen de terror” en Granada, es probable que aprovecharan la llegada de Butler para asegurar la rendición incondicional de sus propios combatientes. Por ello, un corresponsal extranjero muy bien informado sobre la situación en Nicaragua, sostuvo que la capitulación de Mena era obra de “conservadores de prestigio.”⁷⁵

Al margen de la racionalidad de sus motivos, la rendición de Mena tomó por sorpresa a sus hombres. El funcionario norteamericano que condujo al general al exilio observó

que los “rebeldes a todo lo largo de la ruta desde Granada a Corinto no parecían creer que hubiese capitulado”.⁷⁶ Su decisión también alarmó a Zeledón, su compañero de armas. Tan sólo el día anterior, este general liberal había escrito una carta afirmando tener muy pocas dudas de que Mena combatiría a los invasores norteamericanos.⁷⁷ Su rendición desmentía su célebre frase: “No seré yo como Zelaya; a mí no me corren los americanos con una simple nota”. Tanto escándalo causó la claudicación del principal líder antiimperialista de Nicaragua que dio origen al dicho popular “¡Ésta!, dijo Mena”, empleado para referirse a una persona jactanciosa – hombre o mujer – que rompe una promesa. La persistencia de este refrán hasta el presente refleja la profunda decepción que sufrieron los nicaragüenses por la decisión de Mena de entregarse pacíficamente a los invasores norteamericanos.



Imagen 9. El Almirante de los EE.UU. William Southerland rumbo a Managua, 1912.

Cortesía del Instituto de Historia de Nicaragua y de Centroamérica.

La capitulación de Mena ha tenido un impacto perdurable en la memoria popular porque ofrece un vívido contraste con el destino de su aliado Benjamín Zeledón, quien murió en la única batalla de envergadura librada por los revolucionarios de 1912 contra los invasores norteamericanos. Hoy día, Mena y Zeledón son representados como polos opuestos; el primero encarna la cobardía y el segundo el martirio heroico.⁷⁸ De hecho, estos compañeros de armas y jefes del Ejército Aliado eran muy parecidos. Al igual que Mena, Zeledón provenía de una familia de extracción popular (su padre era carpintero), originaria de una aldea provincial (Estelí).⁷⁹ Además, este general de treinta y tres años de edad también había ocupado el cargo de ministro de guerra, sostenía una posición liberal y anticlerical, y valoraba a los Estados Unidos como un modelo político y económico.⁸⁰ Asimismo, Zeledón había logrado emparentarse por la vía del matrimonio con una rica familia de la élite; su suegro, el prominente conservador Jerónimo Ramírez, era un acaudalado cafetalero de Carazo. No obstante, representaban distintos prototipos entre la élite de nuevo cuño que dirigió el movimiento revolucionario nicaragüense. A diferencia de Mena, Zeledón no hizo fortuna en el sector agroexportador; estudió leyes y logró su posición social ascendiendo en la escala de la creciente burocracia estatal. Por tanto, mientras Mena encarnaba al empresario burgués, Zeledón era el arquetipo del burgués profesional.

A raíz de la capitulación de las tropas de Mena en Granada, Zeledón y sus hombres se convirtieron en el blanco principal de las fuerzas invasoras de los Estados Unidos. Los militares norteamericanos deseaban castigar a Zeledón por el ataque al tren donde viajaba Butler y, además, apoderarse de la línea férrea que atravesaba Masaya, el único trecho que aún escapaba a su control. Al cabo de una semana, mil soldados norteamericanos, reforzados por cuatro mil reclutas del ejército gubernamental, lograron cercar a Zeledón y a los ochocientos hombres bajo su mando. Creyendo que el general liberal seguiría el ejemplo de Mena, y bajaría “arrastrándose” de sus trincheras, el comandante de campo

norteamericano coronel Joseph Pendleton ofreció al jefe rebelde veinte y cuatro horas para presentar su capitulación incondicional.⁸¹ Aunque su situación era precaria debido a la escasez de agua, alimentos y municiones, además de su gran desventaja numérica, Zeledón y sus hombres se mantuvieron firmes. Al rechazar el ultimátum de Pendleton, Zeledón reiteró los argumentos nacionalistas antes expuestos por Luis Mena y los líderes revolucionarios en León. Y, tal como ellos, evocó la auto-proclamada misión de los Estados Unidos de difundir los ideales de libertad.⁸² Sin embargo, únicamente Zeledón cumplió su promesa de defender la soberanía de Nicaragua “hasta el último cartucho”.⁸³

La póstuma fama nacionalista de Zeledón está muy relacionada con la naturaleza de su muerte. El mismo día en que Pendleton lanzó su ultimátum, Zeledón recibió la visita de su suegro, Jerónimo Ramírez. El encuentro fue arreglado por el presidente Díaz, quien ansiaba evitar la primera batalla de envergadura entre tropas nicaragüenses y norteamericanas desde la Guerra Nacional contra Walker. Cuando Ramírez rogó a Zeledón que no le dejara una hija viuda y cuatro nietos huérfanos de padre, él respondió: “Si mis hijos van a sufrir pobreza, que la sufran desde este momento; pero no quiero heredarles comodidad con cobardía”.⁸⁴ Aunque consciente de que, dadas las circunstancias, no cabía esperanza alguna de triunfar, Zeledón reiteró su voluntad de morir en aras de la defensa de la “dignidad y soberanía” de Nicaragua.⁸⁵ Sin duda, aún estaba impresionado por la rendición de Mena. Pero, además, le dolía la actitud conciliadora de la dirigencia revolucionaria del norte. Al parecer, Zeledón anhelaba que su muerte en combate devolviera a los nicaragüenses la fe en la lucha por la autonomía nacional, que a su juicio había sido traicionada por la falta de decisión de los líderes nacionalistas de enfrentarse a los invasores “Yanquis”. Tal como recalcan los relatos de testigos oculares, el sacrificio de Zeledón tuvo un fuerte impacto en sus propios hombres y, a través de ellos, en la memoria popular.⁸⁶

Las tropas norteamericanas y sus aliados nicaragüenses obtuvieron una pronta victoria en Masaya. Muchos revolucionarios cayeron en combate o fueron capturados, pero una pequeña fuerza encabezada por el general Zeledón logró escapar. Su fuga concluyó cuando el grupo fue emboscado por tropas gubernamentales a unos diez y seis kilómetros al sur de Masaya. El gobierno de Díaz afirmó que Zeledón recibió una herida mortal; no obstante, según informes norteamericanos éste fue “ejecutado” por sus captores.⁸⁷ Los soldados del gobierno exhibieron el cadáver de Zeledón por los caseríos cercanos antes de enterrarlo en Catarina, una aldea situada unos tres kilómetros al sur de Masaya. De acuerdo a la memoria popular, el macabro desfile tenía como objetivo amedrentar a la población local, y prevenir que se sumara a cualquier otra futura rebelión contra el gobierno.⁸⁸ No obstante, algunos consideran que inspiró un sentimiento contrario. Entre los testigos se encontraba Augusto Sandino, de diecisiete años de edad, quien vivía cerca de Catarina. Quince años después, cuando encabezó una lucha guerrillera en contra del ejército norteamericano, Sandino recordó que ese episodio había despertado su conciencia nacional; al combatir a los invasores de EE.UU., dijo Sandino, él alzaba la piedra antes empuñada por Zeledón, a fin de prender “la luz de la libertad en nuestros pueblos”.⁸⁹

Después de su triunfo sobre el ejército de Zeledón, los soldados norteamericanos se dispusieron a enfrentar a las demás fuerzas revolucionarias concentradas en León y Chinandega. Aún antes del combate en Masaya, los dirigentes del norte habían empezado a negociar secretamente la rendición de sus tropas con funcionarios norteamericanos.⁹⁰ Sin duda, la capitulación de Mena los empujó a buscar un acuerdo. No obstante, tal como sucedió en Granada, el temor a sus partidarios más radicales incidió en la actitud de los líderes revolucionarios del norte. Su posición conciliadora chocaba con la voluntad de los revolucionarios populares de luchar contra los invasores norteamericanos. Además, estos dirigentes y sus familias también se habían convertido en blanco de la

violencia contra la élite perpetrada por los combatientes populares. En consecuencia, en vísperas de la batalla de Zeledón en Masaya, un residente sueco informó que los dirigentes revolucionarios de León ya “no eran capaces de impedir el derramamiento de sangre y la destrucción” desatada por el pueblo enardecido, y ahora “temían por sus propias vidas”.⁹¹ El siguiente día, los combatientes populares desafiaron a su dirigencia atacando a un reducido grupo de soldados norteamericanos acampados en Chichigalpa, una aldea próxima a Chinandega, notoria por su producción azucarera. A los gritos de “¡Muerte a los Americanos!”, los revolucionarios hirieron a cinco marinos, pero perdieron a trece de sus hombres. Aunque en las fuentes de EE.UU. se afirma que éstos murieron durante el combate, la memoria local sostiene que fueron ejecutados por los marinos en las gradas de la iglesia local, mucho antes de que éste terminara.⁹²

Perturbados por el incidente ocurrido en Chichigalpa, los funcionarios norteamericanos abandonaron sus esfuerzos mediadores y pasaron a la ofensiva. El comandante regional del ejército de EE.UU. admitió que la lógica de la orden de atacar León y Chinandega “no estaba clara desde un punto de vista militar”. No obstante, argumentó que dichas acciones eran necesarias “debido a la condición de anarquía existente”.⁹³

La acelerada erosión de la autoridad de la élite complicaba los esfuerzos del ejército de EE.UU. por apoderarse de los bastiones de los revolucionarios del norte. El 5 de octubre, un día después de su victoria en Masaya, quinientos soldados norteamericanos se sumaron a sus setecientos cincuenta compañeros ya acampados en las afueras de León. A fin de garantizar una rendición pacífica, los líderes revolucionarios locales acompañaron a las tropas de EE.UU. cuando éstas entraron en la ciudad el siguiente día.⁹⁴ Su presencia no disuadió a unos doscientos combatientes populares, que dispararon contra los invasores norteamericanos, matando a tres de ellos. Una lluvia de balas semejante recibió a las tropas de EE.UU. en Chinandega, aunque los líderes revolucionarios locales también habían mostrado “un fuerte deseo de apoyar” la toma de la ciudad por las fuerzas norteamericanas.⁹⁵

Tal como después reconocería el prominente oligarca revolucionario Leonardo Argüello, el ataque de los leoneses a las tropas de EE.UU. reflejaba la ira popular ante la decisión de la dirigencia de capitular pacíficamente.⁹⁶ Cuando se difundió la noticia de que las fuerzas norteamericanas entrarían a la ciudad sin ningún impedimento, una muchedumbre enardecida se agolpó frente a la casa de Argüello, e intentó darle muerte junto a otros dirigentes revolucionarios de la élite que se hallaban reunidos allí. La situación empeoró cuando de pronto corrió el rumor de que éstos habían sido sobornados para entregar la ciudad. La explosiva acusación atizó la ira popular en contra de los dirigentes revolucionarios de León, y llevó la situación al borde del estallido. Sin embargo, los combatientes populares no pudieron evitar que las tropas de EE.UU. tomaran el control de León y Chinandega. Al cabo de una semana, todos los demás bolsones revolucionarios habían caído, y una tensa paz imperó nuevamente en Nicaragua.

Una vez asegurada la victoria militar, las tropas norteamericanas desarrollaron una breve campaña política para conquistar los corazones y las mentes de la población local. Reconociendo hábilmente el predominio de un intenso rencor contra los Estados Unidos, el almirante Southerland envió tropas de caballería a incursionar en distintas regiones de Nicaragua con el propósito de "sacar del error ... a los habitantes que anteriormente se habían formado ideas equivocadas sobre los americanos".⁹⁷ Dicha iniciativa concluyó a mediados de noviembre de 1912, cuando EE.UU. retiró sus fuerzas de ocupación de Nicaragua.

Obviamente, la campaña diplomática de Southerland fue demasiado breve como para dar frutos. Pero además fue socavada por las ceremonias públicas y banquetes organizados por la oligarquía conservadora gobernante para honrar a los victoriosos invasores norteamericanos. Dichos eventos celebraban de manera conspicua el sometimiento de Nicaragua a los Estados Unidos.⁹⁸ Además, provocaban gran escándalo debido a la situación de escasez de alimentos que todavía acosaba a la mayoría de la población. El repudio del pueblo

a dichos festejos fue captado por un poeta de las filas de Zeledón, quien escribió: “Ladinos mercenarios se rellenan la panza / en los banquetes dados a necia burguesía / mientras que la miseria sin hacer ruido avanza”.⁹⁹ Tal como revelan estos versos, al final de la guerra la “burguesía” se hallaba muy deslegitimada.

Conclusión

A pesar de su relativa brevedad, la guerra civil de 1912 se caracterizó por una excepcional violencia. Las acciones bélicas se desarrollaron sólo en la región del Pacífico, pero cobraron entre dos mil y cinco mil vidas pues allí se concentraba la mayor densidad poblacional del país.¹⁰⁰ Además, la guerra ocasionó gran destrucción en las ciudades y propiedades rurales. Las pérdidas materiales y humanas sufridas por Nicaragua en 1912 fueron las más graves desde la Guerra Nacional contra Walker, y no serían superadas hasta el estallido de la insurrección sandinista de 1978-9. Asimismo, las élites gobernantes fueron sometidas a diversas formas de humillación pública y agresiones, quizá las más traumáticas sufridas en la historia moderna del país. Para mayor escándalo, sus torturadores eran personas con quienes compartían antiguos vínculos políticos y, en algunos casos, también lazos familiares. A fin de poder convivir con este trauma, las víctimas de la élite primero procuraron representar a los principales autores de la violencia como “bárbaros”, y “otros” en términos de raza, clase o región. Con el tiempo, simplemente silenciaron su doloroso pasado, evitando narrarles a sus descendientes lo sucedido.¹⁰¹ En consecuencia, esta “guerra social o comunista” ha sido eficazmente borrada de la memoria de la élite y de la historiografía nicaragüense.¹⁰²

Pese a este olvido intencional, la violencia revolucionaria de 1912 tuvo graves consecuencias políticas en Nicaragua. Debilitó la autoridad de las élites locales a un nivel crítico, cuando las empujó a recibir la impopular invasión norteamericana

con los brazos abiertos. Tal como ocurrió en 1855, un sector particular de la élite solicitó la intervención militar de 1912. Sin embargo, mientras la clase alta se unió para derrotar al ejército filibustero de Walker a mediados del siglo diecinueve, en 1912 la mayoría de los líderes revolucionarios capituló ante los invasores norteamericanos sin disparar un cartucho. Hasta cierto punto, escogieron este camino convencidos de la futilidad de atacar a las tropas de los Estados Unidos. Empero, quizá lo más significativo sea que su rendición obedeció al temor a su propia base social.

Tan sólo los líderes revolucionarios acampados en Masaya combatieron a los invasores norteamericanos. Esto puede explicarse, en buena medida, por el hecho de que ellos no temían a su base social. Mientras que los dirigentes de las fuerzas insurgentes en Granada y León eran nativos de dichas ciudades, los de Masaya eran foráneos que llegaron cuando estalló la guerra. Y, puesto que las relaciones sociales en Granada y León – los bastiones de la élite – se hallaban más polarizadas que en Masaya, los primeros sufrieron un mayor grado de violencia popular. Por tanto, los dirigentes granadinos y leoneses tenían más motivos que sus compañeros de armas en Masaya para temer la creciente radicalización de los combatientes populares. Cuando la violencia escapó a su control, buscaron protección echándose en los brazos de los invasores norteamericanos. Esta opción les permitió sobrevivir la guerra, pero su suerte tuvo un costo: la erosión de su influencia política y moral sobre sus conciudadanos.

En contraste, la guerra de 1912 incrementó el poder de los Estados Unidos en Nicaragua de manera significativa, pues demostró que las amenazas de Washington no eran simple retórica. El impacto de la invasión en la mentalidad popular fue tan profundo que, durante mucho tiempo, las madres nicaragüenses evocaban la captura de Luis Mena por los militares norteamericanos para asustar a sus niños, advirtiéndoles: “¡Chitón! Ahí viene el mayor Butler a llevarte”.¹⁰³ Los Estados Unidos también se beneficiaron de la profunda deslegitimación de los líderes del movimiento nacionalista

antinorteamericano en Nicaragua. El persistente eco de la frase “¡Ésta!, dijo Mena” sugiere que la memoria popular sobre la guerra de 1912 se forjó sobre todo en torno a la incapacidad de este general – el líder nacionalista nicaragüense más admirado de la época – de respaldar su retórica contra EE.UU. con la acción. El hondo significado de la capitulación de Mena radica, precisamente, en que la mayoría de los líderes revolucionarios de 1912 siguieron su camino, y no el ejemplo del sacrificio de Zeledón. Con la desarticulación del movimiento nacionalista nicaragüense, las condiciones del país parecían propicias para que EE.UU. pusiera en práctica una forma relativamente nueva de dominación imperial: la Diplomacia del Dólar.

Notas

- ¹ Borge, *Patient Impatience*, 62.
- ² Silva, *Jacinta*, 165.
- ³ USNA, RG 59, 817.00/2330, discurso pronunciado por Diego Manuel Chamorro, enero 15, 1914.
- ⁴ USNA, RG 59, 817.00/2166, Weitzel a Knox, julio 31, 1912.
- ⁵ Ej., USNA, RG 59, 817.00/2168, anexo N° 1.
- ⁶ Ej., los testimonios del veterano de la guerra Adolfo Calvo Díaz, en *Barricada*, octubre 4, 1980, y *Ventana*, junio 27, 1981.
- ⁷ Anotaciones de Benjamín Zeledón en su “Libro de guerra”, correspondientes al primero de agosto, reproducidas en Gutiérrez, *Partes de guerra*.
- ⁸ USNA, RG, 817.00/2179, anexo N° 4, Mena a Weitzel, agosto 17, 1912.
- ⁹ USNA, RG, 59, 817.00/2167, anexo N° 2.
- ¹⁰ *La Información*, agosto 17, 1912.

- 11 Véase el testimonio de un exsoldado rebelde en *Ventana*, junio 27, 1981.
- 12 *La Información*, agosto 3, 1912.
- 13 Anotación de Zeledón correspondiente al 10 de agosto de 1912, en Gutiérrez, *Partes de guerra*.
- 14 Ej., USNA, RG 59, 817.00/2201, anexo N° 1, Legación salvadoreña al Gobierno salvadoreño, agosto 5, 1912; y *La Información*, agosto 2, 1912.
- 15 USNA, RG 59, 817.00/1821, Secretario de Estado a Presidente, agosto 5, 1912.
- 16 USNA, RG 59, 817.00/1868, Weitzel a Knox, agosto 17, 1912.
- 17 *La Información*, septiembre 10, 1912.
- 18 USNA, RG 59, 817.00/2205, anexo N° 1, Diego Manuel Chamorro al Ministro salvadoreño, diciembre 10, 1912, 7.
- 19 Ej., USNA, RG 59, 817.00/2131, Club de Granada a Southerland, octubre 9, 1912; 817.00/2134; *La Información*, octubre 28, 1912; y Ham, "Revolution in Nicaragua", 575.
- 20 Mi análisis sobre la violencia revolucionaria en Granada se basa en gran medida en testimonios presentados por sus víctimas a la Comisión Mixta de Reclamaciones conservada en AMPG en los siguientes legajos: 1912, Demandas civiles; 1913, Notas municipales, 155 fols.; 1913, Asuntos civiles; y 1913, Documentos varios, 180 fols.
- 21 Ej., Joaquín, Guillermo, Carlos, y Mariano Argüello Vargas; José Miguel Gómez e hijos Joaquín y Pedro Gómez Rouhaud; Eduardo y Fulgencio Montiel; David y Francisco

Osorno Rojas; Ernesto Selva; Narciso Arellano; Enrique G. Gutiérrez; Salvador Jiménez; y Manuel Zavala Chamorro.

- ²² Véase, por ejemplo, el parentesco del oligarca revolucionario Manuel Zavala Chamorro con varios miembros antirevolucionarios de la familia Chamorro; y el hecho de que los oligarcas revolucionarios David y Francisco Osorno vivían contiguo a la casa de Mariano Zelaya Bolaños, una de las principales víctimas de la violencia contra la élite de 1912.
- ²³ Véase Gobat, "Against the Bourgeois Spirit", 109–11, para una lista de sus nombres.
- ²⁴ USNA, 817.00/1925, Weitzel a Knox, agosto 31, 1912.
- ²⁵ Véase, por ejemplo, la membresía de los líderes rebeldes Samuel Talavera y Rafael Monterrey al consejo municipal de Nandaime en 1911 (AMPG, 1911, leg. Notas varias, 197 fols., julio 18, 1911). Sobre el predominio de las familias Talavera y Monterrey en el Club Conservador de Nandaime, véase *El Centinela*, noviembre 22, 1910.
- ²⁶ Sobre el estatus de Chavarría como mayordomo, véase AMPG, 1913, leg. Notas municipales, 155 fols., abril 18, 1913.
- ²⁷ Véase Gobat, "Against the Bourgeois Spirit", 114, para una lista de las principales víctimas.
- ²⁸ Conservado en USNA, RG 84, vol. 26, anexo N° 3 a 14 con despacho N° 76 de octubre 10, 1912.
- ²⁹ *La Información*, septiembre 28, 1912.
- ³⁰ USNA, RG 84, vol. 26, anexo N° 13 con despacho N° 76 de octubre 10, 1912.

- ³¹ Ej., Ibid., anexos N° 5 y N° 10.
- ³² Ibid., anexo N° 13.
- ³³ Ibid.
- ³⁴ Outram, *Body and French Revolution*, 1.
- ³⁵ Además de los testimonios citados, véase USNA, RG 84, vol. 26, expediente 800, N° 74, anexo N°. 6.
- ³⁶ USNA, RG 59, 817.00/2134, “Damas de Granada” a Almirante Southerland, octubre 11, 1912.
- ³⁷ Sobre cómo el honor femenino sostenía la autoridad de la élite, véase Dore, “Patriarchy and Private Property”, 67–68.
- ³⁸ Véase Gobat, “Against the Bourgeois Spirit”, 122–25, para las fuentes relevantes.
- ³⁹ USNA, RG 84, vol. 26, anexo N° 8 con despacho N° 76 de octubre 10, 1912.
- ⁴⁰ USNA, RG 59, 817.00/2198, anexo N° 4, Labern a Thompson, septiembre 4, 1912.
- ⁴¹ USNA, RG 84, vol. 26, anexo No. 13 con despacho N° 76 de octubre 10, 1912.
- ⁴² Véase Gobat, “Against the Bourgeois Spirit”, 125, para ejemplos específicos.
- ⁴³ USNA, RG 59, 817.00/2191, anexo N° 19, septiembre 26, 1912.
- ⁴⁴ USNA, RG 59, 817.00/2119, Southerland a Secretario de la Marina, septiembre 27, 1912.

- ⁴⁵ USNA, RG 127, entrada 43, caja 2, folder NICA, 1912—Relaciones con Oficiales Nicaragüenses, Resumen de entrevista de Argüello con Teniente Coronel Long, octubre 10, 1912.
- ⁴⁶ Coronil y Skurski, "Dismembering and Remembering the Nation", 289.
- ⁴⁷ Ej., Dore, "Patriarchy from Above, Below", 225.
- ⁴⁸ Véase también Gould, "Café, trabajo y comunidad indígena".
- ⁴⁹ Ej., USNA, RG 59, 817.00/1811, Weitzel a Secretario de Estado, agosto 2, 1912. En términos más generales, véase Nancy Mitchell, *Danger of Dreams*.
- ⁵⁰ USNA, RG 59, 817.00/1940a, Huntington Wilson a Presidente Taft, agosto 30, 1912.
- ⁵¹ Challener, *Admirals, Generals*, 302–8.
- ⁵² Schmidt, *Maverick Marine*, 54. Sobre la oposición a una invasión a gran escala por parte del oficial militar norteamericano de mayor rango en Nicaragua, véase USNA, RG 59, 817.00/1898, Terhune a Secretario de la Marina, agosto 3, 1912.
- ⁵³ USNA, RG 127, entrada 43, expediente Nicaragua 1912—Reportes de Operaciones, caja 3, Long a Pendleton, noviembre 18, 1912.
- ⁵⁴ USNA, RG 59, 817.00/2183, Transcripción del Libro de Registro Misceláneo del Consulado Americano, Corinto.
- ⁵⁵ Venzon, *General Smedley Darlington Butler*, 103; Butler, *Old Gimlet Eye*, 141–43.
- ⁵⁶ Ham, "Revolution in Nicaragua", 576.

- 57 *La Información*, septiembre 10, 1912.
- 58 Carta de Leonardo Argüello a Southerland, septiembre 3, 1912, en Montalván, *Hace medio siglo*, 91–98.
- 59 Ramírez Delgado, *Narraciones históricas*, 85–87.
- 60 USNA, RG 59, 817.00/2013, Southerland a Secretario de la Marina, septiembre 3, 1912.
- 61 USNA, RG 59, 817.00/2183 (especialmente septiembre 3).
- 62 USNA, RG 59, 817.00/1940b, Huntington Wilson a Weitzel, septiembre 4, 1912.
- 63 USNA, RG 59, 817.00/1944, Weitzel a Secretario de Estado, septiembre 4, 1912; 817.00/2183; RG 127, entrada 43, caja 3, expediente Nicaragua 1912—Reportes de Operaciones, Long a Pendleton, noviembre 18, 1912.
- 64 USNA, RG 59, 817.51/504, Díaz a Mallet-Prevost, septiembre 23, 1912.
- 65 *La Información*, septiembre 10, 21, 22 y 24, 1912.
- 66 Butler, *Old Gimlet Eye*, 160–61; testimonios en *El Centroamericano*, octubre 26, 1924.
- 67 USNA, RG 59, 817.00/2129, Memorandum del General Luis Mena, octubre 10, 1912.
- 68 USNA, RG 127, entrada 43, expediente 1912 Nicaragua, caja 3, Pendleton a Southerland, octubre 11, 1912.
- 69 Ej., Challener, *Admirals, Generals*, 306–7; y Schmidt, *Maverick Marine*, 52–53.

- ⁷⁰ USNA, RG 59, 817.011/16, enero 15, 1912; Circular de Lacyo “Nicaragüenses, jefes, oficiales y soldados, centroamericanos”, en USNA, RG 84, vol. 26.
- ⁷¹ USNA, RG 59, 817.00/2191, anexo N° 14.
- ⁷² Véase declaración de Mena en *La Información*, octubre 12, 1912.
- ⁷³ USNA, RG 59, 817.00/1998, Weitzel a Secretario de Estado, septiembre 20, 1912; 817.00/2191, anexo N°. 16.
- ⁷⁴ Butler, *Old Gimlet Eye*, 157–58.
- ⁷⁵ *La Información*, octubre 2, 1912.
- ⁷⁶ USNA, RG 127, entrada 43, expediente 1912 Nicaragua, caja 3, Pendleton a Southerland, Octubre 11, 1912.
- ⁷⁷ USNA, RG 59, 817.00/2191, anexo N° 18.
- ⁷⁸ Ej., Valle Castillo, “Zeledón”.
- ⁷⁹ Véase *Doctor y General*, Ediciones Ministerio de Educación, para mayor información sobre la niñez y juventud de Zeledón.
- ⁸⁰ Ej., Instituto de Estudio del Sandinismo, *Pensamiento Antimperialista*, 147–49 y 153.
- ⁸¹ Marine Corps University Research Archives, U.S. Marine Corps, Gray Research Center (en adelante, MCURA), Pendleton Papers, folder 7, Pendleton a Long, octubre 2, 1912.
- ⁸² USNA, RG 59, 817.00/2198, anexo N° 2.
- ⁸³ Testimonio del suegro de Zeledón, reproducido en Matus, *Estudio crítico*, 47.

- 84 Robleto, *Nido de memorias*, 242.
- 85 Testimonio de Ramírez, en *Barricada*, octubre 4, 1980.
- 86 Matus, *Estudio crítico*, 44–49; *Barricada*, octubre 4, 1980; Robleto, *Nido de memorias*, 244.
- 87 MCURA, Pendleton Papers, folder 7, Butler a Southerland, octubre 4, 1912; USNA, RG 127, entrada 43, caja 2, expediente NICA, 1912—Inteligencia.
- 88 Véase el testimonio de Carlos Muñoz en *Barricada*, octubre 4, 1981.
- 89 Conrad, *Sandino*, 63.
- 90 MCURA, Pendleton Papers, folder 7, Long a Pendleton, octubre 1, 1912; USNA, RG 84, vol. 26, General Francisco Baca a Weitzel, septiembre 29, 1912.
- 91 USNA, RG 59, 817.00/2198, anexo N° 77, E. Viggh a Weitzel, octubre 3, 1912.
- 92 USNA, RG 59, 817.00/2126, Southerland a Secretario de la Marina, octubre 5, 1912. Véase Gould, *To Lead as Equals*, 25–26, sobre la versión local.
- 93 USNA, RG 127, entrada 43, expediente Nicaragua 1912—Reportes de Operaciones, Long a Pendleton, noviembre 18, 1912.
- 94 USNA, RG 59, 817.00/2128, Southerland a Secretario de la Marina, octubre 10, 1912.
- 95 USNA, RG 84, vol. 26, Southerland a Weitzel, octubre 8, 1912.

- ⁹⁶ USNA, RG 127, entrada 43, caja 2, expediente NICA, 1912—Relaciones con Oficiales de Nicaragua, Entrevista de Long con Argüello, octubre 10, 1912.
- ⁹⁷ USNA, RG 59, 817.00/2160, Southerland a Secretario de la Marina, noviembre 4, 1912.
- ⁹⁸ Ej., Venzon, *General Smedley Darlington Butler*, 127 y 130–32; USNA, RG 84, vol. 25, Martínez a Weitzel, noviembre 12, 1912; y USNA, RG 59, 817.00/2164, Southerland a Secretario de la Marina, noviembre 14, 1912.
- ⁹⁹ Montiel, “Tierra del no vivir”.
- ¹⁰⁰ Sobre el estimado más alto, véase USNA, RG 59, 817.00/2264, anexo N° 4.
- ¹⁰¹ Por ejemplo, Armando Benard Lacayo sostiene que nunca escuchó que su padre Martín Benard hubiese sido maltratado por los revolucionarios de 1912. Entrevista con José Joaquín Quadra, Granada, agosto 1, 1996.
- ¹⁰² La fuente de la cita es USNA, RG 59, 817.00/2205, anexo N° 1, Chamorro a Ministro Salvadoreño, diciembre 10, 1912, 7.
- ¹⁰³ Editorial de la revista *Nación*, 112.2903 (1921): 278.

Parte III. Diplomacia del Dólar, 1912-1927

Capítulo 5

Nacionalismo Económico ***Resistiendo al Régimen “Feudal”*** ***de Wall Street***

A raíz de la invasión de 1912, el gobierno de los Estados Unidos impulsó una singular estrategia para asegurar su dominio en Nicaragua. No estableció un gobierno militar en esta nación, tal como hizo en los territorios que arrebató a España en 1898 – Cuba, Puerto Rico y las Filipinas – y en Haití y República Dominicana, que invadió en 1915 y 1916, respectivamente. En cambio, retiró casi todas sus tropas, dejando tan sólo cien soldados para resguardar la legación de EE.UU. en Managua. En vez de recurrir a los medios militares tradicionales, Washington gobernó Nicaragua básicamente a través de unos cuantos representantes de bancos norteamericanos, a quienes encargó la administración de las finanzas públicas del país. El presidente Taft justificó este nuevo estilo de dominio imperial bajo el argumento de que EE.UU. procuraría acrecentar su hegemonía “sustituyendo balas por dólares”.¹ Y hasta 1929, cuando sobrevino la Gran Depresión, su llamada “Diplomacia del Dólar” constituyó el motor de la política exterior de EE.UU. hacia gran parte de América Latina, en especial, en la Cuenca del Caribe y en la región de los Andes.²

En la mayoría de estos países, la diplomacia del dólar conllevó la supervisión de las finanzas públicas por parte de los Estados Unidos, a cambio de una afluencia de préstamos norteamericanos sin precedentes. Sin embargo, Nicaragua sufrió la injerencia económica sin el beneficio de un mayor ingreso de capital. De hecho, recibió menos inversiones de

EE.UU. que la mayoría de naciones latinoamericanas, durante el frenesí de préstamos impulsado por Wall Street en la década de 1920 - la tristemente célebre “danza de los millones”. Tal como admitieron de buena gana los arquitectos de la diplomacia del dólar, su meta primordial en Nicaragua no era de índole económica sino estratégica: evitar que potencias rivales explotaran la supuesta inestabilidad “crónica” del país para construir otro canal interoceánico.³ Después de la guerra de 1912 entre el bando del Partido Conservador que apoyaba a Luis Mena y el de sus rivales, los funcionarios norteamericanos ya no podían seguir achacando los “problemas” políticos de Nicaragua a los prosélitos del derrocado régimen liberal de Zelaya. Pero, en vez de reconocer el ímpetu revolucionario de la guerra de 1912, los políticos de EE.UU. la percibieron como una mera disputa por el control del tesoro nacional entre facciones de una élite corrupta e improductiva. Por tanto, llegaron a la convicción de que los conflictos en Nicaragua obedecían, sobre todo, a que la clase gobernante había politizado las finanzas públicas. A fin de resolver este “problema”, Washington obligó al estado nicaragüense a ceder la administración de los ingresos y gastos públicos a banqueros de Wall Street, y a la vez conminó a éstos a seguir una política fiscal restrictiva. Apremiados por su propio gobierno, los banqueros de Wall Street excluyeron a Nicaragua de su “danza de los millones”. Por consiguiente, la aplicación de la diplomacia del dólar en Nicaragua constituye un caso excepcional, pues el apoyo de la banca de EE.UU. a la política exterior de su gobierno fue muy superior a los réditos que obtuvo a cambio.⁴

Sin embargo, el estilo de la política exterior de la administración Taft no era tan sólo un mecanismo de bajo costo al servicio del dominio de EE.UU. en Nicaragua. Constituía, además, una novedosa diplomacia de modernización, que tenía sus raíces en el movimiento reformista del Progresismo, entonces en boga en los Estados Unidos.⁵ Ciertamente, en años anteriores funcionarios norteamericanos habían asumido la dirección de las finanzas públicas en Puerto Rico, Filipinas y República Dominicana. No obstante, el protectorado nicaragüense

fue el primero en basarse en un contrato de préstamos con bancos privados norteamericanos, y no en un tratado diplomático con el gobierno de los Estados Unidos. Por tanto, dio inicio a un nuevo tipo de diplomacia del dólar, caracterizado por el hecho de que “la expansión del dominio imperial norteamericano, hasta entonces ‘público’, se desplazó a la esfera ‘privada’ ”.⁶ Además, mientras que en la mayoría de los países de América Latina, el ímpetu modernizante de la diplomacia del dólar emanaba de la exportación de valores colectivos norteamericanos como el consumismo, la manera en que se aplicó en Nicaragua obedecía a una visión más institucional de la modernidad.⁷ En particular, esta política exterior descansó en el control de Wall Street sobre el banco nacional de Nicaragua, la recaudación de aduanas, y la comisión mixta que regulaba el presupuesto de los gastos estatales. A través de dichas instituciones, los funcionarios de EE.UU. esperaban garantizar la estabilidad de Nicaragua, inculcando a las élites nativas los ideales tecnocráticos y apolíticos propugnados por la ideología norteamericana del Progresismo. A juicio de sus arquitectos y promotores, la diplomacia del dólar era un proyecto universal de una coherencia perfecta, aplicable en cualquier país del mundo. Sin embargo, en la práctica no sólo promovía la visión norteamericana del “progreso”, sino también era un mecanismo de control imperial; por tanto, en esencia constituía un factor de desestabilización.

Algunas personalidades nicaragüenses que habían apoyado la invasión norteamericana de 1912 pronto percibieron los peligros de la diplomacia del dólar; en consecuencia, suplicaron a Washington que no convirtiera a su país en un pleno protectorado financiero.⁸ Conscientes de que la oposición nacionalista al tratado de préstamos entre EE.UU. y Nicaragua había precipitado la guerra de 1912, argumentaban que la entrega del control sobre las finanzas públicas a Wall Street provocaría otra violenta rebelión antinorteamericana. El presidente Taft y sus principales asesores desestimaron tales advertencias. De hecho, la guerra de 1912 reforzó su decisión de imponer el proyecto modernizante de la diplomacia del

dólar en Nicaragua. Más aún, esperaban utilizar a este país como una vitrina para promover su nuevo estilo de dominio imperial en otras naciones de la Cuenca del Caribe. Al final, los presagios de los nicaragüenses se cumplieron. Si bien la diplomacia del dólar restableció la solvencia fiscal del estado a un nivel asombroso, fue incapaz de generar la estabilidad política anhelada por los funcionarios norteamericanos. Su convulsionado régimen concluyó en 1927 con otra invasión de los Estados Unidos a Nicaragua.

A raíz de la imposición de la diplomacia del dólar, la resistencia nicaragüense contra el dominio imperial norteamericano se cohesionó alrededor de la ideología del nacionalismo económico. La política exterior de modernización, tan elogiada en EE.UU., fue criticada por los nacionalistas nicaragüenses como el mayor obstáculo para el desarrollo de su país. Sus denuncias sobre el nocivo impacto económico de la diplomacia del dólar atizaron pugnas políticas que desembocaron en la invasión norteamericana de 1927. Además, la nueva política exterior de EE.UU. provocó un hondo impacto cultural, que se reflejó en las novelas más influyentes de esa época. Sus autores la culpaban de llevar a la quiebra a numerosos productores agroexportadores, que impotentes veían pasar sus preciadas empresas a manos de los principales villanos de la época: los bancos de Wall Street. Peor aún, acusaban a los banqueros de descuidar las propiedades adquiridas por ejecución hipotecaria al extremo de sumirlas en la ruina. Al igual que los autores de estas novelas, muchos nicaragüenses llegaron a asociar el término “Wall Street” con un régimen económico atrasado y “feudal”. De esta manera, invirtieron el discurso de la diplomacia del dólar sobre el “primitivismo”. Así, mientras los agentes de la política exterior de Washington, y la prensa norteamericana en general, representaban a sus protectorados como “atrasados” y “primitivos”, los nicaragüenses usaban esas mismas imágenes para culpar a Wall Street de paralizar el desarrollo económico de su país.⁹

La posición de los nicaragüenses ofrece un vívido contraste con la percepción de Wall Street como un símbolo de

la modernidad, que predominaba entre las élites latinoamericanas.¹⁰ Su admiración por la banca norteamericana surgió, sobre todo, a raíz de la bonanza financiera generada por la “danza de los millones” en la década de 1920, que muchos aprovecharon para renovar sus empresas. Sin embargo, en algunos países se acusaba a Wall Street de impulsar una modernidad monstruosa, que representaba una amenaza a su propia cultura y sociedad. En particular, éste fue el caso de las naciones caribeñas donde reinaban las compañías azucareras norteamericanas.¹¹ En contraste, Nicaragua no experimentó una expansión en las inversiones directas o indirectas de los Estados Unidos. Más aún, se puede afirmar que éste fue el único país de América Latina donde la diplomacia del dólar provocó una reducción de los proyectos de mejoría en los servicios públicos, en vez su incremento. Por tanto, es comprensible que los nicaragüenses percibieran a Wall Street como un factor que provocaba la involución de la economía de su país. Este peculiar antiamericanismo económico tuvo una enorme influencia en la campaña nacionalista nicaragüense en contra de la diplomacia del dólar.

Modernización vía la Comisión Mixta

Hoy día, la imposición de la diplomacia del dólar en Nicaragua es asociada, en particular, con el control de Wall Street sobre el banco nacional, el ferrocarril, y la recaudación de impuestos aduaneros. Sin embargo, la comisión mixta jugó un papel central, pues fue el medio a través del cual los agentes de esta política exterior de EE.UU. intentaban modernizar la cultura política y económica de Nicaragua.¹² Aunque recibió distintos nombres a lo largo del tiempo – Comisión Mixta de Reclamaciones (1911-15), Comisión de Crédito Público (1917-18), y Alta Comisión (1919-44) – su junta de directores siempre estuvo integrada por dos representantes de bancos norteamericanos y un funcionario nicaragüense. Al comienzo, ese órgano concentró sus esfuerzos en reducir el

monto reclamado por nacionales y extranjeros al gobierno de Nicaragua por pérdidas materiales sufridas durante la dictadura de Zelaya, la guerra civil de 1909-10, y la revolución de 1912. En 1913, esta suma representaba alrededor del 40 por ciento de la deuda pública del país – una pesada carga para el estado nicaragüense. La comisión esperaba que la reducción de dicha deuda contribuyera a asegurar la estabilidad política de Nicaragua.

No obstante, la meta primordial de los agentes de la diplomacia del dólar era despolitizar las finanzas públicas de Nicaragua. Con este fin, procuraron redefinir la relación entre el estado y la economía, eliminando el control de los partidos sobre el manejo del tesoro nacional. Los miembros norteamericanos de la comisión procuraban convencer a las élites nicaragüenses de que las instituciones estatales debían obedecer al interés universal de la sociedad civil, y no a la conveniencia personal de los gobernantes. A su juicio, la raíz de los “problemas” de Nicaragua era la ineficiencia de su organización económica politizada, en la cual los programas, leyes e instituciones constituían “meros instrumentos” en manos de una reducida élite gobernante. Por ejemplo, en un artículo titulado “Renovando Nicaragua”, Arthur Thompson – miembro de la primera comisión mixta – sostuvo que en este país la “idea original de un gobierno basado en el derecho se ha distorsionado en la de un gobierno de personas”.¹³ De acuerdo a Thompson, este marco institucional injerencista y arbitrario frenaba el desarrollo político y económico. Por tanto, a fin de “renovar Nicaragua”, la comisión debía enfocarse principalmente en enseñar a los nicaragüenses a administrar una institución estatal imparcial y eficaz.

Sin embargo, la posibilidad de que la comisión alcanzara dicha meta se vio comprometida desde un inicio, pues los funcionarios norteamericanos permitieron al gobierno nicaragüense incidir mucho en el desarrollo de su trabajo. Por una parte, cedieron al presidente de Nicaragua la potestad de nombrar al miembro nativo de la comisión, así como a uno de sus representantes norteamericanos. Además, encargaron

a las autoridades locales llevar a cabo la investigación de los antecedentes de todos los reclamos, un proceso obviamente marcado por intereses políticos. No es de extrañar, pues, que la comisión operara en forma parcial y politizada. Su sesgo partidista fue especialmente notorio en las resoluciones sobre los reclamos por la guerra de 1912. La comisión rechazó todas las demandas sometidas por personas que habían sufrido pérdidas provocadas por tropas estatales o norteamericanas; en contraste, aprobó aquellas referidas a daños causados por los insurgentes en las propiedades de los allegados al gobierno.¹⁴ Cuando la comisión se pronunció sobre los últimos reclamos hacia fines de 1914, pocos se sorprendieron de que los principales favorecidos por sus resoluciones fueran miembros de la élite cercanos a Díaz. Aunque los integrantes de este sector del Partido Conservador sometieron menos del 10 por ciento de los 7,911 expedientes de reclamos, recibieron alrededor del 55 por ciento (un millón de dólares de EE.UU.) del monto total aprobado; otro 27 por ciento fue a parar a manos de 66 demandantes norteamericanos.¹⁵

Por consiguiente, las élites opositoras tenían buenos motivos para denunciar la parcialidad política de la comisión mixta.¹⁶ La frustración provocada por sus decisiones se refleja en el caso de José León Román y Reyes, un prominente liberal del departamento de Carazo. Román sometió un reclamo solicitando compensación por pérdidas sufridas durante la guerra civil de 1912. Al igual que muchos otros miembros de la élite que simpatizaban con el movimiento revolucionario, Román fue víctima de los combatientes populares que desvalijaron su tienda, asaltaron sus haciendas de ganado y café, y le robaron alrededor de ocho mil setecientos dólares. Román fue uno de los pocos simpatizantes de la rebelión de 1912 cuyo reclamo no fue rechazado de inmediato por la comisión mixta. Sin embargo, ésta sólo aprobó pagarle el 3 por ciento del monto total de su demanda, que ascendía a US\$830,000. En una airada carta dirigida al expresidente Adolfo Díaz, Román comparó su caso con el de los gobernantes conservadores. Aunque la base de los reclamos era idéntica, la comisión mixta reconoció

alrededor del 80 por ciento de las sumas solicitadas por los allegados a Díaz. “¿No es verdad Don Adolfo,” escribió Román, “que hay razón para no creer en la imparcialidad de los Jueces de la Comisión?”¹⁷

Curiosamente, las resoluciones de la comisión también provocaron conflictos dentro del bando contrario a la revolución de 1912. Ejemplo de esta situación es el caso de Felipe Bartolomé Ibarra, un conservador de cuarenta y ocho años de edad, ardiente partidario del general Emiliano Chamorro, y propietario de una importante fábrica de jabón en Managua.¹⁸ Ibarra introdujo una solicitud de reembolso por la suma de cinco mil dólares de los EE.UU., aduciendo que en 1911 le habían cobrado “impuestos injustos” por importación de materias primas. Después de esperar dos años, Ibarra se consternó al enterarse que la comisión había rechazado su demanda. Al igual que sus contrincantes en la revolución de 1912, Ibarra sostuvo que su reclamo había sido desestimado por razones políticas. En particular, argumentó que se le estaba castigando porque no apoyaba a la facción conservadora liderada por Carlos Cuadra Pasos, el representante nicaragüense ante la comisión mixta. Éste no fue un caso aislado; también otros conservadores atribuyeron el rechazo de sus demandas a las intrigas internas de su partido.¹⁹

Con el tiempo, la comisión incluso provocó malestar entre el grupo de reclamantes favorecidos por sus resoluciones, pues carecía de suficientes recursos para pagarles de inmediato. En consecuencia, se desató una airada protesta pública y, según los representantes norteamericanos, día tras día sus oficinas se veían asediadas por “hombres y mujeres andrajosos, muchas veces impedidos y ciegos ... que patéticamente suplican el pago de su modesto reclamo”.²⁰ La comisión destinaba sus limitados fondos para rembolsar sumas menores de cien dólares de EE.UU. – una disposición concebida para apuntalar la maltrecha legitimidad de su propia entidad y del gobierno conservador.²¹ Procediendo de esta manera, canceló 4,618 reclamos por una suma total de US\$157,700.

La comisión empezó a satisfacer las demandas más sustanciales hasta después de que el Senado de los Estados Unidos ratificó el tratado Bryan-Chamorro en julio de 1916, y Nicaragua recibió tres millones de dólares a cambio de ceder a esa potencia derechos exclusivos para construir un canal y establecer una base naval en la costa del Pacífico de su territorio. Empero, el Senado determinó que dicha suma debía emplearse, en primer lugar, para cancelar las deudas contraídas con banqueros norteamericanos, por lo que tan sólo se asignó a la comisión mixta un sobrante de US\$335,000 para cumplir sus compromisos. Dicha suma le permitió liquidar en efectivo un tercio de los reclamos más importantes, y los demás fueron pagados en bonos de aduana. Para disgusto de sus tenedores, dichos bonos pronto se depreciaron a casi una cuarta parte de su valor original, y alrededor de dos tercios de éstos no pudieron ser cobrados sino hasta diez años más tarde.²²

La incapacidad de la comisión de saldar todos los reclamos alarmó a los gobernantes conservadores, pues cifraban grandes esperanzas en el “dinero del canal”. Sus expectativas eran cada vez más apremiantes a medida que se profundizaba la crisis económica provocada por el estallido de la I Guerra Mundial. Antes de la conflagración, las élites nicaragüenses dependían de los compradores y prestamistas europeos. Cuando la guerra cerró este crucial mercado, confiaban recibir una afluencia masiva de capital norteamericano para compensar su crítica reducción de crédito. Empero, aunque Nicaragua era la vitrina de la diplomacia del dólar, dichas esperanzas nunca se materializaron: de los quince millones de dólares prometidos en el tratado de préstamos de 1911, Nicaragua recibió tan sólo un poco más de dos millones. El disgusto de la élite aumentó porque el gobierno nicaragüense se veía obligado a pagar salarios exorbitantes a los miembros de la comisión y a otros agentes de la diplomacia del dólar. Y cuando Nicaragua finalmente recibió el “dinero del canal”, sólo alrededor del 10 por ciento de éste fue asignado para cubrir los reclamos más importantes.²³ Tal como advirtieron los representantes de EE.UU., la imposibilidad de saldar el

total de los reclamos más cuantiosos socavó, de manera considerable, la fe de las élites gobernantes en la eficacia de la diplomacia del dólar.²⁴

La confianza de los nicaragüenses en cuanto a la competencia de la comisión mixta se hundió aún más, cuando resultó obvio que dicha institución, tan elogiada en EE.UU., no lograba despolitizar el acceso a los preciados recursos estatales. Incluso algunos funcionarios norteamericanos admitieron que los gobernantes conservadores usaban esta entidad para promover sus intereses personales. En vísperas de las elecciones presidenciales de 1916, reiteraron esta opinión con beligerancia, y la embajada de EE.UU. decidió oponerse a la candidatura de Carlos Cuadra Pasos (1879-1964), miembro de la familia nicaragüense más asociada con la diplomacia del dólar. Entre 1911 y 1915, Cuadra había ocupado el cargo de representante nacional ante la comisión mixta, mientras sus hermanos mayores, Eulogio y Pedro Rafael, fungían como ministro de finanzas y agente financiero de Nicaragua en Washington, respectivamente. Puesto que muchos nicaragüenses resentían el control de los hermanos sobre el aparato institucional establecido por la diplomacia del dólar, la embajada de EE.UU. temía que la elección de Cuadra desatara una revolución antinorteamericana.²⁵ Cuando unos barcos de guerra norteamericanos llegaron al país, Carlos Cuadra se inclinó ante la presión de Washington y cedió la presidencia a su principal rival, el general Emiliano Chamorro. Para disgusto de los funcionarios norteamericanos, la presidencia de Chamorro (1917-20) y la de su tío Diego Manuel Chamorro (1921-23) no hicieron más que reforzar la idea de los nicaragüenses de que la comisión mixta, controlada por EE.UU., fungía ante todo como un instrumento de los gobernantes para enriquecerse.

Los fondos recibidos a cambio de la firma del tratado canalero Chamorro-Bryan en 1916 constituían la principal fuente de este controversial lucro, por lo que la asociación de los conservadores con la tristemente célebre imagen de "vendepatria" se consolidó. Aunque éstos esperaban que el

convenio diplomático contribuyera al cumplimiento del destino manifiesto de Nicaragua, sus opositores sostenían todo lo contrario: su objetivo era evitar que potencias extranjeras rivales de EE.UU. construyeran el canal. La situación empeoró cuando el presidente Díaz respaldó la propuesta del Secretario de Estado Bryan de incorporar a dicho tratado una cláusula idéntica a la Enmienda Platt impuesta a Cuba, que otorgaría a EE.UU. el derecho a intervenir militarmente en Nicaragua cuando lo considerara conveniente. Aunque dicho artículo fue anulado por el Senado de los Estados Unidos, la disposición de los gobernantes conservadores a aceptarlo agravó su desprestigio.²⁶ Finalmente, éstos reforzaron su imagen antipatriótica al aceptar el Plan Financiero de 1917. Si bien este programa económico impuesto por EE.UU. permitía a Nicaragua recibir el “dinero del canal”, al mismo tiempo abría las puertas a los odiados agentes de la diplomacia del dólar para que ampliaran su control sobre el estado nicaragüense.²⁷

Los liberales aprovecharon con astucia la polémica en torno a la comisión mixta para representar a los gobernantes conservadores como descarados “vendepatrias”, y proyectar una imagen de sí mismos como los verdaderos defensores de la soberanía nicaragüense. Aunque su campaña nacionalista se desarrolló sobre todo a través de la prensa, los liberales también montaron ataques contra los agentes de la diplomacia del dólar y sus “compinches” locales, rodeándolos de mucha publicidad. Por ejemplo, en León provocaron un escándalo cuando agredieron al recaudador de aduanas norteamericano, mientras asistía a una fiesta en el club social de la élite local.²⁸ Además, atrajeron mucha atención hacia su causa nacionalista burlándose de los funcionarios encargados de impulsar esta política económica impuesta por EE.UU. en el popular carnaval del *toro-venado* de Masaya.²⁹ Sin embargo, al igual que en la guerra de 1912, la posición nacionalista de los dirigentes liberales era ambivalente y, con frecuencia, no pasaba de ser mera teatralidad. En vísperas de las elecciones de 1916, el dirigente del ala más nacionalista del partido liberal, Julián Irías, entabló negociaciones secretas con funcionarios norteamericanos.

En su desesperación por llegar a la presidencia, Irías prometió aceptar el proyecto de tratado canalero aunque incluyera la infame cláusula inspirada en la Enmienda Platt.³⁰ La iniciativa de Irías fue infructuosa, pues EE.UU. impidió que los liberales participaran en las elecciones y mantuvo su proscripción hasta 1924, cuando finalmente se levantó la ley marcial decretada en 1913.

Aunque cabían dudas sobre la existencia de una abismal brecha entre conservadores “vendepatria” y liberales nacionalistas, en la opinión pública nicaragüense y latinoamericana predominaba una percepción diferente. De hecho, el tratado canalero de 1916 estigmatizó a la élite conservadora a tal extremo que, cuando Pedro Joaquín Chamorro Cardenal (1924-78) – sobrino nieto de Emiliano Chamorro – viajó a la Cuba revolucionaria en 1959, Ernesto “Che” Guevara lo saludó con frialdad, dirigiéndole las siguientes palabras: “Pedro Joaquín Chamorro ... ¿como en el Tratado Chamorro-Bryant [*sic*]?”³¹ Sin embargo, a juicio de muchos nicaragüenses, los conservadores merecían su reputación de “vendepatria” no tanto por suscribir el tratado, sino por la parcialidad de la comisión mixta en el desembolso de sus fondos. Además, su proceder recalcaba que la política exterior de la administración Taft no constituía una diplomacia de modernización eficaz ni apolítica.³²

Enfrentando el Impacto Antimoderno de Wall Street

En el contexto de la depresión mundial de 1920-21, la opinión negativa de los nicaragüenses respecto a la diplomacia del dólar empeoró considerablemente. La mayoría de los gobiernos latinoamericanos enfrentaron la crisis emprendiendo obras para mejorar los servicios públicos en beneficio de la economía agroexportadora. Desarrollaron programas para modernizar los sistemas de transporte, y crearon instituciones estatales a fin de facilitar a los productores el acceso a nuevas

fuentes de crédito y mercados. La proliferación de este tipo de iniciativas estatales fue financiada, en gran medida, por el enorme incremento de préstamos de EE.UU. a América Latina después de 1921.³³ Sin embargo, Nicaragua no recibió esta afluencia de capital, pues los banqueros norteamericanos se negaron a extenderle préstamos de cierta envergadura. Además, debido a razones ideológicas, los agentes de la diplomacia de dólar se opusieron a los esfuerzos de los nicaragüenses por fortalecer el rol económico del estado; por tanto, éste no pudo actuar en beneficio de la economía agroexportadora, como ocurrió en los demás países latinoamericanos. Y, si bien “Wall Street” logró restablecer la estabilidad fiscal de Nicaragua, su éxito le costó nuevas acusaciones de constituir un factor de regresión económica.

El incremento de la animosidad contra Wall Street se refleja en la encuesta económica de 1923, encargada por el presidente Bartolomé Martínez (1923-24).³⁴ En este proceso, se solicitó a prominentes nicaragüenses de todos los sectores políticos, regionales y económicos, que identificaran las causas de la “angustiosa situación económica” del país. De cuarenta y dos respuestas publicadas en los periódicos, treinta y siete atribuían la culpa a la diplomacia del dólar. Muchos acusaban a los agentes de esta política impuesta por EE.UU. de fomentar el partidismo y la ineficacia en el manejo de las finanzas públicas y, tal como deploró uno de los encuestados, de ejercer “mucha política y poca administración”.³⁵ Además, criticaban a dichos funcionarios por obstaculizar importantes proyectos de inversión pública y mostrar actitudes racistas.

Sin embargo, las denuncias más severas se dirigieron contra el dominio de Wall Street sobre la principal institución financiera del país: el Banco Nacional de Nicaragua. Ante todo, los encuestados arremetieron contra la extrema renuencia del banco a suministrar crédito a los agroexportadores. En efecto, debido a la depresión de 1920-21, sus directores redujeron en forma drástica la oferta de préstamos.³⁶ Aunque los mercados internacionales se recuperaron poco tiempo después, el banco continuó con sus prácticas de restricción

crediticia. Más aún, los banqueros de Wall Street impidieron a Nicaragua beneficiarse de la bonanza financiera que se extendió por gran parte de América Latina después de 1921. En consecuencia, a juicio de la mayoría de los encuestados, Wall Street constituía el principal obstáculo al desarrollo de Nicaragua. O, tal como expresó uno de ellos, la diplomacia del dólar no era más que “una fuente de miseria para los nicaragüenses ... y una muralla infranqueable para todo esfuerzo honrado por el progreso de la nación”.³⁷ La encuesta de 1923 destaca, en primer lugar, que la diplomacia del dólar generó una gran ansiedad entre la élite nicaragüense, cuando las clases altas de muchos países latinoamericanos gozaban de una renovada prosperidad. Dicho contraste consolidó la peculiar percepción antimoderna de Wall Street en Nicaragua.

La literatura nicaragüense proyecta esta imagen de Wall Street como una fuerza retrógrada de una manera especialmente vívida. Entre las novelas sobre este tema, la más célebre fue *Los estrangulados* de Hernán Robleto (1892–1969).³⁸ El autor era un prominente periodista liberal que combatió al lado del general Zeledón en la revolución de 1912, y tenía lazos de parentesco con las élites de nuevo cuño. Situada en el contexto de la década de 1920, la obra *Los estrangulados* describe cómo “Wall Street” llevó a la bancarrota a Gabriel Aguilar, un joven de veinte y cuatro años. Este personaje es representado como el dueño de una gran plantación cafetalera en las Sierras de Managua, un miembro del sector social al que pertenecía la familia del autor en la vida real. Al describir el cambio en la situación económica de Aguilar, éste culpa al Banco Nacional – bajo control de EE.UU. – de forzar a los productores más emprendedores del país a regresar a “los métodos antiguos del trueque o cambio de especies: granos de cacao, medios de maíz y demás cereales por la sal, la vara de manta y la medicina primaria”.³⁹ Además, la novela describe, en gran detalle, cómo el dominio absoluto de Wall Street sobre Aguilar y sus homólogos no se limitaba al ámbito financiero, pues el Banco Nacional monopolizaba el comercio del café a través de su subsidiaria, la Compañía Mercantil de

Ultramar; era dueño del único ferrocarril del país; y controlaba las estratégicas aduanas. Representa estos instrumentos de Wall Street como piezas de una maquinaria diabólica, que se mueven al unísono para paralizar la economía cafetalera de Nicaragua. De acuerdo al autor, su impacto involutivo era de tal magnitud que los productores locales se veían obligados a volver a formas premodernas de crédito y transporte. Por tanto, mientras Wall Street impulsaba los motores del “progreso” en la mayoría de los países latinoamericanos durante la década de 1920, en la novela *Los Estrangulados*, Robleto recalca que forzó a la vanguardia económica nicaragüense a volver a formas “antiguas” de hacer negocios.

Sin embargo, *Los estrangulados* de Hernán Robleto no es tan sólo una denuncia contra la diplomacia del dólar desde una perspectiva económica. La novela relata cómo Wall Street debilitaba la virilidad de los agroexportadores nicaragüenses de una manera perversa. Con este propósito, Robleto presenta al exitoso hacendado moderno Gabriel Aguilar como el paradigma de la hombría (según el concepto de la élite). Describe en gran detalle no sólo las capacidades mentales y empresariales de Aguilar, sino también las destrezas físicas de este personaje “hecho a los ejercicios del campo, fuerte, haz de músculos y nervios”.⁴⁰ A continuación se desenvuelve la tragedia en torno a los esfuerzos de Aguilar, heroicos pero vanos, por conservar su independencia financiera, la base de la hombría moderna. Sus problemas económicos comienzan a partir del súbito desplome de los precios internacionales del café – sin duda una referencia a la depresión de 1920-21. Como resultado de la imprevista crisis, Aguilar – que hasta entonces había gozado de solvencia financiera – se encuentra sin posibilidades de cancelar un préstamo que poco antes había recibido del Banco Nacional, bajo condiciones en extremo onerosas. A juicio de Aguilar, no cabe ninguna duda que “Wall Street” ha orquestado la devastadora caída de los precios del café. Y, por más que lucha por salir del atolladero, enfrenta un obstáculo tras otro en su camino. Al final, Aguilar sucumbe ante el “engranaje maldito” de Wall Street,

sumándose a la larga lista de prestigiosos nicaragüenses que habían visto cómo sus plantaciones de café eran tragadas por la “Ultratumba”, es decir, por la Compañía Mercantil de Ultramar. Tal como enfatiza el narrador, “lo más expresivo de los hombres actuales [es] que no han podido defenderse ni defender una herencia de dignidad”.⁴¹

Muchos nicaragüenses prominentes compartían la percepción de que la diplomacia del dólar había provocado una crisis en la masculinidad de la élite. Un destacado político liberal tildó al Banco Nacional y la Compañía Mercantil de Ultramar de “pulpos que han dejado en la miseria y en el deshonor a muchos de nuestros capitalistas”.⁴² Por su parte, Salvador Mendieta – uno de los más célebres ideólogos liberales de Nicaragua – sostuvo que la diplomacia del dólar estaba “desvirilizando” a sus conciudadanos.⁴³ Tan grave era esta preocupación que un periódico granadino escogió el título “Crisis de hombres” para encabezar un artículo de denuncia en contra de los agentes de esta política impuesta por EE.UU., acusándolos de causar la ruina de muchos productores agroexportadores.⁴⁴ Por tanto, la campaña de la década de 1920 contra la diplomacia del dólar no se reducía a la cuestión de recuperar la soberanía de Nicaragua. Además pretendía rescatar a los empresarios de la élite y a la economía del “engranaje maldito” de Wall Street.

El presidente Martínez abrió el fuego en la cruzada contra Wall Street al comisionar la elaboración de la encuesta económica de 1923. En dicho sondeo se solicitaba a los miembros de la élite que identificaran las causas de la crisis económica del país y propusieran soluciones. Numerosas personas respondieron exigiendo la inmediata recuperación del Banco Nacional. Esta imperiosa demanda era precisamente la que, en secreto, esperaba el gobierno cuando ordenó la encuesta, tal como posteriormente reconoció el principal asesor de Martínez.⁴⁵ Y en menos de un año, el estado nicaragüense recobró la plena posesión de su banco. Aunque los agentes de la diplomacia del dólar se opusieron con tenacidad a esta medida, la nacionalización del banco gozaba del apoyo tácito del Departamento de Estado.⁴⁶

Pese a sus contradicciones, la exitosa campaña de Martínez marcó un hito que cambió el curso del encuentro entre Nicaragua y el dominio imperial norteamericano. En primer lugar, fomentó la cohesión de la élite a un nivel sin precedentes desde la caída de Zelaya. Desde el inicio, la oposición liberal respaldó la cruzada de Martínez a favor de la recuperación del control sobre el Banco Nacional. Después, los liberales aceptaron la invitación del presidente para forjar una alianza con la facción conservadora opuesta a la diplomacia del dólar. Unidos, los antiguos contrincantes en la guerra civil de 1912 derrotaron, en las elecciones de 1924, a los candidatos de los "conservadores genuinos", una facción encabezada por el expresidente Emiliano Chamorro. Una vez en el poder, la coalición bipartidista desplegó ingentes esfuerzos para consumar el programa de Martínez, dirigido a liberar a Nicaragua del "yugo" de Wall Street.⁴⁷ En vista de su composición bipartidista y agenda nacionalista, el bloque de 1924 parecía una reencarnación del movimiento revolucionario encabezado por el antiguo adversario de Martínez, el general Mena. No obstante, a diferencia de éste, la alianza de 1924 gozaba del apoyo del gobierno norteamericano.

Sin duda, Washington hubiera impedido la victoria de la coalición de 1924 si el discurso nacionalista de los liberales no hubiera mostrado un cambio significativo. En 1910 los liberales dirigieron su ira nacionalista especialmente contra el gobierno de EE.UU.; sin embargo, a raíz de la depresión de 1920-21, Wall Street se convirtió en su blanco principal. Además, los liberales no se oponían a la vía norteamericana hacia la modernidad; por el contrario, luchaban por su cristalización en Nicaragua. Esta posición se refleja en una declaración pública del prominente liberal y futuro presidente (1929-32), José María Moncada: "[si] Grecia recibió la [civilización] de Egipto, [e] Italia se nutrió del progreso de Grecia ... para nosotros esta civilización vendrá de los Estados Unidos".⁴⁸ De esta manera, los liberales como Moncada recalcan que su repudio a Wall Street no debía confundirse con un rechazo a los valores e instituciones de los Estados Unidos.⁴⁹ En 1923, se acercaron una vez más a EE.UU., cuando Washington procuró

retirar paulatinamente su protectorado financiero sobre Nicaragua — una iniciativa que los banqueros norteamericanos y los agentes de la diplomacia del dólar criticaron abiertamente.⁵⁰ Por tanto, los liberales guardaban la esperanza de que el gobierno de EE.UU. fuese receptivo a sus denuncias contra Wall Street, aunque poco tiempo atrás los hubiese tildado de ser los peores “agitadores” de América Central.⁵¹

Quizá gracias a este incipiente punto de encuentro, los líderes liberales pensaron que podían tomar el riesgo de buscar abiertamente el apoyo del Departamento de Estado de EE.UU., sin que sus partidarios de los sectores populares los acusaran de “vendepatria”. Algunos incluso abogaron por una intervención militar de los Estados Unidos para romper el dominio conservador sobre el aparato del estado.⁵² Sus públicos llamados a favor de una intervención norteamericana ofrecían un vívido contraste con el extremo sigilo que guardó el dirigente liberal Julián Iriás cuando cortejó a EE.UU. en busca de apoyo para su candidatura presidencial en 1916. A medida que el cambio en el discurso nacionalista liberal convergía con el distanciamiento entre la nueva administración norteamericana y el proyecto de Taft en Nicaragua, aumentaba el disgusto de la élite conservadora por el control de los “vampiros de Wall Street” sobre las finanzas del estado.⁵³ Desde distintas vías, el rencor hacia Wall Street acercó a los antiguos adversarios.

No obstante, al mismo tiempo la campaña nacionalista en contra de la diplomacia del dólar profundizó las fisuras a lo interno de la élite conservadora. En un inicio, el Partido Conservador se dividió como resultado de discrepancias alrededor de la definición de su proyecto de desarrollo nacional. La facción a favor de la nacionalización del banco propugnaba reforzar el control estatal sobre la economía.⁵⁴ Aunque decía impulsar una campaña por “la liberación económica de Nicaragua”, este grupo no abogaba por una vía anticapitalista o autárquica para alcanzar su meta. De hecho, buscaba lo que Wall Street había sido incapaz de promover: la inversión extranjera. Por tanto, el nacionalismo económico de los conservadores allegados a Martínez era bastante moderado en

la práctica. Sin embargo, atacaban a Wall Street y defendían su proyecto estatista con tanto ardor que los agentes de la diplomacia del dólar los tacharon de rabiosos “bolcheviques” antinorteamericanos.⁵⁵

En cambio, la facción conservadora que se oponía a la nacionalización del banco propugnaba un modelo de desarrollo contrario a la expansión del poder estatal. Los máximos defensores de esta posición eran los editores de *El Diario Nicaragüense* de Granada, principal periódico conservador del país en esa época.⁵⁶ Coincidían con los agentes de la diplomacia del dólar al sostener que si el Banco Nacional pasaba de nuevo bajo el control del estado se politizaría el acceso de los productores al crédito. Además, argumentaban que el cuantioso desembolso requerido para comprar las acciones de los banqueros norteamericanos drenaría los recursos financieros de Nicaragua. Aunque *El Diario Nicaragüense* mantenía una posición crítica con respecto a las políticas fiscales y financieras restrictivas de los agentes de la diplomacia del dólar, no abogaba por una regulación gubernamental más estricta de la economía, sino todo lo contrario. Sólo bajo un sistema económico libre de la injerencia estatal – proclamaba – los productores nicaragüenses tendrían acceso al capital extranjero que tanto les urgía.

A primera vista, la controversia interna del Partido Conservador en torno al régimen económico de la diplomacia del dólar era de escasa importancia. La facción que defendía el nacionalismo económico obtuvo un fácil triunfo en la batalla por la nacionalización del banco. Además, la mayoría de los miembros de la élite conservadora culpaba a la diplomacia del dólar por los problemas del país, y abogaba por un modelo de crecimiento económico impulsado por las inversiones extranjeras. No obstante, la controversia tuvo consecuencias duraderas, pues permitió a los nacionalistas liberales forjar una imagen de las élites más emprendedoras del país (la oligarquía conservadora de Granada) como la encarnación del atraso económico. Con el tiempo, la recreación de dicha representación llegó a tener una importancia clave dentro de diversas corrientes del nacionalismo nicaragüense.

La Vanguardia Económica como Encarnación del Atraso

Durante la campaña electoral de 1924, los sectores que apoyaban a Martínez empezaron a proyectar las pugnas internas del Partido Conservador como un conflicto de carácter fundamental entre élites “modernas” y “atrasadas”. En particular, establecían una similitud entre el rechazo de sus rivales a una vigorosa intervención estatal en la economía con el supuesto impulso reaccionario de Wall Street. Tanto en los periódicos como en los discursos de la campaña electoral, los conservadores “martinistas” y sus aliados liberales insistían en contrastar su programa económico nacionalista y “modernizante” con la agenda “feudal” de Emiliano Chamorro, candidato presidencial de la facción de los conservadores *genuinos*, a quienes acusaban de actuar bajo la influencia de los banqueros de Wall Street. Y, puesto que la mayoría de los miembros de la facción “chamorrista” eran de Granada, la oligarquía conservadora de esa ciudad llegó a ser asociada, en términos generales, con la corriente antimoderna de Wall Street. Por consiguiente, durante la campaña de 1924, la Calle Atravesada de Granada donde residían las familias más acaudaladas de la ciudad, llegó a ser ampliamente conocida como la “Wall Street” de Nicaragua.⁵⁷ En el pasado, se criticaba a la oligarquía conservadora de Granada por sus costumbres sociales coloniales, y en esta nueva coyuntura se le identificó también con prácticas económicas retrógradas — a pesar de que seguía siendo la vanguardia económica del país.

El destacado abogado e ideólogo liberal Juan Manuel Mendoza emprendió uno de los primeros esfuerzos por tergiversar la imagen de los miembros de oligarquía conservadora, al presentarlos en su influyente obra *Historia de Diriamba* como un sector social carente de espíritu empresarial. En este controversial libro publicado en 1920, Mendoza explica cómo Diriamba, su ciudad natal, dejó de ser una soñolienta aldea ganadera del departamento de Carazo y se convirtió en un dinámico centro de producción cafetalera. Con este fin, describe a

los conservadores como oligarcas ladinos (emplea el término “ladino” como sinónimo de “blanco”), incapaces de encaminar a Nicaragua hacia la modernidad, debido a su ignorancia y cobardía. De acuerdo a Mendoza, el carácter retrógrado de los conservadores era especialmente notorio en el hecho de que poseían grandes haciendas ganaderas subutilizadas. En realidad, las prácticas ganaderas que califica de “feudales” obedecían a una lógica capitalista acorde al mercado y a las condiciones crediticias existentes.⁵⁸ Mendoza distorsiona aún más la realidad histórica al afirmar que en Nicaragua la revolución del café fue impulsada por liberales de origen humilde que lograron ascender en la escala social, y no por la oligarquía conservadora. A su juicio, sólo estos hombres “nuevos” poseían el carácter emprendedor requerido para sacar a Nicaragua del atraso colonial. Al igual que otros ideólogos nacionalistas, Mendoza sostiene que, en cierta medida, el espíritu empresarial de esta élite de nuevo cuño provenía de su origen mestizo.⁵⁹ Además, destaca cómo éstos perfeccionaron su carácter emprendedor mediante la práctica. Mientras los oligarcas feudales habían acumulado capital explotando al indio ignorante, los hombres “nuevos” celebraban los rigores físicos del trabajo. Realzaban su espíritu empresarial participando en juegos de azar, que ponían a prueba su capacidad de asumir riesgos. Mientras los oligarcas “atrasados” apostaban en las peleas de gallos, los empresarios modernos se probaban a sí mismos en el pasatiempo más capitalista de todos: jugando en la bolsa de valores. Finalmente, Mendoza contrasta la habilidad de estos hombres “nuevos” para emplear el capital de manera productiva, con la tendencia de la oligarquía conservadora a despilfarrarla llevando un fatuo estilo de vida. La reinterpretación de la historia de Nicaragua elaborada por Mendoza sólo podía conducir a una conclusión: la diplomacia del dólar frenaba el desarrollo de Nicaragua al favorecer a una oligarquía (conservadora) falta de espíritu emprendedor, en detrimento de una moderna burguesía (liberal) nacional.

Cabe preguntarse por qué se arraigó tanto esta representación distorsionada de los oligarcas granadinos como actores económicos “retrógrados”, a pesar de que éstos mostraban

una inclinación modernizante y habilidades empresariales. Sin duda, los propios conservadores reforzaron su imagen antimoderna, como resultado de la cruzada moralizante que poco antes habían lanzado en contra de la “mujer moderna”. (Véase el capítulo 7). Sin embargo, tampoco puede negarse que muchos de ellos cayeron en la bancarrota, justo cuando los nacionalistas intensificaron su campaña contra Wall Street. Estos casos fueron muy comentados, pues los involucrados eran supuestamente los principales beneficiarios de la diplomacia del dólar. Por tanto, apuntalaron la credibilidad de los nacionalistas que los criticaban por su falta de espíritu empresarial, una característica propia de los actores económicos modernos. Quizá la quiebra más estrepitosa haya sido la del importante productor cafetalero Pedro Rafael Cuadra Pasos, quien se había desempeñado como agente financiero de Nicaragua en Washington durante mucho tiempo y, por tanto, era asociado estrechamente con el régimen de la diplomacia del dólar. La ruina económica de Cuadra Pasos no fue un caso aislado, pues muchos barones del café, de todos los bandos políticos, compartieron su suerte ante el tribunal de quiebras. (Véase el capítulo 6). Si bien la facción nacionalista de la élite achacaba sus desventuras a “Wall Street”, también interpretaban la decadencia económica de sus rivales como prueba de su espíritu antimoderno.

El éxito de este proceso de redefinición de las identidades de la élite se derivó del abierto respaldo que los agentes de la diplomacia del dólar brindaron a la campaña contra la nacionalización del banco, orquestada por una facción del Partido Conservador. Estos funcionarios norteamericanos rechazaban la injerencia estatal en la economía por razones ideológicas, al igual que sus aliados conservadores. Además, temían que si el gobierno nicaragüense tomaba de nuevo el control del banco, pondría en peligro la estabilidad fiscal y financiera - la meta central de su autoproclamada misión modernizante en Nicaragua.⁶⁰ El principal beneficiario del apoyo de los agentes de la diplomacia del dólar era Emiliano Chamorro. (Véase imagen 10). Paradójicamente, en principio



Imagen 10. Presidente Emiliano Chamorro, alrededor de 1926.
En Denny, *Dollars for Bullets*.

este expresidente conservador estaba a favor de la nacionalización; de hecho, durante su administración de 1917-20, dio los primeros pasos para recuperar el control tanto del banco como del ferrocarril. Además, Chamorro había sido mentor político del presidente Bartolomé Martínez, y el proyecto "martinista" de "liberación económica" representaba la culminación lógica de las políticas nacionalistas inspiradas por el propio caudillo conservador - tal como reconocería Toribio Tijerino, sumo arquitecto de dicho proyecto.⁶¹ Sin embargo, motivado por intereses políticos personales, Chamorro trató de posponer la nacionalización del banco hasta después de las elecciones de octubre de 1924. En particular, temía que si esta institución financiera caía bajo el control del presidente Martínez, sus fondos serían utilizados para promover la candidatura de Carlos Solórzano, su principal rival en la contienda cívica venidera.⁶² Y, después de perder dichas elecciones, Chamorro unió esfuerzos con los agentes de la diplomacia del dólar para impedir que el nuevo gobierno reemplazara a los directores norteamericanos del banco por funcionarios nicaragüenses. Esta pugna terminó abruptamente en octubre de 1925, cuando Chamorro derrocó a la coalición bipartidista de Solórzano.

Muchos nicaragüenses pensaron, erradamente, que los banqueros norteamericanos y los agentes de la diplomacia del dólar eran los autores intelectuales del golpe militar de Chamorro, y que su asalto al poder representaba un intento desesperado por impedir la "des-americanización" del Banco Nacional.⁶³ El gobierno de Chamorro (1925-26) reforzó esa percepción, pues permitió a los accionistas de EE.UU. recuperar el control de la administración de la entidad financiera. Además, el caudillo conservador intentó revender el banco a compañías de Wall Street, con el objetivo de recaudar fondos para aliviar los apuros económicos que paralizaban su gobierno. Por otra parte, esperaba que su acercamiento a los magnates de la banca norteamericana motivara a EE.UU. a reconocerlo como legítimo presidente de Nicaragua. No obstante, comprobó que dichas esperanzas eran ilusorias, pues Washington se ciñó al tratado suscrito en 1923 con los estados

centroamericanos, que estipulaba el compromiso colectivo de rechazar todo régimen inconstitucional.⁶⁴ Ante la inflexibilidad del gobierno de EE.UU., Chamorro se supeditó aún más a la influencia de los banqueros norteamericanos y los agentes de la diplomacia del dólar. No es de extrañar, pues, que tal sometimiento consolidara la imagen de los conservadores "chamorristas" como "cómplices" de Wall Street.

La tristemente célebre imagen de los conservadores como serviles compinches de los banqueros norteamericanos cobró mayor notoriedad internacional a raíz de una nueva guerra civil, que estalló en mayo de 1926 y desembocó en otra invasión norteamericana. Alentados por la renuencia de Washington a aceptar al ilegítimo régimen de Chamorro, los partidarios de la depuesta coalición bipartidista se alzaron en armas, y comenzaron su campaña militar ocupando varios poblados en la Costa Atlántica. Desde el inicio, los insurgentes enfatizaron que luchaban por liberar a Nicaragua de "un oneroso e irresponsable gobierno de banqueros".⁶⁵ No fue casual que el blanco de sus primeras acciones bélicas fueran los símbolos locales de Wall Street, tales como la sucursal del Banco Nacional en el Atlántico, y las oficinas aduaneras administradas por funcionarios norteamericanos. A raíz de estos ataques, los financieros norteamericanos y los agentes de la diplomacia del dólar temieron por la seguridad de las dependencias del banco en la región occidental de Nicaragua. Apoyados por Chamorro, pidieron al gobierno de EE.UU. que reconociera al Banco Nacional de Nicaragua como una entidad norteamericana.⁶⁶ Con base en su experiencia de 1912, guardaban esperanzas de que un reconocimiento oficial de esa naturaleza conllevara una intervención militar a gran escala para proteger las propiedades de sus ciudadanos. Sin embargo, Washington no accedió a la petición de Wall Street, pues ansiaba poner fin al régimen de la diplomacia del dólar en Nicaragua. En reacción, Chamorro intensificó sus esfuerzos por vender el Banco Nacional a inversionistas de EE.UU., mientras el administrador norteamericano de dicha institución le permitía apropiarse indebidamente de sus fondos.

Al final, los banqueros de Wall Street y los agentes de la diplomacia del dólar no pudieron salvar a su aliado nicaragüense. El 11 de noviembre, Chamorro se inclinó ante la presión del Departamento de Estado y le traspasó el poder al expresidente Adolfo Díaz. Sin embargo, los funcionarios norteamericanos comprobaron alarmados que esa acción no bastaba para detener el avance de los insurgentes; por el contrario, los motivó a atacar a las fuerzas del gobierno en la región occidental de Nicaragua. (Véase imagen 11). Decidido a impedir el triunfo de la rebelión, el presidente Calvin Coolidge ordenó una invasión militar de envergadura a Nicaragua, a fines de diciembre. Esta nueva intervención indignó a la opinión pública internacional, y selló la fama de “vendepatria” de los oligarcas conservadores.⁶⁷



Imagen 11. Mujeres combatientes en la guerra civil de 1926–27. *Cortesía de los Archivos Nacionales de EE.UU.*

Abriendo los Brazos a la Intervención

La censura internacional a la invasión norteamericana era reflejo del reciente auge de movimientos antiimperialistas en Europa y el continente americano que repudiaban, de manera implacable, la imposición de la diplomacia del dólar en América Latina.⁶⁸ El discurso pronunciado por el presidente Coolidge, el 10 de enero de 1927, para justificar el envío de unos tres mil marinos a Nicaragua, levantó la primera ola de protestas. Su alegato de que los insurgentes nicaragüenses representaban una “seria” amenaza para los intereses económicos norteamericanos, incluso consternó y abochornó a los funcionarios del Departamento de Estado.⁶⁹ A su juicio, dicho alegato era una desmesurada exageración, pues las intervenciones norteamericanas en Nicaragua figuraban entre las más bajas de América Latina. Además, aunque Coolidge negara que la política de EE.UU. hacia Nicaragua obedeciera a “grandes intereses bancarios”, el tono de su mensaje indicaba todo lo contrario.

A diferencia del presidente, el Departamento de Estado defendía la invasión en términos estratégicos, no económicos. Oficialmente, sostuvo que la intervención frustraría el empeño del régimen revolucionario mexicano en instaurar “el dominio bolchevique en Nicaragua y así clavar una cuña entre los Estados Unidos y el Canal de Panamá”.⁷⁰ Sin embargo, en privado los funcionarios del Departamento de Estado esperaban que la invasión contribuyera a restaurar el “prestigio” internacional de EE.UU., menguado por su falta de capacidad para controlar a su protectorado.⁷¹ Al final, el discurso de Coolidge causó mayor impacto en la opinión pública. Por tanto, permitió a los antiimperialistas representar a la fuerza invasora como una “agencia recaudadora” de Wall Street, aunque en realidad la intervención aceleró el fin de la diplomacia del dólar en Nicaragua.⁷²

Los críticos de la invasión norteamericana a Nicaragua no sospechaban que ésta gozaba de la tácita aprobación de los dirigentes rebeldes. En efecto, se abstuvieron de expresar

un tajante rechazo cuando el presidente Díaz solicitó a EE.UU. que tomara a Nicaragua como un protectorado militar y financiero por un período de cien años. Ciertamente, los líderes insurgentes se oponían con vehemencia a la pretensión de Díaz de incrementar el control de los banqueros norteamericanos sobre las finanzas locales. Sin embargo, muchos aprobaban públicamente el aspecto de la solicitud de Díaz relativo al nombramiento de un gobernador militar norteamericano en Nicaragua.⁷³ La anuencia de los revolucionarios a aceptar el protectorado de EE.UU. en el ámbito militar, aunque no en el financiero, dejó perplejos a los altos funcionarios norteamericanos que desconocían a profundidad las complejas circunstancias locales. Éste era el caso de Henry Stimson, a quien el presidente Coolidge envió a Nicaragua para negociar una solución pacífica a la guerra civil. En su calidad de secretario de guerra de la administración Taft, Stimson se opuso, inútilmente, a la posición del Departamento de Estado que exigía una intervención de envergadura en la guerra civil nicaragüense de 1912. Con base en dicha experiencia, y en el contexto de las protestas internacionales en contra de la invasión de 1927, Stimson se sentía preparado para su reunión con los líderes revolucionarios cuando llegó a Nicaragua el 17 de abril. Para su asombro, en su mayoría, éstos no sólo se mostraron “amigables” hacia los Estados Unidos, sino también “pedían encarecidamente nuestra intervención”.⁷⁴

El 12 de mayo de 1927, Stimson logró que todos los jefes revolucionarios – excepto el general Augusto Sandino – suscribieran un tratado de paz con los gobernantes conservadores. Según el Acuerdo de Tipitapa, los insurgentes accedieron a desmovilizarse, a cambio de la promesa de que tropas norteamericanas supervisarían las siguientes elecciones municipales y nacionales. Sin duda, el éxito de Stimson obedeció a su amenaza de desatar las tropas norteamericanas – hasta entonces “neutrales” – en contra de las pujantes fuerzas rebeldes. Aunque la renuencia de los generales insurgentes a arriesgarse a entrar en batalla con los marinos de EE.UU. recordaba la actitud sumisa de los dirigentes

revolucionarios de 1912, los motivos subyacentes eran muy distintos. En 1912, la mayoría de los líderes revolucionarios se abstuvieron de respaldar sus belicosos discursos contra EE.UU. con la acción militar por miedo a perder aún más el control sobre sus partidarios populares radicales. En contraste, la pasividad de los líderes de 1927 respondía a la modificación de su ideología nacionalista.

Pese a sus diatribas contra Wall Street, el movimiento revolucionario nacionalista de la década de 1920 ya no repudiaba la injerencia de los Estados Unidos en los asuntos locales. En cierta medida, este cambio obedecía al respaldo del Departamento de Estado al nacionalismo económico que unía a la dirigencia insurgente, pese a que dicho apoyo era solamente tácito. Por tanto, muchos políticos norteamericanos coincidieron con el exsecretario de la Marina, Josephus Daniels, cuando declaró que “la diplomacia del dólar es el león que cierra el paso a las relaciones amistosas” entre EE.UU. y Nicaragua.⁷⁵ Por otra parte, los líderes rebeldes nicaragüenses sabían que la administración Coolidge no aceptaría una derrota militar del régimen de Díaz. En consecuencia, creían que sólo podrían acceder al poder a través de elecciones verdaderamente competitivas, supervisadas por el ejército de los Estados Unidos.⁷⁶ Esta percepción encajaba con el nuevo énfasis de Washington en la promoción de la democracia en Nicaragua. (Véase capítulo 8).

Por consiguiente, los dirigentes de la sublevación de 1927 mostraban una menor tendencia a considerar la intervención de EE.UU. como una acción hostil que los líderes rebeldes del año 1912. Uno de los ejemplos más claros de este viraje es Enoc Aguado, abogado liberal leonés y futuro vicepresidente del país (1929-32). A inicios de 1912, Aguado cobró mucha fama a sus veinte y dos años de edad debido a las vehementes críticas contra el “expansionismo” norteamericano que plasmó en su tesis de graduación de la carrera de derecho.⁷⁷ Unos meses después, cuando estalló la guerra civil, Aguado emergió como uno de los líderes del movimiento revolucionario en León, célebre por sus virulentos ataques verbales contra los

Estados Unidos. Al igual que otros correligionarios, con el tiempo Aguado modificó sus opiniones, sobre todo cuando el gobierno norteamericano levantó la proscripción política del Partido Liberal, que había impuesto a raíz del derrocamiento de Zelaya. Gracias a este giro en la política de EE.UU., Aguado y otros liberales lograron ser electos diputados al Congreso Nacional en 1924. Cuando estalló la guerra civil de 1926, Aguado surgió nuevamente como un líder rebelde; pero esta vez el otrora agitador antinorteamericano apoyó la invasión de los Estados Unidos. Su alegato de que la invasión era “inevitable” y además “deseable” resume con precisión la actitud pasiva, aunque complaciente, que adoptó la dirigencia rebelde ante la intervención de EE.UU. en 1927.⁷⁸

Curiosamente, el hecho de que Aguado y otros líderes insurgentes recibieran la invasión de 1927 con los brazos abiertos no generó expresiones significativas de ira popular. Mientras los líderes revolucionarios de 1912 admitieron ante los oficiales norteamericanos su temor al empeño de sus partidarios en combatir a las tropas de EE.UU., ninguno de los dirigentes de 1927 expresó tal aprensión. Otra evidencia del predominio de la apatía popular en 1927 es la ausencia de protestas urbanas importantes en contra de la invasión norteamericana. La única manifestación documentada de repudio contra la invasión EE.UU. ocurrió el 16 de mayo en León, cuando una gran multitud abucheó a una guardia de honor integrada por marineros norteamericanos que honraban a dos compatriotas recién caídos en combate. Un periodista norteamericano, buen conocedor de la situación del país, observó que en 1927 “pocos nicaragüenses estaban realmente interesados en echar a los americanos del país, aún cuando no simpatizaran con ellos”.⁷⁹

La ambivalente respuesta de los nicaragüenses ante los invasores de 1927 fue, sin duda, un legado de la ocupación de 1912. Por ejemplo, la persistencia de la advertencia materna “¡Chitón! Ahí viene el mayor Butler a llevarte”, sugiere que los recuerdos de ese episodio histórico seguían inspirando temor. Además, la repetición del refrán “¡Ésta!, dijo Mena”

indica que los sectores populares no olvidaban la traición de los líderes revolucionarios de 1912, que no actuaron de acuerdo a su belicoso discurso antinorteamericano. Sin embargo, la desconfianza y el temor no explican, por sí mismos, la renuencia de tantos nicaragüenses a combatir a los invasores en 1927. Es necesario considerar también el hecho de que no llegaron a radicalizarse en el transcurso del conflicto. La participación en el “régimen de terror” revolucionario de 1912 fue una práctica formativa y radicalizadora para mucha gente del pueblo. Sin embargo, en 1927 pocos nicaragüenses compartieron la experiencia de la guerra, pues todos los bastiones revolucionarios se hallaban en la costa Atlántica, una región escasamente poblada.

La incapacidad de los insurgentes de 1927 de inspirar sublevaciones urbanas relevantes también sugiere que el entusiasmo popular alrededor de la agitación revolucionaria había menguado entre 1912 y 1926-27. Mientras la prensa nicaragüense de 1912 reflejaba el temor, generalizado entre la élite, a una inminente revolución social, no se detecta tal aprensión en las páginas de los periódicos, en vísperas de la guerra civil de 1926-27. No es extraño, pues, que los líderes rebeldes promovieran un discurso político mucho más radical en 1912 que en 1926-27. Mientras los dirigentes de 1912 prometían mayores derechos políticos y justicia social para los “oprimidos”, los del período 1926-27 remarcaban con insistencia la naturaleza conservadora, no revolucionaria, de su causa. El dirigente civil de los insurgentes de 1926-27, el liberal Juan Bautista Sacasa, rechazaba con firmeza los alegatos de que su movimiento buscaba “subvertir el orden social en Nicaragua”.⁸⁰ Si bien el asediado gobierno conservador tildaba a los rebeldes de “bolcheviques” sedientos de sangre, éstos no proyectaban una imagen de sí mismos como líderes de una revolución social.

Por tanto, cabe preguntarnos por qué en el conflicto de 1926-27 los sectores populares representaron una amenaza revolucionaria más débil que en 1912. Sin duda, este cambio

obedeció al reciente giro populista de la élite. A diferencia de la guerra de 1912, la de 1926-27 no estuvo precedida por una prolongada dictadura personalista durante la cual la élite, en su conjunto, se propuso socavar la autonomía política de la población rural. En cambio, ocurrió en el contexto de una intensa rivalidad a lo interno de la clase gobernante, que competía por conquistar el voto popular. A pesar de la proscripción de los liberales impuesta por los Estados Unidos, después de 1912 las elecciones fueron mucho más competitivas de lo que comúnmente se supone. Los liberales participaban activamente en los comicios municipales y, además, los conservadores competían entre sí en todos los niveles electorales por el control del aparato estatal. Por lo general, las facciones de la élite trataban de ganar votos ofreciendo desarrollar programas económicos y políticos de carácter populista. Gracias a su control del estado, los gobernantes conservadores gozaban de una posición ventajosa para cumplir dichas promesas. Y, tal como ha mostrado el historiador Jeffrey Gould, los regímenes conservadores del período posterior a 1912 efectivamente promulgaron reformas relativas a la tenencia de la tierra y las relaciones laborales que mejoraron las condiciones de vida en muchas comunidades rurales.⁸¹ Sin duda, este tipo de populismo impulsado por la élite mitigó los conflictos sociales que contribuyeron a generar la violencia revolucionaria de 1912.

El Menguado Encanto del Nacionalismo Económico

El nacionalismo económico, que inspiraba a los líderes rebeldes de 1926-27, despertó poco entusiasmo entre los sectores populares. Este fenómeno – quizá el de mayor relevancia en esta coyuntura – obedecía en parte al impremeditado impacto “democratizante” de la diplomacia del dólar en la sociedad rural. Tal como vimos en el capítulo 3, el fervor proto-revolucionario de 1912 surgió, en buena medida, en reacción

al crecimiento económico polarizado que había beneficiado más que todo a las élites agroexportadoras. En la década de 1920, el contexto socioeconómico general era muy diferente, pues el rígido control de los banqueros norteamericanos sobre el sistema financiero de Nicaragua mermaba el poder económico de las élites locales y, en particular, el de los grandes empresarios agroexportadores. En contraste, los medianos y pequeños productores sufrieron menos perjuicios; de hecho, un buen número de éstos aprovechó las nuevas condiciones financieras para extender sus propiedades agrarias. (Véase capítulo 6). Mientras la crisis de 1912 reflejó el descontento popular por la embestida económica de la élite, la guerra de 1926-27 evidenció el malestar de los sectores privilegiados por el control de los agentes de la diplomacia del dólar sobre las finanzas públicas de Nicaragua.

La promesa de recuperar el ferrocarril, proclamada por los partidarios del nacionalismo económico, tenía el mayor potencial para despertar el entusiasmo del pueblo. En el transcurso de la guerra de 1912, los combatientes populares habían mostrado un gran empeño en recobrar la soberanía nicaragüense sobre este medio de transporte, que constituía un símbolo de la nacionalidad. Durante la siguiente década, los pobladores urbanos desposeídos organizaron marchas de protesta por la entrega de la administración de la empresa ferroviaria a funcionarios norteamericanos. Además, la ira popular se caldeó debido a los esfuerzos de los gerentes por expulsar a las mujeres y niños que vendían frutas y refrescos en las estaciones del tren. En ocasiones, esta tensión desencadenó asonadas urbanas, tal como ocurrió en Masaya en 1919 y 1922.⁸² Sin embargo, no es posible precisar hasta qué punto esta pugna agudizó el descontento contra Wall Street en la conciencia popular. Es sugerente que en sus escritos el futuro líder guerrillero Augusto Sandino nunca se refiriera a los conflictos de los pobladores de Masaya en torno al ferrocarril, aunque vivía en una aldea vecina y era un perspicaz cronista de las luchas locales contra el imperialismo norteamericano.⁸³

La animosidad contra Wall Street ni siquiera agitó a los pocos sectores populares directamente afectados por la presencia económica de EE.UU. en Nicaragua. Este grupo social estaba integrado, en su mayoría, por unos once mil trabajadores de compañías mineras, bananeras y madereras norteamericanas concentradas en la región oriental de Nicaragua, que representaban alrededor del 6 por ciento de la fuerza laboral del país.⁸⁴ Ciertamente, algunos obreros descontentos en los enclaves norteamericanos figuraron entre las primeras personas que se sumaron a la guerrilla de Sandino en 1927. Sin embargo, sus motivos obedecían más a la violencia política perpetrada por las autoridades locales, que a sentimientos de repudio contra los Estados Unidos.⁸⁵ Además, el blanco de las críticas de las élites revolucionarias de 1926-27 era el rígido control de Wall Street sobre las finanzas estatales, y no las compañías norteamericanas que operaban en Nicaragua. En este sentido, la corriente del nacionalismo económico nicaragüense era obviamente diferente de la que predominaba en otros países latinoamericanos, donde los enclaves económicos norteamericanos eran percibidos como una amenaza mucho más grave a la soberanía nacional que los bancos de Wall Street.⁸⁶ Por otra parte, mientras el proselitismo de los trabajadores en contra de las empresas norteamericanas atizaba la antipatía popular hacia EE.UU. en el resto de América Latina, en Nicaragua dichas compañías gozaron de un grado inusual de paz laboral durante la década de 1920. El estallido de unos cuantos conflictos fue motivado por la oposición de los obreros hispano parlantes al reclutamiento de trabajadores negros procedentes de las Indias Occidentales.⁸⁷ De acuerdo a la mayoría de las obras académicas, por lo general los trabajadores de los enclaves y la población vecina aceptaban a las compañías norteamericanas que se establecieron en América Latina durante el período de auge de la diplomacia del dólar. No es casual que los indios Miskitos – el principal grupo étnico de la Costa Atlántica – empezaran a emplear el término *pawanka* (desarrollo) en la década de 1920, para describir con admiración los valores y bienes de consumo difundidos por dichas compañías.⁸⁸

Aparte de la élite, es probable que el grupo social que mostrara mayor receptividad al programa de lucha de los dirigentes de la sublevación de 1926-27 en contra de Wall Street haya sido el de los artesanos urbanos. Empero, su respaldo no era unívoco. Sin duda, los artesanos criticaban el control de los banqueros norteamericanos sobre la recaudación de aduanas.⁸⁹ En particular, les irritaba que los agentes de la diplomacia del dólar se negaran a elevar los impuestos por la importación de artículos extranjeros que competían con los del país, tales como zapatos y productos textiles. Sus quejas eran legítimas, pues bajo el protectorado económico se incrementó la llegada de artículos fabricados en EE.UU. a Nicaragua.⁹⁰ Sin embargo, el nacionalismo económico de los artesanos no era un simple eco de la ideología proclamada por la dirigencia rebelde de 1926-27. De hecho, muchos artesanos apoyaban la posición de los agentes de la diplomacia del dólar que se negaban a devaluar la moneda local, aunque ésta era una demanda clave de las élites promotoras del nacionalismo económico. Al igual que en el resto de América Latina, los artesanos tenían motivos para temer que una devaluación provocaría una drástica reducción de los salarios y el poder adquisitivo de las "clases trabajadoras".⁹¹ Esa discrepancia, originada en distintas posiciones de clase en torno a un tema económico clave, mermó el apoyo popular a la campaña contra Wall Street encabezada por los líderes revolucionarios de 1926-27.

Conclusión

Al igual que en 1912, la invasión norteamericana de 1927 impidió la victoria de las fuerzas insurgentes. No obstante, mientras la primera intervención militar consolidó el régimen de la diplomacia del dólar en Nicaragua, la segunda apuntó a su desaparición. De acuerdo a sus arquitectos, esta modalidad del dominio imperial de EE.UU. aseguraría la estabilidad política mediante la modernización de la cultura económica, aparentemente "atrasada", de las élites nativas.

En cambio, generó una cultura política que colocó a las instituciones controladas por EE.UU. — la comisión mixta, el banco nacional, y la oficina de recaudación de aduanas — en el centro de una controversia. Por consiguiente, la diplomacia del dólar estimuló el surgimiento de una posición económica antiamericanista, en un país históricamente caracterizado por la débil presencia de corporaciones de los Estados Unidos.

Empero, si bien esa actitud nacionalista facilitó la convergencia de diversas facciones de la élite antes enfrentadas entre sí, apenas logró agitar a las masas. Por tanto, al igual que la revolución de 1912, la guerra de 1926-7 no incrementó la legitimidad popular de las élites nativas más identificadas con la defensa de la soberanía de Nicaragua. En este contexto, los campesinos revolucionarios liderados por Sandino, y las élites que se proclamaban reaccionarias, desarrollarían sus respectivos proyectos nacionalistas durante la ocupación militar norteamericana de 1927-33. Ambos movimientos, aparentemente antagónicos, cuestionaron de manera explícita la premisa de modernidad que sustentaba el proyecto imperial de los Estados Unidos. Tal como se verá en el capítulo 9, este desafío representaría una amenaza a la hegemonía de EE.UU. mucho mayor que el nacionalismo económico propugnado por los líderes rebeldes de 1926-27. En efecto, pese a su posición crítica ante los agentes de la diplomacia del dólar, en última instancia las élites promotoras del nacionalismo económico alababan los ideales que constituían la base de la vía norteamericana a la modernidad.

La exaltación de dichos ideales se observó sobre todo en el empeño del sector liberal de la élite en presentarse como “modernos”, y denigrar a sus pares conservadores como “atrasados”. Obviamente, esta forma de diferenciación ya estaba presente en el discurso de los revolucionarios de 1912. Sin embargo, la diplomacia del dólar agregó un giro económico más acentuado a las imágenes que las facciones de la élite construían de sí mismas. Si antes el término “atrasado” era utilizado para criticar las costumbres sociales excluyentes de los oligarcas conservadores, hacia la década de 1920 hacía

referencia sobre todo a sus prácticas económicas; prácticas que supuestamente revelaban su alianza con Wall Street y los banqueros norteamericanos para impedir el desarrollo de Nicaragua. En realidad, los oligarcas conservadores podían ser todo menos atrasados, desde un punto de vista económico. Primero, impulsaron el despegue de la fase de modernización económica más importante en la historia de Nicaragua; después, mantuvieron su lugar como vanguardia económica del país bajo el régimen de la diplomacia del dólar. Finalmente, si bien es cierto que las condiciones financieras creadas por los agentes de esta política exterior de EE.UU. llevaron a la quiebra a muchos oligarcas conservadores, igual suerte corrieron sus rivales nacionalistas. A la luz de esta evidencia palpable, no cabe duda de que la distinción entre “vendepatrias” “atrasados” desde un punto de vista económico, y élites “modernas” nacionalistas, era una construcción discursiva.

Las élites nacionalistas forjaron esta distinción, en gran medida, como una reacción ante el impacto de la diplomacia del dólar, que debilitó su poderío económico. En particular, la ejecución hipotecaria de muchas plantaciones de café, por parte del Banco Nacional, generó mucha ansiedad entre las élites locales – una zozobra con frecuencia representada como una crisis de masculinidad. La angustia de las élites se agudizó durante la década de 1920, pues su infortunio ofrecía un vívido contraste con la rápida expansión del poder económico de otras élites centroamericanas. Sin embargo, probablemente su mayor preocupación derivaba del hecho de que, durante la década de 1920, los productores campesinos también lograron incrementar su influencia económica. Con ello, mostraban poseer un espíritu empresarial, idealizado por muchos productores de la élite, pero concretado por pocos. A fin de mitigar su creciente ansiedad, la élite nicaragüense y, en particular, su sector nacionalista, procuró reforzar su auto identificación con los valores económicos “modernos”. A la vez, achacaban su decadencia económica a las políticas económicas “feudales”, implementadas por los agentes de la diplomacia del dólar y sus aliados conservadores. En

consecuencia, la crisis de masculinidad percibida por la élite, bajo el protectorado económico impuesto por EE.UU., remarcó con mayor fuerza la distinción entre élites “modernas” y “atrasadas”, proyectada esta vez en términos económicos. La redefinición de las divisiones entre la élite incidió de manera perdurable en el nacionalismo nicaragüense. Y, aunque tal distinción era más imaginaria que real, la ansiedad de la élite reflejó con fidelidad el nocivo impacto de la diplomacia del dólar en su patrimonio económico.

Notas

- ¹ *New York Times*, diciembre 4, 1912.
- ² Tulchin, *Aftermath of War*.
- ³ Ej., Conant, "Our Mission in Nicaragua".
- ⁴ Un análisis clásico sobre la diplomacia del dólar al servicio de los intereses empresariales norteamericanos se encuentra en Nearing y Freeman, *Dollar Diplomacy*.
- ⁵ Rosenberg, *Financial Missionaries*.
- ⁶ Rosenberg y Rosenberg, "Colonialism to Professionalism", 65.
- ⁷ Véase O'Brien, *Revolutionary Mission*, para mayor información sobre la exportación de la cultura corporativa norteamericana hacia América Latina, promovida por la diplomacia del dólar.
- ⁸ Ej., USNA, RG 59, 817.00/2078, José María Moncada a Departamento de Estado, octubre 8, 1912; y AIHNCA, Fondo Díaz, folder 4588, Salvador Castrillo a Adolfo Díaz, octubre 4, 1913.
- ⁹ Referente al discurso sobre "primitivismo" de la diplomacia del dólar, véase Rosenberg, *Financial Missionaries*, 198–218.

- 10 Ej., Drake, *Money Doctor*.
- 11 Ej., Kutzinski, *Sugar's Secrets*; Díaz Quiñones, "Enemigo íntimo"; y Reid, *Spanish American Images*, 153-62.
- 12 En Nicaragua, los agentes de la diplomacia del dólar eran los dos miembros norteamericanos de la comisión mixta (después de 1917 uno se desempeñó como alto comisionado residente, y el otro como inspector del Banco Nacional Nicaragüense); los recaudadores de aduanas en los principales centros urbanos; los gerentes del Banco Nacional en Managua y sus sucursales en Granada, León y Bluefields; y el administrador del Ferrocarril del Pacífico.
- 13 Arthur Thompson, "Renovating Nicaragua".
- 14 Otto Schoenrich (el primer presidente de la comisión), "Nicaraguan Mixed Claims Commission", 868.
- 15 Análisis basado en las ediciones de *La Gaceta*, correspondientes a los años 1913-14, que publicaban todas las demandas aprobadas.
- 16 Ej., Argüello, *Por el honor*.
- 17 Archivo Nacional de Nicaragua (en adelante, ANN), Fondo Díaz, caja 15, folder 5.1-C11/E121, José León Román y Reyes a Adolfo Díaz, enero 30, 1918.
- 18 Bartolomé Ibarra, *Memorias y episodios*, 93-102.
- 19 Ej., CPEC, Juan José Martínez a Emiliano Chamorro, febrero 4, 1914.
- 20 AIHNCA, Fondo Díaz, folder 3534, Schoenrich y Thompson a Secretario de Estado de EE.UU. Bryan, junio 1913.
- 21 CPEC, Emiliano Chamorro a Secretario de Estado de EE.UU., agosto 18, 1913.

- 22 Cumberland, *Nicaragua*, 126.
- 23 Hill, *Fiscal Intervention*, 32.
- 24 AIHNCA, Fondo Díaz, folder 3534, Schoenrich y Thompson a Secretario de Estado de EE.UU., junio 1913. Véase también Hill, *Fiscal Intervention*, 92.
- 25 USNA, RG 59, 817.00/2428, Wicker a Secretario de Estado, diciembre 15, 1915.
- 26 Salisbury, *Anti-Imperialism*, 23–65.
- 27 Hill, *Fiscal Intervention*, 34–41.
- 28 *El Comercio*, noviembre 27, 1917.
- 29 Ibid., noviembre 3, 1917.
- 30 Munro, *Intervention and Dollar Diplomacy*, 407.
- 31 Barrios de Chamorro, *Dreams of the Heart*, 75.
- 32 Ej., Berríos, *Réplica*.
- 33 Thorp, “Economy, 1914–1929”, 57–81.
- 34 *Encuesta económica propuesta a la consideración nacional por el Señor Presidente de la República Don Bartolomé Martínez*. Agradezco a Jeffrey Gould por facilitarme una copia de esta encuesta.
- 35 *Encuesta económica*, 115.
- 36 Greer, “Hughes and Nicaragua”, 102.
- 37 *Encuesta económica*, 57.

- 38 Véase también Silva, *Jacinta*; Chamorro Zelaya, *Entre dos fi-
los*; Toruño, *Mariposa negra*; y Aguilar Cortés, *Ramón Díaz*.
- 39 Robleto, *Estrangulados*, 29.
- 40 Ibid., 30–31.
- 41 Ibid., 75.
- 42 Berríos, *Réplica*, 14.
- 43 Mendieta, *Enfermedad de Centro-América*, 1:319.
- 44 “Crisis de hombres”, *El Correo*, abril 11, 1933.
- 45 Tijerino, “Apuntes”, 58.
- 46 Tal como sugiere este apoyo, la oposición de EE.UU. al na-
cionalismo económico latinoamericano de la década de 1920
era menos inflexible de lo que se afirma con frecuencia. Véa-
se Krenn, *U.S. Policy toward Economic Nationalism*, para
una perspectiva contrastante.
- 47 USNA, RG 59, 817.00/3161, Playter a Secretario de Estado,
septiembre 2, 1924.
- 48 *La Noticia*, abril 3, 1925 (citado en Kamman, *Search for
Stability*, 108).
- 49 Véase también Cantón, *Banco y ferrocarril*, vi.
- 50 Rosenberg, *Financial Missionaries*, 148–49.
- 51 Munro, *United States and Caribbean Republics*, 157–86.
- 52 USNA, RG 59, 817.00/3136, Gustavo Alemán Bolaños a De-
partamento de Estado, julio 25, 1924.

- 53 *El Centroamericano*, febrero 2, 1924.
- 54 Ej., Tijerino, "Apuntes".
- 55 USNA, RG 59, 817.00/3055, Ramer a Hughes, marzo 3, 1924.
- 56 Véase en especial las ediciones del periódico de agosto 1924.
- 57 Borgen, *Vida a la orilla*, 133.
- 58 Edelman, *Logic of the Latifundio*, 90–92.
- 59 Mendoza, *Historia de Diriamba*, 79–81. Referente a la valoración de Mendoza sobre los mestizos como un elemento común del discurso de la élite, véase Gould, *To Die in This Way*, 134–39.
- 60 Ej., USNA, RG 59, 817.516/39, Hill (alto comisionado) a Jenks, agosto 18, 1924; y 817.51/1513, Ham a Secretario de Estado, agosto 29, 1924.
- 61 Tijerino, "Apuntes", 57. Chamorro y Martínez también habían sido socios en diversos negocios.
- 62 USNA, RG 59, 817.516/35, Anderson a Secretario de Estado, agosto 21, 1924.
- 63 Ej., Tijerino, "Apuntes", 60; y Huete Abella, *Banqueros*, 108.
- 64 Kamman, *Search for Stability*, 44–54.
- 65 *New York Times*, enero 5, 1927.
- 66 USNA, RG 59, 817.516/103, Loree a Secretario de Estado, mayo 10, 1926.

- ⁶⁷ Salisbury, *Anti-Imperialism*, 99–113.
- ⁶⁸ Rosenberg, *Financial Missionaries*, 122–50.
- ⁶⁹ *New York Times*, enero 11, 1927, 1–2.
- ⁷⁰ *Ibid.*, enero 5, 1927, 1.
- ⁷¹ USNA, RG 59, 817.00/5824, Robert Olds, “Confidential Memorandum on the Nicaraguan Situation”, enero 1927.
- ⁷² Ej., Senador de EE.UU. Wheeler en *Literary Digest*, enero 22, 1927, 5.
- ⁷³ Ej., Moncada, “Estados Unidos en Nicaragua”, 14; y Daniel Mena a *New York Times*, enero 18, 1927.
- ⁷⁴ Stimson, *American Policy in Nicaragua*, 55–56.
- ⁷⁵ *Literary Digest*, enero 29, 1927: 6.
- ⁷⁶ Ej., Los comentarios de José María Moncada a Stimson se hallan en Henry Stimson, “Report on Mission to Nicaragua (mayo 1927)”, en Documentos de Henry L. Stimson, rollo de microfilm N° 144.
- ⁷⁷ Aguado, *Nuevos rumbos*.
- ⁷⁸ Binder, “On the Nicaraguan Front”, 89.
- ⁷⁹ Denny, *Dollars for Bullets*, 336.
- ⁸⁰ *New York Times*, diciembre 15, 1926.
- ⁸¹ Gould, *To Die in This Way*, 43–47, 88–89. Véase también USNA, RG 43, E1004, caja 6, folder Chontales (Inteligencia), septiembre 20, 1930, sobre esfuerzos similares llevados

a cabo por el régimen liberal posterior a 1928 para ganar apoyo entre la población rural mediante la distribución de tierras estatales.

- 82 Gould, *To Die in This Way*, 147–48.
- 83 Bendaña, *Mística de Sandino*, 18.
- 84 Sobre el número total de trabajadores en los enclaves, véase MCURA, Documentos de Julián Smith, caja 6, folder 115, Stafford a Comandante del Área Central, diciembre 18, 1930. Sobre el número total de la fuerza laboral nicaragüense, véase Oficina Central del Censo, *Censo general de 1920*, Managua: Tipografía Nacional, 1920, 6.
- 85 Schroeder, “Sandino Rebellion Revisited”, 219.
- 86 Sobre el auge del antiamericanismo económico en América Latina, véase O’Brien, *Revolutionary Mission*.
- 87 Ej., ANN, Fondo Díaz, caja 16, folder 4.9-C9/E98, Ernesto Solórzano Díaz a Adolfo Díaz, noviembre 21, 1922. Véase también Brooks, “Rebellion from Without”, 149–51.
- 88 Charles R. Hale, *Resistance*, 51.
- 89 Ej., *Encuesta económica*, 41–42 y 113–14.
- 90 Vargas, *Intervención norteamericana*, 214–15.
- 91 USNA, RG 59, 817.00/3374, Bailie a Munro, diciembre 8, 1923. Sobre cómo los movimientos laborales en América Latina con frecuencia apoyaban las medidas deflacionistas de los agentes de la diplomacia del dólar, véase Drake, “Political Economy of Foreign Advisers”, xxx.

Capítulo 6

Hacendados Nerviosos, Campesinos Tenaces *El Impacto Socioeconómico de la Diplomacia del Dólar*

Al igual que los demás países centroamericanos, Nicaragua experimentó cambios socioeconómicos trascendentales durante el apogeo de la diplomacia del dólar. La desarticulación de los flujos del mercado y el capital durante la I Guerra Mundial significó un duro golpe para el sector exportador del istmo, pero logró recuperarse rápidamente y entró en un período de auge en la década de la posguerra. Pese a una breve recesión provocada por la Gran Depresión de 1920-21, el *boom* permitió a los agroexportadores consolidar su hegemonía económica en la región, y fortaleció el poder de las corporaciones bananeras y madereras norteamericanas establecidas en la costa del Caribe. En otras partes del istmo, este *boom* impulsó una fuerte ofensiva de las élites cafetaleras contra los productores campesinos.¹ Sin embargo, no se observó este fenómeno en las zonas de la región occidental de Nicaragua donde se cultivaba este grano, y se concentraba la mayor parte de la población del país. Por el contrario, incontables hacendados nicaragüenses se vieron empujados a la bancarrota durante el *boom*. Empero, al mismo tiempo, muchos pequeños y medianos productores lograron desarrollar sus fincas. Mientras el auge en las exportaciones generó una concentración sin precedentes de la riqueza y el poder en gran parte de América Central, en la región occidental de Nicaragua más bien debilitó el control de la élite sobre la economía rural.

Tal como vimos en el capítulo anterior, las élites nicaragüenses echaron a un lado sus pugnas internas, y mostraron

una asombrosa unidad culpando a la diplomacia del dólar por sus apuros financieros. A su juicio, esta política impuesta por EE.UU. impedía el crecimiento y la modernización de la economía del país. Sin embargo, las fuentes históricas revelan que sus consecuencias fueron mucho más contradictorias e impredecibles. Por un lado, los datos confirman que las políticas fiscales y financieras restrictivas, dictadas por los agentes de la diplomacia del dólar, frenaron la modernización de la economía de Nicaragua, sobre todo, de su crucial sector cafetalero. Pero, a la vez, indican que este régimen económico no obstruyó el crecimiento del sector agroexportador del país. Más importante aún, las estadísticas reflejan un dinamismo en el sector agrícola “tradicional” - orientado al cultivo de alimentos básicos y dominado por pequeños y medianos productores - que no ha sido reconocido en estudios académicos anteriores. Por tanto, aunque la élite nicaragüense tenía buenas razones para achacar sus problemas a la diplomacia del dólar, se equivocaban al presentar sus propias angustias económicas como una crisis nacional. Al margen de la proliferación de terratenientes angustiados en la Nicaragua de la década de 1920, el número de labriegos campesinos que gozaba de una renovada prosperidad era mucho mayor.

El desigual impacto del *boom* entre los productores rurales de Nicaragua pone en tela de juicio la opinión común de que la intervención de los Estados Unidos en sociedades agrarias siempre conlleva una profundización de la brecha entre ricos y pobres.² Esta perspectiva surgió, en buena medida, de los estudios sobre el proceso de concentración de la tierra en algunos países ocupados por EE.UU., como Cuba y República Dominicana, y sobre los enclaves económicos norteamericanos en otras partes de América Latina.³ Además, la “danza de los millones”, promovida por la política exterior de EE.UU. en la década de 1920, permitió a muchos terratenientes latinoamericanos reforzar su poder a expensas del campesinado.⁴ Por tanto, cabe preguntarse por qué la aplicación de la diplomacia del dólar en Nicaragua provocó la “democratización” de las relaciones de propiedad en el mundo rural. Si bien es cierto que algunos agentes de la diplomacia del dólar propugnaban ideales igualitarios, este sorprendente efecto del dominio imperial fue impremeditado. En especial, obedeció al

mayor tesón mostrado por los pequeños y medianos agricultores para arreglárselas en el entorno generado por la peculiar forma de diplomacia del dólar impuesta en Nicaragua, que permitió un crecimiento de la economía rural sin una excesiva modernización.

Crecimiento sin Desarrollo

Durante las dos décadas previas a la imposición de la diplomacia del dólar, la economía exportadora de Nicaragua llegó a ocupar el segundo lugar en Centroamérica en cuanto a la tasa anual de crecimiento. (Véase Tabla 1). Después de 1912 pasó a ser el sector económico menos dinámico de la región — una posición que no mejoró sino hasta el fin de la ocupación norteamericana en 1933. El declive de Nicaragua por la escala económica durante este período, sin lugar a dudas, reforzó la opinión de las élites de que la diplomacia del dólar obstaculizaba el crecimiento del sector exportador. Sin embargo, en realidad éste se expandió bajo la mirada de los agentes de este régimen impuesto por los Estados Unidos. Aunque permaneció a la zaga de los demás países centroamericanos entre 1912 y 1933, la economía exportadora nicaragüense logró duplicar el ritmo de crecimiento alcanzado durante la era “dorada” de la dictadura liberal de Zelaya (1893-1909).

Tabla 1. América Central: Tasas anuales promedio de crecimiento del total de exportaciones a precios constantes de 1980 (%), 1890-1940.

	Nicaragua	Costa Rica	Guatemala	Honduras	El Salvador
1890-1912	1.0	-0.8	-0.2	-1.6	1.3
1912-32	2.5	3.5	5.4	11.0	2.6
1932-40	5.6	-5.8	-0.3	-7.6	3.8

Nota: No se incluye a Panamá pues durante el período en cuestión la mayoría de los pobladores del istmo no la consideraban una nación centroamericana. Fuentes: Bulmer-Thomas, *Economic History*, 65; *Statesman Yearbook*, 1912-1920; Mitchell, *International Historical Statistics*, 425-30; Schoonover y Schoonover, “Statistics”, 116-17; Young, *Central American Currency*; Bulmer-Thomas, *Political Economy*, 326-27. Referente a la conversión de precios, véase Mitchell, *International Historical Statistics*, 690-92.

A pesar de las críticas de la élite, el sector rural más “moderno” del país contribuyó a impulsar la expansión de la economía exportadora de Nicaragua después de 1912. El café proporcionó casi la mitad de los ingresos por exportaciones durante las décadas de 1910 y 1920. Y, contrario a la opinión común, el sector cafetalero fue mucho más productivo durante la época de la diplomacia del dólar, que en sus años de mayor auge bajo el régimen de Zelaya, esto es, desde 1905 a 1909.⁵ De hecho, entre 1910 y 1930 los cafetaleros nicaragüenses se destacaron como los más dinámicos de América Central, junto a sus homólogos salvadoreños. (Véase Tabla 2). Quienes cosechaban el grano en las tierras altas meridionales – es decir, en los departamentos de Managua, Carazo y Granada – aumentaron la producción sobre todo mediante la siembra de nuevos arbustos en sus plantaciones, mientras que los cafetaleros de las tierras altas de Matagalpa, en el centro del país, ampliaron las áreas de cultivo. Las exportaciones de banano, oro y madera – producidos mayormente por compañías norteamericanas en la región oriental del país – ocupaban el segundo lugar en importancia. Al igual que en el resto de la Cuenca del Caribe, estas economías de enclave controladas por EE.UU. crecieron de manera significativa cuando concluyó la I Guerra Mundial. El último cultivo de exportación, asociado por los nicaragüenses con la modernidad, era la caña de azúcar. A diferencia de otros sectores “modernos”, el sector azucarero de Nicaragua se orientó hacia el mercado externo tan sólo después de la puesta en marcha de las políticas de la diplomacia del dólar. Pero a raíz de este giro, la producción de azúcar se elevó a niveles sin precedentes. Por consiguiente, la economía exportadora de Nicaragua continuó siendo la más diversificada de América Central bajo el protectorado económico impuesto por los Estados Unidos.

Sin embargo, el aspecto más peculiar del crecimiento económico de Nicaragua bajo la diplomacia del dólar fue el excepcional vigor del sector agrícola tradicional. Al igual que en el resto de América Central, lo típico de este ramo era el

predominio de la ganadería y el cultivo de granos básicos, especialmente de maíz. Su importancia en Nicaragua era de tal magnitud que, incluso durante el *boom* exportador de la década de 1920, generaba casi el triple de los ingresos procedentes de los sectores cafetalero, bananero y azucarero en su conjunto. De hecho, cuando se le valora en términos de su rendimiento per cápita, la agricultura tradicional de Nicaragua constituía, probablemente, el sector más productivo de América Central en la década de 1920.⁶ Sin duda, la pujanza de la agricultura tradicional nicaragüense obedecía a la gran extensión de tierras que ocupaba. Por ejemplo, en 1925 se cosechaba maíz en casi dos tercios del total de tierras cultivadas, mientras que el café ocupaba tan sólo alrededor de una octava parte de las mismas.⁷ Pero, además, la ganadería y el cultivo de cereales también eran sectores muy dinámicos en Nicaragua. Esta característica fue especialmente notoria durante el auge agroexportador de la década de 1920, cuando el acelerado crecimiento del sector agrícola tradicional nicaragüense (alrededor de un 5 por ciento anual) permitió mantener el mismo nivel de importación de alimentos, y aseguró la estabilidad de los precios de los comestibles producidos en el país – un caso excepcional en América Central.⁸

Tabla 2. América Central: Volumen (libras) indicadores de producción de café para exportación, 1905-34 (1905-9 = 100)

	Nicaragua	Costa Rica	Guatemala	El Salvador
1905-9	100	100	100	100
1910-14	108	100	96	108
1915-19	123	95	105	125
1920-24	136	107	115	145
1925-29	156	126	123	159
1930-34	151	159	119	188

Nota: No se incluye a Honduras puesto que este país no fue un exportador importante de café hasta la década de 1950. Fuente: Williams, *States and Social Evolution*, 265-73.

Los periodistas y diplomáticos extranjeros apenas percibieron la pujanza del ramo de los cereales y la ganadería, pues pocos decidían adentrarse en el mundo rural. Sin embargo, quienes lo hicieron se maravillaron ante la productividad de los sectores económicos tradicionales del país. Por ejemplo, muchos soldados norteamericanos, emplazados en las zonas rurales de Nicaragua después de la guerra civil de 1926-27, (véase capítulo 8), comentaron sobre la relativa prosperidad de los cerealeros y ganaderos del país. No es de extrañar que los informes más elogiosos provinieran de las llanuras de Chinandega y León en el noroeste – el granero del país – y de las sabanas de Chontales en la región central, donde se criaba la mayor parte del ganado nicaragüense. Sin embargo, también escribieron sobre los prósperos cerealeros y ganaderos de sitios remotos, como la región fronteriza septentrional de las Segovias donde – según expresó un *Marine* – “todo lo que se alcanza a ver son plantíos de maíz y arroz, además de muchas reses”.⁹

Paradójicamente, el crecimiento en la producción de cereales y ganado para consumo interno, en la Nicaragua de la década de 1920, obedecía principalmente a un factor externo. En especial, los agricultores y ganaderos nicaragüenses aprovechaban la incapacidad de sus homólogos centroamericanos de abastecer adecuadamente la demanda de alimentos básicos en sus respectivos países.¹⁰ El origen de este problema radicaba en dos procesos económicos que afectaron, sobre todo, a los demás países del istmo durante la década de 1920. En primer lugar, las élites y el estado reasignaron recursos cruciales – mano de obra y capital, más que la tierra en sí – del ramo de los cereales y el ganado hacia el creciente sector del café y el banano. En segundo lugar, el auge en la construcción de obras públicas de envergadura, durante esta época, drenó los recursos laborales regionales de los sectores agrícolas tradicionales, e incrementó la migración de pobladores rurales hacia los centros urbanos. Ante la imposibilidad de satisfacer las demandas de su creciente población urbana, los vecinos de Nicaragua se vieron obligados a importar muchas provisiones del exterior. Si bien la mayoría de los productos comestibles se traían de

EE.UU., una buena parte se adquiriría en Nicaragua. En particular, los estados centroamericanos necesitaban abastecerse del maíz y ganado producidos en este último país.¹¹

Como resultado de la fuerte dependencia de los ganaderos y cerealeros nicaragüenses con respecto al mercado centroamericano, éste fue el único sector agrícola tradicional del istmo que sufrió una contracción económica durante la Gran Depresión.¹² La caída del poder adquisitivo de los empresarios agroexportadores vecinos fue el factor que perjudicó más a los suplidores nicaragüenses de productos alimenticios. Asimismo, fueron afectados por las tarifas aduaneras proteccionistas, aplicadas a los comestibles nicaragüenses por los demás gobiernos de la región, a raíz del crac de la bolsa de valores de 1929. Numerosos funcionarios norteamericanos observaron cómo el súbito declive en las condiciones del mercado internacional afectó a los pequeños y medianos productores en toda Nicaragua. En 1930, un capitán del ejército de EE.UU. reportó desde Chontales que “el dinero es muy escaso y los ganaderos no tienen suficiente tierra. Crían unas 40 mil cabezas de ganado al año, pero no hay mercado. Antes el ganado era arreado a Costa Rica para venderlo, pero ya no hay compradores allá”.¹³

Aunque la variada economía rural de Nicaragua se expandió a un ritmo constante hasta el momento del crac, dicho crecimiento apenas generó mayor desarrollo. De hecho, Nicaragua fue la única nación centroamericana que no logró remozar su economía agraria de manera significativa durante el *boom* agroexportador del período de la posguerra. En la década de 1920, las importaciones nicaragüenses de herramientas agrícolas modernas – arados, molinos de viento, molinos para producir azúcar y harina, fertilizantes, tractores o máquinas para procesar café – eran muy inferiores a las del resto de países del istmo. Como resultado, Nicaragua sufrió una involución, y probablemente llegó a presentar el nivel más bajo de mecanización del sector agrario en Centroamérica.¹⁴ Incluso en Granada, la región rural más próspera del país, casi todo el proceso de preparación de la tierra para la siembra debía hacerse con bueyes y arados de madera.¹⁵

La élite de Nicaragua consideraba que el subdesarrollo de su economía era especialmente notorio en el ramo del café, el paradigma de la modernidad. Esta idea era reforzada por los censos de la época, que mostraban un gran retraso tecnológico en la producción cafetalera del país, en comparación a Guatemala, El Salvador y Costa Rica.¹⁶ En dichos censos, los expertos extranjeros criticaban, sobre todo, las técnicas atrasadas empleadas por los nicaragüenses para cosechar y podar los arbustos de café, así como la carencia general de fertilizantes químicos. Asimismo, observaban que, hasta los procesadores de café más importantes de Nicaragua, tendían a utilizar máquinas mucho más primitivas que en el resto del istmo. Aunque este desfase tecnológico no impidió el crecimiento de las exportaciones de café, su calidad era inferior y, por tanto, obtenía un menor precio en los mercados internacionales. Nada hacía sentir a la élite nicaragüense más consciente del atraso económico de su país que su incapacidad de producir un grano tanpreciado como el de sus vecinos.¹⁷

El mayor obstáculo al progreso económico de Nicaragua era el atraso de su infraestructura pública.¹⁸ En particular, su sistema de transporte pasó a ser el menos desarrollado del istmo durante el régimen de la diplomacia del dólar. Mientras que entre 1910 y 1930 la extensión de la vía férrea se incrementó en Guatemala, El Salvador y Honduras en un 43, 89 y 845 por ciento, respectivamente, en Nicaragua sólo aumentó un 2 por ciento. Incluso Costa Rica, que en 1910 contaba con la red de ferrocarril más desarrollada de la región, presentó una mayor expansión de la misma (7 por ciento).¹⁹ En dichos países, la estratégica ampliación de los servicios ferroviarios contó con el apoyo de los gobiernos nacionales, pero fueron empresas de EE.UU. como la United Fruit Company las que aportaron la mayor parte del financiamiento para dichas obras. Para disgusto de las élites nicaragüenses, los agentes de la diplomacia del dólar desalentaron ese tipo de inversiones norteamericanas en su país. Peor aún, impidieron al gobierno nacional invertir sus propios recursos en la construcción de proyectos largamente esperados, tales como la conexión por tren entre el Pacífico y el Atlántico, y la extensión de la

vía hasta la zona cafetalera de Matagalpa. Como resultado, Nicaragua era la única nación centroamericana que carecía de una conexión ferroviaria entre todas sus zonas cafetaleras principales y los puertos marítimos.

Bajo el régimen de la diplomacia del dólar en Nicaragua, se construyeron algunas carreteras con financiamiento privado. Sin embargo, puesto que las élites carecían de los fondos necesarios para darles mantenimiento, pronto se deterioraron y muchas se convertían en cenagales durante la estación de lluvias. La parálisis en el desarrollo de la red vial del país se prolongó durante varias décadas, por lo que todavía en 1934 el ministro norteamericano en Nicaragua observó que “los caminos más allá de Managua [eran] casi intransitables en automóvil”.²⁰ Mientras los camiones y trenes desempeñaban un rol cada vez más importante en el resto de América Central durante la década de 1920, los medios tradicionales de transporte – mulas de carga, carretas tiradas por bueyes, y botes – siguieron ofreciendo la forma más expedita para el acarreo de productos en gran parte de Nicaragua. (Véase imagen 12).

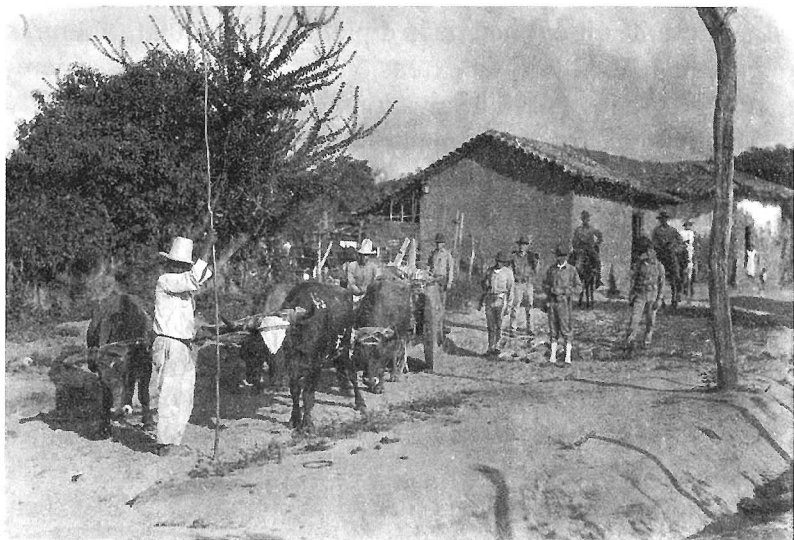


Imagen 12. Condiciones de transporte rural, cerca de 1927.

Cortesía de los Archivos Nacionales de EE.UU.

El grave desfase en el desarrollo de Nicaragua era resultado, sobre todo, del tipo peculiar de diplomacia del dólar impuesto por el gobierno de los Estados Unidos en su protectorado. En aras de la estabilidad fiscal, los agentes de esta política exterior no sólo impidieron la participación de Nicaragua en la “danza de los millones”, que financió la modernización de muchas economías latinoamericanas durante la posguerra, sino además frenaron los esfuerzos del estado nicaragüense por utilizar sus propios recursos con ese propósito. Los funcionarios de EE.UU. se hallaban tan empeñados en reducir la deuda pública de Nicaragua, que el presupuesto de gastos de su gobierno cayó muy por debajo del promedio centroamericano durante la década de 1920.²¹ Peor aún, la porción del presupuesto oficial canalizada hacia programas de inversión pública en Nicaragua, era muy inferior a la del resto de los países del istmo. Mientras la mayoría de los estados centroamericanos gastaron entre 10 y 20 por ciento de su presupuesto anual en obras públicas en dicho período, los agentes de la diplomacia del dólar se aseguraron que en Nicaragua esta cifra rondara alrededor de un mero 5 por ciento.²² Los funcionarios norteamericanos descartaban los proyectos de mejoría de servicios públicos, argumentando que eran un despilfarro en obras de prestigio y clientelismo político; en cambio, asignaban gran parte del presupuesto oficial para reducir las deudas del estado. Mediante el severo recorte en los gastos gubernamentales, los agentes de la diplomacia del dólar lograron bajar a la mitad la deuda externa de Nicaragua. Esta reducción ofrecía un vívido contraste con el masivo incremento en la deuda externa de otros protectorados norteamericanos y países de América Central.²³ Hacia fines de la década de 1920, los funcionarios de EE.UU. coronaron con éxito su misión de restaurar la estabilidad de las finanzas públicas nicaragüenses. No obstante, dicho logro se alcanzó a un alto costo, pues sus políticas fiscales restrictivas pospusieron la modernización de la infraestructura pública, tan urgente para el progreso del país.

La restricción de las inversiones públicas, impuesta por la diplomacia del dólar, también tuvo consecuencias sociales trascendentales. En particular, la renuencia de los funcionarios de EE.UU. a modernizar el sistema de transporte de Nicaragua impidió que los terratenientes locales pudieran incrementar su poder económico con el mismo ímpetu que sus homólogos centroamericanos. El mal estado de los caminos, por ejemplo, representaba un serio obstáculo para el reclutamiento de trabajadores, especialmente en la época de la cosecha. Además, el elevado costo del transporte reducía la competitividad de Nicaragua en el mercado internacional del café, y disminuía el margen de ganancia de los exportadores del grano. En particular, la arcaica red vial del país socavaba el poder de la élite, al frenar la centralización de las empresas procesadoras de café. Al igual que en el resto de América Central, en Nicaragua muchos barones del café procuraban aumentar sus ganancias procesando el grano de los pequeños y medianos agricultores. No obstante, el radio de cobertura de los servicios brindados por un beneficio dependía de las condiciones locales de transporte, pues una vez cosechada la fruta debía llevarse cuánto antes a la empresa para evitar su deterioro. Durante la década de 1920, los grandes procesadores de café de los demás países centroamericanos ampliaron su clientela en forma masiva, gracias a la mejora de las facilidades de transporte. Además, dicho adelanto fomentó la aparición de condiciones de mercado de monopsonio, lo que debilitó en forma drástica la posición negociadora de los pequeños y medianos cafetaleros.²⁴ En contraste, el mal estado de los caminos en Nicaragua prolongó la descentralización de las empresas procesadoras, permitiendo a los cafetaleros más débiles atizar la rivalidad entre los dueños de las mismas con mayor éxito que en otras partes del istmo. Por tanto, las políticas fiscales restrictivas de los diplomáticos del dólar también ayudaron, de manera impremeditada, a los pequeños y medianos cafetaleros a defender su independencia económica con mayor eficacia, cuando sus homólogos centroamericanos estaban siendo estrujados por los barones del café.

El desfase en el desarrollo del sistema de transporte nicaragüense apenas limitó las posibilidades de los pequeños y medianos productores para exportar ganado y maíz a otros países centroamericanos. Por supuesto, muchos finqueros protestaban cuando se veían obligados a acarrear sus productos por caminos deteriorados. Sin embargo, los finqueros que arreaban sus reses hasta Costa Rica y Honduras hacían buen uso de las rutas terrestres y acuáticas tradicionales. Los de la próspera zona ganadera de Chontales aprovechaban el Lago de Nicaragua y el *caminio real*, una trocha para carretas construida en la época colonial que cruzaba el istmo de norte a sur, articulando la costa occidental del país con el resto de América Central. Además, los pequeños y medianos cerealeros de la zona del Pacífico utilizaban el ferrocarril entre Corinto y Granada para exportar sus cosechas a los lucrativos ejes comerciales de los demás países de la región. Uno de los usuarios del tren era Augusto Sandino, un joven comerciante de maíz y frijoles, quien años después se convertiría en líder de una lucha guerrillera contra el ejército de los Estados Unidos.²⁵

Las exportaciones de comestibles nicaragüenses experimentaron un auge imprevisto en la década de 1920, cuando los países vecinos emprendieron obras de envergadura para ampliar sus redes viales y ferroviarias. Si bien estas mejoras estaban dirigidas a reducir los costos de transporte para las exportaciones de café a Europa y EE.UU., también facilitaron la importación de alimentos producidos en Nicaragua. Por consiguiente, la modernización de los sistemas de transporte, inducida por la diplomacia del dólar en los demás países centroamericanos, contribuyó de manera imprevista a que los pequeños y medianos cerealeros y ganaderos nicaragüenses disfrutaran de una renovada prosperidad, cuando sus homólogos en otras partes del istmo se hallaban, en gran medida, a la defensiva en términos económicos.

Promoviendo la Chacra en vez de la Hacienda

La diplomacia del dólar no erosionó el poder económico de los hacendados nicaragüenses principalmente en el ámbito financiero público sino en el privado. Con especial vehemencia, éstos acusaban a los agentes del régimen impuesto por EE.UU. de “estrangular” su acceso al capital. En particular, denunciaban las restrictivas políticas de crédito de la principal institución financiera del país: el Banco Nacional, controlado por banqueros norteamericanos. Alegaban que dichas políticas impedían a los agricultores nicaragüenses modernizar sus métodos de producción; además, empujaban a incontables terratenientes “virtuosos” a la bancarrota.²⁶ Sin duda, tales quejas eran justificadas pues, bajo el protectorado económico de EE.UU., el entorno financiero de Nicaragua pasó a ser el más restrictivo de América Central. Sin embargo, dado que la crítica limitación del crédito “democratizó”, de manera imprevista, el acceso a los mercados de préstamos locales, la diplomacia del dólar terminó beneficiando más a numerosos productores campesinos que a los hacendados.

No cabe duda que los hacendados nicaragüenses sufrieron las peores limitaciones en cuanto al acceso a préstamos en todo el istmo, durante los prósperos tiempos de la década de 1920. Mientras las élites cafetaleras del resto de Centroamérica estimaban que las tasas de interés anual de 10 a 12 por ciento eran exorbitantes, sus homólogos nicaragüenses las consideraban favorables.²⁷ Asimismo, el monto total de los préstamos bancarios proporcionados a los nicaragüenses era mucho menor que el concedido a otros centroamericanos. En 1925, Nicaragua recibió, per cápita, apenas dos dólares de EE.UU. en créditos bancarios, mientras que los salvadoreños y guatemaltecos obtuvieron una suma tres veces mayor.²⁸ Además, en esa época, la mayor parte de los servicios brindados por los bancos centrales de los demás países centroamericanos se destinaban a beneficiar a los grandes productores cafetaleros. En contraste, los créditos bancarios asignados a la élite cafetalera de Nicaragua representaban,

como máximo, el 25 por ciento de los ingresos del país por la exportación del grano – menos de la mitad de lo que recibían sus homólogos en Guatemala y El Salvador – lo que significaba una grave desventaja.

Las restrictivas políticas crediticias de los diplomáticos del dólar fueron muy nocivas para los hacendados nicaragüenses porque su éxito económico dependía del acceso regular a fuertes préstamos. Ciertamente, todos los agricultores que producían para el mercado necesitaban capital, y el Banco Nacional no era la única fuente de crédito. Muchos modestos finqueros solicitaban dinero a prestamistas privados por diversas razones: sobrevivir en caso de una mala cosecha, adquirir más tierras, sembrar nuevos cultivos comerciales, contratar trabajadores, comprar herramientas, o financiar actividades no agrícolas. No obstante, con frecuencia los hacendados requerían sumas tan elevadas que sólo el Banco Nacional podía suministrar. Además, eran muy vulnerables a una severa contracción crediticia, en especial porque necesitaban bastante efectivo para pagar a sus trabajadores. En contraste, los pequeños y medianos productores salían adelante pese a esas limitaciones pues realizaban la mayoría de las labores agrícolas con sus familiares.

Esta diferencia clave en cuanto a los requerimientos de capital era muy notoria en el sector cafetalero. Obviamente, éste era un cultivo lucrativo. Por ejemplo, a mediados de la década de 1920, una libra de café valía siete veces más que una de maíz, vendidas en el exterior.²⁹ Empero, cultivar una manzana de café exigía el triple de mano de obra que cosechar maíz en la misma extensión de tierra.³⁰ Por lo general, los caficultores desyerbaban sus plantíos y podaban los arbustos dos o tres veces al año.³¹ Además, debían cavar zanjas para mantener un buen nivel de irrigación, controlar plagas, y cuidar de los semilleros en viveros o bajo árboles de sombra (comúnmente plátanos). La época de cosecha exigía mano de obra más intensiva. Lo ideal era que los cortadores recorrieran el plantío varias veces durante esos meses, pues las frutas de cada arbusto no maduraban al mismo tiempo. Una vez

recolectadas, debían llevarse a un beneficio cercano y, finalmente, tocaba enterrar los desechos. Los pequeños cafetaleros realizaban todas estas labores con mano de obra familiar y muy pocos trabajadores externos. El caso de los plantadores a gran escala era muy distinto. Los grandes cafetaleros de Matagalpa dependían mucho del trabajo de colonos, medianeros y peones por deudas, mientras que los de las tierras altas meridionales empleaban, sobre todo, mano de obra asalariada.³² En promedio, éstos contrataban alrededor de 150 hombres, mujeres y niños durante la época de cosecha, y unos 40 hombres los demás meses del año, pero los más prominentes necesitaban hasta mil cortadores. Los salarios eran bajos: a mediados de la década de 1920 los cortadores recibían entre veinticinco y cincuenta centavos por día.³³ No obstante, los barones del café, que producían más de cien mil libras de grano al año, debían invertir al menos seis mil dólares de EE.UU. sólo para cubrir el costo de mano de obra.³⁴ Además, requerían un mínimo de dos mil dólares adicionales para procesar y enviar su café al puerto de Corinto en el Pacífico, donde se obtenía el mejor precio. Su necesidad de capital era inmensa, tomando en cuenta que el ingreso per cápita anual del país se estimaba en unos cuarenta dólares.³⁵

Considerando la importancia vital del crédito para los productores de la élite, ¿cómo se explica la descomunal tacañería de los funcionarios norteamericanos encargados de desembolsarlo? Sin duda, sus restrictivas políticas crediticias obedecían a la escasez de capital en el banco. A mediados de la década de 1920, éste sólo tenía trescientos mil dólares de EE.UU., un monto entre cinco y veinte veces menos que las principales instituciones financieras de los demás países centroamericanos.³⁶ Durante la década de 1910, esta brecha era mucho más reducida, pero después se profundizó porque los agentes de la diplomacia del dólar impidieron a Nicaragua participar en la “danza de los millones”. Además, estos funcionarios rechazaron con firmeza la solicitud de los nicaragüenses de aumentar el capital del Banco Nacional, por considerarla incompatible con la meta de EE.UU. de reducir la deuda pública del país. Y, dada su desconfianza en las prácticas

financieras nativas, restringieron aún más la política crediticia del Banco Nacional, para mantener un porcentaje inusualmente alto (50-150 por ciento) de reservas monetarias frente a los depósitos privados. Los administradores norteamericanos de esta entidad criticaban a los nicaragüenses por solicitar elevados préstamos y, para contrarrestar esa "afición", exigían a los barones del café hipotecar sus plantaciones, en vez de viviendas urbanas o haciendas ganaderas de menor valor, lo que aumentaba sus riesgos financieros.³⁷

Aunque responsable de las odiadas restricciones crediticias del Banco Nacional, la diplomacia del dólar no provocó el colapso de los mercados de préstamos locales. Por el contrario, éstos crecieron de manera considerable ante los ojos de los agentes de este régimen impuesto por los Estados Unidos. Por ejemplo, el mercado hipotecario de Granada, el departamento más rico del país, se amplió entre 1910 y 1925; es decir, entre la víspera de la imposición de la diplomacia del dólar y su ápice. Durante estos años, el valor total de las hipotecas (ajustado por la inflación) creció en un 58 por ciento (135 por ciento en dólares de la época), mientras que el número de préstamos otorgados aumentó en un 236 por ciento.³⁸ Los administradores del Banco Nacional difícilmente podían atribuirse el mérito por este acelerado crecimiento, pues dicha institución concedió menos del 9 por ciento del valor total de los préstamos hipotecarios contratados en 1925. En realidad, la expansión del mercado crediticio de Granada fue impulsada por prestamistas particulares. Aunque algunos de éstos eran representantes de casas comerciales extranjeras, especializadas en el negocio del café, la gran mayoría eran granadinos. Por lo general, los prestamistas privados de Granada eran acaudalados – grandes comerciantes, doctores y abogados ricos, y mujeres de clase alta. En 1925, suministraron alrededor del 30 por ciento de todos los préstamos hipotecarios contratados ese año.

Para desdicha de los hacendados, los prestamistas granadinos no estaban en condiciones de ofrecer préstamos tan elevados como las casas comerciales controladas por extranjeros o el Banco Nacional. Pero, para fortuna de los incontables

pequeños y medianos agricultores, así como para los artesanos y tenderos, los prestamistas privados de Granada aceptaban cualquier tipo de propiedades en hipoteca. Incluso ofrecían crédito a parceleros que cultivaban cereales, como fue el caso de Ramona Escorcía, a quien su vecino terrateniente, Guillermo Vargas Argüello, prestó veinticuatro dólares de EE.UU., a cambio de una hipoteca sobre su milpa que ni siquiera medía una manzana.³⁹ El caso de Escorcía también revela que los prestamistas privados no se negaban a dar crédito a las mujeres. De hecho, éstas recibieron alrededor del 40 por ciento de todos los préstamos hipotecarios otorgados en Granada, tanto en 1910 como en 1925. Al igual que en el resto de Nicaragua, los prestamistas privados granadinos ofrecían crédito a la multitud de actores económicos rechazados por el Banco Nacional.

En consecuencia, el acceso al capital de los pequeños y medianos agricultores nicaragüenses era muy superior al de la mayoría de sus homólogos centroamericanos, que en esa época sufrían una severa contracción del crédito.⁴⁰ Incluso los pequeños propietarios de Granada gozaban de esta ventaja pese a que tenían escaso poder, pues el nivel de concentración de la tierra en este departamento era el más alto de Nicaragua. Por ejemplo, entre 1910 y 1925 el número de préstamos hipotecarios otorgados a la población rural de Granada se multiplicó más de tres veces, desde el 5 al 17 por ciento, y la gran mayoría de los beneficiados no pertenecía a la élite. (Véase Tabla 3). El aumento en la cuota de préstamos se observó, sobre todo, en el rango inferior de las categorías de préstamos (US\$0-100). La existencia de una mayor disponibilidad de crédito para los campesinos se refleja también en el hecho de que éstos hipotecaban sus pequeñas propiedades rurales con mucha mayor frecuencia en 1925 (40 por ciento) que en 1910 (19 por ciento). A primera vista, los datos sugieren que los dueños de fincas de tamaño intermedio no se beneficiaron de la expansión del mercado de crédito observado en Granada después de 1910, dado que entre ese año y el de 1925, el porcentaje de préstamos hipotecarios de mediana cuantía (US\$101-500) sobre propiedades rurales cayó de un 50 a

un 19 por ciento. Sin embargo, en realidad la mayoría de los préstamos situados dentro del segundo rango (US\$101-500), otorgados a cambio de la hipoteca de inmuebles urbanos en 1925, se invirtieron en empresas rurales. Quizá la evolución más significativa en el mercado de crédito de Granada haya sido el declive en el número de préstamos hipotecarios más altos (US\$1000+), en relación con los medianos (US\$101-500), pues entre 1910 y 1925, dicha proporción cayó de 24:1 a 6:1. Dada la importancia del crédito para la agroexportación, este descenso indica que, bajo el régimen de la diplomacia del dólar, el predominio de la élite sobre la producción agrícola sufrió una considerable merma.

Tabla 3. Mercado hipotecario de Granada conforme el monto de los préstamos: 1910 y 1925, (en US\$ de la época).

Monto del préstamo	\$0-100		\$101-500		\$501-1,000		\$1,000+		Total Promedio	
	1910	1925	1910	1925	1910	1925	1910	1925	Acumulativo o %	
									1910	1925
Número de préstamos	42	58	17	105	1	24	15	65	75	252
Valor en \$1,000	1.9	4.7	4.0	33.4	0.8	19.4	96.3	184.3	103.0	241.8
Valor promedio (\$)	45	81	235	318	800	810	6,419	2,835	1,373	959
Promedio tasa de interés mensual (%)	2.1	2.0	1.6	1.5	2.0	1.3	1.1	1.2	1.8	1.5
Hipotecas sobre propiedades rurales dentro de la categoría de préstamo (%)	19	40	50	19	0	17	53	49	32	31
Deudores del área rural de Granada dentro de la categoría de préstamo (%)	5	41	6	14	0	8	7	5	5	17

Nota: Tabla basada en todas las transacciones de hipotecas realizadas en 1910 y 1925 que se hallan anotadas en el Registro de la Propiedad de Granada. Fuente: RPPG, *Libros de propiedades*, Vols. 1-61; RPPG, *Libro de diario*, Vol. 19

¿Por qué la distribución del crédito aparentemente se volvió más “democrática” en Nicaragua que en los demás países del istmo?⁴¹ Si bien los agentes de la diplomacia del dólar restringieron enérgicamente el acceso de la élite a préstamos bancarios, nunca asumieron la responsabilidad de proporcionar crédito a los productores de otros sectores sociales. La democratización del mercado de crédito local obedeció, en buena medida, a un cambio significativo en los patrones de contratación de préstamos por parte de la élite. Tal como sugiere el caso de Granada, en 1925 las élites locales mostraban mayor disposición a invertir en empresas agrícolas de pequeña escala que en 1910. Esta tendencia refleja la grave preocupación, generalizada entre la clase alta, ante el entorno financiero que emergió bajo la diplomacia del dólar. Por un lado, debido a las restrictivas políticas crediticias del Banco Nacional, los grandes productores difícilmente podían financiar empresas que exigieran una fuerte inversión de capital. Al mismo tiempo, el banco procedía en forma agresiva contra los deudores insolventes, apropiándose de valiosas haciendas por medio de la ejecución hipotecaria. En consecuencia, los prestamistas acaudalados temían verse arrastrados a la ruina financiera por hacendados que no podían pagar sus deudas. De hecho, varias familias de la élite corrieron esa suerte; el caso más relevante en Granada fue la quiebra de la familia Cardenal.⁴² A medida que crecía el número de hacendados morosos, los prestamistas cautelosos preferían invertir en negocios más seguros, ofreciendo crédito a pequeños y medianos productores por sumas menores, y a tasas de interés más altas.

El caso del abogado Juan Francisco Lugo – indiscutible “rey” de los prestamistas en la década de 1920 – ilustra con claridad este cambio en la forma de operar de los miembros de la élite dedicados a dicho negocio. Lugo nació en 1875 en el seno de una familia oligarca, que había hecho fortuna en la ganadería, caficultura y comercio urbano. Al igual que otros prestamistas de su círculo social, durante muchos años ofreció crédito por sumas elevadas a los hacendados locales. Sin embargo, hacia 1925 ya había diversificado su clientela: de

los treinta y cuatro préstamos hipotecarios que contrató ese año, veinte y ocho fueron créditos individuales por sumas de quinientos dólares o menos.⁴³ Alrededor de la mitad de estos préstamos de poco o mediano monto fueron destinados a financiar negocios urbanos, en particular, de tenderos y artesanos. La otra mitad fue a manos de pequeños y medianos propietarios agrícolas, que cultivaban café, cereales y/o criaban ganado en el área rural de Granada. Con el tiempo, dos de estos granjeros se vieron obligados a entregar sus fincas a Lugo cuando no pudieron cancelar sus deudas, pero se trató de casos excepcionales.

En efecto, el análisis del mercado de crédito de Granada sugiere que muchos agricultores nicaragüenses tenían capacidad de pagar sus deudas durante el boom agroexportador de la década de 1920. Por ejemplo, en 1925, cerca del 90 por ciento del total de préstamos contratados en el mercado hipotecario de Granada fueron saldados. Más importante aún, los casos de pérdida de propiedades por insolvencia no eran más frecuentes entre el sector de pequeños y medianos productores, sino que se daban por igual en todas las categorías de préstamos. Este hecho es asombroso, considerando las onerosas condiciones impuestas a los pequeños productores, pues sus acreedores no sólo les exigían cancelar las deudas en un tiempo más corto, sino también les cobraban tasas de interés más elevadas.⁴⁴ Además, cuando un prestamista se apropiaba de una granja por ejecución hipotecaria, procuraba revenderla cuanto antes a otros pequeños productores o, incluso, al dueño original. Por ejemplo, éste fue el caso de Pedro Sabonó, un productor de cereales del área rural de Granada, dueño de una finca de nueve manzanas (unas quince acres) en Nandaimé, región en la que predominaban las grandes haciendas de azúcar y ganado. En 1925, un tribunal local ordenó a Sabonó vender su finca a un prestamista de la élite de la ciudad de Granada, para cancelar una deuda por la suma de ciento veinte dólares de EE.UU. Al cabo de un año, Sabonó ya había logrado recuperar su parcela.⁴⁵ La capacidad de Sabonó de conservar su propiedad, pese a la exorbitante tasa de interés

del 2 por ciento mensual cobrada por su acreedor, sugiere en términos más generales una tendencia peculiar en las ventas de inmuebles realizadas en Granada, durante el boom agro-exportador de la década de 1920. Si bien las élites centro-americanas extendieron sus propiedades agrarias sobre todo a expensas de pequeños y medianos productores insolventes, los acaudalados terratenientes granadinos adquirían, por ejecución hipotecaria, las haciendas de sus propios pares.

Las particularidades del proceso de expansión de las haciendas en Nicaragua destaca especialmente la peculiar evolución de su mercado de crédito, bajo el régimen de la diplomacia del dólar. Aunque las restrictivas políticas crediticias del Banco Central no lo debilitaron, la persistencia de altas tasas de interés indica que no pudo desarrollarse con tanto vigor como los mercados de capital de otros países centroamericanos. Por otro lado, el cambio en la forma de operar de los prestamistas acaudalados sugiere que la diplomacia del dólar generó un entorno financiero más favorable para el productor campesino que para el hacendado. La prueba más contundente de la mayor eficiencia de los pequeños productores era su capacidad para cancelar sus deudas con la misma frecuencia que los hacendados, pese a que los acreedores cobraban a los primeros una tasa de interés casi dos veces más alta que a los segundos. Gracias a la tenacidad de estos pequeños productores, la polarización de las estructuras de clase en el área rural de Nicaragua disminuyó bajo el régimen de la diplomacia del dólar.

“Democratizando” las Estructuras de Clase en el Campo

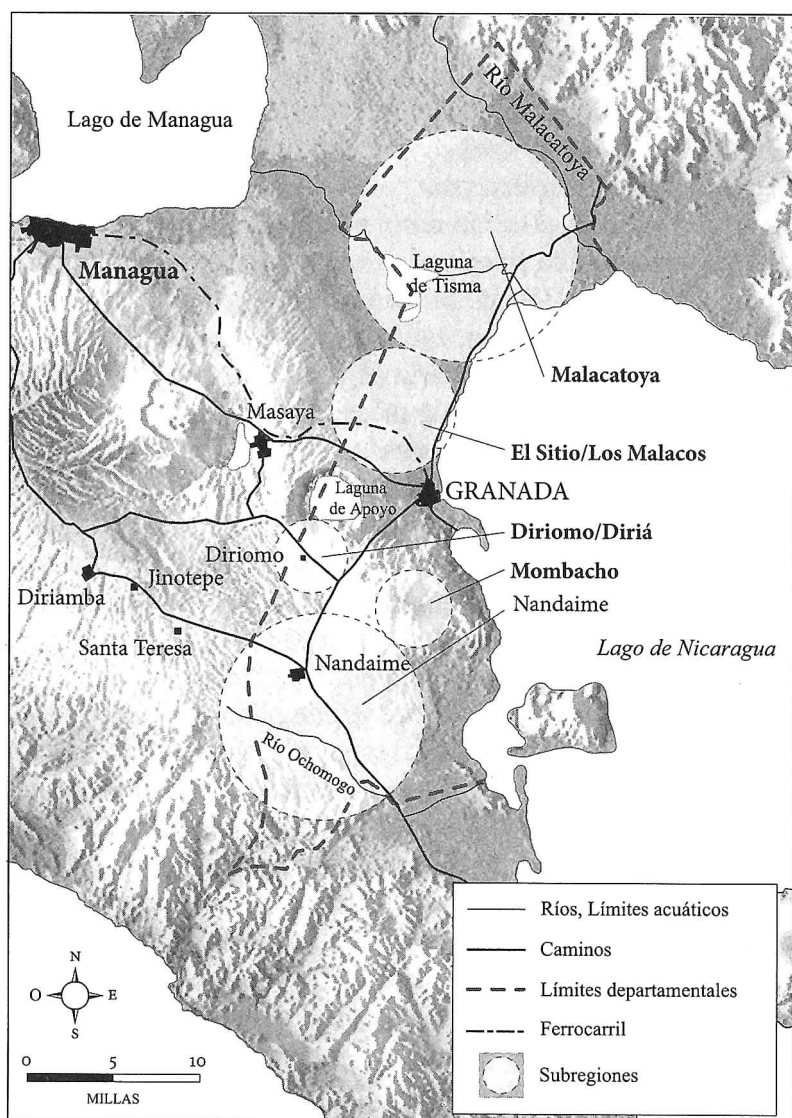
El área rural de Granada es un espacio idóneo para describir el peculiar impacto “democratizante” de la diplomacia del dólar, pues la tierra se hallaba más concentrada y la hegemonía de los hacendados era mayor en este bastión de la élite que en cualquier otro lugar de Nicaragua.⁴⁶ Cuando un viajero

norteamericano pasó por Granada a inicios de la década de 1920, y comentó entre las élites locales cuánto le había impresionado “el número de propietarios campesinos” en Costa Rica, un joven de la oligarquía granadina le respondió de acuerdo a perspectiva de clase: “Eso es igualito a Leon [sic]. Allá usted ve que cualquier mugroso tiene su parcelita. Aquí es muy diferente. Todo se encuentra en grandes haciendas de primera calidad”.⁴⁷

Al mismo tiempo, Granada es un sitio estratégico para explorar el impacto de la diplomacia del dólar en áreas rurales con estructuras socioeconómicas diferentes. Tal como indica el mapa número 4, el campo granadino consistía de cinco subregiones con diversos patrones de cultivo y tenencia de la tierra. En el extremo norte se hallaba la zona ganadera de Malacatoya, una llanura delimitada por el río Malacatoya y la laguna de Tisma. Si bien existían muchas haciendas ganaderas en esta región, todavía tenía rasgos de una zona de frontera agrícola, salpicada de pequeñas y medianas fincas ganaderas, así como algunas granjas donde se cultivaba maíz y arroz. Desde Tisma a la ciudad de Granada se extendía El Sitio/Los Malacos, con fértiles tierras agrícolas de origen volcánico. En esta subregión existían haciendas de origen colonial, especializadas en la producción de azúcar, cereales y ganado, pero también presentaba cierto número de pequeñas parcelas sembradas de maíz. La tercera subregión consistía del volcán Mombacho – el “monte burgués” – donde las plantaciones de café gozaban de plena supremacía. En contraste, en las colinas y estrechos valles alrededor de los pueblos indígenas coloniales de Diriomo y Diriá, predominaban las pequeñas y medianas propiedades agrícolas. En algunas se cultivaba café, pero la mayoría estaban dedicadas a la producción de granos básicos. En el extremo meridional se extendían las llanuras de Nandaime, que contaban con buena irrigación, y donde las haciendas de azúcar, cacao y ganado coexistían al lado de fincas ganaderas y cerealeras de menor extensión. La existencia de estas cinco subregiones explica que Granada tuviese las relaciones de clase más polarizadas

del campo nicaragüense cuando se impuso la diplomacia del dólar. Sin embargo, cada subregión había desarrollado una estructura social particular. La hegemonía de los hacendados se hacía sentir con mayor fuerza en el Mombacho, mientras que en Malacatoya era más débil.

Mapa 4. Mapa topográfico de Granada



El impacto de la diplomacia del dólar sobre las relaciones de clase del área rural de Granada puede valorarse mejor explorando cómo afectó la tenencia de la tierra en la región. A juicio de la gente de aquella época, la posesión de tierras constituía el máximo signo de poder; además, los funcionarios oficiales se preocupaban por recopilar estadísticas más completas y confiables sobre la tierra que sobre otros indicadores de clase, tales como la cantidad de mano de obra empleada por los agricultores, el monto de sus bienes tasables con objetivos fiscales, o el promedio de producción de sus plantaciones. Nuestras dos principales fuentes son los censos anuales de hacienda que, con fines de impuestos, catalogaban las fincas cuyas cosechas eran vendidas en la ciudad;⁴⁸ y el registro de la propiedad de Granada, donde se llevaba una lista de la mayoría de las propiedades rurales dedicadas a cultivos comerciales en el departamento.⁴⁹ Ambas fuentes tendían a registrar la extensión de la propiedad, su ubicación y el tipo de cultivo que producía. Esta información reviste una importancia crucial si utilizamos la tierra para distinguir la posición de clase de los agricultores, puesto que una manzana (1.7 acres) de un cultivo comercial lucrativo, tal como el café, genera mucho más ingresos que la misma extensión sembrada de un producto comestible básico como el maíz. A fin de facilitar el análisis comparativo, he retomado el ejemplo de otros estudiosos de América Central, diferenciando a los agricultores granadinos en tres clases: medianos productores que dedicaban entre cincuenta y quinientas manzanas a los granos básicos; quince a sesenta y cinco a café; cincuenta a doscientos a azúcar; o doscientos a un mil a la ganadería.⁵⁰ Identifico como pequeños productores a los que cultivaban menos de las cantidades correspondientes a los medianos, y como grandes productores a quienes superaban dichas cifras.

Productores en gran escala. ¿De qué manera contribuyó la diplomacia del dólar a “democratizar” las estructuras sociales del mundo rural granadino? El primer factor – y el de mayor importancia – es que debilitó a la élite terrateniente de la región, provocando un significativo cambio en su composición.

Contrario a la opinión común, dicho giro se dio, en gran medida, a expensas de los gobernantes conservadores, la facción de la élite que no sólo gozaba de supremacía entre la élite terrateniente de Granada, sino también obtuvo mayores beneficios políticos de la ocupación norteamericana. Es preciso reconocer que algunos hacendados conservadores incrementaron su poder económico, o recuperaron tierras que habían perdido durante la época liberal de Zelaya. No obstante, muchos más enfrentaron serias dificultades económicas y se vieron obligados a vender sus preciadas haciendas.

El impacto perjudicial de la diplomacia del dólar sobre la élite terrateniente de Granada se refleja nítidamente en los cambios en la composición de su grupo más prominente: el exclusivo club de dueños de grandes plantaciones de café en el volcán Mombacho. De los catorce cafetaleros más importantes registrados en el censo nacional de 1909, más de la mitad perdió sus haciendas durante el régimen de la diplomacia del dólar.⁵¹ Con excepción de uno de éstos, todos eran allegados a los gobernantes conservadores.⁵² Además, los trece individuos que ingresaron a las filas de la élite cafetalera granadina durante el largo protectorado económico impuesto por EE.UU. eran conservadores, pero sólo siete de éstos lograron mantenerse dentro de dicho círculo; los restantes perdieron su posición social al cabo de un breve tiempo.⁵³

La movilidad, ascendente o descendente, de los miembros de este sector social también llama la atención por el hecho de que los pocos dueños de plantaciones en el Mombacho que ampliaron sus propiedades bajo la diplomacia del dólar, por lo general, lo lograron a expensas de otros barones del café, no de productores campesinos. Entre 1912 y 1933, las diez haciendas cafetaleras más grandes de Granada pasaron de un dueño a otro un total de veinticuatro veces, casi siempre debido a que el vendedor enfrentaba graves problemas financieros. La mayoría de dichos traspasos no ocurrieron después del gran crac de 1929, como tradicionalmente se afirma en los estudios sobre historia agraria de América Central. Por el contrario, sucedieron durante el boom agroexportador de la

década de 1920. Por ejemplo, las diez plantaciones más importantes de Granada experimentaron nueve cambios de propietarios entre 1904 y 1911, y otros nueve durante los siguientes ocho años. Entre 1920 y 1927, esta cifra se elevó a once, para después caer a cinco en los ocho años posteriores. Por tanto, el caso de Granada sugiere que el boom de la década de 1920 provocó gran inestabilidad en las filas de la élite cafetalera de Nicaragua, en contraste al resto del istmo donde tendió a consolidar a este sector social en sus respectivos países.

El impacto desestabilizador del boom sobre las élites cafetaleras nicaragüenses refleja las contradicciones de la producción del grano – un negocio sumamente lucrativo pero riesgoso. Si bien los cafetaleros de esa época obtenían un margen de ganancia promedio de casi el 35 por ciento, también debían lidiar con las grandes fluctuaciones de los precios en el mercado internacional.⁵⁴ Por ejemplo, entre 1917 y 1918, el precio libre a bordo en Corinto (f.o.b.) de cien libras de café nicaragüense cayó de \$10.60 a \$8.10; después se elevó a \$20.40 en 1920, sólo para descender bruscamente a \$8.10 el siguiente año.⁵⁵ Además, los altos márgenes de ganancia de los cafetaleros presentaban un agudo contraste con sus enormes dificultades para obtener el capital requerido para cubrir sus altos costos de producción. Como vimos anteriormente, la fuerte contracción del crédito obedecía, en buena medida, a las restrictivas políticas de los agentes de la diplomacia del dólar. Sin embargo, las limitaciones para acceder al capital empeoraron de manera significativa a raíz de la depresión mundial de 1920-21.

Si bien esta crisis económica perjudicó a los grandes cafetaleros de toda América Central, los nicaragüenses se vieron particularmente golpeados. Esto se debió, en parte, a que el café nicaragüense era de calidad inferior, por lo que su precio internacional presentó el mayor descenso. Además, debido al escaso desarrollo de la industria procesadora en Nicaragua, los barones del café de este país no pudieron seguir el ejemplo de sus homólogos en Costa Rica y El Salvador, quienes hacían recaer sus pérdidas sobre los pequeños productores cuyos

granos beneficiaban.⁵⁶ Además, la élite cafetalera de Nicaragua empleaba sobre todo mano de obra asalariada, lo que exigía un flujo de dinero en efectivo abundante y continuo. Por tanto, también carecía del factor de amortiguación financiera que el colonato y el trabajo forzoso ofrecían a muchos cafetaleros de otros países de la región, particularmente en Guatemala.⁵⁷ Sin embargo, quizá la diferencia primordial consistía en que los bancos afiliados a los otros gobiernos centroamericanos reaccionaron ante la crisis de 1920-21 proporcionando generoso apoyo financiero a las atribuladas élites cafetaleras. En cambio, el Banco Nacional de Nicaragua, controlado por los Estados Unidos, redujo sustancialmente el crédito a los productores de café, y adoptó una política más agresiva en la ejecución de las hipotecas sobre sus haciendas.

Los agentes de la diplomacia del dólar incluso se rehusaron a prestar apoyo a sus principales aliados nacionales, los hacendados conservadores, para evitar que cayeran en la bancarrota. La quiebra más estrepitosa fue la de Pedro Rafael Cuadra Pasos, un granadino que había contribuido a implementar las controversiales políticas de este régimen entre 1913 y 1916, cuando se desempeñó como agente financiero de Nicaragua en Washington. Al retirarse de su cargo gubernamental a los cincuenta y seis años de edad, este miembro de la oligarquía compró tres haciendas de café en el Mombacho.⁵⁸ Con el objetivo de financiar dicha adquisición, Cuadra vendió la parte de una inmensa plantación de cacao heredada de la familia de su esposa, los Chamorro.⁵⁹ Además, es posible que invirtiera una considerable suma que recién le había pagado la Comisión Mixta.⁶⁰ A fin de usufructuar sus nuevas propiedades, anualmente Cuadra obtenía préstamos por casi treinta mil dólares de EE.UU., sobre todo de miembros de su círculo social y de extranjeros que comerciaban con café.⁶¹ Todo parecía marchar sobre ruedas hasta que los precios del grano cayeron en picada en 1920. Aunque su valor presentó cierta recuperación el año siguiente, no volvió a superar el nivel de 1920 hasta 1925. Cuadra se esforzó por cubrir el pago de sus deudas y costos de producción, pero incluso llegó a verse

en dificultades para cancelar artículos de lujo adquiridos por su esposa en los comercios locales.⁶² Finalmente, en 1924 un juez obligó a Cuadra a vender sus haciendas de café a sus impacientes acreedores.⁶³ De acuerdo al senador conservador Carlos Cuadra Pasos, la política había empujado a su hermano al abismo. En particular, Carlos acusó a sus rivales dentro del Partido Conservador de ejercer presión sobre el Banco Nacional para que la solicitud de un préstamo de emergencia presentada por Pedro Rafael fuese rechazada.⁶⁴ Sin duda esto pudo haber ocurrido. No obstante, dado que grandes cafetaleros de todas las banderas políticas fueron a parar al tribunal de quiebras, es más probable que los agentes de la diplomacia del dólar denegaran la petición de Cuadra por considerarla un riesgo financiero demasiado alto.

El argumento de que la causa del fracaso económico de cafetaleros como Cuadra Pasos guardara mayor relación con la aguda restricción crediticia y las inversiones riesgosas que con las intrigas políticas, cobra fuerza cuando analizamos el impacto particular de la diplomacia del dólar sobre la élite ganadera de Granada. Tal como ocurrió en el sector cafetalero, la mayoría de los terratenientes granadinos que se vieron obligados a vender sus extensas propiedades ganaderas, pertenecían a la oligarquía conservadora de la ciudad. Sin embargo, aunque algunos hacendados de renombre cayeron en la ruina, la composición de este sector de la élite granadina permaneció más estable que el cafetalero. Dicha continuidad resulta muy sorprendente, pues los barones del ganado recibieron escaso apoyo del Banco Nacional. Por ejemplo, los dueños de haciendas ganaderas en Granada obtuvieron tan sólo el 5 por ciento de los créditos otorgados por esta entidad financiera entre 1912 y 1932, mientras que los préstamos sobre hipotecas de fincas cafetaleras representaron el 82 por ciento de los mismos.

No obstante, este sector pudo lidiar mejor con las adversidades del entorno financiero pues, aunque la ganadería era casi seis veces menos lucrativa que la producción de café, sus riesgos eran mucho más reducidos.⁶⁵ En general, los ganaderos

no eran tan vulnerables a las crisis en los mercados externos, pues la demanda local de carne y productos lácteos era muy superior a la del café.⁶⁶ Más importante aún, la escasez de crédito afectaba muy poco a la élite ganadera, pues sus costos de producción eran muy inferiores a los que enfrentaban los cafetaleros. Los barones de la ganadería no sólo requerían menos trabajadores, sino también pagaban salarios más bajos, pues solían emplear medianeros y colonos, a quienes permitían cultivar parcelas en sus haciendas a cambio de su mano de obra.⁶⁷ Por tanto, no es de extrañar que el número de prominentes ganaderos que cayeron en bancarrota, durante el régimen de la diplomacia del dólar, fuese menor que el de los grandes cafetaleros. Esta diferencia se refleja con mayor nitidez por el hecho de que, entre 1912 y 1927, veinte plantaciones de café de Granada fueron objeto de ejecución hipotecaria o estuvieron al borde de serlo, mientras que sólo seis haciendas ganaderas sufrieron tal suerte, pese a que en la región había cuando menos el triple de propiedades dedicadas a la ganadería que a la caficultura.

Empero, la diplomacia del dólar provocó mucha ansiedad entre los barones de la ganadería de Granada, pues un creciente número de hacendados empezó a perder considerables porciones de sus tierras, que pasaron a manos de pequeños y medianos productores. Un cónsul norteamericano, inusualmente perspicaz, anotó en 1925 que “algunas de las grandes propiedades [ganaderas] han reducido su extensión, pero se observa un aumento en la crianza de reses entre los pequeños granjeros”.⁶⁸ Este comentario encaja con el cambio en los patrones de tenencia de la tierra que se produjo en el sector ganadero de Granada durante la década de 1920. Los escasos barones de la ganadería que ampliaron sus propiedades lo hicieron a expensas de los terratenientes de su mismo sector social, un fenómeno característico de este período. El comprador más exitoso de haciendas ganaderas insolventes era Adolfo Vivas Benard, quien acumuló unas cuatro mil manzanas de excelentes pastizales en Nandaime, comprando gran parte de éstas a la familia Cuadra. Si bien Benard utilizó

la mayor porción de sus tierras para la ganadería, apartó alrededor de mil manzanas para establecer lo que pronto se convertiría en la principal plantación azucarera de la región: el Ingenio Amalia. Sin embargo, el “Rey del Azúcar” de Granada fue la excepción a la regla, pues mucha si no la mayor parte de las tierras de pastizales vendidas en Granada durante la década de 1920 fue adquirida por medianos y pequeños productores.

Pequeños y Medianos Productores. Al igual que en el resto de Nicaragua, la estructura social del campesinado granadino experimentó un creciente proceso de diferenciación, como resultado del boom agroexportador del período posterior a la década de 1870. Cuando EE.UU. impuso el régimen de la diplomacia del dólar en el país, ya había surgido un vigoroso sector medio, más activo en el sector de la ganadería y la producción de cereales que en el ramo del café y el azúcar. La cantidad de medianos productores granadinos que residían en centros urbanos era inusualmente alta, en comparación al resto de Nicaragua. Muchos vivían en el pueblo de Nandaime y en la ciudad de Granada, donde solían trabajar también como artesanos o tenderos. En contraste, la mayoría de los pequeños productores habitaba en el campo – en los caseríos rurales del Malacatoya, El Sitio/Los Malacos y Nandaime, o en las aldeas de Diriomo y Diriá. (Véase mapa 4). Los campesinos de El Sitio/Los Malacos se dedicaban sobre todo al cultivo de maíz y frijoles, mientras que en Malacatoya la mayoría criaba ganado en pequeñas estancias, y vendía leche y queso. Por lo general, los de Diriomo y Diriá eran dueños de modestas parcelas, sembradas de frutales, hortalizas, caña de azúcar y, a veces, café y tabaco. Sin embargo, ante todo producían arroz, maíz y frijoles. Finalmente, los campesinos de Nandaime tendían a dedicarse tanto al cultivo de cereales como a la ganadería; al igual que los de Malacatoya, solían vender leche y queso a medianos y grandes productores, que los llevaban al mercado de la ciudad de Granada. La presencia de todas estas actividades revela que el campesinado de Granada – la región más mercantilizada de Nicaragua – no

se había transformado en un proletariado rural. Empero, muchos se veían obligados a luchar para defenderse del proceso de concentración de la tierra impulsado por la élite después de la década de 1870. De manera imprevista, la extensión de los latifundios se detuvo bruscamente bajo el régimen de la diplomacia del dólar.

El súbito fin de la expansión de la élite terrateniente, a expensas del campesinado, fue muy notorio en el sector cafetalero de Granada. Ciertamente, muchos campesinos vendieron parcelas apropiadas para el cultivo del café, en especial durante el boom exportador de la década de 1920. Sin embargo, buena parte de esas tierras fue adquirida por otros campesinos. En 1925, el momento pico del boom, pequeños y medianos agricultores vendieron treinta y ocho propiedades en el volcán Mombacho, Diriomo y Diriá, el área que presentaba las mejores condiciones para la caficultura.⁶⁹ Treinta y tres de dichas parcelas pasaron a manos de personas que habitaban en comunidades rurales, y sólo cinco fueron adquiridas por hacendados granadinos. Más importante aún, todas las parcelas compradas por los primeros ya estaban sembradas de café; de manera que algunos pequeños y medianos productores ampliaron sus plantaciones del grano. Cuando las personas de este sector social perdían sus tierras por ejecución hipotecaria, solían movilizar recursos familiares para recuperarlas.

La familia Pavón de Diriomo es un ejemplo de este tipo de situaciones. En 1924, el juez local los obligó a subastar su mediana finca de café, para cancelar deudas contraídas por Simón Pavón, el patriarca de la familia recién fallecido. Eufrazio Flores, otro mediano agricultor de Diriomo, adquirió dicha propiedad por la suma de cuarenta dólares. Después de remedir la finca, Flores se enteró que su extensión era de 33 manzanas, y no de 18.5 manzanas, como creía la familia Pavón. Aprovechando este error, Flores trató de revender la finca. Es muy probable que primero contactara a su vecino Sebastián Uriza, un prominente cafetalero conservador que en 1926 ocuparía la presidencia de Nicaragua por un breve período. Al igual que otros hacendados, Uriza se encontraba

en graves problemas financieros, y poco dispuesto a ampliar su propiedad. Cuando no encontró un comprador, Flores dividió la finca en varias parcelas de unas tres manzanas cada una, y en los años siguientes vendió la mayor parte a la familia Pavón, por un total de 420 dólares. Si bien Flores obtuvo una ganancia de casi 1,000 por ciento con esta venta, los Pavón lograron recuperar alrededor del 85 por ciento de su antigua finca.⁷⁰ En contraste, ningún hacendado granadino pudo recuperar una hacienda cafetalera perdida por ejecución hipotecaria durante las décadas de 1910 y 1920. Esta asombrosa diferencia indica que, gracias a la disponibilidad de mano de obra familiar, los pequeños y medianos productores se hallaban en una posición mucho más ventajosa para enfrentar las limitaciones de capital propias del régimen de la diplomacia del dólar en Nicaragua.

Además, muchos finqueros compraron porciones de tierra ofrecidas en venta a raíz de la división de los latifundios de algunos barones de la ganadería de Granada. Ese hecho corrobora el argumento de que la diplomacia del dólar favoreció, aunque de manera impremeditada, a los medianos y pequeños productores. La fragmentación de la hacienda ganadera “La Camarona” en Nandaime, de unas tres mil manzanas de extensión, es un ejemplo paradigmático. El proceso empezó en 1924, cuando falleció el oligarca conservador Pablo Guadamuz dejando cuantiosas deudas, que obligaron a su familia a vender varios lotes de dicha hacienda a medianos productores ganaderos de los alrededores.⁷¹ Gran parte de esta tierra fue adquirida por la familia Lara, originaria de Santa Teresa, un pueblo del departamento de Carazo situado unos 16 kilómetros al noroeste de Nandaime. (Véase mapa 4). El último lote de La Camarona fue vendido en 1931, luego que Carlos Alberto Guadamuz – descrito como un prominente y acaudalado político por funcionarios de EE.UU.⁷² – no pudo cancelar un préstamo; una vez más, apareció un comprador de la familia Lara. El contraste entre la suerte de las familias Guadamuz y Lara refleja que el entorno económico generado por la diplomacia del dólar permitió a muchos medianos finqueros mejorar su posición a expensas de los hacendados.

La prueba más contundente de la tenacidad de los pequeños y medianos productores fue su capacidad para adquirir la mayoría de las fincas vendidas en Granada durante el auge agroexportador de la década de 1920. Por lo general, esas transacciones agrarias se dieron en las subregiones donde había menos presión por la tierra. Por ejemplo, en 1925 noventa y cuatro propiedades rurales registradas pasaron a otro dueño en el departamento de Granada. Del total de ventas, el 6 por ciento se produjo en el Mombacho, 46 por ciento en Diriomo/Diriá, 17 por ciento en Nandaime, 15 por ciento en Malacatoya, y 8 por ciento en El Sitio/Los Malacos.⁷³ Los pequeños y medianos productores no pudieron adquirir una sola finca en el Mombacho, y únicamente compraron alrededor de un tercio de las ofrecidas en Nandaime. En contraste, mostraron un desempeño mucho mejor en áreas donde la hegemonía de los hacendados era más débil, pues de las fincas puestas en venta en El Sitio/Los Malacos, adquirieron el 62 por ciento, el 79 por ciento en Diriomo/Diriá, y más del 90 por ciento en Malacatoya. En conjunto, los pequeños y medianos productores adquirieron un menor número de propiedades a los grandes productores que vice versa (5 y 10 fincas, respectivamente). Sin embargo, la extensión de las tierras que obtuvieron de los hacendados (unas 650 manzanas) duplicaba con creces el área que estos últimos les compraron a ellos (320 manzanas).

Este extraordinario dinamismo atestigua el vigor de los productores campesinos nicaragüenses, durante una época en que muchos de sus homólogos centroamericanos se hallaban a la defensiva.⁷⁴ Por supuesto, su tesón tenía límites. La relativa decadencia del poder de la élite no llegó al extremo de permitir a los campesinos nicaragüenses adquirir propiedades lucrativas a hacendados empobrecidos, en forma masiva. Tal como observamos, la oligarquía conservó el control de las tierras agrícolas más valiosas en la zona cafetalera del Mombacho. Sin embargo, dentro de este privilegiado círculo social escaseaban hombres seguros de sí mismos, pues muchos habían caído en la bancarrota.

Conclusión

En 1933, cuando el régimen de la diplomacia del dólar en Nicaragua entraba en declive, *El Correo* de Granada publicó un editorial titulado “Crisis de Hombres”.⁷⁵ El propósito de este diario conservador era ajustar cuentas con los odiados agentes de la diplomacia del dólar. Evocando los antiguos lamentos de la élite, el autor argumentó que las restrictivas políticas fiscales y financieras de esos funcionarios habían sumido a los agricultores nicaragüenses en una abismal crisis. A primera vista, sorprende encontrar un discurso de esta naturaleza en un periódico de la élite, pues el sector económico rural de Nicaragua gozó de una espectacular tasa de crecimiento durante el boom exportador de la década de 1920. Empero, en cierto modo, *El Correo* tenía razón: la percepción de que existía una “crisis de hombres” en Nicaragua tenía fundamentos reales. Sin embargo, era aplicable sólo para el caso de los hombres de la élite. Tal como argumentaré en el próximo capítulo, dicha crisis reflejaba una ansiedad masculina ante la aparición de la “mujer moderna”. Pero, ante todo, su angustia obedecía al impacto “democratizante” de la diplomacia del dólar en las estructuras de clase en el campo nicaragüense.

A juicio de los principales agentes de la diplomacia del dólar, no había razones para sorprenderse del hecho que los pequeños y medianos agricultores presentaran un mejor desempeño que sus homólogos de la élite, bajo este régimen impuesto por EE.UU. en su protectorado. Por ejemplo, W. W. Cumberland sostuvo, en su influyente estudio económico del año 1927, que “en el largo plazo, un sistema de pequeñas propiedades agrarias rinde muchos mejores resultados, tanto en términos económicos como políticos y sociales, que las grandes plantaciones”.⁷⁶ Aunque la perspectiva de Cumberland tenía raíces ideológicas, pues se identificaba con el modelo social de granjeros independientes propugnado por Jefferson, era un fiel reflejo del contraste entre la suerte económica de los

campesinos y de los grandes productores, que observó durante su estadía en Nicaragua. No obstante, caeríamos en un error – como lo hizo Cumberland – si atribuimos el origen de esa diferencia simplemente a una mayor capacidad de recuperación inherente a la agricultura en pequeña escala.

En realidad, los productores campesinos nicaragüenses se beneficiaron de tres efectos impremeditados de la diplomacia del dólar, que tuvieron un impacto particularmente nocivo en el poder de la élite. En primer lugar, este régimen exacerbó los conflictos internos de la élite y, por ende, incrementó la influencia política de los demás sectores sociales. En consecuencia, los campesinos lograron arrancar políticas económicas favorables a los gobiernos conservadores de las décadas de 1910 y 1920, así como leyes que les permitieron resistir, con mayor eficacia, los esfuerzos de la élite por apropiarse de su tierra y fuerza de trabajo. En segundo lugar, los agentes de la diplomacia del dólar crearon un entorno financiero que, de manera imprevista, resultó más favorable para los intereses de los productores campesinos que para los de la élite. En particular, bajo el control de los funcionarios norteamericanos, el Banco Nacional adoptó medidas para restringir el crédito, perjudiciales para las empresas que requerían una inversión intensiva de capital. En contraste, los pequeños y medianos productores se hallaban en una posición mucho más ventajosa para enfrentar la constricción de capital, pues por lo general empleaban mano de obra familiar en vez de asalariada. Y, si llegaban a necesitar crédito, era por sumas lo bastante modestas como para ser satisfechas por los prestamistas locales. En tercer lugar, las condiciones del mercado en la década de 1920 permitieron a muchos pequeños y medianos productores exportar granos y ganado a los demás países del istmo. La demanda centroamericana de comestibles nicaragüenses era resultado, en buena medida, de la forma radicalmente distinta en que se aplicó la diplomacia del dólar en los demás estados del istmo. Mientras que este régimen sólo trajo a Nicaragua la supervisión financiera de EE.UU., en el resto de Centroamérica

conllevó una afluencia masiva de inversiones norteamericanas que perjudicó a sus sectores agrícolas para consumo interno, el ámbito tradicional de los productores campesinos. Tal como se mostrará en el siguiente capítulo, el impacto socioeconómico “democratizante” de la diplomacia del dólar en Nicaragua perturbó profundamente a los hacendados nicaragüenses, y contribuyó a desencadenar un giro antinorteamericano entre las élites que, hasta entonces, habían mostrado una ferviente admiración por los Estados Unidos.

Notas

- ¹ Véase, por ejemplo, Bulmer-Thomas, *Political Economy*, 25–47; Suter, *Prosperität und Krise*; Edelman, *Logic of the Latifundio*; Samper, “In Difficult Times”; y McCreery, “Wage Labor, Free Labor, and Vagrancy Laws”.
- ² Véase, por ejemplo, Tony Smith, *America's Mission*, 37–83.
- ³ Sobre cómo estas perspectivas han sido cuestionadas por estudios recientes, véase por ejemplo, Ayala y Bergad, “Rural Puerto Rico”; y LeGrand, “Living in Macondo”, 337–42.
- ⁴ Por ejemplo, Thorp y Londoño, “Effect of the Great Depression”.
- ⁵ Para estadísticas sobre producción de café durante la época de Zelaya, véase Charlip, *Cultivating Coffee*, 32.
- ⁶ Véase Bulmer-Thomas, *Political Economy*, 310 y 316–19.
- ⁷ Cálculos basados en Playter, *Nicaragua*, 43.
- ⁸ Véase Tabla 2.2 en Bulmer-Thomas, *Political Economy*, 39.
- ⁹ USNA, RG 59, 817.1051/688, Guardia Newsletter, agosto 21, 1932, Lt. Weeks.

- 10 Merz, *Finanzhaushalt, Produktion und Handel*, 69, 74–76; Suter, *Prosperität und Krise*, 215–25; McCreery, *Rural Guatemala*, 307–11; Saavedra, *Bananas, Gold and Silver*, 46–47, 54.
- 11 Para mayor información sobre el comercio centroamericano de cereales y ganado nicaragüense, véase Gobat, “Against the Bourgeois Spirit”, 270–72.
- 12 Bulmer-Thomas, *Political Economy*, 80 (tabla 4.2).
- 13 USNA, RG 43, E996, caja 1, folder General Records Executive, Capt. Durfee, julio 1930.
- 14 Laird, “Technology versus Tradition”, 80–105.
- 15 USNA, RG 43, E1004, caja 6, folder Granada, Gladden a Johnson, octubre 29, 1930.
- 16 El reporte más famoso fue el de Duque, *Informe del Jefe*.
- 17 Ej., *Encuesta económica*, 135.
- 18 Sobre la importancia crucial de las obras de la mejora de servicios públicos para el desarrollo económico, véase Coatsworth, “Obstacles to Economic Development”.
- 19 Cifras basadas en B. R. Mitchell, *International Historical Statistics*, 529–32.
- 20 USNA, RG 59, 817.24/274, Lane a Secretario de Estado, mayo 26, 1934.
- 21 En la década de 1920, los gastos públicos como porcentajes del valor total de las exportaciones fueron veinticuatro para Nicaragua, cuarentiocho para Costa Rica y Guatemala, cincuenticuatro para El Salvador, y setenta para Honduras; B. R. Mitchell, *International Historical Statistics*.

- ²² Cifras calculadas con base en Cumberland, *Nicaragua*, 104; *Informe y cuadros de la Dirección General de Estadística: Año de 1928*, Ciudad de Guatemala, 1928, 95; Suter, *Prosperität und Krise*, 284; Posas y del Cid, *Construcción del sector público*, 95; y Soley Güell, *Historia monetaria*, 287.
- ²³ Entre 1922 y 1929 la deuda pública externa de Nicaragua descendió en un 46%, mientras que la de Guatemala, Costa Rica, Honduras y El Salvador se incrementó en un 48%, 85%, 135%, y 187%, respectivamente. Cálculos basados en Young, *Central American Currency*, Apéndice D; *Commerce Yearbook*, 1924, 576; y ECLA, *External Financing*, 27.
- ²⁴ Suter, *Prosperität und Krise*, 145; Hall, *Café y desarrollo*, 114–15; Jones, *Guatemala, Past and Present*, 206.
- ²⁵ Wunderlich, *Sandino*, 40.
- ²⁶ Ej., USNA, RG 43, E1004, caja 6, folder Granada, Gladden a Johnson, octubre 29, 1930.
- ²⁷ Suter, *Prosperität und Krise*, 59; Young, *Central American Currency*, 203; Soley Güell, *Historia económica y hacendaria*, 250.
- ²⁸ Cifras basadas en Playter, *Nicaragua*, 88; Cumberland, *Nicaragua*, 140; Suter, *Prosperität und Krise*, 187; y Gobierno de Guatemala, *Informe y cuadros de la Dirección General de Estadística*, Ciudad de Guatemala, 1928, 21.
- ²⁹ Playter, *Nicaragua*, 30, 37.
- ³⁰ Williams, *States and Social Evolution*, 105.
- ³¹ Para mayor información sobre el proceso de producción, véase Charlip, *Cultivating Coffee*, 87–92.

- 32 Playter, *Nicaragua*, 26. Sobre Matagalpa, véase Gould, *To Die in This Way*, 50–57. Un argumento contrastante que enfatiza la persistencia del peonaje por deudas en el sector cafetalero de Granada se encuentra en Dore, “Debt Peonage in Granada”.
- 33 Playter, *Nicaragua*, 26.
- 34 En esa época, la mano de obra por libra costaba unos seis centavos, lo que representaba alrededor de dos tercios del costo total de producción. Cálculo basado en datos presentados en Charlip, *Cultivating Coffee*, 96–97 y 101.
- 35 Cumblerland, *Nicaragua*.
- 36 Análisis basado en datos tomados de *Statesman’s Yearbook* (varios años).
- 37 Cumberland, *Nicaragua*, 133–34.
- 38 El ajuste del dólar se basa en el índice de precios en B. R. Mitchell, *International Historical Statistics*, 690–92.
- 39 AMPG, 1916, leg. Demandas civiles, 113 folios.
- 40 Véase Suter, *Prosperität und Krise*, 178–80; Acuña y Molina, *Historia económica y social*, 162.
- 41 Sobre los mercados de capital de otros países centroamericanos, véase González Flores, *Crisis económica*, 33–37; Samper, “In Difficult Times”, 173–74; Suter, *Prosperität und Krise*, 178; y McCreery, *Rural Guatemala*, 209–10.
- 42 Luis Cardenal, *Familia Cardenal*, 119.
- 43 En 1925, los treinticuatro préstamos hipotecarios de Lugo sumaban \$13,790. Doce eran préstamos por sumas inferiores

a \$100 (para un subtotal de \$1,150); dieciseis por sumas entre \$101 y \$500 (para un subtotal de \$4,840); dos por sumas entre \$501 y \$1,000 (para un subtotal de \$1,800); y cuatro por sumas superiores a los \$1,000 (para un subtotal de \$6,000).

- 44 Tal como muestra el estudio de Julie Charlip sobre los cafetaleros en el vecino departamento de Carazo, en el largo plazo (1880–1930) los productores más pequeños presentaban una probabilidad de fallar en el pago de sus préstamos hipotecarios casi cinco veces mayor que los productores más importantes (los porcentajes respectivos son 33% y 7%). Véase Charlip, *Cultivating Coffee*, 133.
- 45 RPPG, *Libro de propiedades*, vol. 60, fol. 252.
- 46 Ej., el censo cafetalero de Nicaragua de 1909 en *Boletín de Estadística*, no. 14/15 (marzo 1911); y Munro, *Five Republics*, 78.
- 47 Ruhl, *Central Americans*, 118.
- 48 Analicé las inscripciones de fincas realizadas en los siguientes años: 1881, 1893–94, 1903, 1907, 1912–13, 1915–17, 1919, 1928–29, 1932, 1934–37, y 1948. Dichas inscripciones ascienden a un poco más de seiscientas, y se conservan en AMPG, *Libros*, 85, 169, 172, 186, 193, 218, 228, 256, 276, 289, y 314.
- 49 El actual registro de la propiedad de Granada fue establecido en 1904. De casi 7,600 propiedades urbanas y rurales registradas entre 1904 y 1932 (contenidas en *Libros de propiedades*, vols. 1–85), seguí el rastro de la historia de 523 fincas; esta selección incluye la mayoría de las fincas de Granada. En dichos años, un mayor número de pequeñas propiedades agrarias fueron inscritas en el registro de la propiedad que en los informes de hacienda y censos agrícolas; para un caso opuesto, véase Edelman y Seligson, “Land Inequality”.

- 50 Este análisis se basa en el sistema de clasificación desarrollado en Baumeister, "Tres condicionantes". Sobre cómo otros investigadores centroamericanistas han empleado criterios similares, véase Samper, "Significado social", 153; y Paige, *Coffee and Power*, 60. Una importante excepción es Charlip, *Cultivating Coffee*, quien define como fincas cafetaleras medianas aquellas con una extensión entre 50 y 199 manzanas.
- 51 *Boletín de Estadística*, no. 14/15 (Marzo 1911).
- 52 Rosa Aguirre, Gabriel Martínez, Manuel Vargas, Carlos Vega, Pedro Joaquín Arceyut, Leandro Abanza, y Dionisio Chamorro.
- 53 Salvador Cardenal, Agustín Chamorro, Joaquín Cuadra Zavala, Emilia y Adela Zavala, Mariano Zelaya, y los hermanos Gómez Rouhaud.
- 54 Playter, tal como es citado en Charlip, *Cultivating Coffee*, 101.
- 55 *Ibid.*
- 56 Williams, *States and Social Evolution*, 173, 195; Suter, *Prosperität und Krise*, 142-50.
- 57 McCreery, *Rural Guatemala*, 218-28. Sobre como el colono amortiguó los efectos de la depresión de 1920-21 en el caso de otros grandes cafetaleros latinoamericanos, véase Jiménez, "Traveling Far in Grandfather's Car".
- 58 RPPG, *Libro de propiedades*, vol. 43, fol. 308; vol. 45, fol. 220; vol. 41, fol. 32.
- 59 RPPG, *Libro de propiedades*, vol. 43, fol. 268.
- 60 ANN, Fondo Díaz, caja 15, folder 5.1-C11, Román Reyes a Díaz, enero 30, 1918.

- ⁶¹ Cuadra cultivaba al menos seiscientos acres (360 manzanas) de café; los costos de producción por acre sumaban unos cuarenticinco dólares por acre (o 27 dólares por manzana) en esa época. Dicho costo fue calculado a partir de datos presentados en Playter, *Nicaragua*, 26; y Charlip, *Cultivating Coffee*, 96–97 y 101.
- ⁶² AMPG, 1920–29, leg. Asuntos civiles, 114 fols. (febrero 26, 1924).
- ⁶³ AMPG, 1924, leg. Demandas civiles, 166 fols. (enero 1 y 24, febrero 29).
- ⁶⁴ Cuadra Pasos, *Obras 1*, 468.
- ⁶⁵ A inicios de la década de 1920, las ganancias de los finqueros fluctuaban entre el 5 y el 9%; véase Playter, *Nicaragua*, 46.
- ⁶⁶ Hacia mediados de la década de 1920, Nicaragua exportaba casi el 90% de su cosecha cafetalera; véase Bynum, *International Trade in Coffee*, 24–26.
- ⁶⁷ El principal ganadero de Malacatoya prestaba gratuitamente pequeñas parcelas de su propiedad agraria a sus trabajadores para que cultivaran granos básicos; véase AMPG, 1917, leg. Demandas civiles, 161 fols., Urbina vs. Rodríguez. Sobre el uso de la mano de obra de colonos en el mayor ingenio azucarero de Nicaragua (Ingenio San Antonio en Chinandega), véase Gould, *To Lead as Equals*, 26–28.
- ⁶⁸ Playter, *Nicaragua*, 44.
- ⁶⁹ Esta cifra se basa en las ventas inscritas en el registro de la propiedad de Granada y, por tanto, no incluye ventas de fincas rurales no inscritas. Puesto que ese tipo de propiedades tendía a circular entre los sectores populares, los datos subvaloran la participación de los campesinos en el mercado de tierras de Granada.

- ⁷⁰ Véase RPPG, *Libro de propiedades*, vol. 60, fols. 15, 97, 105, y 109; vol. 61, fols. 118, 182, 244, 248, y 255; vol. 64, fol. 254; vol. 65, fol. 164; y vol. 71, fol. 217.
- ⁷¹ RPPG, *Libro de propiedades*, vol. 55, fol. 255; vol. 56, fol. 261; vol. 60, fol. 177.
- ⁷² USNA, RG 80, expediente EF49/P9-3 (330125), Informe del Presidente de la Misión Electoral de EE.UU., 1932.
- ⁷³ La ubicación del 8% restante no se conoce aún.
- ⁷⁴ Los medianos productores en la región fronteriza septentrional de Nicaragua presentaron una expansión similar de su poder económico durante el boom de la década de 1920; véase CIERA-MIDINRA, *Nicaragua*, 119-28 y 141.
- ⁷⁵ “Crisis de hombres”, *El Correo*, mayo 11, 1933.
- ⁷⁶ Cumberland, *Nicaragua*, 12.

Capítulo 7

Antiamericanismo Cultural ***La Cruzada de los Caballeros*** ***Católicos contra los Misioneros*** ***Norteamericanos, la “Mujer Moderna”*** ***y el “Espíritu Burgués”***

En 1931, el joven pero influyente oligarca granadino José Coronel Urtecho publicó un manifiesto titulado “Contra el Espíritu Burgués” en el principal periódico conservador, *El Diario Nicaragüense*.¹ En su escrito, Coronel Urtecho convocó a sus compatriotas a defender su nacionalidad, librando una “guerra” en contra de la “burguesía” del país y su “espíritu” modernizador. Acusó a dichas fuerzas de allanar el camino a la ocupación de los Estados Unidos y, por consiguiente, de sumir a Nicaragua en una decadencia sin precedentes. Un buen número de sus lectores le tomó la palabra al joven vástago de la oligarquía, percibiendo su influyente ensayo como signo de una nueva visión de la élite, construida en oposición a los ideales norteamericanos de la modernidad. Sin duda, la acérrima impugnación a la democracia liberal expresada por Coronel Urtecho era un fenómeno relativamente reciente. (Véase el capítulo 8). Sin embargo, su arremetida contra el espíritu cosmopolita americanizado, que prevalecía entre los acaudalados de la época no era ninguna novedad, como tampoco lo era su asociación de las tradiciones nacionales con los valores patriarcales premodernos, arraigados en el orden colonial español. Más que un indicio de nuevas tendencias, el objetivo del manifiesto publicado por Coronel Urtecho en 1931 era ensalzar y difundir una corriente cultural antiamericanista, que desde fines de la I Guerra Mundial venían

desarrollando algunos de los hombres más prominentes del país, los Caballeros Católicos.

El espíritu antiburgués en Nicaragua era un reflejo del nacionalismo reaccionario adoptado por las clases altas en toda América Latina durante los “locos años veinte”. Las élites latinoamericanas antimodernas practicaban un catolicismo intransigente, y se destacaban por su cruzada moralista en contra de la “mujer moderna”, así como de otros “vicios” de la época supuestamente emanados desde los Estados Unidos. A criterio de la mayoría de los académicos, el auge del anti-modernismo en la América Latina de la posguerra provenía, sobre todo, del desasosiego de las clases altas provocado por los acelerados cambios socioeconómicos y políticos observados en el continente durante ese período.² Urbanización, modernización económica, difusión del consumismo, movilización popular y expansión del estado, son algunas de las tensiones mencionadas con mayor frecuencia por los investigadores. Las arremetidas de la élite en contra de los estilos de vida modernos también proliferaron como consecuencia de la revolución en las comunicaciones en los años de la posguerra. Con la expansión de las empresas cinematográficas, disqueras, editoras de revistas y radiodifusoras, súbitamente los latinoamericanos empezaron a disfrutar de un contacto más amplio y rápido con las modas extranjeras más novedosas en diversos ámbitos, como la música, la danza y estilos de vestir. En gran medida, fue esta difusión de “condiciones modernas” durante la posguerra la que motivó a las élites conservadoras en toda América Latina a construir una nueva imagen nacional, más arraigada en el mundo rural y orientada hacia adentro.

Si bien el espíritu antiburgués en Nicaragua encajaba con las corrientes culturales de los demás países latinoamericanos, también presentaba algunos rasgos particulares. El rechazo a los ideales norteamericanos de la modernidad no era de vieja data. De hecho, la punta de lanza contra el espíritu burgués en Nicaragua eran los oligarcas conservadores de Granada – las élites más acaudaladas y americanizadas del país, cuyos antepasados se habían destacado por sus perspectivas cosmopolitas

y modernizantes. La sorpresiva adopción de un antiamericanismo cultural por parte de los conservadores tenía un origen complejo. Sin duda, la difusión de novedosos productos y prácticas culturales de EE.UU. durante la posguerra guardaba una estrecha relación con este giro. Pero además reflejaba su preocupación ante el espectacular auge de misiones protestantes procedentes de los Estados Unidos. Sobre todo, el viraje antinorteamericano de los conservadores respondía a la “crisis de hombres”, acarreada por el peculiar embate de la diplomacia del dólar contra la autoridad del sector más poderoso de la élite nicaragüense.

De Conservadores Liberales a Caballeros Católicos

El espíritu antiburgués que floreció en Nicaragua durante la década de 1920 no apareció de la nada. Tampoco puede explicarse como un simple retorno al anticosmopolitismo ensalzado por los *iglesieros* de fines del siglo diecinueve. En cambio, representaba una nueva ideología antiliberal, desarrollada por un reducido pero influyente grupo de oligarcas conservadores a la vuelta del siglo. Éstos no sólo atacaban ciertos principios liberales, tal como la separación entre la iglesia y el estado, sino también se manifestaban en contra del capitalismo y a favor de reformas sociales. En este sentido, reflejaban una fuerte influencia del pensamiento social católico expresado en la encíclica papal *Rerum novarum* del año 1891. Dicha tendencia antiliberal se vio reforzada por las intervenciones de EE.UU. de 1910 y 1912.

Sin embargo, a inicios de la década de 1910 las élites conservadoras aún no habían adoptado plenamente el espíritu antiburgués que prevalecería en los años veinte. Por ejemplo, sus denuncias sobre las consecuencias sociales del liberalismo económico eran relativamente tímidas. Además, mostraban escasa preocupación por los efectos del proyecto cultural de modernización de los liberales. Por consiguiente,

los conservadores proclericales de inicios de la década de 1910 poco se referían a la necesidad de una profunda regeneración moral de la sociedad. Tampoco abogaban por un nacionalismo agrario orientado hacia adentro, que exaltara un idílico pasado colonial, patriarcal y rural. Al contrario, tal como ilustran los candentes debates de los años 1911 y 1912, en torno a los controversiales tratados de préstamos entre EE.UU. y Nicaragua, los conservadores proclericales explícitamente defendían el antiguo ideal nacionalista de una Nicaragua cosmopolita.

Con el tiempo, las embestidas contra el poder de la élite socavaron la confianza de muchos conservadores en la posibilidad de forjar una nación cosmopolita. El primer golpe sobrevino con la funesta guerra civil de 1912, que selló el estatus de Nicaragua como un protectorado de los Estados Unidos. Y, por si esto no bastara, la I Guerra Mundial debilitó su sector cafetalero – entonces considerado el motor principal de la marcha del país hacia el progreso. La recuperación económica de Nicaragua durante la posguerra no puso fin al malestar cultural que aquejaba a la élite conservadora. De hecho, ocurrió todo lo contrario. Al igual que en el resto de América Latina, las ansiedades de la élite se vieron exacerbadas, en parte, por el reciente auge del movimiento obrero. Muchos conservadores también temían que la expansión de la labor misionera desarrollada por protestantes de EE.UU. en ese período representara una grave amenaza a la identidad nacional de su país. Además, se hallaban hondamente preocupados por las prácticas culturales “inmorales” que las mujeres de la élite empezaron a adoptar en esos años. Pero quizá lo más relevante sea que la creciente ansiedad de la élite durante la posguerra obedeciera a la imprevista erosión de su poder económico, acarreada por el régimen de la diplomacia del dólar. A medida que más y más hacendados eran empujados a la bancarrota, los ideales que albergaba la élite en torno a una nación cosmopolita parecían cada vez menos alcanzables. A fin de enfrentar esta crisis, muchos miembros de la clase privilegiada de Nicaragua reforzaron su auto-identificación con

lo moderno. Un grupo de conservadores, más reducido pero muy influyente, encabezado por los Caballeros Católicos de Granada, reaccionó de manera distinta, adoptando los ideales antimodernos con formidable convicción.

Los oligarcas conservadores de Granada establecieron la Liga de Caballeros Católicos – exclusivamente para varones – en enero de 1918.³ El momento escogido no fue mera coincidencia. La fundación de la Liga se produjo precisamente cuando la crisis económica del país tocó fondo, y los Bautistas de EE.UU. empezaron a ampliar sus labores misioneras en Nicaragua. Además, dicha asociación nació en un período de auge en la movilización de los trabajadores, que desembocó en la fundación del primer partido socialista (el Partido Obrero) y la primera federación laboral nacional (la Federación Obrera Nicaragüense). Alrededor del mismo tiempo, las mujeres nicaragüenses también fundaron la primera organización feminista del país y su propia revista. Estas acciones agudizaron las preocupaciones de los patriarcales Caballeros. Finalmente, en 1917 Granada se convirtió en la nueva sede de un grupo de Jesuitas recientemente expulsado de México. Profundamente marcados por su encuentro con la modernidad revolucionaria, dichos extranjeros desempeñaron un papel clave, estimulando a las élites conservadoras granadinas a organizarse como Caballeros Católicos, y asumir la emergente cruzada del Vaticano en contra de las “condiciones modernas”.⁴

Desde Granada, la Liga de Caballeros Católicos rápidamente se extendió a otros centros urbanos importantes, y se convirtió en parte integrante de la vida de muchos nicaragüenses de clase alta. Durante sus encuentros mensuales, los miembros coordinaban numerosas actividades religiosas tales como procesiones, encuentros regulares para orar y retiros espirituales anuales, entre otras. Asimismo, fundaron periódicos y organizaciones cívicas dirigidas hacia los sectores sociales más bajos. La Liga atrajo a algunos liberales, pero la gran mayoría de sus miembros pertenecían al Partido Conservador gobernante. Sin duda, la Liga era una asociación

dominada por la élite y excluía a los nicaragüenses más pobres. Si no fuese así, ¿por qué se le conocería ampliamente como una organización de “nobles y millonarios?”⁵ De acuerdo a la escasa información disponible, el número de integrantes de la Liga en diversas comunidades oscilaba entre unos setenta y cinco miembros en Granada, a unos treinta en la aldea provincial más pequeña de Jinotepe, en el departamento de Carazo.⁶ Aunque los miembros de dicha organización constituirían una minoría dentro de la élite nicaragüense, ejercían una gran influencia. Entre sus filas, la Liga contaba no sólo con algunos de los comerciantes y hacendados más ricos del país, sino también con muchos dirigentes políticos conservadores, tales como el presidente Emiliano Chamorro (1917-20) y su sucesor (y tío) Diego Manuel Chamorro.

Desde el inicio, el propósito de los Caballeros Católicos era alcanzar la “hegemonía en la cosa pública de Nicaragua” – tal como expresó con preocupación un periódico anticlerical.⁷ Además de difundir sus ideas por medio de boletines como *El Católico*, promovían prácticas religiosas entre la población, ayudando a los sacerdotes a establecer centros recreativos, bibliotecas y escuelas (para niños y adultos), financiando organizaciones de caridad como la Sociedad de San Vicente de Paúl, y auspiciando grupos laicos como la Acción Social Católica de Damas y Señoritas, las Hijas de María, y el Círculo Católico de Obreros. Los objetivos primordiales de los Caballeros Católicos pueden resumirse en los siguientes: primero, defender la identidad católica “verdadera” de su país, frenando la difusión del protestantismo y la masonería; segundo, evitar que los nicaragüenses, particularmente las mujeres de la élite, cayeran en las garras de los vicios de la modernidad; y tercero, elevar las condiciones de vida materiales y espirituales de los “pobres”, a quienes veían como las principales víctimas del capitalismo.

La formación de la Liga de Caballeros Católicos refleja la fuerza del viraje de la élite conservadora en contra del modelo ideal de un estado nacional cosmopolita. Si bien algunos Caballeros Católicos eran fanáticos proclericales desde hacía

largo tiempo, muchos otros recién se despojaban de sus ideas anticlericales. Entre las filas de la Liga se encontraban numerosos políticos conservadores que, en 1911, rechazaron los intentos del congreso por instaurar el catolicismo como religión oficial. Obviamente, ya habían cambiado de bando en relación a este candente tema cuando se integraron a dicha asociación. Quizá el caso más significativo de este tipo de mudanza ideológica sea el de Carlos Cuadra Pasos, el político conservador más importante del país después de Emiliano Chamorro. A inicios de la década de 1910, Cuadra Pasos se opuso a la agenda proclerical de Chamorro, temiendo que frenaría la modernización política y económica del país. Sin embargo, hacia 1918 sus credenciales proclericales, recién adquiridas, eran tan sólidas que los Caballeros Católicos de Granada lo eligieron como su primer presidente. Por desdicha, los conservadores como Cuadra Pasos nunca explicaron a fondo por qué abandonaron sus perspectivas liberales. No obstante, sabemos que tanto él como otros conservadores liberales se sintieron turbados por el supuesto deslizamiento de su país hacia lo que percibían como un abismo moral. Al comienzo, pensaban que esta decadencia moral era un engendro del tipo particular de liberalismo político propio de la prolongada dictadura de José Santos Zelaya (1893-1909). Pero a medida que transcurría el régimen conservador, con mayor frecuencia culpaban a las "condiciones modernas" originadas en EE.UU. de corromper el tejido social nicaragüense.⁸

Defendiendo una Nicaragua Católica

El desarrollo de tendencias culturales antiliberales, entre un sector de la élite conocido desde antaño por sus opiniones mundanas, se manifestó por primera vez en la campaña de los Caballeros Católicos en contra de la asociación más cosmopolita de la época, los masones. Reflejando su espíritu liberal, muchos conservadores de clase alta habían ingresado a la misma hacia fines del siglo diecinueve. A inicios de

la década de 1910, prominentes conservadores tales como el presidente Adolfo Díaz (1911-16) todavía hacían gala de su membresía con orgullo. Sin embargo, esto ocurría antes de que los Caballeros Católicos empezaran a imputar los trastornos morales de la sociedad al espíritu secular y cosmopolita de los francmasones.⁹ Hacia 1925, la masonería había llegado a convertirse en un estigma, a tal grado que el recién electo presidente conservador Carlos Solórzano negó rotundamente los comentarios de la prensa sobre su pertenencia a dicha organización.¹⁰ El rechazo a los masones no era privativo de los políticos conservadores. De hecho, tal actitud se hallaba tan generalizada que, cuando se divulgó la afiliación masónica de un médico granadino, gran parte de su clientela se le retiró por temor a que “en su clínica moraba el diablo”.¹¹

A pesar de la virulencia de su campaña contra la masonería, la posición de los Caballeros Católicos en defensa de una nacionalidad antimoderna, orientada hacia adentro, se forjó fundamentalmente durante su larga y enconada cruzada contra los misioneros protestantes norteamericanos. Por supuesto, la oposición nacionalista al protestantismo de EE.UU. no constituía una novedad en Nicaragua. Su presencia se remontaba a la época de Walker. Pero el antiprotestantismo cobró fuerza en 1917, cuando los bautistas norteamericanos comenzaron a desarrollar labores misioneras en el occidente de Nicaragua, la región más hispanizada y poblada del país. El arribo de dichos misioneros fue un resultado directo del “Congreso de la Obra Cristiana en América Latina” realizado en Panamá en febrero de 1916.¹² En dicha reunión, las principales denominaciones protestantes de EE.UU. dividieron a América Latina en diferentes zonas con el fin de agilizar su “evangelización”. Por razones aparentemente fortuitas, asignaron Nicaragua a la Convención Bautista del Norte, con sede en Nueva York.

Al inicio, los misioneros norteamericanos de la Sociedad Casa Misionera Bautista Americana (American Baptist Home Mission Society) exclusiva para hombres, y de la Sociedad Casa Misionera Bautista Americana de Mujeres (Women's

American Baptist Home Mission Society), vivían y trabajaban en Managua, la capital del país. Sus filas incluían no sólo a pastores, sino también médicos, enfermeras y maestras. A partir de Managua, la misión bautista pronto se extendió a otros centros urbanos y al campo, particularmente a las zonas cafetaleras de las tierras altas meridionales situadas desde Carazo hasta Granada. Si bien construían iglesias, dichos misioneros también fundaron escuelas y centros de salud, cuyas puertas permanecían abiertas a todos los nicaragüenses, al margen de su fe, nivel de ingresos o estatus social. Al cabo de diez años, los bautistas se habían constituido en la denominación protestante más importante en la región occidental de Nicaragua, superando a otro grupo norteamericano – la Misión Centroamericana – que llegó en 1902.¹³ Pese a su éxito, los misioneros bautistas de EE.UU. no lograron convertir a muchos nicaragüenses a su credo; a la altura de 1933 sólo 735 nicaragüenses (alrededor del 0.1 por ciento de la población total del país) pertenecían formalmente a una iglesia bautista.¹⁴

Sin embargo, el tema de la conversión no preocupaba tanto a los Caballeros Católicos; en cambio, temían la presencia de las instituciones ecuménicas que los bautistas estaban construyendo en toda la región occidental de Nicaragua. De acuerdo a la mayoría de las crónicas, las escuelas y clínicas de los bautistas eran muy populares entre el “proletariado”, término empleado por los misioneros norteamericanos.¹⁵ En 1923, por ejemplo, alrededor de ochocientos niños asistían a las escuelas diurnas y dominicales de los bautistas.¹⁶ A juicio de los Caballeros Católicos, la enérgica construcción de instituciones desarrollada por los misioneros norteamericanos indicaba que éstos se hallaban menos empeñados en “Protestanizar” a Nicaragua que en “descatolizarla”, es decir, en apartar a los nicaragüenses de su cultura católica.¹⁷ Con frecuencia, los Caballeros Católicos identificaban la “descatolización” con la propagación de la “inmoralidad”. A fin de apuntalar su alegato, destacaban que la patria de los misioneros norteamericanos padecía de altas tasas de divorcio y, por consiguiente, de una profunda crisis en la familia - la institución

más sagrada de la sociedad, según su criterio. Con respecto a Nicaragua, la mayor preocupación de los Caballeros Católicos era el aparente éxito de los protestantes en utilizar sus escuelas y centros de salud como señuelo para atraer a los nicaragüenses más pobres, e inducirlos a adoptar opiniones “modernas” y anticatólicas. “Nada puede esperar la patria”, advertían los Caballeros Católicos, “de aquellos ciudadanos a quienes ... el prurito de acogerse a todo lo nuevo para darse aires de hombres modernos y despreocupados, impulse a cometer la cobardía de abandonar la religión de sus padres”.¹⁸

El antiprotestantismo de los Caballeros Católicos no obedecía únicamente a su preocupación por el estado moral de sus compatriotas. A su parecer, la “descatolización” también representaba una agresión anglosajona contra la soberanía de Nicaragua y la “raza latina”, en términos más amplios.¹⁹ Por consiguiente, los misioneros protestantes norteamericanos representaban la “vanguardia espiritual” de la “conquista” de América Latina por parte de los Estados Unidos. Tal como expresó un Caballero Católico de Granada: “Bien saben los yanquis ... que es difícilísimo convertir a los individuos de origen español en protestantes sinceros; lo que se pretende es descatolizar al pueblo, para, debilitado así el nervio de la raza, hacer de América un pueblo de conquista”.²⁰ Por supuesto, los pocos nicaragüenses que se convirtieron al protestantismo rechazaban tales acusaciones; sus creencias y prácticas – replicaban – representaban la modernidad y, en consecuencia, sólo podrían fortalecer la nación nicaragüense.²¹ Pese a los enérgicos alegatos de los protestantes, los Caballeros Católicos insistían que “defender la Religión Católica es defender la nacionalidad”.²²

En el proceso de desarrollo de su perspectiva anti-norteamericana, los Caballeros Católicos capitalizaron la autoimagen presentada por los misioneros de EE.UU. al público nicaragüense. Aprovecharon muy bien el hecho de que muchos, si no la mayoría, de los misioneros norteamericanos movilizados en la región occidental de Nicaragua albergaban profundos sentimientos anticatólicos.²³ Los Caballeros

también explotaron la auto representación de los misioneros como agentes de la modernización. Tanto en sus actividades dentro de las iglesias, escuelas o centros de salud, los misioneros protestantes se destacaban por su celo en transformar las costumbres de los nicaragüenses.²⁴ Dicha pasión era especialmente notoria en sus esfuerzos por “elevar” el espíritu de las mujeres nicaragüenses, enseñándoles en particular las nociones “modernas” de preparación de alimentos, higiene personal, condiciones de salubridad, y otros aspectos del manejo del hogar. Tal como expresó una misionera bautista, “las lecciones prácticas en la ciencia doméstica y formación del hogar [constituyen] la parte más importante de nuestra labor educativa” en Nicaragua.²⁵ En opinión de los Caballeros Católicos, dicha “labor educativa” representaba nada menos que un ataque a la nacionalidad nicaragüense, pues abrían “las puertas de la Patria al enemigo”.²⁶ En efecto, el empeño de los misioneros norteamericanos en “elevar” el espíritu de las mujeres nicaragüenses se basaba en la campaña nacionalista que sus iglesias – junto con agencias gubernamentales, corporaciones y organizaciones laborales – libraban dentro de los Estados Unidos para “americanizar” a las inmigrantes, sobre todo aquellas que procedían de Europa oriental y México.²⁷ En buena medida, dichas campañas se dirigían a las mujeres porque los agentes “americanizadores” consideraban a las madres como “las principales responsables de la transmisión de valores en el hogar”.²⁸ Y, puesto que los Caballeros Católicos también asociaban la maternidad con la nacionalidad, no es de extrañar que rechazaran con vehemencia los esfuerzos de los misioneros de EE.UU. por transformar los valores y prácticas de las mujeres nicaragüenses.

Los Caballeros Católicos recurrían a distintos medios para desarrollar su cruzada antiprotestante. En Granada, así como en el resto del país, utilizaban los periódicos proclericales para denunciar la labor “descatolizante” de los misioneros de los Estados Unidos. Asimismo, organizaban agitadas manifestaciones para cerrar iglesias, escuelas y clínicas protestantes, o para impedir su apertura. Por otra parte, los

Caballeros Católicos anotaban en la lista negra a protestantes o católicos nicaragüenses que vendían productos o servicios a los misioneros norteamericanos. Los Caballeros Católicos convocaban a la población local no sólo a boicotear los negocios de dichos comerciantes, sino a “aislarlos [y] anularlos por completo”.²⁹ Muchos fanáticos proclericales les tomaron la palabra a los Caballeros Católicos, y empezaron a agredir físicamente a los misioneros de EE.UU. y sus seguidores nicaragüenses. Dichos actos iban desde simples apedreadas hasta fatales machetazos, y la destrucción de instituciones administradas por protestantes. Hacia 1926 este tipo de violencia se había generalizado a tal grado que motivó a la Sociedad Casa Misionera Bautista Americana a calificar a Nicaragua como el campo de trabajo misionero posiblemente más peligroso de América Latina.³⁰

Gran parte de la violencia contra los protestantes tenía lugar en las áreas rurales de Nicaragua, y su blanco principal eran los misioneros Bautistas. Sin embargo, el ataque más famoso ocurrió en la ciudad de Granada, en contra de los miembros de la Misión Centroamericana asignados a Nicaragua. Este grupo con sede en Dallas llegó a Granada por primera vez en 1922, para establecer una escuela diurna y un centro de reuniones en las afueras de la ciudad. Desde el inicio, los misioneros fueron acosados constantemente por las fuerzas proclericales. Pero sus problemas aumentaron dramáticamente en junio de 1925, cuando decidieron trasladar sus oficinas principales al centro de la ciudad – un espacio tradicionalmente reservado para la élite local. Al cabo de una semana, cincuenta Caballeros Católicos y mujeres de clase alta, junto al obispo de la ciudad, enviaron una carta de protesta al alcalde. Alegaron que esa “sala de evangelización protestante” representaba un agravio contra su religión y sociedad, de tal magnitud que los obligaba a defender sus “conciencias injustamente atacadas por un enemigo extraño”.³¹ El principal diario de los Caballeros reforzó dicha amenaza, publicando una carta en la que el obispo conminó a los misioneros de EE.UU. a salir de Granada, “donde con escándalos habéis

tomado la ingrata tarea de propagar vuestros errores por medio del dinero, realizando un inmoral comercio de almas".³²

Los misioneros desestimaron la misiva intimidatoria del prelado. En consecuencia, los Caballeros Católicos y sus aliadas intensificaron la lucha contra la Misión Centroamericana. Su líder era Isabel Argüello de Cardenal, una matrona de cincuenta y ocho años de edad, conocida ampliamente como "Isabel la Católica". Argüello era esposa de Salvador Cardenal, un Caballero Católico sumamente rico, y madre de Julio Cardenal, quien entonces ocupaba el cargo de vice-alcalde de Granada, y en 1928 llegaría a ser candidato a vicepresidente por el Partido Conservador. Primero, Argüello y sus seguidoras de la oligarquía procuraron interrumpir el culto de los protestantes, reuniéndose afuera de su misión a cantar himnos religiosos. Después, según denunció el pastor de la misión, las mujeres de las familias conservadoras más prominentes de Granada empezaron a lanzarles piedras, "excrementos y otras inmundicias", mientras algunas los golpeaban con "palos".³³ Finalmente, el 19 de julio de 1925, un sacerdote jesuita se presentó ante el umbral de la capilla de la misión, y advirtió públicamente a sus miembros norteamericanos que si no abandonaban Granada de inmediato "sin duda correría sangre por las calles".³⁴ Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, una bomba explotó a las puertas del edificio de la misión. Aunque el artefacto sólo provocó daños al inmueble, los misioneros estaban convencidos de que pretendían asesinarlos.³⁵ Después de otra masiva manifestación que desembocó en la violencia, el gobierno de Nicaragua finalmente envió tropas desde Managua para aplacar el conflicto. Sin embargo, el despliegue de soldados no logró pacificar a los católicos fanáticos de Granada, que continuaron apedreando y embarrando el edificio de la misión con excremento humano. Después de cuatro meses de terror, la Misión Centroamericana finalmente cedió y abandonó Granada para siempre en septiembre de 1925. Las fuerzas proclericales de toda Nicaragua celebraron su partida como una importante victoria para la nación.

En el marco de este violento contexto, los Caballeros Católicos adoptaron un antiamericanismo que tenía un fundamento religioso. Su nueva visión nacionalista reflejaba los esfuerzos de otros sectores sociales privilegiados en América Latina por enlazar el antiprotestantismo con el antiamericanismo.³⁶ Sin embargo, el antiamericanismo de los Caballeros Católicos de Nicaragua se sale de lo común en dos aspectos clave. En primer lugar, fue articulado por los individuos más asociados con el dominio imperial norteamericano – un hecho que frecuentemente sorprendía a los misioneros recién llegados de los Estados Unidos. Igualmente extraño resultaba la pertenencia de los Caballeros Católicos a la élite regional que había constituido la punta de lanza de la americanización de Nicaragua a fines del siglo diecinueve. Por tanto, su transformación en críticos de la intervención cultural de EE.UU. durante la posguerra era más bien peculiar.

Al mismo tiempo, el antiamericanismo de los Caballeros Católicos presentaba un vívido contraste con los sentimientos de rechazo hacia los Estados Unidos albergados por muchos otros nicaragüenses. Ciertamente, el blanco de ambas corrientes de antiamericanismo era la diplomacia del dólar, la principal forma de intervención de EE.UU. en Nicaragua durante esa época. Pero la mayoría de los nacionalistas nicaragüenses tendían a denunciar el impacto económico de esta política exterior impuesta por Washington. En particular, sostenían que las políticas fiscales y financieras de sus agentes inhibían el crecimiento del sector cafetalero de Nicaragua y, por tanto, la marcha del país hacia la modernidad. En contraste, los Caballeros Católicos compartían el rechazo de los funcionarios norteamericanos a la intervención del estado en la economía, pero los atacaban por difundir prácticas culturales que socavaban el carácter “espiritual” de Nicaragua. Sobre todo, criticaban a los diplomáticos del dólar por auspiciar la labor de los proselitistas protestantes de EE.UU., a quienes escarnecían como “misioneros del dólar”.³⁷ Si bien la mayoría de los patriotas nicaragüenses aceptaban de buena gana el nacionalismo económico, los Caballeros Católicos

propugnaban un nacionalismo cultural que hacía énfasis en la necesidad de una regeneración del país, pero de carácter moral y no económico.

La Campaña contra la “Mujer Moderna”

Ante los ojos de la población local, la característica más sobresaliente de los Caballeros Católicos no era su cruzada contra los protestantes, sino su campaña en oposición a los modernos estilos de vida, tan populares entre los círculos de la élite en esa época. Al igual que en el resto de América Latina, la revolución en las comunicaciones de la posguerra, y el boom económico de los años veinte, permitieron a los privilegiados de Nicaragua consumir mayor cantidad de bienes y practicar actividades de entretenimiento percibidos como “modernos”. Tales artículos incluían desde automóviles, fonógrafos y radios hasta medias de seda, vestidos sin mangas y lápiz labial, mientras que las formas “modernas” de diversión consistían sobre todo en asistir a los teatros de cine y salones de baile, practicar deportes o asistir a juegos, y pasear en automóviles.³⁸ Con toda seguridad, los Caballeros Católicos adoptaron muchos de estos productos y pasatiempos durante los “locos años veinte”. No obstante, rechazaban la proliferación de los estilos de vida modernos, pues creían que empujaban a muchos miembros de su clase social a la decadencia moral. Y, en vista de que tal comportamiento provenía, en gran medida, de los Estados Unidos, la cruzada moralizadora de los Caballeros reforzó su naciente antiamericanismo cultural.

Los Caballeros Católicos se hallaban tan preocupados ante la supuesta crisis moral de la élite precisamente porque parecía acelerar el declive del respeto popular hacia la jerarquía social o “autoridad”. Dicho temor se ilustra en la forma en que el principal periódico conservador *El Diario Nicaragüense* informó sobre la reacción de los granadinos a la ejecución de un asesino en enero de 1920. Organizado como un espectáculo para las masas, esta condena causó gran consternación,

pues era la primera que se llevaría a cabo en Granada desde 1871. Muchos especulaban que el asesino, un albañil de cincuenta y tres años que había apuñalado mortalmente a un prestamista local, no habría sido ajusticiado si fuera “rico”. A criterio de *El Diario Nicaragüense*, esta creencia popular “era la censura más grande que se podía hacer contra la clase alta de la sociedad”, pues indicaba que las élites corrían peligro de perder su influencia moralizadora sobre el pueblo en general. “El pueblo mide y pesa”, advertía el diario, “los hábitos de las clases directoras, que son los modelos que imitan a su modo”.³⁹ Y, puesto que la autoridad de los gobernantes conservadores ya era débil, como resultado de su asociación con el dominio imperial de EE.UU., sólo podía socavarse aún más si sus miembros seguían faltando a la moral. Esta percepción ayuda a explicar por qué los Caballeros Católicos se hallaban tan preocupados por el supuesto deslizamiento de la alta sociedad hacia un abismo moral. No libraban tan sólo una cruzada moral; temían la erosión de su poder.

Esta ecuación fue especialmente notoria en la campaña librada por los Caballeros Católicos en contra de la “mujer moderna” – una imagen/identidad de feminidad que emergió en gran parte del mundo durante los años veinte.⁴⁰ Sin duda, los Caballeros Católicos asociaban a la “mujer moderna” con las demandas feministas por mayores derechos políticos e independencia económica.⁴¹ Pero, al igual que la mayoría de los nicaragüenses, la identificaban primordialmente con los nuevos hábitos femeninos de consumo y recreación que aparecieron en la época de la posguerra, y fueron adoptados con especial ahínco por las mujeres de la élite. (Véase imagen 13). Dichos hábitos incluían modas atrevidas, en particular vestidos con escotes más pronunciados, faldas breves y pantalones; melenas cortas; bailes más sensuales como el fox-trot; y deportes que hasta entonces habían pertenecido exclusivamente al ámbito de los varones.

De acuerdo a los Caballeros, la “mujer moderna” nicaragüense era, sobre todo, una derivación de la influencia de los Estados Unidos. Y tenían mucha razón, pues la imagen

de la “mujer moderna” era difundida por las esposas e hijas de los agentes de la diplomacia del dólar y empresarios norteamericanos, así como por las misioneras protestantes. Además, fue popularizada por los comerciantes locales que importaban modas femeninas de EE.UU., así como por muchos nicaragüenses que iban y venían de ese país. Por ejemplo, el básquetbol – que pronto se convirtió en el principal deporte femenino en Nicaragua – fue introducido en 1920 por nicaragüenses que habían estudiado en los Estados Unidos.⁴²



Imagen 13. Mujeres nicaragüenses “modernas”, 1927.

Cortesía de los Archivos Nacionales de EE.UU.

Sin embargo, en gran medida, los nicaragüenses conocieron a la “mujer moderna” de los Estados Unidos a través de dos medios de comunicación que florecieron después de la I Guerra Mundial, y contribuyeron a transmitir el “estilo de vida norteamericano” por toda América Latina: el cine y la industria de las revistas. Hacia fines de la década de 1920, se habían inaugurado teatros cinematográficos en la mayoría

de los centros urbanos de Nicaragua, mientras que en los pueblos más pequeños y aldeas rurales se pasaban películas sobre todo en pantallas al aire libre. Por lo general, los cinéfilos provenían de todas las clases sociales, aunque los públicos rurales usualmente estaban segregados, pues los ricos se sentaban al frente y los pobres al fondo del teatro, en una sección comúnmente llamada el “gallinero”.⁴³ Al igual que en la mayor parte de América Latina, casi todas las películas presentadas eran producciones norteamericanas. En contraste, la mayoría de las revistas eran de origen nicaragüense, aunque frecuentemente llevaban anuncios de filmes de Hollywood y de otros productos de EE.UU., así como artículos y fotos originalmente publicados en los Estados Unidos. El aporte de estas revistas y películas a la difusión de la imagen de la “mujer moderna” fue tan relevante que se convirtieron en el principal blanco de la campaña moralizadora de los Caballeros Católicos. Por ejemplo, los Caballeros y sus seguidores procuraban hostigar a los cinéfilos marchando alrededor de los sitios donde se presentaban películas al aire libre, portando velas encendidas y cantando himnos a toda voz.⁴⁴

Los varones de la élite emprendieron una feroz batalla en torno a la “mujer moderna”, sobre todo porque sentían que las damas de su círculo social encarnaban los valores esenciales de la nación y, por tanto, constituían un barómetro para valorar su carácter social y cultural. A juicio de sus numerosos defensores, la “mujer moderna” expresaba la permanente viabilidad del proyecto nacionalista cosmopolita.⁴⁵ Sin embargo, para los Caballeros Católicos representaba la crisis del patriarcado que afectaba a la sociedad de la época y, en particular, a sus sectores privilegiados. Al igual que otras élites conservadoras en América Latina, estos Caballeros creían que la autoridad de la alta sociedad dependía principalmente del estilo de vida “honorable” de sus mujeres.⁴⁶ Ante sus ojos, las prácticas culturales de la “mujer moderna” socavaban la autoridad de la élite en dos aspectos clave. Primero, dichos hábitos acentuaban la sexualidad de las mujeres de su sector y, por tanto, promovían el adulterio femenino (“amor libre”) y

otros actos de "inmoralidad". Además, masculinizaban a las damas de la élite desdibujando, en este proceso, las diferencias "naturales" entre hombres y mujeres, que los Caballeros Católicos consideraban un elemento crucial para la salud moral de la sociedad.⁴⁷ Si bien los Caballeros lanzaron su campaña moralizadora en contra de la "mujer moderna" como una batalla para recuperar la autoridad de la élite, con el tiempo la transformaron en una cruzada de resistencia a la influencia cultural norteamericana, en términos más amplios.

A pesar de su discurso moralizador, es importante destacar que los Caballeros Católicos difícilmente constituirían modelos de pudor. Por el contrario, muchos miembros de la oligarquía eran famosos por sus prácticas sexuales predatorias. No es de extrañar, pues, que la hipocresía de los Caballeros Católicos fuese denunciada alegremente por sus enemigos políticos. Considérese, por ejemplo, la denuncia del liberal Juan Manuel Mendoza contra el Caballero Católico Vicente Rappacciolli, un influyente senador conservador y acaudalado barón cafetalero, a quien acusó de ser un "un tirano atroz, pero vulgar (...). Es cruel con las mujeres, y no puede vivir sin el aliciente de las caricias femeniles. Pero acontece en mi pueblo, por la tolerancia que se dispensa a los desaciertos de los ricos, que son muchos los que llevan una existencia fatalmente enturbiada, por actos reprensibles y que no obstante se consideran buenos, impecables!"⁴⁸ Según los nicaragüenses, la evidencia más clara de las prácticas promiscuas de los oligarcas como Rappacciolli era el hecho que procreaban un gran número de hijos ilegítimos, pero no los reconocían como sus descendientes. Aunque existían burdeles en la mayoría de las ciudades de Nicaragua, los oligarcas tendían a abusar de las mujeres más pobres, que les servían ya como empleadas domésticas en sus mansiones o como trabajadoras en sus haciendas; por lo general, las despedían cuando quedaban embarazadas.⁴⁹ Las prácticas sexuales predatorias de los varones de la élite raras veces lograban llegar hasta los archivos oficiales. Sin embargo, no eran clandestinas. Con frecuencia, los hombres de estos círculos privilegiados se

jactaban de sus “conquistas” sexuales.⁵⁰ Esta costumbre no era de extrañar en una sociedad tan patriarcal como la Nicaragua del período de la ocupación norteamericana, donde el adulterio masculino era legalmente consentido, pero duramente penalizado en el caso de las mujeres.⁵¹ En efecto, tal como ha mostrado el historiador Jeffrey Gould para el caso de la región noroeste de Chinandega, la capacidad mostrada por los hombres de la élite para coaccionar sexualmente a las mujeres jóvenes más pobres era una forma de demostrar su “poder de clase”.⁵² La erosión de ese poder, y no la supuesta propagación de prácticas sexuales “licenciosas” en las que participaban los propios Caballeros Católicos, empujó a los oligarcas conservadores a entablar tan intensa batalla contra el surgimiento de la “mujer moderna”.

Los Caballeros Católicos arremetieron contra la “mujer moderna” difundida desde EE.UU. desde varios frentes. En el hogar, procuraron impedir que sus hijas y otras mujeres de la familia adoptaran los hábitos de la “mujer moderna”, exigiéndoles ingresar a asociaciones religiosas, particularmente a las Hijas de María. Además, les prohibían cometer actos “inmorales” tales como jugar deportes, leer novelas “picantes” o subidas de tono, fumar cigarrillos, tomar bebidas alcohólicas en público, asistir a bailes donde se tocara música “moderna” (especialmente el jazz), vestir trajes “sexy”, o pasear en automóviles con hombres jóvenes. Tal como recordó una Hija de María granadina, su abuelo hizo de “todo” para impedir que se convirtiera en una “mujer moderna”; incluso le prohibió montar en bicicleta porque no quería verla salir sola por las calles.⁵³ Además, los Caballeros Católicos arengaban en los periódicos proclericales contra el entusiasmo de las mujeres por adoptar nuevos cánones de la moda, danza y buena forma física. Algunos incluso publicaron novelas para curar “los innumerables males, que aquejan a la sociedad moderna”, tal como expresó uno de los Caballeros.⁵⁴ Muchos otros trabajaban de cerca con sacerdotes y obispos católicos, quienes no sólo utilizaban el púlpito para denunciar a la “mujer moderna” y sus promotores, tal como la industria cinematográfica, sino

hasta se negaban a dar la comunión a mujeres que asistían a la iglesia vistiendo blusas sin mangas y faldas arriba de los tobillos.⁵⁵ Además, mientras los conservadores respaldados por EE.UU. permanecieron en el poder, los Caballeros Católicos contaron con las fuerzas policiales locales para cerrar salones de baile “indecentes”, y arrestar a mujeres de la élite atrapadas practicando costumbres “modernas” tan terribles como pasear en automóvil ya entrada la noche.⁵⁶ Los Caballeros incluso llevaron su cruzada moralizadora hasta el Congreso, donde promulgaron leyes dictadas para defender el honor femenino. Dichos esfuerzos incluyeron una ley que pretendía prohibir que hombres y mujeres entablaran conversaciones en las calles, si no habían sido presentados anteriormente. Esta medida, aprobada en 1918, levantó muchas críticas y galvanizó el naciente movimiento feminista de Nicaragua, por lo que pronto fue revocada por la Corte Suprema.⁵⁷

Para consternación de los Caballeros Católicos, su ansiedad ante los estilos de vida “modernos” de las mujeres no era compartida en forma unánime por los miembros de su clase social. Puesto que en el pasado los hombres de la élite compartían ideales de feminidad similares, esta nueva discordia revela que las fisuras culturales entre la alta sociedad se profundizaron durante la ocupación norteamericana. Por ejemplo, en el marco del debate de 1911 en torno al artículo religioso, los diputados rivales representaban a las mujeres en términos semejantes. Al margen de su posición a favor o en contra de la influencia del clero, por lo general pensaban que las mujeres eran moralmente más “puras” e “inocentes” y, en consecuencia, más piadosas que los hombres. Sin embargo, también percibían a las mujeres como más espirituales, emotivas y supersticiosas. En cierta medida, debido al predominio de estas imágenes, los hombres de todos los matices políticos negaron a las mujeres el derecho al voto.⁵⁸ El consenso masculino sobre la feminidad empezó a resquebrajarse al final de la I Guerra Mundial. Primero, en septiembre de 1916, un periódico liberal de León respaldó el sufragio femenino en forma abierta. Después, en diciembre de 1917, un grupo de

liberales, reducido pero influyente, criticó a sus líderes por impedir a las mujeres ejercer el derecho al voto en las elecciones del partido.⁵⁹ Hacia mediados de 1920, la demanda del sufragio femenino había cobrado suficiente fuerza como para merecer el abierto respaldo, no sólo del Partido Liberal, sino también el de numerosos disidentes conservadores. De hecho, en 1923 el presidente Bartolomé Martínez, un conservador, se proclamó “feminista” y nombró Viceministra de Educación a Juana Molina de Froeman (1894-1934), una exalumna de la Universidad de Columbia de Nueva York, quien fue la primera mujer en ocupar un cargo en el gabinete presidencial de Nicaragua.⁶⁰

Sin embargo, los conservadores proclericales rechazaron la demanda del sufragio femenino con terquedad. En un discurso dirigido a las jóvenes estudiantes, el prominente senador conservador Carlos Cuadra Pasos explicó las razones por las cuales él y sus homólogos se oponían a dicha exigencia. Calificó el feminismo como “uno de los graves problemas que inquietaban a la humanidad”, y sostuvo que la intervención de las mujeres en la esfera política debía ser restringida al ámbito cultural. La misión pública de éstas – advirtió severamente este oligarca granadino – no era promover el cambio político y social ejerciendo el derecho a la “ciudadanía”. En cambio, las mujeres debían emplear su superioridad moral para garantizar que el mundo se volviera más “femenino” y, por tanto, más “culto” y “civilizado”.⁶¹ No es de extrañar, pues, que las feministas nicaragüenses – inspiradas en buena medida por sus colegas de EE.UU. – denunciaran las opiniones de Cuadra Pasos y sus pares como “reaccionarias”, y opuestas al “espíritu moderno” que avanzaba triunfante en todo el mundo “civilizado”.⁶²

A juicio de muchos nicaragüenses, el choque entre los ideales “modernos” y “reaccionarios” de la feminidad era especialmente notorio en el conflicto desatado por la creciente participación de las mujeres en los deportes. El atletismo femenino – desconocido a inicios del siglo XX – cobró auge en Nicaragua durante la década de 1920. El básquetbol emergió

rápida como el deporte preferido por las mujeres, mientras que el tenis ocupaba un distante segundo lugar. Mujeres de todas las clases sociales asistían a los eventos deportivos, pero la mayoría de las atletas procedían de las clases altas y, por lo general, tenían entre 16 y 23 años de edad. Sus numerosos patrocinadores sostenían que este tipo de deportes constituía una significativa expresión de la marcha de Nicaragua hacia el progreso, pues las atletas sobresalían por sus costumbres modernas: eran independientes, sofisticadas, fuertes y saludables. Tal como argumentó *El Gráfico*, las deportistas hacían “contraposición absoluta con [la] debilidad, ternura, delicadeza, atributos legendarios del bello sexo”.⁶³ Algunos hombres influyentes aceptaron los deportes femeninos de tan buena gana que en 1924 un candidato presidencial liberal, Leonardo Argüello, prometió fomentarlos en su programa político. Convencido de que la modernidad significaba mayor igualdad de género, este futuro presidente de Nicaragua (1948) proclamó que los deportes no eran solamente para los hombres sino también para las mujeres, sobre quienes “pesan falsas nociones y prejuicios ... apareciendo muy restringidos sus derechos y prerrogativas”.⁶⁴

Sin duda, las “falsas nociones y prejuicios” criticados por Argüello y otros hombres de la élite hacían referencia al discurso de los Caballeros Católicos. Al igual que en el caso de las modas “modernas”, los Caballeros sostenían que los deportes físicos masculinizaban a las mujeres, deformándolas en *marimachas* (un cruce femenino entre hombre y mujer), y borrarían las diferencias de género.⁶⁵ Sumándose a la polémica, un destacado Caballero Católico profetizó, “Se acerca el día en que todos tengan que llevar un letrero sobre las espaldas, diciendo: yo soy hombre, yo soy mujer”.⁶⁶ Aunque la supuesta masculinidad de las atletas asustaba a los Caballeros Católicos, la brevedad de sus uniformes los alarmaba aún más. En su opinión, cualquier traje que expusiera demasiado las piernas, brazos, hombros, pecho y otras partes del cuerpo de una mujer provocaba “miradas lascivas” y, en consecuencia, manchaba su “alma con el lodo de la impureza”.⁶⁷

De acuerdo a una jugadora de básquetbol de Granada, algunos Caballeros incluso compartían la creencia del obispo de la ciudad de que la mayoría de los hombres sólo asistían a eventos deportivos femeninos para “espiar bajo las breves faldas de las atletas y mirar a hurtadillas su ropa interior”.⁶⁸ A juicio de estos guardianes de la pureza femenina, las mujeres que usaban trajes cortos, como las atletas, llegarían a empeorar “la corrupción general de las costumbres”.⁶⁹ (Véase imagen 14).



Imagen 14. Jugadoras de básquetbol, alrededor de 1927.

Cortesía de los Archivos Nacional de EE.UU.

Pese a las críticas de los Caballeros, la participación femenina en los deportes aumentó durante la década de 1920. Incluso las hijas y esposas de los moralistas proclericales se incorporaron a los equipos de básquetbol que florecían en los centros urbanos de Nicaragua. Como era de esperar, muchas lo hacían en contra de la voluntad de sus padres y esposos.⁷⁰ Éste era el caso de la granadina Lola Vijil, una Hija de María que surgió como una de las mejores basquetbolistas en la década de 1920. Vijil pertenecía al principal club de básquetbol de la ciudad, el célebre Flor de Lis, que competía regularmente con otros dos clubes de Granada (5 Estrellas y Excelsior), y con algunos equipos de Managua, León, Masaya, Diriamba y Corinto. Al igual que la mayoría de sus compañeras, Vijil venía de una familia oligarca – su bisabuelo era el célebre sacerdote Agustín Vijil, partidario de Walker. No obstante, el Flor de Lis era muy popular y muchos fanáticos – hombres y mujeres, ricos y pobres, jóvenes y viejos – asistían a sus encuentros y prácticas deportivas. De hecho, fue necesario instalar graderías al aire libre, debido al gran número de espectadores. Los fanáticos también celebraban las frecuentes victorias del equipo en veladas nocturnas, donde los jóvenes de ambos sexos bailaban el fox-trot. Sin embargo, aunque Lola era la estrella del equipo y su principal anotadora, cada vez que salía de la casa a jugar básquetbol su padre, Francisco, montaba en cólera. Francisco Vijil (1880-1940) era un destacado comerciante y publicista, además de uno de los Caballeros Católicos de Granada más exaltados. En consecuencia, por principio se oponía a que las mujeres jugaran básquetbol. Empero, el principal motivo de su ira era que la fama de su hija no obedecía tan sólo a su talento en los deportes, sino a su atractivo físico que deslumbraba en la cancha. La impotencia de Vijil de impedir que su hija jugara al básquetbol le resultaba humillante, y más bien acrecentaba la fama de Lola como una “mujer libre” ante los ojos de sus admiradores. La familia Vijil no era la única en enfrentar esta contrariedad. Incontables mujeres jóvenes de la élite desafiaban a sus padres integrándose a los populares equipos de básquetbol.⁷¹

Por tanto, el empeño de los Caballeros Católicos por evitar que muchas jóvenes de la élite adoptaran los hábitos “inmorales” de la “mujer moderna” terminó fracasando. Los deportes femeninos, las modas recientes, y hasta salones de baile “indecentes”, florecieron durante la ocupación norteamericana. Además, numerosas mujeres de clase alta, incluyendo a la Miss Nicaragua 1933, afianzaron su independencia incorporándose al mercado laboral – un fenómeno hasta entonces sólo observado entre las mujeres de otros sectores sociales. En vista de la asombrosa emergencia de la “mujer moderna” en Nicaragua, pese a tantos obstáculos, la principal revista femenina del país afirmó: “La mujer de ayer es muy distinta a la de hoy, que, consciente del derecho que por naturaleza le corresponde, piensa que es un individuo capaz de trabajar y mantenerse libremente por sí misma”.⁷² Evocando este fenómeno, dos mujeres de la oligarquía conservadora de Granada, que practicaron deportes durante la década de 1920, recordaron haberse sentido mucho más “liberadas” que las de la generación de sus madres.⁷³ A pesar de la fiera campaña moralista desatada por los Caballeros Católicos y la Iglesia, ellas lograron adoptar “todo lo nuevo”, socializar por su propia cuenta, y obtener buenos empleos. Aunque no se identificaron como “feministas”, ambas se mostraron convencidas de haberse desarrollado como mujeres “modernas”.

Quizá los propios Caballeros Católicos se hallaban en una mejor posición para juzgar el éxito del surgimiento de la “mujer moderna”. Tal como deploró su vocero Pedro Joaquín Cuadra Chamorro (1887-1956), en un discurso pronunciado en 1928 ante un grupo de muchachas estudiantes, “cualquier persona con al menos un poco de conocimiento del mundo ... puede, con honda tristeza, decir adiós a las antiguas costumbres patriarcales, pues casi todas han desaparecido para siempre”.⁷⁴ En opinión de los Caballeros Católicos, el ejemplo más claro de la alegada erosión de las “antiguas costumbres patriarcales” era la triunfante emergencia de la “mujer moderna”, inspirada en el modelo norteamericano.

Redefiniendo la Masculinidad de la Élite y la Nación

Mientras los cambios en el ideal femenino dentro de la cultura de la élite perturbaba sobre todo a un grupo de oligarcas reducido aunque influyente, el nocivo impacto de la diplomacia del dólar en la fortuna económica de la clase privilegiada llevó, no sólo a los Caballeros Católicos, sino también a muchos otros hombres acaudalados, a inquietarse sobre su propia identidad masculina. Tal como observamos previamente, las élites liberales tendían a enfrentar dicha ansiedad reforzando su identificación con los valores económicos “modernos”, en particular, con la cultura de la producción cafetalera. A la vez, procuraban describir a sus rivales políticos, los gobernantes conservadores, como una fiel encarnación del “atraso” económico. Curiosamente, muchos oligarcas conservadores apuntalaron esta nueva representación de las antiguas divisiones entre la élite, pues ellos también habían llegado a forjar una imagen de sí mismos muy distinta de la realidad. Aunque seguían siendo la vanguardia económica del país, dejaron de elogiar al empresario cafetalero y, en cambio, tendían a ensalzar al “atrasado” pero “benevolente” hacendado ganadero como la personificación de la virilidad. En este proceso, adoptaron con progresiva firmeza una visión endógena de la nación, construida en oposición a los ideales norteamericanos de la modernidad.

Inicialmente, este giro en la perspectiva de la élite fue más notorio por la manera en que los Caballeros Católicos empezaron a denunciar la cultura capitalista del sector cafetalero. Aunque muchos nicaragüenses de clase alta seguían idealizando la hacienda cafetalera como símbolo de progreso, los Caballeros Católicos la describían, cada vez con mayor insistencia, como un sitio de explotación e inmoralidad, propio del capitalismo moderno al estilo norteamericano. Sobre todo en la época de la cosecha, los periódicos conservadores proclericales publicaban artículos criticando las condiciones de vida en la fincas de café. Si bien no olvidaban destacar

la brutal explotación de los peones estacionales, mostraban mayor empeño en retratarlas como lugares de “orgías”, donde los hombres abusaban de sus compañeras de labores. Observando que los peones de ambos sexos eran forzados a dormir hacinados en un mismo galpón, acusaban a los barones del café de fomentar la “degeneración” moral de las clases trabajadoras nicaragüenses.⁷⁵

De acuerdo a los Caballeros Católicos, el principal problema que encaraba Nicaragua bajo el régimen de la diplomacia del dólar no era el retorno al “feudalismo”, como sostenían algunos prominentes liberales, sino la intromisión del “capitalismo”, la fuerza motriz de la modernidad. En particular, ponían en tela de juicio la opinión común entre la élite de que los empresarios capitalistas promovían el bienestar de la nación, administrando el dinero de manera productiva. Los Caballeros Católicos sostenían que, por el contrario, “la libertad irrestricta del capital” estaba polarizando la sociedad en dos ejércitos contrarios, “el capitalismo por un lado y el pauperismo por el otro”.⁷⁶ Pese a la vehemencia de sus críticas anticapitalistas, los Caballeros no propugnaban cambios sociales radicales, en manera alguna. En efecto, su mayor preocupación no era la creciente desigualdad en los ingresos, sino la actitud de los “capitalistas” de no asumir la tradicional responsabilidad de las élites con respecto al bienestar de los “pobres”. Tal como enfatizó el editor de *El Diario Nicaragüense*: “el capitalismo no es odioso por representar la acumulación de la riqueza en manos de unos pocos, sino porque no mueve su mecanismo la caridad”.⁷⁷ No obstante, el hecho de que miembros del sector más poderoso de la élite nicaragüense cuestionaran, sin tapujos, la supuesta relación entre progreso material y bienestar moral, constituía un verdadero hito.

Distanciándose aún más de la cultura capitalista cafetalera, los Caballeros Católicos empezaron a valorar la hacienda ganadera como símbolo de igualitarismo, justicia social y valores cristianos. De acuerdo a muchos de éstos, la ganadería constituía el sector económico más democrático, en términos estructurales relacionados con la distribución de la

tierra y de los ingresos.⁷⁸ Empero, su juicio de valor no se sustentaba tan sólo en los aspectos estructurales. Los Caballeros Católicos también forjaron un mito alrededor de la supuesta cultura igualitaria del sector ganadero y, en particular, en torno a los valores atribuidos a los vaqueros del país, denominados *campistos*. En su opinión, los campistos llevaban una vida feliz en medio de la ignorancia, pero de acuerdo a las virtudes cristianas — “una mezcla de oro con barro sucio” — tal como expresó uno de los Caballeros.⁷⁹

Apartando la vista del “barro sucio”, los patricios conservadores procuraban presentar una imagen del campisto como el arquetipo de un sano individualismo. Según el principal Caballero Católico, Carlos Cuadra Pasos, los oligarcas conservadores de Granada pasaban buena parte de la niñez en sus haciendas ganaderas en Chontales, donde sus campistos les enseñaba a ser diestros jinetes. Por tanto, desde temprana edad, supuestamente compartían una noción común de virilidad con sus trabajadores.⁸⁰ Además, a juicio de Cuadra Pasos, esa cultura masculina tenía sus raíces en una herencia racial común, que vinculaba a la élite “ladina” (o sea, “blanca”) de Granada con los campistos. Aunque las comunidades indígenas chontaleñas lograron persistir hasta bien entrado el siglo veinte, Cuadra Pasos destacaba el carácter ladino de esta región rural, sosteniendo que “el chontaleño ... es tal vez el tipo más español de Nicaragua”.⁸¹ Este esfuerzo por identificarse con la cultura ganadera de Chontales era especialmente notorio en el transcurso de los deportes ecuestres, organizados por la élite granadina durante las *fiestas agostinas*, las más importantes de la ciudad. Tal como enfatizaban los periódicos locales, la mayoría de los toros y caballos exhibidos en esta fiesta anual procedían de las grandes haciendas ganaderas que los granadinos poseían en Chontales. La participación de los campistos en los eventos más ritualizados de la fiesta — corridas de toros, rodeos y carreras de caballos — revestía especial importancia. Al competir con los admirables campistos chontaleños, los oligarcas conservadores esperaban demostrar que ambos grupos sociales compartían los mismos ideales de virilidad.

No obstante, por más que los Caballeros Católicos procuraran destacar su “natural” afinidad con la cultura ganadera de Chontales, ésta no era innata ni antigua. De hecho, hasta una fecha reciente, la mayoría de los conservadores de la élite se identificaban con la cultura de la modernidad cafetalera, y asociaban peyorativamente a la principal región ganadera de Nicaragua con el “atraso”. Su desprecio por el chontaleño era tan arraigado que, durante mucho tiempo, empleaban este término como un insulto. Una destacada mujer de Chontales que se trasladó a Granada en 1883 afirmó que, todavía durante la fase inicial del primer auge cafetalero del país, “a la gente desmodada, ignorante, cretina o desconocedora de modales sociales la llamaban en Granada, ‘Chontaleña’ ”.⁸² No obstante, ya en la década de 1920, la autoimagen de los granadinos de clase alta había experimentado un cambio muy profundo, de manera que mostraban mucho orgullo en asociarse con la cultura ganadera de Chontales. Tomemos de nuevo el caso de Carlos Cuadra Pasos, el líder de los Caballeros Católicos de Granada. En 1912, Cuadra Pasos todavía elogiaba con vehemencia el excepcional espíritu empresarial de los oligarcas conservadores granadinos, observando que éstos eran los pioneros en la exportación de café, azúcar y bananos — los sectores más dinámicos de la economía nicaragüense.⁸³ Una década más tarde, no tuvo ningún reparo en representar a su grupo social como un “patriciado criollo de raíces coloniales” que había forjado su patrimonio en la ganadería, pero fue empujado a la pobreza durante la dictadura liberal de Zelaya (1893-1909), y suplantado por una “burguesía de nuevos ricos” cafetaleros.⁸⁴ Obviamente, esta representación de las facciones de la élite, elaborada por Cuadra Pasos, poco se correspondía con la realidad económica. Después de la caída de Zelaya, los patricios conservadores de Granada seguían figurando entre los productores de café más prósperos y, además, la base económica de muchos “nuevos ricos” radicaba en el sector ganadero. No obstante, para los Caballeros Católicos como Cuadra Pasos, este mito fue de crucial importancia en el proceso de construcción de su nueva autoimagen.

Quizá la obra que mejor ilustra la manera en que la élite conservadora intentaba presentarse como la antítesis del capitalista moderno sea *Entre dos filos: Novela nicaragüense*, escrita por Pedro Joaquín Chamorro Zelaya a mediados de la década de 1920.⁸⁵ El autor era un prominente Caballero Católico de Granada, nacido en 1891, y redactó esta obra literaria romántica “nicaragüense” cuando asumió el cargo de senador en 1925. Entre 1926 y 1928, Chamorro se desempeñó como viceministro del interior durante el gobierno del presidente Adolfo Díaz; poco después se convirtió en editor del principal diario conservador de Managua, *La Prensa*, posición que ocuparía hasta su muerte en 1952. (Véase imagen 15). Pese al tono anticapitalista y antimoderno de su novela, Chamorro tenía inversiones personales en los sectores económicos más asociados con el capitalismo y la modernidad: café, azúcar y bananos. Además, su abuelo – el presidente Pedro Joaquín Chamorro Alfaro (1875-79) – fue el principal impulsor de las reformas liberales que facilitaron el despegue de la economía agroexportadora de Nicaragua, hacia fines del siglo diecinueve. Pese a estas contradicciones, o talvez precisamente debido a ellas, la novela de Chamorro causó un gran impacto cuando salió a luz en 1927. Prominentes conservadores elogiaron al autor por su fiel descripción de “nuestras costumbres”, y su capacidad de “expresar y sembrar un hermoso espécimen de lo Nacional”.⁸⁶ En efecto, a través de su novela Chamorro procuró asociar los valores precapitalistas, encarnados en el sector ganadero, no sólo con su propia clase social sino con toda la nación. Al igual que otras novelas románticas nacionalistas, *Entre dos filos* cumplió el papel de una “ficción fundacional” dentro del nuevo proyecto nacional, y contribuyó a cristalizar el emergente espíritu antiamericano y antiburgués de la élite conservadora de esa época.⁸⁷

En primer lugar, la novela de Chamorro personifica las divisiones entre la élite como individuos rivales, para establecer un contraste entre los valores e identidades masculinas de las antiguas élites terratenientes y de los “nuevos ricos”. El ideal tradicional de virilidad se centra en la capacidad de

proteger a los débiles, mientras que el capitalista celebra la habilidad de acumular riquezas. Los dos personajes principales, ambos granadinos, encarnan esta diferencia: el joven hacendado conservador Álvaro Carvajal, vástago de una antigua familia oligarca, y el prestamista liberal Robustiano Robles, un advenedizo de sesenta y dos años de edad. No por casualidad, las principales fuentes de ingreso de Carvajal – ganado y cacao – representan los sectores económicos más asociados con la época de la colonia española. Por contraste, los negocios usureros de Robles destacan la repugnancia del capitalismo al estilo norteamericano. Así, mientras Carvajal es el arquetipo del honor viril, Robles simboliza al capitalista deshonesto e inescrupuloso. Y, a pesar de todos sus esfuerzos por convertirse en “importantes miembros de la sociedad”, los nuevos ricos como Robles carecen del principal requisito para lograrlo: el honor.



Imagen 15. El presidente Adolfo Díaz (en primer plano) y Pedro Joaquín Chamorro Zelaya (a la izquierda), alrededor de 1927.

Cortesía de los Archivos Nacionales de EE.UU.

Por otra parte, la novela de Chamorro también procura redefinir “lo Nacional”. Con este fin, desecha el antiguo ideal de la Nicaragua cosmopolita propuesto por la élite, y, en cambio, representa a la nación como una comunidad tradicional endógena, construida sobre la base de la gran familia hacendada. En su obra, Chamorro procura con ahínco desarrollar el mito de la “santidad de la vida rural”, describiendo la vida en la hacienda de Carvajal y las festividades religiosas en el campo.⁸⁸ Su idílica representación de la sociedad rural refleja una estrategia empleada por los escritores antimodernos de todo el mundo durante esa época. Pero mientras otros autores tendían a idealizar al campesino o al vaquero como símbolo de una identidad nacional más auténtica, Chamorro ensalza al hacendado ganadero, siguiendo el ejemplo de sus compañeros Caballeros Católicos.⁸⁹ A la vez, el amor de Carvajal por el campo y sus tradiciones, distingue a este hacendado ganadero, profundamente religioso, de sus principales rivales que se inclinan por lo moderno y lo norteamericano. El personaje de la novela que encarna el cosmopolitismo con mayor intensidad es una mujer: Angelita, la hija del anticlerical y francmasón Robles. Educada en EE.UU., esta “amazona” que habla inglés y conduce automóviles, exhibe todas las cualidades masculinas supuestamente propias de la “mujer moderna” al estilo norteamericano. Cuando la tía de Carvajal pesca a Angelita montando a caballo “como un hombre”, exclama: “Que lo hagan las yancas y las marimachas, está bueno; pero no las niñas cristianamente educadas. Dios guarde verte a ti enganchada como hombre”.⁹⁰

Puesto que ambos jóvenes encarnan distintas visiones nacionalistas, la capacidad de Carvajal de conquistar el alma americanizada de Angelita, al final de la novela, reviste gran importancia simbólica. Sin duda, ese desenlace pudiera simbolizar el tajante rechazo de los nicaragüenses a los ideales modernos de los Estados Unidos. Sin embargo, también es posible interpretarlo como la asimilación de dichos valores dentro de la comunidad imaginada en torno a una de las instituciones más coloniales: la familia en la hacienda ganadera. En efecto,

en vez de evocar un simple retorno al pasado colonial – anhelo que solía atribuirse a Chamorro y a los demás Caballeros Católicos – la novela celebra un proyecto nacional más híbrido, que pareciera aceptar lo moderno mientras pudiera ser asimilado dentro del orden patriarcal tradicional, representado por Carvajal y el “patriciado criollo de raíces coloniales”.

A juicio de la emergente élite antiburguesa de Nicaragua, este orden patriarcal preservaba la paz social y, por tanto, aseguraba el bienestar de la nación, precisamente porque podía mantener jerarquías sociales estables y sostener una tradición de solidaridad social.⁹¹ En la novela *Entre dos fi-los*, la tensión entre jerarquía y solidaridad es representada de forma más evidente a través de las relaciones clientelistas que reinaban en las haciendas (ganaderas) de origen colonial. Tal como destaca el autor de la novela, dichas relaciones dependían, en gran medida, de la solidez de las interacciones personales que legitimaban la autoridad “divina” del patrón y, a la vez, afirmaban los lazos comunes de la sociedad rural:

“Vivían las familias [de los hacendados ganaderos] en contacto con el pueblo que llegaba a cultivar la tierra, sin acentuar mucho las diferencias de clases, ni interponer las profundas cimas que separan y a veces enemistan, viniendo todos a formar como una sola y grande familia que daba colorido de patriarcal a aquella vida social del campo. Vivían los amos disfrutando honestamente y en santa paz lo que era suyo ... y los que trabajaban, después de cobrar su justo salario, se iban a sus casas bendiciendo el nombre del buen patrón y dando gracias a Dios. (...) Aquellos ayudaban a éstos, apadrinaban a sus hijos pequeños y enseñaban a los más grandes, recogían a las mozas ... y cuando alguno de los ancianos llegaba a la decrepitud sin auxilios, el patrón le daba la mano procurándole una ocupación sencilla. (...) Éstos en cambio daban su trabajo ... y guardaban como precioso deber el respeto y la consideración nacidos espontáneamente de ver que sus amos cumplían con sus obligaciones y eran justos en sus derechos”.⁹²

Tal como ilustra este pasaje, el eje principal del mito de la santidad rural, que empezaban a forjar algunos miembros de la élite conservadora como Chamorro, era la idea de que la familia patriarcal de los hacendados era una “positiva organización social cristiana”, donde se practicaba el “respeto” y la “justicia” en forma natural.⁹³ En su opinión, la peor amenaza al idílico orden social de la Nicaragua rural era la modernización capitalista al estilo de los EE.UU., “el poder antagónico del cristianismo”.⁹⁴

Al referirse a la crisis del patriarcado en su novela, Chamorro evocaba el pesimismo que embargaba a muchos nicaragüenses de clase alta durante la década de 1920, conservadores y liberales, católicos y anticlericales, por igual. Empero, la obra refleja que esa ansiedad provocó una respuesta particular entre los Caballeros Católicos. A juicio de la mayoría de miembros de la élite nicaragüense, la enfermedad de su país era resultado del supuesto impulso reaccionario de la diplomacia del dólar, que obstaculizaba su desarrollo capitalista. Los liberales, en especial, reforzaron su identificación con la cultura del capitalismo para enfrentar el impacto “antimoderno” de este régimen impuesto por los Estados Unidos. En contraste, Pedro Joaquín Chamorro Zelaya y sus compañeros de los Caballeros Católicos no achacaban la crisis a las políticas de los agentes de la diplomacia del dólar. En su opinión, Wall Street no constituía el omnipotente “engranaje maldito”, vívidamente descrito por Hernán Robledo en *Los estrangulados*. En cambio, atribuían la culpa de la decadencia moral de su país a la cultura de masas de EE.UU., generada en las empresas de Hollywood y otras similares, así como a su fuerza motriz, el capitalismo. Para ellos, la verdadera causa del malestar de Nicaragua no era su atraso, sino el exceso de modernidad.

No es extraño, pues, que los Caballeros Católicos criticaran con tanta vehemencia el supuesto efecto nivelador de la moderna cultura de masas. A su juicio, éste representaba la peor amenaza al precario equilibrio entre jerarquía y solidaridad, sostenido por el orden patriarcal tradicional desde

la antigüedad. Por ejemplo, a través de su periódico *El Católico* deploraban que la progresiva mercantilización de las festividades en honor a los santos patronos locales creaba una peligrosa ilusión de igualdad social. En consecuencia, denunciaban que: “La falta de respeto está tan generalizada en Nicaragua que no puede ser mayor; muchos creen mucho en la igualdad, que [la] confunden con la malcriadez y grosería más repugnante”.⁹⁵ En opinión de los editores de este periódico proclerical, el ideal burgués clave de promover la igualdad entre las “masas populares” no era otra cosa que un “verdadero crimen”.⁹⁶ A fin de contrarrestar esta erosión general del “respeto”, los Caballeros Católicos como Pedro Joaquín Chamorro Zelaya procuraban ensalzar con gran ahínco la familia del hacendado ganadero de stirpe colonial.

Aunque no se debe interpretar el ideal de la santidad rural de los Caballeros Católicos como mera nostalgia, es preciso reconocer que estaba plagado de contradicciones. La labor caritativa de los hacendados, la estrecha relación personal con sus subalternos, y la participación en las festividades locales, prestaban gran credibilidad a la celebración de la santidad rural proclamada por los Caballeros. No obstante, con frecuencia las relaciones clientelistas en las haciendas ganaderas estaban cargadas de violencia física y verbal — incluso en Granada, el principal bastión de los Caballeros Católicos.⁹⁷ Numerosos expedientes judiciales atestiguan el estallido de encarnizadas riñas y ocasionales asesinatos, cuando los barones de la ganadería se negaban a pagarle a sus trabajadores. Cuando esto sucedía, los campesinos tomaban venganza dedicándose al abigeato. Los trabajadores de las haciendas ganaderas también resentían que sus patronos los manipularan políticamente. Estos rencores provocaban frecuentes agresiones contra la élite en regiones ganaderas como Malacatoya. Y, aunque el número de mujeres que trabajaban en las haciendas ganaderas era muy inferior al de las plantaciones cafetaleras, sus patronos también las sometían a abusos sexuales. La crónica violencia que marcaba las relaciones cotidianas entre los trabajadores de las fincas ganaderas también ponía en tela de

duda la imagen de idílica armonía creada por los oligarcas conservadores. El mito de la santidad rural era cuestionado, además, por el hecho de que numerosos campesinos abandonaban su terruño por la ciudad, atraídos y no ahuyentados por sus símbolos de modernidad; es decir, “por el espejismo de los bancos, de los talleres [y], la vida de cine, cantina, academias, etc.”, tal como admitió con franqueza uno de los Caballeros.⁹⁸

Sin embargo, la mayor paradoja de este mito radicaba en el empeño de los Caballeros Católicos en proyectar una autoimagen totalmente opuesta a su verdadera identidad. En realidad, ellos eran los agroexportadores de mayor espíritu empresarial en Nicaragua, notorios desde antaño por sus costumbres cosmopolitas y americanizadas. Este contrasentido era muy obvio durante las fiestas agostinas de Granada, cuando los oligarcas conservadores hacían grandes esfuerzos por asociarse con una visión nacional endógena. Por ejemplo, otorgaban especial importancia a la participación en eventos ecuestres cargados de rituales, pues les permitían exhibir los ideales anticosmopolitas de virilidad que, supuestamente, compartían con los campistos. Sin embargo, al igual que otros miembros de la élite granadina, los Caballeros Católicos no celebraban sus victorias en las *cantinas* populares donde solían asistir los campistos. En cambio, se reunían en restaurantes exclusivos, que la gente común asociaba con el cosmopolitismo. Todos estos “centros aristocráticos” ostentaban nombres internacionales, como *Versalles*, *París* o *Turín*; además, eran los sitios predilectos donde la “highlife” de Granada llevaba de paseo a los visitantes extranjeros, y hacía gala pública de su dominio del idioma inglés.⁹⁹ Cuando no estaban participando en eventos ecuestres, los Caballeros Católicos deslumbraban a la muchedumbre conduciendo automóviles fabricados en EE.UU., el principal símbolo de la modernidad en aquella época.¹⁰⁰ Este comportamiento quizá represente el ejemplo más claro de la tensión entre los impulsos moderno y reaccionario, que llegó a caracterizar la cultura de la oligarquía conservadora de Granada bajo la ocupación de los Estados Unidos.

Conclusión

La adopción de ideales antimodernos por parte de la emprendedora y cosmopolita oligarquía granadina constituye una paradoja difícil de explicar. Empero, aunque esta supuesta contradicción sea inusual, no carece de precedentes. Por ejemplo, en los Estados Unidos y Europa Occidental, diversas élites industriales y agrarias muy vinculadas al capitalismo, también procuraron identificarse con valores antimodernos, arraigados en el mito de la santidad rural.¹⁰¹ El destacado científico social Barrington Moore argumenta que estos imaginarios reaccionarios “tienden a florecer en el seno de una clase alta terrateniente que logra aferrarse con éxito al poder político, aunque se encuentre en decadencia económica, o quizá enfrentando la amenaza de una nueva e imprevista fuente de poder económico”. En particular, sostiene que “cuando las relaciones comerciales han empezado a minar una economía campesina, los elementos conservadores de la sociedad tienden a generar una retórica que ensalza a los campesinos como la columna vertebral de la sociedad”.¹⁰² Sin duda, los Caballeros Católicos de Nicaragua articularon una retórica reaccionaria de esta naturaleza – que Moore denomina “Catonismo” – pues atribuían al capitalismo y la modernidad la culpa por la crisis cultural y social que, en su opinión, asolaba a Nicaragua durante la década de 1920. Pero, a diferencia de los casos analizados por Moore, éstos proyectaban al hacendado ganadero, no al campesino, como la piedra angular de la sociedad.

Durante la ocupación norteamericana de Nicaragua, la expansión capitalista no empujó a la vanguardia económica del país, la oligarquía conservadora de Granada, a repudiar la vía de los Estados Unidos hacia la modernidad. Más bien, la peculiar reacción de este círculo privilegiado obedeció a los efectos imprevistos de la diplomacia del dólar que socavaban su poder. Aplicando el marco metodológico de Moore, la vanguardia económica de Nicaragua sin duda adoptó el “Catonismo” en una época cuando todavía se aferraba al

poder político, pero había entrado en un proceso de declive económico. Sin embargo, la principal amenaza a su poder económico no provenía de una nueva y desconocida fuente – las “condiciones modernas” – tal como aseguraban los Caballeros Católicos. En cambio, surgió de una amenaza antigua y muy familiar: los pequeños y medianos productores, que enfrentaban los nocivos efectos económicos de la diplomacia del dólar con un tesón muy superior al de los ansiosos oligarcas.

Por otra parte, los Caballeros Católicos adoptaron un antiamericanismo cultural debido a que los agentes de la diplomacia del dólar promovían, indirectamente, la labor de los misioneros protestantes norteamericanos, y la difusión del modelo de “mujer moderna” de los Estados Unidos. Ambas corrientes, así como el auge de las organizaciones laborales y de partidos políticos de izquierda durante el período de la posguerra, desafiaban la autoridad patriarcal. En cierta medida, los gobernantes conservadores reaccionaron procurando estrechar sus lazos con los sectores populares. En este proceso, asumieron con mayor firmeza el catolicismo social, y forjaron una imagen nacional más acorde a las prácticas culturales locales, en comparación a su previo ideal de una Nicaragua cosmopolita. Como veremos a continuación, este reciente nacionalismo de bases agrarias, construido en oposición a las costumbres norteamericanas, llegaría a inspirar una sorprendente actitud revolucionaria entre la más rancia oligarquía nicaragüense, frente a la militarización del dominio imperial de los Estados Unidos después de 1927.

Notas

- ¹ *El Diario Nicaragüense*, marzo 22, 1931.
- ² Ej., Besse, *Restructuring Patriarchy*; Rock, *Authoritarian Argentina*; Deutsch, *Las Derechas*; y Rinke, "Voyeuristic Exoticism".
- ³ *La Noticia*, enero 17, 1918.
- ⁴ Sobre cómo los Jesuitas colaboraron en la fundación de la Liga, véase Cuadra Pasos, *Obras I*, 479–82.
- ⁵ *Acción Social*, junio 21, 1918, 1.
- ⁶ *El Mensajero del Corazón de Jesús y del Apostolado de la Oración* (en adelante *El Mensajero*), 3.26: 90 y 6.66: 305.
- ⁷ *La Noticia*, abril 13, 1918.
- ⁸ Ej., "El liberalismo y la libertad moral", *El Católico*, septiembre 22, 1920.
- ⁹ Sobre la agenda cosmopolita de los francmasones, véase los números de *Australia* correspondientes a los años 1919–25.
- ¹⁰ Véase USNA, RG 59, 817.00/3276; y *El Diario Nicaragüense*, enero 15, 1925.

- 11 Mena Guerrero, "Semblanzas granadinas", 38.
- 12 Committee on Cooperation in Latin America, *Christian Work*.
- 13 Ferris, "Protestantism", 212.
- 14 American Baptist Archive Center, (en adelante ABAC), American Baptist Home Mission Society, 103rd Annual Report, 63. / Informe Anual N° 103, 63.
- 15 Véase, por ejemplo, Petty, "Three Weeks in Central America", 49.
- 16 Blackmore, "Nicaragua", 177.
- 17 Mi análisis sobre el discurso antiprotestante de los Caballeros se basa en gran medida en los artículos publicados en *El Católico* y *El Mensajero*.
- 18 *El Católico*, marzo 4, 1920.
- 19 *El Mensajero* 3.35 (1922): 523.
- 20 *Ibid.*, 6.70 (1925): 500.
- 21 Véase Parajón, *Veinticinco Años*, para mayor información sobre las ideas de los protestantes nicaragüenses.
- 22 *El Católico*, marzo 4, 1920.
- 23 Ferris, "Protestantism", 120-21.
- 24 Ver los numerosos informes publicados en *Missions* (revista de la American Baptist Home Mission Society) y *Ocean to Ocean* (revista de la Woman's American Baptist Home Mission Society).

- 25 ABAC, Woman's American Baptist Home Mission Society, grupo 13, caja 7, folder 7-11, Ida Warnock a Katherine Westfall, diciembre 7, 1931.
- 26 *El Católico*, marzo 4, 1920.
- 27 Sobre cómo los Bautistas promovían la "Americanización Cristiana" de las personas que inmigraban a los EE.UU., véanse los números de *Missions* y *Ocean to Ocean* correspondientes a la década de 1920. Sobre cómo otras instituciones procuraban americanizar a las inmigrantes a EE.UU., véase Sánchez, "Go After the Women"; McClymer, "Gender"; Barrett, "Americanization", 1012-13.
- 28 Sánchez, "Go After the Women", 254.
- 29 *El Mensajero* 6.70: 509-10.
- 30 "The Missionary Quiz", *Missions* 17.6 (Junio de 1926).
- 31 AMPG, 1925, leg. Oficios y documentos, 155 fols., Obispo de Granada a Alcalde de Granada, junio 1, 1925.
- 32 "Carta del Sr. Obispo a los protestantes", *El Diario Nicaragüense*, junio 9, 1925.
- 33 AMPG, 1925, leg. Causas criminales, 207 fols., declaración hecha por Guillermo F. Aberle, julio 9, 1925.
- 34 Ferris, "Protestantism", 171.
- 35 Ibid., 172.
- 36 Pike, *Hispanismo*, 182-84.
- 37 Ej., *El Mensajero*, 3.35 (1922): 528.

- 38 Véase Borgen, *Vida a la orilla*, para una crónica que evoca esa época.
- 39 *El Diario Nicaragüense*, enero 14, 1920.
- 40 Véase, por ejemplo, Cott, "Modern Woman".
- 41 Mi análisis de la perspectiva de los Caballeros sobre la "mujer moderna" se basa principalmente en artículos publicados en *El Diario Nicaragüense*, *El Mensajero*, *El Católico*, y *Acción Social*.
- 42 Vallejo, *Guía y reglas*, 15–19, 21.
- 43 Borgen, *Vida a la orilla*, 73–74.
- 44 Sobre el caso de Ocotal, véase MCURA, Documentos de Robert Denig, caja 2, Col. Robert Denig, "Diary of a Guardia Officer", 89.
- 45 Ej., "La mujer moderna", *La Patria*, septiembre 1921, 117–18.
- 46 Ej., "Influencia de la mujer en la moralidad", *El Católico*, enero 15, 1920.
- 47 Ej., *El Mensajero* 7.80 (1926): 476.
- 48 Mendoza, *Historia de Diriamba*, 300.
- 49 Sobre la violencia sexual perpetrada en las haciendas cafetaleras de Granada, véase Dore, "Patriarchy from Above, Below", 227.
- 50 Las novelas contemporáneas eran un medio clave a través del cual se revelaba la promiscuidad de la élite. La novela de Chamorro, titulada *Entre dos filos*, se centra en las élites granadinas.

- 51 Dore, "Patriarchy from Above, Below", 215.
- 52 Gould, *To Lead as Equals*, 232.
- 53 Entrevista a Adela María Pérez Estrada, Granada, junio 6, 2002.
- 54 Cuadra Chamorro, *Ama a tu prójimo*, i.
- 55 *La Prensa*, abril 23, 1926.
- 56 *Ibid.*, mayo 1, julio 29, 1926.
- 57 Véase *La Gaceta*, noviembre 1918; *La Noticia*, mayo 16, 1918; y Emiliano Chamorro, "Autobiografía", 74.
- 58 Sobre cómo algunos liberales habían empezado a abogar por el sufragio femenino, véase González, "From Feminism to Somocismo", 50–55.
- 59 *La Noticia*, diciembre 5, 1917.
- 60 Obando Somarriba, *Doña Angélica Balladares de Argüello*, 44.
- 61 *El Diario Nicaragüense*, julio 11, 1916.
- 62 Ej., Toledo de Aguerri, *Anhelos y esfuerzos*, 6.
- 63 "La mujer en el deporte", *El Gráfico*, 4.135 (marzo 3, 1929). Sobre cómo las feministas nicaragüenses defendían la participación de las mujeres en los deportes, véase Sandoval, "Es peligroso el esfuerzo?"
- 64 "Plataforma política del Doctor Leonardo Argüello", *El Centroamericano*, enero 31, febrero 1, 1924.
- 65 Ej., "Feminismo", *El Católico*, mayo 16, 1920, 1; "La mo-

destia cristiana en las mujeres sobre todo en sus vestidos y maneras”, *El Mensajero* 7.80: 476; y “El principal ‘deber’ de las mujeres ante todo es el de ser heroínas”, *El Diario Nicaragüense*, junio 14, 1927.

⁶⁶ Azarías H. Pallais, citado en Argüello Lacayo, *Pobre de Jesús*, 362.

⁶⁷ *El Católico*, enero 8, 1920.

⁶⁸ Entrevista a Graciela Bendaña, Managua, marzo 9, 2001.

⁶⁹ *El Diario Nicaragüense*, enero 29, 1920; *El Católico*, enero 14, 1920.

⁷⁰ Este párrafo se basa en las entrevistas que realicé a Graciela Bendaña y Lola Coronel Urtecho (marzo 2001), quienes jugaban básquetbol en Granada en la década de 1920; a Adela María Pérez Estrada (junio 2002), quien fue una Hija de María en Granada en esos años, y cuyo abuelo le prohibía jugar básquetbol; y a Ana Gómez de Cuadra (junio 2002), una granadina que jugaba tenis en la misma década.

⁷¹ Entrevista a Ana Gómez de Cuadra, Granada, marzo 10, 2001.

⁷² *Mujer Nicaragüense*, enero 31, 1933, 7.

⁷³ Entrevistas a Graciela Bendaña, Managua, marzo 9, 2001, y a Ana Gómez de Cuadra, Granada, marzo 10, 2001.

⁷⁴ Citado en Whisnant, *Rascally Signs*, 397.

⁷⁵ Ej., *El Católico*, agosto 28, 1920.

⁷⁶ Cuadra Chamorro, *Liberalismo*, 83.

- 77 Ibid., 86.
- 78 Ej., *El Diario Nicaragüense*, abril 9, 1930.
- 79 Ibid., agosto 13, 1924.
- 80 Cuadra Pasos, *Obras 2*, 68.
- 81 Ibid., 74–75. En esa época, el departamento de Chontales incluía también el actual departamento de Boaco, donde se encontraba la mayoría de las comunidades indígenas de esta región en el siglo XX.
- 82 Josefa T. de Aguerri, “Una chontaleñada”, 2, ANN, Fondo Adolfo Díaz, caja 13, folder Corresp. Gral.
- 83 Cuadra Pasos, *Obras 2*, 338–39.
- 84 Ibid., *Obras 1*, 573.
- 85 Chamorro Zelaya, *Entre dos filos*.
- 86 J. P. de la Rocha en *El Diario Nicaragüense*, marzo 3, 1928; Pedro Joaquín Cuadra Chamorro en *El Diario Nicaragüense*, agosto 23, 1932.
- 87 Este concepto es tomado de Sommer, *Foundational Fictions*.
- 88 Este término es tomado de Baranowski, *Sanctity of Rural Life*.
- 89 Sobre la idealización del campesino en otras naciones latinoamericanas, véase Díaz Quiñones, “Enemigo íntimo”; y Shannon, *Jean Price-Mars*. Sobre la idealización del vaquero, véase Delaney, “Making Sense of Modernity”; y Barr-Melej, “Cowboys and Constructions”.

- 90 Chamorro Zelaya, *Entre dos filos*, 63.
- 91 Este análisis se halla inspirado, en buena medida, en Baranowski, *Sanctity of Rural Life*, 6–7.
- 92 Chamorro Zelaya, *Entre dos filos*, 36.
- 93 Cuadra Pasos, *Obras 1*, 131.
- 94 Chamorro Zelaya, *Entre dos filos*, 286.
- 95 *El Católico*, agosto 19, 1920.
- 96 “Igualdad”, *El Católico*, junio 13, 1920.
- 97 Sobre el trasfondo de violencia que caracterizaba dichas relaciones en el sector cafetalero, véase Dore, “Patriarchy from Above, Below”.
- 98 ANN, Fondo de Gobernación, Sección: Jefatura Política, leg. 6.0 (Granada), caja 69, folder 1937–1940, Jefe Político Enrique Chamorro a Ministro de Gobernación, mayo 17, 1937.
- 99 *El Diario Nicaragüense*, agosto 23, 1927.
- 100 Ruhl, *Central Americans*, 97–98.
- 101 Ej., Baranowski, *Sanctity of Rural Life*; Wiener, *English Culture*; Thornton, *Cultivating Gentlemen*; y Lears, *No Place of Grace*.
- 102 Moore, *Social Origins*, 490–91. Mi argumentación sobre Moore fue inspirada por Jiménez, “At the Banquet of Civilization”, 284–85.

Parte IV. Revolución, 1927–1933

Capítulo 8

Militarización vía Democratización ***La Embestida de EE.UU.*** ***contra el Caudillismo*** ***y el Surgimiento del Corporativismo*** ***Autoritario***

La guerra civil de 1926-27 provocó un cambio radical en el régimen imperial norteamericano en Nicaragua. Desde 1912, los Estados Unidos habían considerado que la estabilidad financiera era un factor clave para mantener el control sobre este país. La nueva coyuntura dejó en clara evidencia las limitaciones de la diplomacia del dólar. Sobre todo, llevó a los funcionarios de EE.UU. a la conclusión de que la principal amenaza a la estabilidad de Nicaragua radicaba en su “atrasado” sistema político caudillista, una forma de clientelismo político que, a su juicio, coartaba las posibilidades de llevar a cabo transiciones pacíficas de gobierno. Por consiguiente, una vez que puso fin a la guerra civil, EE.UU. abandonó la diplomacia del dólar y, en cambio, buscó salvaguardar su hegemonía encomendando a su ejército la tarea de instaurar en este país su propia versión de un orden más democrático, basado en “elecciones libres y justas”.

El gobierno de EE.UU. selló su proyecto de “democratización” en mayo de 1927, cuando su delegado Henry Stimson – futuro secretario de estado (1929-33) – impuso un tratado de paz a los gobernantes conservadores y a los insurgentes

liberales.¹ Mediante dicho acuerdo, el ejército norteamericano se reservó el derecho, no sólo a organizar las elecciones nicaragüenses, sino también a crear y dirigir una fuerza armada nativa – la Guardia Nacional de Nicaragua – que debía convertirse en principal garante del proceso de democratización. Las funciones de esta institución castrense serían mantener el “orden”, asegurar elecciones limpias e “implementar libertades públicas y prácticas democráticas”, según afirmó un oficial norteamericano de la misma.² Por otra parte, los políticos de EE.UU. esperaban que la Guardia arrebatara a los caudillos nicaragüenses el control sobre la población rural pues, a su juicio, estos “jefes” constituían el principal obstáculo para la estabilidad del país. Asimismo, pensaban que los miembros nativos de la Guardia llegarían a formar el “núcleo” de la clase media nacional y, por tanto, el “baluarte” de la democracia.³ En suma, Washington confiaba en que su ejército cumpliría con éxito la misión en la que habían fracasado los agentes de la diplomacia del dólar: asegurar la estabilidad de Nicaragua mediante la modernización de su cultura política.

La Guardia Nacional de Nicaragua fue organizada según el modelo de las constabularias establecidas por EE.UU. en Haití y República Dominicana, sus protectorados en el Caribe.⁴ Cada una de estas instituciones centralizadas funcionaba como fuerza militar y policial a la vez; el cuerpo de oficiales era controlado por los *Marines*, y voluntarios nativos integraban las filas de los soldados rasos. En opinión de los funcionarios norteamericanos, las constabularias representaban la antítesis de los ejércitos caudillistas que habían reemplazado: eran fuerzas apartidistas y profesionales, inspiradas en principios “científicos” (es decir, burocráticos) y no en lealtades personales.⁵ Su misión primordial era garantizar un orden estable y pronorteamericano. Acertadamente, muchos académicos han definido a estas instituciones castrenses como ejércitos neocoloniales, o “gendarmes del imperio” según el término acuñado por el historiador Louis Pérez.⁶ Sin embargo, un importante hecho ha escapado a su atención: en Nicaragua, y sólo en este país, una constabularia comandada

por EE.UU. intentó defender el “imperio” promoviendo la “democracia”, en vez de un régimen autoritario.⁷

La campaña de “democratización” del período posterior a 1927 revolucionó las relaciones entre el estado y la sociedad en Nicaragua, pero no de la manera prevista por los políticos norteamericanos. La prueba más palpable es que facilitó el surgimiento de la dictadura más prolongada del siglo veinte en América Latina: el régimen de los Somoza (1936-79), cuyo principal pilar fue la Guardia Nacional. Empero, este desenlace autoritario no fue resultado del fracaso del ejército de EE.UU. en el desarrollo de su campaña democratizadora. Todo lo contrario; las fuerzas armadas norteamericanas garantizaron una apertura sin precedentes del sistema electoral nicaragüense. En efecto, los comicios de 1928, supervigilados por EE.UU., posibilitaron el primer cambio pacífico de régimen político en la historia de Nicaragua. Más importante aún, bajo el mando del ejército de EE.UU., la Guardia resquebrajó el poder de los caudillos en el mundo rural, donde habitaba alrededor del 75% de la población nicaragüense. Al mismo tiempo, la campaña democratizadora de EE.UU. también militarizó la sociedad rural y el sistema político de Nicaragua, con nefastas consecuencias que aún no han sido estudiadas a fondo. En cierta medida, este proceso de militarización se derivó de la guerra revolucionaria librada por los guerrilleros campesinos de Augusto Sandino, en contra de las tropas norteamericanas y la Guardia en las Segovias, una región fronteriza en el norte del país. (Véase capítulo 9). Sin embargo, en la mayor parte del territorio nicaragüense, dicho fenómeno fue resultado de la campaña electoral de EE.UU., y de su arremetida contra el caudillismo. Por una parte, el esfuerzo democratizador norteamericano transformó a la Guardia en la institución estatal más poderosa del país. Además, llevó a este ejército dirigido por EE.UU. a asumir las funciones de muchas autoridades rurales, y a convertirse en la principal fuerza política del mundo rural. Por otra parte, esta campaña democratizadora profundizó el viraje antinorteamericano de las élites de mayor raigambre en Nicaragua, motivando a numerosos oligarcas

conservadores a abandonar su fe en los ideales políticos de los Estados Unidos, y a adoptar la ideología del corporativismo autoritario. En última instancia, EE.UU. no sólo fracasó en su proyecto de impulsar un proceso de democratización profundo y duradero, sino que allanó el camino para la instauración de un régimen despótico.

Imponiendo la Democracia

A juicio de los nicaragüenses, el empeño del ejército de los Estados Unidos por impartir, lo que Henry Stimson denominó “lecciones elementales de democracia”, representaba una desviación radical del empuje antidemocrático que había caracterizado al dominio imperial norteamericano desde 1910.⁸ En realidad, dicho esfuerzo estaba inspirado en diversas campañas democratizadoras impulsadas por EE.UU. en otros países latinoamericanos. Comenzando por Cuba en 1906, durante las dos décadas siguientes el gobierno de EE.UU. intervino en diez y seis naciones de América Latina, en aras de promover la democracia.⁹ En gran medida, los políticos norteamericanos entendían el concepto de “democracia” como sinónimo de regímenes que llegaban al poder a través de elecciones limpias. No era preciso que dichos gobiernos fuesen “democracias de masas”. Por el contrario, los funcionarios norteamericanos aceptaban de buena gana las “democracias limitadas, con un estrecho espacio de participación, debate y pluralismo político”.¹⁰ Esta posición refleja que el proyecto democratizador de EE.UU. en el continente obedecía a intereses estratégicos. En efecto, esta potencia inauguró en América Latina una política exterior basada en la noción de que la defensa de su seguridad nacional exigía promover la democracia en países extranjeros; una corriente que algunos académicos consideran el rasgo más peculiar de las relaciones internacionales de EE.UU. a lo largo del siglo veinte.¹¹ Al inicio, EE.UU. mostró una tendencia a promover la democracia en América Latina mediante la presión política; en particular,

negándose a reconocer gobiernos inconstitucionales. A partir de 1927, empleó recursos militares para imponer su concepto de democracia en Nicaragua.

El ejército de EE.UU. se propuso con gran ahínco transformar el sistema político de Nicaragua porque sus líderes militares consideraban que no bastaba garantizar la celebración de elecciones libres e imparciales para promover la democracia. A su juicio, también era necesario destruir el caudillismo. Con frecuencia, comparaban el caudillismo con el feudalismo medieval, un sistema en el cual los pobres campesinos eran peones brutalmente explotados por familias rivales de la élite, encabezadas por hombres poderosos y carismáticos: los caudillos. Tal como expresó el almirante Clark Woodward, uno de los principales oficiales del ejército de EE.UU., el poder en la Nicaragua rural “tradicionalmente ha sido administrado ... a través de ‘caudillos’ – miembros del Partido [Conservador], bien conocidos en el ámbito local como grandes terratenientes, patrones de asalariados, y socialmente prominentes”. Este régimen, insistió, “comparte en muchos aspectos los rasgos del sistema feudal de Europa en la Edad Media, pues se basa en la dependencia de las masas de la buena voluntad de las clases [dominantes]”.¹² Por tanto, en opinión de muchos oficiales de EE.UU., las elecciones en Nicaragua no eran más que disputas violentas entre la “aristocracia terrateniente”, en las que los caudillos arreaban a la “gente sencilla ... de aquí para allá como ovejas”.¹³ No es de extrañar, pues, su empeño en erradicar estas prácticas que, a su entender, estaban “en completa disonancia con los principios de un gobierno democrático”.¹⁴

En realidad, existía un lazo más estrecho entre caudillismo y “democracia”. Por ejemplo, los oficiales de EE.UU. no comprendían que muchos de estos líderes carismáticos efectivamente representaban las aspiraciones populares, lo cual era cierto aún en el caso de poderosos caudillos conservadores como Emiliano Chamorro, que pertenecía a la “aristocracia terrateniente”. Además, ignoraban que muchos campesinos realzaban sus derechos políticos participando en movimientos insurgentes encabezados por caudillos. Sobre

todo, estos funcionarios no se percataban que las elecciones constituían el principal mecanismo a través del cual redes clientelistas rivales competían por el acceso al poder estatal y el control sobre una gama de recursos públicos.¹⁵ En particular, éste era el caso de las elecciones municipales en el campo, pues dicho proceso determinaba la distribución de cargos políticos clave para el goce de la riqueza y el poder en el mundo rural. Por tanto, el caudillismo aportaba un factor de competitividad a las elecciones. No obstante, los comicios difícilmente merecían el calificativo de “libres y justos”. No sólo eran controlados por caudillos conservadores, sino también con frecuencia excluían a los liberales. En este contexto y a pesar de todas sus limitaciones, la campaña de EE.UU. por promover elecciones limpias representaba una apertura significativa del sistema político del país. De no ser así, ¿por qué un sector tan amplio de la sociedad nicaragüense aceptó públicamente esa campaña? En efecto, recibió el respaldo de terratenientes liberales, comunidades indígenas pertenecientes a las redes clientelistas de los caudillos conservadores, y hasta de activistas sindicales de izquierda. Incluso el radical líder socialista antinorteamericano Apolonio Palacios pidió a grandes voces que las elecciones de 1928 fuesen supervisadas por el ejército de los Estados Unidos: en su opinión, sólo dicha verificación evitaría que los terratenientes conservadores manipularan el crucial voto rural.¹⁶

La principal responsabilidad de garantizar la democratización de Nicaragua recayó en los militares norteamericanos que conformaron las misiones encargadas de dirigir los procesos electorales para escoger al presidente y miembros del congreso en 1928, a los congresistas en 1930, y al presidente y congresistas en 1932.¹⁷ Cada misión electoral consistía de unos 50 oficiales y entre 550 y 900 alistados del ejército, la fuerza naval y del cuerpo de *marines*, que llegaban al país unos cuatro meses antes de los comicios. La mayoría de los oficiales hablaba español y había servido en los gobiernos militares de EE.UU. en otros países de la Cuenca del Caribe y en las Filipinas. En contraste, los reclutas casi nunca habían

estado apostados en el extranjero. Por consiguiente, debían pasar los primeros dos meses asistiendo a una “Escuela Electoral” donde practicaban cómo supervisar las votaciones, y recibían clases de español, así como orientaciones sobre las costumbres locales y la ley electoral nicaragüense.

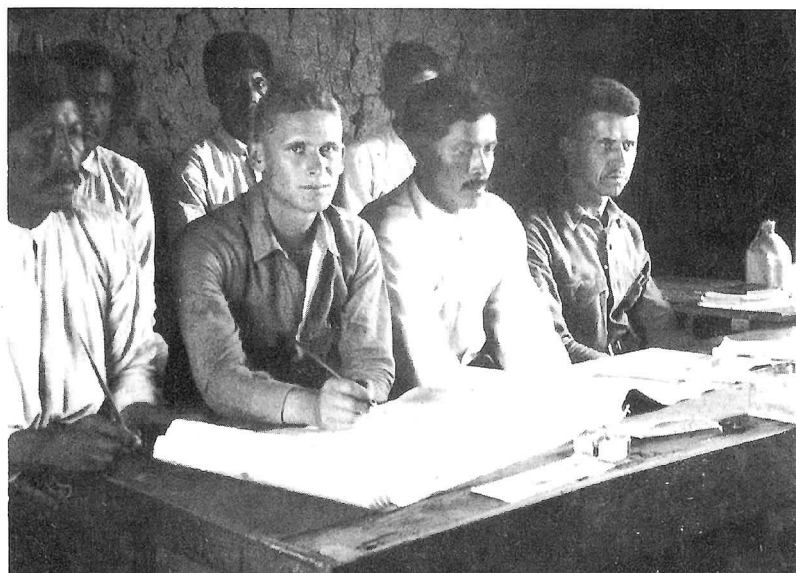


Imagen 16. Mesa directiva de un cantón electoral en el área rural de Nicaragua, 1928.

Cortesía de los Archivos Nacionales de EE.UU.

Las misiones lograron transformar el sistema político nicaragüense con mayor eficacia, gracias a su control sobre las juntas electorales en los niveles nacional, departamental y cantonal. (Véase imagen 16). Cada junta estaba integrada por un delegado conservador y otro liberal. Los oficiales norteamericanos encabezaban la junta nacional y las trece departamentales, mientras que los reclutas presidían las 492 juntas cantonales establecidas para cada centro de votación urbano y rural.¹⁸ En los tres niveles, el director norteamericano ejercía gran autoridad sobre sus colegas nicaragüenses, pues podía

anular sus decisiones. Las juntas supervisaban el proceso de registro de los votantes que duraba cinco días, así como el uso de las boletas el propio día de las elecciones. (Gozaban de derecho al voto los hombres nicaragüenses mayores de veintitún años, o mayores de dieciocho si eran casados o alfabetizados). Sin embargo, tal como recalcó un monitor electoral norteamericano, “la tarea mecánica de conducir una elección era sólo parte del trabajo. Los mayores esfuerzos se dirigían a mantener una atmósfera preelectoral de libertad y equidad para todos los partidos y personas”.¹⁹

En su calidad de presidente de la junta nacional, el jefe de la misión electoral de EE.UU. ejercía amplios poderes, que le otorgaban un rol decisivo en la formación del sistema político nicaragüense. Aparte de controlar todas las juntas electorales, los jefes de misión implementaron reformas clave tal como el establecimiento del voto secreto. Además, arbitraban cualquier conflicto relacionado con el proceso electoral, y presidían sobre el conteo final de los votos. Para disgusto de los principales caudillos nicaragüenses, los jefes de misión también ejercían *de facto* el poder de veto en la nominación de los candidatos para la presidencia de la nación. Por ejemplo, en 1928 el general Frank Ross McCoy impidió la nominación de Emiliano Chamorro como candidato por el Partido Conservador; y en 1932 el almirante Woodward anuló los esfuerzos del presidente José María Moncada por imponer su candidatura en la boleta liberal.²⁰ Más importante aún, los jefes de misión restringieron las contiendas electorales a los liberales y conservadores, proscribiendo la participación de terceros partidos. Esta práctica fue iniciada en 1928 por el general McCoy, a quien le preocupaba la posibilidad de que, si se permitía una mayor apertura, ningún partido alcanzaría el número de votos requerido para ganar las elecciones nacionales. A juicio de los funcionarios norteamericanos, tal escenario era inaceptable pues provocaría inestabilidad política - la situación que más les preocupaba.

Por otra parte, los jefes de misión debilitaron el caudillismo al dismantelar algunas estructuras clientelistas que

consideraban obstáculos para el desarrollo de elecciones más democráticas. Su decisión más severa consistió en suspender de su cargo a miles de alguaciles rurales, porque los percibían como instrumentos políticos de los caudillos.²¹ La misma suerte corrieron los capitanes de cañada, autoridades indígenas capaces de movilizar a miles de miembros de sus comunidades para votar a favor de los caudillos nacionales.²² Asimismo, los jefes de misión dictaron medidas para evitar que los partidos políticos utilizaran recursos públicos para reclutar apoyo electoral. En opinión de los caudillos, la orden más rigurosa que emitieron fue mandar a la Guardia a tomar control de todas las destilerías y depósitos de licor, unos tres meses antes de las elecciones. Como resultado, privaron a los caudillos de un recurso clave para conquistar votos.

Al margen del alto grado de poder de los jefes de misión, los presidentes de las trece juntas departamentales desempeñaron un papel aún más decisivo en la erosión de la autoridad política de los caudillos. Por lo general, estos funcionarios norteamericanos establecían sus oficinas en la cabecera departamental unos cuatro meses antes del día de los comicios. Después de presentarse ante la élite local, la primera tarea de importancia del presidente departamental era inspeccionar todas las mesas electorales rurales ubicadas en su región. Con frecuencia, dichas visitas implicaban largas y arduas jornadas a caballo o a pie hasta zonas muy remotas. En el proceso de reconocimiento del terreno, los presidentes de las juntas departamentales definían los límites entre los cantones electorales, asegurándose de que cada uno tuviese unos quinientos votantes, y que el lugar de las mesas fuese accesible a todos. Más importante aún, los presidentes departamentales procuraban identificar a los “caciques” rurales y sus “secuaces” que pudieran comprometer el desarrollo de comicios limpios, intimidando a los electores o comprando sus votos.²³

Los presidentes departamentales ponían especial empeño en entrevistar a los “pobres del campo”, a quienes consideraban las principales víctimas del caudillismo. Por consiguiente,

un presidente enfatizó que él “con frecuencia se desviaba del itinerario regular y visitaba sitios poco frecuentados a fin de recoger las opiniones de la clase campesina”.²⁴ No obstante, dado que estos funcionarios norteamericanos tenían escaso conocimiento sobre el mundo rural, solían depender de guías nativos para orientarse hasta los caseríos lejanos, y averiguar sobre las complejidades de la política en esas regiones. Como era de esperarse, por lo general escogían como guías a las personas con las que se relacionaban con mayor frecuencia: los terratenientes nicaragüenses educados en EE.UU. que residían en las cabeceras departamentales. Empero, ignoraban que algunos de éstos eran poderosos caudillos. Por ejemplo, en 1928 el presidente de la junta departamental de Granada, coronel Cornelius Smith, inspeccionó las zonas rurales asistido por Francisco Granizo, un conservador de cincuenta y seis años, graduado en Fordham College de Nueva York.²⁵ Smith sabía que Granizo era dueño de varias haciendas ganaderas, pero no logró captar que su guía manejaba con habilidad las prácticas clientelistas para movilizar a los campesinos. En efecto, no supo que durante la guerra civil de 1912, Granizo había contribuido a dirigir el movimiento revolucionario contra la invasión de EE.UU. en esa región. Al igual que el coronel Smith, muchos presidentes departamentales, involuntariamente, terminaron percibiendo buena parte del mundo rural a través de los ojos de los mismos caudillos que pretendían erradicar.

No obstante, con frecuencia los presidentes departamentales lograban superar esta dependencia, e implementaron medidas que debilitaron eficazmente la autoridad de los intermediarios del poder en el mundo rural. Muchos rehusaban aceptar acríticamente la ubicación tradicional de las mesas, comprendiendo que los caudillos acostumbraban controlar el voto rural situando estos centros de votación en sus haciendas.²⁶ En consecuencia, algunos ordenaron trasladar las mesas a las comunidades rurales, donde los caudillos ejercían menos influencia sobre la población local.²⁷ Además,

los presidentes departamentales procuraron evitar que éstos malversaran recursos públicos con fines electorales. Por lo general, dichos abusos implicaban el soborno de votantes mediante la distribución ilegal de recursos estatales, tales como tierras públicas, dinero y licor. Asimismo, las autoridades solían intimidar a los votantes cancelando licencias comerciales, expulsando a los campesinos de tierras estatales, ordenando cobros fiscales injustificados y arrestos arbitrarios, o empleando la violencia física. A fin de frenar dichos abusos, los presidentes departamentales se empeñaron tenazmente en despedir a los funcionarios que consideraban corruptos. Por ejemplo, en 1928 el coronel Smith, presidente departamental de Granada, ordenó la detención de un alcalde rural y sus asistentes, acusados de aprovechar sus cargos para promover sus intereses electorales. Smith sostuvo que el alcalde había “pisoteado las libertades de la gente” y no era más que “un mandamás político ... persiguiendo a los pobres y sirviendo a los ‘grandes’ ”.²⁸

Obviamente, los presidentes departamentales dependían, en gran medida, del esfuerzo de los centenares de soldados del ejército de EE.UU. de menor rango que dirigían las juntas electorales cantonales. De hecho, un presidente admitió que esos jóvenes norteamericanos “eran quienes realmente supervisaban las elecciones; servían en la línea del frente donde existían verdaderas dificultades y peligros”.²⁹ La mayoría de los alistados arribaban a sus cantones rurales unos dos meses antes del día de los comicios, a fin de crear un clima político de “libertad y equidad”. Desde el comienzo, procuraban frenar los abusos de la autoridad pública, vigilando a los funcionarios locales y los eventos políticos. En las regiones donde existían grandes plantaciones, con frecuencia intervenían a favor de trabajadores rurales que habían sido despedidos por razones políticas. Por ejemplo, en 1928 un oficial norteamericano de bajo rango, asignado a la zona rural de Granada, logró impedir que el administrador de un ingenio azucarero perteneciente a Adolfo Benard Vivas,

candidato presidencial por el Partido Conservador, despidiera a los obreros que “se negaban a firmar un compromiso de votar por Benard”.³⁰ A medida que se acercaban las elecciones, los militares que dirigían las juntas cantonales recorrían su territorio para “educar” personalmente a la población rural acerca de los procedimientos para votar, la ubicación de las mesas receptoras, e incluso sobre los propios candidatos.³¹

A juicio de muchos nicaragüenses, los esfuerzos desplegados por el personal militar de EE.UU. para debilitar el control de los caudillos sobre los votantes rurales era especialmente notorio el propio día de los comicios. Siempre se escogía un domingo para realizar estos eventos, y el día arrancaba con un patrullaje en todo el país, empleando unos veinte y cinco aviones y hasta siete mil soldados de infantería, con el fin de impedir que los caudillos y sus acólitos obstaculizaran el proceso de votación. En particular, los militares norteamericanos procuraban garantizar que todos los electores pudieran llegar a salvo hasta las mesas, y que ninguno fuese sobornado con dinero, comida o licor. En los centros electorales, los presidentes norteamericanos de las juntas se esforzaban por garantizar el carácter secreto del voto, mandando a la Guardia a impedir que agentes de los partidos políticos, patronos u otras personas ordenaran a los electores por quien votar. Además, retiraban la propaganda de la campaña de las inmediaciones de las mesas, y se aseguraban que los electores recibieran boletas de todos los partidos contendientes. A fin de prevenir el fraude, los presidentes de cantones verificaban que los electores estuvieran registrados correctamente, y los obligaban a introducir sus dedos en un frasco con tinta. Después del cierre de las mesas, los presidentes de cantones contaban los votos y sellaban las urnas para evitar que algún funcionario local introdujera otras boletas o robara las depositadas. Posteriormente, los soldados norteamericanos transportaban las cajas selladas a Managua por tren, automóviles, carretas, aviones y barcos, de manera que el jefe de la misión electoral pudiera certificar los resultados. (Véase imagen 17).



Imagen 17. Transportando urnas electorales a Managua, 1928.

Cortesía de los Archivos Nacionales de EE.UU.

En 1932, después de supervisar tres elecciones, el gobierno de EE.UU. aseguró que sus esfuerzos por garantizar la estabilidad política de Nicaragua, mediante la promoción de la democracia, constituían un éxito rotundo. De acuerdo al Departamento de Estado, las misiones electorales de EE.UU. habían ayudado a Nicaragua a “sentar las bases de una paz permanente” al garantizar la celebración de elecciones democráticas.³² En particular, los funcionarios norteamericanos se regodeaban afirmando que las elecciones de 1928 dieron lugar al primer cambio pacífico de régimen en la historia del país. Casi el 60 por ciento del electorado votó por la boleta liberal encabezada por José María Moncada, el ex dirigente militar de los insurgentes en la guerra civil de 1926-27, de cincuenta y siete años de edad. Su triunfo era muy significativo, pues puso fin a los dieciocho años de gobiernos conservadores auspiciados por EE.UU., y permitió que un partido proscrito durante mucho tiempo por el gobierno norteamericano llegase al poder. Asimismo, dichos funcionarios destacaban cómo las

misiones electorales habían promovido la democratización de Nicaragua, en términos más amplios, asestando un golpe mortal al caudillismo.³³ A juicio de muchos miembros de la misión, la mejor prueba del éxito de su campaña contra los caudillos era la incapacidad de la “aristocracia terrateniente” de ganar elecciones limpias en sus bastiones rurales. La derrota más famosa ocurrió en 1930, cuando el conservador Pedro Joaquín Chamorro Zelaya – editor de *La Prensa* – pasó a ser el primer miembro del clan más importante de Nicaragua en perder una elección en el área rural de Granada. En opinión de los oficiales electorales de EE.UU., la humillante derrota de Chamorro ilustraba la eficacia de su campaña democratizadora, dirigida a liberar a los electores rurales del yugo feudalista de los poderosos oligarcas.³⁴

Por supuesto, el esfuerzo del ejército norteamericano por democratizar a Nicaragua no constituyó un rotundo éxito, tal como se afirmaba en Washington. Incluso en 1932, el personal de la misión electoral de EE.UU. admitió confidencialmente que había enfrentado “considerable dificultad”, procurando evitar que los funcionarios públicos cometieran fraude.³⁵ Tampoco lograron erradicar la costumbre de los terratenientes de ordenar a sus trabajadores por quien debían votar. Asimismo, muchos lamentaban no haber podido impedir que los dirigentes nacionales de los partidos liberal y conservador impusieran candidatos al congreso en contra de la voluntad de sus bases locales. Más aún, el personal electoral de EE.UU. deploraba que su gobierno hubiera permitido al presidente Moncada (1929-32) utilizar la guerra contra el ejército de Sandino como un pretexto para destituir a funcionarios municipales electos, y reemplazarlos con sus amiguetes en los cinco departamentos del centro y norte del país. Tal como se quejó, en privado, un oficial norteamericano: “Es inútil hablar de ... libertad política, elecciones limpias e imparciales, y emplear otras frases altisonantes relacionadas con libertades políticas mientras un gran porcentaje del pueblo está siendo privado de su derecho constitucional básico al autogobierno local en sus municipalidades”.³⁶ Pero

quizá el aspecto más relevante sea que EE.UU. proscribiera, *de facto*, a contendientes electorales de terceros partidos, tal como el Partido Autonomista que simpatizaba con Sandino, pues coartó de manera significativa la apertura democrática de Nicaragua. En efecto, el ejército de EE.UU. arrestó y deportó a los principales dirigentes Autonomistas, y censuró el periódico *La Tribuna*, portavoz extraoficial de dicha organización política.

Pese a sus evidentes limitaciones, la supervisión electoral de EE.UU. promovió la democratización del país en varios aspectos relevantes. Tal como reconocieron algunos funcionarios, tanto del partido liberal como conservador, los comicios del período 1928-32 se destacaron por la ausencia de coacción descarada, sobornos y fraudes que habían caracterizado las campañas anteriores. Por primera vez en la historia de Nicaragua, la oposición política confiaba en que las fuerzas militares y policiales del país permanecerían neutrales. La población rural, en particular, pudo apreciar cómo la supervisión electoral de EE.UU. debilitó la capacidad de los caudillos de imponer su voluntad en el resultado de las votaciones. Por ejemplo, en un volante escrito por agricultores liberales de la zona rural de Estelí se destacaba que “el fraude y todas las miles de otras estrategias empleadas por los ‘caciques’ políticos para burlarse de la voluntad del pueblo ya no existen más”.³⁷ Por otra parte, pese a la proscripción *de facto* de terceros partidos, los votantes podían escoger entre dos partidos con base popular de distintas ideologías; por tanto, la victoria de la oposición liberal en las elecciones de 1928 efectivamente produjo un cambio de régimen significativo. Finalmente, la participación en las elecciones supervigiladas por EE.UU. fue sumamente alta, aunque el voto no era obligatorio y las fuerzas sandinistas hicieron un llamado a boicotear los comicios. De hecho, el porcentaje de la población nicaragüense (alrededor del 20 por ciento) que participó en las elecciones de 1928 y 1932 fue superior al de todas las elecciones presidenciales celebradas en América Latina hasta esa fecha.³⁸ Por consiguiente, la evidencia histórica sugiere que las elecciones

supervigiladas por EE.UU. en Nicaragua no eran simples charadas.³⁹ Aunque de manera tentativa, promovieron la equidad política, la participación, la transparencia y el debate – resultados que los cientistas políticos consideran clave para la creación de una forma de gobierno democrática.⁴⁰

Sin embargo, la apertura democrática auspiciada por EE.UU. conllevó un enorme costo para Nicaragua. Ciertamente, en 1928 los principales dirigentes políticos liberales de este país elogiaron a EE.UU., considerando que finalmente se comportaba a la altura de su reputación como el estado más democrático del mundo. Demostrando su agradecimiento, los liberales dieron la bienvenida al presidente electo Herbert Hoover cuando tocó puerto en Corinto poco después de los comicios de 1928, presentándole a una joven vestida como la Estatua de la Libertad norteamericana.⁴¹ No obstante, con el tiempo más y más nicaragüenses se sentían ofendidos por la supervisión electoral de los Estados Unidos. Dicha verificación no sólo insinuaba su incapacidad de promover un gobierno democrático por sí mismos, sino también intensificaba el control del ejército norteamericano sobre su país. Como ejemplo típico de esta ambivalencia, un oficial de EE.UU. informó en 1930 que un farmacéutico liberal del área rural de Masaya podía ser un “buen amigo de la Misión Electoral” y prestar activo apoyo a sus esfuerzos democratizadores, pero se sentía “humillado” por la forma en que el ejército norteamericano “controlaba” a su país.⁴² Y, en verdad, los nicaragüenses pagaron muy caro por la campaña democratizadora del ejército de EE.UU., pues militarizó a su país de una manera sin precedentes.

Antes que nada, la campaña afianzó el control militar sobre las elecciones; pero además permitió que el personal del ejército se convirtiera en el árbitro clave de los conflictos sociales. Este fenómeno era especialmente notorio en el mundo rural, donde los miembros de las misiones electorales de EE.UU. intercedían en una amplia gama de disputas, sea entre distintas comunidades o a lo interno de las mismas, o entre redes de caudillos rivales, hacendados o campesinos.⁴³

Los propios miembros de las misiones observaban que en las áreas remotas donde “la gente tiene una idea muy vaga y confusa del gobierno”, ellos eran vistos no sólo como supervisores electorales sino como “mediadores en general”.⁴⁴ No obstante, la estadía de las misiones electorales en Nicaragua, que usualmente duraba unos seis meses, era demasiado breve como para que éstas pudieran realmente insertarse en la sociedad local. Por tanto, la Guardia Nacional constituyó el principal instrumento del ejército de EE.UU. para penetrar hasta lo profundo del mundo rural nicaragüense.

Militarización

El ejército de los Estados Unidos fundó a la Guardia Nacional en mayo de 1927, inmediatamente después de obligar a los insurgentes liberales y a los gobernantes conservadores a deponer las armas. Además de restaurar la estabilidad en este país desgarrado por conflictos bélicos, la función de la Guardia era ayudar a EE.UU. a asegurar un orden más democrático, erradicando el caudillismo rural. Y, en aras de promover la democracia, la Guardia se transformó en una poderosa fuerza política en el campo.

A raíz de su fundación, la Guardia dirigida por EE.UU. asumió otra tarea imprevista que aceleró la militarización de Nicaragua: la lucha contra la guerrilla de Sandino. Como resultado de este conflicto, que se prolongó desde 1927 hasta 1933, la Guardia se convirtió en una institución estatal mucho más grande y costosa de lo contemplado en el plan original. En un inicio, se le concibió como una fuerza de seiscientos hombres, pero las filas de la Guardia crecieron hasta que llegó a contar con más de trescientos oficiales y veintitrés mil soldados.⁴⁵ Además, muy pronto su presupuesto llegó a absorber alrededor del 25 por ciento del total de los gastos del gobierno nicaragüense, y no el 10 por ciento previsto al comienzo. Como resultado de la guerra, el presupuesto

militar de Nicaragua fue el único en Centroamérica que no disminuyó cuando sobrevino la Gran Depresión en 1929. Gracias a sus abundantes fondos, la Guardia se convirtió en una moderna organización militar con soldados bien pagados, adiestrados y equipados.⁴⁶ Más relevante aún, poseía los recursos y la autonomía necesarios para transformarse en la institución más sólida de Nicaragua. Por otra parte, el proceso de militarización no se limitó al aparato estatal, pues la Guardia también se desarrolló como una fuerza considerable en la sociedad rural.

Al inicio, el creciente dominio de la Guardia sobre el mundo rural fue más notorio en las Segovias, la principal región afectada por la rebelión de Sandino. En esta zona de abruptas montañas, que abarca los departamentos septentrionales de Nueva Segovia, Estelí, Jinotega y Matagalpa, habitaba alrededor del 10 por ciento de la población nicaragüense. Durante seis años, más de mil soldados de la Guardia lucharon contra una fuerza de entre mil y dos mil guerrilleros, sembrando el terror entre los presuntos simpatizantes de Sandino.⁴⁷ La Guardia contaba con el apoyo de un escuadrón de veinticuatro aviones de EE.UU. y, hasta 1930, de una fuerza de combate de unos cinco mil *Marines*. La cruenta guerra librada en las Segovias atrajo la atención mundial desde el comienzo. Menos conocida pero igualmente feroz fue la campaña extramilitar desarrollada por la Guardia en dicha región fronteriza.⁴⁸ La Guardia creó una densa red de control social desplegando espías, informantes, unidades paramilitares, y otras formas de vigilancia más modernas, tal como el primer sistema de radio en Nicaragua. Asimismo, la Guardia llevó a cabo proyectos cívicos dirigidos a ganarse el apoyo político del pueblo. Dichos proyectos contemplaban desde la construcción de caminos y escuelas rurales hasta el suministro de servicios médicos gratuitos, incluyendo la aplicación de vacunas contra la viruela. (Véase imagen 18). Cuando sobrevino la Gran Depresión en 1929, la Guardia empezó a distribuir alimentos a la población rural, y hasta empleaba aviones para

transportarlos a áreas sumamente remotas. Finalmente, la Guardia auspiciaba diversas actividades de entretenimiento, tales como bailes de sociedad, festivales, cine y juegos de béisbol.⁴⁹ Como resultado de esta amplia campaña de contra-insurgencia, la Guardia se transformó en una poderosa fuerza política en las Segovias.



Imagen 18. Miembros del ejército norteamericano distribuyendo leche y vacunas contra la viruela, 1931.

Cortesía de los Archivos Nacionales de EE.UU.

La militarización de la sociedad rural en el resto de Nicaragua fue, sobre todo, una consecuencia de los esfuerzos de la Guardia por dismantelar las estructuras del caudillismo. A juicio de su jefatura, esta misión original era tan importante que incluso en el momento más álgido de la guerra (mediados de 1932) alrededor de mil guardias nacionales permanecieron emplazados fuera de la zona de guerra, y no tan sólo un puñado de éstos como frecuentemente se ha sostenido.⁵⁰ Aunque

había un mayor número de Guardias en los pueblos que en las aldeas rurales, las tropas ubicadas en los centros urbanos recorrían el campo todo el tiempo. (Véase imagen 19). Asimismo, las patrullas rurales aumentaban considerablemente en los años de elecciones, pues los soldados tenían la responsabilidad de proteger a los supervisores norteamericanos y dar seguimiento a las actividades políticas. Por tanto, en aras de promover la democracia, la Guardia se involucró intensamente en la tarea de vigilar a los pobladores rurales de Nicaragua que vivían fuera de las zonas de guerra. Al igual que en las Segovias, este ejército dirigido por EE.UU. llevaba a cabo proyectos cívicos y organizaba actividades de entretenimiento que reforzaron sus lazos clientelistas con el campesinado. Algunos oficiales de EE.UU. incluso crearon grupos de *Boy Scouts* (Asociación de Niños Exploradores), a fin de inculcar un “espíritu democrático y emprendedor” entre los jóvenes.⁵¹ Además, muchos colaboraban con los misioneros protestantes norteamericanos que se hallaban empeñados en extender su labor en las áreas rurales.



Imagen 19. Una típica Compañía de Infantería de la Guardia Nacional, 1931.

Cortesía de los Archivos Nacionales de EE.UU.

Empero, el cambio de mayor impacto para la población rural consistió en que la Guardia asumió las funciones policiales y judiciales tradicionalmente desempeñadas por las autoridades locales; entre éstas, los temidos alguaciles rurales (*jueces de mesta*) y sus asistentes (*jefes de cantón*), los agentes rurales encargados de controlar el contrabando (*inspectores de hacienda*), y los policías. En ocasiones, los oficiales norteamericanos que dirigían este cuerpo militar incluso echaban de sus cargos a los alcaldes rurales que consideraban corruptos. La Guardia llegó a controlar el gobierno local a tal grado que en algunos departamentos la principal autoridad civil – el *jefe político* – aparentemente era visto como un “monigote”.⁵² La Guardia emergió como el principal vínculo entre el campesinado y el estado precisamente porque los oficiales norteamericanos veían a las autoridades rurales como un eslabón indispensable dentro del sistema que intentaban destruir: el caudillismo.

Al desplazar a los caudillos, la Guardia también se convirtió en un canal clave a través del cual los pobres del campo podían ejercer presión en sus reclamos contra la élite terrateniente. Sin duda, algunos hacendados deseaban que sus trabajadores percibieran a esta fuerza militar dirigida por EE.UU. como un instrumento de los ricos.⁵³ Y los oficiales norteamericanos de la Guardia reforzaban dicha creencia haciendo vida social en los clubes de la élite. No obstante, al igual que sus homólogos en el resto de la Cuenca del Caribe, muchos de éstos detestaban a las élites nativas, por considerar que explotaban a los pobres en forma desalmada.⁵⁴ Tal como expresó el jefe norteamericano del Estado Mayor de la Guardia: “La riqueza [de Nicaragua] se halla concentrada en manos de los aristocraticos [sic], quienes han sumido a la clase más pobre a una situación de esclavitud económica”. Por esta razón, afirmó: “encontramos en Nicaragua un gobierno oligárquico haciéndose pasar como una República”.⁵⁵ Como resultado, los oficiales norteamericanos de la Guardia a veces sometían a miembros de las élites locales a humillantes arrestos por ofensas nimias. Por ejemplo, en Granada el

comandante de la Guardia acosaba e insultaba a los notables locales con tanta frecuencia que llegó a ser conocido entre la élite como el “azote” de su ciudad.⁵⁶ Más importante aún, algunos oficiales norteamericanos de la Guardia apoyaban la movilización popular en contra de las élites locales. Uno de los primeros casos sucedió en julio de 1927, cuando el comandante departamental de Chontales intentó ayudar a los indígenas a recuperar tierras que hacendados ajenos a su comunidad les habían usurpadas.⁵⁷ Otros hechos similares ocurrieron en la Costa Atlántica.⁵⁸ Con el tiempo, estos oficiales incluso se atrevieron a azuzar a trabajadores nicaragüenses en contra de sus patrones norteamericanos. De acuerdo a un ciudadano de EE.UU., dueño de una mina en Nicaragua, los oficiales norteamericanos de la Guardia eran “una fuente de ... constantes problemas, incitando a los trabajadores con sus ideas, y permitiendo ... desórdenes a su antojo”.⁵⁹

Los militares nicaragüenses también contribuyeron a forjar una opinión despectiva sobre los sectores privilegiados, que compartían los miembros de la Guardia. Este hecho no es de extrañar, pues la gran mayoría de los soldados rasos era de extracción popular y, según los periódicos locales, se hallaban empeñados en socavar la autoridad de la élite. Tal como expresó el diario de la oligarquía conservadora de Granada, la Guardia estaba integrada por “lo más punible de la sociedad”, y difícilmente podría cumplir los “altos deberes de defensa social”.⁶⁰ A raíz de la inauguración de la Academia Militar en Managua en 1930, la composición de la Guardia cambió notablemente, pues motivó a unos 120 nicaragüenses de los sectores acomodados a alistarse como oficiales subalternos. Sin embargo, estos jóvenes oficiales tendieron a adoptar la identidad antielitista de la institución. Incluso aquellos que pertenecían a prominentes familias acaudaladas, como los Cuadra de Granada, asumieron una perspectiva populista.⁶¹

¿Por qué razón estos oficiales nicaragüenses adoptaron una visión antielitista? Sin duda, asimilaron muchas de estas ideas de sus superiores norteamericanos durante el entrenamiento y las prácticas militares, pero las reformularon

socializando entre ellos. A diferencia de los soldados nicaragüenses en el pasado, las tropas de la Guardia tenían sus propios clubes, equipos deportivos, y una revista. Estos hombres forjaron una identidad corporativa tan particular que, hacia fines de la ocupación de los EE.UU., a las élites les preocupaba menos su composición “deshonorable” (es decir, la procedencia popular de la mayoría de sus miembros) que su evolución en una poderosa “casta militar”. O, tal como deploró un oligarca conservador, el “error básico en la institución de la Guardia consiste en que somete a los jóvenes a contratos vinculantes por varios años, durante los cuales la rutina diaria de la vida en el campamento, el entrenamiento y las campañas, crean ... un espíritu de solidaridad grupal y una perspectiva restringida”. Y concluyó: “(...) un estado dentro de un estado siempre estará divorciado de la sociedad civil y será una amenaza a la libertad pública”.⁶²

La transformación de la Guardia en la institución estatal más poderosa y cohesionada era obviamente un espada de doble filo. Muchos nicaragüenses – y no sólo los ricos – reconocían que la Guardia les ofrecía mayor seguridad, sobre todo en el campo.⁶³ Numerosos pobladores rurales agradecían las mejoras públicas y los servicios sociales clave que ésta ofrecía. Por otro lado, esta fuerza militar representaba una grave amenaza a la “libertad pública”. Empero, el peligro no radicaba en el “divorcio” entre la Guardia y la sociedad, tal como se creía con frecuencia.⁶⁴ Al contrario, la amenaza era resultado de la manera profunda en que la Guardia llegó a insertarse en la sociedad local, en el contexto de la embestida de EE.UU. contra el caudillismo. Los esfuerzos de la Guardia por desarticular sus poderosas redes clientelistas recibieron el apoyo de muchos campesinos, indígenas y trabajadores rurales. No obstante, dicha arremetida también perjudicó a numerosos nicaragüenses pobres, tales como los miembros de la Comunidad Indígena de Matagalpa, quienes sufrieron palpablemente cuando la Guardia dismanteló la red encabezada por Emiliano Chamorro.⁶⁵

Hacia fines de la ocupación, la campaña democratizadora de EE.UU. había reducido significativamente la capacidad de las clases más pobres de explotar la competencia tradicional entre las redes de caudillos rivales. Como resultado, la población rural pasó a depender cada vez más de un sólo patrón: la Guardia Nacional. Y, aunque dicha institución militar canalizaba las demandas y aspiraciones populares, su meta central era controlar, no movilizar, al campesinado. Asimismo, el ascenso de la Guardia amedrentaba a los hacendados, pues su riqueza y poder descansaba, en gran medida, en los hombros de los acosados caudillos. No es de extrañar, pues, que el empeño de EE.UU. por promover elecciones limpias y destruir el caudillismo contribuyera a empujar a algunos miembros de la élite terrateniente de mayor raigambre a adoptar las nuevas corrientes ideológicas que propugnaban sistemas autoritarios de gobierno.

Adoptando el Corporativismo Autoritario

Los funcionarios norteamericanos apenas mostraron sorpresa cuando su campaña democratizadora motivó a los nicaragüenses de clase alta a desarrollar nuevas ideas sobre las relaciones entre el estado y la sociedad. De hecho, muchos comentaron con satisfacción que este giro ideológico se observaba, sobre todo, entre el grupo social más perjudicado por la embestida del ejército de EE.UU. contra el caudillismo: los oligarcas conservadores. Además, el jefe de la misión electoral de 1932, el almirante Woodward, reportó que un número creciente de conservadores “inconformistas” se estaba rebelando contra “los esfuerzos de los caudillos por retener un fuerte control sobre los votantes y ... las actividades del partido”.⁶⁶

El grupo de “inconformistas” surgió a raíz de que las elecciones de noviembre de 1928, supervisadas por EE.UU., pusieran fin a dieciocho años de gobierno conservador. Ante la súbita pérdida del poder, cundió el pesimismo entre las filas del Partido Conservador, pero otros aprovecharon el momento

para romper con el tradicional sistema del caudillismo. Por ejemplo, dos días después de las elecciones de 1928, el hijo de un expresidente invitó al sobrino-nieto de otro presidente, a sumarse a los oligarcas conservadores que, como él, deseaban liberar al país del caudillismo. A fin de convencerlo, argumentó que “el caudillaje, como sistema político, nos ha llevado al más trascendental de los fracasos”. Asimismo, enfatizó que este “triste y funesto legado de una época aciaga ... [ha] puesto en peligro la vida de nuestra nacionalidad y causado el retroceso moral y material de la República”.⁶⁷ Los funcionarios norteamericanos celebraron el surgimiento de opiniones contrarias al caudillismo. Sin embargo, al final los conservadores “inconformistas” rechazaron la campaña democratizadora de EE.UU., a pesar de que provenían del sector más americanizado de la élite. En cambio, desarrollaron nuevas nociones políticas semifascistas, que ofrecían un vívido contraste con las ideas norteamericanas de la democracia.

Los más destacados oligarcas conservadores “inconformistas” eran los *vanguardistas*, que vivían en Granada. Éstos aún gozan de gran fama internacional, en particular debido a las obras literarias de José Coronel Urtecho (1906–94) y Pablo Antonio Cuadra Cardenal (1912–2002). Al valorar su trascendencia, los académicos han enfocado la atención en las diversas maneras en que los vanguardistas desafiaron la cultura y las convenciones burguesas, y promovieron un imaginario nacional antinorteamericano que ensalzaba los valores “tradicionales” de la sociedad rural.⁶⁸ Al margen del carácter revolucionario de sus expresiones estéticas, el proyecto cultural de los vanguardistas no era tan novedoso como sostenían. Tanto su arremetida contra la americanización de Nicaragua, como su mitificación del hacendado ganadero, reflejaban el “espíritu antiburgués” que los Caballeros Católicos venían proponiendo desde fines de la Primera Guerra Mundial. En cambio, los vanguardistas eran más revolucionarios en el ámbito de las ideas políticas, pues desarrollaron nuevos modelos sobre las relaciones entre el estado y la sociedad, de carácter más autoritario.

Los vanguardistas no eran los únicos conservadores “inconformistas” empeñados en promover una transformación radical del sistema político vigente. En efecto, recibieron el apoyo de muchos otros Caballeros Católicos. Entre los más célebres de éstos figuraban el senador Carlos Cuadra Pasos (padre de Pablo Antonio Cuadra); Pedro Joaquín Chamorro Zelaya y su colega editor de *La Prensa*, Adolfo Ortega Díaz (sobrino del presidente Adolfo Díaz); Pedro Joaquín Cuadra Chamorro, editor de *El Diario Nicaragüense* (y sobrino de Carlos Cuadra Pasos); el influyente ideólogo y político conservador Diego Manuel Chamorro Bolaños (hijo del presidente Diego Manuel Chamorro, fallecido en 1923); Gabry Rivas, editor de *La Nueva Prensa*; y el renombrado poeta Azarías Pallais, un sacerdote católico de León, a quien algunos académicos identifican como precursor de la teología de la liberación.⁶⁹ Además de gozar del respaldo de dichas personalidades, los vanguardistas recibieron apoyo de numerosos Caballeros Católicos conservadores, acaudalados, y con buenas conexiones políticas, tales como Dionisio Cuadra Benard y Salvador Cardenal Argüello, sobrino e hijo de los candidatos conservadores a la presidencia y vicepresidencia en 1928, respectivamente.

Aunque los “inconformistas” conservadores coincidían con los funcionarios norteamericanos en cuanto a su desprecio por el caudillismo, consideraban que la democracia era la raíz más profunda de los problemas de Nicaragua, y no su panacea. Como verdaderos Caballeros Católicos, denunciaban cómo la “democratización de los placeres” fomentaba la “disolución” de la sociedad nicaragüense.⁷⁰ Pero ante todo, este sector de la élite conservadora sostenía que la democracia política y, en particular, la competencia electoral, generaban divisiones internas en el organismo político nacional, y éstas representaban una grave amenaza a la soberanía nicaragüense. Por consiguiente, José Coronel Urtecho afirmó: “la historia de nuestra vida independiente tan mezquina, tan triste, tan ciega, es la historia de la epidemia democrática, con su cortejo de guerras civiles, y de invasiones extranjeras”.⁷¹

La difusión del reciente rechazo a la democracia liberal entre las élites fue especialmente notoria en una encuesta llevada a cabo por los vanguardistas en 1932, a través de las páginas del periódico granadino *El Correo*.⁷² Las predecibles respuestas de virulentos antidemocráticos como José Coronel Urtecho probablemente no tomaron a los nicaragüenses por sorpresa. En cambio, la encuesta de 1932 fue muy polémica, pues reveló que la perspectiva autoritaria de los vanguardistas era compartida por facciones de la élite muy respetadas y supuestamente apolíticas en toda Nicaragua. Considérese el caso de Modesto Espinoza, un comerciante, empresario y terrateniente leonés de treinta y un años de edad. Según funcionarios norteamericanos, Espinoza era “generalmente mirado con gran respeto por sus conciudadanos debido a su preocupación por el bienestar público, su imparcialidad, y [porque] no era un hombre dado a los antagonismos partidarios mezquinos”.⁷³ En realidad, el perfil de sus actividades políticas era tan bajo que el personal electoral norteamericano confundió a este conservador por un liberal. De haber leído su respuesta a la encuesta sin duda se habrían escandalizado, pues con gran vehemencia este empresario pedía la instauración de una forma de gobierno autoritaria. Espinoza tenía plena conciencia de que sus argumentos desatarían una fuerte controversia. “Si yo le dijese”, escribió, “que sería muy aceptable una dictadura sostenida por intelectuales, agricultores y artesanos, de seguro que se me calificaría de volshevique [sic]”.⁷⁴ Al igual que muchos otros nicaragüenses de clase alta, Espinoza había llegado a la conclusión de que sólo una dictadura podría salvar al país.

La reivindicación de una forma de gobierno autoritario constituyó el paso más radical de los conservadores de la élite en reacción al empeño de EE.UU. por democratizar Nicaragua. El rechazo al mando dictatorial era un principio tradicional clave que unía a los conservadores. Por tanto, desecharlo implicaba graves riesgos políticos para el Partido Conservador, que no todos los “inconformistas” estaban dispuestos a correr. Uno de éstos era Pedro Joaquín Cuadra Chamorro, el

influyente editor de *El Diario Nicaragüense*. Aunque rechazaba la democracia liberal, Cuadra sostenía que las dictaduras eran, en esencia, un producto del liberalismo, y sólo engendrarían más revoluciones e intervenciones extranjeras.⁷⁵ Paradójicamente, dichas consecuencias eran, justamente, las que los vanguardistas y sus partidarios conservadores, esperaban prevenir por la vía de un gobierno dictatorial. Al igual que Cuadra, consideraban que la forma más idónea de gobierno era un régimen oligárquico, pero también argumentaban que la creciente intervención de EE.UU. en Nicaragua exigía una ruptura radical con el pasado. A su juicio, sólo una dictadura podría detener el círculo vicioso de intervenciones extranjeras que había convertido a Nicaragua en “la vergüenza de todo el continente”.⁷⁶ Este impulso antiimperialista – aunado, por supuesto, al temor por la erosión de su poder – llevó a los oligarcas conservadores a pensar que la “dictadura es el régimen natural de [la] Nicaragua independiente”.⁷⁷

Empero, ¿qué tipo de dictadura tenían en mente los conservadores “inconformistas”? Sin duda su proyecto autoritario tenía un saborcillo a fascismo, como después dirían los funcionarios norteamericanos. No obstante, la principal fuente de inspiración de estos conservadores de clase alta no era tanto la Italia fascista ni la Alemania nazi, sino las dictaduras corporativistas como la de Primo de Rivera en España (1923–30), Salazar en Portugal (1932–68), y Dollfuss en Austria (1932–34), así como los movimientos basados en el catolicismo, como la Acción Francesa y los Nacionalistas de Argentina.⁷⁸ En gran medida, los oligarcas conservadores nicaragüenses adoptaron de buena gana el corporativismo autoritario católico porque sus principios para la organización de las relaciones entre el estado y la sociedad coincidían estrechamente con los que sustentaban su propia visión antimoderna de la nación y la sociedad. No sólo ensalzaban la perspectiva orgánica de una sociedad dotada de un orden jerárquico, armonioso y moralmente correcto, propia de las corrientes más recientes del corporativismo autoritario, sino también retomaban el reformismo social y tendencia

anticapitalista del corporativismo católico.⁷⁹ Más aún, la práctica de los regímenes corporativistas católicos de valerse del estado para alcanzar objetivos morales resultaba atractiva a los ojos de los conservadores nicaragüenses, pues estaban empeñados en desarrollar una cruzada educativa para combatir las ideas de modernidad irradiadas desde los Estados Unidos. Y, preocupados por la erosión de su poder económico provocada por la diplomacia del dólar, adoptaron la idea de los corporativistas de que el estado, y no el libre mercado, debía regular la economía.

Por lo general, la élite conservadora visualizaba dos caminos distintos para instaurar el corporativismo autoritario en Nicaragua: uno dentro y otro fuera de las estructuras políticas vigentes. El primer modelo era impulsado, sobre todo, por prominentes conservadores de sólida posición política, como Carlos Cuadra Pasos. Este antiguo defensor de la democracia liberal empezó a propugnar el corporativismo católico en público a inicios de la década de 1930. Su simpatía por esta corriente ideológica fue muy evidente en un importante discurso que dirigió a los estudiantes de leyes de la Universidad de Granada en enero de 1932. Rompiendo con la tradicional posición conservadora a favor de un régimen de *laissez-faire*, este eminente Caballero Católico abogó por un estado fuerte e intervencionista, que habría de poner fin a “cien años de discordias políticas”.⁸⁰ Cuadra Pasos exteriorizó su visión corporativista con mayor firmeza en sus opiniones sobre la organización del gobierno municipal; no por mera coincidencia, éste se había convertido en el foco de los esfuerzos democratizadores de EE.UU. después de 1927. Al igual que los corporativistas católicos de otros países, Cuadra idealizaba las formas preliberales de organización comunal, aunque admitía que el gobierno republicano imposibilitaba un retorno al antiguo régimen. No obstante, abogaba por un regreso parcial a la tradición apolítica corporativista del ayuntamiento colonial, demandando eliminar el control de los partidos liberal y conservador sobre los gobiernos municipales. De acuerdo a su criterio, los miembros del ayuntamiento debían representar

a los cuatro gremios ocupacionales principales de la sociedad: comerciantes, agricultores, artesanos y profesionales o intelectuales. Esta propuesta de estructura municipal, basada en la representación funcional, reflejaba aspectos clave de la misma institución establecida por la dictadura de Primo de Rivera en España.⁸¹

Mientras Cuadra Pasos proponía una visión evolucionaria de un gobierno corporativista, principalmente enfocada en la municipalidad, muchos conservadores “inconformistas” buscaban algo totalmente opuesto – la instauración revolucionaria de un régimen corporativista más centralizado, construido sobre las ruinas de los partidos tradicionales. El principal defensor de este tipo de régimen era el vanguardista Luis Alberto Cabrales (1901–1974), sobrino del prominente político conservador y Caballero Católico Toribio Tijerino. Mientras cursaba estudios en Francia entre 1922 y 1924, Cabrales se convirtió en ferviente admirador del nacionalista reaccionario Charles Maurras, líder de la organización procatólica Action Française. Al igual que Maurras, Cabrales era un acérrimo antiliberal y repudiaba el régimen representativo electoral, calificándolo de una “democracia engendradora de caudillos y engañadora de pueblos”.⁸² Empero, mientras el realista militante Maurras abogaba por un gobierno encabezado por un dictador, preferiblemente un monarca, Cabrales visualizaba un sistema corporativista basado en el dominio de una sola organización política. Esta entidad – el Partido Trabajador Nacionalista – debía unir a todos los “productores” del país, esto es, no sólo a los obreros y campesinos sino también a los intelectuales, profesionales, agricultores, industriales y empresarios. Su objetivo central estaba formulado de manera ambigua: “destruir a los viejos partidos desalojando de los puestos del Estado a todos los parásitos”. En la polarizada visión del mundo de Cabrales, los “parásitos” eran sobre todo “los políticos de oficio, los burócratas, los usureros, [y] los acaparadores de granos”. En suma, Cabrales defendía un corporativismo autoritario que, por sus rasgos totalitarios, tendía hacia el fascismo.

Pese a sus diferencias, ambas propuestas – moderada y radical – para instaurar un régimen autoritario convergían en varios aspectos significativos. Coincidían en culpar al capitalismo y a la democracia liberal de promover la lucha de clases, en vez de la armonía entre éstas. Por muy excluyente que fuese la visión política tradicional de los conservadores, nunca antes este sector de la élite había aceptado una forma de gobierno autoritaria con tanta convicción. Además, su llamado a favor de una mayor intervención estatal en las esferas económica y social representaba un significativo alejamiento de su posición anterior en defensa de un régimen de *laissez-faire*. La ruptura más drástica con respecto a la tradición política, emprendida tanto por radicales como moderados, fue su defensa de un sistema de gobierno en el cual el acceso al poder debía regularse – no por criterios de origen social o riqueza, como lo había sido en el pasado – sino por la pertenencia a gremios ocupacionales. Al abogar por la representación funcional, coincidían en que los gremios debían agrupar a los productores del campo y la ciudad, así como a los profesionales. Empero, si personas relativamente moderadas como Cuadra Pasos visualizaban a los gremios como espacios en los cuales la fuerza de trabajo y el capital se hallasen más integrados orgánicamente, Cabrales y otros corporativistas radicales tendían a resaltar las diferencias de clases. Este matiz era especialmente notorio en la idea de Cabrales de un gremio que agrupase a los sectores populares urbanos y rurales (obreros y campesinos), independiente de los gremios de grandes productores rurales y urbanos (agricultores e industriales/empresarios, respectivamente). En contraste, Cuadra Pasos ubicaba a los sectores populares en gremios separados, en los cuales los “campesinos” ocupaban una posición subordinada a los “agricultores”, y los “obreros” a los “artesanos” (un gremio dominado por industriales/empresarios).

En la práctica, la definición de esos términos ocupacionales era muy problemática, pues las relaciones e identidades sociales eran bastante flexibles y maleables. Muchos nicaragüenses de clase alta eran terratenientes, empresarios urbanos

y comerciantes a la vez. Además, la gente de esa época definía las categorías de “campesino”, “artesano” y “obrero” de distintas maneras, con frecuencia contradictorias entre sí. Por otra parte, la división entre clases trabajadoras urbanas y rurales era muy ambigua, pues muchos jornaleros de pueblos y ciudades emigraban al campo durante la lucrativa cosecha de café; al mismo tiempo, los campesinos de los alrededores de las ciudades con frecuencia complementaban la producción para la subsistencia con el trabajo asalariado. Este panorama social fluido representaba un serio obstáculo para los esfuerzos de la élite conservadora por promover un proyecto autoritario basado en el catolicismo.

Hablando en Nombre del “Pueblo”

A raíz de su caída del poder en 1928, los corporativistas conservadores desarrollaron grandes esfuerzos por conquistar la simpatía de las masas. Colocaron especial empeño en ganar las elecciones supervigiladas por EE.UU. a celebrarse en noviembre de 1932. A pesar de sus ideales antidemocráticos, los corporativistas conservadores sabían que, mientras Nicaragua permaneciera bajo el control de los Estados Unidos, las elecciones representaban el único camino viable hacia el poder político.⁸³ Y, puesto que la campaña norteamericana contra el caudillismo había socavado seriamente su capacidad de movilizar a la población rural por los medios tradicionales, los oligarcas conservadores enfocaron su atención en los sectores urbanos y en las formas corporativas de movilización política. Asimismo, cortejaban a la población urbana porque ésta se hallaba bien organizada. En efecto, posiblemente no existía una mejor forma de incorporar a los sectores urbanos a un régimen corporativista de bases católicas que aprovechar las numerosas asociaciones de artesanos y mujeres, o con fines de caridad, fundadas por sacerdotes y miembros de la élite conservadora después de la caída de la dictadura de Zelaya. Obviamente, las tareas de movilización desarrolladas

por los corporativistas conservadores de la élite albergaban pretensiones hegemónicas. En particular, esperaban que sus esfuerzos por lograr una integración más plena de los sectores urbanos a sus propias organizaciones, frenaría la agitación social que se extendió cuando el crac de Wall Street en 1929 causó estragos en la economía nicaragüense.⁸⁴ No obstante, su objetivo principal era obtener el control del estado.

Los corporativistas conservadores procuraron movilizar el apoyo popular sobre todo acercándose a las organizaciones de artesanos y otros grupos populares en los centros urbanos de Nicaragua. Durante esos encuentros, abogaban por un gobierno corporativista, a la vez que atacaban a su principal enemigo, la “burguesía” americanizada. En diciembre de 1931, José Coronel Urtecho se dirigió a los artesanos granadinos vinculados con el Obreroismo Organizado, la organización laboral más importante del país.⁸⁵ Este dirigente vanguardista comenzó reconociendo que “nada es tan importante para el futuro de Nicaragua ... como el Obreroismo”. A continuación, elogió el compromiso de los artesanos con la calidad y asoció el trabajo artesanal con la excelencia. Empero, Coronel Urtecho dedicó casi todo el resto de la tarde a atacar a la “burguesía”. En particular, acusó a este sector de trastocar la “armonía social” de manera brutal, mediante la explotación de “los pobres obreros”. Coronel Urtecho también articuló sus denuncias con un discurso antinorteamericano, sosteniendo que la “burguesía mercadera” de la época había afianzado su poder colocando “el dominio político y la política extranjera en manos del yanki, sacrificando los destinos de la nación”. Después de repudiar la democracia liberal, Coronel Urtecho concluyó que sólo un régimen corporativista de bases católicas podía “salvar” al artesanado y a la nación de la miseria y el dominio extranjero.

El discurso de Coronel Urtecho evocaba los principios corporativistas radicales adoptados por su colega vanguardista Luis Alberto Cabañas. No obstante, en la práctica, Coronel Urtecho vaciló en proponer una ruptura radical con las estructuras políticas vigentes. Desestimando las demandas públicas

en esa dirección, Coronel Urtecho buscó, en primer lugar, hacer realidad sus sueños corporativistas-autoritarios trabajando dentro del Partido Conservador. Las diatribas antiburguesas de Coronel Urtecho no eran las de un extremista político aislado. Este franco oligarca era uno de los muchos “inconformistas” de la élite conservadora que luchaba por conquistar los corazones y las mentes de los sectores populares.

Los corporativistas de la élite tenían plena conciencia de que, a fin de ganar esta batalla, debían proponer reformas sociales de gran alcance. A medida que se acercaban las elecciones de noviembre de 1932, los corporativistas promovieron asiduamente cuatro reformas considerables: una masiva distribución de tierras estatales “a todo aquel que quisiera dedicarse al trabajo de la agricultura”; una moratoria a la ejecución hipotecaria de las fincas de propietarios insolventes; una ley para evitar que los pobladores urbanos perdiesen sus viviendas por incapacidad de saldar sus deudas; y una ley para erradicar el principal “cáncer social” del país – la usura.⁸⁶ Algunos corporativistas conservadores impulsaban estas reformas desde sus curules en el congreso, mientras otros recorrían el país procurando movilizar el apoyo popular. Uno de los activistas más enérgicos de la campaña era Carlos Cuadra Pasos, quien figuraba como el principal corporativista católico del país en esos años. A la vez que excitaba al pueblo a apoyar su plataforma electoral, Cuadra Pasos rogaba a su partido que aceptase las reformas sociales propuestas a fin de retornar al poder en los comicios de 1932.

Por muy moderadas que dichas reformas pudieran parecer en la actualidad, los nicaragüenses de clase alta de aquella época las consideraban una grave amenaza. Tal como reconoció Cuadra Pasos, su llamado a impulsar reformas sociales había “producido alarma porque se les quiere dar temperamento socialista, cuando no son más que cristalización de pensamientos profundamente cristianos”.⁸⁷ Por supuesto, el oligarca corporativista Cuadra Pasos era todo menos un marxista; abogaba por una sociedad jerárquica, no exenta de clases sociales, que sacralizara el principio de la propiedad privada.⁸⁸ Empero, sus opositores dentro de la élite no estaban

completamente errados, pues su propuesta reformista era casi tan radical como aquellas presentadas por los partidos de izquierda y organizaciones laborales.⁸⁹ A pesar de su preocupación por el orden y la estabilidad, Cuadra Pasos y otros corporativistas católicos llegaron a aceptar la creencia marxista de que el cambio social radical, impulsado por un estado fuerte, era un medio legítimo y, a veces, imprescindible para lograr la “justicia social”. El hecho de que los Caballeros Católicos adoptaran estas ideas es otro indicador de la radicalización de sus perspectivas sobre las relaciones entre el estado y la sociedad, provocada por el nuevo giro que tomó el dominio imperial norteamericano en 1927.

Al final, los corporativistas de la élite ejercieron mayor influencia ideológica que poder político. Quienes trabajaban dentro del Partido Conservador lograron incorporar sus perspectivas reformistas en la plataforma electoral del año 1932.⁹⁰ Sin embargo, no fueron capaces de arrebatarse a la vieja guardia el control sobre la maquinaria del partido. Este fracaso fue especialmente notorio cuando no pudieron impedir la nominación oficial de Adolfo Díaz y Emiliano Chamorro como candidatos a la presidencia y vicepresidencia, respectivamente. Ambos expresidentes representaban el principal blanco de la lucha de los conservadores corporativistas: mientras Díaz simbolizaba al *vendepatria* cosmopolita y americanizado, Chamorro era el arquetipo del caudillismo. Dividido entre corporativistas reformistas y caudillos tradicionales, el Partido Conservador perdió las elecciones de 1932 frente a los gobernantes liberales, por un margen similar al de 1928. Los corporativistas de la élite que trabajaban fuera del Partido Conservador sufrieron igual suerte, pues despertaron escaso apoyo popular hacia su nuevo Partido Trabajador Nacionalista.

¿Cómo se explica el fracaso de los corporativistas de clase alta en la contienda electoral de 1932? Sin duda, su reducida influencia política fue resultado del impacto desigual de la campaña que EE.UU. emprendió contra el caudillismo después de 1927. Aunque dicha embestida tuvo éxito en debilitar a los “jefes” locales, dejó intacto el control de los líderes tradicionales sobre la maquinaria del Partido Conservador

a nivel nacional. Los corporativistas que buscaban una ruptura más radical con el orden político vigente además enfrentaron la renuencia de los funcionarios norteamericanos de permitir la participación de terceros partidos en los comicios nacionales. Por tanto, el gobierno de los Estados Unidos desempeñó un papel decisivo para frenar el ascenso político de los corporativistas de la élite.

La evidente incapacidad de estos oligarcas conservadores para atraer la simpatía de las masas también incidió en su suerte política. Por ejemplo, las organizaciones laborales compartían su frustración con el capitalismo y el caudillismo.⁹¹ No obstante, su principal propuesta para enfrentar esas amenazas era profundizar la democratización del sistema vigente, y no instaurar un orden antidemocrático y jerárquico, como deseaban los corporativistas de la élite. El intento de este grupo de conservadores por establecer vínculos culturales con los sectores populares demostró ser ilusorio. Sus diferencias de clase simplemente eran demasiado abismales para superarlas. Por más que este grupo de la élite atacara a la burguesía, e intentara expresarse en “el lenguaje ... del pueblo”, la mayoría de la población urbana los seguía percibiendo como “burgueses”.⁹² Por tanto, aunque un corporativista conservador moderado, como Carlos Cuadra Pasos, pudiera gozar de amplio respeto por sus labores caritativas, su renuencia a “juntarse con el pueblo” hacía que la gente común lo percibiera como un “aristócrata”, inclinado al esnobismo.⁹³ Por su parte, Luis Alberto Cabrales y otros corporativistas radicales enfrentaron dificultades similares para acercarse a los sectores populares, sobre todo porque – como dijo un artesano – él “no ha pertenecido a la clase trabajadora”.⁹⁴

De hecho, muchos artesanos se indignaron ante el empeño de los corporativistas conservadores en hablar en nombre del “artesano” y el “obrero”. Alfonso Castillo, dirigente de los artesanos granadinos, expresó duras críticas contra los miembros de la “raza azul” (aristocracia) por sus esfuerzos por movilizar el apoyo de los artesanos a favor de su proyecto autoritario.⁹⁵ Castillo enfatizó que los intereses de la “nobleza” eran esencialmente opuestos a los de la “artesanía”. Empero,

el principal blanco de su diatriba fue la imagen populista que los corporativistas de la élite intentaban proyectar con tanto ahínco. En particular, criticó a las personas “que han nacido y han crecido con todo el confort de la vida” y fingen sentir “nuestras agudezas y quebrantos”. Sólo “los humildes” – sostuvo – podían representar con fidelidad a las masas, pues “el dolor sólo se explica cuando se siente”. En opinión de Castillo, los esfuerzos de los acaudalados corporativistas por ganarse el apoyo popular no representaban más que “la hipócrita sonrisa a flor de labio, tras un fin preconcebido, donde se pretende sorprendernos a los humildes con teorías falaces y abolidas por lo funestas que han sido y serán para el artesano y aún para el proletariado en general”. Según Castillo, en la visión del mundo de ese sector de la élite, “nosotros los artesanos no tenemos más derecho que a ser bestias de carga y a poner los hombros para que los de su talla alcancen las cumbres parlamentarias, a donde llegarían ... tan sólo a dictar leyes lesivas para los intereses de la artesanía”.

Hacia fines de 1932, los corporativistas conservadores tomaron conciencia de que, por sus propios medios, serían incapaces de movilizar el apoyo requerido para impulsar su causa política. El fracaso de sus esfuerzos por atraer a las masas los motivó, en parte, a buscar un dictador populista con suficiente arrastre para ayudarlos a concretar su proyectado régimen autoritario. Tal como se demostrará en el capítulo nueve, tomaron una decisión que hoy resulta difícil de comprender. Acudieron a un nacionalista revolucionario que la mayoría de la élite nicaragüense veía como un peligroso comunista: Augusto Sandino.

Conclusión

En última instancia, el empeño de los Estados Unidos por imponer la “democracia” en Nicaragua alejó aún más a la élite conservadora del modelo de desarrollo norteamericano que antes admiraban. Ciertamente, sus esfuerzos por instaurar una dictadura corporativista también eran reflejo de una corriente

más general, pues en esa época las élites latinoamericanas tendían a rechazar las políticas electorales, y a optar por nuevas formas de gobierno autoritario. En gran medida, empezaron a rehuir del electoralismo cuando la política de masas cobró auge.⁹⁶ Durante décadas, el elitismo había caracterizado a las democracias latinoamericanas, pues gran parte de la población era excluida de las elecciones. Sin embargo, este régimen de “repúblicas aristocráticas” se desmoronó a raíz de la Gran Depresión de 1929, que desencadenó un auge en la movilización social sin precedentes. Obviamente, la presión de “los de abajo” empujó a los oligarcas conservadores nicaragüenses a adoptar el corporativismo autoritario. Sin embargo, ya habían experimentado ese fenómeno antes del crac de 1929. Por consiguiente, es posible concluir que el principal factor que catalizó el giro antidemocrático de los conservadores no fue la Gran Depresión, sino la mayor intensidad del dominio imperial norteamericano que vivieron durante la década de 1920.

En primer lugar, los oligarcas conservadores adoptaron el corporativismo autoritario en respuesta a los efectos “democratizantes” de la ocupación norteamericana. Su opción por un régimen autoritario surgió como resultado de la manera impredecible en que la política de la diplomacia del dólar fortaleció el poder económico de los pequeños y medianos productores, a la vez que debilitó el de los hacendados. Además, este régimen, impuesto por EE.UU. en su protectorado, contribuyó a erosionar la autoridad de la élite, al difundir la cultura de masas norteamericana en Nicaragua que, a juicio de los oligarcas conservadores, promovía nocivos ideales de “igualdad”. Empero, fue la campaña del ejército de EE.UU. para garantizar elecciones limpias y erradicar el caudillismo rural lo que ayudó más a debilitar el poder político de la élite de mayor raigambre en Nicaragua. El ímpetu democratizador del dominio imperial de EE.UU. empujó a los oligarcas conservadores a temer que estaban “perdiendo [su] control” sobre la sociedad, tal como sugirió un funcionario norteamericano.⁹⁷ Al parecer, este sector de la clase privilegiada nicaragüense no temía tan sólo la erosión de su autoridad.

Una y otra vez, los oligarcas conservadores justificaron su adopción del corporativismo autoritario, como un medio para defender a su nación de las imposiciones imperiales y de la americanización. A su juicio, cortejar a Sandino no era irracional. Mientras en el resto de América Latina, los acaudalados corporativistas reaccionarios aborrecían a los revolucionarios de izquierda como Sandino, los corporativistas conservadores de Nicaragua creían que este guerrillero podía encarnar no sólo el autoritarismo, sino también el antiamericanismo.

Notas

- ¹ USNA, RG 59, 817.00/4866, Stimson a Moncada, mayo 11, 1927.
- ² *La Noticia*, junio 14, 1927.
- ³ Julian Smith et al., *Review of the Guardia Nacional*, 52–53.
- ⁴ Renda, *Taking Haiti*; Calder, *Impact of Intervention*. Sobre el papel más limitado del ejército de EE.UU. en Cuba, véase Louis Pérez, *Army Politics in Cuba*.
- ⁵ Ej., USNA, RG 59, 817.1051/481, memorandum por Thurston (División de América Latina), enero 12, 1931.
- ⁶ Louis Pérez, “Intervention, Hegemony, and Dependency”, 185. Véase también Rouquié, *Military and the State*, 117–28.
- ⁷ Dos importantes excepciones son Kamman, *Search for Stability*; y Dodd, *Managing Democracy*.
- ⁸ USNA, RG 59, 817.00/70291/2, Declaración de Stimson ante el Subcomité de la Marina de EE.UU., febrero 3, 1931.
- ⁹ Drake, “Good Men to Good Neighbors”.
- ¹⁰ Ibid., 5.

- ¹¹ Ej., Tony Smith, *America's Mission*; y Peceny, *Democracy at the Point of Bayonets*.
- ¹² USNA, RG 80, Correspondencia General — Secretario de la Marina, 1926–1940, expediente EF49/P9–3 (330125), caja 2010, “Report of the Chairman U.S. Electoral Mission to Nicaragua, 1932”, sección 1, 30.
- ¹³ USNA, RG 43, E1004, caja 6, folder Chontales, Stephenson a Oficial de Inteligencia, septiembre 20, 1930.
- ¹⁴ USNA, RG 80, Correspondencia General – Secretario de la Marina, 1926–1940, expediente EF49/P9–3 (330125), caja 2010, “Report of the Chairman U.S. Electoral Mission to Nicaragua, 1932”, sección 1, 31.
- ¹⁵ Para mayor información sobre estos conflictos, véase Dore, “Land Privatization”; Charlip, *Cultivating Coffee* (esp. cap. 3); Gould, *To Die in This Way*, 139–47; y Schroeder, “Horse Thieves to Rebels to Dogs”.
- ¹⁶ USNA, RG 43, E981, caja 23, folder V-1-c, Palacios a Moncada, octubre 20, 1928. Para mayor información sobre las tendencias izquierdistas de Palacios, véase Amador, *Siglo de lucha*, 52 y 59.
- ¹⁷ El siguiente análisis sobre las misiones electorales de EE.UU. se basa en gran medida en documentos preservados en USNA, RG 43, Documentos de la Misión Electoral de los Estados Unidos en Nicaragua.
- ¹⁸ Entre 1928 y 1932, Nicaragua sólo tenía trece departamentos, pues no se consideraba como tales a Cabo Gracias a Dios y San Juan del Norte, que eran denominados “comarcas”.
- ¹⁹ Dodds, “American Supervision”, 488.

- ²⁰ Véase Dodd, *Managing Democracy*, 64–75 y 127–39.
- ²¹ USNA, RG 59, 817.1051/474, anexo no. 1, McCoy a Capitán Johnson, octubre 8, 1930.
- ²² USNA, RG 59, 817.00/8160, anexo no. 1, J. A. Willey a Allan Dawson, octubre 18, 1934.
- ²³ USNA, RG 43, E 1004, caja 7, folder Managua (Inteligencia), Informe Final, Presidente Departamental, noviembre 5, 1930.
- ²⁴ USNA, RG 43, E 1004, caja 6, folder Chontales (Inteligencia), Stephenson a Oficial de Inteligencia, septiembre 20, 1930.
- ²⁵ USNA, RG 43, E 981, caja 2, folder B-3-F, Smith a Dowell, julio 21, 1928.
- ²⁶ Sobre los esfuerzos de los hacendados por controlar la ubicación de las juntas receptoras de votos en el área rural de Granada, véase por ejemplo AMPG, 1919, leg. Notas oficiales y particulares, 188 fols., Jefe Político de Granada a Ministro de la Gobernación, noviembre 8, 1919.
- ²⁷ Para el caso de Granada, véase USNA, RG 80, Correspondencia General — Secretario de la Marina, 1926–40, expediente EF49/P9–3 (290121), caja 2011, Brixner y Stone a Oficial Mayor, noviembre 23, 1928; RG 43, E 981, caja 2, folder B-3-F, Smith a Dowell, julio 28, 1928; RG 127, E 209, caja 1, R-2 Informe, octubre 19, 1928; y *El Diario Nicaragüense*, octubre 11, 1928.
- ²⁸ USNA, RG 43, E 981, caja 12, folder I-5-F, Smith a McCoy, septiembre 29, 1928.
- ²⁹ McClellan, “Supervising Nicaraguan Elections”, 37.

- 30 USNA, RG 43, E981, caja 12, folder I-5-F [10f3], Smith a Crockett, agosto 13, 1928.
- 31 Ej., USNA, RG 43, E 1004, caja 7, folder Managua (Inteligencia), Tate a Johnson, noviembre 4, 1930, 11.
- 32 Boletín de prensa del Departamento de Estado, en USNA, RG 59, 817.00/7671a, diciembre 28, 1932.
- 33 Ej., USNA, RG 80, Correspondencia General – Secretario de la Marina, 1926– 1940, expediente EF49/P9–3 (330125), caja 2010, “Report of the Chairman U.S. Electoral Mission to Nicaragua, 1932”, sección 1, 30–31.
- 34 USNA, RG 43, E 996, caja 1, folder Documentos Generales, Ejecutivo [2 de 3], “Political Situation in Nicaragua”, noviembre 20, 1930.
- 35 USNA, RG 43, E 1013, caja 4, folder Informes Periódicos de Inteligencia (Misión), “Confidential Intelligence Report: 1 to 31 October, 1932”, 2.
- 36 USNA, RG 43, E 996, caja 1, folder Documentos Generales, Ejecutivo [2 de 3], “Political Situation in Nicaragua”, noviembre 20, 1930.
- 37 Véase *Diario Moderno*, octubre 29, 1930, en USNA, RG 43, entrada 1013, caja 3, folder News Briefs.
- 38 Ochoa, “Rápida Expansión de Participación de Votantes”.
- 39 Para una perspectiva opuesta, véase Vargas, *Elecciones en Nicaragua*.
- 40 Ej., Karl, “Dilemmas of Democratization”, 1–2.
- 41 Véase USNA, RG 59, 817.00/6298, fotografía no. 173.

- ⁴² USNA, RG 43, E996, caja 1, folder Documentos Generales, Ejecutivo [1 de 3], O'Donnell a Johnson, noviembre 10, 1930.
- ⁴³ Ej., USNA, RG 43, E1004, caja 7, folder León, Presidente Departmental, "Observations of Lt. James Holloway", (agosto–september 1930).
- ⁴⁴ USNA, RG 43, E 996, caja 1, folder Documentos Generales, Ejecutivo [1 de 3], Duvall a Johnson, noviembre 12, 1930.
- ⁴⁵ Millett, *Guardians of the Dynasty*, 62, 116.
- ⁴⁶ Para mayor información sobre la Guardia Nacional durante la ocupación de EE.UU., véase *ibid.*, 61–143.
- ⁴⁷ Para mayor información sobre esta guerra, véase Macaulay, *Sandino Affair*.
- ⁴⁸ Dos estudios recientes que han explorado esta lucha política son Schroeder, "To Defend Our Nation's Honor"; y Grossman, "Hermanos en la Patria".
- ⁴⁹ Véase MCURA, Documentos de Robert Denig, caja 2, Coronel Robert Denig, "Diary of a Guardia Officer", 35–37; y USNA, RG 59, 817.1051/552, Guardia News Letter 59, Capitán Arnett, Comandante Departamental de Estelí, julio 1931.
- ⁵⁰ Julian Smith et al., *Review of the Guardia Nacional*, 220.
- ⁵¹ AMPG, 1928–38, Comunicaciones de los jefes políticos, de los Directores de policía a los alcaldes y presidentes de junta local, 205 fols., Erskine a Carazo, julio 1, 1929.
- ⁵² USNA, RG 59, 817.00/7725, Talbott, enero 20, 1933.
- ⁵³ Ej., Buell, "Reconstruction in Nicaragua", 337.

- 54 Ej., Renda, *Taking Haiti*.
- 55 Julian Smith et al., *Review of the Guardia Nacional*, 52.
- 56 *La Prensa*, junio 29, 1929.
- 57 *La Noticia*, junio 8, 1927; Gould, *To Die in This Way*, 93–94.
- 58 Véase, por ejemplo, el caso de la comunidad indígena en Bilway, en Brooks, “Rebellion from Without”, 152–54.
- 59 USNA, RG 59, 817.00/6588, Warnick a Hanna, abril 18, 1930.
- 60 *El Diario Nicaragüense*, octubre 2 y 9, 1928.
- 61 Véase, por ejemplo, Abelardo Cuadra, *Hombre del Caribe*, las memorias de un teniente de la Guardia.
- 62 *La Prensa*, enero 13, 1933, en USNA, RG 59, 817.1051/748.
- 63 Esta conclusión se basa parcialmente en entrevistas que llevé a cabo en 1993–94 con granadinos no pertenecientes a la élite que vivieron la ocupación norteamericana.
- 64 Ej., Rouquié, *Military and the State*, 128; y Grossman, “Hermanos en la Patria”, 245–61.
- 65 Véase, por ejemplo, USNA, RG 59, 8160, Willey a Dawson, octubre 18, 1934; y Gould, *To Die in This Way*, 160.
- 66 USNA, RG 80, Correspondencia General – Secretario de la Marina, 1926–40, expediente EF49/P9–3 (330125), caja 2010, “Report of the Chairman U.S. Electoral Mission to Nicaragua, 1932”, Sección 1, 30–31.
- 67 Carta de Alejandro Cárdenas a Pedro Joaquín Cuadra Chamorro, en *La Tribuna*, noviembre 10, 1928.

- ⁶⁸ Ej., Arellano, *Entre la tradición*; y Beverley y Zimmerman, *Literature and Politics*, 59–64.
- ⁶⁹ Beverley and Zimmerman, *Literature and Politics*, 59.
- ⁷⁰ *El Diario Nicaragüense*, abril 8, 1930.
- ⁷¹ Ibid., diciembre 25, 1929.
- ⁷² Para mayor información sobre esta encuesta, véase Arellano, *Entre la tradición*, 103–4.
- ⁷³ USNA, RG 80, Correspondencia General – Secretario de la Marina, 1926–40, expediente EF49/P9–3 (330125), caja 2010, “Report of the Chairman U.S. Electoral Mission to Nicaragua, 1932, section III (Personality Sketches—Prominent Citizens of the Republic of Nicaragua)”.
- ⁷⁴ Coronel Urtecho, Silva, y Gutiérrez, *50 años del Movimiento*, 71–74.
- ⁷⁵ Véase, por ejemplo, Cuadra Chamorro, “Dictaduras”.
- ⁷⁶ Respuesta de Cbrales a la encuesta de 1932, tal como aparece citada en Arellano, *Entre la tradición*, 107.
- ⁷⁷ Respuesta de Coronel Urtecho a la encuesta de 1932, en Coronel Urtecho, Silva, y Gutiérrez, *50 años del Movimiento*, 69.
- ⁷⁸ Análisis basado en Arellano, *Entre la tradición*, 74–75 y 186–92; Manolo Cuadra, *Gruñido de un bárbaro*, 198; Tirado, *Conversando*, 68, 112, 117; y Borgen, *Vida a la orilla*, 60–61.
- ⁷⁹ Sobre el corporativismo, véase Charles A. Hale, “Political and Social Ideas”, 293–99; Stepan, *State and Society*; y Williamson, *Corporatism in Perspective*.

- 80 Cuadra Pasos, *Obras* 2, 396.
- 81 Pike, *Hispanismo*, 265–66.
- 82 Respuesta de Cabrales a la encuesta de 1932, en Arellano, *Entre la tradición*, 107; y Cabrales, “Partido de productores”.
- 83 Ej., “Entrevista con el Dr. Cuadra Pasos”, *El Diario Nicaragüense*, febrero 5, 1932.
- 84 Ej., “Invitación a inscribirse en la Acción Católica”, *El Diario Nicaragüense*, octubre 1, 1933; y “El comunismo: Su ambiente en Nicaragua”, *ibid.*, febrero 24, 1932.
- 85 “La conferencia de Coronel Urtecho”, *El Diario Nicaragüense*, diciembre 4, 1931; y José Coronel Urtecho, *Obrerismo y Artesanía: conferencia dictada al obrerismo de Granada*, Granada, 1932.
- 86 “La acción social del conservatismo en el Congreso”, *La Prensa*, abril 22, 1932.
- 87 “Entrevista con el Dr. Cuadra Pasos”, *El Diario Nicaragüense*, febrero 5, 1932. El obispo de Managua, un corporativista católico, defendía los reclamos de una organización laboral que muchos miembros de la élite calificaban de “movimiento Soviético”; véase “Es peligroso el obrerismo organizado?”, *El Diario Nicaragüense*, septiembre 10, 1931.
- 88 Véase Cuadra Pasos, *Posibilidades de existencia del comunismo*.
- 89 Ej., “El Obrerismo Organizado propone al Presidente un plan para mejorar la condición de la clase trabajadora nicaragüense”, *La Prensa*, abril 24, 1932; y “El Partido Trabajador Nicaragüense presentó una exposición al Congreso”, *ibid.*, junio 8, 1932.

- ⁹⁰ Véase “Programa sustancial del Partido conservador”, *ibid.*, agosto 18, 1932.
- ⁹¹ Ver los discursos reproducidos en *La Prensa*, octubre 27, 1931, y *La Renovación*, octubre 29, 1931; ambos periódicos estaban encabezados por corporativistas conservadores.
- ⁹² Testimonio de Coronel Urtecho, en Tirado, *Conversando*, 47, 116.
- ⁹³ Entrevista con miembro de prominente familia conservadora de Granada, Nicaragua, marzo 22, 1994.
- ⁹⁴ “Los obreros y los no obreros”, *La Prensa*, enero 13, 1934.
- ⁹⁵ Castillo, *Acotaciones*, 74–80.
- ⁹⁶ Ej., Deutsch, *Las Derechas*. Sobre los diversos movimientos corporativistas que emergieron en América Latina durante la década de 1920, en términos más generales, véase Charles A. Hale, “Political and Social Ideas”, 293–99.
- ⁹⁷ MCURA, Documentos de Robert Denig, caja 2, “Diary of a Guardia Officer”, 9.

Capítulo 9

Nacionalismo Revolucionario *Élite Conservadora, Sandino, y la Lucha por una Nicaragua Desamericanizada*

Cuando el general Augusto Sandino entró a la capital de la nación el 19 de mayo de 1933, los corporativistas conservadores figuraban entre los pocos nicaragüenses que lo esperaban con ansias. Esta era tan sólo la segunda vez que el célebre guerrillero se alejaba de su remoto bastión en el norte de las Segovias, desde el fin de los veinte años de ocupación norteamericana el 2 de enero de ese año. Sandino había visitado Managua por primera vez el 2 de febrero, para firmar un tratado de paz con el presidente Juan Bautista Sacasa, que oficialmente dio por concluida la guerra de seis años de su ejército campesino contra los *marines* norteamericanos y los soldados nicaragüenses de la Guardia Nacional. Aquel día, enormes multitudes aplaudieron al aguerrido revolucionario por traer la paz a su desgarrado país. Empero, cuando Sandino regresó en mayo a fundar un nuevo partido político, el ambiente en Managua se había enfriado. Ante todo, los capitalinos temían que el verdadero propósito del líder guerrillero era organizar una sublevación comunista, similar a la que su antiguo consejero, Agustín Farabundo Martí, había encabezado en el vecino país de El Salvador el año anterior. A pesar de su firme ideología anticomunista, los oligarcas conservadores simpatizantes de Sandino no compartían ese temor, que sí prevalecía entre la mayoría de los nicaragüenses acaudalados.

Por el contrario, esperaban convencer a este líder de fama internacional que apoyara su causa: la instauración de una dictadura corporativista que erradicaría los últimos vestigios del imperialismo norteamericano de Nicaragua. El segundo viaje de Sandino a Managua para fundar su nuevo partido ofrecía a los oligarcas la anhelada oportunidad de reunirse con él.

El empeño de los conservadores en forjar una alianza con Sandino en 1933 pudiera parecer inexplicable, pues provenían de polos opuestos del espectro social y político. Mientras los conservadores eran vástagos de la clase terrateniente más privilegiada del país, Sandino (1895-1934) era hijo ilegítimo de una sirvienta indígena y un mediano cafetalero, nacido en la pequeña aldea rural de Niquinohomo, en el departamento de Masaya.¹ Y, si los conservadores tenían fama de ser los máximos fascistas de Centroamérica, muchos consideraban a Sandino como un revolucionario comunista. Ya desde 1925, la élite conservadora de Granada expresaba el temor de que los “bolcheviques” mexicanos podrían llevar a América Central el estandarte rojo y negro, que a sus ojos significaba “sangre y exterminio”.² Hacia 1927, sus presagios se cumplieron, cuando Sandino adoptó la bandera *rojinegra* y las ideas izquierdistas de la Revolución Mexicana, en su lucha por una “nueva Nicaragua”. (Véase imagen 20).

Cabe preguntarse por qué el pavor tan arraigado a una insurgencia revolucionaria no desanimó a los conservadores a buscar un acercamiento con Sandino en 1933. Sin duda, la distancia geográfica fue una de estas razones, pues los oligarcas granadinos temían a Sandino menos que las élites de las regiones más próximas a las Segovias. (Véase mapa 5). Además, desde antaño la élite conservadora acostumbraba forjar alianzas con movimientos populares e indígenas, en particular, para apuntalar sus intereses políticos.³ Por tanto, cabe la posibilidad de que dicho acercamiento obedeciera tan sólo a una mera conveniencia coyuntural. En efecto, tal como reconocerían los corporativistas, su principal motivo para tratar de conquistar al célebre guerrillero era la conciencia de su propia incapacidad para movilizar al pueblo a favor de su proyecto autoritario.

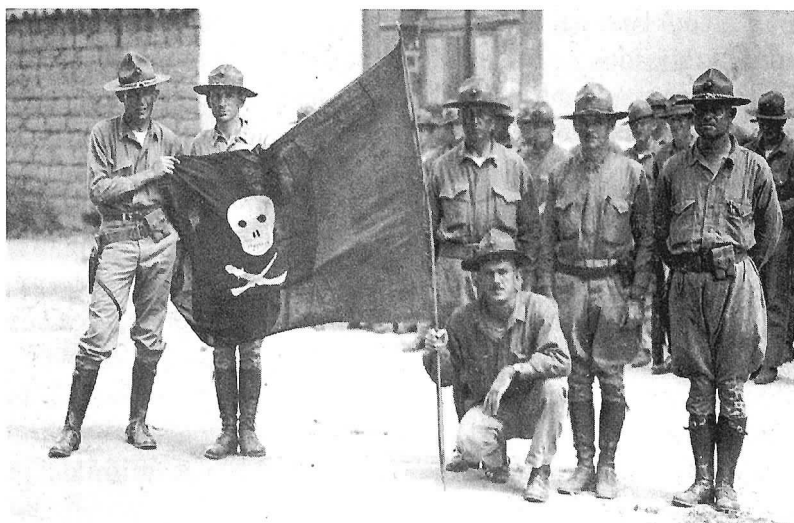
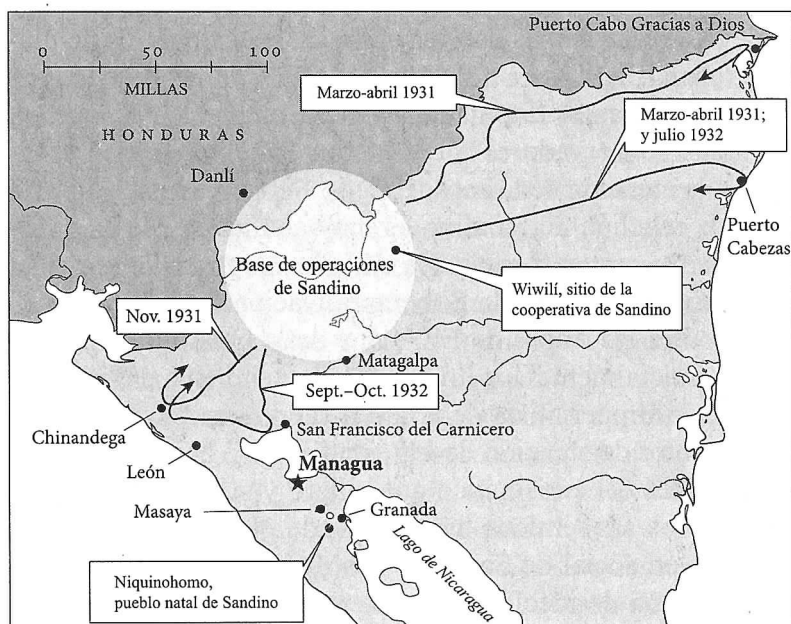


Imagen 20. Bandera Sandinista Capturada por los Marines.
Cortesía de los Archivos Nacionales de EE.UU.



Mapa 5. Base de operaciones de Sandino y principales incursiones militares sandinistas, 1927-33.

No obstante, los oligarcas conservadores también se sentían atraídos hacia Sandino, porque se identificaban con su tipo de nacionalismo revolucionario. Ante todo, admiraban la implacable lucha del guerrillero contra la ocupación de EE.UU., y su rechazo a la americanización del “estilo de vida” nicaragüense. Asimismo, compartían sus opiniones anticapitalistas y antiburguesas, así como su beligerante nacionalismo de bases agrarias que celebraba el mestizaje. Finalmente, en 1933, ambos sostenían que Nicaragua sólo podría resistir las imposiciones imperiales de EE.UU. mediante la instauración de una dictadura corporativista. En última instancia, la convergencia ideológica entre los conservadores y Sandino era todo menos sólida. Aunque el repudio a la asimilación cultural americana llevó a los corporativistas, que se proclamaban reaccionarios, a buscar al revolucionario popular más célebre del continente, sus esfuerzos por forjar una alianza fracasarían debido a sus diferentes visiones sobre una “nueva Nicaragua”. Cuando le explicaron su proyecto, el guerrillero se negó a unir fuerzas con los oligarcas reaccionarios de manera formal.

Los vínculos fascinantes, aunque ambivalentes, que los oligarcas conservadores forjaron con Sandino, habían escapado a la atención de los académicos. Si bien la historiografía sobre la rebelión de Sandino es muy abundante, se ha enfocado de manera casi exclusiva en la lucha guerrillera que su “Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua” libró contra las tropas de EE.UU. y de la Guardia en las Segovias. Inicialmente, los investigadores tendían a enfatizar el empuje antiimperialista de la lucha sandinista.⁴ Con el tiempo, el centro de atención de los estudios giró hacia los objetivos sociales del carismático guerrillero y sus seguidores. En general, los académicos han destacado el carácter ecléctico de la visión social de Sandino, buscando sus fuentes en una amplia gama de ideologías y sistemas de creencias – incluyendo el socialismo, comunismo, anarcosindicalismo y espiritismo – que descubrió mientras trabajaba en los campos petroleros del México revolucionario entre 1923 y 1926.⁵

Explorando nuevos ángulos, algunos estudios recientes han analizado la perspectiva social de más de dos mil hombres y mujeres que lucharon con Sandino.⁶ Éstos han demostrado que los sandinistas eran, en su mayoría, campesinos de las montañas segovianas, empeñados en una lucha revolucionaria por la autonomía política y la justicia social. En efecto, la naturaleza revolucionaria de la rebelión de Sandino es especialmente palpable en la constitución del nuevo estado de base militar creado por los insurgentes en las Segovias. Gracias a este análisis desde abajo, hoy tenemos una comprensión más clara sobre cómo los sandinistas procuraban reorganizar la sociedad local. Sin embargo, debido al enfoque regional de los estudios, todavía no se han explorado algunos aspectos clave de este movimiento insurgente contra los Estados Unidos, quizá el más célebre de América Latina. En primer lugar, sabemos muy poco sobre cómo la lucha sandinista por una “nueva Nicaragua” era percibida por la gran mayoría de la población nicaragüense que vivía fuera de las Segovias.

Si dirigimos la mirada más allá de la propia zona de guerra, la rebelión de Sandino toma nuevos significados. Por una parte, esta perspectiva más amplia muestra que el respaldo popular hacia el guerrillero era mucho más débil en el resto de Nicaragua que en las Segovias. Por otra, indica que Sandino gozaba de mayor apoyo entre la élite de lo que comúnmente se ha pensado. El origen de dicha simpatía no radicaba en el hecho de que Sandino hubiese “tratado de llevar a cabo, en nombre de los pobres y oprimidos, una revolución nacionalista burguesa de los ricos”, como se afirma en un reciente estudio.⁷ Por el contrario, tal como expresó un sandinista, los guerrilleros entendían su causa como una “lucha ... de nosotros los pobres ... [contra] los ricos”.⁸ Finalmente, mediante una perspectiva que trasciende el tema de la guerra en las Segovias, es posible demostrar que Sandino no renunció a su proyecto de crear una “nueva Nicaragua” cuando la ocupación norteamericana llegó a su fin. Sencillamente recurrió a otros medios distintos. A raíz de la desmovilización de su Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, en febrero de

1933, Sandino prometió a sus soldados: “esta revolución que voy a hacer ya no es con rifles ni con armas, ésta va a ser una revolución política”.⁹ En el contexto de esta “revolución política”, los oligarcas conservadores buscarían una alianza con Sandino, bajo la bandera del antiamericanismo. Sin embargo, antes de lograr aproximarse al guerrillero, debían superar una historia de oportunidades perdidas y desconfianza mutua.

La Voluble Relación de la Élite Conservadora con el Sandinismo, 1927-1932

El movimiento revolucionario de Sandino surgió a raíz de la intervención norteamericana en la guerra civil de 1926-27, entre los insurgentes liberales y los gobernantes conservadores. De los numerosos generales liberales, Augusto Sandino (véase imagen 21) fue el único que rechazó el tratado de paz impuesto por EE.UU. en mayo de 1927. A continuación, este líder de treinta y dos años de edad se retiró con sus tropas a las escarpadas montañas de las Segovias, donde inició una prolongada lucha guerrillera en contra de los *marines* de EE.UU. y los soldados de la Guardia. Desde sus inicios, la causa de Sandino recibió apoyo de una amplia gama de organizaciones internacionales, en particular, la Internacional Comunista, la Liga de Reconciliación, y la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) fundada por Víctor Raúl Haya de la Torre. Muchos comunistas latinoamericanos y otros radicales de izquierda llegaron desde México, la República Dominicana y Colombia a combatir al lado del ejército de Sandino. El más destacado de éstos fue el dirigente comunista salvadoreño Agustín Farabundo Martí, quien se desempeñó como secretario privado de Sandino entre 1928 y 1929. Gracias a este amplio respaldo mundial, Sandino se convirtió en uno de los principales íconos antiimperialistas del período de entreguerras. Como muestra de su súbito ascenso a la fama, en 1928 los nacionalistas chinos celebraron su triunfo sobre un régimen pro-japonés marchando a Beijing con retratos del guerrillero nicaragüense.¹⁰



Imagen 21. El General Sandino (*centro*) y dos miembros de su Estado Mayor — Agustín Farabundo Martí de El Salvador (*derecha*) y José de Paredes de México (*izquierda*) — en El Salvador en ruta a México, 1929.

Cortesía de los Archivos Nacionales de EE.UU.

A pesar de la popularidad de Sandino en el exterior, el público nicaragüense se mostró indiferente a su lucha en contra de EE.UU. durante largo tiempo. Por supuesto, éste no era el caso en las Segovias, donde el movimiento de Sandino polarizó a la sociedad local de manera considerable, y las élites — tanto liberales como conservadoras — lo denunciaron con virulencia. Sin embargo, los nicaragüenses que vivían fuera de las Segovias prestaron poca atención a la rebelión de Sandino en sus comienzos. Algunos de sus simpatizantes en los centros urbanos atribuían dicha apatía a la censura oficial, que impedía la divulgación de noticias sobre las acciones

de Sandino en la prensa.¹¹ En realidad, muchos periódicos nicaragüenses publicaban regularmente artículos sobre la guerra. Si bien era frecuente que los medios denunciaran a los sandinistas como “bandidos” sedientos de sangre, por lo general describían la rebelión de Sandino como si ocurriese en un país extranjero. En efecto, puesto que hasta noviembre de 1931, el escenario de la guerra se limitó a la remota región de las Segovias, muchos nicaragüenses no percibían la lucha sandinista como algo propio, sino como un “problema segoviano” particular. Y estaban en lo cierto por diversas razones, pues el empuje de la causa de Sandino obedecía, en gran medida, al singular medio político y cultural de dicha región.¹² Incluso Sandino llegaría a admitir que “la falta de amigos en las ciudades principales” afectaba su lucha de manera considerable.¹³

La limitada capacidad de convocatoria del sandinismo no era resultado de la ausencia de oposición popular a los invasores norteamericanos. Una y otra vez, los pobladores urbanos se manifestaban abiertamente en contra de las numerosas ofensas perpetradas por miembros del ejército de los Estados Unidos. No obstante, al margen de la virulencia de sus denuncias contra los trasgresores norteamericanos, pocos manifestantes expresaban simpatía hacia la causa de Sandino en público. La mayor protesta contra EE.UU. durante ese período ejemplifica esta observación. El 25 de octubre de 1931, más de seis mil nicaragüenses se lanzaron a las calles de la capital para protestar contra la ineficacia de las autoridades norteamericanas y nicaragüenses para resolver la creciente crisis económica del país. Muchos manifestantes portaban coloridas pancartas con leyendas antinorteamericanas, tales como: “Mueran las naranjas de California ... y vivan las naranjas de Chinandega”. Dirigentes estudiantiles y sindicales pronunciaron discursos denunciando la ocupación de los Estados Unidos; sin embargo, no hubo una sola mención a los sandinistas, ni en las pancartas ni en los discursos.¹⁴

La distancia geográfica y la represión gubernamental contribuyen a explicar por qué el rencor contra EE.UU. no se

traducía necesariamente en un abierto apoyo hacia los sandinistas. Pero quizá lo más relevante sea que muchos nicaragüenses simplemente no compartían el tipo de nacionalismo revolucionario de Sandino. Ante todo, el guerrillero calculó mal en cuanto al apoyo que despertarían sus denuncias en contra de los esfuerzos de EE.UU. por garantizar elecciones “libres y justas”, pues pocos nicaragüenses lo respaldaron. Muchos insurgentes liberales de la guerra de 1926-27 no sólo vilipendiaron a su antiguo camarada de armas por negarse a aceptar la victoria de su partido en las elecciones de 1928, sino además continuaron valorando los ideales de la democracia de EE.UU. que Sandino rechazaba con vehemencia. Los actos de violencia perpetrados por los sandinistas en contra de sus conciudadanos también alejaron a potenciales simpatizantes. En particular, los guerrilleros eran tristemente célebres por sus “cortes de chaleco”, una práctica que consistía en la decapitación y mutilación de los brazos de sus víctimas. Por tanto, Sandino tenía razón en advertir a sus hombres que numerosos nicaragüenses “no nos quieren”.¹⁵

Dada esta antipatía, resulta tanto más asombroso que influyentes oligarcas conservadores de Granada, así como de otras regiones del país, apoyaran abiertamente la causa antinorteamericana de Sandino desde sus inicios. Ya en 1927 los principales periódicos conservadores de Managua y Granada respaldaron la demanda de Sandino de un inmediato retiro del ejército de los Estados Unidos. Asimismo, algunos prominentes conservadores procuraron obtener el apoyo político del guerrillero, en vísperas de las elecciones de 1928. El recién fundado Partido Autonomista desarrolló el esfuerzo más consistente para acercarse a Sandino. Aunque este grupo nacionalista incluía a algunos liberales, era dirigido por corporativistas conservadores como Toribio Tijerino, Salvador Buitrago Díaz, Adolfo Ortega Díaz y Gabry Rivas. En general, los Autonomistas sostenían principios sociales católicos, abogaban por un estado fuerte, rechazaban el control de Wall Street sobre las finanzas públicas de Nicaragua, y convocaban a sus compatriotas a que se “liberaran de los viejos partidos”.¹⁶

Como buenos Caballeros Católicos, se oponían a la americanización de la cultura y la sociedad nicaragüenses. Sobre todo, los Autonomistas repudiaban el giro militarista que asumió el dominio imperial de EE.UU. después de 1927. Empero, puesto que la mayoría de los Autonomistas eran pacifistas, también rogaban a Sandino que depusiera las armas, y se sumara a su lucha cívica por la autonomía nacional.

Pese a sus ingentes esfuerzos, Sandino rechazó a los Autonomistas con firmeza. Aunque el guerrillero no dejó documentos explicando su negativa a reunirse con éstos, sabemos que no creía en la opción de enfrentar a EE.UU. de manera pacífica. En una de sus célebres frases dirigida a un almirante norteamericano, Sandino expresó: "La soberanía de un pueblo no se discute, sino que se defiende con las armas en la mano".¹⁷ Sin embargo, dicha posición no impidió a Sandino acercarse a grupos como el Partido Laborista socialista, que empleaba métodos pacíficos para luchar contra la ocupación norteamericana. Y, puesto que estos grupos se hallaban dirigidos por disidentes liberales y artesanos, es probable que el rechazo de Sandino a los Autonomistas obedeciera a su origen conservador y oligarca. En efecto, tan sólo puede especularse si Sandino todavía resentía la forma en que él, siendo niño, había sido tratado cuando trabajaba en las plantaciones de café de los oligarcas conservadores de Granada.¹⁸ Incapaz de lograr que Sandino mudase de actitud, y excluido de la contienda electoral de 1928, el Partido Autonomista se disolvió, y la mayoría de sus dirigentes fueron expulsados de Nicaragua por el gobierno liberal que llegó al poder en 1929. Si bien algunos Autonomistas dieron la espalda a Sandino, otros continuaron apoyándolo. Su partidario más activo era Toribio Tijerino (1888–1963), quien se había desempeñado como secretario privado del presidente Emiliano Chamorro entre 1917 y 1920. Desde su exilio en Honduras, Tijerino suministraba armas a los sandinistas y distribuía su propaganda, tal como la publicación periódica *Sandino: Revista antiimperialista*, que su hermano imprimía en Costa Rica. A pesar del fracaso político de los Autonomistas, su público acercamiento a Sandino, y las considerables muestras de solidaridad que le brindaba la

prensa conservadora, condujo a muchos nicaragüenses a pensar que el mayor respaldo político al líder guerrillero provenía del sector social contra el que se había rebelado en primer lugar: los “vendepatria” conservadores.¹⁹

Esta corriente de opinión pública fue reforzada por las oscuras intrigas fraguadas por el expresidente Emiliano Chamorro, quien junto a Adolfo Díaz, era uno de los políticos conservadores más despreciados por Sandino. Al inicio, Chamorro dio apoyo político y financiero a los Autonomistas que simpatizaban con Sandino. Su respaldo bien pudo haber obedecido a motivos ideológicos, como después insinuaría el dirigente Autonomista Toribio Tijerino.²⁰ Sin embargo, el propio Chamorro reconoció que se trataba de una trama maquiavélica dirigida a sabotear las elecciones supervigiladas por EE.UU. del año 1928.²¹ A fin de embrollar aún más dichos comicios, los aliados de Chamorro desataron una campaña de terror en el campo nicaragüense. Y, puesto que la mayoría de los episodios de violencia ocurrían en las Segovias, muchos nicaragüenses pensaban que los partidarios de Chamorro y los sandinistas trabajaban en conjunto.²² Aún después de que su partido perdiera las elecciones de 1928, Chamorro continuó actuando como un simpatizante de la causa de Sandino. Supuestamente, alentaba a los conservadores – incluso en las regiones meridionales de Granada y Rivas – a unirse a los sandinistas en las Segovias; además, los agentes de la inteligencia militar de EE.UU. lo acusaron de planificar un levantamiento armado antinorteamericano.²³ Al final, dichos planes nunca se materializaron. Por otra parte, muy pocos conservadores chamorristas se sumaron a los sandinistas, o les suministraron armas y municiones. No obstante, hasta el guerrillero se vio obligado a admitir que le resultaba muy difícil acallar los rumores de que tenía vínculos con Chamorro.²⁴

Otros miembros de la élite conservadora de Granada fueron más sinceros que Chamorro, cuando le ofrecieron apoyo a Sandino en la primera etapa de su lucha contra los Estados Unidos. En gran medida, este respaldo provenía de los vanguardistas, que rechazaban el dominio de los caudillos como Chamorro. Aunque sus familiares habían adoptado la

cultura de los Estados Unidos, estos acaudalados corporativistas se identificaban con el antiamericanismo de Sandino. El vanguardista José Coronel Urtecho declararía más tarde que él, así como otros oligarcas granadinos, eran “partidarios de Sandino, porque era antiyanquista y nosotros también lo éramos. Aunque teníamos fundamentos en la cultura yanqui ... estábamos contra el dominio norteamericano sobre América y las cosas que ellos querían imponer: el comercialismo, el industrialismo capitalista, el capitalismo”.²⁵ Con frecuencia, los vanguardistas se reunían en una casa de familia donde, bajo un retrato de Sandino y un altar dedicado al guerrillero, fraguaban “planes imaginarios de guerra” contra los invasores norteamericanos.²⁶ La contribución más eficaz de estos conservadores granadinos a la causa sandinista se desarrolló en el ámbito de la propaganda. Aprovechando sus contactos en el extranjero, clandestinamente distribuían entre la población local grandes cantidades de volantes impresos fuera del país, a favor del líder guerrillero. Y, con frecuencia, salían a escondidas por la noche a pintar consignas en sitios prominentes, con leyendas tales como: “Ser sandinista es ser nicaragüense”. Una vez incluso violentaron la sacrosanta fachada del club social de la élite granadina, dejando un memorable mensaje a sus compañeros socios: “Dejad las mecedoras y seguid a Sandino”.²⁷ Al igual que los Autonomistas, los vanguardistas intentaron reunirse con Sandino, pero fracasaron en su empeño.

Como resultado de la firme renuencia de Sandino a corresponder a los esfuerzos de los conservadores por acercársele, el respaldo de éstos mermó. No obstante, su eventual viraje antisandinista obedeció básicamente a dos acontecimientos que radicalizaron la lucha guerrillera en 1929. El primero fue la sorpresiva decisión de Sandino de viajar a México en junio de 1929, en busca de mayor apoyo militar y financiero. Aunque Sandino había pensado hacer una visita breve a ese país, su estadía se prolongó casi un año, llevando a la mayoría de sus simpatizantes en el extranjero a la conclusión de que su lucha se había apagado. En realidad, los sandinistas continuaron su guerra en las Segovias (véase imagen 22),

empantanando a unos mil quinientos soldados de EE.UU. y la Guardia. Sin embargo, la ausencia de su carismático líder deslegitimó considerablemente su causa ante los ojos de sus simpatizantes conservadores. En particular, la élite conservadora pensaba que fuerzas externas estaban transformando su gesta nacionalista en una verdadera lucha de clases. Por ejemplo, *La Prensa* – que anteriormente presentaba una posición favorable a Sandino – sostuvo que las “Segovias son cuna de un territorio Bolchevique, una isla rusa en el continente americano”.²⁸ Contrario a las noticias periodísticas, pocos extranjeros se sumaron a los sandinistas durante la estadía de su líder en México. No obstante, dichos reportes no eran completamente falsos, pues los guerrilleros aprovecharon la ausencia de Sandino para intensificar sus ataques contra comerciantes y hacendados locales.²⁹ A diferencia de Sandino, que insistía constantemente en la trayectoria antinorteamericana del movimiento, muchos de sus seguidores se hallaban más motivados por agravios sociales.³⁰ Por tanto, es muy posible que a los acaudalados simpatizantes de Sandino les preocupara no sólo su prolongada ausencia, sino también la forma en que ésta contribuía a radicalizar la guerra librada por sus tropas.

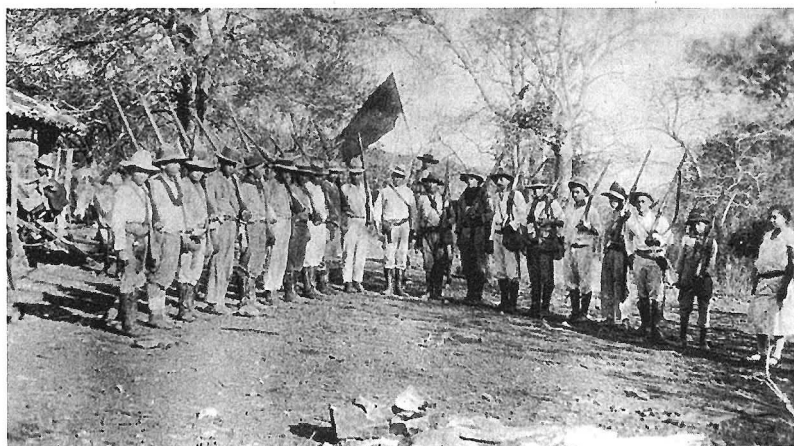


Imagen 22. Soldados sandinistas en las montañas de las Segovias.
Cortesía de los Archivos Nacionales de EE.UU.

La ansiedad de la élite se agravó debido al crac de Wall Street en octubre de 1929. Como resultado, mucha gente perdió sus empleos, lo que a su vez generó actividades de “bandolerismo” – abigeato, en particular – en todo el país. En vista de la proliferación de forajidos que merodeaban en los campos aledaños, la élite conservadora empezó a manifestar el temor de que el país entero se estaba “segovianizando”.³¹ Pero quizá la consecuencia más relevante del crac es que aceleró la “nicaraguanización” de la guerra en las Segovias, pues obligó a EE.UU. a reemplazar sus tropas de combate con soldados nativos de la Guardia Nacional. Por otra parte, el crac empujó a la Guardia a crear fuerzas paramilitares, subsidiadas por ricos comerciantes cafetaleros segovianos. En respuesta, los sandinistas incrementaron sus ataques contra las élites locales.³² Cuando finalmente Sandino regresó a las Segovias en mayo de 1930, muchos de sus previos simpatizantes conservadores ya pensaban que su lucha “patriótica” había “degenerado”, de manera irrevocable, en simple “bandolerismo”.³³

A diferencia de la mayoría de los nicaragüenses de clase alta, estos oligarcas conservadores siguieron mostrando una menor tendencia a ver en el sandinismo una amenaza a la nación. Mantuvieron esta opinión aún después de que los sandinistas empezaran a atacar los distritos de la costa del Pacífico de Nicaragua, en noviembre de 1931. (Véase mapa 5). No era la primera vez que los guerrilleros se aventuraban a salir de las Segovias. Siete meses antes habían asaltado las compañías bananeras y madereras norteamericanas en la Costa Atlántica. Estos ataques contribuyeron a sellar la decisión del gobierno de EE.UU. de poner fin a la ocupación después de las elecciones de noviembre de 1932.³⁴ Sin embargo, la población urbana de Nicaragua no se inquietó por las incursiones en aquella región, alejada geográfica y culturalmente de su vida cotidiana. Su actitud cambió radicalmente cuando los hombres de Sandino aparecieron sorpresivamente en los departamentos de León y Chinandega, densamente poblados. Aunque los insurgentes se replegaron tan pronto como apareció la Guardia, su primera incursión en la llanura costera del Pacífico estremeció

a la nación. En el transcurso del año 1932, los sandinistas continuaron realizando expediciones militares en esa zona, y penetraron hacia el sur hasta San Francisco del Carnicero, una aldea en el extremo norte del Lago de Managua.

Estas profundas y audaces incursiones, en la región que constituía el centro del poder del país, llevó a muchos nicaragüenses y funcionarios norteamericanos a creer que el movimiento sandinista había adquirido un “carácter revolucionario”, capaz de extenderse a toda la nación.³⁵ Asimismo, reforzaron la confianza de los sandinistas en su eventual triunfo. Después de una de dichas expediciones, un jefe sandinista le envió el siguiente mensaje a otro compañero de armas: “pienso escribirte de una ciudad, talvez sea de Managua, pues no lo dudes, el pueblo está despertado y con estos combates que están llevando en las cercanías de las poblaciones se entusiasman”.³⁶ De acuerdo a la inteligencia militar de EE.UU., los sandinistas ganaron mucho respaldo en el oeste de Nicaragua, sobre todo entre los estudiantes universitarios y la población rural de la región de León y Chinandega.³⁷ Los oficiales del ejército de EE.UU. temían que los campesinos y trabajadores rurales creyeran que los sandinistas estaban dotados de mejores trajes y equipos que los soldados nicaragüenses de la Guardia y, por tanto, tenían mayores probabilidades de ganar la guerra. En contraste, la principal preocupación de las autoridades civiles nicaragüenses era que las masas habían recibido “con agrado” el mensaje sandinista de que “todos los bienes son propiedad común y quitárselos a los ricos no era robar”.³⁸ Los dirigentes conservadores también se alarmaron ante estas incursiones sandinistas, aunque pocos creían que representaban una verdadera amenaza al orden vigente.³⁹

El hecho de que los conservadores no sintieran tanto miedo al sandinismo se reflejó, asimismo, en su reacción ante un acontecimiento que estremeció a las clases privilegiadas de toda Centroamérica: el levantamiento popular de enero de 1932 en El Salvador, que culminó en la masacre de más de diez mil campesinos e indígenas, impulsada por el estado. Por lo general, la prensa nicaragüense redujo esta compleja rebelión

a una simple imagen – una “sangrienta” revolución comunista, provocada por agitadores profesionales, que habían incitado a los indios a sembrar el “terror rojo” contra inocentes aldeanos y terratenientes.⁴⁰ No obstante, los periódicos nicaragüenses discrepaban claramente, cuando valoraban si su país se encontraba al borde de una insurgencia similar. La prensa liberal tendía a argumentar que existía la “amenaza real” de una revolución comunista en Nicaragua, debido a la presencia del sandinismo. En su opinión, los nicaragüenses más susceptibles a la “infiltración” comunista eran precisamente los que constituían la base social del sandinismo: los campesinos. Por tanto, a raíz del levantamiento en El Salvador, los políticos liberales empezaron a recorrer las áreas rurales de Nicaragua, advirtiéndole a sus pobladores que debían rechazar el comunismo.⁴¹ En contraste, muchos periódicos conservadores se negaron a equiparar el sandinismo con el comunismo, y minimizaron la vulnerabilidad campesina a la agitación comunista.

La posición de los conservadores de descartar una amenaza sandinista/comunista guardaba estrecha relación con su “mito de la santidad rural”, que ocupaba un sitio esencial dentro de su nuevo imaginario nacionalista. Tal como sostenía el diario conservador *La Prensa*: “Nicaragua no es tierra propicia para el comunismo, porque aquí no hay los problemas terribles y odiosos con que la desigualdad social oprime a cierta parte del pueblo”.⁴² Supuestamente, Nicaragua se hallaba libre de esos “problemas odiosos”, precisamente porque sus masas rurales gozaban de la ventaja de contar con la élite terrateniente menos capitalista y más benevolente del istmo. Como vimos en el capítulo 7, esa imagen bucólica estaba lejos de reflejar la realidad. Empero, ejercía gran influencia en la perspectiva de los conservadores, para quienes los sandinistas eran campesinos “honestos” aunque “primitivos”, convertidos en “bandidos” por la desesperanza generada por el capitalismo, y la violencia indiscriminada de las tropas dirigidas por los Estados Unidos – y no porque fuesen afines al comunismo.⁴³

Por consiguiente, los dirigentes conservadores abogaban públicamente por una solución pacífica a la rebelión sandinista. Una y otra vez, proclamaban que la “pacificación” sólo podría alcanzarse por la vía de un acuerdo, y el desarrollo de “obras sociales católicas” en las Segovias.⁴⁴ Asimismo, la prensa y los políticos conservadores se oponían a los esfuerzos del gobierno por escalar la guerra. Permanecieron impávidos aún cuando los sandinistas alcanzaron la cima de su poder militar a mediados de 1932. En efecto, en agosto de 1932 el Partido Conservador incorporó una solicitud de armisticio en su plataforma electoral para los comicios nacionales que se aproximaban.⁴⁵

Hacia 1932, muchos oligarcas conservadores habían llegado a admirar la capacidad de resistencia de Sandino ante los invasores norteamericanos. Sin embargo, la mayoría pensaba que una vez logrado el armisticio, la influencia del guerrillero se dispararía. Por ejemplo, el periódico de la oligarquía conservadora de Granada, *El Diario Nicaragüense*, expresó que “Sandino vale en las Segovias con el arma al brazo, contra el yanke”, pero cuando la paz retornara al país, “como político no ejercería ninguna influencia actual”.⁴⁶ No obstante, a raíz de los acuerdos de paz suscritos después del retiro de las tropas norteamericanas en enero de 1933, la influencia política de Sandino cobró auge, en vez de declinar. Y serían los oligarcas conservadores más vinculados a *El Diario Nicaragüense* quienes se acercarían al guerrillero con el mayor entusiasmo.

Reencontrando a Sandino, 1932-1933

Los oligarcas conservadores iniciaron su aproximación abierta al guerrillero el 2 de marzo de 1932, cuando *El Diario Nicaragüense* publicó la respuesta de José Coronel Urtecho al llamado de Sandino a boicotear las elecciones venideras. Por un lado, este influyente corporativista conservador reiteró su opinión de que la lucha sandinista concernía

a toda la nación; no obstante, rechazó la propuesta de sabotear los comicios. Más bien, Coronel Urtecho deseaba que el guerrillero respaldara un movimiento nacionalista que luchara por el poder a través de las urnas. En los meses anteriores a las elecciones de noviembre, un creciente número de conservadores de clase alta siguió el ejemplo de Coronel Urtecho, y se acercó con cautela a Sandino. Los conservadores esperaban que el carismático líder lograra lo que para ellos había resultado imposible: conquistar el apoyo popular para su proyecto corporativista.

El momento era propicio para los conservadores, pues su más reciente iniciativa coincidió con un nuevo giro en la actitud del guerrillero hacia las élites nicaragüenses, que reflejaba una perspectiva más moderada. A inicios de su lucha contra los Estados Unidos, Sandino había cortejado a las élites “patriotas”, en especial a las liberales. Pero, después de rechazar la victoria liberal en las elecciones de 1928, adoptó una posición virulenta contra las clases dominantes. Hacia fines de 1931, el guerrillero comprendió nuevamente la necesidad de contar con el apoyo de la élite, a fin de extender sus bases políticas más allá de las Segovias. Por tanto, aceptó la oferta de los exiliados liberales en El Salvador de organizar a las élites opuestas al dominio imperial de EE.UU. en los centros urbanos de Nicaragua en su nombre. Este reducido grupo – el Comité Pro-Liberación de Nicaragua – era dirigido oficialmente por el general liberal Horacio Portocarrero, quien había combatido a los invasores norteamericanos en 1912. Sin embargo, Sandino desconocía que el verdadero líder del grupo era el oligarca conservador Toribio Tijerino.⁴⁷ Y, tal como los espías norteamericanos observaron, el principal objetivo de Tijerino era “inducir a Sandino a firmar un pacto con los conservadores”.⁴⁸

No por casualidad, los conservadores que mostraban mayor interés en reunirse con Sandino eran de Granada, el baluarte de la élite corporativista. A lo largo del año 1932, los conservadores granadinos clandestinamente distribuían volantes a favor de la lucha armada de Sandino, y pegaron el retrato del guerrillero en las paredes de toda la ciudad.⁴⁹

Algunos incluso emprendieron en secreto algunas iniciativas para movilizar al pueblo alrededor del proyecto de organizar un partido nacionalista solidario con Sandino.⁵⁰ Otros promovieron la efímera candidatura presidencial del conservador Ernesto Bermúdez, quien proclamó su deseo de gobernar en una flexible coalición con los sandinistas. Esta declaración sorprendió a la clase política dirigente, pues implicaba reconocer a los guerrilleros como “un elemento indispensable para la organización política del país”, según expresó un periódico.⁵¹ En realidad, Bermúdez sólo se estaba anticipando a los esfuerzos que después desarrollaría el grupo de Portocarrero para lograr que los conservadores granadinos coordinaran su campaña electoral con Sandino.⁵² Aunque estas iniciativas produjeron escasos frutos, reforzaron la creencia ampliamente difundida de que Sandino gozaba del respaldo de prominentes conservadores. Dichos rumores cobraron auge cuando, en octubre de 1932, el público nicaragüense descubrió que unos veinticinco jóvenes oligarcas conservadores eran los integrantes de un grupo que, al caer la noche, recorría a caballo los campos granadinos, voceando los nombres de Sandino y de su temido general Pedrón Altamirano.⁵³

A raíz de su aplastante derrota en las elecciones de 1932, los conservadores pasaron a cortejar a Sandino aún con mayor tenacidad. Esta actitud sorprendió al líder guerrillero, pues poco antes había declarado que, si los conservadores ganaban en los comicios, “ni ellos buscarían arreglos con nosotros, ni nosotros con ellos, y que el asunto lo resolveríamos a bala”.⁵⁴ Sin embargo, tan sólo un mes después de su derrota electoral, muchos conservadores de la élite se habían acercado tanto al guerrillero que el ministro de EE.UU. en Nicaragua, Matthew Hanna, los acusó de propugnar “los ideales profesados por Sandino”.⁵⁵ Sin duda, estos conservadores confiaban utilizar a Sandino para provecho de sus propios objetivos políticos. Empero, también habían llegado a apoyar la principal meta del guerrillero: liberar a Nicaragua de toda forma de influencia norteamericana. Ambas aspiraciones no eran, necesariamente, contradictorias. Muchos conservadores compartían la creencia del editor de *La Prensa*, Pedro Joaquín

Chamorro Zelaya, de que la razón por la cual habían perdido las elecciones era que los votantes seguían asociando al Partido Conservador con la “mala” bandera del “Americanismo”.⁵⁶ A su juicio, esta nefasta percepción era errada, sobre todo porque desde 1927 los dirigentes conservadores denunciaban de manera consistente la militarización del dominio imperial norteamericano. No obstante, tal como reconocía Chamorro, debido a que en el pasado habían celebrado el “Americanismo”, la imagen de los conservadores como “vergonzantes” Yanquistas había quedado grabada en la mente del público.⁵⁷ Por tanto, al alinearse con Sandino, los oligarcas conservadores no perseguían únicamente objetivos nacionalistas: intentaban usar al célebre guerrillero para despojarse de su funesta reputación de *Americanistas*.

La coyuntura posterior a las elecciones de 1932 ofrecía mejores condiciones que nunca para la firma de un tratado de paz. Por una parte, las tropas de EE.UU. estaban a punto de retirarse de Nicaragua; por otra, Sandino había iniciado su rebelión en nombre del nuevo presidente electo, Juan Bautista Sacasa, quien fuera el líder civil de los insurgentes de 1926-27. Y la atribulada población nicaragüense no ansiaba otra cosa que el fin del costoso conflicto bélico. A lo largo de seis años, ésta había provocado la muerte de más de un millar de sandinistas, así como de un considerable, aunque impreciso, número de civiles.⁵⁸ Cansados de la guerra, los soldados de Sandino también deseaban la paz.⁵⁹ Los sandinistas se hallaban desalentados, después de comprobar su incapacidad para sabotear las elecciones de 1932 afuera de la región de las Segovias. Peor aún, en noviembre de 1932 estalló una guerra civil en el vecino país de Honduras, que les cerró su principal ruta de abastecimiento, y les privó de su refugio más seguro.

A pesar de estas dificultades, no fue sino hasta después del retiro de las tropas de EE.UU., el 2 de enero de 1933, que Sandino accedió a deponer las armas. El guerrillero allanó el camino hacia la paz cuando se reunió con doce prominentes políticos liberales y conservadores, que viajaron a las Segovias a fines de enero.⁶⁰ Esta misión de paz, organizada por el llamado Grupo Patriótico, fue severamente criticada por

el cuerpo de oficiales nicaragüenses de la Guardia, la élite segoviana, dirigentes del Partido Liberal, y por la mayoría de los periódicos afines a ese partido. Por ejemplo, el principal periódico liberal de Managua sostuvo que los sandinistas no eran más que salvajes sedientos de sangre, empeñados en llevar a cabo una “revolución caótica-comunista-socialista-sandinista”.⁶¹ Otro periódico liberal opinó que “la paz debe hacerse a balazos con Sandino”.⁶² En contraste, la mayoría de los políticos y periódicos conservadores respaldaron las negociaciones de paz, insistiendo en la legitimidad de la lucha armada de Sandino. A su juicio, la cuestión no era elucidar si Sandino era un perverso comunista o no; sino más bien averiguar si deseaba convertirse en un genuino actor político deponiendo sus armas, puesto que ya las tropas de EE.UU. se habían marchado, o si degeneraría en un simple “bandido”.⁶³ Para su júbilo, Sandino aceptó el tratado de paz el 2 de febrero, después de viajar por avión temprano esa mañana a Managua, para conversar con el presidente Sacasa. (Véase imagen 23). Sandino aceptó desmovilizar a su ejército de unos mil ochocientos hombres, mientras que Sacasa prometió otorgar amnistía a los sandinistas, apoyarlos en la creación de una extensa cooperativa agrícola en la región oriental de las Segovias, y permitirles conservar una fuerza de cien soldados al menos por un año. La firma del tratado de paz provocó festejos nacionales. En Managua, miles de personas salieron a las calles gritando *vivas* por Nicaragua, la paz, y Sandino. El día siguiente, cuando el guerrillero partió hacia las Segovias, el pueblo capitalino le ofreció una despedida sin precedentes.

El inmenso respaldo a los acuerdos de paz animó a la élite conservadora a divulgar con mayor amplitud sus simpatías por Sandino. Los periódicos conservadores se regocijaban, sobre todo, en repetir la declaración del líder guerrillero de que él, y sus compatriotas, habían devuelto la estabilidad política de Nicaragua – la meta que EE.UU. nunca había podido alcanzar. Tal como expresó un editorial de *La Prensa*: “Ahora, el pueblo de Nicaragua sabe bien que es una gran mentira que este país sólo puede vivir en paz bajo la bota del dominio interventor”.⁶⁴ Pronto, periodistas conservadores

empezaron a viajar a las Segovias para escribir reportes sobre los enigmáticos sandinistas. Sus informes noticiosos eran tan hostiles a los Estados Unidos que el ministro norteamericano Hanna exigió “poner fin a la publicación de tales artículos difamatorios”.⁶⁵ Por otra parte, los conservadores organizaban manifestaciones en honor a miembros del movimiento sandinista que llegaban de visita. Quizá la más importante tuvo lugar en su bastión de Granada, donde una enorme multitud agasajó a los padres de Sandino, su hermano Sócrates (que también era jefe sandinista), y a Juan Ferretti, el único granadino que fungió como oficial del ejército sandinista.⁶⁶

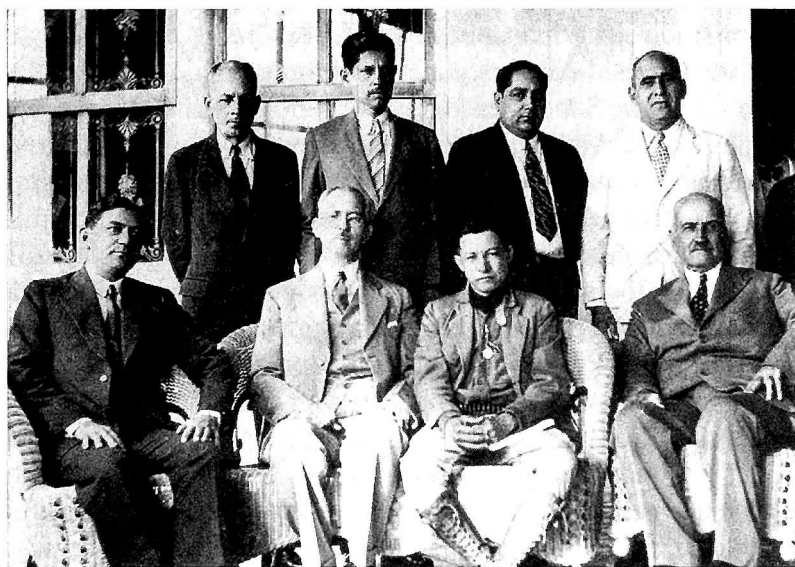


Imagen 23. Sandino y los signatarios del tratado de paz del 2 de febrero de 1933. Sentados en primera fila, (de izquierda a derecha): David Stadthagen (representante del Partido Conservador), el presidente Juan Bautista Sacasa, Augusto Sandino, Crisanto Sacasa (representante del Partido Liberal). De pie, detrás de éstos, aparecen los miembros de la delegación de Sandino (de izquierda a derecha): Horacio Portocarrero, Sofonías Salvatierra, Pedro José Zepeda, y Salvador Calderón Ramírez.

Cortesía del Instituto de Historia de Nicaragua y de Centroamérica.

Los conservadores aprovecharon para divulgar aún más sus nuevas relaciones con Sandino cuando el Congreso nicaragüense discutió el tema de la amnistía, prometida por el presidente Sacasa. Gran parte de este debate giró en torno a la caracterización de la figura de Sandino, un tema de especial interés para el propio líder guerrillero.⁶⁷ Muchos congresistas liberales insistían en calificar a Sandino de bandido, pero los conservadores rebatieron esa posición, sosteniendo que Sandino merecía el título de general por su lucha “patriótica” contra los invasores norteamericanos. Un diputado conservador (Gustavo Manzanares) se atrevió incluso a valorar a Sandino como “la primera figura del Continente”.⁶⁸ Al final, prevaleció el criterio de los conservadores, y el congreso aprobó un decreto de amnistía refiriéndose al líder guerrillero como el general Sandino.

La principal táctica utilizada por los conservadores para fortalecer la rehabilitación política de Sandino consistió en respaldar los esfuerzos del guerrillero por organizar un nuevo partido “Autonomista”. Al unísono, los liberales se opusieron a la creación de un partido encabezado por el líder guerrillero, pues temían que se convirtiera en una fachada para facilitar la expansión del “Sovietismo”, o bien que fuese una trama conservadora para restarle votos a su propia organización. Sin duda, la convocatoria política de Sandino preocupaba a muchos conservadores de clase alta, pero éstos tendían a mostrar una actitud más comprensiva. Algunos oligarcas corporativistas conservadores incluso proclamaron su deseo de unirse al partido de Sandino y, con el tiempo, éste reclutaría su apoyo para impulsar su lucha política por una “nueva Nicaragua”.

La decisión de Sandino de acercarse a los corporativistas conservadores obedeció, en gran medida, a la estrecha gama de aliados políticos entre los cuales podía escoger. Si bien gozaba del apoyo de unos trescientos estudiantes universitarios de la región occidental de Nicaragua, y de miles de trabajadores hispano-parlantes, empleados en las compañías de enclave de la Costa Atlántica, en su conjunto éstos constituían una fuerza demasiado débil en términos políticos. Los

campesinos – aparentemente un aliado natural – apenas representaban una alternativa viable. Carecían de organizaciones propias, y muchos habían pasado a formar parte de la clientela del principal enemigo de Sandino: la Guardia Nacional. Sin embargo, lo que más dolía al líder guerrillero era el escaso respaldo que le brindaban sus primeros aliados urbanos: los grupos de izquierda basados en el sector de los artesanos. La ruptura de Sandino con la Internacional Comunista en 1930 había agriado considerablemente sus relaciones con el emergente movimiento comunista de Nicaragua, particularmente con el Partido Trabajador Nicaragüense, fundado en 1931.⁶⁹ Más importante aún, el guerrillero también se había granjeado la antipatía de organizaciones laborales ajenas a la ideología comunista. En especial, la relación de Sandino con la organización de artesanos más importante de Nicaragua, el Obrero Organizado, de ideología liberal, se deterioró significativamente cuando éste desconoció la victoria de dicho partido en las elecciones de 1928.

La implacable oposición de Sandino a los esfuerzos democratizantes de EE.UU. incrementó el temor, compartido por muchos artesanos, de que el guerrillero no era sino otro caudillo autoritario – precisamente el prototipo de líder político que más detestaban.⁷⁰ Por otra parte, pocos artesanos se sentían atraídos por el ambiguo programa socioeconómico de Sandino. Los *Obreristas*, en especial, se ofendieron ante su propuesta de resolver el problema del desempleo enviando a los pobladores urbanos pobres a cultivar la tierra.⁷¹ Sandino causó aún mayor indignación entre los artesanos cuando ordenó la ejecución del popular líder trabajador Arturo Vega, en noviembre de 1932. Vega había sido uno de los primeros partidarios de Sandino, y arriesgó su vida numerosas veces distribuyendo volantes a favor del guerrillero entre la población urbana. En diciembre de 1930 fue deportado a El Salvador, pero desde allí siguió contribuyendo con la causa sandinista, ayudando a fundar su principal frente político, el Comité Pro-Liberación de Nicaragua. En vísperas de las elecciones de 1932, Vega regresó a las Segovias e incitó al general sandinista, Juan Gregorio Colindres, a proclamarse presidente

provisional del país. Dicha proclama enfureció a Sandino, al extremo que ordenó ejecutar a Vega. Esta acción reforzó el temor de los artesanos de que Sandino y sus hombres fueran “bandidos”, tal como los denunció el beligerante sindicato de tipógrafos de Managua.⁷² Por tanto, la violencia – y no sólo las diferencias políticas – llevó a muchos artesanos a rechazar una alianza con Sandino en 1933.

Por consiguiente, con mucha cautela el guerrillero empezó a prestar atención a las propuestas de los conservadores. La primera evidencia clara de su creciente aproximación se produjo a fines de febrero de 1933, cuando Sandino escogió como su vocero al periódico *La Nueva Prensa* de Managua, que entonces era la principal tribuna de los corporativistas conservadores. Esta opción apenas sorprendió a los funcionarios norteamericanos, para quienes éste era el diario más hostil a EE.UU., a la vez que el más prosandinista del país.⁷³ Empero, su editor Gabry Rivas – un hacendado conservador de cuarenta y tres años de edad – tenía un historial de tensas relaciones con Sandino. Durante mucho tiempo, Rivas había sido un militante incondicional del Partido Conservador. No sólo participó en el golpe de estado de Emiliano Chamorro en 1925, sino también ayudó a organizar la campaña de 1928 a favor de la boleta conservadora, encabezada por dos oligarcas granadinos – el “Rey del Azúcar” Adolfo Benard Vivas y Julio Cardenal Argüello. (Véase imagen 24). A raíz de la derrota de los conservadores en los comicios de 1928, Rivas se unió al Partido Autonomista, solidario con Sandino, y se convirtió en un ferviente admirador del guerrillero. En consecuencia, fue expulsado de Nicaragua en 1929, junto con varios miembros de dicha organización. Sin embargo, al igual que otros Autonomistas, Rivas se decepcionó de Sandino durante la prolongada estadía del guerrillero en México. En determinado momento, llegó a declarar que los sandinistas merecían ser “destruidos” si se negaban a deponer las armas pacíficamente.⁷⁴ Debido, en parte, a su nueva posición contraria a Sandino, se le permitió regresar a Nicaragua en vísperas de los comicios de 1932. No obstante, cuando el Partido Conservador perdió esas elecciones, Rivas siguió el ejemplo de

otros correligionarios y procuró reconciliarse con Sandino. Una vez que el guerrillero depuso las armas, Rivas figuró entre sus partidarios más elocuentes. Sandino agradeció a Rivas su cambio de actitud, escogiendo a *La Nueva Prensa* como el medio de comunicación de su movimiento.⁷⁵ Obviamente, el oportunismo político incidió en la decisión del guerrillero. Al igual que los corporativistas conservadores veían a Sandino como un “instrumento” para conquistar el poder, éste intentaba utilizar a los conservadores para organizar su nuevo partido político.⁷⁶ Empero, esta convergencia mutua también obedecía a razones ideológicas. Tal como temía el ministro norteamericano Hanna, el acercamiento entre Sandino y los oligarcas conservadores obedecía a “una comunidad de intereses e ideas”.⁷⁷

“Una Comunidad de Intereses e Ideas”

El principal punto de convergencia entre los oligarcas conservadores y Sandino era la idea de que el retiro de las tropas de ocupación no significaba el fin de la lucha de Nicaragua en contra del imperialismo norteamericano. Esta posición antinorteamericana era muy notoria porque pocos nicaragüenses la compartían. Incluso Sandino, pese a su sempiterno optimismo, observó que “desaparecida ... la intervención armada en Nicaragua, los ánimos se enfriaban, porque la intervención política y económica el pueblo la sufre, no la mira y lo peor, no la cree”.⁷⁸ A fin de contrarrestar esa actitud conformista, Sandino lanzó un manifiesto en el que trazó su estrategia para restablecer la plena autonomía nacional de Nicaragua.⁷⁹ Destacando sus estrechos lazos con los oligarcas conservadores, Sandino logró que la imprenta de Pedro Joaquín Chamorro Zelaya publicara su extenso documento a modo de folleto. Además, *La Prensa* de Chamorro fue el único periódico que divulgó todo el manifiesto en una serie de entregas. El cuerpo de oficiales de la Guardia, así como la mayoría de los políticos y periódicos liberales, reaccionaron con indignación ante el manifiesto de Sandino, y lo interpretaron como un llamado

a derrocar al gobierno de Sacasa.⁸⁰ En contraste, la prensa conservadora respaldó los esfuerzos “patrióticos” de Sandino por erradicar todo vestigio de influencia norteamericana en Nicaragua. Los corporativistas conservadores, en especial, vieron con agrado la insistencia de Sandino en que Nicaragua sólo podría alcanzar su plena independencia política y económica mediante la destrucción del sistema de gobierno vigente, forjado por EE.UU. de acuerdo a su propio modelo.⁸¹ Sin embargo, aunque Sandino y sus simpatizantes conservadores coincidían en la búsqueda de un nuevo orden político y económico, al inicio su “comunidad de intereses e ideas” se expresó sobre todo a través de su cruzada contra la americanización de la cultura nicaragüense.

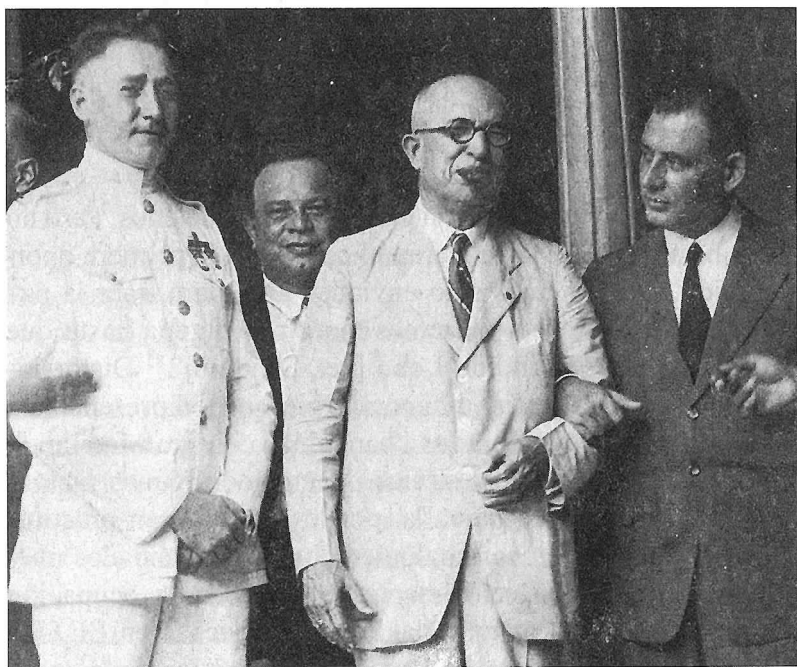


Imagen 24. Gabry Rivas (*segundo de la izquierda*) con un oficial naval de EE.UU. y los candidatos conservadores a la presidencia y vicepresidencia, Adolfo Benard Vivas (*segundo de la derecha*) y Julio Cardenal Argüello, en Granada la víspera de las elecciones de 1928. *Cortesía del Instituto de Historia de Nicaragua y de Centroamérica.*

La contienda pacífica empezó a mediados de febrero de 1933, cuando Sandino y sus simpatizantes conservadores protestaron en contra del empeño de la compañía cinematográfica *Paramount Pictures* de filmar el inminente desarme de los sandinistas en sus campamentos segovianos.⁸² (Véase imagen 25). Ésta no era la primera vez que Hollywood había tratado de contactar a Sandino; su interés en el guerrillero nicaragüense se remontaba a enero de 1928.⁸³ Sin duda, Sandino pudo haberse beneficiado de los pródigos fondos y el alcance mundial de Hollywood. Empero, rechazó firmemente sus ofertas por temor a que su lucha nacionalista fuese ridiculizada en la pantalla cinematográfica.⁸⁴

Los recelos de Sandino no eran infundados. Hacia 1933, Hollywood había producido varias películas taquilleras que ensalzaban a los *marines* en Nicaragua y, a la vez, denigraban a los sandinistas como bandidos salvajes. Como típico ejemplo, en *Flight* - la famosa película de Frank Capra de 1929 - el comandante de un escuadrón aéreo norteamericano en Nicaragua advertía a sus pilotos: “la primera vez que vean a esos bandidos tendrán ganas de reírse de ellos. Pero no los subestimen. Les arrancarán el corazón a la primera oportunidad. Ahora, hemos sido enviados aquí para traer la paz a Nicaragua. Pero no podremos tener paz alguna hasta que capturemos a ese bandido Lobo [i.e., Sandino]”.⁸⁵ Distorsionando aún más la realidad histórica, Hollywood presentaba a los *marines* derrotando a los “bandidos” con gran facilidad, pese a su inferioridad numérica. Y, cuando algunos nicaragüenses aparecían en pantalla, por lo general eran prostitutas anuentes a traicionar cualquier causa, o hacendados muy americanizados que servilmente respaldaban la ocupación norteamericana. Ante todo, las películas hechas en EE.UU. sobre la rebelión de Sandino presentaban a Nicaragua como una jungla, sin población urbana, grandes edificios, establecimientos comerciales, carreteras, electricidad, u otros rasgos de modernidad. Debido a esas “cruelles” tergiversaciones, *La Nueva Prensa*, que simpatizaba con Sandino, temía que el público extranjero se hubiera formado una imagen de

Nicaragua como un país “salvaje, sin cultura, [y] sin civilización”, que sólo podría “progresar” con la ayuda del ejército y de las compañías norteamericanas.⁸⁶



Imagen 25. Soldados sandinistas entregando sus armas en las Segovias, en febrero de 1933.

Cortesía del Instituto de Historia de Nicaragua y de Centroamérica.

Sandino y sus simpatizantes conservadores tenían toda la razón en pensar que la caricatura de Nicaragua, bajo la ocupación norteamericana, servía a los intereses nacionalistas de los Estados Unidos. En efecto, desde que EE.UU. invadió Cuba y Puerto Rico en 1898, las películas de Hollywood procuraban justificar la intervención en la Cuenca del Caribe, satirizando la supuesta incapacidad de los pueblos de la región para gobernarse por sí mismos.⁸⁷ Este tipo de filmes también reflejaba, en términos más amplios, la manera en que Hollywood representaba a América Latina, como un continente “primitivo” y “atrasado”.⁸⁸ Por consiguiente, si las producciones de Hollywood ofrecían a los norteamericanos la oportunidad de celebrar sus aspiraciones nacionalistas,

en América Latina se convirtieron en un blanco de protestas patrióticas.⁸⁹ La cruzada impulsada en toda América Latina para prohibir las películas norteamericanas que se considerasen ofensivas a las culturas locales, inspiró la campaña en contra de Hollywood librada por Sandino y sus simpatizantes conservadores en 1933. Sin embargo, la campaña nicaragüense no se limitaba a defender una nacionalidad “civilizada”. En especial, cuestionaba el empeño de Hollywood en negar a Sandino y a otros nicaragüenses el derecho a impulsar un proyecto nacional independiente de los Estados Unidos.

En última instancia, Sandino y sus simpatizantes conservadores creían que el principal obstáculo para el proceso de creación de una nacionalidad más sólida se encontraba dentro del propio país, y consistía en la tendencia de los nicaragüenses a adoptar las costumbres norteamericanas. Al inicio, Sandino atribuía la culpa de la obsesión de sus compatriotas con el “americanismo” a los banqueros de Wall Street que, a su juicio, habían introducido “la cizaña del dólar en Nicaragua”.⁹⁰ Posteriormente, a medida que la Guardia Nacional cobraba más poder, con mayor frecuencia Sandino achacaba la “desnacionalización” de los nicaragüenses a esta institución americanizada. Los oligarcas conservadores partidarios de Sandino compartían la perspectiva del guerrillero de que el dólar maldito y la “renegada” Guardia estaban socavando la nacionalidad nicaragüense de manera significativa. Empero, a su juicio, la principal causa de la americanización de Nicaragua radicaba en la admiración de sus compatriotas por la cultura de los Estados Unidos. En particular, criticaban a la “mujer moderna”, cuyo estilo de vida americanizado ya era blanco de las denuncias de los Caballeros Católicos desde inicios de la década de 1920. En el contexto del giro militarista que tomó la intervención de EE.UU. después de 1927, también censuraban a las mujeres nicaragüenses (de clase alta, por lo general) que confraternizaban con los soldados norteamericanos. Este tipo de denuncias aparecía con mayor frecuencia en los periódicos, pero las más impactantes eran las que se vertían desde los pulpitos y en las manifestaciones en contra

de EE.UU., pues los conservadores llevaban pancartas con consignas tales como: “Mueran las mujeres nicaragüenses casadas con yanquis”.⁹¹

El recelo nacionalista no era la única razón por la cual los oligarcas conservadores se oponían tenazmente a que las mujeres de la élite socializaran con los soldados norteamericanos. El principal motivo era que las mujeres “Yanquizadas” representaban un abierto desafío a su autoridad patriarcal. Por ejemplo, un funcionario de EE.UU. observó que un sacerdote “desaprobaba los modales y costumbres traídos por los *marines*. Las revistas que llevan enseñan a las muchachas a usar vestidos cortos y melenas por encima del hombro. Por tanto, él siente como si está perdiendo su control”.⁹² En particular, los oligarcas se alarmaban porque muchas jóvenes solteras de clase alta sostenían relaciones sexuales con oficiales y reclutas del ejército norteamericano. Su temor era tan extremo que solían marginar a sus hijas, si contraían matrimonio con miembros del personal militar de los Estados Unidos.⁹³

Aunque Sandino y sus simpatizantes conservadores discrepaban en cuanto a la identificación de los agentes “americanizadores” más nocivos, coincidían en la necesidad de expulsar del “espíritu popular la modalidad yanqui contagiosa”, para poder forjar una “nueva Nicaragua”, según palabras de un conservador.⁹⁴ Por tanto, promovían campañas convocando a sus compatriotas a retomar prácticas culturales que calificaban de genuinamente nicaragüenses. Ambos defendían con ardor la música “tradicional” del país, mientras criticaban los estilos norteamericanos de músicaailable más “sensuales” como el jazz y el Charlestón, que gozaban de gran popularidad.⁹⁵ Este empeño en des-americanizar el “espíritu popular” de Nicaragua recibió mucha publicidad, y quizá proporcionó la base ideológica más sólida para la incipiente alianza entre Sandino y los conservadores corporativistas, que empezó a forjarse a inicios de 1933.

Sandino y sus simpatizantes conservadores no sólo compartían su ímpetu antiamericanista, sino además la firme convicción de que los nicaragüenses necesitaban romper

con el modelo de desarrollo nacional, liberal y cosmopolita, predominante desde la época de Walker. Ambos propugnaban ideales corporativistas, y una visión nacional de bases agrarias, sumamente moralista y religiosa, que valoraba la armonía entre las clases sociales. Por consiguiente, contrastaban las costumbres campesinas que consideraban autóctonas y saludables, con el hedonismo cosmopolita de los pobladores urbanos del país. Por ejemplo, según el líder guerrillero, la homosexualidad no existía en el mundo rural, pues era una "degeneración urbana".⁹⁶ El nacionalismo agrario de Sandino y los oligarcas conservadores también presentaba un fuerte empuje anticapitalista y abogaba por reformas sociales, tal como se refleja en su llamado a llevar a cabo una significativa redistribución de las tierras estatales en beneficio de los campesinos. A diferencia de previas generaciones de nacionalistas nicaragüenses, Sandino y sus simpatizantes conservadores buscaban dentro del país (y no en el extranjero) la fuente de inspiración para crear un proyecto nacional capaz de resistir las pretensiones imperiales norteamericanas.

Obviamente, el proyecto nacionalista de Sandino guardaba considerables diferencias con respecto al de sus simpatizantes conservadores. Aunque ambos valoraban el corporativismo como un sistema de gobierno idóneo, el modelo de Sandino era mucho más incluyente, pues sostenía que las riendas del gobierno debían estar en manos de los sectores populares y no de las clases altas.⁹⁷ Además, mientras el acento religioso del nacionalismo de Sandino era reflejo de su espiritualismo anticlerical y del catolicismo popular de sus partidarios, los conservadores se identificaban con una forma de catolicismo social muy elitista, y centrada en la Iglesia. Por otra parte, su rechazo a la base económica del estado-nación liberal partía de perspectivas muy distintas. El anticapitalismo de Sandino estaba saturado de la tradición marxista, mientras que el de los conservadores evocaba una corriente crítica de base religiosa, en boga entre los corporativistas católicos de tendencia fascista de esa época, tanto en el continente americano como

en Europa. Empero, quizá la principal diferencia consistía en que, a juicio de Sandino, era necesario establecer la cooperativa campesina igualitaria y futurista como piedra angular de la nación. Por su parte, los conservadores valoraban la hacienda ganadera jerárquica, de origen colonial, como la columna vertebral de la sociedad.⁹⁸ Aunque la idea de Sandino de una utopía bucólica chocaba con el agrarismo reaccionario de los conservadores, esto no impidió que ambos trataran de transformar juntos el estado-nación nicaragüense.⁹⁹

Abrazando el Mestizaje

El nacionalismo cultural de los oligarcas conservadores, que sirvió de puente para acercarlos a Sandino, reflejaba el “espíritu antiburgués” desarrollado por éstos y otros Caballeros Católicos diez años antes. No obstante, hacia 1933 habían incorporado un nuevo elemento crucial en su concepto de nación: la idea del mestizaje o, para emplear un término de Sandino, de la raza “indo-hispánica”. La aceptación de una nacionalidad racialmente mezclada – mestizaje – por parte de los acaudalados conservadores no dejaba de llamar la atención, pues desde mucho tiempo atrás constituían el sector social más identificado con la raza blanca en Nicaragua. En la década de 1920, algunos oligarcas todavía elogiaban la “hispanidad” del mundo rural de Chontales, y menospreciaban a la raza mixta “indo-latina” por su “indolencia”.¹⁰⁰ Sin embargo, a inicios de la década de 1930, un creciente número de conservadores había pasado a celebrar “la unión del español y el indio” en el alma de la nación.¹⁰¹ Con el tiempo, los oligarcas conservadores incluso llegaron a proclamar con orgullo su propia identidad mestiza – un giro quizá más notorio en el caso del senador Carlos Cuadra Pasos.¹⁰² En efecto, este sector de la élite modificó sus ideales raciales con tal convicción que, hacia 1940, se convirtió en el principal promotor del concepto del mestizaje como base de la nacionalidad

nicaragüense, con Pablo Antonio Cuadra, hijo de Carlos Cuadra Pasos, a la cabeza.

Considerando que el concepto de mestizaje tiene múltiples significados, llama la atención que los oligarcas conservadores y Sandino coincidieran en entender esta ideología nacionalista de una manera muy semejante.¹⁰³ En primer lugar, no concebían la mezcla racial como un medio para “blanquear” la nación, ni tampoco buscaban construir una nación mestiza en oposición a otros grupos sociales nicaragüenses, como los “indios”, “negros” o “blancos”. Más bien, su principal contrapunto eran las “bestias rubias” que encarnaban a los Estados Unidos. Por tanto, el conflicto entre la nacionalidad norteamericana y la nicaragüense no se reducía a la diferencia de prácticas culturales y religiosas, sino que cobró un hondo significado racial. Tal como insistía el archicatólico Pablo Antonio Cuadra: “estamos intervenidos por una raza distinta. Queremos ... conservar la nuestra. No dejar que se evapore nuestro espíritu ... indoespañol”.¹⁰⁴ Además, tanto los conservadores como Sandino imaginaban a la Nicaragua “Indo hispánica” como una nación racialmente homogénea – un concepto muy distinto al de la nacionalidad heterogénea integrada por diversos grupos étnicos, los “inditos, zambos, mulatos, y mestizos”, ensalzado con tanto ardor por los seguidores de Luis Mena en 1912.

Aunque existía una convergencia entre el proyecto de mestizaje de Sandino y el de sus simpatizantes conservadores, también presentaban diferencias. Por ejemplo, los conservadores expresaban una percepción mucho más benevolente sobre el origen del mestizaje en el período colonial, sosteniendo que la nacionalidad mestiza nicaragüense era resultado del encuentro pacífico entre los colonizadores españoles y los indígenas.¹⁰⁵ Por el contrario, Sandino recalca la violencia de la conquista y del dominio imperial español. Sobre todo, su proyecto de mestizaje perseguía democratizar las jerarquías sociales. No obstante, la diferencia más profunda se derivaba del hecho de que, en los comienzos de su lucha, Sandino identificaba

a los oligarcas conservadores con el imperialismo de los Estados Unidos. Como resultado, en un inicio su nación “indo hispánica” excluía a quienes, en 1933, pasaron a ser sus principales simpatizantes entre la élite.

La metamorfosis de los nicaragüenses más “blancos” en los principales abanderados del mestizaje obviamente obedecía al éxito de la resistencia sandinista contra los invasores norteamericanos. En julio de 1927, tan sólo unas semanas después del inicio de la lucha nacionalista de Sandino, sus admiradores entre el sector de los artesanos urbanos distribuyeron un volante deplorando que la general renuencia de los nicaragüenses a oponerse a los invasores reflejaba “a qué grado de ... degeneración ha llegado nuestra raza [indo hispánica]”.¹⁰⁶ Pero, al cabo de un año los sandinistas parecían haber inspirado a muchas personas a adoptar una percepción mucho más positiva de la “raza indo hispánica”. Tal como observó un residente alemán en julio de 1928, el “hecho que los Estados Unidos fuesen suficientemente fuertes como para derrotar a Alemania [en la I Guerra Mundial], pero no son capaces de derrotar a un hombre sólo como Sandino, le dice a la gente que ser un Indio-Latino es mejor que ser de raza blanca”.¹⁰⁷ Si en realidad la lucha de Sandino llevó a los nicaragüenses a creer que los “indo latinos” eran superiores a los “blancos”, los oligarcas conservadores tenían buenos motivos para explotar su concepto de mestizaje, con el propósito de ampliar su base política. Más aún, puesto que el imaginario del indo hispanismo era tan valioso para Sandino, su adopción por parte de los conservadores facilitó el acercamiento entre ambos en 1933.

No obstante, el oportunismo político, por sí solo, no basta para explicar por qué los conservadores simpatizantes de Sandino modificaron su imagen racial de la nación. La evolución de su perspectiva también era una reacción ante el insolente racismo de los invasores norteamericanos. Por lo común, las tropas norteamericanas – integradas exclusivamente por hombres blancos – veían a todos los nativos nicaragüenses

como “otros” en términos raciales, miembros de una raza híbrida y, por ende, culturalmente inferior. Según palabras de un comandante norteamericano de la Guardia: “Siendo una mezcla de sangre latina e indígena, [los nicaragüenses] son más bien tumultuosos, y parecen gozar ... del desorden cívico con un ánimo muy semejante a nuestra afición por el fútbol”.¹⁰⁸ Esa percepción disgustaba a los oligarcas conservadores en especial, pues durante mucho tiempo habían utilizado la ideología de la superioridad de la raza blanca para legitimar su estatus privilegiado. Además, puesto que eran los principales intermediarios del poder en el mundo rural nicaragüense, les enfurecía el paternalismo racial que apuntalaba la cruzada de los militares de EE.UU. contra el caudillismo. En particular, los oligarcas conservadores atribuían los humillantes arrestos que sufrían numerosos miembros de su sector social a la actitud racista de los oficiales norteamericanos de la Guardia.

Asimismo, la élite conservadora resentía que se les representara como seres “primitivos” en algunos artículos publicados por funcionarios de EE.UU. en revistas norteamericanas. El texto más denigrante fue escrito por el Teniente Coronel Dan Sultan para el *National Geographic Magazine*.¹⁰⁹ Según *El Diario Nicaragüense*, Sultan había tergiversado intencionalmente las prácticas culturales de la élite conservadora granadina, con el propósito de mostrar que Nicaragua era “un país completamente salvaje, lleno de ... cultos exóticos”.¹¹⁰ Este medio de comunicación de la oligarquía conservadora de Granada rechazaba, en particular, la leyenda al pie de una fotografía de Sultan, que supuestamente ilustraba cómo los “Granadinos visten trajes fantasmagóricos para exorcizar a los espíritus malignos en la víspera de la Navidad”; cuando, en realidad, la imagen mostraba a las élites locales participando en el Baile de la Gigantona, una tradicional fiesta de la cultura mestiza celebrada el 7 de diciembre. (Véase imagen 26). Al elogiar el mestizaje, los conservadores pro-sandinistas cuestionaban abiertamente la afirmación de los norteamericanos sobre la inferioridad de lo que, en palabras de Sultan, constituían razas “mal mezcladas”.



Imagen 26. Esta foto, que apareció en la edición del mes de mayo de 1932, fue objeto de amargas críticas por parte de los oligarcas conservadores de Granada por la descarada tergiversación de sus prácticas culturales. El pie de foto original afirmaba: “granadinos visten trajes fantasmagóricos para exorcizar espíritus malignos en la víspera de Navidad. Llevando máscaras aterradoras y cargando una enorme estatua de un santo, desfilan por las posadas y cantinas, simulando buscar un lugar para el nacimiento del Niño Jesús; pero su búsqueda siempre fracasa, aunque ellos fingen expulsar a los demonios dondequiera se presentan”.

En *National Geographic Magazine* 61.5 (1932): 604.

En última instancia, los oligarcas conservadores y Sandino valoraban la ideología del indo hispanismo por su potencial para homogeneizar y salvar las divisiones de la nación. Su búsqueda de la unidad nacional también contribuye a explicar por qué ambos propugnaban formas de gobierno corporativistas. Sin duda, su convicción de que el corporativismo y el mestizaje marchaban de la mano era compartida por muchos nacionalistas latinoamericanos en la época de la Depresión.¹¹¹ Empero, la adopción de ambas ideologías, por Sandino y sus simpatizantes conservadores, no obedecía al temor de que los conflictos sociales despedazaran a la nación,

sino a su percepción de que Nicaragua se había convertido en la principal víctima de la intervención norteamericana debido a sus divisiones políticas. Resultan sugerentes los llamados de este grupo de conservadores, rogando a los nicaragüenses a apoyar los planes políticos de Sandino y a emular a sus antepasados que, superando graves diferencias políticas, se habían unido para expulsar a William Walker y su ejército de filibusteros en 1857.¹¹²

Esta analogía tenía un poderoso atractivo. Sin embargo, no era muy precisa en términos históricos, pues la propuesta de reconciliación nacional de los conservadores simpatizantes de Sandino en 1933 se distinguía de la situación de 1857 en dos aspectos clave. En primer lugar, en la década de 1930, los oligarcas conservadores creían que emular a EE.UU. acarrearía peligros, en vez de beneficios, para la nacionalidad nicaragüense. Por consiguiente, su llamado a la unidad nacional propugnaba ideologías – el corporativismo católico autoritario y el mestizaje – que cuestionaban los ideales liberales defendidos por sus antepasados con tanto fervor. En segundo lugar, este grupo de conservadores luchaba por un tipo diferente de unidad nacional: en vez de seguir el camino de la convergencia de la élite del período de Walker, intentaban acercar a una rancia oligarquía con un sector de revolucionarios populares. Por tanto, celebraron con sumo interés la oportunidad de reunirse con el guerrillero el 21 de mayo de 1933, esperanzados en lanzar su nuevo partido político.

El Enigmático Desencuentro

La convocatoria de Sandino a la reunión de mayo representó su primer esfuerzo concreto por dar un nuevo giro a la política nicaragüense, después del fin de la ocupación militar de los Estados Unidos. Sin duda, al hacer este llamado Sandino creía poder explotar el “espíritu revolucionario” que, según el Ministro norteamericano Hanna, se extendía entre la población del país en esa coyuntura.¹¹³ Corroborra este argumento

una carta enviada por un oficial sandinista desde las Segovias, explicando que su jefe supremo partía hacia Managua con el objetivo de crear un nuevo partido, integrado por numerosos “obreros, estudiantes y la gran masa campesina”, que estaban hartos de todo el “chanchullo” político del pasado.¹¹⁴ No obstante, Sandino comprendía muy bien que le resultaría imposible fundar un movimiento de masas tan sólo con sus propios recursos. Por tanto, deseaba aprovechar la reunión de mayo para reclutar activistas políticos que le ayudaran a crear un partido con bases en todo el país.

Sandino invitó a un variopinto grupo de simpatizantes a dicha reunión. Algunos representaban a organizaciones izquierdistas de trabajadores. Otros eran destacados líderes estudiantiles. Empero, para la prensa nicaragüense, los invitados más importantes eran los corporativistas conservadores, percibidos como los cerebros detrás de la convocatoria de Sandino.¹¹⁵ Por ejemplo, el principal periódico del país publicó una caricatura política que representaba la mano del “conservatismo” empuñando el hacha del “Tercer Partido” [i.e. Autonomista], acompañada del comentario de que esa herramienta sería utilizada para despedazar al Partido Liberal.¹¹⁶ Aún antes de la reunión de mayo, algunos líderes conservadores corporativistas como Luis Alberto Cabrales habían viajado a las Segovias para reunirse con el guerrillero. Sin embargo, la Guardia Nacional les impidió acercarse al campamento de Sandino.¹¹⁷ Otras personas de menor rango asociadas con el Partido Conservador también intentaron contactar a Sandino en las Segovias. Paradójicamente, uno de éstos era el joven contador granadino Daniel Ortega Cerda, cuyos hijos Daniel y Humberto, posteriormente dirigirían la Revolución Sandinista de 1979.¹¹⁸ En la víspera de la reunión del 21 de mayo, Ortega escribió a Sandino manifestándole: “ardientemente deseo estar a su lado y luchar por ... la libertad y el honor nacional”.¹¹⁹ No es de extrañar que estos hechos reforzaran la percepción general de que los conservadores eran los principales aliados de Sandino.

Pero quizá lo más relevante sea que Sandino haya convocado la reunión de mayo menos de un mes después de que los conservadores corporativistas fundaran el Partido Trabajador Nacionalista (no debe confundirse con el Partido Trabajador Nicaragüense de tendencia comunista). Los conservadores esperaban que Sandino adoptara el programa de dicho partido en la reunión de mayo. Éste había sido divulgado a través de los periódicos locales, y su contenido revelaba que prominentes conservadores habían llegado a aceptar aspectos clave del sandinismo. Aunque en el texto no se mencionaba explícitamente al líder guerrillero, indicaba que los corporativistas conservadores compartían, en gran medida, no sólo su antiamericanismo, sino también su demanda de reformas sociales de envergadura, tal como la redistribución de tierras estatales, así como su rechazo a las formas liberales de gobierno. Al mismo tiempo, reflejaba que los corporativistas conservadores habían desarrollado un plan más integral para llevar a cabo la transformación de las relaciones entre el estado y la sociedad.

El programa del Partido Trabajador Nacionalista llamaba a establecer un estado corporativista autoritario (“nacional-socialista”).¹²⁰ Asimismo, exigía que “las actuales cámaras políticas de Senadores y Diputados sean destruidas, y sustituidas por cámaras de Oficios y Profesiones”. A su juicio, el país debía ser gobernado por una dictadura elitista; por tanto, proclamaban: “La dictadura de hombres selectos no sólo es deseable sino urgente. Hacia ella vamos. La Dictadura es el instrumento indispensable a toda fuerte renovación, y con ella crearemos la ‘Nueva Nicaragua’ ”. Este énfasis en la dictadura, así como en la necesidad de una profunda renovación moral y política, era un elemento intrínseco al proyecto corporativista, que la élite conservadora venía desarrollando en respuesta al giro militarista del dominio imperial norteamericano en 1927. Lo novedoso de este programa era su insistencia en la necesidad de militarizar la sociedad local. “No sólo los colegios deben ser establecidos bajo un régimen militar” – proclamaba – “sino toda la nación”. De manera más

específica, aclaraba: “pretendemos la organización de la República como un ejército de trabajo, listo para transformarse en Ejército de Guerra cuando lo exija la Defensa Nacional”. Esta era la primera vez que los corporativistas de la élite nicaragüense abogaban por un régimen militar en público. Y, tal como declararon en otro documento, deseaban que Sandino encabezara su dictadura.¹²¹

Al margen de que Sandino conociera o ignorara el plan de los conservadores, en esencia lo vetó cuando canceló la reunión del 21 de mayo, poco antes de la hora prevista para su inicio. En forma tajante, Sandino declaró a la prensa nacional que su decisión obedecía a que el presidente Sacasa “la creyó inconveniente”.¹²² A continuación, Sandino se apresuró a regresar a su cooperativa agrícola en las Segovias. Nunca más trató de fundar un partido de bases nacionales. Por tanto, el desencuentro del 21 de mayo constituyó un hito decisivo, pues marcó el principio del fin del sandinismo como una fuerza política.

La aciaga decisión de Sandino de abandonar la política nacional desconcertó a muchos nicaragüenses. Reforzó las percepciones, ampliamente difundidas, de que el aguerrido guerrillero era un político inepto, un regionalista segoviano desinteresado en la política nacional, o un revolucionario empeñado en obtener el poder por la vía militar y no por medios democráticos.¹²³ Mientras que esta última opinión parecía razonable, las dos primeras eran infundadas. Sandino había demostrado considerable habilidad política al librar la campaña guerrillera antinorteamericana más exitosa en la historia de América Latina; además, era un ferviente nacionalista empeñado en crear un estado centralizado y fuerte. En efecto, el día que canceló la reunión prevista, Sandino concedió una segunda entrevista, poco difundida, en la que justificó su decisión declarando: “yo no podría ser jamás Presidente de Nicaragua porque inmediatamente me convertiría en Dictador”. Pero, a continuación, agregó: “[la dictadura] es lo que necesita este país”.¹²⁴ Esta afirmación evocaba una declaración anterior, en la cual Sandino aseguró que Nicaragua requería un régimen

militar para liberarse plenamente de las cadenas del imperialismo de los Estados Unidos.¹²⁵

Resulta muy probable que Sandino cancelara la reunión del 21 de mayo, temiendo carecer del apoyo popular necesario para su proyecto político. Mientras el guerrillero se encontraba en su refugio de las Segovias, le resultaba fácil creer que podía convocar el “espíritu revolucionario” de los artesanos y trabajadores urbanos para impulsar su “revolución política”. Pero cuando llegó a la capital el 19 de mayo y fue recibido con frialdad, debió haber comprendido hasta qué punto la opinión popular se había volteado en su contra. Por tanto, Sandino tenía buenos motivos para posponer la fundación de su nuevo partido, hasta que lograra conquistar mayor apoyo popular. Poco después de anunciar la suspensión de la reunión del 21 de mayo, Sandino declaró: “No he renunciado a los derechos de ciudadano y mi programa está en pie y no liquidado”. A continuación agregó: “no me suicidaré por obstinación”.¹²⁶

La Ruptura Final

Al margen de la racionalidad de los motivos de Sandino para suspender su convocatoria a formar un nuevo partido político, su decisión mermó, de manera considerable, el interés político de los corporativistas conservadores en la figura del líder guerrillero. No obstante, la principal causa de su ruptura definitiva fue la ambivalencia de Sandino con respecto al comunismo. Desde 1927, los conservadores lo habían defendido cuando se le acusaba de ser un comunista disfrazado de nacionalista. Después del 7 de junio de 1933, ya no les era posible seguirlo haciendo. Ese día los medios de comunicación más importantes de Nicaragua publicaron una carta privada de Sandino en la que proclamaba: “al Universo entero, con toda la fuerza de mi ser, que soy comunista racionalista”.¹²⁷ Esta declaración cayó como una bomba, pues muchos nicaragüenses la percibieron como la prueba definitiva de que Sandino había sido un comunista desde siempre.

La declaración de Sandino causó tal revuelo porque salió a luz justo en un momento cuando se encontraba marginado por el movimiento comunista. En un comienzo, el guerrillero había gozado de un fuerte apoyo de parte de la Internacional Comunista (Comintern).¹²⁸ Sin embargo, en 1930 rompió con esta organización dirigida por Moscú, porque se negó a proporcionarle la ayuda que necesitaba con urgencia y, además, le exigió cortar todo vínculo con sus aliados “pequeño burgueses” y “burgueses”.¹²⁹ A raíz de esa ruptura, muchos de los camaradas extranjeros de Sandino, incluyendo a Farabundo Martí, abandonaron su ejército o fueron expulsados del mismo. Sandino llegó a ser vilipendiado por comunistas de toda la región como un “caudillo pequeño burgués”. Y, cuando el guerrillero depuso sus armas en febrero de 1933, le acusaron de haberse “pasado al campo de los burgueses y hacendados nicaragüenses”.¹³⁰ De acuerdo a informes de funcionarios de EE.UU., la brecha se profundizó a tal extremo que “la impresión general en Nicaragua” era que “Sandino nunca ha[bía] sido, ni sería, simpatizante de ninguna actividad comunista”.¹³¹

Entonces, ¿por qué Sandino súbitamente se identificó como un comunista racionalista? Algunos corporativistas conservadores especularon que Sandino abogaba por una forma de comunismo muy diferente al marxismo-leninismo propugnado por el Comintern. O, quizá como se preguntó un conservador, ¿podría ser que el comunismo del guerrillero evocara, no el “grito de la Rusia Soviética” sino “el amor a toda la comunidad, el abrazo fraternal hacia los hombres, que lo paralela con el gran revolucionador de los tiempos, el grandioso Cristo?”¹³² Aunque Sandino alguna vez declaró ser comunista porque seguía el ejemplo de Jesucristo, su comunismo difícilmente podría considerarse una incipiente forma de teología de la liberación. Más bien representaba la doctrina de la Escuela Magnético-Espiritual de la Comuna Universal, un grupo espiritualista al que Sandino ingresó durante su estadía en México en 1929-30. Fundada en Argentina en 1911, esta escuela adoptó la filosofía del racionalismo en su búsqueda

de la “comunización” del mundo.¹³³ De ahí que su membresía, conformada por unas cinco mil personas, se declararan “comunistas racionalistas”.

La Escuela Magnético-Espiritual aceptaba algunos principios marxistas, en particular, su ideal de una sociedad sin clases. Sin embargo, su tipo de comunismo presentaba notables diferencias con respecto al marxismo-leninismo. Por ejemplo, la escuela proclamaba la reencarnación de los espíritus y, por tanto, privilegiaba una interpretación espiritualista de la historia, en vez de una materialista. Pero sobre todo buscaba “comunizar” el mundo por la vía de la difusión pacífica de comunas futuristas, al estilo de la cooperativa campesina de Sandino, y no mediante la lucha de clases.¹³⁴ Y, desde su perspectiva, la vanguardia que impulsaría la “comunización” del mundo no era el proletariado mundial, sino la “raza hispánica”. Empero, puesto que la Escuela Magnética-Espiritual era escasamente conocida fuera de México y Argentina, pocos nicaragüenses comprendían las significativas diferencias entre este tipo de comunismo y el marxismo-leninismo. No es de extrañar, pues, que cuando Sandino se declaró “comunista racionalista”, muchos de sus compatriotas lo vieron como un “Lenín nicaragüense”.¹³⁵ Curiosamente, el guerrillero no hizo nada para aclarar esa errada y aciaga percepción.

Sandino tenía plena conciencia de que sus principales simpatizantes dentro de la élite – los acaudalados corporativistas conservadores – eran enemigos acérrimos del comunismo. Su recelo hacia esa ideología se intensificó en 1933, cuando la crisis económica de Nicaragua tocó fondo, sumiendo al país en una turbulencia social. Dicha preocupación se agudizó, pues los periódicos nicaragüenses aseguraban que la agitación revolucionaria se extendía por toda América Latina, desde Chile hasta Cuba. Como resultado, incluso la prensa conservadora reconsideró su posición anterior, y expresó el temor que Nicaragua pudiera sufrir un levantamiento “comunista” similar al ocurrido en El Salvador en 1932. En opinión de sus simpatizantes conservadores, Sandino no pudo haber escogido un peor momento para identificarse como comunista

– en este contexto significaba cometer “suicidio político”, tal como expresó *La Prensa*.¹³⁶

Convencidos de las inclinaciones comunistas de Sandino, los corporativistas conservadores percibieron al guerrillero como persona non grata. En particular, no acudieron en su auxilio a inicios de 1934, cuando las tensiones entre los sandinistas y la Guardia Nacional llevaron a Nicaragua al borde de otra guerra civil. La crisis se originó porque el general Anastasio Somoza García – Jefe de la Guardia Nacional a raíz del retiro de las tropas de EE.UU. – exigió a Sandino desarmar a los cien hombres que protegían su cooperativa en las Segovias. La respuesta del guerrillero fue cuestionar en público la legitimidad constitucional de ese cuerpo militar creado por los Estados Unidos. Sandino agravó el malestar entre la Guardia cuando afirmó, en una entrevista muy difundida, que en Nicaragua existían tres “poderes”: “la fuerza del Presidente de la República, la de la Guardia Nacional, y la mía”.¹³⁷ Empero, el mayor motivo de alarma entre el cuerpo de oficiales de la Guardia era un acuerdo firmado por Sandino y Juan Bautista Sacasa el 21 de febrero, por el cual el presidente de la república se comprometía a reformar a la Guardia en un plazo de seis meses, a cambio de la anuencia de Sandino a que un delegado presidencial supervisara sus tropas.¹³⁸ La jefatura de la Guardia se enfureció cuando Sacasa designó como delegado presidencial a uno de sus asesores más allegados a Sandino.

Plenamente convencidos de que el presidente Sacasa y Sandino pretendían destruir su institución, los oficiales de la Guardia llevaron adelante su antiguo plan de “eliminar” a Sandino y el sandinismo.¹³⁹ La noche del 21 de febrero de 1934, una patrulla de la Guardia capturó y ejecutó al líder guerrillero y a cuatro de sus generales, cuando salían del Palacio Presidencial, después de cenar con Sacasa. El siguiente día, las tropas de la Guardia atacaron la cooperativa de Sandino en las Segovias, asesinando a más de trescientos hombres, mujeres y niños. Con esta masacre, la Guardia purgó al sandinismo del cuerpo político de la nación.

Muchos nicaragüenses – ricos y pobres – vieron con buenos ojos la “aniquilación” de los sandinistas, con la esperanza de que contribuiría a resolver la crisis política y económica del país.¹⁴⁰ Los ex-simpatizantes conservadores de Sandino recibieron en silencio este dramático giro en la coyuntura, quizá avergonzados por haber abandonado a su antiguo héroe. No aprobaron de manera explícita el asesinato de Sandino sino hasta después del 10 de marzo, cuando la Guardia anunció el sorpresivo hallazgo de unos documentos secretos, alegando que constituían la evidencia de planes, urdidos por Sandino desde el inicio, para impulsar un levantamiento “comunista”. Al igual que otros oligarcas conservadores, el granadino Manolo Cuadra se consternó profundamente ante la noticia del descubrimiento del supuesto plan revolucionario del líder guerrillero. En ese momento, escribía una crónica favorable a Sandino, acerca de la guerra entre la Guardia, dirigida por EE.UU., y el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional. En una carta que envió a su hermano, entonces residente en Nueva York, Manolo afirmó: “las acciones de admiración por Sandino bajaron últimamente ... al encontrársele documentos que acreditaban un movimiento revolucionario. [Por tanto] no podré escribir un libro para Sandino; pero sí contra los yanquis”.¹⁴¹ Aún después de su muerte, la actitud aparentemente ambigua de Sandino con respecto al “comunismo” angustiaba a sus antiguos simpatizantes entre la élite, aunque apenas debilitó su posición antiamericanista.

Conclusión

El asesinato de Sandino marcó el fin definitivo de los históricos esfuerzos de los conservadores por unir fuerzas con el principal movimiento revolucionario de Centroamérica. La afinidad ideológica, y no un simple oportunismo político, llevó a los oligarcas reaccionarios a buscar una inesperada alianza con el nacionalista revolucionario más aguerrido del istmo. Pese a sus decididos esfuerzos, los conservadores

nunca lograron ganarse a Sandino. Este hecho no es de extrañar, pues tal como han demostrado varios académicos, las élites y los grupos campesinos que rechazaban las ocupaciones norteamericanas en el resto de América Latina tampoco lograron salvar las diferencias de clase y forjar alianzas duraderas.¹⁴² Sin embargo, aún no alcanzamos a explicar con claridad la manera precisa en que las oposiciones de clase incidieron en el fracaso de los intentos de los conservadores por acercarse a Sandino. Ciertamente, los oligarcas conservadores rompieron con Sandino cuando éste se declaró "comunista". Empero, no se mostraron renuentes a contactar a los sandinistas durante la coyuntura de 1932, justo cuando muchos nicaragüenses percibían a los rebeldes campesinos como una amenaza revolucionaria al orden social, sin precedentes en su país. Por otra parte, sin duda el empeño de los conservadores en forjar una alianza con Sandino se vio afectado por la falta de apoyo popular. Por intenso que fuese su repudio al dominio imperial norteamericano, pocos nicaragüenses compartían la convicción de los corporativistas conservadores – y al parecer, también de Sandino – de que Nicaragua sólo podría defender su soberanía mediante la instauración de un gobierno dictatorial.

En última instancia, el factor principal que condenó al fracaso el proyecto conservador de forjar una alianza con Sandino radicaba en sus diferencias ideológicas. Ciertamente, ambos coincidían en algunos puntos cruciales. No obstante, esta convergencia era ilusoria, pues los conservadores no captaban, o malentendían, algunos aspectos clave del sandinismo, en particular, su vínculo con el comunismo espiritual. La fuente primordial de discordia entre los corporativistas conservadores y Sandino no nacía de las inclinaciones marxista-leninistas del guerrillero, como sostuvieron los primeros. Más bien, radicaba en sus concepciones opuestas del antiamericanismo: mientras el guerrillero defendía una corriente utópica de esta ideología, su versión conservadora era profundamente reaccionaria. El intento de los conservadores de aliarse con Sandino constituía, por tanto, un proyecto muy engorroso.

Paradójicamente, justo cuando sus enemigos políticos más temían la viabilidad de su peculiar iniciativa, la tensión entre las perspectivas antiamericanistas conservadora y sandinista llegó a su punto límite, en julio de 1933. Tal como reconocería José Coronel Urtecho poco después del asesinato de Sandino, a medida que los conservadores corporativistas como él conocían mejor al guerrillero, menos se identificaban con su proyecto político.¹⁴³ Sin duda, este argumento era acertado. Pero su mismo empeño por aliarse con el principal revolucionario antinorteamericano del istmo, también destaca la fuerza del empuje del dominio imperial de EE.UU. que llevó a los oligarcas conservadores a volverse en contra del sueño americano, valorado durante tanto tiempo.

En efecto, aunque los oligarcas conservadores dieron la espalda a Sandino, nunca más abogaron por la americanización del país. Por el contrario, continuaron luchando por una Nicaragua “desamericanizada”. Y, más o menos al cabo de una década, evocarían de nuevo la figura de Sandino. Tal como se argumentará en el epílogo, Coronel Urtecho y otros oligarcas conservadores se vieron obligados a esperar hasta el triunfo de la Revolución Sandinista de 1979, para expulsar del “espíritu popular la modalidad yanqui contagiosa” y, por consiguiente, “liberar” a Nicaragua del elemento que, a su juicio, representaba el vestigio más duradero del dominio imperial de los Estados Unidos. No obstante, su triunfo exigía superar la tensión entre las corrientes reaccionaria y utópica del antiamericanismo, que había condenado al fracaso su empeño en forjar una alianza con Sandino.

Notas

- ¹ Para mayor información sobre la historia personal de Sandino, véase Wunderich, *Sandino*.
- ² *El Mensajero* 6.66, (junio 1925): 303.
- ³ Sobre cómo los conservadores de clase alta forjaron una alianza con la comunidad indígena de Matagalpa, véase Gould, *To Die in This Way*.
- ⁴ Ej., Selser, *Sandino*; Macaulay, *Sandino Affair*; y Torres Rivas, *Sandino*.
- ⁵ Ej., Wunderich, *Sandino*; Bendaña, *Mística de Sandino*; Hodges, *Sandino's Communism*; Vargas, *Floreció*; Dospital, *Siempre más allá*; y Navarro-Génie, *Augusto "César" Sandino*.
- ⁶ Ej., Schroeder, "To Defend Our Nation's Honor"; y Grossman, "Hermanos en la Patria".
- ⁷ Paige, *Coffee and Power*, 181.
- ⁸ USNA, RG 127, entrada 38, caja 19, expediente N-4.45, Timoteo García a Pedro González, marzo 9, 1932.
- ⁹ Instituto de Estudio del Sandinismo, *Ahora sé*, 243.

- 10 *La Tribuna*, agosto 19, 1928. Sobre la fama internacional de Sandino, véase Wünderich, *Sandino*, 120–29; y Vargas, *Floreció*, 250–58.
- 11 Ej., enero 15, 1929, carta de Manolo Cuadra a su hermano Luciano, reproducida en Manolo Cuadra, *Gruñido de un bárbaro*, 188.
- 12 Ej., Schroeder, “Horse Thieves to Rebels to Dogs”.
- 13 USNA, RG 38, entrada 192, caja 1, expediente A-8, Portocarrero a T. T., noviembre 7, 1931.
- 14 *La Prensa*, octubre 27, 1931; *La Renovación*, octubre 29, 1931.
- 15 Instituto de Estudio del Sandinismo, *Ahora sé*, 289.
- 16 Sobre su programa, véase *El Diario Nicaragüense*, mayo 15, 1928.
- 17 Sergio Ramírez, *Augusto C. Sandino*, 1:292.
- 18 Román, *Maldito país*, 36–37; Luis Cardenal, *Familia Cardenal*, 307–8.
- 19 Incluso algunos nicaragüenses residentes en El Salvador compartían dicha percepción; véase ANN, Fondo Díaz, caja 13, fólder Correspondencia General, Alberto García (Santa Ana) a J. Francisco Martínez (Chinandega), abril 15, 1928.
- 20 Tijerino, *Tratado Chamorro-Bryan*.
- 21 Dodd, *Managing Democracy*, 79.
- 22 Ej., *La Noticia*, julio 20, 1927.

- 23 USNA, RG 127, entrada 200, expediente J, Comandante de Granada/Masaya a Jefe Director, febrero 7 y mayo 28, 1929.
- 24 Grossman, "Hermanos en la Patria", 637.
- 25 Valle Castillo, "Prólogo", 31.
- 26 Pablo Antonio Cuadra, *Torres de Dios*, 219.
- 27 Manolo Cuadra, *Gruñido de un bárbaro*, 183–84.
- 28 *La Prensa*, noviembre 30, 1930, en USNA, RG 59, 817.00/6888.
- 29 Macaulay, *Sandino Affair*, 150–56.
- 30 Grossman, "Hermanos en la Patria", Cap. 7; Schroeder, "To Defend Our Nation's Honor", cap. 6.
- 31 Ej., *La Noticia*, noviembre 19, 1929.
- 32 Macaulay, *Sandino Affair*, 150–64.
- 33 Ej., Adolfo Ortega Díaz en *El Comercio*, noviembre 1, 1929.
- 34 Para mayor información sobre esta decisión, véase Kamman, *Search for Stability*, 193–207.
- 35 USNA, RG 59, 817.00 Actividades de Bandidos, 1931/286, Beaulac a Secretario de Estado, noviembre 24, 1931.
- 36 USNA, RG 127, entrada 38, caja 19, expediente N-4.45, R. R. Hernández y Roblero a Capitán Aguilar, noviembre 12, 1931.

- ³⁷ USNA, RG 127, entrada 43A, caja 28, expediente GN-2, Informes de Inteligencia, Resumen Semanal, marzo 7; noviembre 1932.
- ³⁸ USNA, RG 59, 817.00 Actividades de Bandidos, 1931/333, conversación Beaulac-Argüello, noviembre 12, 1931.
- ³⁹ Ej., *El Diario Nicaragüense*, noviembre 25, 1931.
- ⁴⁰ Para mayor información sobre los orígenes de este acontecimiento, véase Gould y Lauria-Santiago, "They Call Us Thieves".
- ⁴¹ *La Noticia*, febrero 23, 1932.
- ⁴² *La Prensa*, febrero 26, 1932.
- ⁴³ Las citas proceden de *El Diario Nicaragüense*, febrero 15, y marzo 13, 1932.
- ⁴⁴ *El Diario Nicaragüense*, febrero 24, 1932.
- ⁴⁵ "Programa sustancial del Partido Conservador", *La Prensa*, agosto 18, 1932.
- ⁴⁶ *El Diario Nicaragüense*, julio 9, 1931.
- ⁴⁷ USNA, RG 38, entrada 192, caja 1, expediente A-8, Portocarrero a T. T., noviembre 7, 1931; G. C. A. a Kessler, febrero 11 y marzo 3, 1932.
- ⁴⁸ USNA, RG 38, entrada 192, caja 1, expediente A-8. Informe Blank del Agregado Naval (Tegucigalpa, Honduras), junio 15, 1932.
- ⁴⁹ Entrevista a Adela María Pérez Estrada, Granada, junio 6, 2002.

- 50 USNA, RG 127, entrada 200, expediente J, junio 22, 1932.
- 51 *El Diario Nicaragüense*, agosto 12, 1932.
- 52 USNA, RG 59, 817.00/7580, Hanna a Secretario de Estado, octubre 8, 1932.
- 53 USNA, RG 127, entrada 202, expediente 7.0. O'Neill, octubre 14, 1932; entrevista a Héctor Mena, Granada, junio 11, 2002.
- 54 Conrad, *Sandino*, 416.
- 55 USNA, RG 59, 817.00/7654, Hanna a Secretario de Estado, diciembre 3, 1932.
- 56 Editorial, *La Prensa*, noviembre 8, 1932.
- 57 *La Prensa*, noviembre 11, 1932.
- 58 El total de bajas norteamericanas ascendió a 136; el número de bajas de soldados nicaragüenses alistados en la Guardia todavía se desconoce. Véase Macaulay, *Sandino Affair*, 239.
- 59 Instituto de Estudio del Sandinismo, *Ahora sé*, 242–43.
- 60 Para mayor información sobre esta misión, véase Salvatierra, *Sandino*; y Calderón Ramírez, *Últimos días de Sandino*; ambos son relatos de miembros de la misión de paz.
- 61 *La Noticia*, enero 20, 1933.
- 62 *El Correo*, enero 27, 1933.
- 63 Ej., *El Diario Nicaragüense*, febrero 3, 1933.
- 64 *La Prensa*, febrero 4, 1933 en USNA, RG 59, 817.00/7759.

- ⁶⁵ USNA, RG 59, 817.00/7785, Hanna a Secretario de Estado, marzo 11, 1933.
- ⁶⁶ *El Diario Nicaragüense*, marzo 1, 1933.
- ⁶⁷ Conrad, *Sandino*, 432–33, 440–42.
- ⁶⁸ *La Nueva Prensa*, febrero 16, 1933.
- ⁶⁹ Para mayor información sobre las tensas relaciones entre Sandino y los comunistas nicaragüenses, véase Pérez Bermúdez y Guevara, *El movimiento obrero en Nicaragua*, 49–58.
- ⁷⁰ Vargas, *Floreció*, 356–60.
- ⁷¹ Wunderich, *Sandino*, 298.
- ⁷² ANN, Sección Sacasa, caja 29, “Reunión de los tipógrafos de Managua”, diciembre 18, 1932.
- ⁷³ USNA, RG 59, 817.00/7776, Hanna a Secretario de Estado, febrero 24, 1933.
- ⁷⁴ *La Prensa*, agosto 18, 1932.
- ⁷⁵ *La Nueva Prensa*, abril 11, 1933.
- ⁷⁶ *Ibid.*, marzo 1, 1933.
- ⁷⁷ USNA, RG 59, 817.00/7807, Hanna a Secretario de Estado, abril 21, 1933.
- ⁷⁸ Conrad, *Sandino*, 468.
- ⁷⁹ Para el texto completo, véase Sergio Ramírez, *Augusto C. Sandino*, 2:303–27.

- 80 Ej., *La Noticia*, abril 21, 1933; y USNA, RG 59, 817.00/7807, Hanna a Secretario de Estado, abril 21, 1933.
- 81 Ej., *La Nueva Prensa*, abril 18, 1933.
- 82 Ibid., febrero 14, 1933.
- 83 *La Prensa*, enero 21, 1928.
- 84 Villanueva, *Sandino en Yucatán*, 198–99.
- 85 Biblioteca del Congreso de EE.UU., División de Cinematografía. Otras películas de la época que presentan imágenes semejantes de los sandinistas incluyen *Virgin Lips* (1928), *Cock-Eyed World* (1929), y *The Stoker* (1932).
- 86 *La Nueva Prensa*, febrero 14, 1933.
- 87 Sobre las primeras películas norteamericanas acerca de las guerras de 1898, véase Kaplan, *Anarchy of Empire*, 146–61.
- 88 Rosenberg, *Financial Missionaries*, 198–218.
- 89 Woll, *Latin Image*, 16–41.
- 90 Sandino en Hodges, *Intellectual Foundations*, 117.
- 91 *La Prensa*, octubre 27, 1931.
- 92 MCURA, Documentos de Robert Denig, caja 2, “Diary of a Guardia Officer”, 9.
- 93 MCURA, Documentos de Thomas Watson, caja 3, expediente octubre 17–30, 1932, George a Watson, octubre 19, 1932; entrevista a Adela María Pérez Estrada, Granada, junio 6, 2002.

- 94 Manolo Cuadra en Calatayud Bernabeu, *Manolo Cuadra*, 19.
- 95 Ej., *Vanguardia* 26.6 (1932); y *La Tribuna*, diciembre 8, 1933.
- 96 Román, *Maldito país*, 80.
- 97 Sergio Ramírez, *Augusto C. Sandino*, 2:362–63.
- 98 Sobre la cooperativa de Sandino, véase Dospital, *Siempre más allá*, 168–77.
- 99 Mis interpretaciones sobre las vertientes utópica y reaccionaria del agrarismo reflejan la influencia de Vlastos, “Agrarianism without Tradition”.
- 100 Francisco Buitrago Díaz, *La Tribuna*, septiembre 22, 1928.
- 101 Joaquín Pasos, *El Correo*, agosto 2, 1932.
- 102 Ej., Cuadra Pasos, *Obras 1*, 49–99.
- 103 Para mayor información sobre el proyecto de mestizaje de Sandino, véase Gould, *To Die in This Way*, 155–61. Para una exploración más general de los múltiples significados del mestizaje, véase, por ej., Gudmundson y Scarano, “Conclusion”.
- 104 *El Pez y la Serpiente* 22–23 (1978–79): 27.
- 105 Cardenal Ch., “Acerca de las Reflexiones”.
- 106 USNA, RG 127, entrada 38, caja 19, folder 6, N-5.45, Nicaragua, Propaganda de Bandidos, julio 26, 1927.
- 107 USNA, RG 38, entrada 98, caja 497, expediente C-10-d Reg 6473, “GN-2 Nota No. 1”, agosto 7, 1928, 7.

- 108 Citado en Grossman, "Hermanos en la Patria", 276.
- 109 Sultan, "Army Engineer".
- 110 *El Diario Nicaragüense*, mayo 8, 1932.
- 111 Ej., Deutsch, *Las Derechas*, 170–71 y 280–81.
- 112 Véase, por ej., el llamado de Pedro Joaquín Chamorro en *La Prensa*, mayo 5, 1933.
- 113 USNA, RG 59, 817.00/7823, Hanna a Secretario de Estado, mayo 19, 1933.
- 114 Carta de Francisco Estrada del 30 de mayo de 1933, en Somoza García, *Verdadero Sandino*, 498.
- 115 Véase también USNA, RG 59, 817.00/7826, Hanna a Secretario de Estado, mayo 25, 1933.
- 116 *La Noticia*, mayo 23, 1933.
- 117 *El Comercio*, abril 25, 1933.
- 118 Ortega no era miembro del Partido Conservador; sin embargo, era ampliamente asociado con el conservatismo pues su padre, Marco Antonio Ortega (director del Instituto Nacional de Granada), era uno de los principales ideólogos del partido.
- 119 ANN, Colección Sandino, caja 1, folder 1, Dan. Ortega C. a Sandino, mayo 19, 1933.
- 120 Todas las citas provienen del programa del partido, tal como fue publicado en *La Nueva Prensa*, mayo 26, 1933.
- 121 Ej., *El Comercio*, mayo 7, 1933.

- 122 Conrad, *Sandino*, 472.
- 123 Wunderich, *Sandino*, 299–300.
- 124 *La Noticia*, mayo 23, 1933.
- 125 Salvatierra, *Sandino*, 267. Para una visión más general, véase Hodges, *Sandino's Communism*, 56–67.
- 126 Citado en Somoza García, *Verdadero Sandino*, 486.
- 127 Conrad, *Sandino*, 474–75.
- 128 Véase, en particular, Staklo, “Harnessing Revolution”; y Dospital, *Siempre más allá*, 57–86.
- 129 Dichas exigencias reflejaban el reciente giro del Comintern de una estrategia de “frente unido” a la línea de “clase contra clase”. En consecuencia, el Comintern rechazaba los movimientos antiimperialistas dirigidos por nacionalistas “burgueses” o “pequeño burgueses”, y sólo apoyaba aquellos basados en una alianza de obreros y campesinos enmarcada en los principios comunistas.
- 130 Carta del Comité del Caribe del Comintern del 14 de febrero de 1933, tal como es citada en Staklo, “Harnessing Revolution”, 140.
- 131 USNA, RG 165, Correspondencia y Fichas de Registro de la División de Inteligencia Militar Relacionada con las Condiciones Generales, Políticas y Militares en América Central, 1918–1941 (M1488), 2657-P-453 (6), Mayor Harris, abril 6, 1934.
- 132 Prado, “Por qué dejo de ser Sandinista”.
- 133 Para mayor información sobre la Escuela Magnética-Espiritual de la Comuna Universal, véase Hodges, *Sandino's Communism*; y Navarro-Genie, *Sandino*.

- ¹³⁴ Para mayor información sobre la cooperativa de Sandino, véase Dospital, *Siempre más allá*, 168–77.
- ¹³⁵ Ej., *La Prensa*, junio 7, 1933.
- ¹³⁶ Ibid., junio 9, 1933.
- ¹³⁷ Ibid., febrero 18, 1934.
- ¹³⁸ Véase Ibarra Grijalva, *Last Night*; y Abelardo Cuadra, *Hombre del Caribe*; dos crónicas escritas por oficiales de la Guardia.
- ¹³⁹ Declaración de Somoza en USNA, RG 59, 817.00/8613, Ray a Secretario de Estado, noviembre 18, 1936.
- ¹⁴⁰ Conclusión basada en la reacción de la prensa a la muerte de Sandino, así como en entrevistas con varios contemporáneos.
- ¹⁴¹ Manolo Cuadra, *Gruñido de un bárbaro*, 228–30. El libro de Cuadra fue publicado en 1942 bajo el título *Contra Sandino en la montaña*.
- ¹⁴² Véase, por ej., Calder, *Impact of Intervention*.
- ¹⁴³ *La Reacción*, abril 5, 1934.

Epílogo

Legados Imperiales *Dictadura y Revolución*

El 19 de julio de 1979, una masiva y cruenta insurrección dirigida por el Frente Sandinista de Liberación Nacional echó del poder a la dictadura de la familia Somoza, instaurada en 1936 por el primer jefe nativo de la Guardia Nacional. El día siguiente, más de cien mil nicaragüenses colmaron la plaza central de Managua a vitorear a la dirigencia del FSLN, mientras juraba solemnemente liberar a la nación del “imperialismo Yanqui”. Probablemente algún observador extranjero se habrá preguntado la causa de este discurso antinorteamericano tan belicoso, puesto que la presencia de los Estados Unidos en Nicaragua era relativamente débil. A diferencia de la Cuba prerrevolucionaria, EE.UU. no estableció una base militar en el territorio de este país centroamericano. Nicaragua tampoco fue convertida en un parque de diversiones, administrado por la mafia, para el goce de turistas norteamericanos, ni su economía se hallaba bajo el control de sus corporaciones. Además, ya había transcurrido casi medio siglo desde el fin de la ocupación de los *Marines*. No obstante, muchos nicaragüenses insistían en que su país siempre fue una semicolonias de EE.UU. mientras estuvo gobernado por los Somoza y la Guardia Nacional. De hecho, los nicaragüenses asociaban a los tres dictadores de dicha familia - Anastasio Somoza García (1936–56) y sus hijos Luis (1956–67) y Anastasio Somoza Debayle (1967–79) –

con el dominio imperial de EE.UU., a tal extremo que los apodaron “los últimos Marines Yanquis”. Sin duda, la caída de la dictadura más prolongada en la América Latina del siglo veinte liberó a Nicaragua de la herencia más nefasta de la ocupación norteamericana. Empero, al momento del triunfo embriagador, muchos sandinistas no lograron percatarse que otros legados del dominio imperial de EE.UU. tendrían una grave incidencia en el peculiar curso de su revolución.

Uno de los aspectos de la revolución que más ha llamado la atención de los analistas extranjeros, es el apoyo que recibió de parte de muchos miembros de la élite nicaragüense.¹ Dicho respaldo es muy sorprendente, dado que el régimen revolucionario buscaba promover la equidad política y social, socavando el poder de la clase alta. Ciertamente, al inicio los sandinistas sólo llevaron ante los tribunales de justicia a los allegados a la dictadura somocista. Pero, al cabo de un año, también empezaron a arremeter contra los intereses de otros sectores de la élite que no habían sostenido vínculos con la dictadura. Pese a ello, muchos hacendados e industriales acaudalados continuaron sirviendo a la revolución como “productores patrióticos”. Asimismo, numerosos nicaragüenses de clase alta ocuparon posiciones clave dentro del régimen sandinista. Por supuesto, ésta no era la primera vez que las élites latinoamericanas apoyaban un cambio revolucionario. Sin embargo, desde el giro de la Revolución Cubana hacia el comunismo, tendieron a oponerse a los movimientos revolucionarios de inspiración marxista, como el FSLN, con gran vehemencia.² Este antagonismo se expresó con mayor violencia en América Central, una región caracterizada por extremas asimetrías sociales.

Por tanto, cabe preguntarse por qué muchos nicaragüenses de clase alta apoyaron a la Revolución Sandinista – uno de los procesos sociales más radicales de América Latina. Por lo general, los académicos han explorado este peculiar fenómeno centrando la atención en sus raíces históricas. En un inicio, la mayoría destacaba la incidencia de dos sucesos, ocurridos en la década de 1970, que contribuyeron a distanciar a la élite

nicaragüense de la dictadura somocista, al extremo de pre-disponerla a aceptar cualquier tipo de cambio de régimen.³ El primero fue el terremoto de 1972 que destruyó Managua. La comunidad internacional envió una masiva cantidad de fondos de auxilio para los damnificados, pero muchos se horrorizaron al ver cómo los Somoza y sus compinches aprovechaban este desastre natural para acrecentar su propio poder económico. El sector opositor de la élite nicaragüense reaccionó ante este pillaje, promovido por el estado, organizando una campaña cívica en contra del régimen somocista. En enero de 1978, sicarios al servicio de los Somoza mataron a tiros al principal líder de esta campaña, Pedro Joaquín Chamorro Cardenal, editor de *La Prensa* desde 1952, cuando falleció su padre, el Caballero Católico Pedro Joaquín Chamorro Zelaya. El asesinato de este prominente vástago de la oligarquía conservadora, de cincuenta y un años de edad, provocó una indignación descomunal, y motivó a muchas personas de clase alta a apoyar la lucha guerrillera emprendida por el FSLN en contra del régimen somocista desde 1962. Sin duda, el terremoto de 1972 y el asesinato de Chamorro allanaron el camino para la victoria sandinista, en julio de 1979. No obstante, los académicos pronto comprendieron que estos acontecimientos aportaban pocas luces para explicar dos peculiaridades del propio proceso revolucionario: la incapacidad de las élites antisomocistas de controlar a los jóvenes sandinistas, y su activa participación en la revolución cuando estos últimos consolidaron su poder.⁴

A fin de comprender mejor el origen de la debilidad de la élite, así como su actitud progresista, los investigadores empezaron a profundizar en la historia de Nicaragua. Algunos se detuvieron en las décadas de 1950 y 1960, cuando otro auge agroexportador generó cambios significativos en el país.⁵ A su juicio, este *boom* provocó el surgimiento de una clase alta reformista pero desunida que, con el tiempo, llegaría a respaldar al FSLN.⁶ La mayoría, sin embargo, siguió la línea de los ideólogos sandinistas, y centró la atención en la ocupación

norteamericana.⁷ Al igual que éstos, concluyeron que el dominio imperial de EE.UU. había frustrado el surgimiento de una fuerte y cohesionada burguesía agraria.⁸ La obra más reciente dentro de esta perspectiva, es el estudio comparativo de Jeffrey Paige sobre los distintos roles de las élites agrarias en las guerras civiles centroamericanas, durante la década de 1980. De acuerdo a Paige, la intervención norteamericana de 1910 interrumpió el proceso de formación de la burguesía nicaragüense, dejándola frustrada, fragmentada, y deseosa de llevar a cabo una “revolución burguesa” – un caso único en el istmo.⁹ Siguiendo esta lógica, la élite nicaragüense esperaba utilizar al régimen sandinista para consumir la revolución liberal abortada por la ocupación de los Estados Unidos.

Los estudiosos como Paige tienen razón en sostener que el apoyo de la élite a la Revolución Sandinista fue un legado clave del dominio imperial norteamericano. No obstante, en su argumentación, muchos reproducen de manera inconsciente cuatro poderosos mitos sobre la ocupación de los Estados Unidos. El primero es que EE.UU. privilegió los intereses económicos de una oligarquía conservadora ganadera atrasada, centrada en Granada, en detrimento de una moderna burguesía cafetalera liberal, basada en León. Pero, tal como hemos visto, los conflictos políticos que atribulaban a la élite nicaragüense eran de naturaleza volátil y, en la realidad, trascendían las divisiones regionales y las afiliaciones partidistas. Además, las inversiones de las élites eran muy diversificadas, y los oligarcas conservadores habían sido los pioneros en impulsar el dinámico sector agroexportador del país. Y, si bien es cierto que muchos cafetaleros se vieron perjudicados por las medidas económicas impuestas por EE.UU. en Nicaragua, éstas no fueron dirigidas en contra de un sector particular de la élite por razones políticas. Esto nos conduce al segundo mito, según el cual la diplomacia del dólar deterioró al sector agroexportador de Nicaragua. En realidad, la economía rural nicaragüense floreció bajo el régimen de la diplomacia del dólar. Más importante aún, el motor de este *boom* fueron

los pequeños y medianos productores, que lograron adaptarse con mayor eficacia a las volubles condiciones del mercado, y a la restricción del crédito impuesto por los funcionarios norteamericanos que controlaban las finanzas públicas de Nicaragua. Si en efecto el poder económico de los grandes agroexportadores declinó bajo la diplomacia del dólar, no fue tan sólo como resultado de la acción de los agentes de “Wall Street”, sino también del tesón de los productores campesinos. El tercer mito es que el sandinismo carecía de un apoyo significativo entre la élite. Sin duda, gran parte – si no la mayoría – de los sandinistas creían estar librando una guerra revolucionaria “de los pobres contra los ricos”. Empero, esto no impidió que su líder fuese cortejado con fervor por el sector más acaudalado y exclusivo de la élite del país – la oligarquía conservadora basada en Granada, cuyos miembros también eran considerados *vendepatrias* fascistas y pronorteamericanos. Según el último mito, durante la ocupación de EE.UU., los funcionarios norteamericanos promovieron de manera activa el surgimiento de la dictadura somocista. Ciertamente, cuando en 1927 el gobierno de EE.UU. impuso a la Guardia Nacional en Nicaragua, esperaba que esta fuerza se convirtiera en la institución estatal más poderosa del país. Y, en 1936, la apoyó abiertamente cuando derrocó a un gobierno constituido mediante elecciones libres. Sin embargo, Washington no organizó a la Guardia con miras a que se constituyera en el pilar de un régimen autoritario, tal como se alega con frecuencia. Por el contrario, esta fuerza fue una pieza clave dentro de la campaña de democratización desarrollada por el ejército de EE.UU. entre 1927 y 1932. En las siguientes páginas, considero cómo la reinterpretación de la ocupación norteamericana desarrollada en este libro contribuye a una explicación más integral sobre los legados del dominio imperial de los Estados Unidos. Ciertamente, la dictadura y el apoyo de la élite a la revolución forman parte de esa perdurable herencia, tal como otros académicos han reconocido, aunque no por las razones que ellos aducen.

Dictadura

El surgimiento de una dictadura militar en Nicaragua, tan sólo tres años después del fin de la ocupación norteamericana, seguramente no tomó por sorpresa a muchos de los *marines* que participaron en el proyecto de “democratizar” este país entre 1927 y 1932. Incluso los miembros de las misiones electorales de EE.UU. discrepaban en privado con sus superiores en Washington, afirmando que la “atrasada” sociedad nicaragüense aún no estaba “preparada” para un régimen democrático. Confidencialmente, un oficial de EE.UU. que supervisó las elecciones de 1930 en León expresó: “la pobreza e ignorancia han sumido [al pueblo local] en un estado tan primitivo que los conceptos abstractos como gobierno democrático, voto libre, etc., no significan nada para ellos. Carecen incluso de la noción más primitiva de la ley y la justicia; por tanto, dudo que aparte de seguir a uno u otro líder local, tengan alguna idea clara sobre lo que está ocurriendo en Nicaragua hoy día”.¹⁰ El ejército de EE.UU. no ha sido el único en sostener que el carácter primitivo de las estructuras sociales y costumbres de la población nicaragüense impedían la democratización de este país. Dichos argumentos han sido retomados en el presente por académicos norteamericanos que se toman en serio los esfuerzos de su país por promover la democracia mediante el uso de la fuerza. En particular, éste es el caso de quienes intentan explicar por qué los esfuerzos democratizadores fueron más exitosos en países industrializados ocupados por EE.UU., como Alemania y Japón, que en las sociedades “subdesarrolladas” y predominantemente agrarias de la Cuenca del Caribe, donde su hegemonía era mucho mayor. Quizá el estudio más importante sobre este tema sea el de Tony Smith, para quien la arraigada inequidad en la distribución de la tierra y las tradiciones caudillistas condenaron al fracaso la “misión” de EE.UU. de imponer regímenes democráticos en América Central y el Caribe.¹¹

No obstante, en el caso nicaragüense, el concepto de “subdesarrollo” difícilmente explica por qué la campaña de

democratización, impulsada por EE.UU. a partir de 1927, favoreció el surgimiento de un gobierno autoritario. Por el contrario, dicho resultado guarda una relación mucho más estrecha con dos cambios decisivos provocados por la propia campaña. En primer lugar, permitió a la Guardia Nacional convertirse en la institución más fuerte y mejor organizada del país. Como se sabe, la dictadura de los Somoza, construida sobre la base de la Guardia, desembocó en un brutal régimen divorciado de la sociedad civil. Empero, durante las primeras décadas de su régimen, la dictadura gozó de bastante respaldo popular, sobre todo porque la Guardia llevó a cabo un proyecto populista que promovió los intereses del campesinado, a expensas de los hacendados antisomocistas.¹² Este proyecto se originó durante la ocupación de EE.UU., cuando la Guardia poco a poco desplazó a los caudillos, y se convirtió en la principal intermediaria del poder en el crucial mundo rural. Y, puesto que la campaña democratizadora de EE.UU. mermó, de manera significativa, la competencia entre redes clientelistas rivales, la población rural pasó a ser aún más dependiente de la Guardia. Finalmente, en una época en la cual estaban surgiendo nuevas organizaciones políticas, populistas en toda América Latina, la proscripción *de facto* impuesta por EE.UU. en contra de terceros partidos frenó su ascenso en Nicaragua. De hecho, dicha prohibición amplió el espacio político de la Guardia, permitiéndole funcionar como un canal para las demandas y aspiraciones populares. Como resultado, la Guardia se convirtió en el instrumento más eficaz a través del cual el estado nicaragüense podía, no sólo reprimir a los sectores populares, sino también movilizarlos y controlarlos políticamente. Sin duda, los académicos aciertan al argumentar que la ocupación de EE.UU. allanó el camino para el ascenso de la dictadura de los Somoza, pero es importante destacar que ese resultado fue impremeditado. Sólo si prestamos la debida atención al ímpetu democratizador de la ocupación, podremos realmente entender sus peligros.

Empero, no es posible comprender el ascenso de un régimen autoritario en Nicaragua sin analizar un segundo legado

clave del proyecto democratizador de los Estados Unidos: sus esfuerzos empujaron a la élite terrateniente de mayor rai-gambre en el país – los oligarcas conservadores de Granada – a concebir una nueva forma de gobierno que, con el tiempo, se convirtió en la principal base ideológica del régimen somocista. Sin duda, la dictadura se fortaleció al apropiarse del *obrerismo*, una ideología desarrollada por los artesanos urbanos antes de la ocupación norteamericana, para afianzar su identidad y enfrentar a la élite.¹³ Pero, ante todo, Somoza adoptó el modelo de corporativismo autoritario concebido por los oligarcas conservadores, para sus planes de transformar las relaciones entre el estado y la sociedad desde arriba.¹⁴ Los corporativistas conservadores también brindaron al general un respaldo político crucial. Por ejemplo, periódicos como *La Nueva Prensa* de Gabry Rivas, y *La Reacción* de José Coronel Urtecho, surgieron como órganos de propaganda clave del régimen de Somoza.¹⁵ Además, los corporativistas conservadores fundaron una organización paramilitar – los Camisas Azules, inspirada en los Camisas Negras de Mussolini – que colaboraron con la Guardia Nacional para movilizar apoyo popular a favor del dictador. Su aporte fue tan decisivo que, algunas décadas más tarde, Carlos Fonseca, fundador del FSLN, acusó a José Coronel Urtecho y a otros oligarcas conservadores de ser – después de Somoza García – los principales culpables del surgimiento de la dictadura dentro del país.¹⁶

El hecho de que oligarcas como Coronel Urtecho pudieran trasladar, sin problema alguno, sus simpatías por Sandino hacia Somoza, ha intrigado incluso a algunos de sus descendientes.¹⁷ No obstante, a juicio de Coronel Urtecho y su círculo, aceptar a Somoza era una opción plenamente lógica. Cier-to, con frecuencia Somoza se presentaba como un advenedizo liberal de cuna popular. Pero, en realidad, este general de la Guardia compartía el desdén de los corporativistas por el sistema político liberal; además, su padre era uno de los barones del café que socializaba con los oligarcas conservadores

de Granada. Por tanto, no es extraño que los corporativistas conservadores percibieran a Somoza como uno de los suyos.¹⁸ Y, aunque el general solía cubrirse con la bandera de los Estados Unidos, los corporativistas conservadores pensaban que, en cierta medida, él compartía su antiamericanismo. En particular, sabían que Somoza detestaba al Ministro de EE.UU. en Nicaragua, Arthur Bliss Lane (1933-36), porque frustró sus primeros esfuerzos por instaurar una dictadura militar.¹⁹ Asimismo, conocían bien la admiración del general hacia dos líderes que, en esa época, constituían la mayor amenaza para los Estados Unidos y su estilo de vida: Hitler y Mussolini. Más importante aún, en opinión de los corporativistas conservadores Somoza era prescindible, pues todo lo que en verdad necesitaban era el apoyo del cuerpo de oficiales de la Guardia. Y, a su juicio, este organismo militar no sólo compartía sus simpatías por el fascismo sino también controlaba a Somoza, y no al contrario.²⁰ Sólo cuando ya era muy tarde, los corporativistas conservadores se percataron que Somoza no era tan dócil. No es casual que rompieran con el dictador a raíz del estallido de la II Guerra Mundial, cuando éste se vio obligado a tomar partido al lado de EE.UU., frente a los regímenes fascistas de Alemania e Italia. Consternados, los conservadores se dieron cuenta que su viraje contra Somoza apenas le causó algún daño político, sobre todo porque su principal pilar de soporte, la Guardia, mantuvo su autoridad sobre la población rural.

El control de la dictadura sobre el campo también surgió de un tercer legado del dominio imperial norteamericano: la “democratización” de las estructuras de clase rurales, un imprevisto resultado de la diplomacia del dólar. Tal como ha demostrado el historiador Jeffrey Gould, el régimen de Somoza García gozaba de gran apoyo entre los medianos finqueros, precisamente el sector rural que prosperó bajo la diplomacia del dólar.²¹ Colaborando con la Guardia, estos sectores medios movilizaban a los campesinos a favor de Somoza, y los respaldaban en sus disputas por la tierra con hacendados

opositores a dictadura, sobre todo si pertenecían a la oligarquía conservadora. A cambio, los finqueros recibían decisivo apoyo político y generosa asistencia económica del gobierno somocista, tal como créditos agrícolas.²² Si la diplomacia del dólar no hubiera fortalecido, de manera impremeditada, el poder de los medianos productores a expensas de los hacendados locales, quizá el proyecto populista de Somoza no hubiera tenido éxito en el campo.

Por tanto, es necesario colocar en el contexto nicaragüense la influyente tesis de Barrington Moore de que el origen del autoritarismo rural en el mundo moderno radica, primordialmente, en el empeño de los hacendados por conseguir mano de obra barata mediante la coerción política.²³ Dicha tesis ha incidido profundamente en el análisis académico sobre la razón por la cual las naciones cafetaleras de América Central recorrieron caminos políticos tan distintos durante el siglo veinte. En particular, los estudiosos han argumentado que el predominio de brutales regímenes militares en Guatemala y El Salvador obedece, precisamente, al enorme poder de los terratenientes en ambos países. Además, sostienen que sólo en Costa Rica pudo desarrollarse una democracia duradera, porque su sector cafetalero no estaba bajo el control de hacendados que oprimían a los trabajadores, sino de pequeños y medianos agricultores.²⁴ Sin embargo, el caso del régimen somocista dificulta la aplicación de la tesis de Moore a Centroamérica por dos razones. En primer lugar, la base rural de la dictadura más prolongada de la región estaba conformada por medianos finqueros, en vez de grandes hacendados. Segundo, estos finqueros buscaban el apoyo del gobierno de Somoza, no para satisfacer sus necesidades de mano de obra, sino para debilitar el poder de la oligarquía terrateniente de mayor raigambre en el país.²⁵ Por tanto, aunque muchos analistas – al igual que generaciones de funcionarios norteamericanos – han dado por supuesto que, por esencia, los sectores medios constituyen los paladines de la democracia liberal, en realidad dichos grupos pueden ser partidarios decisivos de regímenes autoritarios.²⁶

La naturaleza de la dictadura somocista empezó a desentrañarse cuando abandonó el populismo rural. Sin duda, este viraje se aceleró a raíz del asesinato de Anastasio Somoza García en 1956, y el poder pasó a manos de sus hijos, Luis y Anastasio Somoza Debayle. Aunque éstos mostraron marcadas diferencias en sus estilos de gobernar – Luis encarnaba al tecnócrata autoritario, mientras Anastasio era el arquetipo del déspota brutal – ninguno tenía las habilidades populistas del progenitor. En última instancia, el viraje del régimen obedeció, primordialmente, a la manera en que el boom agroexportador de fines de la década de 1950 y de los años sesenta, modificó la relación de la Guardia con la sociedad rural. Durante este período de auge, oficiales de todos los rangos de la Guardia adquirieron grandes extensiones de tierras para introducirse en el sector exportador de algodón, café y carne.²⁷ Aunque algunos oficiales compraron sus fincas, malversando fondos estatales y asistencia económica norteamericana, otros simplemente robaron las tierras de campesinos indefensos. En consecuencia, muchos de éstos dejaron de ver a los oficiales de la Guardia como legítimos intermediarios de sus intereses. Por el contrario, llegaron a percibirlos como hacendados advenedizos que ponían en peligro su sobrevivencia. La transformación de la Guardia en una considerable fuerza empresarial provocó el surgimiento de movimientos campesinos más autónomos que, con el tiempo, llegarían a contribuir a la caída del régimen de los Somoza.²⁸ Al mismo tiempo, los oligarcas terratenientes empezaron a percibir a los oficiales de la Guardia como una creciente amenaza a sus intereses económicos. La aparición de esta burguesía semimilitar, a partir de 1960, provocó gran malestar entre los hacendados nicaragüenses, al extremo que muchos rechazaron con tenacidad los ingentes esfuerzos del gobierno de EE.UU. en 1978-79 para preservar a la Guardia a toda costa.²⁹ Esta inusual posición de la élite, decidida a respaldar la destrucción del ejército; fue clave para el triunfo revolucionario de 1979.

Revolución

Una vez en el poder, los sandinistas siguieron una política hacia los grupos de las élites locales que cobró notoriedad por sus contradicciones. Dado su compromiso con la creación de una sociedad socialista, dirigieron sus energías a socavar la base política y económica del poder de la clase privilegiada. El régimen revolucionario no sólo coartó las actividades de varias organizaciones dirigidas por la élite y acosó a sus líderes, sino también confiscó numerosas haciendas, industrias y establecimientos comerciales. Sin embargo, aunque los dirigentes sandinistas idealizaban a la Cuba comunista, no trataron de expurgar del cuerpo político a todos los productores de la élite. En cambio, procuraron crear una “burguesía patriótica” que debía contribuir económicamente con la revolución, pero sin tener la capacidad de funcionar como una clase dominante. De acuerdo a la ideología sandinista, esta “burguesía patriótica” consistiría, sobre todo, de medianos capitalistas mestizos de origen plebeyo (*chapiollo*), que produciría sobre todo para satisfacer la demanda del mercado interno.³⁰ Los sandinistas construyeron esta idea a partir del concepto de “burguesía nacional” que, desde mucho tiempo atrás, era tenido en alta estima por los populistas y revolucionarios latinoamericanos en busca del apoyo de élites “progresistas”. La investigación sobre la elusiva “burguesía nacional” también ha sido objeto del interés de muchos académicos latinoamericanos, en particular, de los proponentes de la teoría de la dependencia.³¹ No es extraño, pues, que la mayoría de los estudiosos de la revolución nicaragüense hayan aceptado literalmente la definición de “burguesía patriótica” de los sandinistas. Como resultado, pasaron por alto que, en la práctica, el sector social que guardaba más semejanza con el concepto sandinista de “burguesía patriótica” aparentemente no era tanto el aclamado productor *chapiollo*, sino su antítesis: la oligarquía conservadora de Granada. Si bien algunos conservadores de la élite, como el octogenario José Coronel Urtecho, habían defendido a los primeros sandinistas del

período 1927-34, la mayoría pertenecía a una generación más joven. Y, puesto que descendían de los miembros de la élite más identificados con la lucha de Sandino contra la ocupación norteamericana ... ¿debemos interpretar este fenómeno como otro sorprendente legado del dominio imperial de los Estados Unidos?

Antes de responder a esta pregunta, permítanme esbozar los lazos, aún imprecisos, forjados entre el régimen sandinista y los miembros de algunas familias de la oligarquía conservadora, tales como los Cuadra, Chamorro, Cardenal, Vivas, Argüello, Arellano, Guzmán y Lacayo. Ciertamente, muchos sandinistas de la élite eran muy jóvenes cuando triunfó la revolución en 1979. Quizá el más famoso de estos "muchachos" sea el general Joaquín Cuadra Lacayo (nacido en 1951), Jefe del Estado Mayor del Ejército Popular Sandinista durante la década de 1980. Otros pertenecían a una generación anterior, entre ellos el padre de Cuadra Lacayo, Joaquín Cuadra Chamorro, a quien la inteligencia militar de EE.UU. identificó como uno de los principales fascistas en 1943.³² Estos miembros de la élite, de mayor edad, ocuparon puestos relevantes en el régimen sandinista, a la cabeza de los ministerios de Finanzas, Comercio Interior, Comercio Exterior, Industria, Presupuesto y Planificación, Cultura, y Educación, así como en la presidencia del Banco Central, el Banco Nacional de Desarrollo, y la Corte Suprema de Justicia.³³ Además, otros descendientes de la élite conservadora ocuparon los cargos de viceministros del interior, finanzas, relaciones exteriores, desarrollo agropecuario y reforma agraria. Casi todos estos funcionarios de alto rango permanecieron leales a la Revolución Sandinista hasta su amargo final, esto es, hasta la sorprendente derrota del FSLN en las elecciones de 1990. Numerosos miembros de familias de la élite conservadora también obtuvieron cargos intermedios dentro del aparato estatal revolucionario, sobre todo en el crucial Ministerio de Desarrollo Agropecuario y de Reforma Agraria. Por otra parte, vástagos de la oligarquía conservadora contribuyeron a dirigir el Ejército Popular Sandinista, el Instituto de Estudio del Sandinismo

(órgano ideológico del FSLN), y *Barricada*, el periódico oficial del partido.

Asimismo, muchos oligarcas conservadores obtuvieron beneficios económicos del régimen sandinista, en especial, de su reforma agraria.³⁴ Aparte de proteger sus propiedades, el estado les ofreció cuantiosa asistencia económica, en particular bajo la forma de crédito agrícola subsidiado. Al parecer, los hacendados conservadores se beneficiaron tanto de la reforma agraria sandinista que, recientemente, algunos analistas nicaragüenses argumentan que la revolución devino en una restauración oligárquica.³⁵ Esta interpretación revisionista es incorrecta, pues incluso en Granada, el bastión de la élite, la movilización campesina garantizó que el ímpetu global de la reforma agraria fuese de carácter antioligárquico.³⁶ No obstante, hay escasa duda de que en la práctica, si no en el espíritu, los sandinistas montaron su “burguesía patriótica” sobre los hombros de muchos oligarcas conservadores.

En consecuencia, cabe preguntarse por qué, aparentemente, la Revolución Sandinista revivió la conexión original entre conservadores y sandinistas. Sin duda, una vez más el oportunismo político contribuyó a empujar a oligarcas y revolucionarios a unir fuerzas en una coyuntura decisiva. En este caso, el FSLN procuró capitalizar la pericia técnica y financiera de los conservadores, así como sus vínculos internacionales y recursos económicos. Al mismo tiempo, los conservadores esperaban aprovechar el estado sandinista para defender sus intereses personales frente a la agitación revolucionaria. Durante la década de 1980, esta alianza cobró gran fuerza pues, mucho antes del triunfo revolucionario de 1979, numerosos hijos e hijas de oligarcas conservadores se incorporaron a la guerrilla sandinista. Este fenómeno no se observó entre 1927 y 1933, lo que ayuda a explicar el carácter efímero de la primera alianza entre conservadores y sandinistas. Asimismo, destaca la marcada diferencia entre el perfil social de los combatientes del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional y el de los militantes del Frente Sandinista de Liberación Nacional. Finalmente, un sector de la

oligarquía conservadora compartía un firme sentido de afinidad ideológica con los sandinistas de las décadas de 1970-80. Y, al parecer, fue en este ámbito de la ideología que el legado del dominio imperial norteamericano contribuyó, con mayor eficacia, al renacimiento de la alianza entre conservadores y sandinistas.

Los oligarcas conservadores que aceptaron la Revolución Sandinista de buena gana, lo hicieron precisamente porque podían reconocer en este proceso el “espíritu antiburgués” desarrollado por sus antepasados durante la ocupación norteamericana. No obstante, su concepción de dicho espíritu ya no era exactamente igual a la de la década de 1930. Por ejemplo, en la década de 1940 sus defensores se habían alejado del fascismo, en gran medida como resultado de la derrota de Alemania e Italia en la II Guerra Mundial. Por otra parte, hacia la década de 1970 también habían moderado su posición anticomunista, y algunos - como el famoso poeta y sacerdote Ernesto Cardenal, ministro de cultura del gobierno sandinista - incluso buscaban sintetizar los principios marxistas y católicos bajo el enunciado de la teología de liberación.³⁷ Sin embargo, algunos principios clave del “espíritu antiburgués” original permanecieron intactos en vísperas de la Revolución Sandinista.³⁸ Muchos oligarcas conservadores abrazaban con convicción un criterio anticapitalista arraigado en el pensamiento social católico; además, abogaban por las formas corporativistas de gobierno que habían atraído la atención de Sandino. Sobre todo, los oligarcas conservadores seguían valorando un nacionalismo de bases agrarias, orientado hacia adentro, construido en oposición al dominio de EE.UU. y a la americanización. Esta actitud quizá explique por qué, en la década de 1950, los conservadores de clase alta reaccionaron ante el incremento de la influencia norteamericana en los asuntos de su país retomando la figura de Sandino. No obstante, se aseguraron de defender una imagen potable del mártir nacionalista, expurgada de rasgos comunistas.³⁹

¿Cómo y por qué se reprodujo el “espíritu antiburgués” de los Caballeros Católicos a través de dos sucesivas

generaciones de oligarcas conservadores? Esta continúa siendo una pregunta abierta al debate. Obviamente este fenómeno no puede atribuirse tan sólo a los vínculos de parentesco. En efecto, los Caballeros Católicos desarrollaron el “espíritu antiburgués” en oposición al proyecto americanizante de sus propios antepasados. Durante las siguientes décadas, el principal sostén de su antiamericanismo fue el firme respaldo del gobierno de EE.UU. a la dictadura de Somoza.⁴⁰ A lo largo de ese período, la transmisión del “espíritu antiburgués” a la siguiente generación se verificó, en gran medida, a través de instituciones cívicas, tales como el Colegio Centroamérica, dirigido por los Jesuitas (principal centro de educación secundaria de Nicaragua), la Acción Católica (organización de proyección social de la Iglesia Católica), la Cofradía del Taller San Lucas (grupo cultural basado en Granada), y la Juventud Conservadora (organización juvenil del Partido Conservador).⁴¹ Por otra parte, el “espíritu antiburgués” inspiraba las revistas conservadoras más importantes, como los *Cuadernos del Taller San Lucas* y la *Revista Conservadora*, así como *La Prensa*, el principal periódico opositor del país. En su conjunto, estos espacios contribuyeron a transmitir el reformismo social católico y el antiamericanismo de los primeros Caballeros Católicos a los jóvenes oligarcas conservadores que llegaron a la madurez bajo la prolongada dictadura somocista. En términos más amplios, ayudaron a preservar la memoria histórica de Sandino dentro de Nicaragua. En particular, éste fue el caso de *La Prensa*, que desde inicios de la década de 1950 en adelante, conmemoraba el asesinato de Sandino, publicando su retrato y rindiendo homenaje a su gesta nacionalista.

Probablemente, quienes jugaron el papel primordial en la difusión del legado de Sandino y del “espíritu antiburgués” fueron los miembros de la oligarquía conservadora que vivieron lo suficiente como para haberse vinculado, tanto con los primeros sandinistas, como con los de la época reciente. El más prominente de éstos fue José Coronel Urtecho, quien después de abandonar el fascismo y el somocismo, se convirtió

en uno de los partidarios más firmes del FSLN entre la élite – una posición que sostuvo hasta su muerte en 1994, a la edad de ochenta y seis años. Al defender la Revolución Sandinista, Coronel Urtecho solía destacar su respaldo a la lucha nacionalista contra el “imperialismo Yanqui” y, ante todo, contra el empeño “americanizante” de la “burguesía vendepatria”.⁴²

Por tanto, contrario a la opinión común, los miembros de la élite que apoyaban a la Revolución Sandinista con mayor firmeza no buscaban consumir la revolución liberal interrumpida por la ocupación norteamericana de 1912-33. En cambio, eran descendientes de los Caballeros Católicos que, con tanta vehemencia, se volvieron en contra de los efectos liberalizantes del dominio imperial de los Estados Unidos. En su calidad de funcionarios gubernamentales, oficiales del ejército o “productores patrióticos”, estos descendientes de la oligarquía conservadora desempeñaron un rol decisivo, aunque contradictorio, dentro de la Revolución Sandinista. Por una parte, ayudaron a defender al régimen sandinista de la implacable campaña desatada por el gobierno de EE.UU. para destruir la revolución. Pero, igual importancia reviste el hecho de que también socavaron considerablemente el ímpetu liberador de la revolución, tratando de imponer una versión contemporánea del mito de la santidad rural de los Caballeros Católicos a un campesinado que luchaba por un orden social muy diferente. Por consiguiente, una vez más, los esfuerzos de los conservadores por crear una nueva Nicaragua uniéndose a revolucionarios sandinistas, se vieron plagados de tensiones entre dos formas de antiamericanismo: la reaccionaria y la utópica. En la década de 1980, la tensión no tuvo la suficiente fuerza como para impedir la formación de una alianza conservadora-sandinista. No obstante, la tirantez entre el ímpetu utópico y el reaccionario incidió de manera fundamental en la concepción de la reforma agraria sandinista, que empujó a muchos campesinos a unirse a la contrarrevolución. Por tanto, estas tensiones contribuyeron a precipitar la sorpresiva caída de la revolución.⁴³

El Costo del Imperio

En América Latina, la participación de miembros de la oligarquía conservadora en la Revolución Sandinista fue percibida como una nota disonante. Sin embargo, en la historia de la política injerencista de los Estados Unidos, representa tan sólo otro de los muchos “*blowbacks*” que esta potencia ha experimentado alrededor del mundo. El término “*blowback*” fue acuñado por la CIA, y se refiere a las consecuencias imprevistas de la intervención de EE.UU. en los asuntos internos de otros países.⁴⁴ En muchas ocasiones, EE.UU. cosecha rápidamente lo que siembra, pero algunas causas del “*blowback*” tienen raíces más profundas. Éste es el caso del decisivo apoyo brindado por miembros de la élite conservadora a la Revolución Sandinista. Como hemos visto, la ocupación norteamericana de 1912-33 inicialmente dependió del respaldo de la oligarquía conservadora. Empero, con el tiempo, la intervención empujó a las élites más americanizadas del país a adoptar una actitud opuesta a los valores y la cultura de los Estados Unidos. Posteriormente, su antiamericanismo apuntalaría el recio desafío de la Revolución Sandinista a la hegemonía de esta potencia.⁴⁵

La historia del “*blowback*” no ha disuadido a intelectuales públicos de todo el espectro ideológico libero-conservador, basados en EE.UU., de propugnar la expansión de un “imperio americano” a todos los rincones del mundo.⁴⁶ Su visión imperial ha incidido de manera considerable en el ímpetu intervencionista de la política exterior norteamericana del período posterior a la Guerra Fría, sobre todo después de los ataques terroristas de septiembre del 2001.⁴⁷ Algunos desean que EE.UU. extienda su poder simplemente en aras de la seguridad nacional. Muchos otros insisten que el dominio imperial norteamericano forjaría un mundo, no sólo más seguro, sino también mejor. En particular, sostienen que los países pobres y represivos – los llamados estados fallidos o regímenes canallas – sólo podrán ser prósperos y democráticos si sacrifican su soberanía nacional bajo una prolongada

ocupación norteamericana. Al defender su postura, los proponentes de dicho “imperio liberal” comúnmente evocan dos casos – Japón y Alemania a raíz de la II Guerra Mundial – como prueba de que la ocupación de EE.UU. contribuyó a desarrollar la democracia política y la prosperidad económica. Rara vez reconocen que las intervenciones norteamericanas en la Cuenca del Caribe – el centro del primer imperio de EE.UU. en ultramar – no produjeron tales resultados. Y, si llegan a admitirlo, sencillamente atribuyen el fracaso de esas intervenciones a su carácter “espasmódico”.⁴⁸ En realidad, la injerencia de EE.UU. en la Cuenca del Caribe no cosechó distintos resultados porque fuese espasmódica. De hecho, el sistema de protectorado de EE.UU. fue mucho más prolongado en Cuba (1898–1934), Haití (1915–34), la República Dominicana (1903–24), Panamá (1903–38) y Nicaragua (1910–33), que en Japón (1945–52) y Alemania (1945–55).

Más importante aún, el dominio imperial de los Estados Unidos en la Cuenca del Caribe no sólo falló en generar bienestar, sino que empeoró la situación de los países intervenidos. Considérense, por ejemplo, las consecuencias de la ocupación de EE.UU. en Nicaragua. En su intento por reorganizar el país a modo de un “pequeño Estados Unidos”, los interventores no sólo abortaron su primera apertura democrática significativa y contribuyeron a desatar tres guerras devastadoras, sino además socavaron el estado de derecho politizando las instituciones gubernamentales; frenaron el desarrollo económico al impedir la construcción de urgentes mejoras en los servicios públicos; y militarizaron las relaciones entre el estado y la sociedad tratando de imponer la democracia mediante la fuerza, con funestos resultados. Este libro, así como otros estudios de caso, sugieren que el dominio imperial norteamericano tuvo un alto costo para los pueblos de la Cuenca del Caribe.⁴⁹ De hecho, algunos destacados académicos argumentan que, precisamente como consecuencia de éste, el “patio trasero de América” ha sufrido niveles descomunales de inequidad social, violencia política y regímenes autoritarios durante gran parte del siglo veinte.⁵⁰

Por tanto, la historia del primer imperio de los Estados Unidos en ultramar es una enérgica advertencia sobre los límites y riesgos del imperialismo liberal. Por más que los actuales promotores de un “imperio de libertad” norteamericano presenten las ocupaciones de Japón y Alemania como modelos del dominio imperial liberal de EE.UU., sus ejemplos más típicos son la cadena de protectorados que esta potencia estableció en la Cuenca del Caribe, durante las primeras décadas del siglo veinte.⁵¹ La trágica suerte de dichos protectorados recalca los graves riesgos que corre una potencia imperial cuando intenta reconstruir naciones más débiles, y revela sus devastadoras consecuencias, contrarias a los principios del liberalismo. Al mismo tiempo, esta historia nos recuerda que el dominio imperial rara vez puede aplacar el anhelo de autodeterminación de los pueblos sometidos. Si bien los actuales defensores del imperialismo liberal sostienen que la principal causa del fracaso del primer sistema de protectorados de EE.UU. en el Caribe fue la falta de una adecuada visión política entre el público norteamericano, en realidad su desplome obedeció, en gran medida, al exorbitante costo político y económico requerido para sofocar la resistencia nacionalista. Sin duda, la Cuenca del Caribe alberga a algunos de los pueblos del mundo que han adoptado con mayor firmeza las costumbres norteamericanas. Pero, tal como hemos visto, la emulación cultural no debe tomarse como una invitación al dominio imperial de los Estados Unidos.

El error más descomunal de EE.UU. es su tendencia a confundir toda forma de resistencia nacionalista a la expansión de su influencia como un rechazo a la “libertad”. Por supuesto, no todos los movimientos antinorteamericanos han sido democráticos, y algunas intervenciones de EE.UU. realmente han promovido sistemas de gobierno acordes a los principios liberales. Empero, la historia de casi dos siglos de intervencionismo norteamericano en su “patio trasero” pone en relieve las profundas consecuencias antidemocráticas de lo que el presidente George W. Bush denominara “la gran tradición liberadora” de los Estados Unidos, en su discurso

inaugural de 2005.⁵² Ningún debate público contemporáneo sobre la conveniencia de crear un “imperio de libertad” podrá ser significativo si se ignora la vasta experiencia de América Latina ante el injerencismo norteamericano. Después de todo, pocos lograron prever los peligros de un imperio de tal naturaleza como el héroe de la independencia latinoamericana Simón Bolívar, cuando en 1829 profetizó que los Estados Unidos llegarían a “plagar la América [Latina] de miserias en nombre de la libertad”.⁵³

Notas

- ¹ Véase, en especial, Spalding, *Capitalists and Revolution*; y Paige, "Revolution and the Agrarian Bourgeoisie".
- ² Para mayor información sobre los orígenes marxistas del FSLN, véase Zimmerman, *Sandinista*.
- ³ Ej., Vilas, *Sandinista Revolution*; y Gilbert, *Sandinistas*. Sobre el persistente atractivo de esta visión, véase Goodwin, *No Other Way Out*.
- ⁴ Compare, por ejemplo, el libro de Vilas titulado *Sandinista Revolution* (1986) con su artículo "Family Affairs" (1992).
- ⁵ Sobre el impacto del boom en la sociedad rural, véase Gould, *To Lead as Equals*.
- ⁶ Ej., Everingham, *Revolution and the Multiclass Coalition*.
- ⁷ La obra sandinista más influyente en los círculos académicos fue *Imperialismo y dictadura* de Wheelock.
- ⁸ Uno de los estudios pioneros más significativos fue "Estado contra la sociedad" de Torres Rivas.
- ⁹ Paige, *Coffee and Power*, 179.

- ¹⁰ USNA, RG 43, entrada 1004, caja 7, folder León, Presidente Departamental, Mayor del Valle a Johnson, julio 25, 1930.
- ¹¹ Tony Smith, *America's Mission*. Véase también Millett, *Guardians of the Dynasty*, 183–85.
- ¹² Véase Gould, *To Lead as Equals*; y Amalia Chamorro, “Estado y hegemonía”. Un paralelismo interesante lo constituye el régimen de Trujillo, que gobernó la República Dominicana entre 1930 y 1961. Al igual que Somoza, Trujillo estableció una dictadura personalista sostenida por un ejército creado por los Estados Unidos. Asimismo, conquistó un amplio apoyo campesino mediante políticas populistas. Empero, es importante destacar que los populismos rurales de Somoza y Trujillo no eran idénticos. En particular, el proyecto populista de Somoza parece haber tenido un ímpetu antielitista más fuerte, sobre todo por tres razones. En primer lugar, aunque los hacendados nicaragüenses habían sido debilitados por la ocupación norteamericana, siguieron gozando de mayor poder que sus homólogos dominicanos. A fin de consolidar su control en el campo, el régimen de Somoza se vio en la necesidad de llevar a cabo una embestida más amplia contra el poder de la élite. En segundo lugar, puesto que la agricultura comercial se hallaba más desarrollada en Nicaragua que en la República Dominicana, habían menos tierras sin cultivar, y más pobladores rurales poseían títulos agrarios definitivos en la década de 1930. Como resultado, es probable que los esfuerzos estatales por mejorar el acceso de los campesinos a la tierra significaran una amenaza más seria para la élite en Nicaragua que para sus homólogos en la República Dominicana. En tercer lugar, dado que las inversiones norteamericanas en el sector agrícola eran mucho más reducidas en Nicaragua que en la República Dominicana, Somoza enfrentó un menor grado de oposición a sus políticas populistas rurales de parte de los Estados Unidos. Mi interpretación sobre el populismo rural de Trujillo se basa en Turits, *Foundations of Despotism*.

- ¹³ Véase Gould, *To Lead as Equals*.
- ¹⁴ Walter, *Regime of Anastasio Somoza*, 44–47.
- ¹⁵ Arellano, *Entre la tradición*, 145–53.
- ¹⁶ Coronel Urtecho, “Resistencia de la memoria”, 106.
- ¹⁷ Ej., Argüello Lacayo, *Pobre de Jesús*, 176–80.
- ¹⁸ Luis Cardenal, *Familia Cardenal*, 316.
- ¹⁹ Para mayor información sobre la oposición de Lane, véase Clark, *United States and Somoza*, 1–30.
- ²⁰ Sobre las tensas relaciones de Somoza con el cuerpo de oficiales de la Guardia, véase Abelardo Cuadra, *Hombre del Caribe*. Cuadra era vástago de la oligarquía conservadora de Granada y llegó a ser teniente de la Guardia; en 1935 encabezó una fallida revuelta de oficiales de menor rango contra Somoza.
- ²¹ Gould, *To Lead as Equals*.
- ²² Conclusión basada en mi análisis de los datos sobre créditos encontrados en el registro de la propiedad de Granada. Véase una conclusión similar en Laird, “Technology versus Tradition”, 192–204. Sobre cómo los medianos productores conservaron su fuerza económica durante toda la dictadura somocista, véase Zalkin, “Agrarian Class Structure”.
- ²³ Moore, *Social Origins*.
- ²⁴ Referente a la importancia central de la tesis de Moore en los estudios sobre América Central, véase Gudmundson, “Lord and Peasant”. Valoraciones más recientes se encuentran en Paige, *Coffee and Power*, 316–37; y Mahoney, *Legacies of Liberalism*, 268–74.

- 25 Este argumento contrasta con la conclusión de Dore ("Debt Peonage in Granada", 557-58) quien destaca cómo los hacendados nicaragüenses siguieron practicando el peonaje por deudas hasta bien entrada la época somocista.
- 26 En América Latina, la fe de los funcionarios norteamericanos en el ímpetu democrático de los sectores medios apuntaló el programa de la Alianza para el Progreso de 1961-70, con resultados trágicos. El presidente John F. Kennedy y sus asesores pudieron haber pensado que dicho programa, de \$20 billones de dólares, produciría una revolución democrática y pacífica, encabezada por las clases medias; en cambio, desencadenó una pesadilla autoritaria, pues diez y seis gobiernos civiles fueron violentamente sustituidos por regímenes militares represivos que, al menos inicialmente, gozaron de un fuerte respaldo de parte de la clase media.
- 27 Exploro este proceso en Gobat, "Soldiers into Capitalists".
- 28 Sobre el surgimiento de dicho movimiento campesino, véase Gould, *To Lead as Equals*.
- 29 Para mayor información sobre estos esfuerzos de parte de EE.UU., véase Pastor, *Condemned to Repetition*.
- 30 Para mayor información sobre la "burguesía patriótica" de los sandinistas, véase Spalding, *Capitalists and Revolution*, 92-94.
- 31 Véase, en particular, Cardoso y Faletto, *Dependency and Development*.
- 32 USNA, RG 319, mid 000.245 Nica 4-20-43.
- 33 Véase Vilas, "Family Affairs", para obtener sus nombres.
- 34 Véase Gobat, "Oligarchs under Siege?"

- 35 Ej., Granda, “Contrareforma agraria en apogeo”.
- 36 Véase Gobat, “Oligarchs under Siege?”
- 37 Los abuelos de Ernesto Cardenal eran el acaudalado Caballero Católico Salvador Cardenal, y su esposa conocida como Isabel “la Católica”, quien fue una de las dirigentes de la violenta cruzada contra los misioneros norteamericanos en Granada durante la década de 1920.
- 38 Esta conclusión se basa, en gran medida, en las conversaciones que sostuve con varias personas cuyas familias pertenecían a la oligarquía conservadora de Granada, entre ellos, José Joaquín Quadra Cardenal (hermano de Pablo Antonio Cuadra e hijo de Carlos Cuadra Pasos), Álvaro Argüello Hurtado, Luciano Cuadra Vega, Jimmy Avilés, y Jorge Eduardo Arellano. La persistencia del “espíritu antiburgués” se refleja también en obras como Tirado, *Conversando*; Chamorro Cardenal, *Diario Político*; y Aguilar Cortés, *Memorias*.
- 39 Quizá la obra más conocida en la que se exalta a Sandino y su lucha contra EE.UU. sea el poema de Ernesto Cardenal titulado “Hora Cero”, escrito en 1956. Para mayor información sobre este poema, véase Beverley y Zimmerman, *Literature and Politics*, 66–72. Sobre la imagen anticomunista de Sandino construida por los conservadores, en términos más generales, véase Hurtado González, *Sandino desconocido*.
- 40 Prominentes conservadores ciertamente cooperaron con los Somoza, tal como se evidencia en los tristemente célebres pactos suscritos por Emiliano Chamorro y Fernando Agüero en 1950 y 1970, respectivamente. Empero, muchos otros conservadores de clase alta fueron acérrimos opositores a la dictadura, y algunos encabezaron fallidos levantamientos en contra de su régimen. Para mayor información sobre la oposición conservadora al régimen somocista, véase: Instituto de Estudio del Sandinismo, “Maniobra, entreguismo y pactos”; y Alvarado Martínez, *¿Ha muerto el Partido Conservador?*

- 41 Esta observación se basa, en gran medida, en mis conversaciones con José Joaquín Quadra Cardenal, líder de la Juventud Conservadora. Ver también las memorias de Ernesto Cardenal tituladas *Los años de Granada*; y Beverley y Zimmerman, *Literature and Politics*, 59–72.
- 42 Ej., Coronel Urtecho, “Paneles de infierno”.
- 43 Para mayor información sobre el viraje del campesinado en contra de la revolución sandinista, véase Horton, *Peasants in Arms*.
- 44 Johnson, *Blowback*, 8.
- 45 Más información sobre el desafío sandinista al poderío norteamericano se encuentra en LeoGrande, *Backyard*; Zamora, *Conflicto*.
- 46 Ver por ej., las propuestas hechas por Max Boot, un editor conservador del *Wall Street Journal*, en “Case for American Empire”, y Michael Ignatieff, un profesor liberal en el campo del ejercicio de los derechos humanos de la Universidad de Harvard, en “American Empire”. Sobre otros expertos y funcionarios residentes en EE.UU. que abogan por el establecimiento de un imperio norteamericano en el presente, véase Ferguson, *Colossus*, 4–6.
- 47 Sobre el ímpetu imperialista de la política exterior de EE.UU. en la década de 1990, véase Bacevich, *American Empire*.
- 48 Ferguson, *Colossus*, 57. Véase también Boot, *Savage Wars*, 345.
- 49 Ver, por ej., Schmidt, *United States Occupation of Haiti*, 231–37; Calder, *Impact of Intervention*, 238–52; Louis Pérez, *Cuba under the Platt Amendment*, 333–40; Santiago-Valle, “Subject People”; y Briggs, *Reproducing Empire*.

- ⁵⁰ Por ej., Coatsworth, *Central America and the United States*; y LaFeber, *Inevitable Revolutions*.
- ⁵¹ De acuerdo a la definición propuesta por Niall Ferguson, uno de los proponentes más destacados del proyecto de un imperio liberal, éste es “uno que no sólo garantiza el libre intercambio internacional de bienes, mano de obra y capital, sino también crea y mantiene las condiciones imprescindibles para el funcionamiento del mercado – paz y orden, estado de derecho, gobiernos honestos, políticas fiscales y monetarias estables – y además proporciona bienes públicos, tal como infraestructura para el transporte, hospitales y escuelas, que de otra manera no existirían”, (Ferguson, *Colossus*, 2). Esta agenda liberal fue, en esencia, la que EE.UU. buscó implementar en sus protectorados de la Cuenca del Caribe; en algunos casos, como el de Nicaragua después de 1927, también intentó promover la democracia liberal.
- ⁵² La cita proviene del texto preparado para el segundo mensaje inaugural del presidente Bush del 20 de enero de 2005, www.npr.org.
- ⁵³ Bolívar, “Letter”.

Bibliografía Escogida

Fuentes Archivísticas

Nicaragua

Archivo de la Municipalidad y de la Prefectura de Granada
(AMPG)

Archivo del Instituto de Historia de Nicaragua y de Centroamérica
(AIHNCA)

Fondo Díaz

Colección José Angel Rodríguez

Archivo Nacional de Nicaragua (ANN)

Colección Sandino

Fondo Adolfo Díaz

Fondo Juan Bautista Sacasa

Fondo de Gobernación

Fondo Presidencial

Biblioteca del Banco Central, Managua

Correspondencia privada escrita y recibida por el General Emiliano Chamorro E., en los años 1904–1929 (CPEC)

Registro Público de la Propiedad, Granada (RPPG)

Libro de Diario, vols. 9–29

Libro de Personas, vols. 4–9

Libro de Propiedades, vols. 1–363

Protocolo Notarial del Dr. José Miguel Osorno, 1904–1907

Protocolo Notarial del Dr. Ignacio Moreira, 1914–1917

Estados Unidos de América

American Baptist Archives Center

American Baptist Home Mission Society (ABAC, ABHMS)

Butler Library, Columbia University

W. R. Grace and Company Papers

Marine Corps University Research Archives, U.S. Marine Corps, Gray Research Center, Personal Papers Collection (MCURA)

Robert Denig Papers

Joseph Henry Pendleton Papers

Thomas Watson Papers

Rockefeller Archive Center

Rockefeller Foundation Archives

Tulane University

Callander Fayssoux Collection of William Walker Papers,
rollos de microfilm 1-4

U.S. National Archives (USNA)

Record Group 43, Records of the American Electoral
Commissions and Boards to Nicaragua, 1928-33

Record Group 59, General Records of the Department of State

Record Group 77, Records of the Office of Chief of Engineers

Record Group 80, General Records of the Navy Department

Record Group 84, Records of Foreign Service Posts of the
Department of State

Record Group 127, Records of the United States Marine
Corps.

Yale University Library

Henry L. Stimson Papers, rollo de microfilm 144

Periódicos y Revistas

Acción Social. Granada, 1918

Amigo del Pueblo. Granada, 1922-23

Ariel. Masaya, 1933

Australia. Managua, 1918-25

El Ateneo. León, 1881

Boletín de la Asamblea. Managua, 1911

Boletín de Estadística de la República de Nicaragua. Managua, 1910–12, 1919–20, 1935

Boletín de Noticias. León, 1855

Boletín del Ejército democrático del Estado de Nicaragua. León, 1854

Boletín Oficial. Granada, 1855

Boletín Oficial. León, 1849, 1856

El Católico. Granada, 1920

El Centinela. Managua, 1910–11

El Centinela del Istmo en la América Central. Managua, 1864

Centro América. Granada, 1924–25

El Centroamericano. León, 1924

El Comercio. Managua, 1917, 1929

El Correo. Granada, 1917–18, 1933–34

Diario de Masaya. Masaya, 1917

Diario de Nicaragua. Managua, 1910–12

Diario Moderno. Managua, 1912

El Diario Nicaragüense. Granada, 1912–34

Los Domingos. Managua, 1920–24

El Eco de Occidente. Chinandega, 1875

El Eco Meridional. Rivas, 1864

El Eco Nacional. León, 1924

El Escolar. León, 1875

From Ocean to Ocean: A Record of the Work of the Woman's American Baptist Home Mission Society. Chicago, 1916–36

La Gaceta de Nicaragua. Managua, 1867

La Gaceta Oficial. Managua, 1911–18

El Gráfico. Managua, 1925–30

La Juventud. León, 1868

La Información. San José (Costa Rica), 1912

El Mensajero del Corazón de Jesús y del Apostolado de la Oración. Granada, 1922–30

Missions. New York, 1916–33

La Mujer. Managua, 1931

Mujer Nicaragüense. Managua, 1929–33

La Nación. León, 1910

Nicaragua Informativa. Managua, 1917–18

La Noticia. Managua, 1917–18, 1927–29, 1932–34

La Nueva Prensa. Managua, 1933–34

El 11 de Octubre. Managua, 1910–11

El País. León, 1887–88

La Patria. León, 1916–21

Paz y Bien. León, 1920–24

El Periódico. Granada, 1912

El Porvenir. Managua, 1912

La Prensa. Managua, 1926–34

La Reacción. Granada, 1934

La Revista Femenina Ilustrada. Managua, 1931

Revista Obrera. Managua, 1923–24

Las Revistas. Managua, 1913–16

La Tarde. Managua, 1910

La Tertulia. Masaya, 1875–79

La Tribuna. Managua, 1917

Otras Fuentes

Acuña, Victor Hugo, e Iván Molina. *Historia económica y social de Costa Rica (1750–1950)*. San José: Porvernir, 1991.

Aguado, Enoc. *Nuevos rumbos de la diplomacia yanqui*. León, Nicaragua: La Libertad, 1912.

Aguilar Cortés, Jerónimo. *Ramón Díaz*. Managua: Talleres Gráficos Pérez, 1930.

———. *Memorias: De los yanquis a Sandino*. San Salvador: Talleres Gráficos del I. T., Ricaldone, 1972.

Alvarado Martínez, Enrique. *¿Ha muerto el Partido Conservador de Nicaragua?* Managua: UCA, 1994.

Alvarez Lejarza, Macario. *Impresiones y recuerdos de la revolución de 1901 a 1910*. Granada, Nicaragua: Escuela Tipografía Salesiana, 1941.

Amador, Armando. *Un siglo de lucha de los trabajadores de Nicaragua (1880–1979)*. Managua: Imprenta UCA, 1992.

Arellano, Jorge Eduardo. *Una laica apostólica: Doña Elena Arellano (1836–1911)*. Managua: Alcaldía de Granada, 1991.

———. *El doctor David Arellano (1872–1928)*. Managua: publicación privada, 1993.

———. *Entre la tradición y modernidad: El Movimiento nicaragüense de vanguardia*. San José, Costa Rica: Libro Libre, 1992.

———. *Historia básica de Nicaragua*. Vol. 2. Managua: CIRA, 1997.

Argüello, Leonardo. *Por el honor de un partido: Réplica a la Comisión mixta de reclamaciones de Nicaragua*. León: J. C. Gurdíán, 1914.

Argüello Lacayo, José. *Un pobre de Jesús: El poeta de las palabras evangelizadas*. Managua: Hispamer, 2000.

Ayala, César, y Laird Bergad. "Rural Puerto Rico in the Early Twentieth Century Reconsidered: Land and Society, 1899–1915". *Latin American Research Review* 37.2 (2002): 65–97.

Bacevich, Andrew. *American Empire: The Realities and Consequences of U.S. Diplomacy*. Cambridge: Harvard University Press, 2002.

Baranowski, Shelley. *The Sanctity of Rural Life: Nobility, Protestantism and Nazism in Weimar Prussia*. New York: Oxford University Press, 1995.

Barcia, Pedro Luis, ed. *Escritos dispersos de Rubén Darío*. Vols. 1 y 2. La Plata: Universidad de La Plata, Argentina, 1968.

Barrett, James. "Americanization from the Bottom Up: Immigration and the Remaking of the Working Class in the United States, 1880–1930". *Journal of American History* 79 (1992): 996–1020.

Barrios de Chamorro, Violeta. *Dreams of the Heart: The Autobiography of President Violeta Barrios de Chamorro of Nicaragua*. New York: Simon y Schuster, 1996.

Barr-Melej, Patrick. "Cowboys and Constructions: Nationalist Representations of Pastoral Life in Post-Portalian Chile". *Journal of Latin American Studies* 30 (1998): 35–61.

Bauer, Arnold. *Goods, Power, History: Latin America's Material Culture*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.

Baumeister, Eduardo. "Tres condicionantes político-ideológicos en la formulación de las políticas agrarias en Nicaragua". *Boletín socio-económico* 7 (1988): 3–11.

Belausteguigoitia, Ramón de. *Con Sandino en Nicaragua*. Managua: Nueva Nicaragua, 1985 [1934].

Bendaña, Alejandro. *La mística de Sandino*. Managua: Centro de Estudios Internacionales, 1994.

Bermann, Karl. *Under the Big Stick: Nicaragua and the United States since 1848*. Boston: South End, 1986.

Berrios, Francisco. *Réplica al folleto conservador*. León, Nicaragua: La Patria, 1924.

Bertoni, Lilia Ana. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas: La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.

Besse, Susan. *Restructuring Patriarchy: The Modernization of Gender Inequality in Brazil, 1914–1940*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1996.

Beverly, John, and Marc Zimmerman. *Literature and Politics in the Central American Revolutions*. Austin: University of Texas Press, 1990.

Binder, Caroll. "On the Nicaraguan Front". *New Republic*, 16 March 1927.

Blackmore, Eleanor. "Nicaragua". *From Ocean to Ocean* (1923–24), 177.

Bolaños, Pío. *Obras de don Pío Bolaños II*. Managua: Banco de América, 1977.

Bolaños Geyer, Alejandro. *El Testimonio de Joseph N. Scott*. Managua: Fondo de Promoción Cultural del Banco de América, 1975.

———. *William Walker: The Gray-Eyed Man of Destiny*. 5 vols. Lake Saint Louis, Mo: Publicación Privada, 1988–91.

Bolívar, Simón. "Letter to Colonel Patrick Campbell". En *Latin America and the United States: A Documentary History*, ed. Robert Holden y Eric Zolov. New York: Oxford University Press, 2000.

Boot, Max. "The Case for American Empire: The Most Realistic Response to Terrorism Is for America to Embrace Its Imperial Role". *Weekly Standard*, 15 October 2001.

———. *The Savage Wars of Peace: Small Wars and the Rise of American Power*. New York: Basic, 2002.

Borge, Tomás. *The Patient Impatience*. Willimantic, Conn.: Curbstone, 1992.

Borgen, José Francisco. *La vida a la orilla de la historia (Memorias)*. Managua: Dilesa, 1979.

Bourdieu, Pierre. *Distinction: A Social Critique of the Judgment of Taste*. Cambridge: Harvard University Press, 1984.

Boyle, Frederick. *A Ride across a Continent: A Personal Narrative of Wanderings through Nicaragua and Costa Rica*. Vol. 1. London: Richard Bentley, 1868.

Briggs, Laura. *Reproducing Empire: Race, Sex, Science, and U.S. Imperialism in Puerto Rico*. Berkeley: University of California Press, 2002.

Brooks, David. "Rebellion from Without: Culture and Politics along Nicaragua's Atlantic Coast in the Time of the Sandino Revolt, 1926–1934". PhD diss., University of Connecticut, 1998.

Brown, Charles. *Agents of Manifest Destiny: The Lives and Times of the Filibusters*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1980.

Buell, Raymond. "Reconstruction in Nicaragua". *Foreign Policy Association Information Service* 6.18 (November 1930): 315–43.

Buitrago Matus, Nicolás. *León: La Sombra de Pedrarias*. Vol. 2. Managua: Fundación Ortiz Gudián, 1998.

Bulmer-Thomas, Victor. *The Political Economy of Central America since 1920*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.

———. *The Economic History of Latin America since Independence*. Cambridge: Cambridge University Press, 1994.

Burns, Bradford. *Patriarch and Folk: The Emergence of Nicaragua, 1798–1858*. Cambridge: Harvard University Press, 1991.

Butler, Smedley. *Old Gimlet Eye: The Adventures of Smedley D. Butler as Told to Lowell Thomas*. New York: Farrar and Rinehart, 1933.

Bynum, M. *International Trade in Coffee*. Washington, D.C.: Government Printing Office, 1926.

Cabán, Pedro. *Constructing a Colonial People: Puerto Rico and the United States, 1898–1932*. Boulder: Westview, 1999.

Cabralles, Luis Alberto. “Hacia un partido de productores”. *La Nueva Prensa*, marzo 30, 1933.

Calatayud Bernabeu, José. *Manolo Cuadra*. Managua: Hospicio, 1968.

Calder, Bruce. *The Impact of Intervention: The Dominican Republic during the U.S. Occupation of 1916–1924*. Austin: University of Texas Press, 1984.

Calderón Ramírez, Salvador. *Ultimos días de Sandino*. Ciudad México: Botas, 1934.

Cantón, Alejandro. *El banco y el ferrocarril nacionales*. 1925.

Cardenal, Ernesto. *Los años de Granada*. Managua: Anamá, 2001.

Cardenal, Luis. *La familia Cardenal*. Managua: UCA, 1998.

Cardenal Ch., Rodolfo. “Acerca de las ‘Reflexiones’ de Coronel Urtecho”. *Revista del Pensamiento Centroamericano* 15.1 (1976): 23–47.

Cardoso, Fernando Henrique, y Enzo Faletto. *Dependency and Development in Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1979.

Carroll, Anna Ella. *The Star of the West: National Men and National Measures*. New York: Miller, Orton, 1857.

Casanova Fuertes, Rafael. “Hacia una nueva valorización de las luchas políticas del periodo de la Anarquía”. En *Encuentros con la historia*, ed. Margarita Vannini. Managua: Instituto de Historia de Nicaragua, 1995.

Castillo, Alfonso. *Acotaciones*. Granada, Nicaragua: Canal, 1937.

Challener, Richard. *Admirals, Generals, and American Foreign Policy, 1898–1914*. Princeton: Princeton University Press, 1973.

Chamorro, Amalia. “Estado y hegemonía durante el somocismo”. En *Economía y sociedad en la construcción del Estado en Nicaragua*, ed. Alberto Lanuza et al. San José, Costa Rica: ICAP, 1983.

Chamorro, Diego Manuel. *Discursos, 1907–1921*. Managua: Tipografía Nacional, 1923.

Chamorro, Emiliano. “Autobiografía”. *Revista Conservadora* 1–18 (1960–62).

Chamorro Cardenal, Pedro Joaquín. *Diario político*. Managua: Nueva Nicaragua, 1990.

Chamorro Zelaya, Pedro Joaquín. *Entre dos filos: Novela nicaragüense*. Managua: Tipografía y Encuadernación Nacional, 1927.

Charlip, Julie. *Cultivating Coffee: The Farmers of Carazo, Nicaragua, 1880–1930*. Athens: Ohio University Press, 2003.

CIERA-MIDINRA. *Nicaragua: . . . Y por eso defendemos la frontera: Historia agraria de las Segovias occidentales*. Managua: MIDINRA, 1984.

Clark, Paul Coe. *The United States and Somoza, 1933–1956: A Revisionist Look*. Westport, Conn.: Praeger, 1992.

Coatsworth, John. “Obstacles to Economic Development in Nineteenth Century Mexico”. *American Historical Review* 83.1 (1978): 80–100.

———. *Central America and the United States: The Clients and the Colossus*. New York: Twayne, 1994.

Collin, Richard. *Theodore Roosevelt's Caribbean: The Panama Canal, the Monroe Doctrine, and the Latin American Context*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1990.

Committee on Cooperation in Latin America. *Christian Work in Latin America*. Vols. 1–3. New York: Missionary Education Movement, 1917.

Conant, Charles. "Our Mission in Nicaragua". *North American Review* 196 (1912): 63–71.

Conrad, Robert Edgar, ed. *Sandino: The Testimony of a Nicaraguan Patriot, 1921–1934*. Princeton: Princeton University Press, 1990.

Coronel Urtecho, José. "El americanismo en la casa de mi abuelo". *Revista Conservadora* 5.23 (1962): 25–31.

———. "Resistencia de la memoria". *Revista del Pensamiento Centroamericano* 150 (1976): 98–107.

———. "Paneles de infierno". En José Coronel Urtecho, *Pol-la d'ananta katanta paranta dedójmia t'élson*. Managua: Nueva Nicaragua, 1993.

Coronel Urtecho, José, Fernando Silva, y Ernesto Gutiérrez, eds. "50 años del Movimiento de Vanguardia de Nicaragua, 1928–29, 1978–79". *El pez y la serpiente* 22–23 (1978–79): 1–182.

Coronil, Fernando. Prólogo a Joseph, LeGrand, y Salvatore, *Close Encounters of Empire*, 1998.

Coronil, Fernando, y Julie Skurski. "Dismembering and Remembering the Nation: The Semantics of Political Violence in Venezuela". *Comparative Studies in Society and History* 33.2 (1991): 288–337.

Coto Conde, José Luis, ed. *Documentos históricos del 56*. San José, Costa Rica: Imprenta Nacional, 1985.

Cott, Nancy. "The Modern Woman of the 1920s, American Style". En *A History of Women in the West*. Vol. 5, *Toward a Cultural Identity in the Twentieth Century*, ed. Françoise Thébaud. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Crahan, Margaret, and Peter Smith. "The State of Revolution". En *Americas*, ed. Alfred Stepan. New York: Oxford University Press, 1992.

Crispoliti, P. F. M. *El mensaje de 24 de enero y el dictamen de 21 de febrero en el congreso de Nicaragua en 1882, relativos a la cuestión "Jesuitas" de 1881*. New York, 1882.

Crowell, Jackson. "The United States and a Central American Canal, 1869-1877". *Hispanic American Historical Review* 49 (1969): 27-52.

Cruz, Arturo J. *Nicaragua's Conservative Republic, 1858-93*. New York: Palgrave, 2002.

Cuadra, Abelardo. *Hombre del Caribe*. San José, Costa Rica: EDUCA, 1977.

Cuadra, Manolo. *El gruñido de un bárbaro: Visiones y confesiones*. Managua: Nueva Nicaragua, 1994.

Cuadra, Pablo Antonio. *Torres de Dios*. San José, Costa Rica: Libro Libre, 1986.

Cuadra Chamorro, Pedro Joaquín. *El liberalismo: Estudio histórico y filosófico*. Granada, Nicaragua: Centroamericano, 1920.

———. *Ama a tu prójimo, o Espejo del amor a Dios*. Granada, Nicaragua: Centroamericano, 1927.

———. "Las dictaduras y sus consecuencias". *El Diario Nicaragüense*, septiembre 1, 1931.

Cuadra Pasos, Carlos. *Posibilidades de existencia del comunismo en Nicaragua*. Managua: Tipografía Nacional, 1937.

———. *Obras 1*. Managua: Banco de América, 1976.

———. *Obras 2*. Managua: Banco de América, 1977.

Cumberland, W. W. *Nicaragua: An Economic and Financial Survey*. Washington, D.C.: Government Printing Office, 1928.

Darío, Rubén. *El viaje a Nicaragua e intermezzo tropical*. Managua: Nueva Nicaragua, 1988.

Delaney, Jeane. "Making Sense of Modernity: Changing Attitudes toward the Immigrant and the Gaucho in Turn-of-the-Century Argentina". *Comparative Studies in Society and History* 39.3 (1996): 434–59.

Denny, Harold. *Dollars for Bullets: The Story of American Rule in Nicaragua*. New York: Dial, 1929.

Deutsch, Sandra McGee. *Las Derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890–1939*. Stanford, Calif.: Stanford University Press, 1999.

Díaz Quiñones, Arcadio. "El enemigo íntimo: Cultura nacional y autoridad en Ramiro Guerra y Sánchez y Antonio S. Pedreira". *Op. Cit.* 7 (1992): 9–65.

Dodd, Thomas. *Managing Democracy in Central America: A Case Study, United States Election Supervision in Nicaragua, 1927–1933*. New Brunswick, N.J.: Transaction, 1992.

Dodds, Harold W. "American Supervision of the Nicaraguan Election". *Foreign Affairs* 7.4 (Abril 1929): 488–96.

Dore, Elizabeth. "Land Privatization and the Differentiation of the Peasantry: Nicaragua's Coffee Revolution, 1850–1920". *Journal of Historical Sociology* 8. 3 (1995): 303–26.

———. "Patriarchy and Private Property in Nicaragua, 1860–1920". En *Patriarchy and Economic Development*, ed. Valentine Moghadam. Oxford: Clarendon, 1996.

———. “Debt Peonage in Granada, Nicaragua, 1870–1930: Labor in a Noncapitalist Transition”. *Hispanic American Historical Review* 83 (2003): 521–59.

———. “Patriarchy from Above, Patriarchy from Below: Debt Peonage on Nicaraguan Coffee Estates, 1870–1930”. En *The Global Coffee Economy in Africa, Asia, and Latin America, 1500–1989*, ed. William Clarence-Smith y Steven Topik. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.

Dorfman, Ariel, y Armand Mattelart. *How to Read Donald Duck: Imperialist Ideology in the Disney Comic*. New York: International General, 1975.

Dospital, Michelle. *Siempre más allá . . . : El movimiento Sandinista en Nicaragua, 1927–1934*. Managua: Instituto de Historia de Nicaragua, 1996.

Doubleday, Charles. *Reminiscences of the “Filibuster” War in Nicaragua*. New York: G. P. Putnam’s Sons, 1886.

Doyle, Michael. *Empires*. Ithaca: Cornell University Press, 1986.

Dozier, Craig. *Nicaragua’s Mosquito Shore: The Years of British and American Presence*. Tuscaloosa: University of Alabama Press, 1985.

Drake, Paul. “From Good Men to Good Neighbors: 1912–1932”. En *Exporting Democracy: The United States and Latin America*, ed. Abraham Lowenthal. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1991.

———. “Introduction: The Political Economy of Foreign Adversers and Lenders in Latin America”. En *Money Doctors, Foreign Debts, and Economic Reforms in Latin America from the 1890s to the Present*, ed. Paul Drake. Wilmington, Del.: Scholarly Resources, 1994.

———. *The Money Doctor in the Andes: The Kemmerer Missions, 1923–1933*. Durham: Duke University Press, 1989.

Dunkerley, James. *Americana: The Americas in the World around 1850*. London: Verso, 2000.

Duque, Juan Pablo. *Informe del Jefe del Departamento Técnico sobre su viaje de estudio a algunos países cafeteros de la América Central*. Managua: Asociación Agrícola, 1938.

Economic Commission for Latin America (ECLA). *External Financing in Latin America*. New York: United Nations, 1965.

Edelman, Marc. *The Logic of the Latifundio: The Large Estates of Northwestern Costa Rica since the Late Nineteenth Century*. Stanford, Calif.: Stanford University Press, 1992.

Edelman, Marc, and Mitchell Seligson. "Land Inequality: A Comparison of Census Data and Property Records in Twentieth-Century Southern Costa Rica". *Hispanic American Historical Review* 74 (1994): 445–91.

Ediciones Ministerio de Educación. *Doctor y General Benjamín F. Zeledón*. Managua: Unión, 1980.

Encuesta económica propuesta a la consideración nacional por el Señor Presidente de la República don Bartolomé Martínez. Managua: Tipografía Nacional, 1924.

Everingham, Mark. *Revolution and the Multiclass Coalition in Nicaragua*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1996.

———. "The Experience of Samuel Absalom, Filibuster". *Atlantic Monthly* (Diciembre 1859 y enero 1860).

Fehrenbach, Heide, y Uta Poiger, eds. *Transactions, Transgressions, Transformations: American Culture in Western Europe and Japan*. New York: Berghan, 2000.

Fehrenbach, Heide, and Uta Poiger. "Introduction: Americanization Reconsidered". En *Transactions, Transgressions, Transformations: American Culture in Western Europe and Japan*, ed. Heide Fehrenbach y Uta Poiger. New York: Berghan, 2000.

Ferguson, Niall. *Colossus: The Price of America's Empire*. New York: Penguin, 2004.

Ferris, George. "Protestantism in Nicaragua: Its Historical Roots and Influences Affecting Its Growth". PhD diss., Temple University, 1981.

Findlay, Eileen. *Imposing Decency: The Politics of Sexuality and Race in Puerto Rico, 1870–1920*. Durham: Duke University Press, 1999.

Folkman, David. *The Nicaragua Route*. Salt Lake City: University of Utah Press, 1972.

Fumero Vargas, Patricia. "De la iniciativa individual a la cultura oficial: El caso del general José Dolores Estrada, Nicaragua, década de 1870". En *Nicaragua en busca de su identidad*, ed. Frances Kinloch Tijerino. Managua: Instituto de Historia de Nicaragua, 1995.

Gámez, José Dolores. "El canal anglo-japonés por Nicaragua". *La Patria* 21.8 (1916): 320–26.

———. "La Granada que yo conocí". En *Granada: Aldea señorial*, por Jorge Eduardo Arellano. Managua: CIRA, 1999.

"General Frederick Henningsen, Major-General in the Army of Nicaragua". En *The War in Nicaragua as Reported by Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 1855–1857*, ed. Alejandro Bolaños Geyer. Managua: Banco de América, 1976.

Gilbert, Dennis. *Sandinistas: The Party and the Revolution*. Cambridge: Basil Blackwell, 1988.

Gobat, Michel. "Soldiers into Capitalists: The Rise of a Military Bourgeoisie in Pre-revolutionary Nicaragua (1956–67)". Manuscrito inédito, 1991.

———. "Oligarchs under Siege? The Impact of the Sandinista Agrarian Reform on Landed Elites in Revolutionary Nicaragua (Granada, 1979–1989)". Manuscrito inédito, 1995.

———. “Against the Bourgeois Spirit: The Nicaraguan Elite under U.S. Imperialism, 1910–1934”. PhD diss., University of Chicago, 1998.

Goldstein, Warren. *Playing for Keeps: A History of Early Baseball*. Ithaca: Cornell University Press, 1989.

González, Victoria. “From Feminism to Somocismo: Women’s Rights and Right- Wing Politics in Nicaragua, 1821–1979”. PhD diss., Indiana University, 2002.

González Flores, Alfredo. *La crisis económica de Costa Rica*. San José: Trejos Hermanos, 1936.

Goodwin, Jeff. *No Other Way Out: States and Revolutionary Movements, 1945– 1991*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.

Gould, Jeffrey. *To Lead as Equals: Rural Protest and Political Consciousness in Chinandega, Nicaragua, 1912–1979*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1990.

———. “El café, el trabajo y la comunidad indígena de Matagalpa”. En *Tierra, café y sociedad: Ensayos sobre la historia agraria centroamericana*, ed. Héctor Pérez Brignoli y Mario Samper. San José, Costa Rica: FLACSO, 1994.

———. *To Die in This Way: Nicaraguan Indians and the Myth of Mestizaje, 1880–1965*. Durham: Duke University Press, 1998.

Gould, Jeffrey, y Aldo Lauria-Santiago. ““They Call Us Thieves and Steal Our Wage”: Toward a Reinterpretation of the Salvadoran Rural Mobilization, 1929– 1931”. *Hispanic American Historical Review* 84.2 (2004): 191–237.

Granda, Darwin. “La contrareforma agraria en apogeo: Los nuevos terratenientes”. *El Semanario*, septiembre 29, 1994.

Greer, Virginia. “Charles Evans Hughes and Nicaragua, 1921–1925”. PhD diss., University of New Mexico, 1954.

Grossman, Richard. “‘Hermanos en la Patria’: Nationalism, Honor and Rebellion — Augusto Sandino and the Army in Defense of the National Sovereignty of Nicaragua, 1927–1934”. PhD diss., University of Chicago, 1996.

Gudmundson, Lowell. “Lord and Peasant in the Making of Modern Central America”. En *Agrarian Structure and Political Power: Landlord and Peasant in the Making of Latin America*, ed. Evelyne Huber and Frank Safford. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1995.

Gudmundson, Lowell, y Héctor Lindo-Fuentes. *Central America, 1821–1871: Liberalism before Liberal Reform*. Tuscaloosa: University of Alabama Press, 1995.

Gudmundson, Lowell, y Francisco Scarano. “Conclusion: Imagining the Future of the Subaltern Past — Fragments of Race, Class, and Gender in Central America and the Hispanic Caribbean, 1850–1950”. En *Identity and Struggle at the Margins of the Nation-State: The Laboring Peoples of Central America and the Hispanic Caribbean*, ed. Aviva Chomsky y Aldo Lauria-Santiago. Durham: Duke University Press, 1998.

Gunn, Simon. *The Public Culture of the Victorian Middle Class: Ritual and Authority and the English Industrial City, 1840–1914*. Manchester: Manchester University Press, 2000.

Gutiérrez, Pedro Rafael, ed. *Partes de guerra del General Zeledón*. Managua: Lena, 1977.

Guzmán, Enrique. *Huellas de su pensamiento, política, literatura, historia, religión*. Granada, Nicaragua: Talleres Tipográficos el Centro Americano. 1943.

———. “Diario íntimo”. *Revista Conservadora* 1–37 (1960–64).

Hale, Charles A. *Mexican Liberalism in the Age of Mora*. New Haven: Yale University Press, 1967.

———. "Political and Social Ideas". En *Latin America: Economy and Society, 1870–1930*, ed. Leslie Bethell. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.

Hale, Charles R. *Resistance and Contradiction: Miskitu Indians and the Nicaraguan State, 1894–1987*. Stanford, Calif.: Stanford University Press, 1994.

Hale, William B. "With the Knox Mission to Central America". *World's Work*, Junio 1912.

Hall, Carolyn. *El café y el desarrollo histórico-geográfico de Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica, 1991.

Ham, Clifford. "The Revolution in Nicaragua". *American Review of Reviews* 46.5 (1912): 185–91.

Healy, David. *Drive to Hegemony: The United States in the Caribbean, 1898–1917*. Madison: University of Wisconsin Press, 1988.

Heater, Derek. *World Citizenship: Cosmopolitan Thinking and Its Opponents*. London: Continuum, 2002.

Heine, Wilhelm. *Wanderbilder aus Central-Amerika*. Leipzig: Hermann Costenoble, 1853.

Herrera, Miguel Angel. *Bongos, bogas, vapores y marinos: Historia de los "marineros" del río San Juan, 1849–1855*. Managua: Centro Nicaragüense de Escritores, 1999.

Hertsgaard, Mark. *The Eagle's Shadow: Why America Fascinates and Infuriates the World*. New York: Farrar, Straus y Giroux, 2002.

Hill, Roscoe. *Fiscal Intervention in Nicaragua*. New York: Paul Maisel, 1933.

Hodges, Donald. *Intellectual Foundations of the Nicaraguan Revolution*. Austin: University of Texas Press, 1986.

———. *Sandino's Communism: Spiritual Politics for the Twenty-first Century*. Austin: University of Texas Press, 1992.

Hoganson, Kristin. "Cosmopolitan Domesticity: Importing the American Dream, 1865–1920". *American Historical Review* 107.1 (2002): 55–83.

Hollander, Paul, ed. *Understanding Anti-Americanism: Its Origins and Impact at Home and Abroad*. Chicago: Ivan Dee, 2004.

Horsman, Reginald. *Race and Manifest Destiny: The Origins of American Racial Anglo-Saxonism*. Cambridge: Harvard University Press, 1981.

Horton, Lynn. *Peasants in Arms: War and Peace in the Mountains of Nicaragua, 1979–1994*. Athens: Ohio University Press, 1998.

Houwald, Goetz von. *Los alemanes en Nicaragua*. Managua: BANIC, 1993.

Huete Abella, Rodolfo. *Los banqueros y la intervención en Nicaragua*. Managua: Tipografía Pérez, 1931.

Huezo, Francisco. "La caída de un presidente". *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano* 86 (1967).

Hurtado González, Armando. *Sandino desconocido*. San José, Costa Rica: Ediciones Populares Nicaragüenses, 1984.

Ibarra, Felipe Bartolomé. *Memorias y episodios del Coronel F. Bartolomé Ibarra*. Managua: Atlántida, 1944.

Ibarra Grijalva, Domingo. *The Last Night of General Augusto C. Sandino*. New York: Vantage, 1973.

Ibold, Frank. "Die Erfindung Lateinamerikas: Die Idee der *Latinité* in Frankreich des 19. Jahrhunderts und ihre Auswirkung auf die Eigenwahrnehmung des südlichen America". *Transatlantische Perzeptionen: Lateinamerika-USA Europa in Geschichte und Gegenwart*, ed. Hans-Joachim König y Stefan Rinke. Stuttgart: Hans-Dieter Heinz, 1998.

Ignatieff, Michael. "The American Empire: The Burden". *New York Times Magazine*, Enero 5, 2003.

Instituto de Estudio del Sandinismo. *Pensamiento antimperialista en Nicaragua: Antología*. Managua: Nueva Nicaragua, 1982.

———. "Maniobra, entreguismo y pactos: Historia de la oposición burguesa en Nicaragua (1933–1979)".

Manuscrito inédito, 1984.

———. *Ahora sé que Sandino manda*. Managua: Nueva Nicaragua, 1986.

Ivereigh, Austen, ed. *The Politics of Religion in an Age of Revival: Studies in Nineteenth-Century Europe and Latin America*. London: ILAS, 2000.

Jamison, James Carson. *With Walker in Nicaragua, or Reminiscences of an Officer of the American Phalanx*. Columbia, Mo.: E. W. Stephens, 1909.

Jiménez, Michael. "Traveling Far in Grandfather's Car: The Life Cycle of Central Colombian Coffee Estates—The Case of Viotá, Cundinamarca (1900–30)". *Hispanic American Historical Review* 69 (1989): 185–219.

———. "At the Banquet of Civilization: The Limits of Planter Hegemony in Early-Twentieth-Century Colombia". In *Coffee, Society, and Power in Latin America*, ed. William Roseberry et al. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1995.

Johnson, Chalmers. *Blowback: The Costs and Consequences of American Empire*. New York: Metropolitan, 2000.

Jones, Chester Lloyd. *Guatemala, Past and Present*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1940.

Joseph, Gilbert M. "Forging a Regional Pastime: Baseball and Class in Yucatán". En *Sport and Society in Latin America*, ed. Joseph Arben. New York: Greenwood, 1988.

———. "Close Encounters: Toward a New Cultural History of U.S.-Latin American Relations". En Joseph, LeGrand, y Salvatore, *Close Encounters of Empire*, 1998.

Joseph, Gilbert, Catherine LeGrand, y Ricardo Salvatore, eds. *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*. Durham: Duke University Press, 1998.

Kamman, William. *A Search for Stability: United States Diplomacy towards Nicaragua*. Notre Dame, Ind.: University of Notre Dame Press, 1968.

Kaplan, Amy. *The Anarchy of Empire in the Making of U.S. Culture*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2002.

Karl, Terry Lynn. "Dilemmas of Democratization in Latin America". *Comparative Politics* 23.1 (1990): 1-22.

Katz, Friedrich. *The Secret War in Mexico: Europe, the United States and the Mexican Revolution*. Chicago: University of Chicago Press, 1981.

———. *The Life and Times of Pancho Villa*. Stanford, Calif.: Stanford University Press, 1998.

Keaseby, Lindley. *The Nicaragua Canal and the Monroe Doctrine*. New York: Putnam, 1896.

Kinloch Tijerino, Frances. "El canal interoceánico en el imaginario nacional: Nicaragua, siglo XIX". En *Nación y etnia ¿Identidad natural o creación cultural?*, ed. Frances Kinloch Tijerino. Managua: Instituto de Historia de Nicaragua, 1994.

- . *Nicaragua: Identidad y cultura política (1821–1858)*. Managua: Fondo Editorial, Banco Central de Nicaragua, 1999.
- . “La formación del Estado Nacional (1821–1909)”. En *Enciclopedia de Nicaragua*. Barcelona: Océano, 2002.
- Krenn, Michael. *U.S. Policy toward Economic Nationalism in Latin America, 1917–1929*. Wilmington, Del.: Scholarly Resources, 1990.
- Kuisel, Richard. *Seducing the French: The Dilemma of Americanization*. Berkeley: University of California Press, 1993.
- Kutzinski, Vera. *Sugar’s Secrets: Race and the Erotics of Cuban Nationalism*. Charlottesville: University Press of Virginia, 1993.
- LaFeber, Walter. *Inevitable Revolutions: The United States in Central America*. New York: W. W. Norton, 1984.
- . *The Panama Canal: The Crisis in Historical Perspective*. New York: Oxford University Press, 1989.
- Laird, Larry. “Technology versus Tradition: The Modernization of Nicaraguan Agriculture, 1900–1940”. PhD diss., University of Kansas, 1974.
- Lane, Wheaton. *Commodore Vanderbilt: An Epic of the Steam Age*. New York: Alfred Knopf, 1942.
- Lears, T. Jackson. *No Place of Grace: Antimodernism and the Transformation of American Culture, 1880–1920*. Chicago: University of Chicago Press, 1981.
- LeGrand, Catherine. “Living in Macondo: Economy and Culture in a United Fruit Company Banana Enclave in Colombia”. En Joseph, LeGrand, y Salvatore, *Close Encounters of Empire*, 1998.
- Lehoucq, Fabrice, e Iván Molina. *Stuffing the Ballot Box: Fraud, Electoral Reform, and Democratization in Costa Rica*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.

LeoGrande, William. *Our Own Backyard: The United States in Central America, 1977–1992*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1998.

Lynch, John. “The Catholic Church”. En *Latin America: Economy and Society, 1870–1930*, ed. Leslie Bethell. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.

Macaulay, Neill. *The Sandino Affair*. Durham: Duke University Press, 1967.

Mack, Gerstle. *The Land Divided: A History of the Panama Canal and Other Isthmian Canal Projects*. New York: Alfred A. Knopf, 1944.

Madrigal Mendieta, Ligia. *La evolución de las ideas: El caso de los protestantes en Nicaragua (1856–1925)*. Managua: CIEETS/UNAN, 1999.

Mahan, A. T. *The Interest of America in Sea Power, Present and Future*. Boston: Little, Brown, 1898.

Mahoney, James. *The Legacies of Liberalism: Path Dependence and Political Regimes in Central America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2001.

Manning, William, ed. *Diplomatic Correspondence of the United States, Inter-American Affairs, 1831–1860*. Vols. 3 y 4. Washington, D.C.: Carnegie Endowment for International Peace, 1933–34.

Marr, Wilhelm. *Reise nach Central Amerika*. Vol. 2. Hamburg: Otto Meissner, 1863.

Matus, Ramón Ignacio. *Estudio crítico sobre dos órdenes de fusilación durante la guerra de 1912, atribuidas al general don Emiliano Chamorro*. Managua: Gutenberg, 1916.

May, Robert E. *The Southern Dream of a Caribbean Empire, 1854–1861*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1973.
———. *Manifest Destiny's Underworld: Filibustering in Antebellum America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002.

McClellan, Edwin. "Supervising Nicaraguan Elections, 1928". *United States Naval Institute Proceedings* 59.359 (1933): 33–38.

McClymer, John. "Gender and the 'American Way of Life': Women in the Americanization Movement". *Journal of American Ethnic History* 10.3 (1991): 3–22.

McCreery, David. *Rural Guatemala, 1760–1940*. Stanford, Calif.: Stanford University Press, 1994.

———. "Wage Labor, Free Labor, and Vagrancy Laws: The Transition to Capitalism in Guatemala, 1920–1945". En *Coffee, Society, and Power in Latin America*, ed. William Roseberry et al. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1995.

McCullough, David. *The Path between the Seas: The Creation of the Panama Canal, 1870–1914*. New York: Simon y Schuster, 1977.

McPherson, Alan. *Yankee No! Anti-Americanism in U.S.–Latin American Relations*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2003.

Mena Guerrero, Francisco. "Semblanzas granadinas". Manuscrito inédito. San Salvador, 1992.

Mendieta, Salvador. *La enfermedad de Centro-América*. Vols. 1 y 2. Barcelona: Maucci, 1934.

Mendoza, Juan Manuel. *Historia de Diriamba*. Ciudad Guatemala: Electra, 1920.

Merz, Carlos. *Finanzhaushalt, Produktion und Handel der Republik Costa Rica*. San José: Universal, 1928.

Millett, Richard. *Guardians of the Dynasty: A History of the U.S.-Created Guardia Nacional de Nicaragua and the Somoza Family*. Maryknoll, N.Y.: Orbis, 1977.

Mitchell, B. R. *International Historical Statistics: The Americas, 1750–1988*. New York: M. Stockton, 1993.

Mitchell, Nancy. *The Danger of Dreams: German and American Imperialism in Latin America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999.

Moncada, José María. *Social and Political Influence of the United States in Central America*. New York, 1911.

———. “Estados Unidos en Nicaragua”. *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano* 119 (1970).

Montalván, José. *Hace medio siglo*. León, Nicaragua: Centroamericano, 1963.

Montiel, Rafael. “La tierra del no vivir”. *Ventana*, octubre 3, 1981.

Moore, Barrington. *Social Origins of Dictatorships and Democracy*. Boston: Beacon, 1966.

Moreno, Julio. *Yankee Don't Go Home! Mexican Nationalism, American Business Culture, and the Shaping of Modern Mexico, 1920–1950*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2003.

Munro, Dana. *The Five Republics of Central America*. New York: Russell y Russell, 1918.

———. *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean, 1900–1921*. Princeton: Princeton University Press, 1964.

———. *The United States and the Caribbean Republics, 1921–1933*. Princeton: Princeton University Press, 1974.

Navarro-Génie, Marco Aurelio. *Augusto "César" Sandino: Messiah of Light and Truth*. Syracuse, N.Y.: Syracuse University Press, 2002.

Nearing, Scott, and Joseph Freeman. *Dollar Diplomacy: A Study in American Imperialism*. New York: B. W. Huebsch, 1925.

Needell, Jeffrey. *A Tropical Belle Epoque: Elite Culture and Society in Turn-of-the-Century Rio de Janeiro*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.

Ninkovich, Frank. *The United States and Imperialism*. Malden, Mass.: Blackwell, 2001.

———. "The United States and Imperialism". In *A Companion to American Foreign Relations*, ed. Robert Schulzinger. Malden, Mass.: Blackwell, 2003.

Nolan, Mary. *Visions of Modernity: American Business and the Modernization of Germany*. New York: Oxford University Press, 1994.

Obando Somarriba, Francisco. *Doña Angélica Balladares de Argüello, la primera dama del liberalismo*. Managua: Comercial, 1969.

O'Brien, Thomas. *The Revolutionary Mission: American Enterprise in Latin America, 1900–1945*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.

Ochoa, Enrique. "The Rapid Expansion of Voter Participation in Latin America: Presidential Elections, 1845–1986". En *Statistical Abstract of Latin America*, ed. James Wilkie y David Lorey. Vol. 35. Los Angeles: UCLA, 1987.

Orlove, Benjamin, and Arnold Bauer. "Giving Importance to Imports". En *The Allure of the Foreign: Imported Goods in Postcolonial Latin America*, ed. Benjamin Orlove. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1997.

Ortega Arancibia, Francisco. *Cuarenta años de historia de Nicaragua (1838–1878)*. Managua: Fondo de Promoción Cultural, BANIC, 1993 [1912].

Outram, Dorinda. *The Body and the French Revolution: Sex, Class and Political Culture*. New Haven: Yale University Press, 1989.

Paige, Jeffrey. “Revolution and the Agrarian Bourgeoisie in Nicaragua”. En *Revolution in the World System*, ed. Terry Boswell. New York: Greenwood, 1989.

———. *Coffee and Power: Revolution and the Rise of Democracy in Central America*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1997.

Palma Martínez, Ildefonso. *La guerra nacional: Sus antecedentes y subsecuentes tentativas de invasión*. Managua: Aldina, 1956.

Parajón, Arturo. *Veinticinco años de labor bautista en Nicaragua, 1917–1942*. Managua, 1942.

Pasos Arana, Manuel. “Granada y sus arroyos”. *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua* 6.1–2 (1944): 69–124.

Pastor, Robert. *Condemned to Repetition: The United States and Nicaragua*. Princeton: Princeton University Press, 1987.

Peceny, Mark. *Democracy at the Point of Bayonets*. University Park: Pennsylvania State University Press, 1999.

Pérez, Jerónimo. *Obras históricas completas*. Managua: Fondo de Promoción Cultural, BANIC, 1993.

Pérez, Louis. *Army Politics in Cuba, 1898–1958*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1976.

———. “Intervention, Hegemony, and Dependency: The United States in the Circum-Caribbean, 1898–1980”. *Pacific Historical Review* 51.2 (1982): 165–94.

———. *Cuba under the Platt Amendment, 1902–1934*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1986.

———. “Between Baseball and Bullfighting: The Quest for Nationality in Cuba, 1868–1898”. *Journal of American History* 81.2 (1994): 493–518.

———. “1898 and Beyond: Historiographical Variations on War and Empire”. *Pacific Historical Review* 65.2 (1996): 313–16.

———. *On Becoming Cuban: Identity, Nationalism, and Culture*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999.

Pérez-Baltodano, Andrés. *Entre el Estado Conquistador y el Estado Nación: Providencialismo, pensamiento político y estructuras de poder en el desarrollo histórico de Nicaragua*. Managua: IHN-CA/UCA, 2003.

Pérez Bermúdez, Carlos, y Onofre Guevara. *El movimiento obrero en Nicaragua*. Managua: Amanecer, 1985.

Petty, Alonzo. “Three Weeks in Central America”. *Missions* 15.9 (1924): 491–93.

Phelan, J. L. “Pan-Latinism, French Intervention in Mexico (1861–1867) and the Genesis of the Idea of Latin America”. En *Conciencia y autenticidad históricas*, ed. J. Ortega y Medina. Ciudad México: UNAM, 1968.

Pike, Frederick. *Hispanismo, 1898–1936: Spanish Conservatives and Liberals and Their Relations with Spanish America*. Notre Dame, Ind.: University of Notre Dame, 1971.

Playter, Harold. *Nicaragua: A Commercial and Economic Survey*. Washington, D.C.: Government Printing Office, 1927.

Pletcher, David. *The Diplomacy of Trade and Investment: American Economic Expansion in the Hemisphere, 1865–1900*. Columbia: University of Missouri Press, 1998.

Posas, Mario, y Rafael del Cid. *La construcción del sector público y del Estado nacional de Honduras*. San José, Costa Rica: EDUCA, 1983.

Prado, Edgardo. "Por que dejo de ser Sandinista." *La Prensa*, junio 8, 1933.

Quijano, Carlos. *Nicaragua: Ensayo sobre el imperialismo de los Estados Unidos (1909–1927)*. Managua: Vanguardia, 1987 [1928].

Ramírez, Pedro R. *Canal interoceánico: Algunos documentos relativos a esta cuestión*. Granada, Nicaragua: Centro-Americano, 1879.

Ramírez, Sergio, ed. *Augusto C. Sandino: El pensamiento vivo*. 2 vols. Managua: Nueva Nicaragua, 1984.

Ramírez Delgado, Rafael. *Narraciones históricas y cuatro novelas cortas*. Ciudad México: Costa-Amic, 1963.

Rangel, Carlos. *The Latin Americans: Their Love-Hate Relationship with the United States*. New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1977.

Ratterman, Elleanor. "With Walker in Nicaragua". *Tennessee Historical Magazine* 1 (1915): 315–30.

Reid, John. *Spanish American Images of the United States, 1790–1960*. Gainesville: University of Florida Press, 1977.

Renda, Mary. *Taking Haiti: Military Occupation and the Culture of U.S. Imperialism, 1915–1940*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001.

Reyes, María Auxiliadora, ed. *Granada: Historia y desarrollo urbano*. Granada, Nicaragua: Oficina de Preservación y Conservación del Centro Histórico de Granada, 1999.

Rice, Michael D. "Nicaragua and the U.S.: Policy Confrontations and Cultural Interactions, 1893–1933". PhD diss., University of Houston, 1995.

Rinke, Stefan. "Voyeuristic Exoticism: The Multiple Uses of the Image of U.S. Women in Chile". *North Americanization of Latin America? Culture, Gender, and Nation in the Americas*, eds. Hans-Joachim König y Stefan Rinke. Stuttgart: Hans-Dieter Heinz, 2004.

Robleto, Hernán. *Los estrangulados: El imperialismo yanqui en Nicaragua*. Madrid: Cenit, 1933.

Robleto, Hernán. *Nido de memorias: Poesía y tragedia en el Caribe*. Ciudad México: Libro Mex, 1960.

Rock, David. *Authoritarian Argentina: The Nationalist Movement, Its History and Its Impact*. Berkeley: University of California Press, 1995.

Rodó, José Enrique. *Ariel*. Ciudad México: Porrúa, 1991 [1900].

Román, José. *Maldito país*. Managua: *El pez y la serpiente*, 1979.

Roseberry, William. "Americanization in the Americas". En *Anthropologies and Histories: Essays in Culture, History, and Political Economy*. New Brunswick, N.J.: Rutgers University Press, 1989.

Rosenberg, Emily. *Spreading the American Dream: American Economic and Cultural Expansion, 1890–1945*. New York: Hill y Wang, 1982.

———. *Financial Missionaries to the World: The Politics and Culture of Dollar Diplomacy, 1900–1930*. Cambridge: Harvard University Press, 1999.

Rosenberg, Emily, y Norman Rosenberg. "From Colonialism to Professionalism: The Public-Private Dynamic in United States Foreign Financial Advising, 1898–1929". En *Money Doctors, Foreign Debts, and Economic Reforms in Latin America from the 1890s to the Present*, ed. Paul Drake. Wilmington, Del.: Scholarly Resources, 1994.

Rosengarten, Frederic. *William Walker y el ocaso del filibusterismo*. Tegucigalpa: Guaymuras, 1997.

Ross, Andrew, y Kristin Ross, eds. *Anti-Americanism*. New York: New York University Press, 2004.

Rouquié, Alain. *The Military and the State in Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1987.

Ruhl, Arthur. *The Central Americans: Adventures and Impressions between Mexico and Panama*. New York: C. Scribner's Sons, 1928.

Saavedra, David. *Bananas, Gold and Silver*. Tegucigalpa: Talleres Tipográficos Nacionales, 1935.

Salisbury, Richard. *Anti-Imperialism and International Competition in Central America*. Wilmington, Del.: Scholarly Resources, 1989.

Salomon, Noel. "Cosmopolitanism and Internationalism in the History of Ideas in Latin America". *Cultures* 6.1 (1979): 83–108.

Salvatierra, Sofonías. *Sandino: O la tragedia de un pueblo*. Madrid: Europa, 1934.

Samper, Mario. "In Difficult Times: Colombian and Costa Rican Coffee Growers from Prosperity to Crisis, 1920–1936". In *Coffee, Society, and Power in Latin America*, ed. William Roseberry et al. New Brunswick, N.J.: Rutgers University Press, 1995.

———. "El significado social de la caficultura costarricense y salvadoreña: Análisis histórico comparado a partir de los censos cafetaleros". *Tierra, café y sociedad: Ensayos sobre la historia agraria centroamericana*, eds. Héctor Pérez Brignoli y Mario Samper. San José, Costa Rica: FLACSO, 1994.

Sánchez, George. "'Go After the Women': Americanization and the Mexican Immigrant Woman, 1915–1929". *Unequal Sisters: A Multicultural Reader in U.S. Women's History*, ed. Ellen Dubois y Vicki Ruiz. New York: Routledge, 1990.

Sandoval, Beatriz. "Es peligroso el esfuerzo en el atletismo femenino?" *Mujer Nicaragüense*, marzo 1930.

Santiago-Valle, Kelvin. "*Subject People*" and Colonial Discourses: *Economic Transformation and Social Disorder in Puerto Rico, 1898–1947*. Albany: Suny Press, 1994.

Schmidt, Hans. *Maverick Marine: General Smedley D. Butler and the Contradictions of American Military History*. Lexington: University Press of Kentucky, 1987.

———. *The United States Occupation of Haiti, 1915–1934*. New Brunswick, N.J.: Rutgers University Press, 1995 [1971].

Schoenrich, Otto. “The Nicaraguan Mixed Claims Commission”. *American Journal of International Law* 9.4 (1915): 858–69.

Schoonover, Thomas. *The United States in Central America, 1860–1911: Episodes of Social Imperialism and Imperial Rivalry in the World System*. Durham: Duke University Press, 1991.

———. *Germany in Central America: Competitive Imperialism, 1821–1929*. Tuscaloosa: University of Alabama Press, 1998.

Schoonover, Thomas, y Ebba Schoonover. “Statistics for an Understanding of Foreign Intrusions into Central America from the 1820s to 1930”. *Anuario de Estudios Centroamericanos* 15.1 (1989): 93–118.

Schoultz, Lars. *Beneath the United States: A History of U.S. Policy toward Latin America*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1998.

Schroeder, Michael. “‘To Defend Our Nation’s Honor’: Toward a Social and Cultural History of the Sandino Rebellion in Nicaragua, 1927–1934”. PhD diss., University of Michigan, 1993.

———. “Horse Thieves to Rebels to Dogs: Political Gang Violence and the State in the Western Segovias, Nicaragua, in the Time of Sandino”. *Journal of Latin American Studies* 28.2 (1996): 383–434.

———. “The Sandino Rebellion Revisited: Civil War, Imperialism, Popular Nationalism, and State Formation Muddled Up Together in the Segovias of Nicaragua, 1926–1934”. En Joseph, LeGrand, and Salvatore, *Close Encounters of Empire*, 1998.

Seager, Robert, y Doris Maguire, eds. *Letters and Papers of Alfred Thayer Mahan*. Vol. 3. Annapolis: Naval Institute Press, 1975.

Selser, Gregorio. *Sandino: General of the Free*. New York: Monthly Review Press, 1981.

Shannon, Magdaline. *Jean Price-Mars, the Haitian Elite and the American Occupation*. New York: St. Martin's, 1996.

Sheldon, Henry. *Notes on the Nicaraguan Canal*. Chicago: A. C. McClurg y Co., 1897.

Silva, Federico. *Jacinta*. Managua: Tipografía Pérez, 1927.

Slotkin, Richard. *Regeneration through Violence: The Mythology of the American Frontier, 1600–1860*. Middletown, Conn.: Wesleyan University Press, 1973.

———. *The Fatal Environment: The Myth of the Frontier in the Age of Industrialization*. Middletown, Conn.: Wesleyan University Press, 1986.

Smith, Joseph. *Illusions of Conflict: Anglo-American Diplomacy toward Latin America, 1865–1896*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1979.

Smith, Julian, et al. *A Review of the Organization and Operations of the Guardia Nacional de Nicaragua*. Quantico, Va.: Marine Corps School, 1937.

Smith, Tony. *America's Mission: The United States and the World-wide Struggle for Democracy in the Twentieth Century*. Princeton: Princeton University Press, 1994.

Soley Güell, Tomás. *Historia monetaria de Costa Rica*. San José: Imprenta Nacional, 1926.

———. *Historia económica y hacendaria de Costa Rica*. Vol. 2. San José: Universitaria, 1949.

Sommer, Doris. *Foundational Fictions: When History Was Romance*. Berkeley: University of California Press, 1991.

Somoza García, Anastasio. *El verdadero Sandino o el calvario de las Segovias*. Managua: San José, 1976 [1936].

Spalding, Rose. *Capitalists and Revolution in Nicaragua: Opposition and Accommodation, 1979–1993*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1994.

Squier, E. G. *Nicaragua: Its People, Scenery, Monuments, and the Proposed Canal*. Vols. 1 y 2. New York: D. Appleton, 1852.

Staklo, Vadim. “Harnessing Revolution: The Communist International in Central America, 1929–1935”. PhD diss., University of Pittsburgh, 2001.

Stepan, Alfred. *The State and Society: Peru in Comparative Perspective*. Princeton: Princeton University Press, 1978.

Stephanson, Anders. *Manifest Destiny: American Expansion and the Empire of Right*. New York: Hill y Wang, 1995.

Stimson, Henry. *American Policy in Nicaragua*. New York: Charles Scribner’s Sons, 1927.

Stoler, Ann, y Frederick Cooper. “Between Metropole and Colony: Rethinking a Research Agenda”. En *Tensions of Empire: Colonial Cultures in a Bourgeois World*, ed. Ann Stoler y Frederick Cooper. Berkeley: University of California Press, 1997.

Stout, Peter. *Nicaragua: Past, Present and Future*. Philadelphia: John E. Potter, 1859.

Stump, Joe. “El primer club de base-ball en Managua”. *Nicaragua Informativa* 2.18 (1919): 9–10.

Sultan, Dan. “An Army Engineer Explores Nicaragua”. *National Geographic Magazine* 61.5 (1932): 592–627.

Suter, Jan. *Prosperität und Krise in einer Kaffeerepublik: Modernisierung, sozialer Wandel und politischer Umbruch in El Salvador, 1910–1945*. Frankfurt on Main: Vervuert, 1996.

Téllez, Dora María. *¡Muera la gobierna! Colonización en Matagalpa y Jinotega (1820–1890)*. Managua: URACCAN, 1999.

Tenorio-Trillo, Mauricio. *Mexico at the World's Fairs: Crafting a Modern Nation*. Berkeley: University of California Press, 1996.

Teplitz, Benjamin. "The Political and Economic Foundations of Modernization in Nicaragua: The Administration of José Santos Zelaya, 1893–1909". PhD diss., Howard University, 1973.

Texas State Library. *The Papers of Mirabeau Buonaparte Lamar*. Vols. 4 y 6. Austin: Von Boeckmann-Jones, 1924.

Thompson, Arthur. "Renovating Nicaragua". *World's Work* 21 (Marzo 1916): 490–503.

Thompson, Wallace. *Rainbow Countries of Central America*. New York: E. P. Dutton, 1926.

Thornton, Tamara Plakins. *Cultivating Gentlemen: The Meaning of Country Life among the Boston Elite, 1785–1860*. New Haven: Yale University Press, 1989.

Thorp, Rosemary. "Economy, 1914–1929". En *Latin America: Economy and Society, 1870–1930*, ed. Leslie Bethell. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.

Thorp, Rosemary, y Carlos Londoño. "The Effect of the Great Depression on the Economies of Peru and Colombia". En *Latin America in the 1930s: The Role of the Periphery in World Crisis*, ed. Rosemary Thorp. London: MacMillan, 1984.

Tijerino, Toribio. *El tratado Chamorro-Bryan y sus proyecciones en la América Central*. Managua: La Prensa, 1935.

———. "Apuntes para la historia de la liberación económica de Nicaragua". *Revista Conservadora* 7.40 (1964): 55–81.

Tirado, Manlio. *Conversando con José Coronel Urtecho*. Managua: Nueva Nicaragua, 1983.

Toledo de Aguerri, Josefa, ed. *Enciclopedia nicaragüense*. Vol. 2. Managua: Nacional, 1932.

———. *Anhelos y esfuerzos*. Managua: Nacional, 1935.

Torres Rivas, Edelberto. “El Estado contra la sociedad: Las raíces de la revolución nicaragüense”. *Estudios Sociales Centroamericanos* 9.27 (1980): 79–96.

Torres Rivas, Edelberto. *Sandino*. Ciudad México: Katún, 1984.

Toruño, Juan Felipe. *La mariposa negra*. Ahuacahapán, El Salvador: Guttenberg, 1928.

Tulchin, Joseph. *The Aftermath of War: World War I and U.S. Policy toward Latin America*. New York: New York University Press, 1971.

Turits, Richard. *Foundations of Despotism: Peasants, the Trujillo Regime, and Modernity in Dominican History*. Stanford, Calif.: Stanford University Press, 2003.

U.S. Senate. “Instances of Use of United States Armed Forces Abroad, 1798–1945”. *Situation in Cuba: Hearing before the Committee on Foreign Relations and the Committee on Armed Services*. Washington, D.C.: Government Printing Office, 1962.

Valle Castillo, Julio. “Zeledón”. *Ventana*, octubre 3, 1981.

———. “Prólogo”. En Luis Alberto Cabrales, *Opera parva*. Managua: Nueva Nicaragua, 1989.

Vallejo, Carlos, ed. *Guía y reglas del basket ball en América Latina*. Monterrey: Carlos F. Vallejo, 1948.

Vargas, Oscar René. *Elecciones en Nicaragua (Análisis socio-político)*. Managua: DILESA, 1989.

———. *La intervención norteamericana y sus consecuencias: Nicaragua, 1910–1925*. Managua: CIRA, 1989.

———. *Floreció al filo de la espada: El movimiento de Sandino, 1926–1939*. Managua: CEREN, 1995.

Venzon, Anne Cipriano, ed. *General Smedley Darlington Butler: The Letters of a Leatherneck, 1898–1931*. New York: Praeger, 1992.

Vijil, Francisco. *El Padre Vijil*. Granada, Nicaragua: Centro-Americano, 1930.

Vilas, Carlos. *The Sandinista Revolution: National Liberation and Social Transformation in Central America*. New York: Monthly Review Press, 1986.

———. “Family Affairs: Class, Lineage and Politics in Contemporary Nicaragua”. *Journal of Latin American Studies* 24.2 (1992): 309–41.

Villanueva, Carlos. *Sandino en Yucatán, 1929–1930*. Ciudad México: SEP, 1988.

Vlastos, Stephen. “Agrarianism without Tradition: The Radical Critique of Prewar Japanese Modernity”. En *Mirror of Modernity: Invented Traditions of Modern Japan*, ed. Stephen Vlastos. Berkeley: University of California Press, 1998.

Wagnleitner, Reinhold. *Coca-Colonization and the Cold War: The Cultural Mission of the United States in Austria after the Second World War*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1994.

Walker, William. *The War in Nicaragua*. Tucson: University of Arizona Press, 1985 [1860].

Walter, Knut. *The Regime of Anastasio Somoza, 1936–1956*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1993.

Weinberg, Albert. *Manifest Destiny: A Study of Nationalist Expansionism in American History*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1935.

Wells, William V. *Walker's Expedition to Nicaragua*. New York: Stringer y Townsend, 1856.

Wheelock, Jaime. *Imperialismo y dictadura*. Ciudad México: Siglo XXI, 1976.

———. *Raíces indígenas de las luchas anticolonialistas*. Managua: Nueva Nicaragua, 1981.

Whelpley, Philip. "A Ranger's Life in Nicaragua: A Personal Narrative". En *The War in Nicaragua as Reported by "Harper's Weekly", 1857–1860*, ed. Alejandro Bolaños Geyer. Managua: Fondo de Promoción Cultural del Banco de América, 1976.

Whisnant, David. *Rascally Signs in Sacred Places: The Politics of Culture in Nicaragua*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1995.

Wiener, Martin. *English Culture and the Decline of the Industrial Spirit, 1850–1980*. Cambridge: Cambridge University Press, 1981.

Wilkins, Mira. *The Emergence of Multinational Enterprise: American Business Abroad from the Colonial Era to 1914*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1970.

Williams, Robert. *States and Social Evolution: Coffee and the Rise of National Governments in Central America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1994.

Williamson, Peter. *Corporatism in Perspective: An Introductory Guide to Corporatist Theory*. London: Sage, 1989.

Wolfe, Justin. "Rising from the Ashes: Community, Ethnicity and Nation-State Formation in Nineteenth-Century Nicaragua". PhD diss., University of California, Los Angeles, 1999.

Wolfe, Patrick. "Imperialism and History: A Century of Theory, from Marx to Postcolonialism". *American Historical Review* 102.2 (1997): 388–420.

Woll, Allen. *The Latin Image in American Film*. Los Angeles: UCLA Latin American Center, 1980.

Wunderlich, Volker. *Sandino: Una biografía política*. Managua: Nueva Nicaragua, 1995.

Young, John Parke. *Central American Currency and Finances*. Princeton: Princeton University Press, 1925.

Zalkin, Michael. "Agrarian Class Structure in Nicaragua in 1980: A New Interpretation and Some Implications". *Journal of Peasant Studies* 16.4 (1989): 575–605.

Zamora, Augusto R. *El conflicto Estados Unidos-Nicaragua, 1979–1990*. Managua: CIRA, 1996.

Zeitlin, Jonathan, y Gary Herrigel, eds. *Americanization and Its Limits: Reworking U.S. Technology and Management in Post-war Europe and Japan*. Oxford: Oxford University Press, 2000.

Zimmerman, Matilde. *Sandinista: Carlos Fonseca and the Nicaraguan Revolution*. Durham: Duke University Press, 2000.

Zúñiga, Edgar. *Historia eclesiástica de Nicaragua*. Managua: Hispamer, 1996.

Michel Gobat, autor de este libro excepcional, conjuga la historia política, económica, cultural y diplomática, para analizar las reacciones de los nicaragüenses ante la intervención de EE.UU. en su país, desde el Destino Manifiesto a mediados del siglo XIX hasta la ocupación de 1912-33. A partir de una exhaustiva investigación en archivos de Nicaragua y EE.UU., Gobat explica dos paradojas que escaparon a la atención de los estudiosos de la historia de América Latina. Primero, demuestra que los nicaragüenses adoptaron diversos aspectos políticos, económicos y culturales de EE.UU. para defender su nacionalidad frente a las imposiciones norteamericanas. Además, explica por qué la élite más americanizada del país dejó de ser la principal partidaria del dominio imperial norteamericano, y pasó a figurar entre sus mayores oponentes.

"Este libro constituye uno de los estudios de caso más relevantes y esclarecedores sobre las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. Fruto de una espléndida investigación, los argumentos del autor se desarrollan de manera muy convincente. Pero su importancia es aún más trascendental. Aunque su análisis abarca, en esencia, el período entre 1849 y la década de 1930, Michel Gobat proporciona elementos para enjuiciar el proyecto de crear un "imperio americano" a inicios del siglo XXI. Y, con un rigor académico a emular, ofrece una asombrosa comprensión de las paradojas – y tragedias – del abuso del poder de Estados Unidos".

Walter Lafeber, autor de *America, Russia, and the Cold War, 1945-2002*.

"Enfrentando el Sueño Americano es una obra fascinante y excepcional, la mejor jamás escrita sobre el sinuoso camino del desencanto de la élite conservadora con el proyecto imperial de Estados Unidos en Nicaragua. Su relevancia para comprender fenómenos históricos y contemporáneos de mayor alcance en toda América Latina, y mucho más allá de este continente, es realmente extraordinaria".

Lowell Gudmundson, coautor de *Central America, 1821-1871: Liberal Reform*.



Política y Sociedad

ISBN 978-99924-986-3-7

